

éride ediciones



Letra e

A black and white close-up photograph of a woman's face. She has a delicate, leafy headpiece with small white flowers or beads on her forehead and around her eye. Her right eye is looking directly at the camera. The background is dark and out of focus.

LAZO ETERNO

LUCÍA DE VICENTE



Annotation

Los hombres no saben que viven entre ellos, pero están ahí desde el principio de los tiempos. Marina Miralles, una relaciones públicas que escribe bestsellers sobre vampiros, los presiente aunque no sabe quiénes son. Se siente acechada por ellos porque, sin ser consciente de ello, es algo que lleva en la sangre. Marcos Pessaro, un misterioso empresario de la jet-set, tiene como misión protegerla. Y a eso se dedicará en cuerpo y alma, a pesar de la atracción que surge entre ellos. Ella es inocente, impulsiva, valiente y... mortal. Él es metódico, manipulador, oscuro y... vampiro. La pasión puede destruirles y el amor les hace vulnerables. El tiempo es su enemigo y el destino su aliado. El único que puede forjar entre ellos un LAZO ETERNO.

- [Datos del libro](#)
- [LAZO ETERNO](#)

-
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)

- [Agradecimientos](#)
-

Datos del libro

Autor: Lucia de Vicente

ISBN: 9788415643395

Generado con: QualityEbook v0.72

LAZO ETERNO

Lucía de Vicente

Cubierta y diseño editorial: Éride,
Diseño Gráfico & Dirección editorial: Lucía de
Vicente
Primera edición: octubre, 2012

Lazo eterno
© Lucía de Vicente
Colección: Letra eNe
ISBN: 9788415643395



A mi familia.

*No somos muchos,
pero no yo necesito a nadie más.
Os quiero con toda mi alma.*

Capítulo 1

MARINA dejó que la puerta se cerrara con un golpe sordo. Un zumbido apagado, como de cientos de abejas revoloteando tras un cristal, la hizo ser consciente del silencio de la habitación.

Por fin estaba sola.

Dejó escapar un suspiro de alivio y se deshizo de los malditos zapatos de tacón que había estrenado esa tarde. Estaba agotada. La cabeza le palpitaba como si le hubiera pasado por encima una manada de elefantes y el dolor de pies la estaba matando. Pero lo peor era ese conocido cosquilleo premonitorio en la boca del estómago que notaba allí desde hacía varios minutos.

Cerró los ojos y se dejó caer, laxa, sobre el asiento tapizado en beige que había frente al enorme espejo del tocador de señoras. Apoyando los codos sobre la encimera de frío mármol rosa, se llevó las yemas de los dedos a las sienes para aplicarse un ligero masaje circular al tiempo que

respiraba profunda y cadenciosamente.

Poco a poco empezó a sentirse algo mejor, sin embargo, la zarpa invisible que le atenazaba el estómago no aflojó la presión. Los ejercicios de respiración no la habían ayudado, lo que significaba que algo rondaba a su alrededor y los problemas estaban a punto de hacer acto de presencia. Hacía ya años que se había acostumbrado a esa sensación, así que había optado por prepararse para las consecuencias cada vez que la sentía. Sabía por experiencia que ésta nunca auguraba nada bueno.

Abrió los ojos, despacio, al tiempo que exhalaba un suspiro de resignación. Sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió con un pequeño mechero de laca china. Se moría por una dosis de nicotina.

Dio una profunda calada y soltó el humo despacio sobre el rostro angustiado que le miraba desde la pulida superficie que tenía enfrente. El estómago le hizo otra cabriola, un salto mortal que le repercutió en las rozaduras de los pies.

Pero por poco que le apeteciera, tenía que

salir de allí antes de que la echaran en falta, no en vano el peso de aquella fiesta recaía sobre sus hombros.

Era la directora de Comunicación y Relaciones Públicas del Grupo Arriaga, un trabajo con el que disfrutaba y que se ajustaba a su personalidad casi tan bien como el elegante vestido de diseño que lucía esa noche. Pero en ocasiones como aquélla, desearía haber elegido otra profesión.

Odiaba la Navidad y, desde luego, preparar la fiesta navideña de la familia Arriaga no le resultaba nada agradable.

Por mucho que se repitiera a sí misma que ésa era una de esas concesiones que tenía que hacer a cambio del generoso salario que percibía, el evento seguía sin ilusionarle.

Dio otra calada al cigarrillo y volvió a soltar el humo despacio dejando que las volutas se dispersaran. Después, llevándose por última vez el pitillo a los labios, lo apagó con firmeza en el cenicero.

Recordó a su abuela, a la que había enterrado

hacía apenas diez meses: «Marina, hija, para presumir hay que sufrir», recitó mentalmente mientras se calzaba los zapatos con un gesto de dolor. Una mueca que respondía, más que a la presión de la suave piel sobre su magullada osamenta, al sentimiento que le producía saberse sin anclaje familiar en la vida. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando ella aún no había cumplido un año y no tenía hermanos con quien compartir la pena de la soledad.

Pero ya tenía suficientes preocupaciones esa noche, además de los problemas que sabía a ciencia cierta que estaban por venir, como para recrearse en las malas jugadas del destino.

Irguió los hombros, levantó la barbilla y salió del cuarto de baño, no sin antes devolver una sonrisa cómplice y resignada a su propia imagen reflejada en el espejo.

—Perdone, señorita Miralles —la abordó el encargado del catering en cuanto se incorporó a la fiesta—. Los jóvenes se quejan de que el whisky se está terminando y sólo queda una caja...

—Bueno, no se preocupe, sírvalo. Yo llamaré

a la central para que nos envíen más.

Sacó el móvil del pequeño bolso de fiesta y buscó en la agenda el número de la empresa de servicios que había contratado. Desde luego, aquella gente bebía como esponjas. Sólo esperaba que en JTH hubieran cumplido con la promesa de dejar un retén de guardia por si surgía alguna eventualidad.

Respiró hondo e hizo una petición silenciosa a los hados mientras se alejaba hacia una esquina de la habitación en la que había menos jaleo. Afortunadamente, alguien descolgó el teléfono al otro lado de la línea al tercer timbrazo.

El ruido y la algarabía del salón hacían prácticamente inviable la conversación.

—No, no, tres botellas de Chivas Regal no, ¡tres cajas de doce botellas! —contestó gritando.

Un grupo de personas que se encontraba a pocos pasos de ella se giró al unísono y se la quedaron mirando como si, de pronto, le hubieran crecido tres cabezas.

Sintió que el bochorno y la rabia se apoderaban de ella.

Sin duda había sido un descuido imperdonable no buscar un lugar más tranquilo para hacer esa llamada telefónica. Sabía que tenía las mejillas del color de la grana; podía notar cómo el calor le subía desde el vientre y se concentraba en su rostro.

Impotente, buscó con la mirada alguna vía de escape que le permitiera escabullirse sin llamar la atención.

Salió al pasillo mientras seguía discutiendo, ya en voz más baja, con el jefe de almacén. Un grupo de periodistas se la quedó mirando mientras silenciaban la conversación para ver si podían enterarse de alguna noticia jugosa. Indudablemente, aquél no era un buen público.

Desesperada ante el grado de inutilidad del hombre que tenía al otro lado de la línea, que no conseguía enterarse de la dirección correcta adónde tenía que enviar las bebidas, abrió la primera puerta que encontró a su espalda. Resultó ser la biblioteca.

—¡Mándelo ya!, por favor, e intente que esté aquí antes de media hora —pidió al tiempo que

encendía las luces de aquella estancia, donde el silencio era sepulcral.

—Cierre la puerta y apague la luz...

Detuvo la conversación que mantenía con el torpe empleado de la empresa de catering y colgó el teléfono sin despedirse. La voz grave y fría que había surgido de la oscuridad la dejó paralizada, aunque estaba segura de haber presentado a su propietario antes de escucharla. Una sensación gélida y electrizante recorrió su columna vertebral a la vez que le erizaba el vello de la nuca y se le ponía la piel de gallina.

Aquella orden, semejante a un grave ronroneo, era lo más parecido a la llamada de Satán antes de abordar a sus víctimas para hacer algún trato oscuro. Las palabras se colaron en su cerebro lentamente, arrasando todo a su paso, hasta provocarle un calambre en los dedos de los pies. Los encogió en un acto reflejo y se giró despacio para enfrentarse a aquel peligro intangible al tiempo que cerraba la puerta.

El panorama que se extendía frente a ella era de lo más desalentador.

—Apague la luz —repitió aquella voz monocorde.

Ella hizo oídos sordos. No merecía la pena molestarse, desgraciadamente ya lo había visto todo. Siempre había tenido una gran facilidad para adaptar la visión a los rápidos cambios de luz, suponía que gracias al claro color de sus ojos.

Desmadejada sobre el cómodo sofá de cuero, se encontraba la señora de la casa. Las plumas que adornaban la falda del costosísimo vestido eran un batiburrillo de color rojo a la altura de la cintura. Las piernas, largas y morenas, estaban al descubierto y el corpiño de pedrería, que pocos minutos antes había tapado y realzado aquellos pechos ahora desnudos, se perdía entre las plumas alborotadas. Supo de inmediato que había irrumpido en el lugar menos apropiado en el momento más inoportuno.

Sin embargo el hombre estaba totalmente vestido, aunque tenía la chaqueta del esmoquin desabrochada y la pajarita colgaba del cuello deshecha. Estaba despeinado, pero a pesar de todo era imponente.

Él se levantó del sillón y se acercó despacio. Lo reconoció de inmediato aunque jamás lo había visto en persona, y no pudo evitar que el sobresalto de tenerle tan cerca le produjera un hormigueo, anulando todo lo demás. Era muy alto, fuerte y duro; pero lo que le hacía contener el aliento no era la presencia de aquel tipo, sino la esencia. Un halo de peligro le rodeaba como una segunda piel, algo que no se podía ignorar al mirarlo a los ojos: fríos, letales, desapasionados; dos lagos de mercurio aterradores en lo que poder sumergirse y desaparecer sin dejar rastro y que taladraban hasta el fondo del alma.

Ojos que podían alcanzar, sin esfuerzo, secretos rincones.

Ella hubiera querido desaparecer, pero eso no era posible.

Marcos Pessaro era uno de los personajes más relevantes del panorama social y económico del país. Dueño de uno de los imperios turísticos y de ocio más importantes de España, era conocido por poseer tentáculos financieros que manejaban los hilos de un buen número de medios de

comunicación.

Alguien al que no era inteligente tener de enemigo. Y ella acababa de meter la pata hasta el cuello.

Armándose de valor, Marina sonrió dando la bienvenida a la sensación de *ça-y-est*. Odiaba aquellos flashes de clarividencia que a menudo la abordaban, pero cuando por fin dejaban de ser una posibilidad y se convertían en una realidad, respiraba aliviada. Sólo había una manera de superarlos: afrontarlos.

Éste, sin embargo, se presentaba complicado. Pillar a la esposa del jefe en una infidelidad conyugal no auguraba nada bueno para el futuro profesional del descubridor, y menos aún si su cómplice era capaz de provocar la inseguridad y el desasosiego interior que conseguía el hombre que tenía delante.

Pero la inseguridad no era algo con lo que ella fuera capaz de convivir. Su fuerte carácter se había forjado superando las pruebas de la vida a base de grandes dosis de insensato arrojo, por lo que sostuvo la mirada de aquellos fríos y

penetrantes ojos grises sin intentar ocultar la repulsa que le provocaba la deslealtad de ambos.

—Bueno, puesto que no puedo hacer nada por borrar de su mente lo que acaba de ver —dijo Pessaro, rompiendo el silencio—, utilizaremos su aparición en nuestro beneficio.

—No he visto nada.

Él dejó escapar una fría y corta carcajada.

—No, claro que no ha visto nada. Pero aún así, aprovecharemos su presencia.

—¿Cómo?

—Eso, ¿cómo?, señorita...

—Miralles. Soy la relaciones públicas del Grupo Arriaga.

—Bien, señorita Miralles, entonces, como organizadora de esta fiesta, sabrá sacarnos de este atolladero sin que los chicos de la prensa que están en el pasillo puedan llegar a sospechar.

Ella desplazó su atónita mirada hasta el sofá, donde Magdalena Arriaga se incorporaba e intentaba recomponer su aspecto con los ojos clavados en Pessaro. Tenía el aspecto de una gatita ronroneante. No podía dar crédito a lo que estaba

viendo. ¡Sólo le faltaba babear!

Hizo un análisis rápido de la situación e, inmediatamente, decidió que cuanto antes se quitara del medio a aquellos dos infieles amantes, mejor. Después rezaría para que nadie descubriera que había sido cómplice de tan descabellada aventura o tendría problemas graves que resolver.

—Déjeme pensar —respondió con crudeza, sin ocultar su desaprobación, al tiempo que, con elegancia, tomaba asiento en uno de los sillones.

La estancia pretendía ser cómoda e invitar al recogimiento y la meditación, sin embargo tenía problemas para concentrarse. Aquel espécimen de macho dominante, que se apoyaba con descuido sobre la repisa de la chimenea, de espaldas al fuego encendido, dejando a contraluz sus agraciadas facciones, la ponía nerviosa.

Paseó la mirada por las estanterías repletas de libros, intentando eludir aquella ominosa presencia, mientras buscaba una solución rápida y efectiva al reto que le planteaba. No pudo evitar una mueca de profundo desprecio cuando sus ojos se posaron en el cuadro que presidía aquella

estancia. Un óleo firmado por Eduardo Naranjo que la hizo contener el aliento por su realismo.

Allí existía otra mujer diferente a la que en esos momentos colgaba con indolencia del brazo de aquel hombre. Era la imagen de una amante esposa observando sonriente los juegos de una niña pequeña a través de una ventana. Incluso parecía más real y viva que el remedo de dama de mirada vacía que había engañado a su marido aquella noche. En esos momentos daba la sensación de estar abducida. Sin duda Pessaro era demasiado peligroso.

Transcurrieron un par de minutos más antes de que encontrara una vía de escape a aquella situación. El silencio se hizo tan palpable que casi se podía cortar con un cuchillo.

—Será mejor que, efectivamente, nadie les vea abandonar juntos esta habitación y, por supuesto, que no queden documentos gráficos de ello —dijo por fin—. La señora Arriaga parece no estar en muy buenas condiciones —añadió con sarcasmo—, por lo que fingiremos que ha sufrido un mareo y me ha llamado para que la ayude. Los

periodistas me han visto que venía hacia aquí hablando por teléfono, así que la estrategia colará. Saldremos juntas y yo la acompañaré hasta su habitación, donde la dejaré para que se reponga durante un rato.

Él escuchó atentamente el plan sin mover ni un solo músculo. Parecía esculpido en piedra, frío y distante como la estatua de mármol de un dios pagano.

—¿Y las fotos de tan desafortunada indisposición?

—Los periodistas no nos harán fotografías. Me conocen, soy una compañera; una foto de la anfitriona conmigo carece de valor informativo.

Hablaba deprisa, casi sin resuello, con la esperanza de no ser interrumpida. Si tenía que hacer aquello, quería que quedara bien claro quién estaba al mando de la situación.

—En cuanto a usted —continuó dirigiéndose a Pessaro— le sugiero que arregle su aspecto antes de abandonar esta habitación.

Él se limitó a sonreír y a abrocharse el botón de la chaqueta que quedaba a la altura del

estómago, pero siguió dejando que colgaran los extremos de la pajarita sobre la pechera de la camisa.

—Y ¿cómo va a hacer para sacarme a mí de aquí sin que me hagan fotos?

—De ninguna manera, señor Pessaro. Ése es su problema.

—Bien, en ese caso, puesto que me echa a los perros, dejaremos que salve la imagen de la señora Arriaga. Parece un buen plan. Algo me decía que podíamos contar con su discreción — dijo haciendo especial énfasis en la palabra «discreción», insinuando que era algo que daba por seguro que cumpliría a rajatabla.

Ella le sostuvo la mirada sin amilanarse ante la velada amenaza, mostrando desdén en sus profundos ojos verdes. Se sentía utilizada y ése era un sentimiento que no le gustaba.

—Señora Arriaga, ¿está bien o necesita algunos minutos más? —apremió a la anfitriona deseando dar por zanjada la cuestión cuanto antes.

Magdalena Arriaga no parecía muy dispuesta a abandonar a su amante y se aferró con fuerza del

musculoso brazo del hombre que la sujetaba con más firmeza de la que aparentaba.

—Vamos, Madi, es mejor que sigas las instrucciones de la señorita Miralles —intentó convencerla suavemente Pessaro—. Descansa un rato e incorpórate a la fiesta en cuanto puedas, antes de que te echen de menos, ¿de acuerdo?

La mujer asintió brevemente y, dando un traspies, se dirigió insegura hacia ella, apoyándose en su brazo inmediatamente. No lo dudó ni un instante, la aferró por la cintura y, arrastrándola consigo, se dio media vuelta para dirigirse a la salida.

Sintió que la mirada de aquel hombre resbalaba a lo largo de su espalda, fue como si la quemara. El calor se inició en la nuca, donde no pudo evitar que los pequeños cabellos que habían escapado del restrictivo recogido se le pusieran de punta, y fue bajando hasta los redondos y bamboleantes glúteos que, ella sabía, se movían provocativamente bajo la sugerente seda negra del vestido que se ajustaba como una segunda piel al ritmo de su enérgico paso.

En esos momentos hubiera dado un par de años de vida porque los altos tacones de aquellos malditos zapatos no indujeran ese andar cadencioso y elegante para el que habían sido creados. Se sentía ridícula y jactanciosa, pero poco podía hacer por evitarlo. En realidad ella no tenía la culpa.

«¡Hombres!» —rumió para sí misma—. «Más valía que, en vez de pensar con lo que tienes entre las piernas, fueras consciente de que si me pillan ayudándote me quedo sin trabajo, ¡imbécil! Si supieras lo que me ha costado llegar hasta aquí, no te tomarías tan a la ligera mi posible descrédito profesional.»

Ese pensamiento le infundió valor. Cuadró los hombros desnudos, rígidos por la tensión, y suspiró al alcanzar el picaporte que le permitiría hacer el mutis más desastroso de toda su vida. Sabía, aun sin mirarlo, que él estaba sonriendo.

Capítulo 2

Dos meses después...

MARINA MIRALLES colgó el teléfono. La mano con la que había sujetado el auricular todavía le temblaba y no podía evitarlo.

Una sensación extraña se había colado en su interior al mismo tiempo que las palabras de Chavi alcanzaban su cerebro.

Algo parecido a la sensación de un puño invisible que le apresaba el corazón e intentaba exprimirlo como un limón partido por la mitad.

Se levantó lentamente del sillón y se acercó al amplio ventanal que daba al jardincillo delantero de la casa. La noche desdibujaba las siluetas de las plantas que crecían en las macetas y del único árbol plantado en aquel reducido espacio. Más allá, tras la verja, sólo alcanzaba a ver los techos de los coches aparcados en la acera y los tejados de las casas de enfrente.

Preocupada, apoyó la frente contra el cristal y

cerró los ojos, dejando que la frialdad de la noche traspasara la superficie y calara en su interior. Un intento inútil por refrescar las enloquecidas imágenes que habían acudido a su mente y el nudo de aprensión que se le había alojado en el estómago. Últimamente su estructurada y sistemática vida parecía una montaña rusa. Nada encajaba como debiera y empezaba a pensar que estaba volviéndose loca.

Tal vez debería de ir a un neurólogo y hacerse las pruebas para averiguar si había heredado la devastadora enfermedad que hizo papilla el cerebro de su abuela. Todavía era joven, pero a veces el Alzheimer se manifestaba a edades muy tempranas.

Aunque, la verdad, no sabía de ningún caso en que esa maldita dolencia hubiera empezado a dar la cara a los veintiocho años y, por otra parte, tenía una memoria fantástica. Pero, sin duda, algo raro le estaba ocurriendo en la cabeza.

Hacía poco más de diez meses que su abuela había muerto. Fue un largo padecimiento, a juzgar por las quejas de todos los que la conocieron,

aunque ella no lo recordaba como tal. Su tía había sido siempre una mujer maravillosa y, sólo en el último año de vida, la anciana se había recluso en sí misma y dejado de hablar. Parecía no reconocer a nadie, aunque ella siempre sospechó que estaba más lúcida de lo que hacía creer a los médicos. Sin embargo, estos no dudaron en diagnosticarle una enfermedad con la que, salvo por el detalle de la memoria perdida, tenía pocos puntos en común.

Si se esforzaba un poco, incluso todavía podía percibir su olor. Un aroma embriagador a mandarinas y cítricos calentados por los tímidos rayos del sol primaveral. Tras su muerte, había buscado la fragancia que suponía que había usado la anciana, pero ninguna de las nuevas creaciones se acercaba, siquiera, al olor de su niñez.

No cambiaría su infancia por ninguna otra. Ambas habían pasado largas tardes junto a la misma chimenea que ahora crepitaba frente a ella, jugando al parchís mientras su abuela le relataba inquietantes historias de un mundo que sólo existía en su imaginación. Cuentos susurrados en los que

ella siempre era la protagonista. Aventuras que jamás podría olvidar por muchos años que viviera.

En aquellos tiempos ella era una niña fea y desgarbada llena de complejos. No tenía muchos amigos, pero su abuela era la única que sabía cómo levantarle el ánimo.

«Cariño —le decía, con la voz repleta de amor—, crecerás y serás una mujer impresionante y guapísima. Esas piernas que hoy te parecen largas y delgaduchas harán que los hombres vuelvan la cara para admirarte.» Sintió cómo la añoranza se apoderaba de todo su ser al recordarla y empezaron a picarle los ojos.

Y lo cierto es que aquellas palabras habían resultado premonitorias, porque ahora tenía un éxito arrollador cada vez que se ponía minifalda.

Pero seguía sin considerarse la mujer «guapísima» que su abuela había vaticinado. Mentiría si dijera que no tenía más conquistas masculinas de las que a veces deseaba, pero no conseguía entender qué era lo que veían en ella. Era una chica del montón con una fisonomía de lo más impersonal: un rostro anguloso y un tanto

alargado para su gusto; una nariz recta, sin ningún rasgo distintivo y de un tamaño acorde al resto de su fisonomía; unos labios marcados, pero carentes de la voluptuosidad que tanto se lleva en estos tiempos, y unas arqueadas cejas oscuras que, aunque tenían una bonita forma, resultaban demasiado discordantes sobre aquellos claros ojos verdes. El único rasgo realmente destacable.

¡Si incluso parecía una cría! Una chiquilla con el semblante de alguien sacado de una fotografía del siglo pasado, con toda aquella mata de pelo rebelde y oscuro, recogido en un riguroso moño bajo a fin de hacerse pasar por alguien más mayor de lo que aparentaba.

Aprovechó para arreglarse los mechones que se le habían escapado y que veía reflejados contra la oscuridad exterior, que hacía efecto espejo sobre el cristal de la ventana, a la que aún permanecía asomada. Tenía que hacer algo urgente con el cabello. Aquel peinado tan rígido y trasnochado le daba el aspecto de alguien demasiado segura de sí misma y, aunque tenía que reconocer que a veces le venía de perlas, a

menudo le cerraba más puertas de las que abría.

Cambió de opinión y se soltó las horquillas al tiempo que sacudía la cabeza enérgicamente. La melena cayó espesa y pesada sobre los hombros en gruesos bucles. Estaba harta de tantas barreras.

Respiró profundamente. El agotamiento empezaba a hacerle mella; la jornada laboral había sido de lo más estresante. Ese día había tenido que dirigir una rueda de prensa, acompañar a su jefe durante una entrevista para el periódico *El País* y hacer interminables gestiones para la preparación de la exposición que organizaría su empresa el mes próximo sobre ajedreces del mundo en todas las épocas. Debería de irse a la cama, pero el sueño la evitaba. Y tampoco tenía ganas de escribir esa noche, estaba atravesando una etapa de sequía creativa. Además, si se acostaba y no conciliaba el sueño rápidamente, volvería a tener aquellas inquietantes pesadillas. Tampoco podía dejar de pensar en la última conversación telefónica, lo que, estaba segura, todavía las propiciaría más.

En realidad no sabía si podía catalogar

aquellos sueños como pesadillas, pero eran una alucinación recurrente que había tenido desde que podía recordar. De pequeña siempre había pensado que se debía a la insistencia de su abuela en aquellos cuentos tan raros —mitad intrigantes y mitad espeluznantes—, pero incluso cuando la yaya Carmen murió y dejó de escucharlos, sus compañeros nocturnos continuaron visitándola. Había épocas en que lo hacían ocasionalmente, pero en los últimos meses se habían convertido prácticamente en una constante compañía.

Lo peor era que, desde hacía dos años, habían tomado un cariz preocupante y se despertaba alterada. Además, no conseguía conciliar el hecho de que su salvador anónimo, aquél al que nunca había logrado ver la cara, al final también tenía colmillos.

No pudo reprimir la sonrisa que asomó a sus labios. Si su abuela levantara la cabeza, se sentiría orgullosa de ella. Muy orgullosa. Al fin y al cabo, sus historietas sobre vampiros no habían caído en saco roto. Precisamente para dar gusto a su abuela materna escribió en su día aquella primera novela,

hacia ya tres años. Y a ella se la había dedicado cuando, contra todo pronóstico, ganó el premio más valorado de novela fantástica del panorama literario español. Jamás se hubiera presentado al certamen si no hubiera sido porque ella había insistido tanto que, prácticamente, la había obligado a hacerlo.

La tía Carmen siempre había tenido una visión un tanto original y romántica de los vampiros. Nada que ver con Nosferatu y sus poderes ancestrales y, por supuesto, tampoco con los protagonistas de las novelas que ella escribía. Los de su abuela eran bastante menos siniestros que los imaginados por el folklore popular pero, vampiros al fin y al cabo; seres maléficos y sin posibilidad de redención. Jamás hubiera podido dar vida a sus personajes si no hubiera sido por los relatos de la «vieja descerebrada», como la apodaban los vecinos.

Y ahora Chavi la había llamado por teléfono y le había complicado la existencia dando un giro de tuerca a aquel descabellado laberinto y

haciendo que se planteara muchas cosas.

Sabía que no podría pasar por alto esa información sin explorarla en profundidad.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Respirando hondo, se restregó los brazos con fuerza, intentando deshacerse de la sensación de hormigueo, y se acercó a la chimenea.

Chavi era un friki y un excéntrico pero, desde luego, no estaba loco. ¿O sí?

Marina sonrió cuando observó la reacción de Belén Peláez.

No hacía demasiado tiempo que se conocían, pero se habían hecho amigas casi desde el primer día. Cuando Chavi las presentó, hacía ya un año, jamás hubiera pensado que pudieran llegar a conectar tan bien y tan rápidamente como lo habían hecho, pero lo cierto era que enseguida se dieron cuenta de que eran almas gemelas, a pesar de que sus formas de vida eran tan dispares que apenas si tenían un solo punto en común.

Ella necesitaba información de primera mano de alguien que estuviera al corriente de cómo

actuaba la Policía Nacional.

Precisaba material de calidad para documentar la novela que estaba escribiendo; ya que aquel tercer libro, un *thriller* de género fantástico que finalmente había visto la luz hacía apenas un par de meses bajo el título de *El placer de la sangre*, planteaba muchas dudas y no podía permitirse el lujo de dejar cabos sueltos. Por eso, cuando expuso su problema en su foro, *El batir de las Alas de Sellyllon*, como siempre, Chavi acudió al rescate. Él conocía a una inspectora de la Brigada de la Policía Científica que, casualmente, era una asidua lectora del género: Belén. La misma Belén que ahora la miraba desde la otra esquina del confortable sofá del salón, con los ojos abiertos como platos, a punto de escapársele de las órbitas.

—Marina, ¿te has vuelto loca?

Soltó una alegre carcajada en respuesta, y no porque le hiciera gracia el tema, sino porque sabía que ésas iban a ser, exactamente, las palabras de Belén.

—No lo sé, quizá. A veces creo que sí y que

estoy perdiendo la chaveta por momentos, pero otras lo veo tan claro que no puedo dejar de pensarlo.

—No entiendo por qué no te centras en tu trabajo y dedicas el tiempo libre a divertirte en vez de pasarte las horas muertas escribiendo historietas descabelladas —siguió sermoneándola la policía—. Creo que el tema se te está yendo un poco de las manos y, como al Quijote, se te va a derretir el cerebro de tanto dar rienda suelta a tus fantasías —Puede, pero la verdad es que cada vez estoy más obsesionada. Llevo meses sin poder dormir de tirón ni un solo día.

Cada noche me despierta la misma pesadilla, pero cada vez recuerdo el sueño más nítidamente y los detalles son más claros.

—Creo que deberías ir...

—¡No se te ocurra decirme que vaya a un psiquiatra! —la interrumpió.

—No, no iba a enviarte a un psiquiatra, sino de vacaciones.

Te vendría bien pedir unos días libres en la oficina y largarte a la playa o a algún sitio alegre y

divertido. Creo que estás agotada física y mentalmente. No puedes seguir trabajando todo el día y escribiendo casi toda la noche. ¡Vas a caer enferma!

—Pero, Belén, tengo que averiguarlo. Chavi dice que tiene un amigo...

—¿Vas a hacer caso a ese colgado? ¡Chavi está loco!

—No, no lo está. Y voy a llamarle para decirle que, en cuanto tenga oportunidad, quede con su amigo. Posiblemente sea una tontería, pero no pienso dejar pasar esta ocasión.

Belén resopló. Era un gesto muy poco femenino, pero no tenía el ánimo para sutilezas. Su paciencia, bastante escasa en condiciones normales, había llegado al límite. Nerviosa, se levantó del sofá que compartía con su amiga para dar un rápido e inquieto paseo por el salón, mientras pensaba.

—¿No creerás que voy a permitírtelo, Marina? —dijo dando media vuelta—. Ni a ti ni a Chavi. Llevo demasiado tiempo en las calles y he visto lo suficiente como para saber que vais a

metros en un lío. Algunas personas parece que os precipitáis derechas al desastre y, en este caso, no podréis echar la culpa a nadie. Os estáis buscando vosotros mismos los problemas.

—Belén, necesito saberlo...

—¿Saber qué? ¿No te das cuenta de que es todo una locura? Marina, los vampiros no existen.

—Lo sé, Belén. Mi sentido común me dice que son sólo leyendas pero, por otro lado, no puedo dejar pasar esta oportunidad. La intuición me dice que lo que me ha contado Chavi tiene visos de realidad. Entiéndeme, tengo que comprobarlo Belén no podía dejar, de ninguna de las maneras, que dos de sus más queridos amigos cometieran la estupidez que estaban planeando. Llevaba los suficientes años en el Cuerpo, codeándose con la escoria de los bajos fondos y viendo hasta dónde era capaz de llegar la miseria del ser humano, como para permitir que Chavi y Marina se metieran en aquella descabellada aventura. Tenía que detenerlos, pero no se le ocurría cómo.

Marina podía llegar a ser muy insistente

cuando se lo proponía.

Impotente, bajó la mirada hasta las bien cuidadas uñas pintadas de rojo, clavadas como garras sobre la carne de sus brazos, que tenía cruzados a la altura del pecho.



—¿De verdad crees que vas a encontrar alguna respuesta en esa maldita discoteca? — cuestionó, volviendo a retomar el paseo hasta colocarse frente a la ventana y humedeciendo el cristal con el vaho de la respiración.

—Si no encuentro respuestas, Belén, como mínimo encontraré material para mi próxima novela.

—¿No has pensado nunca que si los vampiros existieran, alguien habría dado ya la voz de alarma? Mira, estamos en el siglo XXI, el siglo de la comunicación y la información. Ya no es posible mantener secretos de ese tipo.

Marina no respondió. En su lugar, se sumió en el mutismo y se perdió en sus cavilaciones. Ella, por su parte, no se movió de donde estaba y dejó que su amiga recapacitara sobre las últimas

palabras.

El silencio se prolongó durante unos segundos, que parecieron demasiados largos, hasta convertir el ambiente en una atmósfera espesa y difícil de respirar.

De pronto, desde el teléfono móvil que descansaba sobre la mesita baja de la zona de estar, la sintonía de la película *Psicosis*, chillona y estridente, rompió el clímax. Ambas dieron un respingo al unísono.

—¡No me lo puedo creer! —explotó Belén—. Es de la Brigada.

Había reconocido el tono de llamada. Atravesó a paso ligero el salón para responder a la insistente demanda.

Marina miró con disgusto hacia el aparato, que zumbaba y giraba sobre sí mismo a causa de la vibración, y no pudo dejar de compararlo con un moscardón gigantesco abatido por el insecticida. Resultaba igual de molesto. Aquella interrupción significaba que, como tantas otras veces, Belén tendría que acudir de inmediato a algún servicio y la cena quedaría, una vez más, intacta.

Sin mediar palabra, descruzó las piernas que tenía colocadas como un indio sobre el sofá y, sin pararse a buscar las zapatillas, se levantó y abandonó la sala para ir a apagar el horno mientras su amiga respondía al teléfono.

Cuando trajinaba con los cacharros y guardaba en la nevera los filetes que más tarde hubieran puesto sobre la plancha, escuchó en la lejanía la conversación que la inspectora mantenía con alguno de sus compañeros.

—¿Otra vez...? ¿Y presenta los mismos indicios que los del caso del mes pasado...? ¿Ha salido ya el equipo de lofoscopia para la I.O...? Bien... Sí... Vale, procuraré llegar cuanto antes... Sí... No, no pasa nada. Prefiero que me hayáis avisado... Gracias... Ah, envía un equipo con el Crimescope que trajimos de Londres. Que estén allí cuando yo llegue... De acuerdo. —Luego colgó.

Se asomó a la puerta que comunicaba la cocina con el salón para darse de bruces con la imagen de una Belén abatida y preocupada. Estaba de espaldas, apoyada sobre el respaldo del sofá

situado en medio de la habitación a modo de limitador de espacios, peinándose con los dedos la trigüeña y larga melena sin descanso. Siempre hacía ese gesto cuando se ponía nerviosa.

Era una mujer alta, por encima de la media femenina.

Ambas tenían prácticamente la misma estatura, pero ahí se acababan las semejanzas físicas entre las dos.

Belén era delgada, pero no había nada en su porte que hiciera pensar que pudiera pasar por una florecilla indefensa.

Exudaba vigor y seguridad por todos los poros. Quizá alguien pudiera especular que había conseguido el puesto de inspectora, a pesar de su juventud, gracias a las impresionantes curvas que lucía o a sus raciales rasgos andaluces —con aquellos vivarachos ojos, su gracejo natural y una luminosa sonrisa—, pero nada más alejado de la realidad. La joven había superado con éxito dos oposiciones internas y era de las mejores policías de la Brigada. Jamás se arredraba ante ningún caso.

Se acercó despacio a ella y la tomó por la cintura en un cariñoso gesto, para colocarse a su lado.

—¿Qué pasa, niña? ¿Tienes que irte? —La última frase en realidad no era una pregunta. No era la primera vez que ocurría algo similar—. Pareces preocupada.

Y lo estaba.

—¿Recuerdas el caso del chico que apareció muerto por sobredosis en un callejón el mes pasado?

—¿Ése que había tomado metanoséquéleches en mal estado y que te tuvo loca durante varios días porque, además presentaba señales de maltrato? —respondió con otra pregunta.

—Sí, ése. Pues ha aparecido otro que presenta los mismos signos en el parque de La Fuente del Berro. Tengo que irme. Siento dejarte con todo preparado.

A Marina se le iluminaron los ojos.

—Voy contigo

—Ah, no, de ninguna manera.

—No tienes coche, recuerda que he ido a buscarte. —Forzó la situación, en su empeño por meter las narices en un caso policial.

—No importa, llamaré a un taxi

—De eso nada, te llevo yo. Ya te dije que me parecía un caso excelente para incluir en mi novela. No os molestaré, me limitaré a tomar datos desde lejos.

Belén movió de nuevo la melena de un lado a otro con la mano extendida y prácticamente bufó antes de enfrentarse a Marina.

—Escúchame, Marina, esto no es un juego. No estamos hablando de un robo de coches, sino de un posible homicidio. Tú eres una civil y no puedes estar en medio de una investigación policial. Yo no podré ocuparme de ti, estaré muy liada.

—No necesito que lo hagas. Sólo quiero acompañarte. No te molestaré. Miraré el panorama y tomaré algunas notas.

—¡No!

—Voy a ponerme unos pantalones. Enseguida bajo y nos vamos —insistió, haciendo oídos

sordos a la negativa de su amiga al tiempo que salía corriendo hacia las escaleras que llevaban a la planta donde se encontraban los dormitorios.

Belén pensó en escapar y desaparecer antes de que la dueña de la casa regresase, dispuesta a comerse el mundo como policía amateur; pero luego se lo pensó mejor. Sabía que Marina había escuchado parte de la conversación y ella le había dicho dónde se encontraba el cadáver recién descubierto. No podía arriesgarse a que se presentara sola en el lugar de los hechos.

Dio otro de sus antiestéticos resoplidos y volvió a sacar el móvil del bolsillo trasero de los pantalones para hacer otra llamada mientras esperaba.

«En fin, mejor eso que seguir manteniendo la absurda discusión sobre la veracidad o no de los vampiros», se autoconsoló con resignación.

El reloj del salpicadero del coche marcaba las nueve y media de la noche cuando abandonaron la casa. No era demasiado tarde y aún había mucho tráfico en las calles de Madrid, pero las aceras estaban prácticamente desiertas. Hacía frío

y el ambiente era de lo más desapacible, aunque afortunadamente no llovía y el cielo estaba despejado, si bien era negro como boca de lobo y ni una tímida estrella lo iluminaba. Parecía un manto mortuorio. Nada incitaba al paseo, como corresponde a cualquier noche de un día de diario del mes de febrero.

Marina tomó la M30 en silencio, manteniendo la velocidad al máximo permitido para evitar los radares, con la adrenalina bullendo en las venas. Por fin había conseguido convencer a Belén para que la dejara acompañarla a algún servicio. Estaba segura que en esa ocasión iba a poder hacerse con información privilegiada para documentar su próxima novela.

Miró de refilón a su acompañante, sin apartar la atención de la carretera, observando el rictus de preocupación que empañaba el alegre semblante de Belén. Sabía que su amiga no estaba nada emocionada con su compañía, así que prefirió no entablar ninguna conversación para evitar que se arrepintiera de haberla llevado consigo. Aunque tampoco hubieran tenido muchas oportunidades de

ponerse a charlar, ya que el móvil de la agente sonaba incansable cada pocos minutos. Ella escuchaba el intercambio de información, por lo que, a tenor de las preguntas y respuestas de Belén, podía adivinar con cierto grado de seguridad los términos completos de las diferentes conversaciones. No podía tomar notas, pero ya lo haría cuando regresara a casa; tenía una buena retentiva.

—Déjame aquí —le dijo Belén cuando llegaron a la entrada del parque por la calle Sancho Dávila—. Aparca el coche y únete a nosotros después.

Marina hubiera preferido no tener que alejarse demasiado. Aquella zona era demasiado solitaria, si bien había allí dos coches y una furgoneta de policía, con las características luces azules sobre el techo que giraban incansables iluminando la escena y que, a su parecer, resultaban elementos suficientemente disuasorios contra eventuales ladrones o atacantes. Además, un poco más allá, hacia el interior del parque, sólo iluminado por el resplandor de las farolas, había

un cordón policial y varios agentes de paisano con chalecos reflectantes.

Belén se apeó del coche sin despedirse, casi corriendo, y se unió a ellos con la seguridad que da la experiencia. Ella se quedó un momento más contemplando la maniobra con el motor encendido y, acto seguido, reanudó la marcha en busca del primer aparcamiento libre. No tardó demasiado en encontrarlo. Por suerte, un poco más adelante, después de doblar la primera esquina, había un vado de un taller mecánico que no dudó en ocupar.

Hacía un frío pelón. Ni siquiera el grueso chaquetón de plumas y los pantalones ajustados de pana paliaban por completo la sensación de entumecimiento de sus huesos, que se acrecentó tan pronto desconectó el contacto y, con ello, la calefacción del coche. Rebuscó los guantes de piel y se subió el cuello del plumífero antes de salir al exterior. Luego cerró con el mando a distancia y hundió las manos en los bolsillos.

No se veía ni un alma en las calles y la iluminación era tan pobre como para acicatearla a apremiar el paso. Ni siquiera había escaparates

con los fluorescentes encendidos. El silencio era casi sepulcral. Nunca había sido una persona temerosa, pero desde luego no estaba nada cómoda deambulando sola por aquellas calles. Abandonó la acera y continuó caminando por la calzada; si venía algún coche de frente, lo escucharía mucho antes de poder verlo. ¡Qué lugar más desagradable para encontrar a un muerto! Aceleró la marcha. La coleta alta con la que se había recogido el pelo golpeaba contra su espalda al mismo ritmo que el eco de sus pisadas. Prácticamente estaba corriendo.

Ya casi estaba al final de la calle. Podía ver en la distancia a los policías en la escena del crimen y el trasiego de personas llegando al lugar de la investigación, lo que tranquilizó el descompasado latir de su corazón.

Iba tan enfrascada, pensando cómo abordar a los policías que cercaban la zona acordonada — ahora había más y muchos de ellos estaban uniformados—, que no se fijó en que el coche que llegaba en esos momentos no tenía ninguna intención de detenerse, tal y como supuso en un

principio.

Era un todoterreno grande y oscuro, pero lo ignoró por completo. Grave error. El coche salió de la curva y se abalanzó sobre ella en lo que dura un parpadeo.

Lo único que escuchó fue el chirriar de las ruedas al frenar en el gélido asfalto. Demasiado tarde se percató de que iba a ser arrollada por un mastodonte de un par de toneladas. Lo tenía encima. Cerró los ojos y se preparó para el impacto. No tuvo tiempo de pensar en nada.

Un segundo más tarde, seguía paralizada en mitad de la calle, con el cuerpo apoyado sobre el capó del todoterreno, temblando como una hoja zarandeada por el viento. Estaba ilesa.

Lo lógico hubiera sido desmayarse del susto, pero su irracional orgullo se lo impidió. No obstante, sus reflejos habían quedado totalmente anulados, así que no se dio cuenta de que el conductor había bajado del vehículo y se acercaba rápidamente.

Estaba tan aliviada de saberse viva, después de lo cerca que había estado de ser la

acompañante en el furgón mortuorio del pobre drogata que ya dormía el sueño eterno sobre el césped del parque, que no reparó en el intimidante aspecto del hombre que había estado a punto de ser su asesino, ni en el del compañero de éste, que también se apeó del asiento del copiloto y se dirigió hacia ella.

Si se hubiera fijado, en vez de dedicar una prematura plegaria de agradecimiento a los dioses, hubiera chillado para alertar al numeroso contingente policial que, ajenos a todo lo ocurrido, estaban inmersos en su tarea en el interior del parque; aunque para los efectos, bien podrían encontrarse en la China. No habían escuchado el frenazo y el tamaño del coche, que bloqueaba prácticamente la calle, les impedía ver lo que ocurría delante.

Ella seguía en estado de shock.

Sintió la presión de unos dedos fuertes y poderosos que, a la altura de los bíceps, la zarandeaban con pocas contemplaciones.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —escuchó.

Era una voz grave y tranquila.

Su cerebro, por fin, hilvanó las ideas. No era la voz de alguien que pudiera estar tan nervioso como ella, que hubiera sido lo normal, aunque sólo fuera por el hecho de haber estado a punto de atropellar a una persona. Inmediatamente el terror se apoderó de todo su ser. Debería de haber chillado entonces, pero tampoco lo hizo. El pánico había paralizado su capacidad de hacerlo.

Abrió los ojos y, todavía volcada sobre la chapa del ronroneante motor que permanecía en marcha, miró a su izquierda. Un tipo alto y amenazante, con una fuerte mandíbula cuadrada y unos ojos negros como la pez, tan aviesos como su aspecto, la miraba mortalmente serio y silencioso. Tenía los brazos colgando a lo largo del cuerpo, en posición firme, por lo que dedujo que las manos que aún la zarandeaban no le pertenecían. Se quedó sin respiración; seguía sin poder gritar.

Gesticulando en busca de la voz, que había perdido en algún lugar de la garganta, se giró bruscamente hacia la derecha, incorporándose al mismo tiempo, para poner cara a la persona que insistía en saber si había sufrido algún percance.

Unos refulgentes ojos grises, fríos como la noche que los envolvía, le devolvieron la mirada. Unos ojos que ella reconoció de inmediato. La furia y el miedo la invadieron de golpe, devolviéndole el habla y la movilidad.

Una nube roja empañó su visión. La ira se adueñó de sus actos y, subiendo las manos hasta las solapas de la cazadora negra de cuero del hombre que todavía la sujetaba, empezó a sacudirle con fuerza y a golpearle en el pecho sin tregua.

—Usted... Usted... ¿En qué iba pensando, imbécil? ¿No ve que ha estado a punto de matarme? —chilló con histrionismo.

Seguía insultándole y vapuleándole con fuerza mientras hablaba. Sin duda había recobrado la voz y la libertad de movimientos, pero la razón la había abandonado por completo.

Aquella mole de músculos y fuerza bruta de casi metro noventa no se movió ni un ápice a pesar del aporreo constante al que la sometía.

—¿Señorita Miralles? —preguntó indeciso—. ¿Es usted, verdad? ¿Qué co..., narices, hace

deambulando a estas horas por mitad de la calle? Podría haberla matado... —Se quejó al tiempo que, harto del amago de paliza, le sujetaba las manos, inmovilizándoselas bajo el firme agarre de las suyas— ¡Estése quieta, por Dios! —ordenó.

—¡Suélteme! —exigió—. ¡Suélteme de una vez! Voy a denunciarle por conducción temeraria e intento de homicidio, señor Pessaro.

El ejecutivo se permitió el lujo de dejar escapar una corta carcajada.

—Vamos, vamos, señorita Miralles. Usted no va a denunciarme por ningún motivo; le recuerdo que era usted quien iba por mitad de la calle en lugar de utilizar la acera, que para eso está, ¿sabe?, para que paseen los peatones. La calzada está hecha para los coches.

Ella no contestó. En lugar de eso, empezó a mirarse la ropa, a sacudirse y a tocarse las piernas y brazos en busca de algún hueso roto, a parpadear con fuerza. Todavía no podía creer que hubiera salido ilesa.

—¿Está bien? —insistió de nuevo él.

—Creo que sí

—¿Seguro?

—Seguro

—En ese caso, suba al coche. Si está segura de que no tengo que trasladarla a un hospital para que la examinen, la llevaré a una cafetería para que se tome una tila o algo más fuerte. Está hecha un manojo de nervios, aunque he de reconocer que razón no le falta.

—Ah, no. De ninguna de las maneras...

—Ah, sí —replicó, imitando su tono—. Vamos, suba al coche. —La voz no dejaba lugar a dudas; aquello era una orden.

—Muchas gracias, señor Pessaro, pero siga su camino. Estoy bien. Tengo cosas que hacer.

—Por favor, suba al coche y déjeme que la lleve a tomar algo que la tranquilice.

Y aunque la frase iba precedida por la palabra «por favor», el énfasis que imprimió a la misma continuaba asemejándose a cualquier cosa menos a un ruego.

—¡Déjeme en paz! Márchese o llamaré la atención de toda esa policía que hay ahí delante.

Marcos Pessaro elevó la mirada entre los

cristales del coche y sonrió, arqueando una ceja.

—¿Y...? ¿Me va a obligar a mentir? —Ella le miró horrorizada—. Porque estoy dispuesto a hacerlo si es necesario. Les diré que hemos tenido una discusión pero que no hay ningún problema. ¿A quién supone usted que van a creer? —remató con una seguridad absoluta en el poder que emanaba.

—Escúcheme. Ahí hay una inspectora de policía que me está esperando. Precisamente iba a encontrarme con ella cuando...

—Fenomenal —la interrumpió—. Entonces, llámela y dígame que se ha encontrado con un amigo y que va a tomar un café con él, pero que regresará en un rato.

—No pienso montarme en su coche —repuso con voz cortante, mirándole a los ojos.

—Perfecto, entonces iremos andando hasta el bar más próximo. ¡Lucas! —dijo dirigiéndose a su compañero—. Hazte cargo del coche, yo tomaré un taxi cuando deje a la señorita Miralles con su amiga, la policía, después de asegurarme que está en perfectas condiciones.

Y acto seguido, la tomó por la parte superior del brazo y la empujó a la acera, suavemente, a fin de dejar la calzada libre.

Ella se sintió impotente.

Lo cierto era que, realmente, necesitaba sentarse unos minutos, fumarse un cigarrillo y tomarse una tila o algo que la serenara. Y lo último que deseaba en aquellos momentos era enfrentarse a un cadáver con sobredosis de váyase usted a saber qué porquería que se hubiera metido en el cuerpo.

Por otra parte, pasear hasta la calle Marqués de Zafra en compañía de semejante armario ropero era mucho más seguro que hacerlo sola. Él tenía negocios importantes, no se iba a complicar la vida con una don nadie como ella.

—Está bien —aceptó por fin—. Dejaré que me lleve a tomar algo con la condición de que me acompañe de regreso después.

—De acuerdo. Le doy mi palabra que la dejaré aquí tan pronto esté repuesta.

—En ese caso, espere a que llame a mi amiga y le avise de que voy a tardar un rato, para que no

se preocupe.

Buscó su móvil en el bolsillo interior del chaquetón y marcó el teléfono de Belén. Ella respondió al segundo tono.

—¿Sí?

—Belén, escucha, estoy bien pero me he encontrado con un conocido. —No quiso alarmarla—. Un amigo de mi jefe. Marcos Pessaro, el empresario —aclaró, para asegurarse de que ella sabía con quién estaba—. Vamos a ir a tomar un café aquí cerquita. Estaré ahí en cuanto pueda.

—Ah, vale, reina. Mejor, esto es un lío. Y tenemos para rato, así que tómate tu tiempo. Si tardas, te esperaré.

—No tardaré. —Y colgó—. Adelante, señor Pessaro —dijo dirigiéndose a su agresor—. Vamos a tomar esa tila antes de que me arrepienta.

Cuando finalmente Marcos Pessaro se despedía de ella con un apretón de manos en la misma esquina donde había estado a punto de atropellarla, el furgón con el cadáver del yonqui abandonaba la escena.

Ella quería chillar de impotencia. Se habían

demorado menos de una hora, pero había perdido una ocasión de oro que posiblemente tardaría mucho tiempo en presentársele de nuevo.

Capítulo 3

MARCOS PESSARO franqueó el paso a Lucas Rivero —su mano derecha— que, con un fajo de expedientes en las manos y un *notebook* debajo del brazo, no tardó en tomar asiento en una de las dos sillas que todavía quedaban libres.

Apenas pudo reprimir una sonrisa y la ocultó volviéndose con la excusa de cerrar la puerta de doble hoja. El murmullo de las personas allí reunidas, que hasta hacía un segundo habían estado charlando de manera distendida mientras esperaban que él compareciera en la sala, se silenció de inmediato en cuanto apareció en el umbral; fue como si se hubiera apagado un interruptor.

Nunca dejaba de hacerle gracia aquella reacción, similar a la de niños de colegio ante la entrada del profesor en el aula.

Resultaba una contradicción viniendo de aquellos diez hombres y mujeres capaces de

mover los hilos del país sin salir siquiera de sus despachos.

Paseó la mirada por la amplia sala. No tenía ventanas que los hiciera conscientes de los cientos de almas que dependían de sus decisiones, pero tampoco las necesitaban. En su lugar, en las cuatro paredes idénticas, pintadas en color crema, colgaban algunos Mompó, Tàpies, Kandinsky e, incluso, dos Dalí. Esa tarde allí se llegaría a acuerdos que cambiarían el devenir de la economía española durante los próximos meses.

A más de un amante de la pintura contemporánea le hubiera bastado uno solo de aquellos muros para quedarse con la boca abierta, sin embargo, ninguno de los presentes se dignaba a dedicar una sola mirada a las obras de arte. Se limitaban a fijar la vista en la enorme pantalla de plasma que dominaba la estancia y sobre la que, en breve, aparecerían informes, cifras y balances cuyos protagonistas serían un montón de ceros escritos a la derecha de un número entero.

Dejó que el silencio, y por lo tanto la tensión, se apoderara del ambiente mientras tomaba asiento

en la única silla libre que quedaba.

No era un lugar predominante en la mesa de reunión, sino uno cualquiera entre los distintos puestos del perímetro poligonal de doce lados que conformaba la pieza principal del escueto mobiliario. Algo pensado a imagen y semejanza de la Tabla de Camelot, pero de líneas más modernas y mucho menos sinuosa. Y, también a semejanza del Rey Arturo, él era quién dirigía la función, aunque todos tuvieran voz y voto por pleno derecho.

Miró con cierto recelo a los asistentes. Estaban todos los que eran, aunque no eran todos los que estaban.

Luego centró la vista en el fajo de carpetas de vinilo que tenía ante él, diferenciadas por colores, con un diminuto rótulo en cada una de ellas que indicaba el nombre de las empresas a las que correspondían los informes que contenían.

Sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo interior de su americana y buscó el encendedor de oro en el bolsillo del pantalón para encender un pitillo. El musical clic de la tapa del mechero

retumbó en el ambiente, tras encender uno de los cigarrillos. Aquel ligero gesto daba inicio a la reunión. No eran necesarias las presentaciones, todos eran antiguos conocidos.

Observó las caras expectantes de los allí congregados. Sólo uno de ellos aparentaba superar los cincuenta años. Un hombre de altura y complexión media, calvo y rubicundo, que lucía un traje a medida y una camisa azul con corbata de seda con topos de diferentes tamaños en color magenta. No era tan joven como el resto, pero su aspecto era el de un hombre seguro de sí mismo, dispuesto a vender a su mejor amigo si las circunstancias lo exigían. Tenía el mismo aspecto de tiburón que el resto.

También había entre ellos dos mujeres, jóvenes y elegantes, quienes con una simple mirada dejaban patente que la idea de la maternidad y la familia no ocupaba un alto escalafón en el orden de prioridades de sus vidas. Sabía que una de ellas tenía pareja estable, pero su día a día no giraba en torno al hombre con quién compartía la cama. Y las dos, al margen de su

delicada imagen física, emanaban el mismo poder de los allí congregados. El mismo talante de escualo despiadado. Medusas de miradas inicuas capaces de convertir en piedra al primer gallito que osara medirse las fuerzas contra ellas; sólo sus cuidadas melenas, exentas de serpientes, marcaban la diferencia con el monstruo del Olimpo.

Las otras siete personas presentes eran hombres. Ninguno de ellos superaba la cuarentena. Todos eran jóvenes, atléticos y bien parecidos y, salvo uno, iban vestidos a la última moda, con carísimos trajes de ejecutivo que dejaban patente el saneado estado de sus cuentas corrientes.

La nota discordante era la del individuo que estaba sentado tres puestos a su derecha. Y no es que la calidad del tejido de su atuendo no fuera igual de selecta, pero el alzacuellos immaculado del sobrio *clergyman* negro resaltaba entre la profusión de sedas y lanillas de firma. Obviamente, contar con un cardenal *in pectore* entre los elegidos a aquella reunión era de vital importancia.

Ninguno de los poderes fácticos podía ser

dejado de lado.

Exhaló el humo de sus pulmones antes de hacer una seña a Lucas para que hiciera descender la potencia de los halógenos del techo e, inmediatamente, la pantalla de plasma cobró vida mostrando el anagrama del Consejo.

—Señoras, señores... —rompió él finalmente el silencio—. Gracias a todos por acudir a esta cita convocada con tan poco tiempo. Vayamos derechos al grano para poder reincorporarnos cuanto antes a nuestras respectivas tareas. El motivo, como sabéis, no es otro que estudiar los pasos a tomar en los próximos meses. Abrid las carpetas que Lucas está repartiendo.

Rivero giró por el círculo externo del perímetro colocando frente a cada uno, por encima de los hombros, unos elegantes portafolios de cuero. El primer folio tenía el orden del día de la reunión.

Todos obedecieron la sutil orden sin parpadear.

—Primer punto del orden del día: adquisición de nuevos activos —continuó—. Tiene

la palabra Antonio Lago.

El aludido, un joven alto, moreno, de ojos marrones oscuros y piel aceitunada, tomó la palabra con un cerrado acento sevillano marcado por jotas aspiradas, seseo y eles convertidas en erres. Tecleó una clave en su ordenador portátil y en la pantalla apareció la primera diapositiva de una presentación en PowerPoint que empezó a desgranar con voz alta y clara.

—Éstas son las empresas que hemos estudiado y que son susceptibles de anexionar al Grupo. Como veréis, en esta ocasión nos centramos en cuatro: una entidad bancaria —dijo mirando hacia el frente, al hombre que lucía una irreverente corbata verde pistacho—; una cadena de radio y televisión privada —y se volvió hacia el más mayor de todos los componentes de la reunión—; uno de los primeros laboratorios especializados en investigación de medicina genética —continuó, dirigiendo su vista, en esta ocasión a una de las dos mujeres de la sala— y, por último, un grupo empresarial dedicado al mundo del arte y la cultura.

»Cada uno de los implicados en los respectivos proyectos han sido previamente informados y cuentan con los expedientes correspondientes de los proyectos de adquisición. De momento —siguió explicando, mientras tecleaba para que apareciera la imagen de la siguiente diapositiva—, comenzaremos por los balances y cuentas de resultados, así como la presentación de sus netos patrimoniales. Observaréis que, a excepción del grupo de comunicación, todos ellos arrojan resultados positivos en sus cuentas.

Marcos se recreó en la contemplación del cigarro que se consumía lentamente entre sus dedos. Ya había estudiado en profundidad los datos que aquel hombre estaba exponiendo con precisión. No necesitaba prestar atención a lo que decía.

Un gusano macilento iba cobrando forma sobre el cenicero a medida que cambiaba del rojo vivo al gris opaco. Observar cómo aquel fino rollo de tabaco se convertía en polvo con un simple movimiento de su dedo pulgar, le hacía ser

consciente de lo rápido que podía llegar a transcurrir el tiempo. La vida de un cigarrillo era muy efímera, pero ayudaba a tener una perspectiva de la propia y la del mundo que le rodeaba.

—Bien, ¿qué hay de la viabilidad de estos proyectos? —interrumpió él la diatriba de cifras, dirigiéndose al hombre que estaba sentado a su izquierda y que ostentaba un alto cargo en el ministerio de Economía y Hacienda.

—Hemos estudiado en profundidad los cuatro expedientes. Dos de ellos, el médico y el cultural, están limpios y son aptos para nuestros intereses. No ofrecen ningún problema a nivel económico ni tienen expedientes de auditoría o inspecciones de Hacienda en curso. En ambos casos propongo la compra por parte del holding; concretamente por la Fundación Pessaro para el que tiene el mayor activo en obras de arte y por Investigaciones Médicas Españolas, S.A. para el otro —explicó, tirándose inconscientemente de los impolutos puños que aparecían bajo las mangas de su impecable chaqueta gris marengo.

—Eminencia —abordó él al clérigo—, como

presidente del patronato de la Fundación Pessaro, ¿qué tienes que decir al respecto?

—Me parece una idea fantástica —respondió el interpelado—. De hecho es la mejor manera de que el último cuadro aparecido de Francisco de Zurbarán, y que según hemos podido comprobar está en poder de esa empresa, no salga a subasta en los próximos meses, tal y como tienen pensado hacer según nos han informado de fuentes cercanas a la dirección de la misma. En caso contrario, el estado ejercería su derecho al tanteo y ni la Iglesia ni este Consejo tendrían la más mínima oportunidad de recuperarlo. Ya hemos perdido tres cuadros de este mismo autor en lo que va de año; creo que no podemos permitirnos perder un cuarto.

—De acuerdo, pero la Curia no pondrá sus largos dedos sobre él. Éste debe de quedarse en España y lo sabes, Eminencia —se negó Marcos a que la Iglesia tomara posesión del mismo—, así que ya puedes ir quitándole la idea de la cabeza a tu jefe

—En este caso estoy de acuerdo, Pessaro. Pero a cambio, el Caravaggio que tú querías para

tu colección privada y que, gracias a Dios, conseguimos que la familia Odescalchi no te vendiera, será nuestro en su momento. Espero que seas consciente de que, si algún día llega a cambiar de manos, será para pasar a formar parte de los fondos del museo Vaticano, te pongas como te pongas —replicó con una defensa férrea, dejando patente el coraje que ni cien metros de sotana podría ocultar—. Por otro lado, ya que eres un firme defensor de que las obras se queden en el país donde fueron creadas, ¿cederás tú al tuyo el sarcófago de la XXI dinastía que sacaron ilegalmente de tus dominios?

—¡No me toques las pelotas, *Pater!*, yo no tuve nada que ver con aquel traslado ilegal. Y sí, claro que se lo cederé. Precisamente en ello estoy... Y, por cierto —repuso con voz helada, acusando el golpe—, te recuerdo que mi jefe también es el tuyo por mucho que el que ahora te hayas buscado te trate bien. No te vendría nada mal recordar lo que le puede durar la jefatura a ése.

—A veces te olvidas de que eres italiano,

Marcos.

—Yo soy del lugar donde estoy, *Pater*, y ahora soy español por mucho que no te guste la idea. Te convendría hacer lo mismo, ahorra muchos problemas.

La tensión se había hecho tan espesa que podía tocarse.

Se habían enzarzado en un pulso de poder del que el resto no debía, ni quería, ser testigo.

Una de las mujeres salió al paso de la discusión.

—Quisiera exponer mi opinión al respecto de la absorción asignada a Investigaciones Médicas...

—Adelante, doctora —otorgó Marcos el turno de palabra a la genetista, cortando con un simple gesto de la mano la respuesta que el cardenal tenía en sus labios y que fue acatado de inmediato—. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno, Marcos —respondió ella con cierto alivio en la voz—, sin embargo es preciso que sepas que uno de los tres investigadores de la firma, implicado en un proyecto de genética nuclear forense, está utilizando protocolos y

marcadores genéticos no recomendados por la *Standardization of DNA Profiling Techniques in the European Union*. Si llega a oídos del Instituto Nacional de Toxicología, tendremos problemas. Convendría subsanar la cuestión antes de proceder a la compra.

—¿Conocemos la identidad de ese investigador?

—Por supuesto.

—¿Y tenemos algún tipo de compromiso con él?

—Ninguno.

—En ese caso, no es problema. Nos desharemos de sus servicios —decidió, dando por zanjada la cuestión—. ¿Tenemos posibilidad de inhabilitar a este sujeto sin que el tema repercuta en nuestros intereses? —abordó a uno de los hombres, sentado varios puestos a su izquierda; un representante de alto grado dentro del ministerio de Sanidad.

—No creo que haya ningún problema, Marcos, pero déjame un par de días para asegurarme. Si todo es tal y como yo imagino,

posiblemente tengas el informe de su despido encima de tu mesa antes del viernes.

—De acuerdo. Espero tus noticias.

Él hizo una pausa para encender otro cigarrillo. No era un fumador compulsivo, pero le servía bien como maniobra de despiste contra aquellos que eran tan estúpidos de creer que podían ser capaces de sacar conclusiones por sus reacciones.

Cambió la dirección de la mirada y volvió a centrar a la audiencia colocando su atención sobre el economista.

—Y bien, ¿qué ocurre con los otros dos proyectos?

—En el caso de la entidad financiera —continuó éste sin dudar ni un solo segundo—, estimo conveniente dejar pasar algunos meses, a la espera de que el mercado se estabilice y esperar a que remita esta crisis. Además, sugiero que cedamos esta operación a los canadienses. De este modo, al ser adquirida por una entidad extranjera, desviaremos la atención.

—Buena idea —aceptó—. Hablaré con ellos

y comentaré el tema. Mientras tanto, este objetivo queda suspendido. ¡Último proyecto!

—Pues por último nos queda el tema de la televisión y radio locales. Como habéis visto, su cuenta de resultados deja mucho que desear. Ése es el motivo por el que he sugerido que él —explicó el economista, mirando al rollizo asistente de mejillas coloradas y corbata de lunares magenta—, esté con nosotros esta tarde. Creo que debería ser su grupo el que procediera a la compra.

—¡Ah, no! —saltó como presionado por un resorte el aludido—. ¿Os habéis vuelto locos? Apenas hemos resuelto nuestros propios números rojos, ¿y pretendéis que absorbamos una televisión que no ha visto beneficios desde el día de su creación...? Además, con la desconexión analógica...

—¡Un momento! —atajó Pessaro la retahíla de excusas que sabía estaba por llegar—. Ni se te ocurra cuestionar nuestras decisiones —cortó la diatriba con mirada fría y letal—. Te recuerdo que desde nuestro Consejo hemos llevado a cabo, en lo que va de año, los suficientes movimientos a

vuestro favor como para que tú y tus consejeros os metáis las objeciones por donde yo os indique, ¿no es cierto?

—Sí, señor, pero...

—No hay peros. Habla con ellos. Tú sabrás cómo te lo montas, y pásame un informe antes del próximo martes.

La cuestión no ofrecía réplicas.

—Ahora —continuó—, creo que tu presencia en esta reunión ya no es importante, así que puedes retirarte. —No hubiera sido necesario que se girara para mirar hacia la puerta, su orden había sido bastante clara, pero aún así lo hizo—. Si nos permites, hay asuntos a tratar en los siguientes puntos del orden del día que sólo incumben a nuestra Organización.

El despedido jugueteó con su desafortunada corbata y se puso en pie. Acostumbrado a ser él quién impartía las órdenes, no recibió el claro ataque a su capacidad de decisión con buen grado. A pesar de ello no opuso objeción alguna. Y con las mejillas más sonrosadas de lo que habitualmente era el tono general de su rostro,

cuyos poros faciales servían de espita al calor de la ira que anidaba en su interior, recogió los papeles desperdigados frente a él para abandonar la sala de juntas.

—Señores... —dijo a modo de despedida.

—Un momento —llamó Marcos de nuevo la atención del hombre, cuando éste estaba a punto de colocar la mano sobre el picaporte—. Te aconsejo que recapacites antes de actuar.

Un largo paseo por los jardines contemplando la nieve recién caída quizá te venga bien. No quisiera tener que arrepentirme de haberte elegido...

La amenaza era tan clara que no necesitó más palabras para que ésta calara de manera clara y profunda en el embotado cerebro del magnate de los medios de comunicación.

—Estaremos en contacto, Pessaro —replicó, abriendo la puerta y desapareciendo tras ella.

No respondió. El trato con aquel hombre siempre le proporcionaba una desagradable repulsa, pero sabía a ciencia cierta que, una vez más, podía contar con el apoyo sin paliativos de

aquel sujeto.

—Continuemos... —dijo por solventada la cuestión—. Siguiendo punto del orden del día. —Y pasó la batuta a su segundo.

La pantalla de plasma cambió de imagen a instancias de la orden que Lucas Rivero dio en el teclado de su notebook. El rostro de un joven de aproximadamente treinta años, ojos verdes y larga melena leonada recogida en una coleta, acaparó la atención de todos.

—Tenemos malas noticias —abordó el tema Rivero, con cierto dolor en el tono de su voz—. Este hombre, al que todos conocéis, está a punto de abandonar la Organización.

Ninguno de los presentes pudo contener un respingo, producto del calambre que se extendió por sus músculos a causa de la sensación de desagrado y tristeza que les inundó. Ni siquiera él, que ya estaba al corriente del tema, se molestó en disimular la reacción. Era evidente que en esa cuestión, absolutamente todos coincidían.

—No está de más aclarar —continuó Lucas —, que él ha dirigido la marcha de Montseny

Systems con éxito durante largos años, si bien, en los últimos dos, su actitud ha dado un desdichado giro que nos incita a tomar medidas urgentes.

—¿No hay forma de llevarle de nuevo al buen camino? —interrumpió el hombre del alzacuellos—. No puedo permitir que nos demos por vencidos sin intentarlo siquiera.

—Demasiado tarde, Eminencia —respondió Marcos, apesadumbrado—. Quisiera poder decirte, como en otras ocasiones, que eres libre de intentarlo, pero en el caso que nos ocupa no tiene razón de ser. Hemos llegado demasiado tarde, ¿no es cierto? —cedió la palabra al joven sentado a la derecha del representante del ministerio de Hacienda, un alto mandatario del de Defensa.

El aludido se limitó a levantar sus cejas, un tono más oscuro que el cabello.

—Viene de largo, Eminencia —corroboró acto seguido las palabras de Pessaro—. Hace ya algunos meses se filtró la información de que un poderoso cártel colombiano con conexiones con Al-Qaeda estaba recibiendo armamento ligero y piezas para misiles procedentes de nuestro país.

Sin embargo, no habíamos sido capaces de rastrear el origen de estas piezas hasta que nos llegó un informe del Centro Nacional de Inteligencia. En él se conectaba a Montseny Systems con el envío de vehículos blindados a una cédula del cártel en cuestión.

Un murmullo general recorrió la sala. Él conminó al silencio con una única mirada circular en torno a la mesa.

—Además —intervino el hombre que faltaba por hablar—, la pasada semana recibimos en la Dirección General de la Policía y la Guardia Civil un informe de la INTERPOL en el que conectaban las acciones de esta misma empresa con miembros de la cúpula de ETA en el Reino Unido. Desgraciadamente, todas las pesquisas nos han llevado al mismo sujeto —señaló con un gesto la pantalla.

—Tarde, muy tarde, desde luego —aceptó el clérigo con ojos vidriosos—. En tal caso —dirigió su rostro demudado hacia Marcos—, espero que entiendas que concedo mi voto, por supuesto positivo; pero prefiero no estar al corriente de las

decisiones que se adopten en esta mesa. Me gustaría retirarme si no tienes inconveniente.

—Eminencia... —replicó con sorna arrastrando la palabra—. Por mucho que escondas la cabeza bajo la birreta roja, los Padrenuestros y los golpes de pecho dudo que cambie en absoluto tu responsabilidad en el caso. Te haces viejo, amigo. Tanto *ora pro nobis* te está aguando el cerebro

—Debe de ser eso, compañero —aceptó cabizbajo.

—Supongo que sabes que, ante tu dios, los resultados son los mismos, ¿verdad? —el cura confirmó con un único movimiento de cabeza—. Bien, puedes retirarte.

—En ese caso, señoras, señores... Estoy de acuerdo con ustedes en todo lo que decidan —se despidió, levantándose de la silla—. Marcos, nos veremos en breve.

—*Ciao Pater. Migliorato il viaggio*—le deseó feliz regreso a su país, con una sonrisa sarcástica en los labios—. Continuemos. —Dio por zanjado el episodio—. ¿Alguien más tiene

algo que objetar?

Nadie levantó la mano. La decisión, por omitida, no dejaba de ser unánime.

—Bien, en ese caso —retomó el tema—, no queda más opción que la eliminación. Tu equipo y tú podéis proceder cuanto antes —dijo dirigiéndose a la valquiria rubia de ojos azules y un elegante traje de cuero rojo de cazadora y pantalones ajustados.

—Así se hará, Master. Tres días serán suficientes.

—Perfecto, es necesario actuar antes de que se dé cuenta de que nos hemos enterado de su traición. Comisario —reclamó la atención del único hombre al que todavía no se había dirigido—, tú te encargarás de hacer desaparecer las pruebas.



Marcos se asomó a la barandilla del balcón semicircular de su salón privado. Estaba en mangas de camisa, pero no sentía el frío de la gélida noche invernal. La jornada había sido larga y farragosa. Apenas si había dormido unas horas.

A las ocho y media de la mañana ya estaba sentado frente a la amplia mesa de trabajo, en las oficinas centrales del Grupo Pessaro, despachando con Lucas Rivero.

Levantó la ancha copa de fino cristal de Bohemia, sujetándola por el tallo con la mano derecha. Sumido en los recuerdos del día, la hizo girar de manera inconsciente hasta que las paredes quedaron tintadas con un suave color rosado. Observó el discurrir de las lágrimas contra la blancura de la nieve que cubría los setos recortados del jardín. Luego la elevó, despacio, hasta la nariz y aspiró la dulce fragancia que emanaba. Contuvo el deseo de apurarla de un solo trago y la hizo girar de nuevo, con suaves movimientos sinuosos, hasta que el oscuro líquido inundó su sentido del olfato. Por fin se la llevó a los labios dando un sorbo grande. Era, sin duda, el mejor de los caldos.

El sabor impregnó su lengua y el interior de la boca. Cerró los ojos reconfortado, recordando con nostalgia los días en que se limitaba a obedecer las órdenes que otros impartían.

Cuánto más fácil había sido su vida en aquellos momentos.

Apuró la copa de un segundo trago. También entonces abandonarse en la bebida le resultaba mucho más placentero. La química lo pudría todo.

Respiró hondo cuando escuchó dos recios golpes en la puerta. ¿Acaso era alguien consciente de sus necesidades? ¿Por qué tenían que seguir molestándole a esas horas?

Miró el Rolex de acero y oro de su muñeca. Las dos de la madrugada. ¿Qué narices quería ahora Damián? El mayordomo debería de estar durmiendo hacía ya un buen rato.

Entró en la sala y, tras depositar la copa sobre una consola que encontró a su paso, se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, Damián? —dijo reteniendo a duras penas la cólera que estaba a punto de desbordarle.

—Señor, tenemos visita.

Miró de nuevo la blanca esfera del reloj de pulsera a modo de pregunta.

—Su Eminencia el Cardenal Biaggini. Le he

hecho pasar a la biblioteca —contestó con el tono monocorde que había acompañado al fiel sirviente desde que Marcos le conocía. Una voz que debería de estar cascada ya por la edad y que, sin embargo, continuaba siendo firme y autoritaria.

Resopló. Se apretó el puente de la nariz con los dedos y, al cabo de algunos segundos, se llevó la mano al flequillo en un gesto inconsciente.

—Bien, ya bajo.

Se sirvió otra copa. La apuró de un solo trago, sin ceremonial alguno, y se dirigió al encuentro con el prelado.

Las puertas de la biblioteca estaban cerradas. Respiró hondo antes de abrir de par en par ambas hojas e internarse en la estancia en penumbra; una sola luz permanecía encendida.

El cardenal se levantó de inmediato del sillón de piel que ocupaba frente a la chimenea.

—Eminencia... —saludó, ceremonioso—. ¿Qué te trae a mi humilde morada a estas horas?

El clérigo dejó escapar una sonora carcajada.

—Marcos, ¿abandonarás algún día el sarcasmo? —repuso recuperando la seriedad—.

Hace siglos que te conozco y esa fea costumbre tuya, en vez de menguar con los años, cada vez es más tenaz.

—Lo siento, Biaggini. Yo no he hecho voto de humildad —dijo dejándose caer sobre el sillón enfrentado al que su acompañante había abandonado minutos antes—. Toma asiento. Supongo que has venido a decirme algo que no me va a gustar.

—Supongo que no. He venido a pedirte un favor...

—Tú dirás.

—Necesito que intercedas por mí ante el Consejo.

Marcos se incorporó ligeramente, descruzando la pierna que había colocado sobre una de las rodillas, alertado.

—¿Qué has hecho, Eminencia?

—Nada aún.

—¿Entonces?

—Necesito la Dispensa.

Pessaro soltó una carcajada que no llegó a sus ojos.

—Espero que te estés refiriendo a la papal, y lamento recordarte que, como tú bien sabes, no estoy en demasiada buena disposición con tu jefe.

—No bromees, Marcos. Demasiado bien sabes a qué me refiero.

—Basta, Carlo. No digas tonterías —respondió amenazante—. ¿Se puede saber qué te ocurre? Esa decisión va en contra de la Ley de tu Dios...

—Marcos, no lo soporto más. Este camino es ya demasiado duro para mí.

—Lo es para todos, Carlo, pero no tenemos otra elección —intentó convencerle con suavidad—. Cristo lo tuvo peor y nadie mejor que tú para verificar que acató las órdenes sin objeciones...

—No seas irreverente, por favor. Y tómame en serio.

—Creo que nunca me he tomado tus palabras más en serio —corroboró con una triste caída de ojos—. ¿Por qué? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—No lo soporto más, Pessaro. No todos somos como tú ni aceptamos el destino de igual

manera. Estoy harto de despertar cada mañana para hacer frente a decisiones que nada tienen que ver con la forma en que me hubiera gustado vivir y morir. Tú estás encantado siendo quién eres y lo que eres, pero yo hace tiempo que ya no tengo ningún acicate que me haga continuar con esta tarea.

—Carlo, tomaste tu decisión hace demasiados años. Nadie te forzó a ello. Eres un pilar en nuestra sociedad. No puedes...

—No puedo, amigo, pero quiero. ¿Acaso no tengo yo libre albedrío como todos los demás?

—¡Santa Madonna! —murmuró, poniéndose en pie y apoyando las manos en la alta repisa de la chimenea que calentaba la estancia para esconder la cabeza entre sus brazos—. ¿De verdad deseas abandonar? —preguntó sin cambiar de postura.

—No estaría aquí si fuera de otra manera. — Biaggini calló y el silencio se prolongó durante algunos minutos, en los que cada cual se sumió en sus respectivos pensamientos—. Tú y yo hemos chocado demasiadas veces en los últimos años — siguió por fin—, pero siempre hemos sido buenos

amigos. Nuestros roces sólo han sido fruto de los respectivos cargos que ostentamos, pero siempre he sabido que podía contar contigo cuando lo necesitara. Ese momento ha llegado...

Marcos se limitó a asentir con la cabeza.

—Está bien, Carlo. Hablaré con Dina y con Rúbem. —Biaggini soltó el aire que sujetaba en los pulmones, aliviado—. Supongo que se pondrán en contacto contigo directamente. Echaré de menos tus opiniones discordantes si todo acaba como esperas. El Consejo sufre un gran varapalo con tu marcha.

—Gracias, Marcos —dijo el prelado levantándose del sillón y dirigiéndose a la puerta—. Agradezco tus palabras...

Aquel hombre de Dios abandonó la estancia con paso firme y resuelto. Parecía que le hubieran quitado un gran peso de encima. Eran los andares del Carlo Biaggini que él conociera hacía ya demasiado tiempo, cuando ambos eran dos pollitos recién salidos del cascarón en sus primeros años de iniciación. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que le ocurría a su amigo?



Un agujijón helado le atravesaba la nuca y aunque no tenía idea de qué le acuciaba, Marina continuó corriendo por la calle desierta.

Era noche cerrada y las farolas arrojaban pequeñas manchas de luz macilenta sobre la acera convirtiendo el entorno en un oscuro páramo urbano de reflejos y sombras. No veía dónde ponía los pies, ni siquiera los distinguía.

La niebla, espesa y húmeda, se elevaba desde las alcantarillas para extenderse sobre el pavimento como un manto opresivo y traicionero.

Espectros de ultratumba que, en jirones deshilachados, ascendían por sus piernas hasta enroscársele en las muñecas y los brazos. Eran casi corpóreos. Tanto que, si se detenía, serían capaces de engullirla.

El silencio era asfixiante. Ni siquiera el viento que zarandeaba las hojas de los árboles hacía el más mínimo ruido.

Apenas podía respirar y empezaba a cansarse a consecuencia de la hiperventilación, pero no podía detenerse. No debía.

En un alarde de valor que ni siquiera sentía, miró hacia atrás por encima del hombro sin disminuir la velocidad de las zancadas.

No vio a nadie, pero sabía que alguien o algo la perseguía. Forzó todos los sentidos. Debería poder escuchar las rítmicas pisadas que le iban a la zaga, pero no lo consiguió. No obstante, su cuerpo sabía que cada vez estaban más cerca. Lo sentía en el alma. Aquello era como intentar escapar de un tsunami monstruoso con la simple potencia de la velocidad de las piernas; imposible. Tal vez lo mejor era dejar que, de una vez por todas, la arrollara.

Giró en la siguiente esquina.

Ya no había calles. El suelo se había convertido en un lecho esponjoso de tierra húmeda y agujas de pino. No escuchaba el crujir de las ramas a su paso, pero la pinaza se colaba por las perneras de los pantalones y le picoteaba las pantorrillas como polluelos hambrientos.

A su alrededor, las lóbregas fachadas de los edificios habían sido sustituidas por árboles de aspecto tétrico, similares a los de los cuentos

infantiles de hadas y dragones.

Era absurdo continuar de ese modo, por mucho que lo intentara no iba a llegar a ninguna parte. Sabía que era un sueño, el mismo sueño de todas las noches. Los escenarios cambiaban, la situación variaba, pero las sensaciones eran siempre las mismas.

Disminuyó la velocidad de la marcha. Tenía miedo, pero la razón era más fuerte. No podría escapar hasta que todo acabara y estaba segura de que, también como siempre, en un momento dado todo terminaría.

Ralentizó la carrera hasta convertirla en un paso rápido y, poco a poco, consiguió detenerse al llegar a un pequeño claro en lo más profundo del bosque. El viento también se detuvo, ya no sentía el acicate de las ráfagas heladas.

Giró sobre sus piernas tambaleantes, con los brazos abiertos en un movimiento torpe y descompasado, buscando la mortal amenaza.

Por fin se quedó inmóvil, sólo sus ojos seguían buscando alrededor con el desafío retratado en las pupilas. No lo soportaba más.

Quería que lo que fuera que la perseguía la alcanzara por fin, necesitaba que la cazara. E iba a hacerlo. Ya. De inmediato.

La niebla se elevó hasta desaparecer entre las copas de los árboles y todo quedó nítido y, a la vez, oscuro como la boca de un lobo. Aún así, podía distinguir las imágenes en sombras de cuanto había a su alrededor a pesar de no haber luna ni luz artificial.

«Cosas de los sueños», pensó.

«¡Adelante, bicho, ven a por mí!», desafió a la amenaza intangible.

Pero la voz no le alcanzó los oídos, no podía hablar, aunque estaba segura de que el ente que la acechaba podía escucharla.

Y lo hizo. Un gruñido sordo surgió de la espesura y unos ojos rojos brillaron en la oscuridad en el mismo punto donde el sonido rompía el silencio. Era un ruido ya conocido y sabía que dos largos colmillos amarillentos emergerían resplandecientes de una cara de rasgos distorsionados a medida que se aproximara a su cuerpo, inmovilizado por el pánico.

Porque ahora sí tenía miedo, por mucho que hubiera deseado llegara el momento.

Y otro gañido sonó a su espalda.

«Oh, una nueva variante...»

Hasta esa noche y desde su más tierna infancia, un único ser maligno le había atacado cada vez. Su rostro deforme cambiaba, sus amenazas eran distintas, pero el *modus operandi* era siempre el mismo.

«¿Y dónde estaba ahora aquella fuerza benigna que la apartaba de las terribles fauces que se cernían sobre su yugular?»

Esta vez eran muchos. Cuando la alcanzaran se precipitarían sobre ella jadeantes y listos para aplacar la sed. Ninguna fuerza, humana o sobrehumana, podría salvarla.

Dio un paso hacia atrás justo en el momento en que una mano surgió entre el follaje, a su espalda, apresándola con fuerza del hombro y haciendo que trastabillase. Todavía no había hablado, pero sabía que era aquél al que esperaba. Su salvador.

Él la hizo girar y, tirando de su mano, la

obligó a internarse en el bosque para retomar la loca carrera en dirección contraria. Se dejó arrastrar por aquella fuerza sobrenatural hasta que casi no rozó la tierra con los pies.

Tropezó dos veces y se habría caído si no hubiera sido por el firme agarre de esos dedos cálidos enlazados a los suyos. Pero... ¿no estaba cometiendo una imprudencia?

Recordaba el último episodio. Nunca había sido capaz de distinguir sus facciones pero, por fin en aquella ocasión, había conseguido encararle.

Sólo resultó ser una mancha borrosa y, cuando por fin pasó el peligro, él entreabrió la boca en una ancha sonrisa pero...

¡Oh, no! La blanca dentadura que aquel día había vislumbrado por primera vez, empezó de pronto a tomar la forma de unos colmillos; dos pequeñas dagas de más de dos centímetros de longitud.

«¡Suéltame!», quiso gritarle ahora, aterrada por el recuerdo, pero su voz no alcanzó las cuerdas vocales. Tiró con fuerza de la mano y el agarre se volvió más firme. Él no iba a soltarla.

El sonido de los gruñidos de los seres de ojos rojos se hizo cada vez más distante. Finalmente sólo se escuchó el silencio. El peligro había pasado.

«O tal vez, no.»

El hombre que la arrastraba dejó de correr y se apoyó contra un árbol, atrayéndola hacia su pecho en un abrazo protector.

Ella no quería levantar la mirada; así se sentía segura, arropada en unos brazos tibios que le caldeaban el alma y la sangre. Sabía que si le buscaba la cara vería sus relucientes colmillos. No, no quería hacerlo, pero una fuerza invisible la obligaba a ello.

Sintió el corazón palpitando a un ritmo frenético y reconoció que no era producto de la carrera. Tenía miedo, pero la curiosidad era más fuerte. Por fin sucumbió al deseo de saber y obtuvo lo que buscaba. Aquellos estiletes marfileños asomaban entre los carnosos labios que en una ocasión soñó besar, enmarcados por una sonrisa sardónica. El pavor amenazaba con ahogarla.

Quiso gritar, pero seguía sin poder hacerlo. Boqueaba como un pez fuera del agua y buscó los omnipresentes ojos rojos de los vampiros, aún a sabiendas de que, como siempre, encontraría unas cuencas vacías cubiertas de espesa niebla.

La sorpresa estuvo a punto de provocar que el corazón se le parara para siempre. Esta noche no había bruma. Unos ojos que ella conocía de sobra la miraban con intensidad bajo las arqueadas cejas.

Y necesitaba chillar. Quería romper el silencio con un desgarrador grito que la despertara por fin. Necesitaba abandonar el sueño, pero éste la tenía atrapada.

¡Por fin lo consiguió!

Estaba gritando. El grito era ensordecedor y el corazón le latía a un ritmo que parecía que fuera a salirse del pecho. Tenía los dedos de las manos como carámbanos aunque sudaba por todos los poros de su cuerpo.

Encendió la luz y miró a su alrededor. Estaba

sentada en medio de la ancha cama de matrimonio y podía escuchar los ruidos lejanos de la calle.

Bien, ya no soñaba. Ahora estaba totalmente despierta.

Debería levantarse y darse una ducha, pero estaba cansada. Un placentero sopor le impedía hacerlo. Sabía que ya no volvería a soñar con vampiros y se sumergiría en el descanso tranquilo y reparador. Se deshizo del camisón húmedo, apagó la luz y se arropó con el edredón de plumas.

Pero no quería dormirse aún. Tenía que despabilarse un poco más para poder recordar los detalles más tarde o cuando se despertara al día siguiente, se habría olvidado de casi todo. Aunque aquella recurrente pesadilla cada vez era más vívida y se quedaba fijada en su cerebro durante más tiempo.

Esa noche había habido otro cambio. ¿Cuál?

Hizo memoria, recordando los agónicos momentos, y el pulso volvió a agitársele. Que su salvador tuviera colmillos de vampiro era algo que ya había digerido dos noches antes y, aunque en un principio la había inquietado, ya lo había

racionalizarlo. Quizá no todos los vampiros eran malos, o tal vez el objetivo de su protector no era el de apartarla de su cruel destino... Se enteraría con el paso de las noches, porque el sueño avanzaba un poco más cada vez.

No, no era eso. En esta ocasión había surgido algo nuevo. ¿Qué era?

Estaba a punto de quedarse dormida de nuevo cuando de pronto lo recordó. ¡Los ojos! Esa noche había visto los ojos del hombre —o lo que fuera— que siempre la ayudaba a escapar.

Conocía aquellos ojos. ¿A quién pertenecían?

El recuerdo se hacía esquivo. No conseguía que regresara a su mente y, si no era capaz de recuperar la imagen que había perdido en su subconsciente, no podría identificar al propietario.

Siguió forzando al cerebro pero en algún momento debió de sucumbir al sueño, porque lo siguiente que oyó fue el zumbido del despertador.

El errático ruido de los cereales al caer sobre el tazón le recordó, sin saber por qué, el enigma que se le había planteado la noche anterior.

Necesitaba saber de quién eran aquellos ojos;

traerlos al plano real para hacerlos coincidir con los de alguien que, sabía, conocía. Pero, cuando consiguiera hacerlo, ¿querría decir aquello que el propietario era un vampiro o sólo sería otro de los desvaríos de su mente?

«Debo de estar volviéndome loca», pensó. Hacía días que buscaba a su alrededor tipos que pudieran parecerse a los vampiros que creaba para sus historias fantásticas; gente que pudiera hacerle sentir las sensaciones que a diario volcaba en palabras para sus lectores.

Lógicamente no había dado con ninguno, lo que no dejaba de ser un alivio pero, ¿por qué seguía buscándolos? Lo más probable era que Belén tuviera razón y necesitara unas vacaciones.

Miró el reloj en la pared de la cocina. Tenía que darse prisa, eran ya las ocho y cuarto de la mañana y seguía perdiendo el tiempo en elucubraciones sin fundamento.

Se bebió de un trago el zumo de naranja y dio cuenta de los cereales en un tiempo récord. Luego subió al dormitorio y se vistió con el primer traje sastre que encontró en el armario. Llegaría tarde a

la oficina si seguía entreteniéndose.

Ya iba con la hora pegada, así que se recogió el pelo de cualquier manera y lo sujetó con un pincho japonés. Contuvo a duras penas la sonrisa cuando recordó uno de los últimos libros que había leído, un *urban fantasy* en el que la protagonista, una cazavampiros decimonónica, escondía las estacas con las que daba muerte a sus enemigos de manera semejante.

«Sí, definitivamente estoy volviéndome loca», más valía que se fuera haciendo a la idea. Y, llegados a este punto, ¿por qué no explorar todos los caminos que hasta ese momento se había negado en pos de la cordura?

Lo siguiente era llamar a Chavi y que volviera a contarle lo de su amigo gótico que afirmaba que los vampiros existían y él estaba harto de verlos.

Marina escuchó el prolongado pitido del dispositivo *bluetooth* del manos libres del coche tan pronto puso en marcha el motor. Había esperado tener un momento para llamar a Chavi desde la oficina, pero nada más llegar el trabajo la

absorbió de tal manera que se olvidó del tema por completo y luego, cuando lo recordó, no era el momento ni el lugar de hacerlo.

Pensaba aprovechar el enorme y aburrido atasco diario, que normalmente ocupaba escuchando las noticias, para charlar con su amigo sin nada que los interrumpiera. Eran las siete de la tarde, una hora estupenda para pillar a Chavi despierto y despejado.

—Chavi, móvil —gritó al impersonal aparato con voz mecánica.

Inmediatamente escuchó el sonido sintetizado de las notas musicales que correspondían a cada número, ampliadas por el altavoz, y que indicaban que la llamada estaba en curso.

Por fin una voz rasposa contestó a la insistente demanda después de varios timbrazos.

—Hola guapo, ¿te he despertado? ¡Qué barbaridad, tío, duermes más que las mantas! Son las siete de la tarde.

Marina sonrió y cogió un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en el hueco del salpicadero junto con un mechero publicitario. Abrió la

ventanilla para que pudiera salir el humo y salió del garaje subterráneo para internarse en el tráfico.

—Llevo días buscando un momento para llamarte. ¿Vamos a ir, por fin, el viernes a ver a tu amigo?

»...¿A qué amigo va a ser? A ése que dice que está dispuesto a presentarnos a un par de vampiros buenorros. ¿No habíamos quedado en eso?

»...Mira, olvídate de Belén. Por ella nos quedaríamos en casa todos los días y no saldríamos ni a la acera para que no nos encontráramos, ni por casualidad, con los *malos*.

»...Ya. Pues que diga misa. Con no contárselo...

»...¿Y no te corroe la curiosidad? ¿No quieres saber si tu amigo tiene razón o está más colgado que el badajo de una campana?

Tenía que conseguir que Chavi se pusiera de su parte. Estaba claro que Belén no había perdido el tiempo y, puesto que no estaba nada convencida de que ella se iba a quedar en casa carcomida por la duda, había hecho un buen trabajo aumentando los temores del muchacho haciéndole dudar de la

veracidad de las palabras de su amigo.

—Escucha Chavi, llama a tu amigo. Queda con él para este viernes por la noche y no digas nada a Belén. Te prometo que no nos meteremos en líos. Si vemos que la cosa se pone complicada, nos largamos.

»... ¡Claro que seremos capaces de darnos cuenta! ¿No ves que vamos a estar en una discoteca con un montón de gente alrededor?

»...Pues con no irnos con nadie, la cosa está arreglada.

»...¡Así me gusta! Éste es mi chico. Venga, cuando tengas clara la hora y el lugar, llámame.

»...De acuerdo. Un beso, cielo. ¡Y mantente sobrio hasta el viernes, por favor!

Colgó con una sonrisa en los labios y mucha menos seguridad en sí misma de la que había demostrado por teléfono.

Marina aparcó junto a la acera, frente a la entrada de su domicilio, sin molestarse en guardar el coche en el garaje. Casi nunca lo hacía, ya que solía encontrar algún espacio libre en la calle y le daba una pereza terrible abrir y cerrar el portón

metálico. Normalmente estaba demasiado cansada cuando volvía del trabajo. Esa tarde no era diferente.

Buscó las llaves en el bolso y, mientras abría la puerta, hizo un repaso de todo lo que todavía tenía que hacer antes de irse a la cama. No pudo reprimir la mueca de desagrado que afloró a su rostro y notó que se le erizaba la piel de los brazos, y no era por el frío.

Todavía tenía que prepararse la cena, quería escribir algo esa noche y, además, tenía pendiente actualizar la web; hacía días que no lo había hecho.

Resignada, subió directamente al dormitorio para cambiarse la formal ropa de trabajo por un cómodo chándal y unas zapatillas de deporte. Luego abordaría todas las tareas, de una en una y sin agobiarse, pensó con un encogimiento de hombros frente al espejo de la escalera.

Lo primero era cenar y recuperar fuerzas. Estaba harta del menú de catering que le daban en la oficina. Cada día odiaba más aquella cola del buffet. Siempre había los mismos platos, con el

mismo poco atractivo aspecto y los mismos repulsivos olores de cafetería de hospital de la Seguridad Social. Lo único que cambiaban eran los nombres, pero el sabor era siempre igual.

Pero antes de dirigirse a la cocina para prepararse un sabroso plato de pasta a la carbonara, pasó por el salón para encender el portátil. Así iba ganando tiempo.

Cuando regresó, la lucecita naranja de la barra de inicio de programas del ordenador parpadeaba indicándole que había recibido un mensaje de *Messenger*. «Danger», palpitaba intermitente.

Desplegó la ventana:

Danger dice:

Hola, ¿estás ahí? ¿Qué tal va todo?

Ellyllon dice:

Hola, Danger. Bueno, regular

Danger dice:

¿Y eso? ¿Qué te ocurre?

Ellyllon dice:

Puf, déjalo, que si te lo cuento, vas a pensar que me estoy volviendo loca

Danger dice:

Lo dudo. Hasta ahora, nunca lo he hecho y, desde luego, no ha sido por falta de oportunidades. Jajaja. ¿Algún problema irresoluble con la trama de tu novela?

Ellyllon dice:

No exactamente. Eso ya te lo hubiera comentado, tus ideas son siempre fantásticas. No, es algo más... No sé cómo explicártelo...

Danger dice:

¿Personal?

Ellyllon dice:

Sí, eso. Más personal. No es algo que tenga que ver con mi novela, sino con mi día a día. ¿Recuerdas lo que te conté de ese sueño recurrente que tengo desde que era pequeña?

Danger dice:

Sí. ¿Qué ocurre? ¿Se te está

haciendo más claro y real?

Ellyllon dice:

Exactamente. Cada vez recuerdo más cosas de él y ha llegado un punto en el que me parece que empiezo a confundir los sueños con la realidad y... Bueno, no te rías, pero últimamente me ha dado por buscar vampiros (o a alguien que se parezca a lo que yo creo que debe de ser uno) entre los que me rodean.

Danger dice:

Eso se llama obsesión, Ellyllon, no locura, jajaja

Ellyllon dice:

Sí, tú tómatelo a cachondeo. Pero te estoy hablando totalmente en serio. Verás... Anoche volví a soñar con el tío que me protege de los vampiros que me atacan en sueños. En esta ocasión, además de los colmillos conseguí verle los ojos. Son los de alguien que conozco, pero ahora no consigo

acordarme de ellos y, por lo tanto, no puedo saber a quién pertenecen...

Danger dice:

Ellyllon, eso es sólo un sueño. Deja de buscar tres pies al gato. En cuanto consigas poner nombre al propietario de esos ojos te darás cuenta de que todo es producto de tu imaginación y que esa persona es tan normal como puedas serlo tú.

Ellyllon dice:

Sí, seguramente. Pero es que, últimamente empiezo a encontrar cosas raras en algunas personas.

Danger dice:

¿Qué cosas?

Ellyllon dice:

Pues por ejemplo, hay un tío con el que he tenido la desgracia de encontrarme dos veces en los últimos meses, que cada vez que lo tengo cerca me hace sentir mal y pensar en vampiros.

Danger dice:

¿Quién?

Ellyllon dice:

Pues un soplagaitas, oscuro y atractivo como el pecado, que parece perseguirme para hacerme la vida imposible. Uno de esos tipos que, con sólo mirarle, sientes un cierto miedo y rechazo... Lleva un cartel en la frente que dice «soy peligroso».

Danger dice:

¿Y eso te hace pensar que los vampiros existen? Jajajaja ¡Pues anda que no hay tipos de esos sueltos por el mundo! Lo que ocurre es que ese tío tan «oscuro y atractivo como el pecado» no te cae ni medio bien, ¿verdad? ¿Te tiró los tejos?

Ellyllon dice:

Pues no. La verdad es que me cae como el culo. Y, puag, ¡quita por Dios! Los tejos... Ojalá hubiera sido eso, porque con decir «no» se arreglaba.

¡Mucho peor! Lo conocí en una de las fiestas de mi jefe y, de entrada, el muy gilipollas casi consigue que me echen de mi trabajo.

Y la siguiente vez... Digamos que, además de fastidiarme la posibilidad de conseguir material importante para mi novela, casi me atropella con su estupendísimo todoterreno.

Danger dice:

¿Que casi te atropella? ¡No fastidies!

Seguro que estás exagerando y todo lo que me cuentas, que no dudo que sea verdad, es pura casualidad. Apostaría mi vida a que ese tío tiene cosas mejores que hacer que ir mordiendo cuellos. Quizá le atraiga el tuyo, pero de otra manera diferente a la que tú estás imaginando.

Ellyllon dice:

Mira que lo dudo. Si este tío quiere mi cuello, no es para

mordisquearlo como tú crees, sino para darle un bocado en toda regla... Lo que yo percibo de él es algo visceral. Tiene un aspecto de lo más intimidante; como un aura...chungu. No sé si me entiendes...

Estoy convencida de que, si los vampiros existieran de verdad, éste sería uno de ellos y, además, uno de los que están arriba del todo de la pirámide jerárquica.

Danger dice:

¡Joder, pues sí que es siniestro ese tipo...! jajajaja

Ellyllon dice:

¡Coño, Danger, no te rías, que estoy hablando en serio!

Danger dice:

Pues vale, a lo mejor ese tipo es un vampiro. Si tú así lo sientes... Pero... Si estás tan segura y tienes tantas ganas de meterte en líos ¿por qué no se lo preguntas directamente? Así sales de

dudas. Lo mismo te encuentras con más de lo que deseas, jajajaja

Ellyllon dice:

Ja, ja, ja (esto es sarcasmo puro, por si no te habías dado cuenta...) Espero no volver a encontrármelo jamás. Sin embargo, voy a hacer algo mejor para salir de dudas.

Danger dice:

Por Dios, Ellyllon, me das miedo... ¿Qué vas a hacer?

Ellyllon dice:

Seguir mi instinto. El otro día me dijo Chavi que tiene un amigo que le ha asegurado que él ve vampiros a diario y que sabe en dónde se reúnen.

Danger dice:

¡Venga ya, hombre! Eso quiero verlo yo también, jajajaja

Ellyllon dice:

Pues ven con nosotros. Eres bienvenido. Así, de paso, nos conocemos en persona.

Danger dice:

¿Cuándo?

Ellyllon dice:

El viernes por la noche.

Danger dice:

Lo siento. El viernes estaré ocupado, así que tendremos que dejar esta cita para otra ocasión, pero desde luego no será para ir a buscar vampiros, jajajaja. Y, por cierto, ¿cuál es ese lugar de encuentro vampírico del que habla el amigo de Chavi?

Ellyllon dice:

Pues parece ser que se juntan en la discoteca Imperium. Un local para niños pijos. ¿Lo conoces?

Danger dice:

Sí. Y no creas nada de lo que dice ese amigo de Chavi. He estado un montón de veces y te juro que allí no hay nada que pueda resultar ni remotamente sospechoso.

Ellyllon dice:

Danger, no seas incauto. No es en la zona pública, sino en la VIP. Pero el amigo de Chavi va a facilitarnos la entrada a ella.

Danger dice:

Anda, Ellyllon, ¡despierta! ¿De verdad crees que alguno de los frikis góticos con los que se junta Chavi puede acceder al VIP del Imperium? Jajajaja. Cuando los vean llegar con esas pintas... Se nota que no has estado jamás allí... Además, ¿qué vas a hacer si descubres que los vampiros existen? ¿Volver a tu casa tan tranquila y seguir con tu vida de siempre?

Ellyllon dice:

No, supongo que desmayarme, jajajaja Y luego rezar para que, como en mis sueños, mi protector anónimo también sea real y me rescate.

Danger dice:

¿Pues no hemos quedado en que tu protector también es un vampiro?

Ellyllon dice:

Jo, ¡es verdad! Menudo lío...
jajajaja

Siguió bromeando con Danger durante un buen rato. Una hora más tarde apagaba el ordenador, dispuesta a seguir dándole vueltas a la difícil situación que tenía por delante y a la posible veracidad de la existencia de los vampiros.

La conversación la había relajado e, incluso, le había proporcionado algunas risas.

Su relación con Danger era extraña. A veces pensaba en cómo había empezado todo y apenas recordaba los detalles.

Sólo sabía que, de la noche a la mañana, se había encontrado esperando la hora en que ambos se conectaban al *Messenger* y charlaban hasta bien entrada la madrugada. Ella adoraba aquellas conversaciones en las que podía mostrarse como era realmente, sin ambages ni dobleces. Él parecía

entenderlo todo.

Tenía ese tipo de cultura que sólo dan los años y la experiencia. Unos conocimientos tan vastos que, cada vez que tenía problemas para documentar alguna escena de sus novelas, no dudaba en recurrir a él. Danger siempre parecía tener la respuesta y conocer detalles y situaciones que no venían recogidos en ningún libro de historia. Era poco más que una enciclopedia.

Además, siempre estaba dispuesto a escucharla y a discutir cada una de las peregrinas ideas que acudían a su mente.

Le había contado sobre sus sueños turbulentos y la necesidad que tenía de plasmar esas vivencias oníricas en novelas de ficción. Y no sólo no le había parecido extraño, como al resto de las personas a las que se las había relatado, sino que además alentaba sus fantasías y le proporcionaba ideas valiosísimas.

Quizá por eso aquella noche se había sincerado con él.

No en pocas ocasiones, algunos de sus comentarios habían dado un giro completo al curso

de lo que estaba escribiendo y tenía que reconocer que siempre era para mejor. Para mucho mejor. Como confidente era una joya. Y lo mejor de todo era que jamás la cuestionaba. Incluso esa noche tampoco lo había hecho.

En una ocasión le había preguntado la edad, pero él no había respondido. Siempre eludía las respuestas personales. Pero de lo único que estaba segura era que no se trataba de ningún niño. Porque, aunque su conversación era ligera y juvenil, se notaba que tenía un buen puñado de años. Tampoco es que le importara. No tenía intención de entablar con él ningún tipo de relación personal que fuera más allá de la amistad.

Era fría y calculadora a ese respecto, no creía en los noviazgos cibernéticos. Ni siquiera se había preocupado de averiguar su nombre real. Él, en cambio, sí conocía el suyo, puesto que firmaba los libros que publicaba con su nombre y apellido auténticos. Aún así, siempre se llamaban por sus respectivos *nicks*.

«Bueno, mañana me enteraré de cómo se llama y, al menos en ese aspecto, estaremos en

igualdad de condiciones —se prometió—. Si es necesario se lo preguntaré a bocajarro e insistiré hasta que me lo diga. Aunque claro, siempre puede mentirme...».

Se quedó dormida pensando que, tuviera la edad que tuviera y se llamara como se llamase, se moría por conocerle en persona. Había sido una pena que estuviera ocupado el próximo viernes.

Capítulo 5

ROBERTO PÉREZ de Iparraguirre, duque de Navalcarril, colgó el teléfono con un golpe seco que retumbó en las paredes de madera del despacho. De no haberse tratado de un palacete de muros gruesos y techos altos, todo el servicio de la casa se hubiera enterado del estado de ánimo del dueño.

Un potente bramido siguió al estridente sonido.

—¡Ernesto!

Nada nuevo. El aludido esperaba aquel furibundo reclamo que rompió el opresivo silencio, a pesar de que la gruesa puerta de caoba amortiguó el grito.

Ernesto sintió que se le contraía cada uno de los músculos de su joven y delgado cuerpo. Hubiera jurado que el demacrado rostro que lucía en los últimos tiempos era ahora casi traslúcido. Se habría contemplado en el espejo si hubiera

tenido alguno cerca para comprobarlo, aunque últimamente prefería no hacerlo demasiado a menudo. Siempre había sido un muchacho pálido, de ojos pequeños, nariz puntiaguda y ralos y grasientos cabellos oscuros; pero últimamente estas características parecían haberse acentuado.

Sin darse tiempo a pensárselo dos veces, se apresuró a entrar en la habitación contigua dejando inmediatamente lo que estaba haciendo.

Abrió la puerta con timidez, sin esperar la respuesta a los dos cortos y contundentes golpes de nudillos que propinó sobre la madera. Como siempre, una sensación de asfixia se le instaló en los pulmones. Desde muy pequeño había tenido un carácter apocado.

Y, como siempre, tuvo la sensación de que las fabulosas dimensiones de la estancia se reducían, engullidas por la sólida presencia del hombre que tenía ante él. No podía evitar compararse con Alicia a su llegada al País de las Maravillas; aunque la esencia del duque era mucho menos inocua. Todo se hacía pequeño a su alrededor, incluido él mismo, que parecía adquirir las

proporciones de una diminuta hormiga a la sombra de la bota asesina del ogro de Cornualles.

Los negros ojos que le miraban irradiaban un fuego lúgubre y traicionero. La ira podía palpase en cada uno de sus músculos faciales. No era el rostro de un hombre mayor, sino el de alguien en la plenitud de la madurez que denotaba tener más experiencia de la que indicaba la fecha de su carnet de identidad. Un hombre atractivo y poderoso, aunque no podría tachársele de alguien bien parecido. Sin embargo, algo en la constitución física del duque, algo que él no era capaz de comprender, transmitía la crueldad que anidaba en su negro corazón.

Quizá la mirada vacía y carente de todo sentimiento de aquellas negras pupilas bordeadas de rojo; o la prominente nariz, casi regia, que ocupaba gran parte de la cara y que terminaba ligeramente curvada hacia abajo; o aquellos labios estrechos y pálidos, casi una línea, y cuyas comisuras no había visto elevarse hacia arriba en todo el tiempo que llevaba ejerciendo como su secretario.

—Dígame, señor duque —dijo con voz medida y la cabeza gacha.

—¡No vuelvas a pasarme ninguna otra llamada del *profesional*! —respondió con los ojos inyectados en sangre.

—Sí señor, como desee...

El silencio era opresivo. Se retorció las manos con nerviosismo mientras esperaba la siguiente orden.

El duque se puso en pie y las dimensiones de la sala se minimizaron todavía más.

—Tendremos que tomar acciones más drásticas. El supuesto profesional que habíamos contratado no nos sirve.

Él se mantuvo en silencio. Esperando. La connotación impresa en la última frase había calado hondo en su cerebro antes de que el duque retomara el cadencioso paseo que había iniciado segundos antes con las manos sujetas a la espalda.

—Al parecer, la semana pasada, una vez más fue incapaz de llevar a cabo la vigilancia del objetivo—continuó—. Volvió a perder su rastro después de que saliera del trabajo sin poder

recuperarlo en días. El asunto empieza a tomar cariz de urgencia, puesto que *ellosya* han establecido contacto. Creo que será necesario traer a Sergei desde su guarida moscovita. ¡Encárgate de ello! —rugió.

—Sí, señor duque —replicó tembloroso—. Se hará todo según ha indicado. Me pondré en contacto con Sokorov y me encargaré de despedir al profesional.

No deseaba permanecer allí ni un segundo más. Tras una corta inclinación de cabeza, giró sobre sus talones dispuesto a salir cuanto antes de la oscura habitación.

—No te he dado permiso para retirarte —bramó de nuevo atajando su huída—. Aún tengo otro encargo. ¿Mantienes todavía aquel pequeño *affaire* con la secretaria particular de Antonio Garza?

—Sí, señor.

Contestó, dejándose llevar por el orgullo que le proporcionaba aquella relación, a pesar del pavor reverente que le provocaba su superior.

—Bien. Pues consigue que esa señorita ponga

en la cabecita de su jefe la idea de preparar una cena a la que asista algún miembro del gobierno de la oposición y a la que yo tengo que estar invitado. Es necesario parar, de una vez por todas, los avances empresariales de Pessaro. Está demasiado bien protegido por el Consejo.

—Sí, señor. Haré todo lo que pueda para conseguirlo.

—Lo harás —sentenció—. Por tu bien.



Marina iba al encuentro con su destino. Por fin.

Miró hacia el firmamento. No había estrellas. Las nubes blanquecinas y estáticas atenuaban la luz de la luna llena, cuyos rayos no traspasaban la espesa capa, convirtiendo el cielo en un manto gris plomizo. Apenas habría podido ver nada si no hubiera sido por el alumbrado público. Tuvo la sensación de que el cielo estaba más cerca que de costumbre y sintió una opresión claustrofóbica.

La ligera llovizna la golpeó en la cara mientras corría hacia el taxi que la esperaba junto a la acera. Se le había hecho un poco tarde, pero

seguro que los muchachos no tendrían ningún problema para entretenerse mientras ella llegaba. Para colmo, el estado del tráfico era un caos. No parecía que fueran las doce y media de la noche, el embotellamiento era más parecido al de cualquier mediodía. Le encantaba vivir en una ciudad grande, pero odiaba los atascos con toda su alma.

Intentó tranquilizarse contra el respaldo del asiento. Sería mejor que se relajase o llegaría hecha un manojo de nervios. Lo cierto es que había estado así toda la tarde.

Apenas había podido hacer nada desde que regresó de la oficina, salvo prepararse para ese momento. Había sacado y vuelto a guardar en el armario tres conjuntos diferentes. Al final se había inclinado por un sugerente y juvenil minivestido de punto en tono marfil, que marcaba sus ya de por sí generosas curvas, y unas mallas negras ajustadas. Unas botas beige claro, de tacón y puntera estilizada, completaban el atuendo.

El peinado le había llevado otro buen rato. Después de dedicar más de una hora a alisarse la melena, en el último momento decidió que una

sencilla coleta en la coronilla le haría parecer menos atrevida.

Ahora, mientras el taxi se detenía en cada semáforo, repasaba su aspecto dudando si, después de todo, parecería demasiado joven y recatada. Teniendo en cuenta que lo que pretendía era llamar la atención de un posible vampiro, quizá debería de haber optado por un atuendo más insinuante.

Por fin divisó el cartel luminoso de la discoteca. Había una cola tremenda en la entrada. Estaba segura de que Chavi iba a echarle la bronca. Llegaba casi una hora tarde.

El gorila de la puerta la miró desafiante. Estaba claro que no tenía ninguna prisa y disponía de toda la noche. Poco le importaba a él entretener al personal antes de dejarles pasar.

—El carnet, guapa.

—¿El carnet? ¿El de identidad?

—Hombre, ¡no va a ser el de la biblioteca municipal!

Marina calló la respuesta que le vino a la mente. Se había dado cuenta de que enfrentarse a

él no iba a servirle de nada, puesto que a aquella masa de músculos y mal genio le daba exactamente igual dejarla en la calle pasando frío.

—¿Me ves pinta de no haber cumplido aún los dieciocho? —preguntó sarcástica. Tal vez no aparentara sus años, pero ser menor de edad, tampoco—. La verdad es que no sé si darte las gracias...

—De lo que yo te vea pinta es cosa mía; pero si no me enseñas el carnet, no pasas. Luego, según lo que decida cuando lo vea, me das las gracias. O no, ya veremos —contestó con una fría sonrisa en los labios mientras la apartaba a un lado con un ligero empujón para poder atender al siguiente de la fila.

Dudó entre sucumbir a los deseos de enzarzarse en una pelea dialéctica que no iría a parar a ningún sitio o sacar el DNI del bolso. Optó por lo segundo. Luego se lo puso delante de las narices al cancerbero y esperó paciente mientras él lo estudiaba con todo lujo de detalles.

—Bien, pasa —dijo por fin, devolviéndoselo—. ¡Que te diviertas, guapa!

Estuvo a punto de contestarle llamándolo «feo», pero lo cierto es que hubiera faltado a la verdad; porque era grande, intimidante, maleducado, pero feo... Precisamente feo, no era.

—¡Eh, morena! —La llamó cuando estaba a punto de desaparecer de su vista—. ¿Y mis gracias...?

Se tragó el exabrupto que acudió a su boca y, sacudiendo el brazo en un gesto que dejaba claro lo que estaba pensando, se internó en el local.

Estaba oscuro. Apenas podía distinguir las caras de las personas que transitaban entre la multitud. Se hizo a un lado y se paró en seco mientras esperaba a que la vista se le adaptara a la oscuridad. Era rápida para eso y a los pocos minutos ya era capaz de distinguir la fisonomía de la gente gracias a los focos de la pista y las luces cenitales de las barras de bar repartidas por los rincones.

Empezó a agobiarse. No localizaba a Chavi por ningún lado. Pensó en llamarle por teléfono, pero desechó la idea de inmediato; con semejante ruido no lo oiría. ¿Y si se habían cansado de

esperarla y se habían ido?

El corazón empezó a golpearle en el pecho.

Alguien la empujó y estuvo a punto de derramar sobre ella la copa que llevaba en la mano, pero se disculpó brevemente y siguió su camino.

No sabía por dónde empezar a buscar. Bajó las escaleras y se aproximó a la pista de baile. Imposible encontrar a alguien entre aquellos cuerpos apretujados. Era consciente de que debía de llevar el despiste reflejado en la cara. Una mano la cogió de la cintura. Se volvió como si hubieran presionado alguno de sus resortes, con la idea de deshacerse del descarado intruso pero, afortunadamente, descubrió la delgada cara de Chavi.

—¿Dónde te habías metido, Marina?

—Llevo un rato tratando de encontrarte...

—¿Hora y pico buscándome? —contestó burlón—. Anda, ven, mentirosilla.

Y tiró de ella, cogiéndola de la mano para arrastrarla a través del gentío sin que volviera a extraviarse.

—Voy a presentarte a mis amigos.

Se extrañó al comprobar que Chavi había prescindido de su habitual uniforme gótico. Iba vestido con ropa moderna y funcional, al igual que el resto del grupo que se agolpaba en un rincón alrededor de una mesa alta con taburetes. Tres chicos y dos chicas que estaban bebiendo y charlando animadamente.

Tiró de su mano obligándole a detenerse.

—¿Quién es el que nos va a llevar hasta los vampiros, Chavi?

—Darío, ahora te lo presento, pero no digas nada hasta que los demás se marchen.

Se sentía fuera de lugar entre las chicas, escuetamente vestidas y luciendo más piel de la que cubrían. Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse a la tentación de dejarse puesto el abrigo de cuero que cubría el recatado atuendo que había elegido.

Pero, tras una rápida ronda de presentaciones —en la que no sabía quién era quién después de dos minutos, salvo el tal Darío—, empezó a sentirse integrada en el grupo. Todos habían oído

hablar de ella y habían leído sus novelas, así que la conversación se animó enseguida.

Y aunque no había ido allí para eso, lo cierto es que se estaba divirtiendo. El local era bonito, no servían garrafón, la música era muy buena y el ambiente agradable. Sin embargo, nadie con aspecto siniestro se acercó a ellos ni consiguió localizar a ningún sospechoso por los alrededores. Y aunque estaba deseando que el resto del grupo se dispersara de una vez por todas, finalmente se dio por vencida y se relajó, dejándose arrastrar hasta la pista de baile cuando Darío la sacó a bailar.

Era muy atractivo, con una pinta de niño pijo increíble y muy simpático. Todo el mundo parecía conocerle allí ya que, según le había explicado antes, era uno de los relaciones públicas del local. Pero era homosexual. Lo sabía porque llevaba horas haciendo ojitos con Chavi, y aunque a ninguno de los dos se les notaba a simple vista, ella estaba al corriente de los gustos de su amigo en cuestión de cama. No le importaba lo más mínimo con quién acabara cada cual la noche,

aunque él y Chavi hacían una pareja de lo más dispar; pero puesto que no tenía intención de ligar ni con Darío ni con ninguno de los otros, allá cada cual. Todos eran más jóvenes que ella.

Marina bailaba como lo hacía todo: poniendo alma, corazón y vida. Una pieza más tarde, sin olvidarse de lo que la había llevado a aquel lugar, se dejó llevar por el ritmo teniéndose que quitar a más de un moscón de encima.

—¿En qué consiste tu trabajo? —preguntó a Darío.

—Traigo a gente y amigos para que conozcan el local.

Todas las discotecas tienen varios colaboradores que hacen lo mismo que yo.

Pensó que, realmente, estaba oxidada en los usos y costumbres de la noche madrileña, pero estaba tan cansada cuando llegaba el fin de semana, que prefería quedarse en casa escribiendo y hablando en el chat con los amigos.

Afortunadamente, a las tres de la mañana el resto del grupo se despidió para buscar

entretenimiento en otros locales. Aquél era demasiado caro. Ya solo quedaban Chavi, Darío y ella. Y aunque no quería parecer demasiado ansiosa ni estropear la noche a su amigo, no veía el momento de que, por fin, el relaciones públicas cumpliera con lo que les había prometido.

—¿Vamos ya? —preguntó, impaciente, en cuanto los otros desaparecieron.

Darío se rió con descaro.

—Mujer, ¡qué prisas, si la noche es joven! —respondió.

A pesar de ello, abandonaron la mesa y siguieron a Darío, que caminó con decisión hacia la zona reservada. Otro intimidante empleado de seguridad, sin uniformar, guardaba el acceso, aunque en esta ocasión se limitó a saludar al muchacho con cordialidad y a retirar la catenaria para que pasaran sin hacerles ninguna pregunta. Chavi cerraba la pequeña comitiva y ella iba en medio de los dos hombres, con el corazón golpeándole en el pecho debido al nerviosismo y la incertidumbre. ¿Qué encontraría allí arriba?

Y, cuando llegaron a su destino, ella no daba

crédito a lo que estaba viendo. Observó todo lo que ocurría a su alrededor y la sorpresa se reflejó en su rostro. Desde luego aquello no era lo que había esperado. La música era casi tan estridente como la que había abajo y una barahúnda de hombres con pinta de ejecutivos barrigones y señoras con aspecto de secretarias añosas se movían por la zona, hablando a voz en grito y jaleándose unos a otros. Quedaba patente que todos ellos llevaban más alcohol en el cuerpo de lo que estaban acostumbrados.

También había gente joven divirtiéndose en la pista, pero estaba claro que la inmensa mayoría se controlaba para no dar un paso en falso delante de sus jefes.

—¿Esto es todo? —preguntó sin ocultar su asombro.

Darío estaba casi tan perplejo como ella. Él tampoco esperaba aquel panorama.

—No. Normalmente esto no es así, pero al parecer han alquilado la zona para alguna fiesta de empresa y no me han avisado.

—Supongo que no vamos a encontrar lo que

prometiste, ¿verdad?

—No lo sé, Marina. Cuando esto ocurre, ellos suelen desaparecer —contestó consternado.

—Entonces, yo casi mejor me marcho.

Chavi, sin embargo, no quería perder la oportunidad de tener el feliz final de fiesta que había estado preparando durante toda la velada.

—Vamos, Marina, qué le vamos a hacer. Volveremos otro día pero, ya que estamos aquí, ¿por qué no tomamos una última copa?

—Yo no tengo demasiada resistencia al alcohol, Chavi, ya lo sabes.

—Pero si sólo has tomado dos de tus cursis copas de champán, mujer.

—Suficientes por esta noche.

Sin embargo, mientras discutían, observó por el rabillo del ojo que un impresionante espécimen de macho ibérico, con pinta de pertenecer a alguna agencia de modelos de élite, se aproximaba a ellos. Era moreno, de brillantes ojos oscuros y con un aspecto tan intimidante que, inmediatamente, estuvo convencida de que acababa de dar por finalizadas sus pesquisas. Tal vez sí quedaba

alguien...

—Hola Darío —saludó el recién llegado con una blanca sonrisa en los labios— ¿Qué dos pipiolos nos traes esta noche?

—Ella es Marina y él Chavi —los presentó—. Él es...

—¿Queréis una copa? —dijo incitándolos a seguirle hacia una de las barras antes de que dijera su nombre.

Vio que Chavi empezó a andar tras él sin cuestionar si el resto le seguía y se apresuró a ir a su encuentro.

—Chavi, no sé si es buena idea —dijo con un mal presentimiento.

—Vamos, Marina. ¿No es esto lo que buscabas? Si no vamos nunca estaremos seguros.

—Ya, pero...

—Marina —dijo el desconocido rompiendo la discusión—, ¿qué quieres beber?

—Champán —contestó con un acto reflejo.

Cuando las copas estuvieron sobre el mostrador, el desconocido ignoró la presencia de los otros dos hombres dirigiéndose exclusivamente

a ella. La música había cambiado a un ritmo suave y lento.

—Vamos a bailar. —No era una petición. Por suave que hubiera sido el tono que él había usado, era una orden.

—Ah, no, gracias. Estoy cansada.

—Sí, seguro que te apetece.

—Pues no, ya he bailado hoy mucho. Me duelen los pies —se excusó.

—Vamos, la música es lenta. Seguro que te apetece.

—Ya te he dicho que no.

Empezaba a cansarse de tanta insistencia y fue, incluso, un poco brusca en la respuesta. De pronto fue consciente de que había empezado a dolerle la cabeza. Sentía un inquietante repiqueteo en las sienes y el corazón le palpitaba alocadamente por el estado de nervios.

—Además, creo que voy a irme a mi casa. No me encuentro bien.

—¿Por qué?

Iba a contestar cuando alguien se aproximó a ellos desde la retaguardia.

—Veo que os estáis divirtiendo, muchachos.

Detuvo inmediatamente la respuesta que se quedó colgada en sus labios. Había reconocido la VOZ.

—¡Marcos! —contestó Darío rápidamente—. ¿Cómo tú por aquí esta noche?

—Ya ves, hay que controlar al ganado de vez en cuando.

—Marcos Pessaro es el dueño de este local —aclaró Darío a sus acompañantes, sonriendo todavía por la broma de él—. Ellos son Chavi y...

—Sí, ya sé. La señorita Miralles y yo somos viejos conocidos, ¿verdad?

No daba crédito a lo que estaba viendo y escuchando. ¡Otra vez ese imbécil inoportuno!

—Buenas noches, señor Pessaro —respondió con un seco cabeceo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marcos, un tanto alarmado, al ver un gesto de dolor en la cara Marina—. ¿Se encuentra bien?

—No, no ocurre nada. Él —dijo dirigiéndose al desconocido—, estaba invitándome a bailar pero, de pronto, se me ha puesto un terrible dolor

de cabeza. Creo que voy a retirarme.

—Pessaro, la señorita me ha prometido este baile —insistió el modelo.

—Me pareció escuchar —respondió Marcos —, que te estaba diciendo que no le apetecía. ¿No es así? —le preguntó a ella.

Se limitó a afirmar con la cabeza. Se empezaba a encontrar fatal. Tenía una ligera náusea en el estómago y la cabeza parecía querer explotarle. Se estaba mareando.

—¿Qué me está haciendo? —preguntó al desconocido con voz débil.

—¡Déjala en paz! —rugió Pessaro—. ¿No sabes aceptar la negativa de una dama?

—Estaba conmigo antes de que llegaras.

—Ahora está conmigo. Lárgate.

El atractivo joven intercambió una mirada con Marcos.

Ella siguió con la vista, estupefacta, aquella conversación silenciosa; no parecía el tipo de persona que aceptara una orden, sin embargo la acató con un movimiento de cabeza. Le guiñó un ojo con una sonrisa hambrienta y se dio media

vuelta desapareciendo entre la marea humana.

—Venga conmigo.

Se dejó arrastrar por él. La empujaba ligeramente por el hueco de la cintura, sin ejercer apenas presión, pero notó el calor que desprendía su mano a través de la capa de lana del vestido. Encontraba el roce reconfortante y tranquilizador.

Marcos la llevó hasta un reservado, al final de la sala, desde donde podía controlar todo el local, incluso la discoteca de abajo, a través de unos amplios ventanales que asomaban a la pista de baile. Precisamente, aquella le había resultado una atalaya muy divertida esa noche. Desde allí había gozado de la incomparable vista de Marina dejándose llevar por la música sin la actitud encorsetada de la que habitualmente hacía gala cuando estaba en su presencia.

La muchacha era energía en estado puro. Estaba guapísima con aquel vestidito tan sugerente y los ojos encendidos por la música y el champán. Mientras la veía bailar no había podido evitar pensar si se movería igual de bien en otras tareas más privadas. Le costaba resistirse a la tentación

de estrechar las distancias con ella.

Cuando tomaron asiento, le quitó delicadamente la copa que sujetaba con dedos crispados y la colocó sobre la mesa.

—Recuéstese un rato —la incitó a apoyar la espalda sobre el asiento—. Enseguida se le pasará. Creo que le ha sentado mal la última copa.

Marina respiró profundamente para recuperar la compostura. Se sentía ridícula y vulnerable. ¿Por qué tenía que ser así cada vez que se enfrentaba a Pessaro? Siempre la encontraba en los peores momentos. ¡Cómo lo odiaba por eso!

«Que sea lo que Dios quiera», pensó mientras estabilizaba los nervios y miraba al hombre que tenía enfrente. Detestaba que cada vez que pretendía avanzar en sus sospechas él apareciera de la nada pero, si tenía que ser fiel a la verdad, en esta ocasión le estaba agradecida. Además, estaba muy elegante aquella noche, vestido con unos sencillos pantalones de pinzas negros y un jersey de cuello alto en el mismo tono. Era un hombre capaz de hacer perder la cabeza a cualquier mujer.

Si no fuera por las circunstancias en las que le había conocido, posiblemente ella también hubiera caído víctima de su influjo. Resultaba terriblemente atractivo.

Él la contemplaba con cara de preocupación aunque pareció relajarse en el momento en que percibió que empezaba a sentirse mejor y recuperaba el color. Ella sólo le devolvió la mirada mientras sentía que, poco a poco, las convulsiones de la cabeza iban aminorando, así como el malestar del estómago.

—Tiene usted el don de la oportunidad, amigo —inició la conversación, al cabo de un rato, con cierto deje de reprimenda y queja.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Nada, cosas mías. ¿Tengo que darle las gracias por su intervención?

—No sé, usted sabrá... ¿Por qué me lo pregunta a mí? ¿Le ha molestado que interviniera?

—No. Aunque, para variar —dijo con ironía—, ha sido usted un pelín brusco con el muchacho.

—¿Quería ir con él? Puedo decirle que regrese.

—No, no. No es eso... Pero él sólo quería...

—Ya sé lo que quería.

—¿Cómo?

—Nada.

—Sólo pretendía invitarme a bailar...

—¿Quiere bailar? Yo puedo acompañarla.

—No. Tampoco pensaba aceptar.

—Por lo que veo, le gusta que la halaguen ¿verdad?

—No, pero odio que me controlen.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso también.

De pronto Marina se percató de que se había olvidado de Chavi y Darío. Les buscó con la mirada.

—Chavi... —susurró, preocupada.

—Ah, no se preocupe. Creo que está ocupado con Darío. Seguro que se encuentra bien. Tengo la sensación de que ambos saben cómo rematar la noche. Están allí.

Marcos señaló hacia otro reservado. Estaban solos y habían pasado de las miradas a las caricias en las manos. Marina sonrió al verlos.

—¿No le molesta? —preguntó Marcos al ver

su sonrisa cómplice.

—¿A mí? ¡No, por Dios! ¿Por qué habría de molestarme? Soy una mujer de miras abiertas. ¿Le molesta a usted?

Marcos soltó una carcajada.

—No, tampoco. Seguro que yo tengo un concepto mucho más amplio que usted de la sexualidad, pero pensé que había elegido a Darío de postre.

—¿Darío? ¡Pero si es un pipiolo! —contestó riéndose—. ¿De dónde ha sacado esa idea? A mí me gustan los hombres un poco más maduritos...

—Me alegra escuchar eso. No obstante, les vi bailar esta noche en la pista. Baila usted muy bien, por cierto. Quería haber bajado a saludarla, pero estaba ocupado.

—Ah, no se preocupe, y por mí no se moleste, no desatienda sus asuntos —respondió mordaz—. Ya me encuentro bien, es más, creo que lo más oportuno es que me marche.

—No es ninguna molestia. Además ya he terminado con lo que estaba haciendo.

—Aún así...

—No, espere un rato hasta que esté recuperada del todo.

—Ya estoy recuperada. Sólo me ha quedado un leve dolor de cabeza, no sé qué me ha ocurrido.

Marcos sacó un pitillo de la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa y lo encendió con el mechero de oro. Dio una profunda calada y se lo puso a ella en los labios.

—Tenga, relájese un rato.

Marina lo aceptó y aspiró profundamente.

—¿Es la primera vez que viene a *Imperium*, Marina? —dijo con una mueca educada que pretendía ser un remedo de sonrisa.

—Sí.

—¿Y qué le ha parecido?

—Un local muy bonito.

—¿Se lo imaginaba así?

—Más o menos.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

Marina se sorprendió con la pregunta.

—No sé a qué se refiere.

—Sí, ya sabe, la música, las copas, el ambiente, la gente...

—Bueno, no sé lo que buscaba. Posiblemente nada, porque no me gustan las multitudes, pero creo que sí, que he encontrado lo que buscaba.

—¿Sólo cree?

—Estoy casi convencida.

Aquella conversación era de lo más absurda. «Cada uno hablamos de una cosa», pensó ella. No obstante recapacitó que era como si estuviera al tanto de sus movimientos y su único objetivo fuera interponerse en su camino. Ya era casualidad que las dos últimas veces que había estado cerca de salir de dudas, él hubiera aparecido para abortar sus avances. Durante un momento se planteó seguir con las recomendaciones de Danger y abordarle descaradamente; decirle que le enseñara los colmillos, pero lo cierto era que su respuesta le daba miedo.

Ese hombre era letal.

Marcos sonrió mientras encendía otro cigarrillo para él y servía dos copas de champán de la botella que había en una cubitera con hielos a su lado.

—Me va a perdonar, señor Pessaro. Le agradezco muchísimo su hospitalidad y el champán, pero estoy realmente cansada y creo que ya he bebido suficiente. Me marcho ya, que mañana quiero madrugar.

—¿No me acepta otra copa?

—Lo siento, otro día. Estos dos —dijo señalando a Darío y Chavi—, creo que no me necesitan y no quiero entretenerle más.

Recogió su bolso y el abrigo de cuero que había dejado junto a ella y se puso de pie.

—Ha sido un placer. Ya sabe dónde puede encontrarme...

—Gracias. Lo tendré en cuenta —«¡Cómo si tuviera alguna intención de encontrarle!»—. La verdad es que tengo que reconocer que este encuentro ha sido mucho más agradable que los anteriores y, si algún día le echo de menos —aclaró con tono burlón—, prefiero que sea aquí que en cualquier calle oscura.

Marcos soltó una distendida carcajada. Marina conseguía sorprenderle con su inocente sinceridad.

—Sobre todo si va usted conduciendo — apostilló ante las repercusiones de su insinuación.

—No se preocupe —contestó riéndose todavía—, cuando circule por alguna calle oscura, le prometo que iré muy atento y fijándome bien por si usted va medio enloquecida por mitad de la calzada. Conduciré con mucho cuidado.

La risa del irreverente empresario la acompañó todavía durante un buen rato, cuando abandonó el local después de que se despidiera de sus amigos.



Marina pasó por delante de la mesa de su secretaria y, sin apenas mirarla, siguió caminando hacia el despacho sin detenerse a preguntar por los recados que pudiera haber recibido durante el tiempo que había estado fuera. Llevaba dos días procurando transmitir tranquilidad y seguridad a todos los empleados del departamento, pero cada vez estaba más harta de verse obligada a adoptar una actitud que nada tenía que ver con su auténtico estado de ánimo.

Ya no podía soportarlo más. Apenas dio por

finalizada la rueda de prensa, se escabulló lo más rápido que pudo sin quedarse a hablar con los periodistas como acostumbraba. La tensión que venía soportando desde hacía más de cuarenta y ocho horas empezaba a hacer mella en su maltrecho control.

Cerró la puerta del despacho con el pie y dejó sobre la mesa, con un seco golpe, las carpetas que llevaba en las manos. El sonido retumbó en las cuatro paredes. No era dada a dejarse llevar por la ira ni exteriorizaba fácilmente sus sentimientos con reacciones vacías y sin sentido, pero la frustración y las ganas de salir corriendo de aquel maldito edificio se habían apoderado de las delicadas maneras de las que siempre hacía gala.

Además, se moría por llevarse un cigarrillo a los labios y dejar que sus pulmones se llenaran de humo en un inútil intento por que éste le nublara también la mente. Pero estaba terminantemente prohibido fumar. Aunque... ¿qué podían hacer contra ella si la pillaban haciéndolo? ¡Nada! El despido era algo con lo que ya no podían amenazarla, ya estaba despedida.

Se sentó en el cómodo sillón giratorio de suave piel color marrón que tanto había contribuido al ensanchamiento de sus caderas, por culpa de las infinitas horas de trabajo, y colocó las manos sobre el cristal transparente de la amplia mesa.

Necesitaba sentir la frialdad de la superficie para intentar apaciguar el fuego que le hacía arder el alma. Las últimas horas estaban siendo una auténtica locura.

Sin pararse a pensarlo ni un minuto más, abrió el compartimento inferior de la cajonera lacada en blanco que tenía a su derecha, bajo la mesa, y sacó el paquete de Marlboro y el mechero del bolso. Luego vació en la papelera los clips del cenicero de obsidiana que había traído de sus últimas vacaciones en México y encendió un cigarrillo con movimientos pausados. Despacio, como a cámara lenta, se llevó el pitillo a la boca y respiró hondo recreándose en el sabor acre del tabaco al tiempo que se recostaba sobre el suave respaldo del asiento. Cerró los ojos.

«Las bofetadas nunca llegan cuando las

esperas» pensó, dejando volar los recuerdos.

Hacía apenas tres meses hubiera jurado que la estabilidad laboral le daría la espalda y que necesitaría buscar cuanto antes un trabajo alternativo. No hubiera apostado ni un solo euro a favor del silencio de la esposa del presidente de la compañía, sin embargo entonces no había ocurrido nada. Y ahora, cuando por fin empezaba a estar segura de que aquella participación involuntaria a favor de la airosa cornamenta de Salvador Arriaga no le reportaría ninguna consecuencia, el destino, siempre el destino, le había sorprendido con otro devastador golpe de efecto.

El día anterior, según había puesto el pie en el despacho —antes, incluso, de tener tiempo de quitarse el abrigo y encender el ordenador—, Isabel, su secretaria, entró con la sempiterna taza de café caliente con la que habitualmente le daba los buenos días y un anuncio impactante.

—Marina, estás convocada en diez minutos a una reunión de urgencia en la sala de juntas principal. —Después, dejó la taza sobre la mesa y salió de allí como alma que se llevaba el diablo

sin dar ninguna explicación más.

¿Había algo peor que una reunión de urgencia un lunes a las nueve de la mañana? El asunto no pintaba nada bien.

Y mucho peor resultó cuando, al abrir la puerta, encontró que sentada en torno a la enorme mesa estaba la plana mayor al completo. Las noticias habían sido demoledoras.

Sólo media hora más tarde ella era la encargada de informar a los medios, mediante una escueta nota de prensa, de la venta del Grupo Arriaga a la Fundación Pessaro.

A partir de ese momento su vida se había convertido en una vorágine de actividad. El teléfono no paraba de sonar, las reuniones se sucedían sin descansos intermedios, no había tenido tiempo de comer y, en esos dos días, sólo había dispuesto de un corto descanso de cinco horas que aprovechó para ir a casa, tomar una ducha rápida, cambiarse de ropa y dormir una pequeña siesta.

Envuelta en una nebulosa de acontecimientos, que no había tenido tiempo —ni ganas— de

analizar, abrió los ojos y miró, sin ver, la pantalla del ordenador portátil. Absorta en el deambular errático de las aves que surcaban armoniosas el infinito cielo azul del protector de pantalla, se dejó arrastrar por la libertad de aquellos pájaros y suspiró.

¡Todo había ocurrido tan rápido! ¿Cómo era posible que ella, que siempre se enteraba de todos los chascarrillos de la empresa, no hubiera escuchado ni un solo rumor sobre la venta hasta la mañana del día anterior? Tenía tantas cosas que hacer y tan poco tiempo para ello...

Pero lo más desagradable de todo aquello había sido la reunión que los, hasta entonces, directivos de la empresa, entre los que ella se encontraba, habían mantenido con el que suponían que sería el nuevo gerente. Un tipo frío y distante que les había informado de la delicada situación en la que se encontraban. Ni siquiera se había molestado en preguntarles sus nombres o a qué departamento pertenecían. Sus condiciones individuales y personales era algo que, obviamente, no le importaban lo más mínimo.

Se había limitado a darles órdenes estrictas sobre el modo de actuación que tendrían a partir de ese momento. Esa tarde, cuando todos ellos acabaran su jornada laboral, abandonarían las oficinas hasta nueva orden.

Ni qué decir tiene que les habían avisado de que estaba prohibido hacer copias de seguridad de los contenidos informáticos. Sobraba aquella advertencia, pero aun así la habían hecho. Ni siquiera se les permitía retirar sus efectos personales hasta que recibieran autorización expresa para ello. Y eso sería después de que fueran convocados a una reunión con el nuevo propietario, en la que serían revisadas las cláusulas individuales de cada contrato laboral.

Aquellas órdenes espartanas, expresadas de forma desapasionada y sin tacto, le habían revuelto el estómago y habían hecho que la rebeldía que la caracterizaba saliera a flote como catapultada por una mano invisible.

Sin querer, movió el ratón y el salvapantallas desapareció. En su lugar, apareció la típica imagen de la «e», en tres dimensiones, que le indicaba que

tenía nuevos mensajes en la bandeja de entrada del correo electrónico.

Apagó el cigarrillo contra la pulida y oscura superficie del cenicero y jugueteó con la colilla haciendo dibujos en la negra obsidiana. Cliqueó sobre el icono del programa de comunicaciones e, impaciente, tableteó sobre la mesa con las uñas impecablemente arregladas con manicura francesa, esperando a que se abriera.

Cuando lo hizo no pudo evitar la sonrisa que iluminó su rostro y que, durante una breve fracción de segundo, le hizo olvidarse de todas las preocupaciones. Había recibido un correo electrónico que realmente le apetecía leer.

Me tienes muy preocupado. Hace días que no sé nada de ti.

No te pasas por el foro y tampoco contestas mis mensajes en el messenger.

Espero que no te hayas metido en ningún lío y que el único culpable de tu desaparición sea algún maromo que te

mantenga tan feliz y satisfecha que te hayas olvidado incluso de los amigos.

De todas formas, si el motivo es menos placentero y es el trabajo o los problemas lo que te han apartado de las buenas costumbres, no te olvides de que aquí tienes un ancho hombro sobre el que llorar tus penas.

Un fuerte achuchón,
Danger

«¡Virgen Santísima! —juró Marina en silencio— Este hombre tiene la virtud de aparecer siempre que lo necesito. Parece que presintiera mis estados de ánimo».

Miró la hora en que había sido enviado: 10:50 h. de esa misma mañana. Sólo diez minutos antes de que la rueda de prensa hubiera dado comienzo. Se dispuso a contestar.

Hola Danger,

Siento mucho haberte preocupado con mi ausencia pero, lo que de verdad lamento es que el motivo de la misma no sea tu maravillosa suposición. ¡Ya me hubiera venido bien quitar me las telarañas de encima!, pero no; digamos que, por el contrario, los problemas me acechan y puedo jurarte que esta vez no he sido yo la que les he salido al encuentro.

No he contestado a tus mensajes porque una amiga me invitó el fin de semana pasado a la fiesta con famosos que organizaba en un balneario de lujo. Como necesitaba relajarme, acepté. Me lo pasé en grande. ¡Y menos mal, porque la que me esperaba a mi regreso era de órdago!

Lo único bueno que puedo encontrar a todo esto es que a partir de ahora sí que voy a tener tiempo para escribir. Me acaban de despedir del trabajo, así que prepárate, porque tengo

la intención de aceptar tu oferta y utilizar tu «ancho hombro».

La vida, a veces, te da unas sorpresas mortales. Mi abuela siempre decía que todo en este mundo está concatenado, y empiezo a pensar que es cierto.

¿Te acuerdas del tipo extraño del que hablábamos hace algunas noches? Pues ahora resulta que ha comprado la empresa para la que trabajo.

Mañana estoy convocada en su despacho, supongo que para darme el finiquito.

¿Pero qué le he hecho yo al destino? ¿Por qué me lo tengo que encontrar últimamente a cada paso que doy?

Sólo espero que la entrevista sea breve y me pase con su lugarteniente (otro tipo tan oscuro y siniestro como él) quien, a su vez, me lleve con el director de recursos humanos para que

éste me haga entrega de un succulento talón al que no pueda poner ningún pero y me acompañe, cuanto antes, a la puerta de salida con un apretón de manos y un «encantado de haberla conocido, señorita Miralles». En fin, ya te iré contando.

Besitos,

Capítulo 6

—SEÑOR PESSARO, la señorita Miralles. —El *lugarteniente*, un tipo alto y guapo, mantenía abierta la puerta del despacho para que pasara.

Marcos se levantó de inmediato y, rodeando su enorme mesa con forma de media luna, caminó hacia ella con la mano extendida.

Marina estaba preparada para atajar el escalofrío que, como siempre, invadiría sus músculos cuando le viera; sin embargo no pudo reprimir la sensación de angustia y ansiedad que se extendió por su interior cuando le observó acercarse como un depredador a su presa. Pero, haciendo acopio de toda la osadía de la que acostumbraba a hacer gala, acortó la distancia entre ellos con paso firme y resuelto.

La maciza puerta de la habitación se cerró con un sonido seco y firme. Supo, sin necesidad de comprobarlo, que el otro hombre había desaparecido de escena dejándolos solos, pero no

pudo evitar girar la cabeza mientras estrechaba la mano de su entrevistador.

—Señor Pessaro...

El saludo sonó firme en el silencio del enorme despacho.

—Sentémonos —dijo él con aquella voz grave y profunda, manteniendo todavía apretada la fría mano de ella.

Quizá debido al contraste, sintió que su piel se calentaba por el contacto. Era una mano fuerte, poderosa, de elegantes y larguísima dedos. Y estaba muy caliente.

Consiguió soltarse del agarre sin que pareciera un gesto grosero, al tiempo que él la dirigía hacia el sofá de cuero verde oscuro que ocupaba uno de los rincones de la estancia.

Le observó tomar asiento en el sillón de confidente colocado a la izquierda, separando los firmes muslos e inclinándose ligeramente hacia delante. Luego apoyó los antebrazos sobre ellos y dejó caer las manos en el hueco que quedaba entre sus piernas.

—Dígame, señorita Miralles, ¿consiguió

llegar sana y salva a su casa el otro día después de nuestro último encuentro? ¿O se metió en algún otro lío?

—Sí, claro —respondió con un seco cabeceo y una sonrisa que no se reflejó en sus verdes ojos—. Aunque le parezca mentira, no acostumbro a meterme en líos salvo, paradójicamente, cuando usted anda cerca.

—Ya —contestó incrédulo—. ¿Tomará café?

Aquella inofensiva pregunta pareció una trampa mortal cuando él se adelantó hacia la mesa sobre la que estaba dispuesto un servicio humeante.

—¿Sólo o con leche? —continuó sin esperar la respuesta a la vez que servía dos tazas.

—Con leche, por favor.

Intentó que su voz sonara pausada, fingiendo una seguridad que no sentía, dispuesta a no ceder al impulso de echarse hacia atrás en su asiento para restablecer la distancia que él había acortado con el movimiento anterior.

Le extrañó verle servir el café con soltura, como si estuviera acostumbrado a hacerlo cada

día, para lo cual él se desabrochó el botón de la americana que estaba a la altura de aquel duro y plano abdomen. Alarmada se dio cuenta de que estaba contemplándolo extasiada.

Estaba perpleja. No había previsto que la entrevista se desarrollara de aquella manera. Esperaba un cruce de saludos rápidos en el que no cupieran las referencias a sus encuentros previos. Se suponía que iban a despedirla, ¿por qué convertir aquello en una entrevista tan personal?

No se había preparado psicológicamente para ese tipo de audiencia. Tenía la sensación de que Pessaro conocía todos y cada uno de sus recelos e intentaba aplacarlos con buenos modales. Ese hombre la desestabilizaba por completo. Ser terriblemente atractivo no era suficiente, ¡además tenía que parecer simpático...! Eso hacía todo más difícil.

Aquella tarde estaba imponente, con un traje a medida, del mismo color de sus fríos ojos, que le remarcaba los musculosos hombros y la estrecha cintura. Lucía una sonrisa cordial que llevaba impresa la firma del mejor odontólogo del país, a

juego con la inmaculada camisa de seda que contrastaba con sus cortos cabellos negros, que cada poco tiempo peinaba con descuido hacia atrás con los dedos. Tenía el aspecto juvenil de esos hombres a los que no se les sabe calcular la edad, completado por una nariz recta y del tamaño perfecto para su cara angulosa, y un pequeño hoyuelo en el mentón. Una tentación peligrosa que haría que flaquearan las piernas de cualquier mujer que le mirara.

Él lo sabía y explotaba todos sus recursos.

No pudo evitar preguntarse sobre su propio aspecto. Había elegido un vestuario sobrio: un traje de americana y pantalón azul marino que realzaba su estilizada figura, sin adornos ni complementos, rematado con un suave maquillaje y unos altos zapatos de tacón.

«¡Por Dios! —pensó— ¿pero qué estoy haciendo? He venido a una entrevista de trabajo, no a una cita. ¡Claro que tengo buen aspecto!»

Sentía que el mal humor se iba adueñando de todo su ser.

No entendía por qué se entretenía en

admirarle medio embobada. Había ido allí con la seguridad de que iba a ser despedida y la intención de darse la satisfacción de procurar hacer pasar un mal rato a aquel hombre que, en las últimas fechas, se había convertido en alguien tan molesto como un grano en el culo. Quería ofrecerle una pequeña dosis de su propio jarabe de prepotencia. Ella también sabía jugar a aquel juego.

—Señor Pessaro, supongo que va a despedirme, así que no es necesario que sea tan cordial. Vengo hecha a la idea —dijo tomando la humeante taza que él le tendía.

—Ah, yo pensé que ya estaba despedida y venía aquí en busca de trabajo. Veo que se da pronto por vencida. ¿No quiere saber si tengo algo que ofrecerle?

La sorpresa la dejó totalmente fuera de juego y desubicada.

«¿Por qué no se deshace de mí de una vez por todas y me deja marchar? Se lo he puesto en bandeja», especuló molesta.

—Bueno, si tiene una oferta... —Reprimió sus pensamientos y contestó, en cambio, con

educación—. Me encantará escucharle.

—En realidad puedo ofrecerle muchas cosas, pero todo depende de lo que usted esté dispuesta a aceptar. Aunque, tal vez, antes de escuchar mis propuestas haya algo que tenga curiosidad por saber sobre mí o la corporación que presido...

No podía dejar de pensar que, como siempre, la conversación entre ellos rozaba el absurdo. Parecía que estuvieran jugando al gato y al ratón y ella empezaba a estar harta de sentirse el roedor. Quería acabar cuanto antes aquella entrevista, Pessaro la ponía muy nerviosa.

—Dígame, señor Pessaro, ¿en qué tipo de propuesta está pensando? —le conminó con una firme y taladrante mirada dejando escapar la frase, nada prudente, que de pronto le vino a la cabeza.

La sonrisa que esbozó el empresario le hizo pensar en un gato frente a un enorme cuenco de nata. Tenía un aura de poder tan potente y emanaba tanta seguridad en sí mismo, que hacía que un frío glacial se deslizara por su interior hasta entumecerle la punta de los dedos. No sabía cómo, pero cada vez que se encontraban, terminaba

haciendo exactamente lo contrario a lo que se había propuesto hacer. Era como si él supiera qué resorte apretar de manera que, llevada por algún impulso rebelde, saltara actuando de acuerdo a la voluntad de él.

No podía dejarse amilanar en esta ocasión. Manteniéndose firme en sus intenciones, se le quedó mirando fijamente a los ojos intentando averiguar en aquella fría mirada el siguiente movimiento. Y, de pronto, como si alguien hubiera abierto las compuertas de la información de su cerebro, el conocimiento la arrolló.

¡No podía ser! Aquellos eran los ojos de sus sueños. Los ojos que llevaba días intentando reconocer y ubicar en la cara de una persona. Los ojos del hombre que primero la salvaba de un cruel destino y terminaban perteneciendo a un...

—Sus ojos... —susurró con un hilo de voz.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

Notó que se quedaba tan pálida como la pared. Pessaro se limitó a sonreír.

—Sí, son extraños, lo sé. ¿Quiere ver también alguna otra parte de mi anatomía? —la incitó,

sarcástico, con un frase llena de doble sentido.

Ella no podía responder. Acababa de perder la voz y, posiblemente, el sentido común.

—No sé lo que ha encontrado en mis ojos pero, dígame usted, señorita Miralles, ¿qué prefiere, trabajo o respuestas?

—Supongo —repuso con un hilo de voz, respirando hondo—, que cualquiera de las dos cosas que usted quiera ofrecerme. Creo que ambas me irán bien.

Pessaro se levantó de su asiento con la agilidad y elegancia de un felino y se acercó a la ventana de la derecha, que dejaba pasar unos tímidos rayos de luz a través del ahumado cristal blindado. Dándole la espalda, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, miró con aire ausente hacia el exterior y tardó algunos segundos en responder. Cuando contestó lo hizo sin volverse.

—En ese caso le informo que estoy en disposición de concederle ambas cosas, así que será usted quién elija lo que más le convenga. —Hizo una larga pausa—. O quizá consiga el

paquete completo...

—O quizá nada...

Él lanzó una corta y oscura carcajada; grave y sensual como su voz.

—La información, una vez que se la dé, no es posible que pueda recuperarla. ¿No le parece? — Se giró entonces para enfrentarla, apoyándose con desidia contra la esquina de una librería.

—Suponiendo que la recuerde después.

Sabía que aquella actitud desafiante no era inteligente y, desde luego, tampoco una buena idea. Que los ojos de Pessaro fueran los del protagonista de sus terroríficos sueños no quería decir que también tuviera sus colmillos y, en cualquiera de los casos, era una locura entrar en ese juego. Sin embargo, llegados a aquel punto, ya le daba todo igual. Estaba dispuesta a zambullirse en aquellas aguas, oscuras y turbulentas.

Por fin, Pessaro se dignó a contestar.

—Dudo que pueda evitar que lo recuerde, señorita Miralles. De haberlo podido hacer le aseguro que en estos momentos no tendríamos esta conversación.

Ella dio un pequeño respingo ante la respuesta. Ese hombre era muy peligroso, pensó mientras él volvía a sentarse en el mismo sillón que había ocupado anteriormente, pero esta vez con una postura mucho más relajada. Estiró sus largas piernas y las cruzó a la altura de los tobillos, observándola atentamente. Era la actitud de alguien que se sabe en poder de la situación.

Sintió que se le secaba el interior de la boca y se percató de que tenía aferrada el asa de la taza con demasiada fuerza.

Se obligó a aflojar la presión de los dedos.

—Ahora bien —continuó él—, le voy a decir lo que no voy a hacer —e hizo una clara inflexión en la negación—. No voy a enviarte con mi «oscuro y siniestro lugarteniente» para que te acompañe al departamento de Recursos Humanos. —Ella se dio cuenta de que él acababa de empezar a tutearla—. Tampoco mi jefe de personal te va a entregar un jugoso cheque ni te va a acompañar a la puerta con un «encantada de haberla conocido, señorita Miralles...» —Hizo una larga pausa, dejando que la información calara en su cerebro

antes de seguir hablando—. Y ahora, Marina, aprovecha, ¿te gustaría comprobar si mi dentadura también coincide con la de tus sueños?

Él había dicho la última frase con una cadencia tan ronroneante y siniestra, que podría abrir las puertas del mismísimo Averno.

La ira, de pronto, nubló su sentido común y una bruma espesa se alojó en su cerebro impidiéndole pensar con coherencia. Le importaban muy poco las consecuencias de la explosión de genio que notaba fraguarse en su pecho. Descubrir la verdadera identidad de su mejor amigo cibernético le dolió hasta límites insospechados.

—¡Decídate! —continuó él— Esto es un *pack*, todo o nada; aunque empieza a ser un poco tarde para elegir... ¡Tú dirás!

No fue capaz de detener las palabras que acudieron a sus labios.

—¡Adelante, señor Pessaro, me tiene en ascuas! ¿O debería llamarte Danger? —le tuteó ella también, mirándole fijamente.

Sabía que era una temeridad y debería tener

miedo, pero lo único que sentía era un deseo suicida de abofetear a aquel imbécil que había pagado su amistad y confianza con la peor de las recompensas: el engaño.

—Mi gente me llama Master, pero tú puedes llamarme como quieras. Nunca pondría pegas a una mujer que me considera «oscuro y atractivo como el pecado».

—En ese caso, podría llamarte hijo de p... — No acabó la frase. La risa de él, tétrica y cavernosa retumbó en las paredes—. Quizá te parezca muy gracioso engañarme como a una incauta y pretender hacerte pasar por un amigo. Sonsacarme y utilizar mis miedos y mis anhelos en tu propio beneficio y jugar conmigo como si fuera un peón en tu extraño tablero de ajedrez; pero estás muy equivocado conmigo, Danger, Marcos o como narices quieras llamarte. ¡Eres peor que un insecto!

—Claro que sí, Marina, mucho peor —aceptó con una tranquilidad letal—. Porque soy todo eso que tú piensas y aún más.

Estaba tan ofuscada frente a su deslealtad que no sabía lo que decía ni racionalizaba lo que escuchaba. Aún así, su mente registró un ágil y rápido movimiento. Marcos ya no estaba sentado a su izquierda, sino de pie, apoyado en la mesita de café sobre sus firmes y tensos brazos y con la cara a escasos centímetros de la suya. No pudo reprimir un jadeo de auténtico pavor al mirar su boca entreabierta. Dos puntas afiladas y mortíferas crecieron poco a poco ante sus ojos.

Ni siquiera era capaz de cerrar los párpados. Estaba paralizada por el miedo.

El rostro que tenía enfrente ya no era el del caballero amable y bien parecido de hacía apenas unos segundos, sino el de sus pesadillas; sólo que ahora estaba muy despierta y lo sabía. Sintió que los pilares de su existencia se venían abajo arrasados por un viento invisible. O su febril imaginación le estaba jugando una mala pasada o iba a volverse loca...

—¿Desea la señorita hacer alguna otra pregunta? —susurró quedamente. Las palabras le envolvieron como humo—. ¿O quizá te dan miedo

las respuestas? —y se retiró unos centímetros hacia atrás.

Permaneció muda. Aunque quisiera, tampoco podría hablar; el miedo no dejaba que ningún sonido saliera de la garganta.

—Gusano asqueroso... —dijo por fin.

—Marinaaaaaa —la amenazó con un gruñido seguido de otra exposición de colmillos.

—Dime que no es cierto lo que estoy viendo. Si esto es una broma, desde luego es de muy mal gusto. ¡Tiene que ser una broma! —pidió cerrando por fin los ojos con fuerza.

—Negar lo evidente no cambiará la realidad, Marina. Te dije que lo dejaras estar, que ibas a encontrar más de lo que estabas buscando. Pero no has querido hacerme caso —continuó martirizándola, a la vez que elevaba el labio superior y dejaba que asomaran de nuevo sus puntiagudos colmillos al tiempo que emitía otro bajo y profundo gañido gutural—. ¿No vas a gritar, Marina?

—No si puedo evitarlo —contestó haciendo esfuerzos sobrenaturales para mantener su

promesa, fijando la vista en las dilatadas pupilas plateadas que se habían expandido hasta el punto de casi hacer desaparecer el brillante iris que las rodeaba.

—Puedo oler tu miedo...

«¡Normal!», pensó. Si el miedo se hiciera corpóreo como la espuma, ninguno de los dos tendría cabida en aquella amplia habitación. Pero ella tenía que hacer o decir algo que le hiciera parecer aún en posesión de la razón y le concediera el tiempo suficiente con el que prolongar unos minutos más la vida.

—Lo siento, Pessaro, ése es un sentimiento demasiado *humano* para que yo pueda evitarlo —reconoció acentuando la palabra «humano»—. Sería muy poco inteligente por mi parte si no lo experimentara en estos momentos, ¿verdad? Pero dudo que gritar me sirviera de algo, aparte de proporcionarte más placer. Podría apostar a que nadie vendría a socorrerme.

Marcos se incorporó por completo y soltó una carcajada.

Unos segundos después su rostro había

recuperado sus agraciadas facciones, mucho menos agresivas, y sus colmillos se habían retraído volviendo a adquirir el aspecto de una blanca dentadura humana.

—Bien, jovencita. Has apostado por una baza mucho más poderosa de la que realmente tenías en la mano, pero te diré que el farol te ha salido bien en esta ocasión —sonrió el vampiro—. Tengo que reconocer que me has sorprendido, y eso que mi capacidad de sorpresa se ha visto muy mermada en los últimos siglos. Eres valiente, demasiado para tu propio bien. Muchos hombres que se jactaban de serlo, en ocasiones similares han dado espectáculos mucho menos interesantes que el tuyo, y también mucho más húmedos.

Ella sintió la loca necesidad de demostrarle que en la lucha de voluntades era una digna oponente. Él se aproximó e hizo que levantara la cara, presionándole suavemente la barbilla con las puntas de los dedos. Se dejó llevar y le miró directamente a los ojos. Ahora iba a saber cómo continuaban sus pesadillas. Los dedos de él eran cálidos, sin rastro de humedad. Se sentían bien. El

corazón pareció querer escaparle del pecho.

Aspiró profundamente para restablecer el ritmo de sus latidos y la fragancia de aquel masculino cuerpo le cosquilleó en la nariz. Olía a limpio, a loción de afeitar y piel varonil; el olor de sus sueños. Hasta ese momento no se había dado cuenta que sus sueños tenían olor.

El miedo le atenazaba el estómago pulsando hacia el interior, mezclado con un calor incontrolado; una quemazón que empezó a dissociarse de la anterior y le arrasó el bajo vientre hasta colarse en la profundidad de sus partes más sensibles. Lo reconoció en el acto: deseo. Un deseo que, a pesar de lo extraño e inusual de la situación, identificó como sexual. Un ligero rubor coloreó al instante su pálido rostro.

Marcos la soltó como si le hubiera quemado. Ella sintió el frío tan pronto como él se alejó despacio, respirando hondo, para tomar asiento en su sillón de mando tras la amplia mesa de despacho.

—Bien, Marina, tu curiosidad ya está satisfecha. Espero que ahora dejes de meterte en

líos y yo pueda dedicar mi tiempo a cosas más importantes que ir detrás de una señorita metomentodo que busca más información de la que puede asimilar.

—Podías haber aprovechado el poco que tienes no dando cháchara cibernética a una curiosa patológica. ¿Te has divertido mucho manipulándome a tu antojo? Te ha debido de resultar muy gracioso jugar con los sueños de una pobre humana... Espero que te lo hayas pasado estupendamente a mi costa traicionando mi confianza.

—Deja eso ya Marina. Siendo Danger no te he hecho ningún daño.

—Oh, sí, ¡ya lo creo que me lo has hecho! Acabas de destruir una amistad, ¡imbécil! Que para ti yo no fuera nada no significa que para mí fuera igual. Danger era un amigo querido por el que hubiera hecho cualquier cosa que me pidiera. Ya sé que no sabes de qué estoy hablando, pero te lo resumiré en una palabra, Pessaro: lealtad.

—¡Basta!, ¿quién eres tú para hablarme a mí de lealtad?

—¡Una simple humana, vampiro de m...!

—¡He dicho basta, Marina!

—No tenemos nada más que hablar —dijo cogiendo la carpeta y el bolso que tenía a su lado.

Se puso tranquilamente en pie y le dio la espalda. Estaba aterrorizada, no sabía en qué momento se precipitaría contra ella y acabaría con su vida, pero le daba igual. Llegó hasta la puerta e hizo girar el picaporte. Éste no respondió. Otra vez.

Otra. Otra...

Se volvió para enfrentarle. Marcos seguía sentado en el sillón y la miraba con una mueca de ironía y una sarcástica sonrisa.

—Déjame salir de aquí —dijo en voz baja y fría.

Su presencia era tan malvada... Allí, sentado con aquella indolencia, mientras se pasaba la mano con descuido por los negros cabellos y la taladraba con aquellos plateados ojos, parecía tan magnífico que podría pasar sin esfuerzo por el mismísimo Hades esperándola en el trono a su llegada al inframundo.

—¿Vas a matarme? —preguntó con temor, pero asumiendo su destino.

—No digas tonterías. Si hubiera querido hacerlo, ¿no crees que ya he tenido demasiadas oportunidades?

—Bueno, la verdad es que ya estuviste a punto de conseguirlo. Quizá deberías de haber rematado la faena.

—Sí, quizá, pero no era ni el momento ni la intención. Si lo hubiera sido, te garantizo que lo hubiera hecho. Aquella noche sólo quería quitarte del medio. Esperaba ahorrarte alguna que otra pesadilla, pero como eres una curiosa, ahora ya tienes las respuestas que tanto buscabas. Espero que ahora te sientas feliz.

—Y la siguiente noche que nos encontramos, ¿también querías ahorrarme pesadillas? Qué bien te venía conocer mis movimientos de antemano, ¿verdad?

Pessaro la miró con el asombro reflejado en sus claras pupilas. Tenía el rictus de alguien que no da crédito a lo que está escuchando.

—De verdad, Marina, me sorprendes —

confirmó sus sospechas—. Déjalo estar. No insistas más. Te garantizo que este vaso es ya lo suficientemente largo para un solo trago. Tómate tu tiempo o te ahogará en las respuestas.

—Ya me da igual, Marcos. De verdad que dudo mucho que viva lo suficiente como para contarlo, así que me da igual morir de asfixia que de cualquier otra manera. Es una suerte poder decir que, al menos, he muerto ahíta de información, ¿no crees? —afirmó con una triste sonrisa en los labios.

—¡Estás loca!

—Sí, pero pensé que no creías que lo estuviera, Danger.

—El tono con el que pronunció su alias provocó que éste diera un pequeño respingo—. Y por eso, porque estoy loca, pretendo hacerte esto lo menos placentero posible —insistió sacando valor de no sabía dónde—. Como bien sabes, siempre he creído que para los que son como tú, el terror y el sometimiento forman parte del ritual. Que es parte de la caza; el placer del depredador. Así que procuraré hacértelo lo más difícil que

pueda, aunque ya sé que hueles mi miedo...

—No es exactamente como dices, pero en parte tienes razón. Así que da gracias a que éste no sea el caso —asumió con una profunda exhalación para apaciguar su maltrecha paciencia—. ¡Y hasta aquí han llegado las respuestas! Ahora cállate y deja de ponérmelo difícil.

—¡No! ¡No quiero! —explotó dejándose llevar por fin por el nerviosismo—. ¡Quiero saber por qué me has estado engañando durante más de un año! ¡Por qué te has hecho pasar por un amigo, cuando tu intención era bien diferente! ¡Por qué me persigues para que no encuentre respuestas a mis dudas! Por qué me confundes. Por qué...

—¡Para!

—No, no paro...

—Oh, sí. Sí paras... Y ahora escúchame y desaparece de mi vista antes de que me arrepienta. Escucha mi propuesta. Pero hazlo con atención y no me interrumpas, porque odio tener que repetir las cosas y eso pondría tu situación mucho más difícil aún.

Le miró con curiosidad y alzó las cejas en

una sardónica pregunta.

—Voy a ofrecerte el puesto de trabajo que deberías de haber venido buscando —respondió al gesto—. Serás mi APM (Asistente Personal Mortal). Una especie de secretaria, confidente y ayudante a tiempo completo. Por supuesto tendrás tu espacio y tu tiempo libre, el trabajo no te matará, podrás escribir y hacer lo que desees mientras te sometas a las normas de la casa, pero habrás de estar disponible cuando yo lo requiera...

Aquello era mucho más humillante de lo que se había imaginado. Casi prefería la muerte. Si le regalaba un indulto a cambio de una vida de sumisión y ostracismo, prefería dar carpetazo a todo allí mismo. Se había licenciado en dos carreras universitarias y tenía demasiado bagaje profesional como para admitir una propuesta semejante. La ira y la indignación bulleron en su pecho hasta asomar como fuego verde en sus claros y transparentes ojos anulando todo rastro de temor. Su rebeldía salió a flote sin medir las consecuencias.

—¿Cómo? —preguntó—. Creo que no he

escuchado bien. Me ha parecido oírte decir que quieres una sirvienta personal que limpie las suelas de tus zapatos con la lengua si tú lo pides... ¡Te has equivocado de persona, Marcos Pessaro! —Se giró de golpe para salir del despacho, aunque a medio camino se dio la vuelta— ¿Quieres que también sea tu vaca? ¿Tu botella de plasma, calentita y a punto para cuando ruja el hambre? Dijiste al inicio de esta entrevista que sería yo quién eligiera, pues bien, voy a hacerlo. ¡Puedes meterte tu puesto de trabajo donde te quepa, Marcos Pessaro! ¡Apartaos de mi vida tú y toda tu comparsa de seniles y descerebrados sacos de prepotencia!

Iba a agarrar el picaporte cuando una fuerte mano la hizo darse la vuelta agarrándola por el brazo. Bien, ya tenía lo que quería. Las explosiones a veces provocan ondas difíciles de calcular. Sin duda, sus cuentas habían sido las acertadas.

—¡Apártate de mi camino! —chilló, y retomando el tono educado de su voz, terminó—, por favor.

Una fría lucidez se instaló en su cerebro y supo que se había extralimitado. Pero no le importó. Estaba dispuesta a ser La Pasionaria del siglo XXI, moriría de pie antes que vivir de rodillas. Cerró los ojos con fuerza y cuando volvió a abrirlos esperó encontrar el rictus colérico del depredador. Pero Marcos estaba tranquilo, con la espalda apoyada contra la puerta y un gesto serio en su agraciado rostro.

—Voy a hacer como que no he escuchado tu último alegato. Repetiré mi oferta, a ver si soy capaz de hacerme entender más claramente. Necesito —«¿Había dicho necesito?»— que trabajes para mí. Y, salvo que tú quieras serlo —aclaró irónico—, no como mi sirvienta ni tampoco como mi... ¿vaca? ¿Has dicho «vaca»? —y soltó una breve carcajada.

Ella hizo una infantil mueca burlona, sacándole la lengua y zarandeando la cabeza; gesto que él ignoró por completo.

—Incluso los «prepotentes y seniles» vampiros como yo, precisamos mortales de confianza para prosperar laboralmente —continuó

serio de nuevo—. Os necesitamos tanto o más que a los de nuestra propia naturaleza. Si aceptas, serás personal de mi confianza. Te triplicaré el sueldo. —«Vaya —pensó ella—, ésa sí es una oferta digna de ser escuchada»—. Contarás con mi protección incondicional y la de todos los míos. Te aseguro que a mi lado o en mi contra vas a necesitarla, porque corres un gran peligro que empieza a ser preocupante. De lo contrario, puedes jurar que nunca hubiéramos tenido esta conversación.

Contuvo el aliento. Esa última frase sí que le había dado auténtico pavor. Pero cuando fue a abrir la boca para hablar, Marcos le colocó dos de sus dedos, con suavidad, sobre sus labios.

—No digas nada ahora, piénsalo más despacio. Por ahora estás a salvo, pero esas preguntas merecen otras respuestas que recibirás en su momento, te lo aseguro. Ésta es una promesa. De momento tómate tu tiempo para asumir lo que todavía parece no haber percibido. —Abrió la puerta de par en par dando por finalizada la entrevista—. Tienes una semana para estudiar mi

oferta. Hazme saber tu respuesta. Estaremos en contacto. —Y le franqueó el paso.



—Señor Sokorov —dijo Ernesto, sacándole del aburrimiento—, ya puede pasar. El señor duque le espera.

Sergei se puso lentamente en pie rezumando seguridad y escaso interés por todo lo que le rodeaba y se dirigió hacia la puerta que le indicaba el secretario del duque de Navalcarril, no sin antes dirigirle una ligera y fría mirada.

Sin saber por qué, aquel secretario le daba escalofríos. Le hacía pensar en una comadreja a pesar de que no era ni feo ni desagradable. En realidad no era su aspecto, era su actitud.

Tampoco es que aquella visita lo mantuviera encandilado. Nada de lo que había allí le agradaba, era como un monumento a la prepotencia, aunque lo peor de todo era su propietario y futuro cliente.

Pero no iba a dejarse amilanar por él después de tanto tiempo. Le debía demasiados favores.

Abrió la puerta sin llamar y se coló en el

despacho antes de que su ocupante le diera la bienvenida.

Roberto Pérez de Iparraguirre levantó la mirada del montón de papeles que tenía sobre la mesa y lo escrutó con desaprobación. Él ni se inmutó ante la fría mirada desaprobatoria.

Sabía que la antipatía que sentía por Navalcarril era un sentimiento recíproco, pero los dos tenían muy claros sus diferentes objetivos y los intereses que les movían. Al menos, con aquel hombre estaba seguro de lo que iba a encontrarse y, aunque era quizá el más cruel de todos sus clientes, el precio que le pagaba bien valía que pasara por alto algunas cosas.

Disfrutó con la reacción de él, mesándose con las puntas de los dedos los negros cabellos del crespo flequillo en un gesto inconsciente, mientras dejaba caer la pluma Mont Blanc sobre la mesa con un mohín de resignación.

—¿Nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar en una propiedad ajena?

—Sí, claro, mi madre lo hizo.

La respuesta pretendía resaltar uno de los

muchos defectos del hombre que tenía enfrente, un tipo que se jactaba de que jamás había hecho honor a la familia tradicional.

—Aunque hace tanto tiempo que, supongo, lo he olvidado —continuó—. Pero, si lo que no quieres es verme, puedo marcharme... —dijo, dando media vuelta.

—Pues lo cierto es que no estoy muy seguro de lo que quiero —lo detuvo el duque—. Pero puesto que he sido yo quien te ha llamado y ha pagado tu billete de avión desde las colinas de Gorki, ¡en *Business Class*! —aprovechó para quejarse de sus exigencias—, creo que por esta vez pasaré por alto tu atrevimiento y te diré el motivo por el que te he hecho venir.

Él se dejó caer sobre una de las sillas Luis XV que flanqueaban la mesa del aristócrata y, arrastrando su pesado acento ruso, dijo: —Soy todo oídos

—Puedes sentarte —respondió el duque con sarcasmo ante la insolente actitud—. Supongo que sigues dedicándote al mismo negocio de siempre y, también supongo, que tu eficacia seguirá siendo la

misma...

No respondió, sólo elevó un poco la comisura de su boca y dejó que su imponente figura y su aspecto amenazador contestaran por sí mismos. Tenía muy claro que Pérez de Iparraguirre se refería a uno de los trabajos que había llevado a cabo para él cuarenta y ocho años atrás.

—Mis honorarios, sin embargo —contestó, dejando pasar lentamente, unos segundos de silencio—, no siguen siendo los mismos.

El duque frunció el ceño.

—Esperaba algo similar —aceptó—. Pero antes de entrar en esas minucias, necesito saber si estás dispuesto a enfrentarte de manera directa al Consejo y a las consecuencias que llevará consigo esta acción.

La respuesta a aquella absurda pregunta no fue otra que una fría y falsa carcajada que hizo eco en los paneles de madera oscura del despacho.

—Tomaré eso como una confirmación a mis suposiciones, pero deberás ser algo más explícito y acatar, sin excepciones, las premisas que yo te imponga antes de contratarte para este servicio, si

finalmente decido hacerlo.

El silencio era opresivo y la amenaza que emitía el choque de ambas voluntades cargaba el aire de electricidad.

—¿Qué son...?

—Ningún daño colateral, ningún cobro extra, ninguna decisión sin retorno tomada sobre la marcha y, sobre todo, ninguna *bonificación en especies*. ¿Entendido?

Él juntó las rubias cejas en un peligroso rictus hasta formar casi una sola línea recta.

—Doscientos cincuenta mil euros. La mitad por adelantado, en metálico, y el resto al finalizar el trabajo.

—De acuerdo, recibirás en tu hotel un maletín con las condiciones del trabajo y la primera entrega.

Dicho lo cual, el aristócrata se puso en pie y, dirigiéndose hacia la puerta, la abrió invitándole a que abandonara el despacho de inmediato.

—No volveremos a vernos hasta el momento del cobro final. Y tampoco te pondrás en contacto conmigo bajo ninguna excusa. Mi secretario te

localizará, puntualmente, para recibir detallados informes sobre el desarrollo de tu labor.

Se levantó de la silla y salió de la mansión con una sonrisa lobuna en la boca.



Marcos Pessaro cerró la puerta de su despacho y se apoyó contra ella dejando escapar un profundo suspiro. Tenía la sensación de que la situación se le había escapado de las manos y eso era algo que no podía permitirse.

Después de tantas horas de conversación con Marina a través del *Messenger* creía conocerla bien y pensaba que ya no podía sorprenderle con nada. Se había equivocado.

En las ocasiones en las que había tenido que enfrentarse a ella fuera del espacio cibernético, jamás se había visto tan atrapado por su carisma como aquella tarde. Su conversación le había exigido mucha más energía de la que esperaba, puesto que si bien sabía que la joven no sería una tarea fácil, nunca había supuesto que le plantara cara de la manera en que lo había hecho; aunque lo que más le inquietaba había sido su propia

reacción.

Nadie sin conocimientos de su especie le había hecho frente con tanto valor y desafío, ni le había sostenido la mirada con semejante bravuconería y atrevimiento, llegando incluso al duelo. Nunca nadie había tenido la osadía de dudar de su lealtad. Jamás antes ningún otro mortal había despertado a la bestia sin su consentimiento.

Sin embargo, ahora su necesidad clamaba como un alma en pena y no podía ignorar el rastro que el aroma de ella le había dejado en las fosas nasales. El recuerdo hacía que la bestia rugiera en su pecho y una potente garra le apretara el bajo vientre. Aquello no le había sucedido nunca. Tenía una sensación extraña de la que no era capaz de deshacerse.

¿Qué tenía Marina que le hacía responder de aquella manera? Tenía que reconocer que no era la primera vez que le había ocurrido en su presencia, pero aquel día había sido fulminante. Se había excitado desde el mismo momento en que la vio atravesar la puerta del despacho. Luego, su arrojo le había fascinado; pero verla defender la lealtad a

ultranza y pelear contra sus temores y los dictados del sentido común había sido lo más erótico que había experimentado en toda su vida. Hubo un momento en el que había estado convencido de que su otro yo iba a tomar el mando de sus acciones y, lo que era peor, su control.

No había esperado semejante respuesta en la joven, y menos aún en aquella situación. Incluso había llegado a convencerse de que Marina era inmune al deseo.

Pero su fino olfato lo distinguió, como siempre le ocurría, en el mismo segundo en que empezó a originarse. Imposible ignorarlo, puesto que aquello era lo que le mantenía vivo desde hacía más de veinte siglos.

Lo curioso había sido que en esta ocasión no había hecho nada para que ocurriera. Sobre todo porque todas las veces anteriores que había intentado provocarlo, se había golpeado contra un muro de hormigón. En su lugar, lo único que había conseguido estimular en Marina había sido el rechazo y la furia. Quizá por eso, reconocer la fragancia de la lujuria, mezclada con el suave olor

a azahar que caracterizaba a aquella mujer, originó que, de inmediato y, por primera vez en muchos, muchísimos años, una potente erección involuntaria pulsara en su entrepierna.

A duras penas había conseguido mantener el tipo apelando a su bien entrenado autodomínio. No era el momento ni el lugar para que su auténtica naturaleza se hiciera con el control. No podía tirar por la borda todo lo que había planeado con estrategia militar desde hacía largos meses.

La curiosidad de la muchacha había precipitado un poco las cosas, pero no podía seguir dejando que Marina, en la búsqueda de lo que ella esperaba que al final no fuera más que una obsesión, se tropezara con los problemas. Por eso había decidido poner finalmente las cartas boca arriba. Pero se había dado cuenta de que con Marina no podría utilizar la seducción que recargaba sus pilas energéticas para llevarla a su terreno; al menos de momento. Necesitaba su colaboración voluntaria y ese camino tendría que alcanzarlo a través de la sumisión, no del deseo.

El terror siempre le había reportado

resultados inmediatos. Ahora era consciente de que debía de haber supuesto que con la decidida y atrevida señorita Miralles, esa táctica desembocaría en una vía muerta.

No le quedaba más remedio que utilizar la lógica e iniciar un proceso de instrucción rápido y eficaz. No tenían demasiado tiempo.

Los elementos desertores del Linaje ya habían reparado en ella y era muy probable que intentaran atraerla hasta conseguir que militara en sus filas. La historia siempre se repite y él sabía demasiado de eso.

Había sido un terrible descuido dejar que su primera novela fantástica viera la luz y pusiera a los enemigos sobre la pista. En aquellas escasas trescientas y pico páginas había demasiada información sobre el Linaje obtenida a través de sus sueños reveladores; las visiones que, a todos aquellos que eran como ella, les preparaba para la información final.

Después no había habido manera de parar todo aquello por mucho que él hubiera intentado canalizarlo con una falsa amistad virtual. Pero

antes, era necesario que ella se enfrentara a lo que acababa de, apenas, vislumbrar. Tenía que darle tiempo para ello.

«¡Diossssssss!»), aquella mujer amenazaba con acabar con su control.

El firme bulto de su pantalón palpitó de nuevo.

Se encaminó hacia el teléfono y llamó a Lucas por la línea interior.

—¿Te has encargado de que la sigan? —preguntó cuándo éste entró en el despacho, sin llamar.

—¿Lo dudas? —respondió arqueando una ceja—. Y... ¿qué le has dicho? ¿O hecho? Parecía bastante trastornada...

—¡Joder! —contestó quedamente, entre dientes— Anda, lárgate. Y echa las persianas antes de irte.

Lucas volvió a arquear la ceja y sonrió. Tras hacer lo que le había pedido, se encaminó hacia la salida.

—Te mantendré informado. Está todo controlado.

Capítulo 7

«¡DIOS mío, que sea un sueño!» —rogó Marina en silencio cuando por fin se sintió segura en casa—. «¡Tengo que despertarme, todo esto no puede ser verdad!».

No era capaz de recordar lo ocurrido en los últimos minutos; se había quedado en blanco. ¿Por dónde había pasado?

¿Cómo había conseguido llegar hasta allí? El terror se le había filtrado en los huesos a medida que avanzaba entre el tráfico de la capital como una autómata.

Se palpó la cara y luego se miró las manos. Temblaban. Necesitaba comprobar que no estaba inmersa en ninguna de sus pesadillas, porque sentía el cerebro como si una niebla oscura se hubiera alojado en su interior dejándola seca por dentro. Estaba segura de que si la pinchaban, en lugar de ese líquido viscoso color rojo que oxigena nuestro cuerpo, sólo saldría un aire frío y

glaciar que impregnaría el ambiente de fétido olor a miedo.

—¡Hay que fastidiarse, un «líquido viscoso color rojo que oxigena nuestro cuerpo...», ni siquiera soy capaz de pensar la palabra! —dijo en voz alta— ¡Sangre!, ¡sangre!, ¡sangre! —gritó desgarradoramente al silencio, intentando sobreponerse.

De pronto sintió como si todo el peso del mundo cayera sobre sus hombros. Con la espalda apoyada contra la puerta, se sintió exhausta y se dejó caer al suelo, resbalando sobre la madera hasta quedar sentada sobre las frías losetas de cerámica. Y lloró.

Lloró con lágrimas calientes y silenciosas que rodaron despacio sobre las mejillas, sin prisa y sin que nada ni nadie pudiera contenerlas. Era como si hubiera abierto el grifo.

Pero... ella nunca lloraba, o al menos poca gente le había visto hacerlo. Ni siquiera cuando murió su abuela se permitió derramar lágrimas en público; es más, incluso las había contenido con todas sus fuerzas en privado. Ahora, sin embargo,

no podía evitarlo. Las compuertas de la presa se habían abierto y era incapaz de volver a cerrarlas. Su mundo acababa de desmoronarse y no sabía qué hacer con sus conocimientos.

Desde muy pequeña se había sentido atraída por el mundo de los vampiros, pero aquello sólo era el producto de la fantasía de su abuela; de sueños nocturnos y juegos adolescentes; de las películas y libros que devoraba..., pero nada de todo aquello era cierto ni tenía visos de serlo. Era pura leyenda, el relato imaginario de gentes que, al igual que ella, se recreaban en un mundo que jamás hubieran creído real.

Tal vez en algún momento había querido confirmar que sus desvaríos eran ciertos, pero en su fuero interno tenía la certeza de que no lo eran. Sin embargo, ahora todo había cambiado. Ahora sabía que se había dado de bruces contra algo que no podía asimilar. Que bajo aquel despliegue de imaginación existía una realidad que superaba con mucho todas sus fantasías. Un mundo que, aunque aún no podía decir cuánto, empezaba a comprender que sería mucho más tétrico y terrible

de lo que hubiera podido crear su tortuosa mente. ¡Iba a volverse loca!

Se levantó de golpe, como si una mano invisible la hubiera pinchado, y se dirigió a la mesa del salón donde reposaba el ordenador portátil. Lo encendió. Seguía llorando. Y, como si con aquel acto pudiera borrar la realidad que acababa de entrever, envió a la papelera de reciclaje el archivo de la novela que estaba escribiendo. Luego vació la papelera para que no quedara rastro de ella. No sabía qué excusa daría a su editora, pero si de algo estaba segura era que no podría volver a escribir nada sobre vampiros.

No sabía cuánto tiempo llevaba mirando al vacío cuando la campana de una ventana emergente la sacó de su inactividad.

Miró hacia la pantalla y vio, con sorpresa, que Danger intentaba ponerse en contacto con ella a través del *Messenger* desde hacía tiempo. Había más de veinte entradas, escritas en el habitual color rojo sangre que siempre utilizaba, pidiéndole que le contestara.

Las lágrimas por fin se habían acabado. Tenía

la cara pegajosa y manchada de rímel. Las manos también. Su primer impulso fue apagar el programa de comunicaciones y cerrar la tapa del ordenador, pero luego lo pensó mejor y escribió, en mayúsculas y negrita: «¡Que te den por el culo, Marcos Pessaro!». Y después se dejó llevar por la primera intención.

«¡Danger! —pensó—. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¡Qué gran apodo!».

La había engañado como a una niña pequeña. Se había hecho pasar por su amigo, habían hablado durante horas e incluso se había permitido el lujo de darle consejos sobre los protagonistas de sus novelas y, ella, incauta, en ocasiones se había enzarzado en absurdas discusiones rebatiéndole muchas de aquellas sugerencias. «¿Cómo iba a saber yo que él tenía información privilegiada?»

Sintió cómo si una mano grande de garras afiladas le apretara el corazón. El terror que había ido disipándose durante las últimas horas de letargo volvió de repente como un huracán; arrasándolo todo a su paso. Sentía un miedo visceral y opresivo que le impedía respirar.

Miró hacia la ventana que daba a la calle y el pavor se apoderó de ella. La locura se había hecho dueña de sus actos y, embargada por una furia que no había sentido jamás, recorrió toda la casa, de ventana en ventana, bajando las persianas hasta que no quedó ni la más mínima rendija que dejara pasar un solo rayo de luz. Luego repitió el mismo periplo cerciorándose de que todas estaban bien cerradas, para terminar junto a la puerta blindada comprobando, una y otra vez, como una posesa, que la llave estaba bien echada. ¿Dónde estaba su conocida fortaleza de ánimo? Una hoja en otoño zarandeada por el viento del norte hubiera sido más firme.

Entonces recapituló sobre todo lo que le había ocurrido ese día. Revivió palabra por palabra su conversación con Pessaro y cada una de las sesiones del *Messenger* con Danger. Los datos empezaban a encajar como cuando, después de meses frente a un puzzle gigante, de pronto encuentras la pieza que te da la clave para poder empezar a resolverlo.

Estaba segura de que no podría dormir esa

noche. Posiblemente tampoco podría hacerlo en los días venideros, pero necesitaba sumergirse en la beatífica oscuridad de la nada. No quería seguir pensando. Fue hasta el cuarto de baño y rebuscó en el armario donde guardaba las medicinas, creía recordar que no había tirado la última caja de *Lexatín* que el médico había recetado a su abuela antes de morir. Ella nunca había tomado tranquilizantes ni somníferos, ya que era contraria a su uso, pero la ocasión bien valía saltarse alguna de sus propias normas. Cuando la encontró sacó dos cápsulas y las tragó, sin utilizar un vaso, con agua del lavabo.

Después regresó a su cuarto, tomó un pijama limpio del cajón de la cómoda y, sin parar siquiera a lavarse la cara, se lo puso y se metió bajo las sábanas, arrebujándose.



Marcos no encontraba la forma de tranquilizarse. Era consciente de que estaba demasiado alterado y que sólo había una cosa que le haría recuperar la razón antes de que hiciera alguna tontería. Necesitaba alimentarse. Tenía un

hambre voraz, una necesidad que tarde o temprano tendría que aplacar.

Cuando había llegado a su casa, dos horas antes, todo estaba preparado en la larga mesa del comedor. Su mayordomo había seguido sus instrucciones telefónicas al pie de la letra y sobre el blanco mantel de hilo estaba dispuesto un succulento festín y una botella de Barón de Chirel reserva 1999 de la Rioja Alavesa. Manjares para el paladar de los que dio buena cuenta apenas se refrescó con una rápida ducha y se cambió el estricto traje por unos cómodos pantalones negros y una camisa de seda color burdeos. Pero todo aquel despliegue de sabores sólo sirvió para aplacar su apetito corporal, no así el de su bestia.

Su otra naturaleza necesitaba sustancias menos mundanas.

Tenía que salir en busca del verdadero sustento. Después del día que había padecido ya no podía posponerlo más tiempo.

Se suponía que a estas alturas apenas necesita sangre para subsistir y podía pasarse sin ella semanas enteras, incluso meses. Era un vampiro

muy antiguo. Había llegado a un punto en el que, prácticamente, era suficiente con una simple bolsa de plasma del banco de sangre para reponer fuerzas hasta la siguiente «transfusión» sin que la locura le abordara.

En esta ocasión, sin embargo, aquello no era una opción.

Y no sólo porque ingerir sangre embotellada fuera aburridísimo —era como ir a almorzar a un McDonald, que aplacaba la necesidad pero no reportaba ningún placer—, sino porque además necesitaba algo más que no podía adquirir en el mercado negro.

Necesitaba aliviar su «hambre vital»; lo que le mantenía vivo y le hacía, prácticamente, indestructible: la absorción de energía.

Por regla general, obtenerlo no solía ser un proceso complicado. Le resultaba fácil encontrar un buen número de «donantes» generosos, bastaba con que aplicara alguna de sus técnicas persuasivas y, en cuestión de minutos, tenía a su disposición toda la sangre y la energía que necesitaba. Lo malo era que en esta ocasión no se

encontraba con ganas de convencer a nadie y, sin embargo, era imprescindible que la transacción fuera hecha voluntariamente, ya que no podía arrebatarlas a la fuerza sin caer en el abismo.

Con un suspiro de exasperación, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y buscó un número en la agenda. Marcó y esperó hasta escuchar que descolgaban al otro lado de la línea.

—Hola Isa, soy Marcos Pessaro.

—¡Hola Marcos, cariño! —contestó una voz femenina rebosante de entusiasmo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió escuetamente—. No sé si es un poco tarde, pero me estaba preguntando si te apetecería salir a tomar una copa. Había pensado darme una vuelta por *Imperium* y pensé que podría pasar a recogerte...

Isabel de la Torre sintió una brusca subida de adrenalina y abrió los ojos con anticipación relamiéndose de satisfacción.

—¡Dame media hora y estaré preparada!

—Te daré una hora. A las doce y media paso a recogerte. Ponte algo sugerente para mí —

susurró seductor.

La risa burbujeante de la muchacha se escuchó a través del auricular antes de que la comunicación se cortara.

Se sentó con un movimiento fluido y elegante en el cómodo sillón de seda beige de la sala. Era necesario que relajara el espíritu antes de encontrarse con Isa o tendría problemas. Tomó el mando a distancia que reposaba sobre la mesa y lo dirigió hacia el equipo de música situado enfrente, medio oculto en la estantería repleta de libros. Al instante, los acordes de la 35ª Sinfonía de Mozart inundaron el silencio del salón, interrumpidos sólo por el clic del mechero de oro con el que encendió un cigarrillo.

Aquella noche Isabel había roto todos los récords a la hora de prepararse para salir. No todos los días recibía una invitación del «Príncipe de la Noche», apodo por el que se conocía a Marcos en los selectos círculos nocturnos de la alta sociedad, y no era cuestión de desperdiciar la oportunidad. Pessaro era el acompañante perfecto que elevaría su fama al nivel que ella deseaba.

Además, como bien sabía, era un amante excelente, así que estaba segura de que la velada sería gloriosa; algo que no esperaba cuando llegó a su casa y se dispuso a pasar una solitaria velada frente al televisor.

Pero para conseguir ese aumento de popularidad necesitaba asegurarse de que el mundo entero se enterara de ello. No le quedaba más remedio que forzar la situación. Buscó en la agenda a uno de sus contactos en prensa y llamó.

—Óscar, hola, soy Isabel de la Torre.

—Hola Isa —respondió el fotógrafo.

—Escúchame, tengo poco tiempo. Sobre las doce y media llegaré al *Imperium* con Marcos Pessaro. Si te interesa...

—¡Claro Isa! Allí estaré.

La conversación había sido breve, pero suficiente para sus altas expectativas. Le gustaba estar en la cresta de la ola de la popularidad y salir en las revistas del corazón era la mejor manera. Cuantas más veces y más a menudo, mejor. Precisaba mejorar el currículum y sus últimas apariciones en prensa no habían contado

con el glamour necesario. Lo que de verdad necesitaba era salir en ¡*Hola!*, pero eso dependía de la categoría social del acompañante y los últimos no habían estado a la altura de la exigente revista. «¡Esta vez voy a rehabilitarme!», pensó. Una oportunidad de oro para poder subir el caché de sus papeles de actriz de telenovelas y tener acceso al cine de calidad.

Cuando llamó a la puerta, Isa ya estaba preparada. Marcos paseó con descaro la mirada sobre el cuerpo de la joven a la vez que pensaba que el atuendo que ella había elegido no era, precisamente, «suggerente». «Provocador» se ajustaba mucho mejor a la descripción. Se había vestido con una minúscula minifalda de cuero negro, medias de rejilla, unas altísimas botas de tacón que subían hasta la mitad del muslo y un *top* de vinilo rojo con un vertiginoso escote que le permitía exhibir sin recato sus prótesis mamarias de dieciocho mil euros.

Un único beso húmedo y caliente sobre la mejilla le dio la bienvenida, acompañado de un sinuoso contoneo de caderas.

—Dame un segundo, que cojo el bolso y el abrigo —dijo con una gran sonrisa.

—Hace frío, Isa. Quizá convendría que llevaras también una bufanda —insinuó, inocentemente.

Miró el largo y palpitante cuello de la joven y se relamió de anticipación mientras Isabel tomaba una *pashmina* del perchero y se rodeaba la garganta con ella procurando no cubrir el generoso escote. Luego se puso el abrigo y, tras cerrar la puerta del apartamento, se colgó de su brazo.

Estaba tenso, pero supo disimular su ansiedad durante el trayecto a la discoteca. Sin embargo, estuvo a punto de perder su maltrecha compostura después de entregar las llaves del Maseratti Gran Turismo S al aparcacoches del local. Como salido de la nada, en mitad de la acera apareció un fotógrafo que, deslumbrándolos con los destellos del flash, captó el momento en el que Isa volvía a colgarse, mimosa, de su potente bíceps.

Normalmente podía prever cuándo iban a producirse ese tipo de acciones y se preparaba para neutralizarlas, ya que la subida de adrenalina

que despide el cazador antes de abordar a su presa deja un rastro de olor inconfundible; pero esa noche estaba tan alterado que no había reparado en ello. Su bestia estaba rugiendo demasiado fuerte desde hacía horas y tenía que poner todo su empeño para mantenerla firmemente confinada pero, a punto había estado de hacer aparición en el momento menos indicado. Las consecuencias hubieran sido fatales, puesto que la entrada a la discoteca estaba repleta de clientes. Afortunadamente, su edad y experiencia lograron evitar el desastre en el último minuto.

Contó hasta diez para serenarse y se dirigió al fotógrafo.

—¡Largo! —masculló a pocos centímetros de su cara, con voz amenazadora e intimidante—. ¡Ya tienes tus fotos! Si quieres tener posibilidad de venderlas, será mejor que te marches cuanto antes. Y espero que no andes por aquí cuando salga. — Le amenazó con todo su poder, incluyendo la intrusión en su mente.

—Sí, señor.

El periodista, que había soltado el disparador

de la cámara al primer exabrupto, acató la orden sin rechistar y desapareció de la escena a toda velocidad en su destartalado coche.

Notó que Isa parecía atónita.

Estudió la esencia de aquel *paparazzi*. Era un ser agresivo a quien muy pocas cosas le hubieran impulsado a abandonar una carnaza tan succulenta. De haber sido otra su víctima, aquel hombrecillo hubiera hecho caso omiso del enfurecido personaje y habría esperado hasta que ellos abandonaran el local para seguirles hasta su próximo destino. El morbo era importante y demostrar que pasaban la noche juntos hubiera elevado el precio del reportaje.

Sabía que ésa era la razón por la que Isa le había elegido.

El resto de los fotógrafos no solían ser tan persistentes. Aquél era un tipo raro, especial, ambicioso; uno de esos bravucones que hay en todas las profesiones y que el mundo detesta por su falta de escrúpulos. Pero en cualquier caso, ella ya había conseguido su objetivo. Esa semana saldría en alguna publicación de renombre.

Él no la miró ni hizo ningún comentario al respecto. Estaba demasiado alterado para una discusión. Se limitó a cogerla por la muñeca y arrastrarla al interior del local sin esperar la cola. El dueño no espera nunca. Tampoco los retuvieron cuando accedieron a la zona *vip*. El armario de tres cuerpos que vigilaba la entrada retiró la catenaria roja nada más verle.

En las escaleras se cruzaron con un pequeño grupo de cachorros de la *jet set* haciendo malabarismos con los vasos para no perder la ocasión de manosear a sus respectivas acompañantes. Todos tenían las pupilas dilatadas por el deseo y el consumo de coca, que al parecer había corrido generosamente esa noche. Uno de los muchachos se paró al reconocer al hombre que subía.

—Marcos, me alegro de verte. Pensaba llamarte mañana —le saludó, tendiéndole la mano—. El jueves próximo doy una fiesta en casa. ¿Irás?

—Lo intentaré, aunque tengo la semana un poquillo liada —contestó evadiéndose lo mejor

que podía.

Y sin mediar más palabras con el tipo que ofrecería la fiesta, repartió besos y apretones de manos con el resto de la comitiva y continuó su camino llevando a Isa a la zaga.

No eran el tipo de personas con las que mejor se llevaba ni entendía por qué personas que tienen casi todo al alcance de la mano, terminaban enredadas en la trampa de las drogas y el alcohol. Todos ellos eran algo más jóvenes que él —de la edad que él representaba—, y en ocasiones sus juergas e intereses escapaban a su entendimiento, aunque generalmente servían bien a sus propósitos. Lamentaba tener que hacer la vista gorda al consumo de estupefacientes en su local, pero si se ponía en plan serio en ese aspecto lo único que conseguiría es que la clientela cambiara de lugar de reunión, así que... ¿para qué molestarse? ¡Si el género humano quería perderse, no era su problema!

Por fin, después de saludar a todos los conocidos que se encontró en el camino, empujó a

Isa hacia el asiento del reservado, al final de la sala. Un rincón discreto y oscuro con un sofá envolvente que delimitaba el espacio y que servía perfectamente a sus necesidades de esa noche.

El encargado del «Imperium» se acercó. Tan alto y siniestro como él mismo, rezumaba poder por cada poro de su oscura naturaleza.

—Espero que esté todo a tu gusto —dijo con voz grave y un ligero acento francés, ignorando a Isabel mientras depositaba dos copas de champán frente a ellos y descorchaba una botella de Moët Chandon que, tras servir con estilo, dejó en el cubo con hielo apostado junto a la mesa—. Hoy todo está tranquilo, me ocuparé de que no te molesten —masculló.

—Gracias, Stephan —replicó con una ligera inclinación de cabeza.

Cuando el responsable de la sala les dejó solos, desapareciendo en la penumbra del local, por fin se dignó a mirar a Isa para ofrecerle una copa burbujeante. La muchacha le dedicó una bonita sonrisa llena de lujuria mientras le rozaba insinuante con el pulgar el dorso de la mano al

tomar la bebida.

—Relájate, cariño. Pareces tenso —le pidió ella, chocando su copa contra la de él—. ¡Por una noche inolvidable!

Marcos aceptó el brindis y bebió todo el contenido de un trago, pero no sonrió.

—No será inolvidable —repuso mientras encendía una pequeña vela de agua que flotaba en una amplia copa sobre la mesa—, pero tendrás una noche para recordar.

La melodía cadenciosa e íntima de *Is It a Crime* y la voz de Sade impregnaban el ambiente elevando la temperatura de las parejas que evolucionaban sobre la pista cuando rellenó de nuevo las copas.

Observó cómo Isa —que le miraba fijamente a lo que ella consideraba sus espectaculares ojos grises—, se abandonaba a la fuerza del deseo que inundaba cada milímetro de su anatomía. Podía escuchar el atronador rugido de sus pensamientos y percibir el aroma de su necesidad clamando por una atención que tardaba demasiado en llegar. Supo el momento exacto en el que los pezones de

la muchacha se erizaron hasta el punto de llegar a dolerle, debido a la fricción que soportaban contra el áspero vinilo del *top*, y sintió cuándo los nervios de su vientre se despertaron en la milenaria danza del preludio sexual hasta dejarla sin fuerzas.

Se aproximó a ella. Mejor así, porque no tenía ganas ni tiempo para juegos y estaba claro que su acompañante no necesitaba de los prolegómenos imprescindibles que la prepararan para acoger la urgente necesidad que le consumía. Aun así se obligó a ir despacio. Sería mucho mejor de aquel modo.

Cuánto más grande fuera el deseo de ella por entregarse, mayor sería su recompensa. La energía de ella sería más potente y el hambre del vampiro sería saciada más profundamente. Últimamente todo aporte extra del que pudiera disponer era bien recibido. Vivía bajo una nueva presión constante.

Pensar en la causa de su desgaste hizo que en su mente apareciera otro rostro diferente al que veía en esos momentos. Los rubios cabellos

teñidos de Isa se tornaron en otros de color chocolate y aquellos ojos marrones de largas pestañas se aclararon hasta alcanzar un vivo tono esmeralda. Zarandó la cabeza para deshacerse de aquella inquietante imagen y se obligó a ponerse en acción con lo que tenía a su alcance.

Sin prisa, llevó sus finos y largos dedos hasta el rostro de la muchacha y apartó un mechón de pelo rozándole con los nudillos, como al descuido, el óvalo de la cara. Levantó la otra mano hacia los jugosos labios y se los acarició con la yema del dedo corazón, delineándolos y siguiendo todo el contorno.

Presionó sobre ellos para detener el gemido que ella estuvo a punto de emitir.

En cambio, Isa se permitió sacar la lengua para rozarle con malicia la parte interior del dedo a la vez que se humedecía el labio inferior. La dejó hacer mientras la atraía hacia él, con suave firmeza, apretándole ligeramente la base del cráneo hasta acercarla lo suficiente como para tomar con la boca el lugar que antes ocupaba su mano. Después lamió el recorrido que momentos

antes hicieran sus dedos. Despacio, muy despacio, de forma desesperantemente lenta.

La joven respiró entrecortadamente y se abalanzó sobre aquella boca que parecía prometerle tantas satisfacciones, ofreciendo la suya a la delicada intrusión de la lengua de él, abandonándose en aquel abrasador beso que le arrebató la fuerza.

Era exigente, caliente, húmedo. «¡Nadie besa mejor que este hombre!», escuchó tronar a sus pensamientos, relamiéndose con un brote de orgullo masculino.

Podía oír también el alocado palpar del corazón de la mujer que tenía entre sus brazos. Los colmillos le dolían ante la urgente necesidad por clavarlos en la azulada vena de aquel pálido cuello, sobredimensionada por el rugir de la sangre; pero se obligó a esperar.

Se recreó en unos besos que, sabía, ella estimaba que duraban ya demasiado y la dejaban vacía y sin fuerzas. La mente de la muchacha era un torbellino de pasión. Y necesitaba más, mucho más; pero aún tendría que esperar para obtenerlo.

Por fin dejó que sus manos resbalaran desde aquel atractivo cuello hasta la curva del turgente pecho. Isa, con un gemido implorante, dio la bienvenida al cambio. Luego apartó la tela del *top* y presionó duramente, con la palma abierta, contra los firmes pezones doloridos por la necesidad. Cuando notó que la joven estaba a punto de estallar en su interior se detuvo ligeramente. Lo justo para que la chispa no llegara a alcanzar la mecha que la hiciera saltar en pedazos. Siguió masajeando aquellas durezas hasta conseguir que parecieran puntas de diamante, haciendo que rodaran entre sus dedos índice y pulgar, comprobando cada vez las oscilantes sensaciones, acercando la llama y volviéndola a apartar con suaves golpes y pellizcos de mayor o menor presión. Después sustituyó los dedos por labios y dientes, que succionaban y mordisqueaban hasta hacer que la mujer quedara laxa y a su merced. A punto del orgasmo.

«¡Más...! ¡Así...!», gritó aquel remedo de cerebro; pero ningún sonido salió de sus labios, que modulaban las palabras en silencio una y otra

vez. Isabel era impaciencia en estado puro, pero él era inmune a sus necesidades. Fue consciente de cuándo la muchacha, ejerciendo un esfuerzo supremo sobre el control de sus músculos aletargados, intentó acercar las manos hacia la dureza que suponía se erguía bajo sus pantalones a fin de alentarle y apresurarlo.

Marcos se retiró de su alcance con el pretexto de beber champán.

—Tranquila, cariño, no tengas prisa. Todo llegará en su momento —explicó, entregándole la copa para que bebiera ella también.

La ligera distancia aclaró ligeramente la mente de Isabel.

«Tenemos que irnos de aquí inmediatamente. Es necesario terminar como ambos merecemos lo que hemos empezado, y si nos quedamos unos minutos más en este oscuro reservado voy a ser capaz de hacer algo que, hasta hoy, jamás hubiera creído posible: el amor en público», escuchó él los pensamientos de la joven con la misma nitidez que si los hubiera dicho en voz alta. Una sonrisa ladina afloró en sus labios. No iban a ir a ninguna

parte.

Tomó un pequeño trago de champán en la boca y se inclinó, de nuevo, hacia uno de aquellos pechos, aún desnudo, evitando así que la joven despertara del letargo al que la había sometido. Dejó que las burbujas jugaran contra las rosadas protuberancias y mordió con cuidado la areola a la vez que rastrillaba con las uñas de la mano derecha el interior de los suaves muslos; desde donde acababan las botas hasta las ligas de encaje y silicona que delimitaban las medias de rejilla.

Isabel finalmente encontró la voz. Un grito lujurioso, gutural y agónico, retumbó en su sensible pabellón auditivo. Su bestia absorbió compulsivamente aquella energía; como un drogadicto con síndrome de abstinencia.

La muchacha necesitaba un respiro. Detuvo los dedos en aquel punto durante un tiempo que pareció infinito acicateando el deseo, masajeando suavemente con las yemas la zona que presionaban las gomas. Y luego, dejó que un dedo inquisidor se abriera paso entre la escasa tela del tanga negro y

explorara los húmedos pliegues hasta encontrar aquel brote palpitante que clamaba atención inmediata. Isa estaba a punto de perder la cordura. «Este hombre parece tener cinco bocas y veinte dedos. ¿Por qué no me deja explotar de una vez por todas?», la oyó lamentarse.

En cambio, hizo que la lengua resbalara hacia el otro pecho mientras le martirizaba el sexo con sabias y enloquecedoras caricias que alternaba con pequeños golpes en el clítoris.

Entonces cambió la cadencia y, mientras introducía un dedo en su interior, subió de nuevo la boca hacia la de ella para silenciar y absorber cada uno de sus gemidos. Después la trasladó hasta el lóbulo de la oreja, que lamió, dejando un rastro húmedo a lo largo de todo el cuello.

La yugular de Isabel latía a mil por hora y él ya se había cansado de aquel seductor juego. Introduciendo un segundo dedo en su interior, los desplazó hasta encontrar el punto G, esa zona rugosa como la cáscara de una nuez que friccionó y presionó hasta llevarla al orgasmo a una velocidad prodigiosa. La misma rapidez que él

utilizó para hacer aparecer sus colmillos y clavarlos en la palpitante vena, succionando con fruición.

Ése había sido todo el tiempo su único objetivo.

Sabía que ella, envuelta en los vapores del clímax, no sentía ningún tipo de dolor, sólo un pequeño pinchazo que la envolvía en una espiral de orgasmos, cada uno de ellos más potente que el anterior. En algún momento de aquella loca vorágine de sensaciones, Isa iba a perder la consciencia.

Cuando volvió en sí, estaba apoyada sobre el hombro de Marcos, que la sostenía por la espalda contra su cuerpo mientras apuraba, con lentitud, una nueva copa de champán francés. Ella le miró con ojos de cordero degollado y le sonrió sin fuerzas. Estaba ilógicamente cansada.

—Vamos, nena, creo que estás agotada. Supongo que lo mejor es que te lleve a casa — propuso mientras la ayudaba a levantarse.

Le sujetó el abrigo para que pudiera ponérselo y le colocó el chal en torno al cuello, en

el que apenas se notaban ya los dos puntos sonrosados de su anterior incursión. Agarrándola por la cintura, la llevó hasta el coche y la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto.

Ella lucía una sonrisa satisfecha, del tipo que lucen los bobos, y reflejaba un absoluto agotamiento físico.

—Me temo que el champán no te ha sentado demasiado bien —rompió él el silencio.

Isa confirmó sus suposiciones asintiendo con la cabeza y dejó que ésta reposara sobre el cuero burdeos del asiento mientras relajaba el resto de su menudo cuerpo.

Minutos después llegaron al destino. La ayudó a salir y le pidió las llaves de su casa. Cerró el coche con el mando a distancia y abrió la puerta del portal. Luego llamó al ascensor y la acompañó hasta el apartamento, que abrió con la llave que ella le indicó, y la guió al interior.

—Ah, Isa —le dijo a la vez que le devolvía las llaves y le daba un ligero beso en la mejilla—, la próxima vez no se te ocurra llamar a ningún fotógrafo o lo lamentarás —terminó dedicándole

una furiosa y amenazadora mirada.

Dio media vuelta y entró de nuevo en el ascensor.



El timbrazo insistente del teléfono la despertó. Marina había dormido durante demasiadas horas y, en todo aquel tiempo, sólo se había levantado una vez para ir al baño y tomar otro *Lexatín* cuando notó que empezaba a espabilarse y eran aún las tres de la madrugada. No quería pasar esa noche en vela.

Todavía no estaba preparada para analizar todo lo que le había ocurrido en las últimas horas y necesitaba estar completamente descansada antes de hacerlo. Sabía que no podría seguir dando largas al asunto durante mucho más tiempo, pero de momento prefería seguir escondiendo la cabeza.

Se arrebujó entre las sábanas haciendo oídos sordos al incómodo y persistente ruido. No pensaba levantarse para atender la llamada. El que fuera ya podía insistir más tarde, no estaba de humor para hablar con nadie. Si era alguno de sus amigos, ¿qué podría decirles?

No habían pasado ni cinco minutos y el maldito aparato volvió a la carga. Era un lamento incómodo y tenaz que estaba a punto de acabar con su escasa paciencia.

Sacó la mano del calor del edredón para coger el móvil, que habitualmente dormía junto a ella sobre la mesilla y averiguar qué hora era. Palpó sobre la superficie de madera y no consiguió dar con él. Pensar en incorporarse y encender la luz de la lamparita de noche le revolvió el estómago. «Todavía no, por favor...», rezó al destino.

No quería despertarse del todo y tener que retomar su vida, no tenía ni idea de qué hacer con ella. Normalmente pasaba el día trabajando y sus horas de desvelo escribiendo o hablando por *Messenger* con Danger. Ahora ya no podía hacer ninguna de las tres cosas y, aunque sabía que tarde o temprano tendría que afrontar el problema, no se sentía preparada todavía. No tenía prisa, al menos de momento.

Había vuelto a sumergirse en la oscuridad y el letargo, pero el ruido lejano de la música del

teléfono móvil volvió a espabilarla. Ahora sabía por qué no lo encontraba en el lugar de siempre. La noche anterior, con la alteración, no se había molestado en subirlo. «¿La noche anterior? —recapacitó— ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se sumergió en aquel estado catatónico que luchaba por no abandonar?

Debía de haber pasado algo más que una noche, porque sentía un Alien en el estómago que le decía que llevaba, como mínimo, cuarenta y ocho horas sin comer.

Haciendo un esfuerzo supremo, volvió a sacar la mano del calor de su nido y encendió la luz. El resplandor le hizo daño en los ojos. Todo estaba demasiado oscuro. Abriendo sólo uno de ellos, miró la esfera del reloj que llevaba en la muñeca. Más de la seis, pero... ¿de la mañana o de la tarde? Y, ¿de qué día?

Retiró el edredón y se sentó en el colchón. Finalmente, al cabo de un rato, se calzó las zapatillas y subió las persianas de los tragaluces con el mando a distancia. La claridad inundó la habitación; estaba claro que eran las seis y pico de

la tarde; a esas alturas del año aún no amanecía tan pronto como para esa luminosidad. Miró el despertador digital de la mesita de noche y se fijó en el calendario: viernes. Se había acostado el miércoles...

Elevó los ojos hacia el cielo azul, sobre su cabeza. El sol brillaba en lo alto, igual que siempre; nada detenía su marcha.

Era como si todo siguiera igual y, por mucho que le costara hacerse a la idea, sabía que nada había cambiado. El mundo ya era así mucho antes de que ella naciera. ¡Bendita ignorancia, quién pudiera recuperarla!

Entró en el aseo para abrir los grifos de la bañera antes de bajar a la cocina. Necesitaba comer, pero no le apetecía ponerse a cocinar, así que se hizo un café rápido y picoteó un poco de las sobras que tenía en los *tuppers* para calmar la ansiedad. Luego rebuscó en el frigorífico algo más consistente con lo que preparar más tarde una buena cena. Adelantaría el horario y se iría pronto a la cama para empezar su vida de cero al día siguiente. Esa tarde estaba sorprendentemente

lúcida. Nada que ver con el estado letárgico en el que se había despertado la pasada noche para ir al baño. El día anterior se había sentido como aquella única vez que, durante la adolescencia, fumó un porro: inútilmente laxa e increíblemente alegre sin razón. Suponía que se debía a la exagerada dosis de química que había introducido en su cuerpo poco dado a los excesos.

Acostumbraba a llevar una vida sana, casi monacal según Chavi. Algo digno de un catálogo de *antiaging*: ejercicio físico diario, alimentación mediterránea, horarios regulares, poco alcohol y nada de drogas. Por supuesto, no se medicaba; casi nunca estaba enferma. A lo único que no había podido resistirse era al tabaco ni a mantener un horario de sueño decente. Dormía poco y trasnochaba mucho. Solía bromear diciendo que tenía el biorritmo cambiado porque sus protas le habían contagiado. Nunca encontraba el momento acostarse, si bien levantarse por las mañanas era un calvario.

«¡Joder! ¿Y lo cerca que estoy ahora de que todo eso se convierta en una realidad?»

Llevaba años prometiéndose que, el día que no tuviera un horario laboral, se quedaría en la cama hasta las doce del mediodía. Incluso más. Pues bien, había llegado el momento.

Ése iba a ser el único problema que desaparecería de su lista como por arte de magia. En el peor de los casos —porque dudaba de que fuera el mejor—, si aceptaba la oferta de trabajo que Pessaro le había hecho, no tendría que madrugar ya que su jefe era lo que era. Lo más seguro es que pudiera levantarse a la hora que le viniera en gana.

Aún no había pensado sobre ese asunto, pero no creía que fuera a estar mucho tiempo en el paro a pesar de la crisis económica que asolaba el país y de que los despidos eran el menú diario con el que se desayunaba todo el mundo en estos tiempos. Tenía un impresionante currículum y una impecable reputación en el sector.

Además, podía permitirse el lujo de estar algún tiempo sin hacer nada, esperando tranquilamente que la economía se estabilizara. Su anterior salario, los escasos gastos que tenía y la

saneada herencia recibida de su abuela le permitirían seguir manteniendo el mismo ritmo de vida sin preocupaciones. Por goloso que fuera el sueldo que Pessaro le había ofrecido, podía ignorarlo si quería. Pero todavía disponía de días para tomar esa decisión, no era necesario precipitarse y tenía cosas más urgentes en las que pensar.

Subió de nuevo al dormitorio. La habitación olía a cerrado. Sonrió ante los temores de su última noche de lucidez, por llamarla de algún modo, y abrió las ventanas de par en par. El sol entró a raudales.

«¡Caramba! —Recordó—. Pessaro se había asomado a la cristalera por la que entraba la luz. ¿Pueden soportar la luz del sol los vampiros reales?» —Se extrañó al darse cuenta del detalle. Con ese pensamiento se dirigió al baño.

Prefería las duchas tibias, sin embargo aquella tarde le apetecía un baño largo y relajado. Peleó con el frasco de sales, que se habían quedado apelmazadas en el fondo por el desuso, y dejó caer un pegote de ellas en el agua que ya casi

llegaba al borde de la bañera. Se sumergió con un largo suspiro y puso en marcha los chorros de hidromasaje.

Cerró los ojos y repasó, paso a paso, todos y cada uno de los detalles de su entrevista con Pessaro. Se acordó de la película de Neil Jordan, *Entrevista con el Vampiro*, y sonrió. Desde luego Marcos no se parecía nada a Brad Pitt y esperaba que el final también fuera diferente, aunque era igual de improbable que los auténticos vampiros estuvieran dispuestos a dejarla retomar su vida con semejante secreto en su poder. Ese tipo de silencios no se mantenían a lo largo de los siglos dejando cabos sueltos. Supuso que a eso se refería Marcos cuando dijo que ella corría un «grave peligro». Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo a pesar de la temperatura del agua. «¿Qué querría decir él, exactamente, cuándo hizo alusión a tan intimidante tema?»

Sin duda era algo que tendría que averiguar, pero aún faltaban unos días para que venciera el plazo y, aunque no sabía cuál era la razón para esa absurda confianza, estaba convencida de que le

decía la verdad cuando aseguró que de momento estaba a salvo. Analizaría aquello más adelante.

Su mente pragmática le obligaba a estructurar los temas y examinarlos uno a uno, pero reconocía que en esta ocasión todos los puntos que abordaba iban siendo postergados para mejor momento.

De pronto vino a su mente la imagen de Pessaro sirviéndole el café, con aquellos dedos largos y elegantes. Le vio bebiendo el negro brebaje y disfrutándolo. Luego le recordó fumando.

«¿Podían los vampiros beber y fumar? ¿Comerían también? En ese caso, si resisten la luz, comen, beben, fuman... ¿en qué se diferencian de los seres humanos?»

En ese punto sí que le gustaría poder ahondar, pero eso era algo que por sí sola nunca podría averiguar, así que tendría que aplazarlo hasta su próximo encuentro con Marcos.

Recordaba que en una ocasión Danger se quejó de que todos los libros de literatura fantástica se empeñaban en hacer que los vampiros fueran seres atormentados sin la menor

oportunidad de disfrutar de los placeres de la vida.

«Danger... ¡Ése sí que es todo un enigma a resolver!».

Cayó en la cuenta de que había sido él quién se había puesto en contacto con ella. Había pensado que era otro de los muchos seguidores de la literatura fantástica, pero su encanto y desenfado, sus teorías y análisis habían conseguido que fueran estrechando lazos hasta acabar manteniendo una amistad *online* que la divertía y atraía. Había llegado a un punto que estaba deseando que fuera la hora de poder charlar con él a través del *Messenger*. Ahora se sentía engañada y utilizada, y que aquel interés ocultaba oscuras intenciones. Sin embargo, le echaba de menos. Le encantaría poder tener alguno de aquellos intercambios ridículos y alegres que se alargaban hasta altas horas de la madrugada.

Abrió los ojos y se miró las manos. Tenía las yemas de los dedos arrugadas y el agua ya estaba fría. Debía de llevar mucho rato dándole al magín. Dejó que la bañera se vaciara y se dio una rápida

ducha caliente para recuperar la temperatura.

Bien, era hora de retomar las riendas de su existencia mientras ésta durara. Seguía sin saber qué iba a hacer, pero estaba segura de que ése era el primer día del resto de su vida.

Capítulo 8

MARCOS dejó que los sonidos inundaran su cerebro. Estaba frente a la puerta del domicilio de Marina. Su escasa paciencia se había agotado y estaba harto de esperar a que fuera ella la que diera el primer paso. A estas alturas tenía claro que la perseverancia y terquedad de la joven eran incluso más tenaces que las suyas.

Sin duda la muchacha estaría haciéndose cientos de preguntas, pero no había dado ni un solo paso para conocer las respuestas. Y lo peor de todo era que no parecía querer darse cuenta del gravísimo peligro que corría y que cada vez era menor la posibilidad de salir indemne. Únicamente contar con el apoyo de la comunidad vampírica podría servirle de algo, pero para ello era imprescindible que colaborara y se dejara ayudar.

Lo que no haría mientras no tuviera claras todas las cuestiones y fuera consciente de que se estaba jugando algo más que la vida. Tenía que

explicarle todo cuanto antes y ésa era la única finalidad de su visita. Esperaba poder manejar la situación mejor que la vez anterior.

Le había dado dos días para que se sobrepusiera a la primera impresión y, si bien era cierto que Marina había manejado con un sorprendente dominio y entereza el difícil momento del descubrimiento, estaba seguro de que la información le habría sido tan difícil de digerir como acostumbraba a serlo siempre. Dudaba de que le hubiera servido de algo estar familiarizada con algunas particularidades de la especie gracias las pautas que él mismo le había ido marcando, su imaginación y sus sueños reveladores.

Los ruidos que provenían del interior indicaban que la muchacha estaba en el piso superior. Esperó a que terminara lo que estuviera haciendo con la paciencia que caracteriza a alguien que se sabe en posesión de todo el tiempo del mundo. No quería interrumpirla. Necesitaba que todo fluyera de la mejor manera posible, tanto por ella misma como por su propio bien. El Master Supremo le había dado instrucciones

precisas, pero nunca llegó a pensar que verse involucrado en ese proyecto le absorbería tantas energías. Conocía la existencia de esa mujer desde el mismo día que nació, pero tratar con ella había sido toda una revelación.

Todavía pasaron algunos minutos más hasta que escuchó pasos sobre los peldaños de madera de la escalera. Finalmente algo había cambiado en el panorama con respecto a las noches anteriores, las luces de la casa estaban encendidas y se filtraban a través de los visillos de las ventanas. Decía mucho a favor de sus objetivos que la joven hubiera sido capaz de subir las persianas. Llamó al timbre y esperó.

El susurro de pies descalzos aproximándose llegó hasta sus oídos e, inmediatamente, el aroma a azahar que desprendía Marina se coló por las rendijas de la puerta y le inundó las fosas nasales. Sabía que estaba detrás del grueso parapeto de madera blindada; un pobre impedimento para las capacidades de alguien de su especie que quisiera abordarla por la fuerza, pero aun así se alegraba de que tomara precauciones; la muchacha estaba

mirando a través de la mirilla. Luego escuchó el pasador de la cerradura.

Supo el momento exacto en que le reconoció. El tufo del pánico se coló rápidamente en su nariz alertándolo de que debía actuar con pies de plomo y no dar ningún paso en falso. El arrojo de la joven le sorprendió una vez más.

—¿Qué haces aquí? —le increpó Marina con cara de pocos amigos.

Él se limitó a mirarla a los ojos y arqueó ligeramente una ceja. Luego se demoró con descaro en su esbelta figura.

«¡Menudas piernas! ¡Son dignas de ser consideradas monumento nacional!», pensó al tiempo que admiraba su melena suelta, que todavía húmeda se rizaba de manera natural en las puntas formando grandes bucles que, de pronto, sintió deseos de alisar con los dedos. Parecía una escultura de Bernini, con aquella piel de alabastro y los oscuros cabellos ondeando al viento. Pero ella estaba viva, muy viva; podía notar el calor que emanaba.

Vestía, únicamente, una amplia camiseta. Una

de esas prendas publicitarias que el departamento de marketing de la editorial había distribuido generosamente para incentivar la venta de su última novela. No pudo reprimir la sonrisa al leer el eslogan: «No te prives, pon un vampiro en tu vida».

La leyenda, sobre la sugerente portada del libro —un vampiro mordiendo el cuello de una muchacha morena transida por el deseo— hizo que su imaginación le jugara una mala pasada. Durante un momento sólo fue capaz de ver las imágenes de ellos dos superpuestas a las de la fotografía y su anatomía le sorprendió de nuevo hasta límites insospechados.

Quiso abrasarse en la hoguera de aquel cuerpo voluptuoso que olía a hembra, a carne fresca y piel salada; a sangre caliente y embriagadora. Aquella reacción le devolvió la seriedad de golpe.

—Vengo a aclarar tus dudas —masculló lacónico.

—Oh, ¡qué gran detalle por tu parte! Pensar en las dudas de esta pobre humana te honra —

repuso, disfrazando de ironía el miedo que casi la tenía paralizada.

—Bien, me alegra servirte de ayuda.

—¡Desembucha! ¡Ya! Dime lo que hayas venido a decirme y luego desaparece de mi vida. No quiero saber nada de ti.

—¿Aquí? ¿En la puerta?

—¡Aquí! ¡Cuéntame por qué estoy en peligro!

—Ni lo sueñes... Si quieres respuestas vas a tener que dejarme entrar.

—¡Y una porra! Dudo que meterte en mi casa para satisfacer mi curiosidad sea inteligente. Tengo la sensación de que será como saltar de la sartén al fuego.

—Vamos Marina, no seas cría. Si quisiera hacerte daño no tendría más que darte un ligero empujón.

—¡Atrévete!

—No me tientes... —la amenazó—. ¿De verdad piensas que negarme el paso a tu casa me mantendrá en el umbral como si fuera un vampiro de película? —Soltó una breve carcajada incrédula que la sacó de su error instantáneamente,

haciendo que se viera inundada por un pavor irracional.

—¿No? —repuso sobreponiéndose y levantando las cejas.

—No, niña. No necesito invitación para entrar a ningún sitio, pero reconozco es que mucho más agradable...

—Si te deajo entrar, ¿contestarás a todas mis preguntas?

—A todas.

Marina sabía que, en el fondo, era indiferente lo que decidiera; Pessaro iba a hacer lo que le pareciera. Huir o negarle el paso no le serviría de nada, pero no pensaba ponérselo fácil. Era consciente de que las respuestas que le estaba solicitando tampoco tendrían por qué ser las ciertas, pero si las quería no le quedaba más remedio que echar valor al asunto.

—En ese caso, adelante, no te cortes.

Se apartó de la puerta dejándola abierta de par en par y se dirigió hacia el salón dándole la espalda y sin dejar de hablar.

—Lo cierto es que, el otro día, no fuiste

demasiado generoso con las explicaciones, así que supongo que merezco que me aclares algunas pequeñas dudas sin importancia

Marcos traspasó el umbral y cerró tras él, siguiéndola hasta la habitación en la que había desaparecido. Una librería calada separaba el recibidor del salón. Era un lugar espacioso y estaba decorado con gusto. Una pared de más de siete metros de ladrillo visto le proporcionaba calidez al ambiente y el crepitar de la chimenea, que ardía en una esquina a pesar de que la temperatura del exterior empezaba a acusar la llegada de la primavera, lo hacía aún más acogedor.

Aunque en esos momentos no era calor lo que necesitaba. Algo ardía en su interior e incluso le costó tragar el nudo que se le formó en la garganta cuando Marina se agachó para coger un cigarrillo de la tabaquera y el contorno de sus prietos glúteos se marcaron a través del suave algodón de la camiseta, dos o tres tallas más grandes de la que necesitaba. Aquellas piernas, desnudas y larguísimas, le estaban haciendo perder la

compostura.

La tensión en la tela de la entrepierna de sus pantalones era reveladora y más que evidente. Era urgente hacer algo al respecto antes de que ella reparara en lo que le ocurría y malinterpretara el motivo de la visita. Tomó asiento en el sillón tapizado en blanco que había frente a los leños en llamas y cruzó las piernas.

—No te pongas cómodo —le exigió—. Dime por qué estoy en peligro. ¿Qué queréis de mí? ¡Y, sobre todo, no te olvides de los porqués! ¡Ya!

Marina continuaba de pie, recostada contra la librería, a suficiente distancia, valorándole como un perro guardián ante un intruso. Sólo le faltaba gruñir.

—Antes de llegar a ese punto —se escabulló —, será mejor empezar por el principio. Es preciso que primero te ponga al corriente de qué y quiénes somos.

—Mira... —replicó con la paciencia agotada —. Me importa un pito quién o qué narices sois tú y todos los que son como tú. Lo único que quiero saber, ahora mismo, es qué queréis de mí y por qué

yo.

La miró a los ojos. Su tesón era inquebrantable. Nada la haría soltar el hueso que había apresado entre las fauces. No podía explicárselo todo de golpe, pero le daría un pequeño adelanto que la sosegase o aquella conversación no iría a ninguna parte.

—Está bien, tú ganas. Pero antes... —dijo haciendo un descarado e insinuante recorrido visual de su figura—, ¿no prefieres ponerte cómoda para escuchar?

No podía permanecer ni cinco minutos más ante aquella visión. O Marina se ponía algo menos perturbador o no se hacía responsable de lo que pudiera hacer la bestia que rugía en su interior.

Marina repitió el recorrido de la penetrante mirada que Marcos le dedicó. Aquello la hizo ser consciente de algo en lo que, hasta ese momento, no había reparado: estaba prácticamente desnuda. Él, en cambio, estaba impecablemente vestido con unos elegantes pantalones de firma y una nívea camisa de seda. Se miró los pies y movió los

dedos en un acto relejo; contrastaban con los cómodos y brillantísimos mocasines de él. Sintió que el rubor la hacía enrojecer hasta la raíz del cabello.

—¿Quieres beber algo mientras me visto más adecuadamente?

—Sería un placer —contestó insinuante, mirándole la elegante curva del cuello—, pero me conformaré con alguna bebida con alto contenido alcohólico.

Ella posó la trémula palma de una mano sobre su garganta, haciendo oídos sordos a la indirecta pero sin poder reprimir un temblor involuntario.

—Busca en el mueble. Espero que encuentres algo que satisfaga tus expectativas. ¡Vuelvo enseguida!

Sintió la mirada de Marcos mientras desaparecía en el hueco de la escalera. Frunció el ceño. La actitud de él no era demasiado tranquilizadora y su miedo era cada vez más palpable.

Diez minutos más tarde, regresó vestida con

unos ajustados pantalones vaqueros y una camiseta negra con una inscripción plateada que dejaba parte de su estómago al aire cada vez que se movía.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para resistirse a la tentación de ponerse un jersey de cuello alto o un pañuelo que tapara esa zona que a él tanto le atraía, pero su orgullo no le permitió aquella debilidad. Mientras bajaba las escaleras observó a Pessaro a través de la librería. Miraba hacia las llamas de la chimenea con un pitillo entre los dedos y bebía plácidamente del vaso de whisky que se había servido. Su postura, indolente y relajada, resaltaba los largos y fuertes músculos de las piernas cubiertos por la ligera tela de los pantalones. El calor que desprendía la lumbre le daba una nota de color en la angulosa cara de piel morena. Nada en su actitud delataba su esencia, quizá sólo el intimidante aspecto, pero en general era una estampa digna de ser observada.

De pronto, su mente se llenó de imágenes lujuriosas y un escalofrío de deseo la recorrió de la cabeza a los pies. Ese hombre estaba hecho para

el pecado. En diferentes circunstancias habría esperado una noche muy distinta a la que iba a tener.

«Desde luego, algo falla en mi cerebro», decidió cuando se planteó cómo era posible que fuera capaz de hacer conciliar ese sentimiento de deseo con el terror que le provocaba.

Se consoló diciéndose que, al menos, ya no sentía el pavor que se había apoderado de ella cuando lo vio frente a la puerta. Algo en él le transmitía seguridad en aquellos momentos. De hecho, de todas las veces que habían coincidido, aquella era la ocasión en la que más relajada se sentía.

—Bueno, ya estoy aquí. Empieza, soy toda oídos —le incitó.

—¡Qué despliegue de amabilidad! Eres una gran anfitriona... —contestó con un sarcasmo tan evidente que casi la avergonzó.

—Yo no te he invitado, ¿recuerdas?

—Pero necesitas mis respuestas. Podías ser un poquito más cortés, ¿no?

—Vamos, ¡que incluso pretenderás que te

invite a cenar!

Marcos contuvo a duras penas la respuesta que estuvo a punto de escapar de sus labios cuando pensó que no le vendría nada mal *alimentarse*, pero su gula reclamaba algo mucho menos sólido que lo que ella asaba en el horno.

—Pues no es una mala idea. Los malos tragos se pasan mejor con el estómago lleno.

—Me estás asustando, Marcos. ¡Habla de una puñetera vez!

—Niña, me ganas por aburrimiento. Anda, ven y escucha.

Ella terminó de entrar al salón y adoptó una postura rígida en el borde del sofá colocado perpendicularmente al que él ocupaba, sentándose lo más lejos que pudo.

—Verás, entre los vampiros, como en todas las comunidades, hay gente que respeta las normas y las cumple, y gente que prefiere vivir a espaldas de las leyes.

—¡Vaya, ahí están! —interrumpió Marina—. Tenemos la típica situación de «vampi bueno vampi malo» ¿Y tú eres de los *buenos*, o de los

malosmalísimos? —preguntó ella, haciendo un alarde de socarronería que realmente no sentía.

—Cariño, no existen los vampiros «buenos». Todos somos «malos», nuestra esencia nos impide ser cualquier otra cosa; pero de momento estate tranquila, aún no he llegado a la categoría de «malomalísimo» —y dejó escapar una carcajada.

—¡Qué bien! ¡Estoy de suerte!

—Marina, esto no es para tomárselo a broma.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Me pongo a llorar?

—No, escúchame. Estás en peligro porque, nuestra principal premisa, tanto para los *buenos* como para los *malosmalísimos*, es mantener el secreto de nuestra existencia. Y tú, con tu insensata verborrea literaria y tu curiosidad innata, has revelado demasiados detalles que a *ellos* no les interesa que se sepa.

—Marcos, ¿me estás diciendo...? ¡Oh, no! ¡Por Dios! ¿Me estás diciendo que son los *malos* los que vienen a por mí? —cuestionó, pálida como la cera, abandonando el sarcasmo de golpe.

—Marina, tranquilízate. No va a pasarte

nada. Vamos a ocuparnos de que no consigan sus objetivos, pero me tienes que prometer que vas a escuchar todo lo que tengo que contarte y a poner de tu parte.

Marina sintió, por un momento, que el terror de dos noches atrás volvía a hacer presa en su alma. No era capaz de racionalizar.

—Pero, ¿por qué yo?

Conocía el porqué: la curiosidad mató al gato. Ella era una fisgona compulsiva y se había inmiscuido en demasiadas cosas sin darse cuenta. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Parpadeó con fuerza para evitar dar un espectáculo y hacerse con el control de la situación sin que Marcos se percatara de su derrumbe. Esa parte la tenía dominada.

—¿Me vas a invitar ahora a cenar? —intentó relajar Marcos el ambiente, guiñándole un ojo.

En esos momentos era capaz de invitarle a cualquier cosa. No quería que la dejara sola. En sus sueños él la rescataba de los *malos*. «¿Habré tenido todos estos años un sueño premonitorio y no una pesadilla recurrente? ¡Desde luego tiene toda

la pinta!», conjeturó.

—Presiento que no me va a quedar otro remedio.

Sin mediar más palabras, se levantó para preparar rápidamente la mesa. Podía sentir la mirada de Marcos observándola mientras se movía en silencio por la estancia buscando platos, copas, cubiertos y servilletas.

Luego fue a la cocina, donde improvisó sobre la marcha un revuelto de ajetes y una ensalada. Sacó del horno la fuente de pollo asado con patatas panadera y llevó todo a la mesa.

La cantidad de comida apenas era suficiente para saciar el apetito de un comensal, pero todo había sido demasiado imprevisto. Intentó paliar el defecto con un costoso rioja.

—La cena ha quedado un poco escasa —se excusó—, pero no esperaba compañía.

—No te preocupes. Está todo perfecto.

Marcos pensó que, afortunadamente para él, la noche anterior había saciado todas sus *hambres*. Gracias a la generosidad de Isa podría estar varios días sin comer y el resto de sus necesidades más

básicas, de momento, podía manejarlas.

—Sé que todo esto es muy difícil para ti. —
Él retomó la conversación momentáneamente
aparcada—. Como verás, he dejado pasar un par
de días para que tu mente se sobrepusiera a la
impresión, pero no tenemos demasiado tiempo.
Cuanto antes asumas todo este mundo, mejor.

Marina quiso protestar, pero él se lo impidió.

—No, escucha. Lo primero que tienes que
saber es que no somos lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso, Marcos?

—Supongo que lo que todo el mundo: que
somos unos monstruos sedientos de sangre que lo
único que queremos es eliminar al ser humano; que
matamos por placer o para alimentarnos y que,
durante el procedimiento, o mueres o te conviertes
en el mismo tipo de animal que somos nosotros
mismos.

—¿Y no es así?

—No. En algún momento de nuestra
existencia hemos adquirido otra naturaleza, pero
nunca hemos dejado de ser humanos, Marina.
Simplemente somos otro tipo de humanos.

Ella arqueó una ceja en un gesto que pareció más incrédulo que escéptico.

—Ah, claro, una nueva raza. Los libros de Sociales de nuestra infancia sólo están equivocados —repuso mordaz—. No son cinco las razas que pueblan el mundo, sino seis: la blanca, la negra, la amarilla, la cobriza, la malaya y... ¡la vampira! —recitó con una mueca asqueada.

—Piensa lo que quieras. Pero no somos exactamente otra raza, sino más bien una especie dentro de cualquiera de las cinco que existen. Un «Linaje», como nosotros lo llamamos. Para que lo entiendas, el gorrión y el águila son aves, pero no pertenecen a la misma especie...

—Ya, muy gráfico. Me parece que lo he pillado. Un tipo de *casta superior*...

—Más o menos. Pero, pese a lo que creas, no vivimos de espaldas al resto de nuestros congéneres. Lo hacemos *con ellos, no contra ellos*. Compartimos tu mundo, tu espacio y, *grosso modo*, tu misma forma de vida. No somos asesinos ni pretendemos la destrucción de las personas. No arrebatamos la vida ni convertimos a nadie en lo

que nosotros somos. Asumimos los mismos gobernantes, las mismas leyes, las mismas necesidades básicas y el mismo deseo de medrar económicamente y alcanzar un alto estatus social. En resumen, como tú; como todos los que poblamos este planeta. Vivimos y dejamos vivir.

—Si yo lo hago el suficiente tiempo como para convencerme de que lo que dices es cierto, no dudaré en darte la razón.

—Procuraremos que así sea.

Marina se lo quedó mirando por encima de la copa de vino que se llevó a los labios. Marcos estaba serio, muy serio, y parecía evaluar cada uno de los movimientos que ella hacía.

Esperaba su reacción. Dejaba que digiriera cada una de las palabras que había dicho y que rompiera el silencio en busca de respuestas a las sutiles lagunas que había vadeado con experta y estudiada dialéctica.

Y, efectivamente, ella necesitaba pensar antes de zambullirse de lleno en un océano de dudas, pero no podía concentrarse. La hierática postura del hombre que tenía enfrente anulaba sus sentidos.

Su mirada fija y penetrante ayudaba muy poco para tranquilizar su maltrecho autocontrol. Notaba la boca seca y un sudor frío se deslizaba por el valle entre sus pechos. ¿Duda? ¿Miedo? ¿Desasosiego? Seguramente una mezcla de todo ello.

Él, en cambio, no tenía prisa por romper aquel incómodo silencio que parecía extenderse como una marea oleaginosa dispuesta a engullirla. Luchó contra sus miedos. Tenía que encontrar la voz que había perdido en algún lugar de su reseca garganta.

—Has dicho, a *grosso modo* —dijo por fin—. ¿Por qué no entras en los detalles?

Marcos, por fin relajó el gesto. Lo peor había pasado, ella estaba dispuesta a escuchar. De nuevo le había sorprendido con la autodisciplina que se infligía, manteniendo a buen recaudo los deseos de salir corriendo que percibía en sus gestos.

Una actitud que negaba su vulnerable y delicado aspecto.

—Bien, empecemos por las preguntas facilitas, las que todo el mundo hace: ¿Soportamos la luz? ¿Nos espanta el ajo y los signos religiosos?

¿Nos inmoviliza la plata? ¿Somos inmortales? ¿Nos alimentamos sólo de sangre...? —Dejó que el cuestionario calara en ella mientras masticaba un trozo de pollo— ¡Muy bueno, eres una gran cocinera!

—Gracias —contestó—. ¡Pero déjate de preguntas facilitas y vete al meollo de la cuestión, por favor! En realidad creo que ya he podido hacerme una idea sobre la mayoría de esas respuestas.

Él levantó la ceja, instándola a contestarse ella misma.

—Adelante, veamos hasta dónde llega tu percepción. O tu instinto.

—He podido observar que la luz del día no os mata.

—Cierto. Soportamos la luz del día y no ardemos en llamas cuando nos roza el primer rayo de sol. Podemos aguantarla sin ningún problema, aunque tenemos una ligera fotofobia debida a nuestra agudeza visual.

—Que podéis ingerir alimentos, es obvio. Y supongo que lo del ajo es sólo un mito.

Marcos se llevó a la boca el tenedor lleno de ensalada en respuesta.

—Correcto de nuevo. El ajo no nos ahuyenta en absoluto, aunque deja un rastro demasiado fuerte en la sangre del que lo consume. A mí, personalmente, no me molesta; de hecho, tu pollo está cocinado con él.

—No sabía que lo compartiría con un vampiro cuando he empezado a cocinarlo —se defendió—. En cuanto a las cruces, el agua bendita, la plata y demás, estoy segura que no son más que patrañas.

—Lo son. Los signos religiosos no son más que eso, signos. Incluso estoy por decirte que yo soy creyente; aunque a mi manera, claro. Mi fe pasa por una mezcolanza de religiones que podría resultarte un poco liosa, pero que es consecuencia de las diversas culturas en las que he vivido y de las que he ido adoptando lo que más me ha convenido en cada momento. Un cúmulo de actitudes, formas de vivir y creencias ancestrales que, como nos ocurre a todo el mundo, se han colado en nuestras personalidades sin que apenas

nos demos cuenta.

Extrajo un extraño medallón de plata con un *anhk* de color rojo en el medio a través del cuello de la camisa. Lo puso frente a los ojos de Marina y dejó que la evidencia respondiera por sí misma.

—¿Ves?

—Curioso... —repuso ella—. ¡La llave de la vida!

—Sí. Una de las reminiscencias de mi ecléctica religión particular. —dijo devolviendo el colgante a su posición original—. No obstante, si la plata entra en nuestro torrente sanguíneo, lo pasamos francamente mal. Nada nuevo, también es mortal para ti.

—¿Sabes una cosa, Marcos? —le interrumpió—. La verdad es que me importa un carajo si todos esos mitos son reales o falsos. Supongo que me iré enterando poco a poco. Deja de marear la perdiz y ve a lo que me interesa.

Él no pudo evitar la carcajada. Esa mujer era toda una incógnita por resolver, pero admiraba su pragmático sentido de supervivencia.

—¿Puedes leer y manipular la mente de las

personas? —le espetó a bocajarro.

—Sí —respondió rotundo—. Leemos los pensamientos, y también los recuerdos; todos nosotros somos grandes psíquicos.

—Ah, vaya...

Se dio cuenta de que la había asustado. Era lógico, por lo que prefirió callarse que muchos de ellos tenían incluso acceso a la telepatía, la empatía y, a veces, la clarividencia.

—Tranquila. Los pensamientos son *cosas*, y esas *cosas* se manifiestan en forma de vibraciones. Eso no nos convierte en seres fantásticos. No es nada que cualquier humano no pueda hacer con el entrenamiento adecuado y muchos nacemos con esa virtud muy perfeccionada. A nosotros se nos multiplica al aceptar nuestra verdadera naturaleza.

Ella se estremeció y se llevó las manos a la cabeza. Él sintió algo cercano a la pena y se obligó a sí mismo a acelerar las cosas.

—No temas, *cara* —la consoló mientras sujetaba sus temblorosas manos y se las apartaba de las sienes—. Precisamente ése es uno de tus principales problemas... A ti no podemos leerle la

mente.

—¿Y eso es un problema...? ¡Lo será para ti!

—Y para ti, te lo aseguro. Te sirvió de protección mientras nadie había reparado en tu existencia, pero ahora esta característica te traiciona porque, al igual que hacemos los vampiros, de manera inconsciente construyes muros en torno a tu cerebro. El hecho de que no podamos acceder a tus vibraciones mentales salvaguarda tu voluntad pero te deja al descubierto ante *ellos*.

—¿Y por eso tú no has podido borrar mis recuerdos?

—No podemos borrar los recuerdos de nadie; sólo podemos sustituirlos por otros que convienen más a nuestros intereses, y eso es mera sugestión. No tiene nada de particular.

—Pero lo has intentado, ¿verdad? No hoy, pero sí otros días...

La frase de ella no había sido una pregunta, sino la simple confirmación de algo sobre lo que estaba segura. Aquella revelación le sorprendió hasta la perplejidad.

—¿Eres capaz de saber cuándo alguien intenta entrar en tu cerebro?

Asintió y le explicó que a veces sentía como si un dedo pulsara fuerte sobre su cerebro durante una fracción de segundo y luego desaparecía. Jamás se había preocupado por ello aunque era algo que siempre había notado, desde muy pequeña, pero a lo que no había dado la más mínima importancia.

—¿Qué significa? —preguntó al observar la expresión de cautela en los ojos de su instructor.

—Nada, *cara*. No te preocupes, eres completamente normal. —Y no pudo evitar una sonrisa al ver su expresión de miedo—. ¡Tranquila, mujer, que no vas a convertirte en vampiro! Y no temas, que no he leído tu mente; ya te he dicho que no puedo por mucho que lo intente, así que me he rendido a la evidencia. Es, simplemente, que llevas la duda escrita en el rostro.

Bebió un largo trago de su copa de vino y rellenó la de Marina, que apenas había probado bocado, inmersa como estaba en las respuestas que

durante tanto tiempo había querido conocer. No podía dejar de mirar aquellos grandes ojos verdes, límpidos y claros como las gemas, que se abrían asombrados ante la información. Su curiosidad era tal que incluso había relegado a un segundo plano el miedo inicial. Era la primera vez en toda su larga vida que disfrutaba la sesión de iniciación de un mortal. La chica estaba ansiosa por recibir más revelaciones.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no absorber el exceso de energía que desprendía Marina a su alrededor, por no hablar de los que tenía que hacer para controlar su maltrecha excitación. Pocas veces había tenido ocasión de ver un aura tan potente y positiva en una persona, salvo que fuera inducido a ello a través de la seducción. Podría tomar su energía sin miedo, y normalmente lo hubiera hecho sin remordimientos de ningún tipo, pero sabía que ella la necesitaría más adelante.

—¿Y bien...? —preguntó al percibir que algo la inquietaba.

—Marcos, aquí hay gato encerrado. Me

ocultas algo y no sé el qué. Todo lo que me cuentas me parece muy interesante pero, ¿por qué ahora, de pronto, tengo derecho a conocer tantos detalles sobre tu supuesto *linaje*?

La miró anonadado. La muchacha era demasiado perceptiva. Efectivamente le estaba ocultando mucho, pero ¿por qué quería lanzarse de cabeza a una piscina sin agua?

—¿Estás seguro que no estás intentando decirme que voy a convertirme en uno de los tuyos? —preguntó por fin haciendo acopio de valor.

Aquella pregunta le hizo sentir algo similar a la ternura, una sensación que le alarmó hasta lo más profundo de su ser pero por la que se dejó llevar. Marina era una insensata queriendo entrar de lleno en un mundo que la sobrepasaría si no se andaba con cuidado, pero tenía que reconocer que era valiente hasta rayar la osadía.

—Marina, eso no es así. Nosotros nacemos con una serie de peculiaridades. Somos humanos normales y corrientes cuando venimos al mundo,

pero a partir de un determinado momento de nuestra vida, maduramos y podemos convertirnos en vampiros; bien por voluntad propia o por accidente —Hizo una pausa para dejar que ella asimilara esta información mientras se servía otra copa de vino—. El que un mortal pueda convertirse en vampiro si otro lo muerde y lo desangra, o si recibe tres mordiscos, o las mil teorías que existen, ¡eso sí que es pura patraña! Si se desangra a un ser humano y éste no tiene los genes necesarios para la conversión, se muere. Punto.

Supo que Marina sintió un puro alivio ante su declaración y que le resultaba tranquilizador saber que, si por casualidad él tenía un arrebató, jamás podría convertirla en una vampira.

—No sabes cómo me alegro de escuchar eso —reconoció.

Él dejó escapar las notas huecas de una ahogada risotada. ¡Era tan fresca y previsible aquella mujer! Quizá no pudiera leerle la mente, pero su lenguaje corporal expresaba a gritos lo que pasaba por su cerebro.

—Aclarado el mito, te diré que la realidad es mucho más complicada que todo eso. Para empezar, una persona nacida con las connotaciones imprescindibles para convertirse en vampiro, muere sin llegar a serlo si no atraviesa la transición necesaria.

—¿Quieres decir que hay personas que podrían haber adquirido tu *linaje* y, sin embargo, han muerto antes de que esto ocurriera?

—Exactamente.

—¿Y cómo es posible que nunca se dieran cuenta de ello? —inquirió con la duda reflejada en su brillante mirada.

—Pues porque, o bien no tuvieron cerca a alguien que pudiera o quisiera transmitirle los conocimientos necesarios o porque, una vez informado de todos los pros y los muchísimos contras de la vida vampírica, el afectado no deseó *Abrazar la Naturaleza* y prefirió seguir siendo lo que era el resto de sus días.

—¡Ya!, así de fácil... No me creo que seáis capaces de aceptar esa decisión sin más.

—Sí, así de fácil. Todos tenemos derecho a

elegir. Contravenir esa Ley Divina está terriblemente penado en nuestra sociedad.

—Pues no lo veo tan claro. Al parecer, los vampiros nacen, pero no se hacen. Sin embargo, para ser vampiro hay que querer serlo y, supongo, pasar por algún tipo de ceremonia voluntaria, ¿no?

—Eso es, tienen que pasar por el *Ritae* o Ritual del Abrazo para convertirse totalmente en lo que somos.

—¿Y si no?

—Y si no, pues nada. Se hacen viejos, sufren enfermedades y, después, se mueren.

La muchacha estaba hecha un pequeño lío. Sin duda la cuestión se complicaba cada vez más y todo era demasiado difícil de entender, por lo que cada respuesta originaba en ella un sinfín de dudas.

—¿Quisiera tener papel y lápiz para apuntar todas las preguntas que se me plantean y que no se me olvidara ninguna! —se quejó.

—No te preocupes, esto no es algo sobre lo que tengas que tomar apuntes para después examinarte —repuso divertido.

Notó que volvía a relajarse e intentó levantarse para ir a buscar los postres, pero la detuvo. Todavía no quería que se quedara sola con aquel cúmulo de información que acababa de poner a su alcance. Era preciso que la mente de la joven no se fuera por caminos diferentes a los que él se había trazado, así que continuó hablando, obligándola a volver a sentarse en la silla.

—Pero, ¿qué es lo que determina que una persona nazca vampiro?

Sonrió. Por fin habían llegado al punto álgido de la conversación. ¿Cuántas veces en su larga vida había pasado por este trámite? Ciertamente era que hacía bastante que no lo practicaba, pero hubo un tiempo, hacía ya muchos años, en el que se encargaba de instruir a los iniciados. Marina se lo ponía relativamente fácil; pero era peliagudo de manejar igualmente.

—Quizá ahora sí que necesites papel y lápiz para comprenderlo —se lamentó—. A ver si soy capaz de explicártelo sin que te lées..., —hizo una pausa y tomó aliento.

»Verás, los varones de mi especie —continuó implacable—, no somos esos machotes de leyenda que presenta la literatura romántica ni tenemos una capacidad desmesurada para la procreación. Además, es totalmente imposible fecundar a una mujer, mortal o vampira, que no posea ciertas *características* —e hizo otra de sus largas pausas para que el conocimiento calara hondo en la alumna—. Nuestra supervivencia depende de la mujer, ya que todo gira en torno a los cromosomas, pero es el macho vampiro el único que puede transmitir esta naturaleza.

Llegados a este punto miró a la muchacha para comprobar que no se perdía en la disertación y luego continuó.

—No voy a explayarme sobre la herencia genética, que es aburrida y puedes estudiarla en los libros. Baste decir que el cromosoma femenino es mucho más fuerte que el masculino y que esa fortaleza hace que la mujer pueda desarrollar ciertas características o alteraciones que no son susceptibles de aparecer en los hombres.

Se levantó de la silla y tomó asiento en el

sofá, frente a la chimenea. Luego cogió un cigarrillo de la tabaquera de nácar y latón que brillaba sobre la mesa a la suave luz que arrojaba el fuego. Suponía que la muchacha necesitaba un respiro, pero pensó que las aclaraciones científicas era la mejor manera de llegar, a través de la lógica, a su maltrecho cerebro después de tanta información. Se tomó su tiempo.

—Ven, siéntate y pongámonos cómodos. Una de esas *alteraciones* femeninas —continuó al cabo de un rato—, producidas en un par genético determinado, tiene como consecuencia el... llamémosle *síndrome*, que da origen a la *fatum*, una expresión que ha sido mal traducido del latín como «hada», pero cuyo significado real es «destino». Esta peculiaridad se obtiene directamente de la madre, y sus probabilidades de transmisión se multiplican si es un vampiro el que engendra el embrión. No obstante, el factor hereditario no es siempre obligatorio. —La miró consternado—. ¿Es complejo, verdad?

—Sí, bastante —se quejó Marina.

—Mira, no te voy a liar más. Vamos a la

lección fácil y resumida. Para que un vampiro procrea, es imprescindible que lo haga con una *fatum*. Una *fatum*, sin embargo, puede engendrar vampiros o simples mortales, y puede transmitir, o no, la peculiaridad de su alteración genética, pero sólo a sus hijas; los varones no heredan esta característica. El vampirismo, por el contrario, es algo que sólo puede ser transmitido por los hombres, pero éste sí es de herencia genética obligada, tanto para hombres como para mujeres. ¿Lo ves más claro ahora? —preguntó dudoso. Sabía que era muy complicado de asimilar al primer intento.

—Uf, no del todo, pero más o menos lo he pillado... Y luego, el vampirismo es algo que pueden elegir en un momento dado ¿no?

—Eso es. ¿Sigo o estás cansada?

—Sigue, por favor.

—Bien. Siguiendo con el tema genético, antes te he comentado sobre la debilidad de los cromosomas masculinos, ¿recuerdas?

—Sí.

—Esa debilidad hace que los varones seamos

más vulnerables a ciertas mutaciones o, como mínimo, más asequibles que las mujeres. Debería de haberte hablado antes de nuestros hábitos alimenticios, pero lo hemos pasado por alto a pesar de que es la primera pregunta que hacen siempre los iniciados.

»Como siempre, tú eres atípica —la recriminó cariñosamente, y siguió con su larga exposición—. Digamos que esa predisposición a caer en la mutación, va en función de una mala alimentación. Cuando esto ocurre, la bestia que todos nosotros llevamos en nuestro interior, ésa de la que tanto se habla en los libros —y sonrió—, se apodera de nuestra naturaleza humana y nos despoja de todo rasgo racional convirtiéndonos en esos *malosmalísimos* de la película que tú dices.

En este punto, se entretuvo mirándola ceremoniosamente a los claros ojos, llenos de expectación. Había conseguido mantener a raya el deseo que ella le despertaba, aunque la firme erección que pulsaba bajo la tela de sus pantalones decía lo contrario. Y aunque se había preparado para esta conversación, así como para el efecto

que la muchacha le producía, esa parte irracional de su anatomía tomaba sus propios derroteros sin contar con su permiso. El largo entrenamiento a través de los siglos ayudaba poco en esta ocasión.

Su cuerpo torturado protestaba. Tuvo que contenerse para no sucumbir a la necesidad que sentía de apoderarse de aquella atractiva boca y besarla hasta hacerle perder el sentido. La quería húmeda y palpitante sobre las sábanas, o sonrosada por el calor de la chimenea en la alfombra que se extendía frente a ellos. En más de una ocasión había estado a punto de perder el control.

—Precisamente —siguió con la conferencia a fin de quitarse, en la medida de lo posible, el deseo de la mente—, estos *mutatos*, como nosotros los llamamos, son el más grave de los peligros que acarreas y el motivo principal por el que estoy aquí esta noche.

Marina abrió los ojos desmesuradamente, producto del terror que inmediatamente sintió en cada una de las partículas de su cuerpo.

—El otro peligro somos nosotros, los

plumbum cruor, los «Primera Sangre» —continuó, implacable—, pero si has de elegir entre dos males, yo te recomendaría que eligieras el menor de ellos que, lógicamente, somos nosotros. Los *mutatos* poseen todos los poderes que nos aporta el Linaje, incrementados por la maldad que los domina; sólo un *plumbum crúor* sería capaz de librarte del ataque de uno de ellos. Y ni aún así hay garantía de éxito —se lamentó tras una breve pausa.

—¿Por qué? —preguntó atemorizada y luchando contra las lágrimas que acudían a sus ojos—. ¿Qué queréis de mí, los unos y los otros? —gritó.

—Mira, creo que ya has recibido demasiada información que tu cerebro necesita procesar. Mañana seguiremos con esta conversación. Hoy por hoy, mis hombres y yo cuidamos de ti con nuestra propia vida. Estás a salvo.

Por mucho que lo intentaba no encontraba el valor para explicarle el motivo de su persecución y las repercusiones que todo ello tendría en su vida una vez que supiera las razones.

Prefería dejar que su juvenil inocencia determinara, durante unas horas más, aquella alegre y positiva actitud ante la vida y sus ansias de conocimiento.

—¡Eso no te lo crees ni borracho! Tú no vas a ninguna parte mientras no me expliques qué queréis de mí...

—Marinitaaaaaaa... —la amenazó.

—Marquitosssssssssssssssssss —le imitó ella.

Él la miró anonadado ante su insolencia.

—Marina, no me provoques. En mi larga vida nadie ha tenido las narices de amenazarme y menos llamándome «Marquitos».

—Pues has tenido suerte con que sólo te haya llamado Marquitos, porque el anterior gilipueñas que me llamó Marinita tiene ahora cierta parte de su anatomía en el lugar donde debería de lucir el nudo de la corbata.

«¡Esta mujer está loca —pensó riéndose—. Tiene más osadía que sentido común!». La situación empezaba a escapársele de las manos.

—Mira, niña, no hay nada que explicar. Suponemos que te buscan, y fijate que digo

«suponemos», porque no quieren que sigas revelando demasiados detalles sobre ellos en tus libros. Nosotros, simplemente, no podemos permitir que lo hagan. Si dejáramos que tomaran venganza sobre cualquier mortal, el secreto de nuestra especie, la de ellos y la nuestra, tendría los días contados.

Se levantó de su asiento y se encaminó hacia la salida sin más ceremonias. No iba a dejar que ella siguiera por ese camino.

—Es tarde, Marina, al menos para ti. Necesitas dormir, el sueño reparador también es beneficioso para tu cuerpo y tu mente. Mañana pasaré a buscarte a las nueve de la noche para ir a cenar. Entonces continuaremos esta conversación con una romántica velada en algún local público y elegante —dijo por sentada su admisión.

No estaba muy seguro de soportar otra sesión privada sin sucumbir a su instinto más primario. Ella no contestó, pero su rostro reflejaba claramente que no quería quedarse sola. Tenía miedo, pero también pudo percibir que el cuerpo de la muchacha le pedía otros servicios diferentes

a los meramente docentes. La necesidad era más potente que su recelo. Y él se moría por concedérselos aunque sabía que no debía.

—Tengo una curiosidad... tal vez un poco absurda.

Se detuvo y se giró para someterse al nuevo interrogatorio. Ella le había seguido hasta el recibidor. Estaba justo a unos centímetros de distancia. ¡Ojalá de verdad fuera tan absurda como prometía! De momento no se lo estaba poniendo nada fácil.

—¿Estás muerto? ¿Eres un muerto viviente? ¿O qué narices sois vosotros?

—Ni estoy muerto ni soy un muerto viviente.

Ella se sorprendió cuando le tomó una mano, obligándola a introducirla en el interior de la camisa y colocándosela sobre el pecho desnudo a la altura del corazón. Sintió un cosquilleo extendiéndose por su interior al percibir el calor de la piel de la joven contra el retumbar metódico de sus latidos.

—Estoy totalmente vivo. Sencillamente, nunca he muerto.

—¿Entonces sois inmortales? Porque llevas un rato hablando de «mortales».

—Es una manera de hablar para diferenciarnos, pero nadie es inmortal, Marina. Todos tenemos nuestros puntos flacos, aunque nosotros somos muy duros de roer. Después del *Ritae* envejecemos muy, *muy* despacio; lo que no quita que podamos morir de manera traumática. ¿Tú crees que alguien podría vivir si le separan la cabeza del cuerpo? ¿Si le desangran? ¿Si dejan su cerebro sin oxígeno?

La muchacha negó con la cabeza.

—Aunque te advierto —continuó—, que desangrarnos es muy difícil, porque la más mínima gota de sangre hace que tengamos opción de recuperarnos. Y privarnos de oxígeno es aún más complicado, porque somos capaces de dejar nuestro sistema respiratorio bloqueado durante horas y captarlo a través de la piel.

—Entonces, en qué quedamos, ¿sois inmortales o no?

—No, pero casi —respondió intentando confundirla—. Y que sepas que tampoco nos

desintegramos en humo o ceniza cuando nos morimos. Tenemos un cuerpo mortal idéntico al de cualquier otro ser humano. Un cuerpo que se corrompe al ritmo habitual.

—¡Vaya! Acabas de arruinar todos mis sueños de juventud. ¿Se acabó lo de clavarte una estaca en el corazón y que hagas «pluf»?

—¡Coño, Marina, si me clavabas una estaca en el corazón me muero! ¡Como tú! ¿Qué pasaría si fueras tú la estacada? ¿Serías capaz de salir de ésa...? —Se sonrió con malicia—. Así que ya sabes, asegúrate de que apuntas bien.

Se la quedó mirando fijamente a los ojos. Habían mantenido todo aquel largo parlamento con la diminuta mano de Marina en el interior de su camisa, firmemente apretada contra su pecho. Al cabo de unos segundos que parecieron eternos, por fin la soltó. Su fino olfato captó la subida de feromonas que emanaban de ella.

—No lo olvides, Marina, mañana... Y no te recojas el pelo —exigió más que pidió, aunque luego añadió un inusual—, por favor. Es una pena que ocultes tan impresionante y salvaje cabellera,

lo dice todo de ti.

Y apresando uno de aquellos rizados mechones, lo dejó escurrir entre los dedos antes de desaparecer en la penumbra del jardincillo de entrada a la casa.

Capítulo 9

SOKOROV abrió el maletín de piel con las instrucciones. A medianoche del día anterior, el señor Comadreja en persona se lo había llevado a la habitación del hotel, junto con la primera parte del pago adelantado. Tenía que reconocer que aunque el duque era implacable a la hora de reclamar resultados, era igual de escrupuloso cuando se trataba de cumplir su parte del trato.

Aquel sobre de papel *kraft* contenía un amplio dossier sobre la misión, así como planos y numerosas fotografías del *objetivo*. Esa misma mañana le había dedicado varias horas de atenta lectura y hecho llamadas telefónicas de última hora. No había perdido el tiempo. Ya disponía de un vehículo de alquiler y del material que se suponía tendría que utilizar en los próximos días. Ahora que el sol ya estaba a punto de ponerse, estaba listo para iniciar la tarea y hacer un reconocimiento. También había tenido una

entrevista con el proveedor, que había acudido puntual llevando bajo el brazo un amplio catálogo de armas y complementos de última generación. Hacía más de treinta años que no trabajaba en España, pero todavía mantenía los contactos en la zona y los utilizaba siempre que tenía alguna misión en el sur de Europa. De algo le tenía que servir haber establecido su base de operaciones entre Madrid y Barcelona tras la II Guerra Mundial, aunque luego las circunstancias le obligaran a cambiar de aires.

El trabajo consistía en un secuestro, su especialidad, pero éste tenía algunas connotaciones que le desagradaban. Se arrepentía de no haber puesto un precio más alto a sus servicios, ya que esta vez exigían una escrupulosidad que él no solía ofrecer. Además le habían quitado del contrato una de sus cláusulas irrefutables: poder alimentarse de la víctima antes de entregarla. Y no sólo eso, en su lugar habían incluido una prohibiéndolo taxativamente.

Para remate, y aunque hacía más de sesenta años que había dado la espalda a la Comunidad,

detestaba que sus órdenes se centraran en un objetivo protegido por el Consejo que, además, contaba con el favor especial de Marcos Pessaro. Su existencia pasaba por mantenerse alejado de los vampiros antiguos y, para su desgracia, Pessaro era uno de ellos; un *plumbum cruor* valioso y reputado con enorme poder y largos tentáculos, tanto dentro del Consejo como en los círculos de poder de más importantes de los mortales. Durante algún tiempo, algo más de dos siglos, ambos habían sido compañeros de aventuras e, incluso, amigos —si es que esta relación podía llegar a darse entre miembros de la especie—. Marcos había sido su instructor tras la conversión y habían llegado a estar muy unidos durante algún tiempo. Ambos se complementaban bien y se entendían a la perfección a la hora de la lucha, aunando fuerzas y estrategias.

Sin embargo, la última vez que se habían visto las caras había sido durante el invierno de 1943, cuando Marcos encabezaba una de las tropas de la *Resistenza Partigiana*, en la lucha contra el fascismo y las tropas de ocupación nazis

bajo las órdenes del Comité de Liberación Nacional italiano. Él entonces era un espía de la Unión Soviética infiltrado en el alto mando militar alemán, intentando que la amenaza contra la ciudad de Leningrado, acosada desde hacía ya dos años, no tuviera éxito.

En aquella época aún no había cruzado totalmente la línea que lo convertiría pocos meses después en un *mutato*, si bien jugueteaba ya con su destino y había empezado a dar algunos pasos en la cuerda floja. Marcos se dio cuenta de su debilidad y le colocó en una difícil situación que a punto estuvo de costarle la vida en Nápoles, tras un cruento encontronazo que le dejó al descubierto frente a las tropas enemigas. A pesar de todo, en el último momento, el italiano recapacitó sobre los hechos y acudió a la llamada del Linaje guardándole las espaldas.

Después de aquello su relación particular se había deteriorado gravemente y nunca volvería a recomponerse de nuevo. Luego, tras su mutación, había procurado eludirle. Especialmente después de que Pessaro se erigiera en Master español en

torno a los años 80 y empezara a crecer financieramente, a la sombra de la industria turística emergente, junto con la democracia del país que le había acogido. Aquel fue el momento que él eligió para abandonar España.

Sabía que pronto podría volver a tener ese país bajo su yugo, puesto que la permanencia de Marcos en la zona no podría durar mucho más tiempo. Los vampiros tenían que moverse cada poco tiempo, cambiar de nacionalidad y personalidad e, incluso a veces, de nombre. El hecho de no envejecer los ponía en peligro de ser descubiertos en un plazo relativamente corto, especialmente en esta época en la que los medios de comunicación elevaban a cualquier avezado empresario al estrellato y permanecer en el anonimato se volvía complicado. La mayoría fingían abandonar las empresas en manos de administradores para regresar al cabo de los años como hijos del anterior dueño. Hacía tiempo que ya tenía pensado aprovechar esa desaparición temporal del Master español para retomar su abandonado negocio en la zona. Su sustituto no

sería tan poderoso ni tan peligroso para él.

Las pocas veces que había trabajado en España en los últimos años, había sido por temas puntuales. Evitaba tener relaciones con *plumbums crúor* ni *mutatos* y se limitaba a prestar sus servicios a los mortales, pero esta vez, estaba claro que tendría que vérselas con ambos a la vez.

Releyó las instrucciones. Todo aquello era un enigma. El duque parecía tener un enconamiento particular contra Pessaro. ¡Mal enemigo y peor cliente le habían tocado esta vez! Afortunadamente, su arduo entrenamiento y el hecho de conocerse de antiguo le serviría de mucho. Quizá, de paso, pudiera vengar aquella antigua rencilla que, si no olvidada, había sido postergada al fondo del baúl de los recuerdos. El rencor era un buen sustituto de los años, ya que aunque él era mucho menos antiguo que su oponente, no creía que éste pudiera ofrecerle demasiada resistencia si llegaban a enfrentarse cara a cara.

Lo que de verdad le intrigaba era por qué una simple mortal había adquirido tanta importancia

para el Consejo y, de rebote, para Roberto Pérez de Iparraguirre. Pero las órdenes eran claras: perseguirla y tenderle una celada que la alejara de sus protectores y permitiera su traslado hasta una mansión oculta en la sierra de Guadarrama, donde le sería entregada a su cliente sin haber podido gozar, ni un ápice, del cuerpo ni la psique del rehén.

¡Qué gran detalle que le dieran permiso para recurrir al secuestro por la fuerza si era necesario! Como si fuese algo que no estuviera ya en sus previsiones. No pensaba renunciar al cobro de la segunda parte del pago y para ello se valdría de cualquier método a su alcance. Pero, además, el duque era un mal enemigo, alguien al que no era inteligente tener en contra. Eximido de las normas del Linaje y como líder de los *mutatos*, más valía tenerle contento y en el mismo bando.

Abrió el maletín y guardó en él algunos de los artículos que le había entregado esa misma mañana su proveedor, junto con el ordenador portátil. Luego se vistió con ropa deportiva y bajó al garaje, donde ese mediodía le habían dejado el

monovolumen de alquiler.

Tomó el plano de la ciudad que había en el sobre. En él estaba marcada la ubicación exacta de la vivienda del *objetivo*. Había estado trabajando en él y pintado el recorrido con rotulador fluorescente. Tenía pensado hacer un viaje de reconocimiento para localizar el coche de la mujer. Esperaba que no lo estacionara en el garaje particular que se veía en las fotos que le habían proporcionado. No tenía intención de sumar más cargos a sus actos, aunque violar la propiedad privada no era algo que le preocupara, a él ya le quedaba poca honra que salvaguardar.

La idea era colocar un dispositivo GPS en el vehículo de forma que pudiera localizarlo, en todo momento, a través de su ordenador. Eso le ahorraría muchas horas de vigilancia diurna que prefería evitar, si bien había tenido la precaución de solicitar en la empresa de alquiler que su vehículo tuviera los cristales tintados.

En un tiempo récord, llegó a la tranquila barriada. Le había resultado relativamente fácil para tratarse de una excursión por una de las

ciudades con más tráfico de Europa y que, además, ya no era aquella que él conociera en su día.

Después de localizar al primer vistazo el coche que buscaba, dio un par de vueltas a la manzana para comprobar si la joven contaba con un equipo de seguridad facilitado por el Consejo.

Sus sospechas fueron rápidamente confirmadas. En un Volkswagen Touareg con los cristales negros, que estaba aparcado en la acera de enfrente, estaban agazapados dos hombres que, a todas luces, vigilaban la puerta de la casa que a él le interesaba. Desde aquella distancia no podía asegurar la naturaleza de aquellos dos elementos, pero apostaría que eran de la suya propia. Las cosas se complicaban. Tendría que actuar con cautela.

Se alejó unas cuantas calles y preparó el equipo que esperaba poder adosar en los bajos del pequeño A3 gris metalizado que había sido estacionado junto al vado de la casa. Se lo guardó en el bolsillo izquierdo de la cazadora, conectado ya, y comenzó a andar hacia su destino.

Aparentemente no era más que otro vecino de

la zona de regreso de su jornada laboral. Marchaba con paso seguro y pausado, sin prisa pero sin detenerse en su recorrido ni fijarse en el entorno; como si nada le extrañara, como si aquél fuera el itinerario que siguiera cada noche antes de llegar a su casa.

Cuando estuvo frente al jardincillo del chalet en cuestión, paró a encender un cigarrillo, justo a la altura del coche que pretendía monitorizar y, luego, al ir a guardar el encendedor, dejó que éste cayera al suelo como si, por accidente, se le hubiera resbalado fuera del bolsillo. Se agachó a recogerlo a la vez que con la mano izquierda, parapetado por el propio vehículo, colocó con destreza el GPS, mediante un imán, en el interior de la aleta que guardaba la rueda trasera. Su movimiento fue veloz y duró lo que un parpadeo.

Los vigilantes no se percataron de nada, si bien sí habían reparado en su presencia; podía notarlo. Ahora sabía con seguridad que aquellos individuos tenían su misma naturaleza, ya que habían intentado leer su mente para comprobar qué se traía entre manos y, puesto que estaba

preparado para ello, retiró sus barreras y se encargó de hacerles llegar pensamientos de fastidio por tener que agacharse a recoger el mechero y de fatiga por una larga jornada laboral.

Desapareció por la otra esquina de la calle y regresó a su hotel. Necesitaba comprobar que la señal llegaría sin problemas hasta donde él había fijado su cuartel general, que por suerte no quedaba excesivamente lejos.

¡Y llegaba! Otro motivo más para felicitarse.

Ahora tenía que planear con detenimiento su próximo movimiento. Sin duda la misión no era nada fácil, pero la palabra imposible hacía muchos años que había desaparecido de su vocabulario.



A la mañana siguiente, Marcos despertó bien entrado el mediodía. El país hacía horas que se había puesto en marcha, a pesar de lo cual remoloneó todavía unos minutos entre las sábanas. Estaba seguro que nadie lo había echado en falta todavía, pero ya era hora de ponerse en movimiento.

Dio una fuerte patada al edredón enviándolo hacia atrás y se incorporó perezosamente hasta recostarse contra el cabecero. Se sentía entumecido y tenso. Aunque la noche anterior se había acostado mucho antes de lo que era su costumbre, tenía la sensación de no haber descansado lo suficiente. Había sido un esfuerzo titánico poder conciliar el sueño y los primeros rayos de luz clareaban en el horizonte cuando por fin había conseguido quedarse dormido; cientos de imágenes de una mujer morena de piel de alabastro y brillantes ojos verdes se lo habían impedido, consumiendo a gran velocidad su mermada energía y acicateándole con fuertes oleadas de deseo. Finalmente, el sueño reparador había puesto fin a aquel calvario sumiéndole en ese estado de semiinconsciencia que todo lo remedia.

Sabía que no había forma de que pudiera relajarse hasta que no diera por finalizada la tarea que le había sido encomendada. Dejó escapar un bufido y se resignó a lo inevitable al tiempo que estiraba los músculos del cuello y los brazos con los puños cerrados. Luego bostezó

prolongadamente hasta que los oídos estallaron con un seco *plop* en su interior.

La pereza nunca había sido una buena aliada.

Apretó el interruptor del interfono situado sobre la mesita de noche. Desnudo como el día que llegó a este mundo, se puso en pie sin más demora para dirigirse al aseo, sin esperar la respuesta. Nunca lo hacía. Cada movimiento obedecía a un ritual monótono y aburrido. Siempre el mismo hasta perderse en la memoria de la historia.

Cuando regresó, envuelto en el albornoz de baño después de un rápido paso por la ducha, sabía, aún antes de mirar, que sobre la mesa del gabinete estaría esperándole la bandeja del desayuno y el periódico del día.

Y también como cada día, se dispuso a dar buena cuenta de la primera taza de humeante café negro mientras echaba un vistazo a la portada del diario. Esa mañana, sin embargo, un titular rompió la rutina y acaparó toda su atención. Uno de los artículos de la sección de sucesos consiguió que cambiara la temática de lectura diaria y abordara

esa noticia antes de llegar a las páginas de economía:

«Tercer fallecimiento por sobredosis de metanfetamina en 20 días.»

Un hombre fue hallado muerto, el jueves pasado, en un callejón oscuro próximo a una discoteca de moda madrileña. Se baraja la teoría de que la causa sea el consumo de droga adulterada.

Una sobredosis parece haber sido la causa del fallecimiento. Se trata de la tercera víctima mortal de la metanfetamina contabilizada en Madrid en los últimos veinte días, un hecho que comienza a «ser habitual», según fuentes de la policía.

La Jefatura Superior de Policía de Madrid informó que un hombre de 25 años, cuya identificación corresponde con las siglas C. P. J., fue encontrado

muerto por la patrulla del servicio nocturno de limpieza municipal en el callejón situado en los alrededores de la discoteca **Vanidades** de Madrid, a las cuatro de la madrugada del pasado jueves.

El cadáver fue trasladado al Instituto Anatómico Forense donde le fue practicada la autopsia para determinar las causas de la muerte que, al parecer, se debe a los efectos de sobredosis de esta sustancia.

La policía carece de información forense con respecto a la posibilidad de que en Madrid se hayan producido muertes por metanfetamina adulterada similares a las acaecidas en Barcelona durante los últimos meses. No obstante, la muerte de C. P. J. es la tercera que se produce en la capital de España durante este mes de marzo por esta misma causa.

Además, en las últimas semanas,

se ha atendido a otros cuatro jóvenes que fueron encontrados en grave estado por efecto de esta droga, y que presentaban cuadros de alucinaciones, lesión cardíaca permanente, psicosis paranoide y depresión con tendencia al suicidio.»

Una conocida sensación de alerta se instaló en su interior. El hecho de un posible aumento de consumo de metanfetamina entre los jóvenes y que, en tan breve espacio de tiempo, se hubieran producido varias muertes por esta causa, le hizo consciente del problema que tenía entre manos.

Necesitaba ampliar la información de inmediato y cerciorarse de si las víctimas eran simples drogadictos o lucían las marcas indiscutibles de un asalto *mutato*.

Soltó la tostada que tenía en la mano a medio comer y se dirigió a la habitación para recuperar el móvil que había dejado la noche anterior sobre la mesita de noche.

Diego Solano miró la pantalla del iPhone que se desplazó al vibrar sobre la pulida mesa de su despacho. Llevaba toda la mañana esperando aquella llamada, así que la respondió al segundo timbrado.

—Buenos días, Master.

—Si tú lo dices, comisario...

—Bueno, sólo es un saludo. Tampoco es un gran día para mí.

—No pareces extrañado por mi llamada, así que presiento que la esperabas...

—Claro. Supongo que has leído las noticias.

—¿Cómo se ha filtrado esta información a la prensa?

—No lo sé, Master. Estoy investigándolo, yo tampoco tenía información de que las cosas habían llegado tan lejos hasta hace apenas unas horas.

—Dime que, de verdad, se trata de droga adulterada —exigió Marcos esperanzado.

—Lamento desilusionarte, Pessaro, pero a estas horas puedo confirmarte que, absolutamente todos los casos, responden a víctimas de la *tentación oscura*. Tengo los informes forenses de

todos encima de la mesa y, efectivamente, los análisis reflejan que la composición molecular de la sustancia causante de la muerte no es idéntica a ninguna de las partidas habituales de las metanfetaminas comercializadas, ni legal ni ilegalmente.

Marcos no respondió de inmediato y él dejó que digiriera la información sin romper el silencio.

—En resumen —respondió por fin—, estamos ante un serio brote de ataques *mutato*.

—Sin duda, Master. Además, las víctimas presentaban señales de mordeduras en el cuello y los brazos. Tenemos frente a nosotros nuestra peor pesadilla. Al parecer, algo oscuro se fragua en las filas del enemigo, ya que no se molestan en enmascarar las huellas. Y, una de dos, o están tan desesperados como para perder toda la cautela o están tan confiados que no se toman el trabajo de hacerlo. Ninguna de las dos opciones nos augura nada bueno ni a ti ni a mí.

Marcos soltó un juramento y dio un manotazo sobre la mesa. El zumo de naranja, que todavía no

había probado, estuvo a punto de caer con el golpe.

—¿Por qué no he sido informado de este tema antes? —preguntó con una voz tan letal, a pesar de que no la había levantado ni un solo tono, que Diego sintió cómo se le helaba la sangre en las venas—. ¿No te parece lo suficientemente importante avisarme de tres muertes y cuatro hospitalizaciones en veinte días?

—Master, yo tampoco había sido informado de los dos últimos casos y me consta que del primero estabas al corriente. No obstante, ya he tomado las medidas pertinentes y te garantizo que no volverá a ocurrir nada semejante —se defendió el comisario.

—Más te vale. Estaremos en contacto, Solano.

Dicho lo cual, colgó la comunicación sin despedirse. Era necesario convocar una reunión con todas las células nacionales con urgencia y avisar al Master Supremo. Algo turbio se fraguaba en el seno de la formación oponente. Estadísticas similares a estas sólo se habían producido antes de

algún movimiento radical y poco halagüeño para el Linaje.

Precisamente ahora, cuando todavía tenía entre manos un encargo directo del líder del Consejo, su territorio recibía la más clara amenaza de los últimos veinte años.

Tomó de nuevo el teléfono y llamó a Lucas.

—Organiza un consejo nacional urgente, pero ten en cuenta que tendrá que ser en Madrid ya que tengo una misión que cumplir aquí que no puede ser aplazada. Ya sabes... —dejó la frase inconclusa.

No era necesario que explicara más. Lucas era su mano derecha, su apoyo y complemento, y conocía al detalle cada uno de sus movimientos, tanto a nivel laboral como personal.

Tras desayunar de forma automática, optó por abrir una de las bolsas de sangre que guardaba en el frigorífico de la sala. Dos *transfusiones* en menos de veinticuatro horas, después de haberse alimentado en perfectas condiciones hacía menos de dos días, le hicieron ser consciente de que su estado anímico no atravesaba los mejores

momentos.

Necesitaba terminar cuanto antes el cometido que le habían encomendado y olvidarse de la joven que le inducía a perder el control como nadie lo había hecho en los últimos siglos.

Requería toda la energía para cuidar de su gente y sus negocios sin que agentes externos interfirieran en su estructurado sistema de vida.

Una vez que el peligro hubiera pasado para Marina, provocaría que su contacto fuera lo más lejano posible y que aquella relación siguiera las lógicas pautas jerárquicas de jefe-empleado. Por suerte, en esa ocasión él no tendría que pensar en quién de sus hombres sería el adecuado para que formara pareja con la joven, ya que al ser una misión liderada directamente por el Máster Supremo sería éste quien se encargara de aquel asunto.

De pronto, la lujuria le atacó de nuevo y la bestia gruñó.

¿Qué le pasaba? ¿Acaso él, Marcos Pessaro, se estaba dejando afectar por una simple mortal capaz de despertar su libido con un solo

movimiento de pestañas? ¡Por supuesto que no! Los vampiros son seres posesivos y poco solidarios —por no decir nada—, pero desde luego cada vez era más apremiante que la apartara de su vida si no quería acabar convertido en aquello que más odiaba. Porque pensar en cualquier otra solución, era el único lujo que no podía permitirse. Él no tenía tiempo para compañeras.

Para los hombres y mujeres del Linaje, aquél era un vínculo demasiado sagrado que, afortunadamente, se daba en raras ocasiones. Ellos mantenían continuas y diversas relaciones sexuales carentes de afecto, puesto que sus técnicas alimenticias necesitaban de recursos que transcurrían paralelos a los sentimientos sin juntarse jamás. Además, según el Oráculo, no bastaba con desear a otro ser, al parecer las Destinos tenían mucho que decir en ello para que la relación funcionara sin problemas. No era un acto para ser tomado a la ligera que, además, necesitaba de unos rituales demasiado peliagudos y elaborados para su gusto.

Conectarse con alguien ya era demasiado serio, un lazo sagrado que ni siquiera los *mutatos* podían eludir; pero el Lazo Eterno, el que te ataba hasta el fin de los días a otro ser, requería una serie de condiciones que él jamás se había planteado. Él tenía otras obligaciones tan sagradas como éstas que nunca podría eludir y que eran, directamente, opuestas a aquella.

«¡Santa Madonna! ¿Cómo puedo estar perdiendo el tiempo pensando en semejante barbaridad por el único hecho de estar bebiendo un vaso de 0 positivo? ¡Ni que el destino me hubiera tenido alguna vez presente para algo que no fuera penar y padecer!»



Marcos tocó el timbre de la puerta y escuchó que Marina frenaba en seco su loca carrera por las escaleras. Luego oyó que volvía a bajar, esta vez más despacio, mientras la imaginaba mirando el reloj. Su puntualidad era legendaria y en esta ocasión el timbrazo sonó con exactitud británica.

Unos segundos después, la puerta se abrió.

Ella no había comprobado quién estaba detrás y estuvo a punto de llamarle la atención por ello, pero la regañina quedó colgando de sus labios al verla. Su mente se fue por otros derroteros.

—¡Hola, Marcos! —saludó—. Entra, por favor. Ya estoy lista, pero tengo que encontrar algo importante que no sé qué he hecho con ello —se disculpó.

No contestó. Se limitó a entrar en el vestíbulo y cerrar la puerta con el brazo mientras daba la bienvenida a la reacción que experimentaba su cuerpo cada vez que la veía. Se la quedó mirando mientras subía las escaleras con agilidad felina sobre sus altísimos tacones transparentes.

La Marina que le había recibido esa noche, sonriente y desinhibida, era una Marina muy diferente a la que conocía. No era la seria y elegante ejecutiva, ni la malhumorada metomentodo que intentaba rehuirle, ni la inocente y refrescante muchacha de la noche anterior; tampoco la temerosa joven del día que recibió la noticia de la existencia de los seres de su naturaleza. La mujer que hoy le había abierto la

puerta era la viva imagen de la feminidad envuelta en seda. Porque aunque lucía un vestido negro de algún género del que desconocía su nombre, eran sus larguísimas piernas cubiertas con transparentes medias de seda, también negras, las que le hacían perder la cordura.

Y lo único que deseó en esos momentos fue poder olvidarse de la cena y la lección que le había prometido. Quería despojarla de aquel modelo, elegante y provocativo, de falda por encima de la rodilla, mangas cortas que sólo le cubrían los hombros y un amplio escote en «V» que dejaba al descubierto la mitad de su espalda y las curvas de sus pechos. Necesitaba perderse en aquel cuerpo y hundirse en su interior hasta hacerla gritar. Se moría por abrazar, lamer y morder cada centímetro de la piel de aquella mujer que tenía tan cerca y que, sin embargo, no debía alcanzar.

Respiró hondo y fue a sentarse en el sofá del salón mientras esperaba, reteniendo a fuerza de voluntad los colmillos que luchaban por deslizarse de su funda. ¡Menuda nohecita le esperaba!

Marina volvió a bajar corriendo las escaleras y entró en la cocina, pasando por delante de él sin reparar en su presencia, agitando con gracia la falda. Escuchó que movía cacharros y abría y cerraba cajones.

Intentó relajarse. Abrió la pitillera que había sobre la mesa para coger un cigarrillo y dos esmeraldas engarzadas de oro, de aproximadamente un quilate cada una, llamaron su atención. Supuso que eso era lo que buscaba y sonrió. Entendió su desasosiego. Aquél era un complemento demasiado costoso a pesar de lo poco que abultaban. Era el tipo de adornos que usaría una mujer como ella, algo discreto que dejara la impronta de su valía con una simple mirada; como ella misma.

Decidió llevárselas para que dejara de buscar y poder salir de allí antes de que se olvidara de las buenas intenciones, pero cuando entró en la cocina su control se desbarató.

«¡Joder con la recatada señorita Miralles!
¡Menuda lencería usa!»

Estaba de espaldas, subida de puntillas en

una escalera de dos peldaños, con la cabeza escondida en el interior de una de las alacenas. La postura dejaba muy poco a la imaginación del mirón. La falda se elevaba hacia cotas poco recomendables para su maltrecha tranquilidad, dejando a la vista un ligero negro que sujetaba aquellas desestabilizantes medias de seda.

No pudo hacer nada contra el descenso de los colmillos y menos aún contra la furiosa erección que tenía bajo los pantalones.

Por suerte, Marina no le había escuchado aproximarse y le dio tiempo a retroceder unos pasos y ocultar su esencia. Esperó unos minutos en el salón hasta que consiguió recuperarse y repitió el movimiento, esta vez haciendo ruido. Gracias que la chaqueta del traje tapaba la evidencia de su deseo, porque aquello era algo que tardaría más en dominar que los colmillos. Si la muchacha fuera consciente de lo poco que faltaba para que la bestia tomara las riendas, escaparía corriendo. Y casi era lo mejor que podía hacer.

—Marina, ¿no será esto lo que buscas, verdad? —preguntó desde el umbral de la puerta,

extendiendo la mano con las dos piedras sobre la palma.

Ella se giró y bajó los peldaños al tiempo que se alisaba la falda con las palmas de las manos. Una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Sí! ¡Gracias! —contestó feliz, ajena al alocado palpar de su corazón—. ¿Dónde los había dejado? Soy un desastre...

Ella tomó los pendientes con un suave roce de los dedos y se los puso sin necesidad de mirarse en el espejo. El cuello le latía por el esfuerzo y el pequeño colgante en forma de *scarabeo* de oro y turquesa se agitaba en el hueco de los pechos al ritmo de su alterada respiración. Él necesitó hacer acopio de toda su experiencia para moderarse. Aparentaba calma, pero su interior estaba a punto de explotar.

—Perdona por la espera —se excusó mientras hacía un gracioso drible a su amplísimo cuerpo—. Es que... Te parecerá una superstición absurda, pero no podía salir sin los pendientes. Son un regalo de mi abuela y tengo la sensación de que cuando los llevo nada puede ocurrirme porque

ella me protege desde allá donde se encuentre. Y presiento que esta noche necesitaré protección extra —bromeó—. ¿Nos vamos?

«¿Protección? ¡Él sí que la necesitaba!»

La siguió como abducido, sintiendo un hormigueo en los dedos ante la necesidad de detenerla y estrecharla entre sus brazos. En cambio, se limitó a adelantarse a sus intenciones y tomó del pasamanos de la escalera un largo abrigo negro. Se aproximó hasta quedar a escasos centímetros de distancia y lo preparó para que ella pudiera introducir los brazos sin esfuerzo.

Marina rara vez tenía que elevar tanto la mirada para enfrentar la cara de alguien, pero este hombre la tenía muy, muy, arriba. Estaba guapísimo esa noche, con un traje negro de Armani, camisa de seda rosa pálido y corbata en tonos grises y fucsias. Sonrió, se giró y dejó que las manos entraran en las mangas al tiempo que él subía la prenda hasta taparle los hombros con delicadeza.

Escuchó un suspiro a su espalda antes de que Marcos se apartara para abrir la puerta y cederle

el paso. Recogió el bolso de la silla y salió delante mientras buscaba las llaves de la casa para cerrar. Él se lo impidió y señaló a los dos hombres que había en un coche aparcado justo enfrente.

—No te preocupes, nadie va a pasar por aquí.

Ellos vigilan.

Un impresionante deportivo estaba aparcado junto a la acera. Él le abrió la puerta y esperó a que tomara asiento antes de dirigirse al puesto del conductor.

—¡Estás preciosa esta noche! Me alegro de que me hayas concedido el capricho de ver tu melena suelta.

—Gracias —respondió ella con timidez, sonriéndole con los ojos.

«Salir con alguien chapado a la antigua, tiene sus recompensas», pensó. La hacía sentirse como una reina. Atendida, mimada y admirada; algo inusual en estos tiempos, en los que los acompañantes procuran actuar de manera totalmente contraria por miedo a ser tachados de machistas u homosexuales. ¡Como si la galantería tuviera algo que ver con cualquiera de las dos

cosas! A ella le encantaba. Lo mejor de todo era que, para Marcos, aquella no era una pose, sino una actitud natural. Posiblemente una costumbre adquirida en otra época.

Cuando llegaron al restaurante el *maître* acudió de inmediato a la puerta para saludar a Pessaro y acompañarles hasta la mesa que estaba reservada a su nombre. Aquel local era uno de los pocos establecimientos de moda que no estaba en la lista de propiedades de su acompañante. Otro detalle por su parte, había buscado un lugar neutral.

Varias caras se giraron cuando entraron al comedor y, algunos, incluso se levantaron a saludarles. Conocía a un par de ellos y al resto él se encargó de presentarla con todo el boato, como si ella fuera alguien importante en el mundo financiero en el que él movía sus hilos. Por supuesto, él estaba de vuelta sobre lo que pudieran pensar de sus relaciones personales.

Una vez que Marcos hizo el pedido de la cena para ambos, ensalada de bogavante y solomillo de buey al vino tinto, abordó la conversación en el

mismo punto que lo habían dejado la noche anterior con una naturalidad que parecía fuera de todo lugar entre tanta gente.

—Hoy te hablaré, en primer lugar, de nuestra alimentación. —Él esbozó una pequeña sonrisa. En ese terreno se sentía mucho más seguro que unos minutos antes—. ¡Tres encuentros desde que conoces mi naturaleza y todavía no me has preguntado si necesito tomar sangre humana para subsistir! Has batido todos los récords en mi larga vida de instrucción. Ningún mortal puede reprimir esa curiosidad. Es de las primeras preguntas que hacéis. En tu caso, ¿es por falta de curiosidad o por miedo a la respuesta?

Ella no contestó. Sólo sonrió y dejó que se respondiera a sí mismo.

—Pues sí, Marina, necesitamos sangre humana para vivir. Pero no te alarmes, no estás aquí para servirme de postre. A medida que nos hacemos más viejos, ya no necesitamos tanta. Además, hoy en día es fácil obtenerla gracias a los bancos de sangre y al estructurado mercado negro que tenemos establecido, aunque ingerir sangre

embotellada es aburridísimo. En cambio, beberla directamente de la vena es como ir a un buen restaurante; la calidad y la satisfacción disminuyen o aumentan en función del donante. Cuando se hace de la persona adecuada, aporta un goce similar al de esta cena.

No pudo evitar sonrojarse al interpretar que Marcos pretendía hacerle saber que su compañía era la adecuada.

El *maître* se acercó a ellos para mostrarles el vino que había encargado, un albariño **Pazo de Señorans**, que descorchó y le dio a él a catar cumpliendo con el protocolo. Marcos lo probó y afirmó con un ligero movimiento de cabeza, tras lo que retomó la conversación sin amilanarse ante la presencia del hombre que servía las copas a su lado. Ella le miró alarmada.

—No pasa nada, cielo —la tranquilizó cuando se retiró—. Se demoraría más si esperáramos su marcha. Como te decía, ya conoces dos de nuestras alimentaciones: comemos y *comemos*. Pero aún falta la principal. La más importante porque es la que nos mantiene con vida.

Marcos se detuvo un segundo para beber de su copa y siguió hablando. Se había puesto como meta dejarle muy claro, a lo largo de esa noche, el papel que los *mutatos* tendrían en su vida a partir de ahora.

—¿Más que chupar sangre humana? — preguntó ella, confundida.

—Mucho más. Se trata de la ingesta energética. Ése es el hambre más difícil de aplacar y la que nos lleva, si perdemos el control, a la mutación.

—Y lo que os convierte en *malosmalísimos*.

—Eso es. Por eso hay que ser muy cuidadosos con el donante, porque si la energía que tomamos no es positiva o procede de una persona que tiene la maldad por bandera, tenemos problemas a la hora de canalizarla. Es por eso que la mejor toma es la que hacemos durante el orgasmo, ya que la persona que tienes en esos momentos en tus brazos sólo emite positivismo y, si va acompañado de un buen *trago*, mejor.

Ante aquel comentario, no pudo detener el pensamiento que acudió a su mente.

—Ya. Y ahora viene la lección de sexo vampírico —exclamó, jocosa—. ¿Entonces es cierto que el mordisco de un vampiro proporciona un gran placer al que lo recibe?

—Sí, es cierto. Cuando mordemos inyectamos una hormona que posee nuestra sangre muy similar a una droga, que produce excitación y bienestar. Normalmente la cantidad inoculada es mínima, apenas afecta al organismo del receptor, salvo que quien lo haga sea un *mutato*. Ellos son incapaces de controlar la dosis, dado que tras la mutación sus niveles se elevan de manera impresionante.

—Ajá —respondió, asumiendo la explicación—. ¿Y qué les ocurre a aquellos a los que absorbéis su energía?

—Por regla general nada, salvo que se sienten inundados por una sensación de agotamiento general. ¿Nunca has escuchado hablar de los vampiros energéticos?

—Sí, claro. ¿Quién no? Todos sentimos a veces esa sensación al estar junto a determinadas personas, aunque no tengan nada que ver con tu

especie.

—Es posible que sí tengan que ver, *cara*. No es necesario morder para absorber la energía, podemos hacerlo a través de la piel. Así que ya conoces nuestra auténtica naturaleza y nuestro peligro más real.

—¿Más peligroso que un mordisco en la yugular?

—Mucho más. No podemos matar de un mordisco, pero sí agotando la energía de alguien.

—¿Entonces no desangráis a las personas?

—No. Sería imposible. —Sonrió, condescendiente—. Un cuerpo humano contiene una media de cinco litros de sangre. No podríamos metabolizar tanta cantidad por el mismo motivo por el que tú no puedes comerte una vaca de una sentada por mucho que te guste la carne. Sin embargo, podemos drenar por completo la energía de una persona.

Ella dio un respingo que la levantó de su silla, pero se tranquilizó a los pocos segundos. Jamás había notado esa debilidad de la que le hablaba cuando estaba con él, aunque la había

visto en Magdalena Arriaga.

—Tranquila, cielo. Siempre sabemos cuándo hemos llegado al límite de las fuerzas de la persona de la que nos estamos alimentando y paramos a tiempo. Y, no —continuó él al percibir la duda en sus facciones—, yo no absorbo tu energía; aunque mi trabajo me cuesta. Eres una de las personas con el aura más brillante que conozco.

—¿Puedes ver el aura? —preguntó reponiéndose a la impresión.

—¡Claro! ¿Cómo crees que valoro la calidad de la energía de la persona que tengo enfrente?

Estuvo a punto de preguntarle de qué color era la suya, pero la cautela le impuso silencio. Seguramente ése no era el ritmo que debía tomar aquella conversación.

—Entonces, si eres capaz de tomar la energía sin morder, ¿puedes morder y no absorber la energía?

—Sí, aunque eso requiere demasiado control y, normalmente, no merece la pena —repuso con desdén.

—¿Tenéis que practicar el sexo para morder?
—incidió sobre el tema.

Supuso que esa pregunta no tenía nada de original a juzgar por la cara que Marcos puso cuando la recibió. Una sonrisa iluminó con un matiz metálico aquellos extraños ojos y su rostro vino a decir algo así como, «mira que estabas tardando...».

—¡Vaya, vaya, Marinita! ¡Hemos abierto las compuertas de la curiosidad...! No, no es necesario practicar sexo para morder —contestó riéndose aún—, como tampoco es necesario morder cuando practicamos sexo, ni absorber la energía de la otra persona mientras lo hacemos. Sin embargo... —Soltó por fin la carcajada que contenía—. ¡Normalmente lo hacemos todo! Somos *muy* lujuriosos.

—No sé por qué te ríes tanto —refunfuñó—. No encuentro la gracia a vivir a merced del deseo.

—Oh, oh. ¡Error, Marina! He dicho lujuria, no deseo. La lujuria es un vicio y el deseo un sentimiento. Acuérdate de esto, te evitará disgustos: los vampiros no tenemos sentimientos.

Ella frunció el ceño. ¿Encerraba aquella advertencia mensajes ocultos? El debió de captar su confusión, porque siguió hablando sin darle opción a protestar.

—Ya sé que éste es un asunto difícil de entender para un mortal, pero es importante que seas consciente de que los vampiros somos casi inmunes a los sentimientos. Amor, deseo, remordimiento, pena... Ésas son emociones humanas relegadas al cajón de las cosas inútiles. Nosotros nos movemos por instinto: placer, poder, posesión, dominio, hambre...

Le sostuvo la mirada, y curvó los labios en una triste y cínica sonrisa.

—¡Menuda novedad! No te des tanta importancia, Marcos Pessaro, no hace falta ser vampiro para guardar los sentimientos en el baúl de los recuerdos.

—Marina, ¿hablas de sexo o de sentimientos?

—De ambos. Según te estaba escuchando me he dado cuenta de que soy incapaz de encontrar la diferencia entre una sesión de sexo vampírico y un polvo de «aquí te pillo, aquí te mato». ¿Acaso

importa qué necesidad es la que se pretende satisfacer?

Marcos acusó la patada verbal que acababa de lanzarle.

La frase le produjo una extraña reacción. Él podía jugar con las palabras a favor de la sesión de iniciación todo lo que quisiera, pero hubiera sido una necesidad engañarse a sí mismo.

Aquel torpe y precipitado alegato le había hecho *sentir*. Sentía algo muy parecido a la rabia. ¿Qué tipo de vida había vivido Marina? ¿Qué le habían hecho los hombres? ¿Qué hombre? ¿Cuántos hombres? Y, por Dios, no quería ni imaginarse el nombre de aquel sentimiento tan olvidado. ¿Celos?

—Oh, sí, claro que importa, cariño. El sexo entra dentro de la lista de instintos animales, entre los que estamos incluidos los humanos, vampiros o no, pero en nuestro caso lo que nos mueve no es nada tan digno como la procreación o el deseo.

—¿Y...? ¿Qué tiene de digno el deseo? Al fin y al cabo, Marcos, a ti te mueve el hambre; la necesidad de subsistir. Estoy segura de que yo me

siento mucho peor que tú cuando sucumbo al deseo. Y, además, te garantizo que la procreación no es algo que, de momento, entre en mis planes.

—Bah, eso es por culpa de la rancia educación que recibís las mujeres. No entiendo por qué tienes que sentirte mal por ello, es algo natural. Pero lo que hacemos nosotros es mucho peor. En las escasísimas ocasiones en las que mantenemos relaciones completas, lo normal es que tengamos que autoinducirnos el deseo para llegar a buen puerto. Tal vez por eso, nos limitamos a despertar el del contrario para provocar el exceso de energía y poder alimentarnos.

«¿Cómo podía ser tan mentiroso y mezquino?»

Sintió asco de sí mismo. Hacía días que vivía en una perpetua excitación y, desde luego, aquello no era algo que él se hubiera autoinducido. El deseo que sentía en esos instantes en cada fibra de su ser había llegado solo y, además, no era bienvenido. Por supuesto, el tema de la conversación no facilitaba su calma.

—Me estás liando, Marcos. No entiendo nada. Primero me dices que sois seres lujuriosos y luego que rara vez practicáis sexo y que fingís cuando lo hacéis...

—No he dicho que finjamos siempre. Somos perfectamente capaces de sentir deseo por sí solo, pero esas ocasiones son tan excepcionales, que pueden llegar a pasar siglos entre una vez y la siguiente. Y no fingimos, lo autoinducimos, que es diferente.

—Sí, totalmente diferente. —Marina se rió con un cinismo que le heló la sangre en las venas—. Mira, yo prefiero no saber en qué o en quién piensan mis amantes... Estoy encantada de no poder leer sus mentes y, por supuesto, de que ellos tampoco puedan hacerlo con la mía.

—Vamos, Marina, a otro perro con ese hueso. Llevo dos años hablando contigo cada noche, así que a mí no me vas a hacer creer que eres una tigresa come-hombres. Estoy seguro de que, en la mayoría de los casos, lo que buscas es amor.

—No estés tan seguro, Marcos. Podrías estar equivocado.

—Te conozco, Marina. Eres una romántica y una soñadora y, aunque a veces consigas poner los pies en la tierra, sé qué es lo que te mueve. Lo nuestro es justo todo lo contrario. Ponemos un especial empeño en escapar de ello. Los sentimientos nos recuerdan nuestro lado más humano, del que es mejor olvidarnos si queremos mantener nuestra salud mental.

Volvió a interrumpirse bajo la mirada consternada de Marina. ¡Estaba volviéndole loco!

—Vale, no insistas, ya he captado que sois *muy malos*.

—Tenemos que serlo. Necesitamos ser malos para sobrevivir, y nuestra supervivencia es muy larga. El vampiro *bueno* no existe. Hay lujos que no podemos permitirnos y los sentimientos es el mayor de ellos; nos hacen vulnerables.

—También al resto, Marcos. Lo que pasa es que tenéis mucho más tiempo para aprender a luchar contra ellos, lo que no significa que no los poseáis.

—Llámalo como quieras, niña, pero cuida los tuyos y, por tu bien, mantente apartada de los

sentimientos de un vampiro.

—Mensaje recibido, Pessaro: «Evita a los *mutatos* y no te *cuelgues* con ningún *plumbum cruor*». Ahora bien, espero que tampoco a ningún *plumbum crúor* se le ocurra acercarse a mí con intenciones ocultas, porque te juro que, hoy por hoy, no tengo más objetivo en mi vida que manteneros a todos bien lejos.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Aquel tema era demasiado personal y estaba claro que ninguno de los dos se sentía cómodo con él.

—*Plumbum cruor*—repitió ella—. Sangre pura. ¿Cómo de pura es esa sangre? ¿Tanto como para sanar a un mortal?

—¡*Uffff*, qué cambio más brusco! Saltas del sexo a la filosofía en un abrir y cerrar de ojos. No me das tiempo ni a recomponerme... ¿No se te pueden ocurrir preguntas sencillitas como las que hace todo el mundo?

—Perdona, salto del sexo a la biología, que viene a ser parecido. Y siento si soy un poco *rarita*. Comprenderás que llevo toda la vida haciéndome estas preguntas y no es un tema al que

cualquiera pueda responderme... Pero no me contestes si te incomoda.

—No, mujer, a mí no me incomoda ninguna pregunta. Lo que ocurre es que tienes una mente que va a mil por hora. Tengo la sensación de estar pescando anguilas con las manos.

—Sí, ya sé, no profundizo en nada, pero no estoy muy segura de que mi mente mortal sea capaz de asimilar tanta sapiencia. No tengo intención de volverme loca por sobredosis de conocimiento.

—Tranquila, *cara*. Déjame a mí hacerme cargo de los límites. Tú pregunta sin miedo y yo controlaré hasta dónde puedo decirte para evitar tu locura. Pero no tengas prisa, habrá más lecciones, te lo aseguro.

—Déjame que lo dude.

—¿Por qué? ¿No me crees?

—No demasiado. No entiendo por qué te tomas tantas molestias. Yo no soy nadie y, si no vas a morderme para alimentarte, no drenas mi energía, no te mueve el sexo y no tienes intención de matarme, ¿por qué pierdes tu tiempo conmigo? Seré una romántica, puede, pero también tengo un

cociente intelectual normal y soy consciente de que esto no puede durar mucho. Así que, contéstame, anda...

Él abrió los ojos como platos. Era la primera vez en su vida que una mujer le dejaba sin respuestas. Bueno, las tenía, pero no podía dárselas a bocajarro. Prefirió hacer lo que le pedía.

—Está bien, te demostraré que no es una cuestión de biología. Sí, la sangre de un vampiro puede curar, pero sólo en el caso de que la persona que la reciba esté *ligada* de alguna manera a él. En tus libros abor das el tema del «vínculo», pero no sé si tienes claro lo que significa en la vida real. El nombre que nosotros damos a ese hecho es «atadura» o «ligadura». También lo llamamos «conexión».

—¿Y qué es lo que tengo que saber al respecto?

—Pues que es un tema terriblemente serio para un vampiro; un hecho irreversible que no admite equivocación. Cuando se inicia una ligadura, automáticamente se establece una

conexión psíquica con la persona a la que nos hemos atado —respondió, arrugando la nariz, molesto por esta posibilidad—. A partir de ese momento, somos capaces de captar las sensaciones y sentimientos del otro con mucha más facilidad y recibir sus pensamientos y vibraciones cerebrales por muy lejos que se encuentre. Al mismo tiempo se establece una obligación de protección a la que no podemos renunciar aunque queramos. Para que lo entiendas, es como una adopción o pupilaje.

—¿Me hablas de ligaduras mixtas entre mortales y vampiros?

—Eso da lo mismo. Un vampiro se *conecta* a otro humano, mortal o vampiro, cuando mantiene relaciones sexuales con la persona adecuada; es decir, con un deseo voluntario, no inducido. Al tomar su sangre se produce la «conexión». En el caso de los enlaces mixtos, cuando el mortal recibe la sangre del vampiro al que está ligado, el círculo se cierra. Lo más curioso del tema es que este intercambio de sangre no tiene por qué producirse en un mismo acto, pueden mediar meses o incluso años. ¿Lo entiendes?

Ella afirmó con la cabeza.

—Claro. Y ahora entiendo también el porqué de que huyáis de las relaciones sexuales. Las hipotecas a largo plazo no parecen ser lo vuestro y si se produce una conexión sin que la deseéis...

—Muy aguda, Marina. Es preferible prevenir que curar.

Cualquiera puede dejarse llevar un día y, créeme, la atadura es para toda la vida. Y la nuestra es muy larga. —Ella le miró a aquellos claros y extrañísimos ojos. Estaban tristes. Prefería verle reír aunque fuera con el sarcasmo que normalmente le caracterizaba.

—Marcos, digas lo que digas, este tema te incomoda.

—Comprensiva, colocó una mano sobre la de él—. Voy a cambiar de tema y a hacerte una de esas preguntas *facilitas* que me pides. Si vuestra agudeza visual es tan grande, entonces, ¿sois capaces de ver incluso en la oscuridad, tal y como cuentan los libros fantásticos?

Él sintió que el corazón le daba un salto descompasado en el pecho. ¿Por qué esa

minúscula mortal tenía que ser tan perceptiva? ¿Qué estaba haciendo ella con su legendario estoicismo? Miró la pequeña mano de largas y cuidadas uñas y la encerró entre las suyas colocando la otra encima. En esos momentos era capaz de hacer cualquier locura, como devorarla a besos y tumbarla encima de la mesa delante de todo el mundo y demostrarle así de lo que era capaz de hacer sin fingir ni un ápice. Pero era mucho más seguro para todos regresar a la conversación sencilla.

—Sí. Nuestra agudeza visual es tanta que vemos con total claridad incluso en la oscuridad. Es más, que yo sepa, aún no se ha conocido a ningún vampiro miope —se forzó a bromear.

—¿Y oís igual de bien?

—O mejor. En este momento escucho tu sangre bombear a velocidad de vértigo por tus venas y el ritmo discordante del latido de tu corazón.

—¿Y el olor...?

—Ummmm, ¡tú hueles a gloria bendita!

—¿Y...?

—¡Joder, Marina, me estás haciendo sentir como el Lobo Feroz de Caperucita! Anda, dime ahora eso de, «qué dientes más grandes tienes...», ¡que ya verás lo que te pasa! —repuso con una sonora risotada.

Marina se dejó contagiarse por la broma y, lejos de sentir el miedo que debiera de haberle provocado con la amenaza, acompañó sus carcajadas.

Suponía que, vistos en la distancia, parecían una pareja normal hablando de temas comunes y disfrutando de la velada en mutua compañía. Nada que ver con la seriedad de lo que estaban discutiendo.

—La verdad es —repuso ella, todavía risueña—, que no tenía intención de preguntarte por la calidad de tu dentadura. Te iba a decir que si te has fijado que nos hemos quedado prácticamente solos en el comedor.

—Es cierto. Vayamos a otro lugar a tomar una copa, ¿te parece?

—De acuerdo.

Capítulo 10

MARINA reconoció el local apenas el coche dio la vuelta a la esquina. Se acordó de la última vez que había estado allí. ¡Cómo la había engañado Marcos entonces! Y, a decir verdad, ¿cuándo no la había engañado? ¿Lo estaría haciendo en esos momentos? Ya no sabía qué pensar.

En la puerta del *Imperium* la gente hacía cola, igual que aquella otra vez, pero esta noche era más larga. Se dio cuenta entonces de lo que Danger le había dicho por *Messenger*, la sala no era ese tipo de local al que suelen acudir los jóvenes y mucho menos los *frikis* góticos; más bien gozaba de una clientela de clase media, de edad indeterminada, con una vida cómoda y puestos de trabajo bien remunerados.

Dejándose arrastrar por Marcos, que tiraba de su mano con firmeza, se acercaron a la salida para eludir la fila.

Él saludó al empleado de seguridad apostado

en la puerta y ella tuvo la tentación de preguntarle si quería ver su DNI y devolverle el mal rato que le había hecho pasar unos días atrás, pero al final su sentido común se abrió paso y sólo se limitó a mirarle fijamente a la cara. El gorila, reconociéndola, sonrió y le guiñó con malicia uno de sus profundos ojos negros al tiempo que elevaba los hombros en una excusa silenciosa.

Pessaro detuvo la marcha para que entrara delante, tomándola de la cintura. Ese simple acto hizo que el calor de la mano abierta traspasara la capa de lana del abrigo y la tela del vestido, extendiéndose sobre su vientre como un calambre extraño y placentero. Él le sonrió enseñando unos dientes blancos que resplandecían contra el bronceado de su rostro. Era la viva imagen de un cordero con alma de lobo.

—Órdenes son órdenes, guapa —susurró el portero cuando pasaba a su lado, sacándola de su ensoñación.

Supuso que aquellas órdenes eran avisar a Marcos cuando entrara en el local. Al fin y al cabo él sabía que iba hacerlo; ella misma le había

informado y seguramente quería estar preparado.

Se dirigieron hacia la zona reservada, donde nuevamente fue presentada a más gente de la que su entrenada mente para las relaciones humanas parecía dispuesta a recordar. Aquella noche el ambiente no tenía nada que ver con el de la vez anterior. Y sin saber cómo, fue consciente de que la mayoría de personas que pululaban por la sala pertenecían al Linaje y el resto tenía algún tipo de relación con ellos.

En un alarde de lucidez intuyó que el objetivo de Marcos, con aquella incursión en su terreno, no era otro que mostrarle a su gente la nueva adquisición que había hecho para la causa vampírica. No tenía nada claro si las intenciones de él eran buenas, en el sentido de que no sabía si lo hacía para que todos supieran quien era la nueva mortal a proteger, pero de alguna manera supuso que aquello era lo correcto, al menos para él, y se lo agradeció en su fuero interno.

Había escrito y leído demasiado sobre vampiros para intuir que aquél era el *modus operandi* habitual y, aunque la realidad distaba

bastante de toda la ficción con la que ella misma rellenó páginas y páginas, en el fondo de todo existía un poso de verdad que llegaba a asustarle. Y no precisamente por las implicaciones de todo ello, ya que éstas las había aceptado y asumido en algún momento durante las últimas horas, sino porque darse cuenta de que el conocimiento de aquel mundo siempre había existido le provocaba escalofríos.

Era curioso que el ser humano sólo quisiera ver aquello que le interesaba y pasara de puntillas sobre lo que no podía manejar. La cuestión estaba en que los mortales buscaban, al igual que aquellos otros seres, la dominación. ¡Pobres ilusos! Si sus suposiciones eran ciertas, hacía siglos que habían perdido la batalla.

Aunque la luz era escasa, miró a su alrededor con curiosidad y una malsana necesidad de profundizar en los conocimientos de todo lo que la rodeaba. El público era tan diferente al de la vez anterior... Aunque no todos los que ocupaban los distintos reservados y la pista de baile eran

vampiros, también había mortales que gozaban de su estatus de *privilegiados*, ajenos a lo que les rodeaba. Todo aquello sí que tenía bastante que ver con lo que ella había imaginado que encontraría allí arriba.

Pudo comprobar que, en aquella vigilada estancia, donde la música y las luces estroboscópicas pretendían esconder y amordazar situaciones y conversaciones irrepetibles, la lujuria y el sexo eran los protagonistas del ambiente y marcaban el ritmo del tiempo, que allí transcurría ligero y desinhibido.

Un poco más apartado, Marcos hablaba, de pie, con dos hombres que se habían acercado, ignorándola por completo.

En el reservado que había a su izquierda, un vampiro rubio y espectacular, con esa belleza que caracterizaba a los hombres de aquella especie, realizaba maravillosos avances sobre una mortal que aceptaba, laxa, las caricias y besos que en breve la arrojarían en brazos de un impresionante orgasmo. Casi podía oler el deseo que flotaba en el aire.

Más a allá, dos hombres, también de razas mixtas, se enzarzaban en la danza amorosa más escandalosa que había podido contemplar en directo en toda su vida. El joven bisoño, que suponía no había cumplido aún veintidós años, aplicaba todas sus atenciones, con esmero y sin recato alguno, a la sobredimensionada masculinidad de su oscuro oponente en una felación de las que hacían época.

«¡Virgen Santísima, nunca creí que en un local de esta categoría se pudiera practicar el sexo con semejante desinhibición!»

Sólo esperaba que aquellas no fueran las intenciones de su acompañante, porque evidentemente lo último que deseaba era protagonizar en público un espectáculo erótico y, por desgracia, y en vista de lo que su cuerpo le gritaba cada vez que Marcos se acercaba, no sabía hasta qué punto sería capaz de resistir sus avances. Sin duda él hacía que, sin pretenderlo, los resortes de su deseo saltaran con mucha más efectividad que con cualquier otro hombre.

Una espectacular mujer morena se acercó a

ella. Llevaba un ajustado vestido de cuero rojo que marcaba cada una de las curvas y los movimientos de su cuerpo y altos zapatos de tacón a juego. Con aquel maquillaje perfecto y esos modales impolutos, parecía una chica de catálogo de un prostíbulo de lujo, pero llevaba impresa en su mirada la impronta de sus orígenes no mortales.

—Hola, guapura. Pareces aburrida, ¿me invitas a un trago? —dijo sentándose a su lado y tomando la botella de champán francés que reposaba en la cubitera, sirviéndose una ración en su propia copa sin esperar respuesta.

—Estoy acompañada —se excusó, asombrada y asustada ante las implicaciones que aquella solicitud aparejaba.

—Bueno, no importa. Yo no soy celosa, quizá tu acompañante esté dispuesto a compartirme y se muestre encantado de tener a su alcance a dos mujeres como nosotras; o quizá, prefiera simplemente mirar —insistió la intrusa.

No era capaz de dar crédito a sus oídos. Jamás se hubiera imaginado a sí misma siendo abordada por una vampira que pretendiera

mantener relaciones lésbicas con ella. El mundo parecía haberse vuelto loco a su alrededor y no sabía qué hacer para deshacerse de ella sin hacerla sentir atacada y decidiera tomar, sin su permiso, aquello que ella no estaba dispuesta a ceder.

Se le ocurrió algo al notar que ella intentaba entrar en su mente. Ahora era capaz de saber qué era lo que estaba haciendo. Sin pensárselo mucho y sin estar segura de si daría los resultados esperados, procuró *lanzarle* un nítido pensamiento de, «soy heterosexual y no me interesan las lesbianas». La vampira se rió con descaro mientras colocaba una mano sobre el escote de Marina y dejaba que su dedo índice incursionara bajo la tela.

—Te interesarán... —sentenció la vampira, confirmando que había recibido el mensaje.

El miedo la paralizó. Miró con ansiedad hacia Marcos, pero él estaba demasiado enfrascado en su conversación como para percatarse de lo que ocurría. Sintió pánico y, en vista de que parecía que había sido capaz de

conseguir comunicarse mentalmente con la acosadora, intentó hacer llegar a Marcos un grito de alarma con la esperanza de que también surtiera efecto. «¡Socorro! Marcos, líbrame de esta mujer, por favor», exclamó en su mente.

¡Y dio resultado!, Pessaro se giró de inmediato y la miró sorprendido, a la vez que la ira se hacía visible en su tensa postura.

Marcos fue consciente de que acababa de ser atrapado por su instinto más primario, al tiempo que hacía otro de los descubrimientos que no podía catalogar como halagüeño: supo que se encontraba bajo el influjo de la posesión más rudimentaria, pero nada ni nadie podía hacerle racionalizar aquello. Tampoco lo pretendía. Ella era, exclusivamente, *suya*.

Dijo algo a las personas con las que hablaba y se acercó a ellas con resolución.

—Hola Virginia —saludó a la vampira con una calma fingida. La aludida no se dignó a retirar la mano de donde la había posado—. Creo que te has equivocado de mesa —dijo sacando al mismo tiempo la zarpa intrusa del escote de Marina—.

Marina es *mi* acompañante y me parece que no está interesada en tu oferta. —Quizá había impreso un excesivo énfasis al posesivo, pero no le importó.— ¿Lo entiendes verdad? —acabó con un engañoso y dulce tono.

—¡Claro, Marcos! —aceptó ella captando el mensaje y levantándose del asiento—. Pero si cambias de opinión, por favor, búscame; estaré encantada de amenizaros la velada a ambos. Ahora perdonad, me llaman por ahí... —dicho lo cual desapareció en el humo y la oscuridad del local.

Marina exhaló el aire de sus pulmones y le dedicó una risueña mirada repleta de agradecimiento, mientras él se sentaba a su lado y le tomaba la mano para tranquilizarla. Había sido toda una liberación deshacerse de la mujer, pero la importancia que él acababa de otorgarle despertó el ligero eco del temor que antes sintiera en su presencia. Sin embargo, el hecho de que él la reclamara para sí mismo, le produjo un placer secreto e inconfesable.

—Perdona, *cara*. Creo que te he dejado demasiado tiempo sola —se disculpó dándole

unos pequeños golpecitos con los dedos en el dorso de la mano que tenía sujeta entre las suyas —. ¿Estás bien?

No lo estaba, pero de alguna manera tenía que quitar hierro a aquel asunto.

—Sí, claro. Realmente no ha pasado nada y tú estabas ocupado...

—Sí, sí ha pasado. Estabas terriblemente asustada.

—No, sólo asombrada —mintió—. No sabía que fueseis tan poco exigentes con el sexo de la persona que habéis elegido como cena.

Supo que él había captado la furia que emanaban de sus palabras, pero no hizo comentario alguno sobre el libertinaje de la gente su naturaleza. Sólo apretó la mandíbula y tensó cada uno de los músculos de su enorme cuerpo. Ella ignoraba los motivos del enfado de Marcos, pero, desde luego, algo no le había gustado.

—Vale, Marina, lo que tú quieras. Pero cuando me has lanzado tu pensamiento de socorro, hubiera jurado que estabas muy, pero que muy, asustada —insistió a pesar de haberle dado la

razón—. Por cierto, ¿cómo lo has hecho? ¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

Ella se ruborizó hasta la raíz del pelo y asumió su derrota.

—No lo sé, Marcos. Nadie me ha enseñado. Y tienes razón, es absurdo que intente engañarte. Tenía un miedo tan irracional que estuve a punto de ponerme a chillar. Luego pensé que si lo hacía daría un espectáculo. Necesitaba hacer algo, intentar cualquier cosa con tal de no avergonzarte, pero no sabía qué. En los libros...

—Tranquila, cielo, no pasa nada —la interrumpió—. Lo de menos es que tuvieras miedo, eso es lo normal. Y te agradezco que no hayas hecho nada que pudiera avergonzarme; sobre todo porque no era miedo lo que tenías, era pavor. Un terror que ni siquiera sentiste el otro día en mi despacho cuando te dije lo que era.

—Es que... No sé... No me preguntes cómo, pero he sabido que esa tía era capaz de todo y que le importaba un pito hacerme daño. Lo del otro día fue distinto; tuve miedo, sí, pero no capté... En fin, en realidad no sé lo que he captado ahora, pero

nada bueno.

Un jarro de agua fría, hubiera dejado menos impresionado a Marcos que aquella frase tan, aparentemente, inconexa. Tal vez no debería sorprenderse tanto, pero la situación empezaba a ser alarmante. Esa mujer era un volcán a punto de erupción y tenía tal poder psíquico que no sabía cómo canalizar, que le aterrorizaba lo que ella pudiera hacer con él. Además, aquellas últimas palabras le habían removido las entrañas, convulsionando su férreo control.

«¡Estoy bien jodido!», asumió,

No sabía cómo manejar aquella frustración que se apoderaba poco a poco de él. Tenía que pensar y actuar cuanto antes.

Con el único objetivo de alejarse unos centímetros de ella para poder concentrarse, apoyó los codos sobre sus muslos y colocó la cabeza entre las manos. Luego se dejó caer hacia delante en el hueco de sus piernas abiertas. Si la miraba perdería el hilo de sus pensamientos.

No había pasado ni un minuto cuando notó la presencia de ella arrodillada frente a él, entre sus

zapatos. «¿Qué cuernos hacía Marina allí y en aquella postura?». Respiró profundamente para controlarse. ¡Dios!, esa mujer iba a encontrar mucho más de lo que buscaba.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de preguntarle. Unas cálidas manos le apresaron los antebrazos, obligándole a levantar la mirada y enfocarla en aquellos verdes ojos llenos de interrogantes y culpabilidad.

—Marcos, escucha. ¡Lo siento! No sé por qué he hecho eso, no ha sido mi intención hacer nada malo pero... Tenía miedo, ¡joder! Pensé que si lograba lanzarte un pensamiento y tú podías captarlo, estaría a salvo. Acababa de hacerlo con ella y te juro que se enteró, ¿cómo iba a saber que supondría un problema que lo hiciera contigo?

Marina estaba pálida y su maltrecha seguridad se había desmoronado por completo, convencida de que había cometido un error y actuado de manera incorrecta. La pobre no podía estar más equivocada pero, ¿cómo explicárselo?

—Por Dios, Marina, no me hagas esto — pidió con un jadeo—. Levántate o no respondo de

mis actos.

—Vale, pero dime qué he hecho mal.

Cerró los ojos, impotente, haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlar a la bestia.

—Nada. Pero levántate o vas a saber lo que es dar un espectáculo.

Ella abrió la boca, sorprendida, y luego la cerró sin emitir ni un solo ruido. Estaba claro que había captado a qué tipo de espectáculo se refería. Normal. Puede que no fuera una especialista en el arte de la seducción, pero no era tan incauta como para no distinguir cuándo un hombre estaba a punto de besarla y él no podría evitar hacerlo si continuaba en aquella postura.

Y lo peor de todo es que él sabía que a ella no le importaría lo más mínimo que lo hiciera. Es más, lo deseaba.

Sin embargo, se levantó despacio y se sentó en el borde del sillón, a su lado. La oyó suspirar para infundirse valor y colocó una mano sobre su hombro para incorporarle.

—¡No me toques! —explotó.

Ella retiró los dedos como si le hubiera

picado una avispa.

Su respiración se alteró y empezó a jadear mientras una furia helada se fue apoderando de todo su cuerpo. Lo pudo apreciar al escuchar cómo los latidos de su corazón golpeaban a un ritmo menos frenético.

Él todavía no podía mover ni un músculo; estaba como petrificado. Ni siquiera cuando ella recogió el bolso y el abrigo de encima del sillón y se puso en pie. Sabía que no estaba siendo justo con Marina, pero no se sentía capaz de actuar de otra manera.

—¡Siéntate!

No fue un ruego. Era una orden en el más amplio sentido de la palabra. La muchacha obedeció a pesar de que lo que más deseaba era ignorarle, pero sus piernas se flexionaron y cayó sobre el diván como un peso muerto.

El silencio se extendió entre ellos y se alargó durante unos minutos que parecieron eternos. Tenía que romperlo. Por fin la miró.

—Marina, escúchame, no has hecho nada malo ni tienes por qué disculparte por nada. Todo

está bien. Sólo es que me has sorprendido y necesito pensar, pero si te estoy mirando no puedo hacerlo. En estos momentos no sé qué hacer contigo porque, ya no es sólo que, sin entrenamiento, seas capaz de *lanzar pensamientosa* voluntad, es que tu instinto ancestral está tan arraigado en ti que me preocupa. Eres un peligro con patas, *cara*.

La realidad era que estaba algo más que preocupado. Estaba tan asustado que ni siquiera podía controlarlo. Sentir aquel pensamiento con semejante nitidez le había cortado la respiración. Había podido notar cada matiz de aquella vibración: el pánico, el miedo de ella circulando por sus propias venas, la seguridad ciega de que él iba a salvarla... Y, por una fracción de segundo pensó que de algún modo se habían *conectado*. Tardó en darse cuenta de que eso era algo imposible; no habían tenido ningún contacto físico y mucho menos un intercambio de sangre.

Pero, cuando todavía no estaba repuesto de esa impresión, la muchacha soltó aquella declaración de principios que le dejó de piedra.

¿Cómo supo que él no había tenido intención de hacerle daño en aquel encuentro en el despacho, pero sin embargo captó con tanta claridad lo que estaba dispuesta a hacer Virginia? ¿Por qué sabía que un grito o una reacción similar podría llegar a avergonzarle? ¿Quién le había dicho lo importante que eran las apariencias en la escala jerárquica de los vampiros y cuál era el puesto que él ostentaba?

—¿Yo un peligro? —Interrumpió ella sus pensamientos—. No, Marcos, *¡tú* eres un peligro! Yo sólo soy una pobre incauta que he metido las narices donde nadie me llama.

—Marina —repuso con un gesto de resignación—, lo que tienes es un don poderoso, pero también peligroso. Ni siquiera eres consciente de tus capacidades y lo que ello implica, pero es necesario que las conozcas lo antes posible o no serás capaz de controlar las consecuencias. Lo siento, cielo —terminó la frase con una sinceridad apabullante, provocando la alarma de la joven.

—¿Qué pasa conmigo, Marcos? Realmente corro un peligro muy grave, ¿verdad? Por eso, a

pesar de tu jerarquía, estás perdiendo tu tiempo con una simple mortal...

Marina empezó a temblar y él calló.

—¿Vas a ayudarme? —pidió atemorizada.

—Eso pretendo, pero es necesario que confíes en mí.

Ella fue a responder, pero él puso los dedos sobre sus labios, impidiéndoselo.

—No, no digas nada. No se trata de esa confianza recelosa que es casi inevitable que sientas, sino de una confianza a ultranza. Sé que puede parecerte difícil, pero escúchame y luego toma tus decisiones, ¿de acuerdo?

Ella afirmó con la cabeza.

—Tu don es el motivo principal por el que todos te buscamos. Nosotros, los *plumbum cruor*, y ellos, los *mutatos*.

—¿Pero cómo lo habéis descubierto? No me conocíais... —preguntó intrigada.

—Oh, claro que te conocíamos. Nosotros siempre sabemos de los nuestros. Y cuidamos de ellos desde el mismo día de su nacimiento.

—¿Los «vuestros»? ¿Yo soy una de «los

vuestros»)? —El terror era patente en sus claros ojos. Él tampoco respondió a esa pregunta directa —. ¿Por eso te pusiste en contacto conmigo como Danger?

—Entre otros motivos. Pero créeme, yo no soy el problema. El problema es que *ellos* te han encontrado. De no haber sido así podrías haber vivido en tu bendita ignorancia un poco más de tiempo. Además, tú no hacías más que precipitar las cosas. Tus libros les dieron demasiadas pistas. Y tu olor...

—¿Mi olor?

—Sí, las mujeres como tú huelen a azahar.

Ella no pudo evitar una carcajada incrédula.

—¡Qué bonito! Azahar, la flor de la pureza — y volvió a emitir una risa nerviosa—, pero eso es solamente por la colonia que uso. Te garantizo que hace mucho tiempo que dejé de ser *pura*.

—No, cielo. Es mucho más que eso —repuso consternado—. Es, efectivamente, el olor de la pureza; pero no de tu cuerpo, sino de tu sangre. — Suspiró.

—Eh, eh, eh, ¡para un momento! —Alzó la

voz poniéndose en pie—. ¿Me estás diciendo que soy una de esas posibles vampiras que nunca llegan a saber que lo son?

Hizo que volviera a sentarse en el sillón. Tiró de su muñeca hacia abajo con delicadeza pero con una firmeza incuestionable.

—Tranquilízate y no llames la atención, por aquí la gente tiene el oído muy fino —la regañó—. No, no te estoy diciendo que seas una vampira *no abrazada*. Lo que intento explicarte —contestó mirándola fijamente a los profundos ojos—, es que eres una *fatum*. —«¡Ya estaba dicho!»

—¿Una *fatum*? —dijo frunciendo el ceño, sin entender.

—¿Recuerdas lo que hablamos anoche en tu casa sobre nuestros orígenes y nuestras escasas posibilidades reproductoras?

Ella contestó con la cabeza manteniendo aún sus cejas casi unidas.

—Hay mujeres que heredan de sus madres un gen que se activa durante la formación del embrión y que se desarrolla de manera que en el futuro son las únicas que pueden gestar un feto con

características vampíricas. Ellas no tienen por qué tener obligatoriamente los genes de la especie, pero son las únicas capaces de darle vida. También pueden dar a luz a mortales sin éstas características, pero eso no evita la posibilidad de transmitir esa capacidad genética a sus hijas, lo cual tampoco ocurre siempre.

Paró un segundo para rellenar las copas y darle una a ella para que bebiera.

—Creo que lo necesitas —intentó consolarla—. Tu madre lo tuvo, la madre de tu madre también, y así sucesivamente. Y aunque tus padres pudieran haber sido mortales, no dudes que por tus venas corre sangre vampírica de la mejor calidad o no tendrías las capacidades telepáticas tan desarrolladas. Pero ahora no es ése el problema...

—¿Ah no? —le interrumpió enfurecida—. ¿Me estás diciendo que puedo *abrazar* tu puto Linaje, o como quieras llamarlo, y que ése no es mi problema? ¿Entonces cuál? —cuestionó mientras luchaba contra las lágrimas que pugnaban por resbalar de sus ojos

Él volvió a suspirar lleno de impotencia.

Quería abrazarla y consolarla. Darle el amparo y la tranquilidad que necesitaba su mente envolviéndola en su cuerpo y transmitiéndole todo el poder de su alma energética, pero sabía que no había nada que pudiera hacer para que el trago fuera menos amargo. Lo sabía por propia experiencia; los hechos irrefutables son duros de asimilar. Así que se lanzó al desastre de dejarle clara su posición.

—Marina, tu problema es que, debido a tu naturaleza, eres buscada y deseada por todos nosotros; por los *muy malos* y por los menos malos.

—¿Y qué coño queréis de mí? —escupió poseída por una furia que no podía controlar.

—No me grites —la amenazó en voz baja y letal al sentirse el blanco de sus iras—. Yo, de momento, no quiero nada. Cuando eso ocurra, si ocurre, te garantizo que te enterarás de inmediato —respondió a la vez que permitía que sus colmillos resbalaran sobre el labio y arqueaba la comisura de la boca en un rictus que parecía un amago de terrorífica sonrisa, dejando muy clara su

posición jerárquica en aquella lucha de poder.

El corazón de Marina dio un vuelco. En un acto reflejo se apartó de su lado, golpeándose la espalda contra el respaldo del sofá y saltando hacia el lado más alejado de donde él estaba sentado. Él soltó una sonora carcajada y volvió a retraer los caninos.

—Tranquila, muñeca, no voy a morderte. Sólo estaba dejando claras algunas cosas. —Nadie cuestionaba su supremacía por muy atrayente que a él le resultara su cuerpo. Su bestia jamás consentía un desafío.

La muchacha perdió los nervios.

—¡Vete al infierno, Pessaro! —explotó—. No me gustan tus demostraciones de poder ni tu prepotencia. ¡Y tampoco me gustan tus «muñecas», «caras» y demás apelativos cariñosos! —le recriminó, soltando todo el lastre que arrastraba desde hacía días—. No pienso seguir escuchándote —terminó, algo más tranquila, levantándose del asiento y tomando de nuevo el bolso y el abrigo.

Él adoptó una seriedad sepulcral. Su rostro se

contrajo por la furia y sus plateados ojos destellaron peligrosamente.

—¡Ah no! ¡No vas a ir a ningún lado! —la sujetó de nuevo por la muñeca, sin ninguna contemplación en esta ocasión, sentándola de golpe—. Al menos no lo harás mientras yo no termine de decirte todo lo que tú tienes que escuchar. ¿Quieres rudeza? Pues la tendrás — explotó él a pocos centímetros de su cara—. Te aseguro que a mí me va mucho mejor esta fórmula que la anterior, así que podías haberlo pedido antes y me hubieras ahorrado muchos esfuerzos y energía.

Marina estaba pálida como la misma muerte. El aire a su alrededor parecía haber adquirido una frialdad glacial. Empezó a temblar, pero su humor se había congelado también y ya no estaba para contemplaciones. Su parte animal llevaba días pugnando por salir a flote y, si no podía dejarla ir para sofocar su lujuria, bien le venía que aflorara para aplacar su ira. El olor del miedo de la muchacha alcanzó sus fosas nasales y la bestia se relamió del gusto.

—¡Escúchame! —ordenó—. Los *mutatos* te buscan porque, debido a su naturaleza, no pueden reproducirse ni siquiera con *fatums*, suponiendo que alguna estuviera dispuesta a prestarles ese servicio, claro.

—¿Y qué narices tengo yo que ver con los problemas reproductores de los *mutatos*?

—Los *plumbum crúor* los hemos perseguido y masacrado desde el principio de los tiempos, a la vez que luchamos contra nuestra propia posibilidad de caer en su mismo destino. En el último siglo, nuestra capacidad de contención ha aumentado gracias a algunas técnicas y enseñanzas impartidas desde la Comunidad y el número de *mutatos* ha decrecido notablemente, ya que se producen pocas altas en sus filas. Es por eso que necesitan a alguien que pueda gestar *mutatos* directamente.

—¿Pues no hemos quedado en que ni siquiera una *fatum* sirve a sus propósitos?

—Sí, ya... Pero tienes más sangre vampira en tus venas de la que incluso yo imaginaba. La ciencia genética ha adelantado mucho en el último

siglo, así que lo siento por ti, bonita, pero al parecer te han reservado un papel especial como yegua de cría de su infecta especie —puso por fin todas las cartas sobre la mesa, rezumando crueldad en su oscura y ronca voz—. Ahora ya sabes qué quieren ellos de ti.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú? —preguntó en un hilo de voz.

—Ya te he dicho que nada. Yo, de momento, cumplo órdenes del Consejo. No tengo muy claro lo que pretenden hacer contigo a la larga, pero por ahora supongo que se trata de evitar que los *mutatos* logren sus objetivos, lo cual espero que a ti también te convenga, puesto que no creo que te agrade parir cada nueve meses un nuevo monstruito engendrado con no sé qué técnicas reproductivas que puedan aplicar sobre tu cuerpo. Porque ni siquiera pienses que te van a hacer gozar; los *mutatos* no se empalman —explicó con grosería, metiendo aún más hondo el dedo en la herida ya abierta.

Ella tembló y una lágrima indisciplinada eligió ese momento para rodar por la pálida

mejilla, arrasando su vapuleada fortaleza. Él sabía que acababa de destruir el mundo de la muchacha y que había tardado un parpadeo en conseguirlo.

Aún así, permaneció firme en su postura.



Marina, de pronto, fue consciente de que estaba en un callejón sin salida. Si en algún momento se había consolado pensando que al menos no estaba sola en aquel duro tránsito, acababa de descubrir que, en realidad, nadie caminaba a su lado. Marcos, tampoco. El interés de Pessaro no era otro que el de cumplir una orden proveniente de alguien colocado más alto que él en la pirámide jerárquica de aquel superior Linaje. Su postura, galante y complaciente, había sido toda una farsa. ¡Qué delicado por su parte!

Quería llorar hasta perder la consciencia y olvidarse de todo, pero lucharía con todas las fuerzas para no hacerlo en presencia de aquel insensible pedazo de carne con colmillos.

El día anterior le había insistido hasta la saciedad para averiguar por qué, de pronto, se

había convertido en alguien tan importante para ellos; él se había limitado a ponerla en antecedentes. Pero lo había hecho de manera tan velada en comparación con lo que le había contado hoy, que aun siendo los mismos motivos apenas si tenían algo que ver.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó dócilmente— ¿O es necesario que me entere de algún otro *detallito sin importancia*? —remató rezumando sarcasmo, sacando fuerzas de algún lado que ni siquiera ella sabía que poseía—. ¿Tenemos algún otro girito de tuerca más en vuestros velados intereses por mi persona, o te parece más divertido ir soltándomelos con cuentagotas?

—De momento, por hoy es suficiente —respondió a la vez que se levantaba y cogía su abrigo para colocarlo frente a ella, sujeto por el cuello, de manera que pudiera ponérselo sin esfuerzo.

Aceptó el gesto con naturalidad y, una vez cubierta con él, se agachó a recoger su bolso y se encaminó hacia la salida del local sin esperar que

él la siguiera. Tampoco se despidió.

Cuando Marina llegó a la puerta de la discoteca, el portero la saludó con un respetuoso gesto y un movimiento de cabeza.

Aquella bestia colmilluda que le había hecho penar hacía apenas unas semanas, ahora le brindaba pleitesía. ¡Qué pronto corrían las noticias en aquella sociedad! Todo el mundo parecía conocerla ya.

«¿Qué era ella para toda aquella gente? ¿La última *adquisición mortal* del jefe? ¿La nueva *fatum* de la Comunidad? ¿Qué?», repicaban las dudas en su cerebro.

Nunca se había sentido más sola aun estando rodeada de tanta gente. De pronto parecía que hubiera irrumpido en un lugar al que nadie la hubiera invitado. No pertenecía a aquel ambiente pero, ¿a cuál pertenecía? Se sentía aislada. No tenía nada que ver con todos aquellos vampiros pero, desde luego, tampoco se podía considerar una más entre los mortales con los que convivía, felices y ajenos por completo a todo lo que ocurría a su alrededor. Ya no.

Pero tuvo poco tiempo para ahondar en ese torturador pensamiento porque, cuando iba a empujar la puerta de salida, una presencia cálida a su espalda tiró de sus entrañas. Marcos la había seguido en su digna huída hacia delante.

Alzó la vista a sus grises y brillantes ojos, enfrentándole sin miedo, con una pregunta escrita en sus verdes pupilas.

—Voy a acompañarte a tu casa, Marina — respondió serio a su muda cuestión, sin darle oportunidad de quejarse.

—Claro. Se me olvidaba que cumples órdenes...

Marcos la amenazó con la mirada y no respondió a su descarado lance verbal. Por primera vez en su larga existencia carecía del humor para enfrascarse en una pelea dialéctica. No obstante, abrió con educación la puerta del Maseratti y esperó hasta que ella se instaló cómodamente. Luego cerró despacio y dio la vuelta al coche para sentarse al volante.

No hablaron en todo el recorrido. Tampoco

se miraron.

Ambos iban envueltos en sus propios pensamientos.

Ella permitió que el ronroneo del motor la acunara y se dejó llevar por la tristeza. Giró la cabeza hacia la ventanilla y apoyó la frente sobre el frío cristal al tiempo que las lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas empañando el vidrio.

Él la miró apesadumbrado. Podía haber sido más delicado, lo sabía, pero en el último momento ella le había hecho perder su ya de por sí maltrecho control con aquel claro desafío. La bestia había hecho aparición y no había tenido ganas ni fuerzas para detenerla. Había sido cruel a propósito, aquella mujer hacía que todas sus barreras saltaran y que el deseo se apoderara de sus actos.

«¡Dios, Marcos, si incluso has estado a punto de violarla cuando la has visto arrodillada entre tus piernas! Bueno, no hubiera sido una violación, ella hubiera aceptado encantada».

En esos momentos podía ver su aura, oscurecida por un dolor tan puro y limpio que

apenas podía controlar las palpitaciones de la excitación que cobraba vida contra la bragueta de sus pantalones. Tenía la sensación de que cualquier rastro de cordura le había abandonado para ir a alojarse en aquel anhelante punto entre sus muslos. La experiencia de cincuenta vidas había quedado reducida a la nada.

Percibía la energía que emanaba del cuerpo de la muchacha. Ni siquiera en aquella situación, tan difícil para ella, había rencor contra los de su especie. Era como si hubiera asumido que la naturaleza de sus actos les impulsaba a actuar contra ella. Incluso parecía haber perdonado los motivos que movían a los *mutatos*. ¿Le habría indultado también a él? Sin saber por qué, aquella duda corroía su cerebro.

Cuando llegaron a la tranquila urbanización donde ella vivía, paró el motor del coche y esperó a que se recompusiera, pero la joven parecía no haberse dado cuenta de que se habían detenido frente a su domicilio. El silencio podía cortarse con un cuchillo y ella seguía ausente, llorando en un mutismo tan lúgubre como el aire que les

envolvía.

Se dio por vencido. No podía soportarlo ni un segundo más.

Salió del coche y abrió con cuidado la puerta del acompañante para poder tomar a Marina en brazos. Luego entró en la casa haciendo que las cerraduras se abrieran con una orden telequinésica.

«¡A la mierda la cautela!», pensó.

Marina se aferró a su cuello, absorbiendo el calor animal del cuerpo de Marcos, y recostó la cabeza sobre el hombro, empapando con sus lágrimas la camisa de seda rosa. Laxa, en sus brazos, se sabía vulnerable; pero le importó un comino. Necesitaba el consuelo de aquel hombre más que respirar.

—Te odio, Marcos Pessaro —dijo en un susurro que él, por supuesto, escuchó alto y claro.

—No es cierto, Marina Miralles —respondió mientras subía las escaleras hacia su dormitorio —. Quizá más tarde. Ahora sólo me deseas...



Sergei Sokorov miraba la escena que se desplegaba ante sus ojos desde el tejado del chalet de la acera de enfrente, impertérrito en la fría noche.

Todavía no podía dar crédito a sus ojos a pesar de que hacía ya algunos minutos que Pessaro y la muchacha habían desaparecido en el vano de la puerta que ahora bloqueaba su vista.

Era evidente que el vampiro había drenado su energía, aunque aún podía vislumbrar una brillante aura a su alrededor, pero las fuerzas parecían haberla abandonado.

El olor a feromonas inundó sus fosas nasales, pero no produjo ninguna reacción en su entrepierna. Los *mutatos* no experimentaban excitación sexual de ningún tipo, una secuela de su propia mutación que no echaban de menos. Sus necesidades eran otras y no precisaban utilizar esas técnicas para apagarlas, ya que lo que ellos esperaban conseguir era la absorción de energía negativa, para lo cual no era necesario tener la aquiescencia del donante y mucho menos aún despertar su deseo. Más bien todo lo contrario.

No envidió en absoluto a su antiguo amigo. Pero se sorprendió, no obstante, de que él en persona se estuviera ocupando de la muchacha. Aquello, sin embargo, alegró su triste espíritu. Su venganza sería aún más dulce.

Esperó, durante casi dos horas, a que Pessaro volviera a aparecer por la puerta y se escabullera del entorno en su negro coche deportivo. Era lo normal en esos casos, pero los minutos pasaban y el vampiro no salía. Supuso que, puesto que a la chica aún le quedaban algunos restos energéticos, habría aprovechado para drenarlos hasta dejarla inconsciente.

Aquella era una bonita información que le gustaría dar personalmente a su cliente, pero de momento sería un as que guardaría en la manga. La información privilegiada tenía casi tanto poder como el dinero.

Miró hacia la acera y observó cómo el nuevo refuerzo de guardianes tomaba el relevo de los anteriores. Tenía que pensar su próximo movimiento con mucha cautela, ya que no podía permitirse ningún fallo y estaba en minoría

numérica. Tampoco era el momento, así que intentaría alguna maniobra segura una vez que ella saliera, sola, a algún lugar.

Miró el reloj de pulsera. Sin hacer ningún ruido se levantó de su gélido asiento y se dejó caer a la calle contraria por la otra vertiente del tejado. Luego anduvo hasta el monovolumen, que había aparcado un poco retirado, y regresó al hotel. En pocos minutos llegaría el amanecer, concretamente la previsión meteorológica de la jornada le había indicado que a las 06:49, y ya no le quedaba demasiado tiempo. Su resistencia a la luz cada vez estaba más mermada.

Capítulo 11

—EN la buhardilla —dijo Marina, aferrándose con fuerza al cuerpo musculoso y protector que daba refugio a su pena.

Miró a Marcos. No parecía tan listo ahora, ni tan seguro de sí mismo, mientras dudaba de cuál era la puerta que comunicaba con su dormitorio. Quizá por eso él no hizo ningún comentario y continuó subiendo el segundo tramo de escaleras.

La luna arrojaba un tenue resplandor sobre la enorme cama situada en el centro de la habitación a través de un par de ventanas, estratégicamente situadas en el techo, desde las que se veía un retazo de cielo estrellado. Tampoco pulsó el interruptor para iluminar la estancia. Por supuesto, no lo necesitaba. Retiró el edredón de plumas y la depositó con cuidado sobre el colchón.

En el mismo instante en que se apartó, ella se recostó contra los almohadones sintiéndose vacía y sin fuerzas para protestar. «Ahora es cuando se

da la vuelta y desaparece», pensó, cerrando los ojos y preparándose para la sensación de abandono. Sin embargo, cuando los abrió, se quedó perpleja.

Marcos se estaba quitando la americana y la corbata. Luego se tumbó a su lado y la abrazó con firmeza, aunque sin ejercer demasiada presión.

Se dejó consolar. Todavía lloraba quedamente y aquel calor le hacía tanto bien.. Inhaló profundamente. Un aroma viril la envolvió, una mezcla de tabaco y colonia cara que inundó su cerebro. Sabía que era una necedad pensar aquello, pero lo único que sentía en el refugio de sus brazos era seguridad.

Permanecieron abrazados durante minutos, inmersos en un silencio cada vez más profundo. Era consciente de que cuanto más se alargara, más difícil sería romperlo, pero el dolor y el miedo a estropear aquel momento de serenidad le impedían hacer nada. Al cabo de un rato notó que Marcos se apartaba y comenzaba a secarle las lágrimas con los labios, bebiéndolas a pequeños sorbos. Despacio, sin prisa, como si dispusieran de todo

el tiempo del mundo.

Sin duda, una sabiduría ancestral guiaba sus actos.

Ella mantenía los ojos cerrados, incapaz de reconocerse en aquella situación tan extraña. No quería que la magia terminase. Notaba el suave contacto de la boca de aquel hombre rozando todos y cada uno de los puntos sensibles de su rostro, sin tocarla en ningún otro sitio. Era la sensación más sensual y erótica que había tenido en toda la vida y una tórrida corriente de anhelo se fue colando, gota a gota, hasta lo más recóndito de su ser. El dolor dejó paso al deseo y los sollozos fueron sustituidos por suspiros de impaciencia. La necesidad de consuelo había dejado de ser vital para su espíritu y se concentraba en su cuerpo. En su piel. En zonas que precisaban de atención y caricias, envolviéndola en una bruma de agonía y pasión.

Se obligó a salir de la parálisis en la que la había sumergido tal cúmulo de sensaciones y llevó una mano hasta el rostro de él. Necesitaba tocarle. Sus dedos, temblorosos, rozaron el fuerte contorno

de la mandíbula y notó el cosquilleo de la barba incipiente.

Esperaba su rechazo, pero Marcos no la detuvo. En cambio, hundió los dedos en su alborotada cabellera y, con una extraña ternura, la atrajo contra su duro cuerpo.

Envalentonada por la reacción masculina, dejó que la palma abierta resbalara a lo largo de la curva del cuello hasta llegar a la abertura de la camisa. Palpó la musculatura del tórax a través de la seda y se recreó en su firmeza. Parecía de acero y se sintió muy pequeña en sus brazos.

Le notó tensarse bajo aquellas inseguras y lentas caricias.

Marcos respondió deslizándole la mano por la espalda hasta llegar a la cintura y, con un poco de presión, le obligó a aproximar las caderas a la turgente necesidad de su cuerpo con un gemido de placer que fue respondido por su propio suspiro. Él se apoderó de aquel sonido con la boca y, a continuación, se retiró apenas unos milímetros.

Ella esperó con los labios entreabiertos la intrusión de Marcos, pero él se detuvo allí, durante

unos minutos infinitos, lamiendo poco a poco el contorno y mordisqueándola suavemente. Torturándola muy lentamente. La demora se le hacía insoportable y apresó con una mano el negro y sedoso pelo de él, dirigiéndole hacia su destino. Él se dejó guiar y satisfizo la petición con fuerza inusitada, permitiendo que el deseo marcara la pauta e introduciendo la lengua con calculada sensualidad para acariciar el húmedo interior.

Una espiral de placer la poseyó, extendiéndose como aceite por todo su cuerpo. Aquel beso era fuego devorador, le llegaba hasta los dedos de los pies y le hacía responder con la misma pasión. Nadie nunca la había hecho sentir así. Siglos de experiencia marcaban la diferencia.

No supo cuánto tiempo duró aquel martirio, pero necesitaba más, mucho más, mientras se sentía arrastrada por una ola de lujuria que barría todas las dudas.

Gimió.

Marcos eligió ese momento para abandonar sus labios y acariciarle con la boca la palpitante piel del cuello, incitándola hasta la enajenación.

Supo que él había dejado que los colmillos se deslizaran de sus fundas cuando le sintió raspar suavemente aquella zona, posiblemente esperando que el miedo y el rechazo la abordaran y fuera ella quien pusiera fin a aquella locura.

Ante su mutismo, él la miró a los ojos, desafiándola a protestar.

Pero ella no tenía intención de quejarse ni de ponérselo fácil. Giró la cabeza para facilitarle el acceso y dejó que él recorriera la zona con la lengua. Marcos probó su sabor con los ojos cerrados con fuerza, seguramente para no sucumbir al instinto.

Suspiró al sentir aquellas cálidas manos subiendo desde la curva de la cadera hasta la parte inferior del pecho, sopesándolo con ternura y moldeándolo por encima de la tela del vestido.

El corazón le latía a tal velocidad que temió perder el conocimiento. Un dedo firme se coló por el escote hasta presionarle el pezón erecto. No pudo reprimir un grito ahogado, repleto de placer.

Un instante demasiado breve, porque Marcos

no se detuvo y continuó el recorrido hasta el hombro, dónde sujetó con firmeza la tela del vestido para deslizarla hasta el codo, impidiéndole mover la mano con la que ella le acariciaba. ¿Por qué no dejaba que le tocara? ¿Temía perder el dominio? La pálida carne de su pecho saltó libre de la contención de la tela y él lanzó, avaros, los labios contra la rosada protuberancia.

Sintió su aliento cálido y húmedo contra el pezón y abrió la boca en un grito silencioso. Cerró con fuerza los dedos sobre las sábanas, a ambos lados de su cuerpo, y arqueó la espalda hacia la boca y las caricias de él, que en esos instantes jugueteaba con las medias de seda haciendo que, en una lenta cadencia, se soltaran del ligero y se deslizaran por la piel de los muslos, centímetro a centímetro, en un descenso infinito que parecía querer conducirla hasta las mismas puertas del infierno.

El cadencioso roce de aquellos dedos la hizo retorcerse y notar pequeños calambres en la piel, dejándola completamente rígida. Una mano

caliente se posó sobre su estómago y descendió despacio, dibujando senderos sinuosos, hasta colocarse sobre el raso que cubría el triángulo entre sus piernas.

Con un rápido giro, Marcos se colocó sobre ella y presionó su erección contra aquella zona al tiempo que subía el vestido por los costados, liberándola por fin.

Ella facilitó la maniobra, elevando la cadera y levantando la cabeza y los brazos. El contacto del aire frío hizo que se le erizara la piel casi hasta dolerle y se apretó contra aquel duro cuerpo que, aún cubierto, se rozaba contra el suyo en una atávica danza que le hacía perder cualquier tipo de contención.

Cuando la experta mano de Marcos se instaló en el reducido espacio que quedaba entre ambos y apartó por fin con un dedo la exigua tela, le escuchó emitir un gemido ahogado. Y cuando rozó la satinada piel que acababa de descubrir, de la que había desaparecido el vello que debería estar en aquel lugar, notó que se quedaba totalmente paralizado.

Aquel fue el momento exacto en el que la bestia estuvo a punto de tomar el control. Ella lo supo, pero aún así no tuvo miedo. Marcos, confundido, se alejó unos centímetros de su voluptuoso cuerpo y elevó los ojos al cielo.

—¡Santa Madonna —rezó con fervor en voz alta—, por favor, ayúdame!

Ella no pudo reprimir la carcajada. Aprovechó esa ligera distancia para cogerle por los hombros y, tumbándole sobre la espalda, hundirle en el colchón y colocarse a horcajadas sobre su prieto y firme abdomen.

—¡Vivir para ver! Escuchar a un vampiro clamar ayuda al Cielo es algo que no hubiera imaginado jamás, ni en mis más atrevidas fantasías —y se dejó caer sobre el cuello de Marcos, lamiendo la vulnerable zona que palpitaba detrás de su oreja.

Él cerró los ojos con fuerza para abrirlos, inmediatamente después, al notar que ella estaba desabrochándole, con dedos firmes, los botones de la camisa.

—Marina, por Dios —le pidió con voz ronca,

empañada de lujuria—, detén tú esta locura, porque yo no puedo...

—No, Marcos. Yo ni puedo, ni quiero. Toma lo que tengas que tomar —dijo estirando el cuello en una explícita invitación que le eximía de toda responsabilidad— y haz que acabe pronto o me desintegraré en tus brazos.

Marcos suspiró. Luego giró sobre sí mismo y, arrastrándola consigo, cambió las posiciones, despojándose de los pantalones y los *bóxers*. Dejó que Marina se recreara en su desnudez, tenía el aspecto de estar contemplando a una estatua clásica que hubiera cobrado vida. Lo devoraba con la mirada.

Aquel examen le excitaba como nada antes, y siguió luchando contra la tentación de emborracharse con la sangre de ella. Pero, sin embargo, permitió que su miembro se deslizara en el húmedo hueco que le atraía como un imán.

—No deberíamos estar haciendo esto, Marina —protestó con poca convicción—. Dime que guardas un preservativo en algún lado.

—No, lo siento; pero no te preocupes, tomo

la píldora. En cuanto al resto de riesgos... Se supone que no puedo contagiarte nada y estoy segura de que tú no tienes nada que puedas contagiarme a mí.

Se rindió y un deseo imparable le recorrió el cuerpo y el alma cuando sintió que ella absorbía en su interior unos centímetros más de su dureza. Parecía un camino recorrido cientos de veces y olvidado en el desuso. Las emociones emergieron como un volcán en erupción y, por primera vez en toda su vida, no fue capaz de medir las consecuencias; aunque aún tuvo fuerzas para impedir que los colmillos presionaran contra la vena que palpitaba a escasos milímetros de distancia.

Notaba la cabeza y el cuerpo a punto de estallar. Entonces, mientras desoía aquella orden primaria de su bestia, sintió que la energía de la muchacha fluía hacia él sin ser reclamada a medida que se hundía en su interior hasta lo más profundo. Era ella quien se la enviaba. No sabía cómo había conseguido Marina llevar a cabo aquella transmisión, pero no tenía fuerzas para

oponerse y aceptó sin reparos que todo el poder energético de la muchacha se derramara sobre él.

Algunos minutos después, el clímax se apoderó del cuerpo y la mente de Marina al tiempo que sus inexpugnables muros cerebrales caían víctimas de las oleadas de placer, inundándole con una miríada de sensaciones. Él captó cada uno de los pensamientos que cruzaban la cabeza de ella, cada emoción, cada estremecimiento y todas y cada una de las vibraciones que ella notaba en su piel. Aquello le desarmó por completo provocando que su propio éxtasis estallara sin permiso, lo que originó que, dentro de ella, se desplegaran en cadena una serie de feroces orgasmos que él sintió como propios.

De pronto se hizo el silencio y fue consciente de que había estado gritado hasta la locura, igual que ella. Sólo el rítmico sonido de la respiración de ambos, que se iba estabilizando poco a poco, y el atronador rugido de la sangre precipitándose por las venas de la mujer que tenía abrazada, rompía la calma que los rodeaba.

Salió de su cuerpo, lentamente, arrastrando a Marina en su movimiento y sujetándola contra el hueco de su hombro a la vez que depositaba un cálido beso en la coronilla de su cabeza.

—Duerme, cariño. Debes de estar agotada — le susurró.

Pero Marina no tenía aspecto de estar agotada. Su aura tenía el brillo de alguien abatido por la languidez que sigue al acto sexual, pero no por el agotamiento físico de una mujer que ha perdido la esencia de la vida. Todo lo contrario, se la veía viva y chispeante, dispuesta a iniciar de nuevo la danza más antigua si se lo propusiera, a pesar de que él era grande, feroz y poderoso, y la había dejado absolutamente machacada.

Todavía media hora después tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Presentía al sueño, que se acercaba con la madrugada, pero le mantenía alerta el exceso de energía que había acumulado en los últimos minutos. Estaba inquieto. Sabía que, de alguna manera, se habían *conectado*, pero no podía entender cómo puesto que no había tomado su sangre. Nunca había puesto demasiado interés

en las enseñanzas del Oráculo sobre los pequeños detalles de la *atadura*, ya que estaba convencido de que algo así nunca le afectaría y, aunque se había quedado con lo más importante de la lección, evidentemente, algo se le había pasado por alto.

Ya no había marcha atrás, estaba hecho. Si le quedaba alguna duda bastaba con mirarla, fresca como la hierba recién cortada a pesar de haberle transmitido toda la esencia que necesitaría durante días. No cabía duda, pues de lo contrario estaría inconsciente en sus brazos. Paradójicamente, no lo lamentaba. Había merecido la pena, era la mejor experiencia sexual de su vida.

«El deseo es una mierda. Y los sentimientos aún más», pensó.

Observó que Marina le miraba con esa sonrisa lobuna que tienen las mujeres satisfechas después de haber compartido el lecho con un hombre y se volvía para presionar el interruptor de las persianas de los tragaluces. Cerró los ojos para no hundirse en el interior de los de ella. Ya había sucumbido a su brillo, verde como el de las

esmeraldas que lucía en los lóbulos de sus orejas.

—Debería de marcharme ya —rompió el silencio.

Ella no hizo ningún comentario. Era consciente de que un vampiro no era el tipo de amante que se quedaba al lado de una mujer haciéndole arrumacos y mimos durante toda la noche.

—Si no lo hago ahora terminaré quedándome dormido, tengo las fuerzas un poco mermadas —mintió—. Y, cuando despierte, será tarde para ir a la oficina y nos habremos metido de lleno en el fin de semana. Pero lo cierto es que no tengo ni pizca de ganas de abandonar esta cómoda cama. ¿Crees que podríamos encontrar algo que hacer para no aburrirnos hasta el domingo por la noche?

Ella sonrió. La situación prometía.

—Seguro que encontraremos algo con lo que entretenernos —dijo al fin, y se relajó de nuevo sobre su hombro.



El zumbido del teléfono les despertó.

Marcos miró a Marina y luego al reloj de la mesilla. Eran las cuatro y media de la tarde. Para él, metódico y madrugador, su horario de sueño estaba empezando a tomar un cariz preocupante en los últimos días, aunque en esta ocasión no dejaba de ser normal. Después de la primera incursión de su acompañante en el sexo vampírico, habían repetido la experiencia varias veces más a lo largo de la mañana. Empezaba a creer que sus piernas serían de chicle cuando intentara dirigirse a la ducha y esperaba que en esa ocasión a ella no se le ocurriera volver a compartir el pequeño cubículo. Estaba seguro de que un barco pequeño podría naufragar en el suelo del cuarto de baño tras la última aventura acuática.

Cuando, por fin, se habían dejado vencer por el sueño, después de desayunar copiosamente y mantener un último maratón de sexo salvaje, el despertador marcaba ya las diez de la mañana.

Abrió de nuevo los ojos ante la insistencia de quien necesitaba localizarle con tanta urgencia. Por fin, levantándose en toda su espléndida desnudez, se acercó a la americana, que yacía

hecha un gurrño sobre el suelo de madera, y buscó el teléfono móvil que sonaba impertinente y sin descanso.

—Dime, Lucas —respondió con la voz teñida de irascibilidad.

—¡Joder, Marcos! ¿Dónde te habías metido? Llevo llamándote un buen rato...

—Espero que sea urgente —amenazó con humor sombrío—. ¿Qué ocurre?

—Tienes al Consejo, en pleno, a las ocho de la noche en tu casa.

La noticia hizo que tuviera que sentarse de nuevo en la cama.

—¿En mi casa? ¿Estás seguro?

—¿Tú que crees? Seguí tus órdenes al pie de la letra e intenté convocar una reunión de urgencia. Me puse en contacto con el suboficial de WebenSenu, pero el Master en persona se puso directamente al teléfono y, tras explicarle la situación, me dijo que se encargaría de que la reunión se llevara a cabo, lo antes posible, en Madrid. Hace menos de una hora me ha vuelto a llamar para decirme que todos estarán en tu casa a

las ocho.

Él no respondió.

—Me aclaró —continuó Lucas al notar su silencio—, que bajo ningún concepto dejes a la muchacha sin protección. Llevan tiempo observado ciertos movimientos preocupantes en las filas de los *mutatos*. ¿Estás seguro que la chica se encuentra bien? —inquirió tras una breve pausa.

Él giró la cabeza hacia el otro lado de la cama, donde Marina luchaba aún contra los vapores del sueño.

—Absolutamente seguro —contestó sin dar más explicaciones.

—Bien —comprendió Lucas—. En ese caso, ponte los pantalones y vente para aquí cagando leches en cuanto puedas —dicho lo cual, cortó la comunicación sin esperar la réplica de su jefe, que suponía sería ponzoñosa y letal.

Marina se desperezó despacio y observó, con cautela, el rictus preocupado de su amante. No había escuchado más que una parte de la conversación, las escuetas frases de Pessaro, pero presumía que la parte que ignoraba no entrañaba

buenas noticias.

Vio que Marcos dejaba el teléfono sobre la mesilla y se dirigía al cuarto de baño sin dar ninguna explicación. Al momento escuchó el ruido del agua de la ducha.

«En fin, nunca habrías imaginado que esto hubiera podido durar mucho ¿verdad? —se reprendió a sí misma—. Ha sido mucho más generoso con su tiempo de lo que te hubieras atrevido a soñar», y se levantó de la cama para preparar un frugal tentempié a fin de que su acompañante pudiera reponer algo de fuerzas antes de que abandonara la casa, puesto que se había negado a alimentarse de ella a pesar de que se había ofrecido en varias ocasiones.

«No me vas a matar, Pessaro —le había incitado—, y si lo haces, mejor morir en tus brazos que hacerlo en un futuro inmediato bajo las fauces de algún *mutato*», pero él se había negado en rotundo y no había cambiado de opinión.

Él bajó pocos minutos después a la cocina, perfectamente vestido y con el cabello aún húmedo. Cogidas con el pulgar, por encima de su

hombro derecho, llevaba la americana y la corbata que colgaban por su espalda.

—Tengo que irme —dijo Marcos en un tono parecido al de una disculpa.

Ella colocó sobre la mesa un plato con un grueso bistec poco hecho y un cuenco de puré de patata con leche cocinado en el microondas, sin hacer ningún comentario ni pedir explicación de ningún tipo.

—Come algo antes. No has dormido demasiado y, puesto que parece ser que mi Rh no tiene el suficiente buqué para tus exigentes usos alimenticios, necesitarás alguna proteína extra para recuperar la energía que has perdido —aclaró sarcástica.

Marcos se sentó a la mesa y la miró entornando sus grises ojos, para hacerle saber que su comentario no había sido el más apropiado.

—Marina, a tu Rh no le pasa nada y te asombrarías de saber lo poco exigente que es mi paladar en cuestiones hematológicas. Te garantizo que ha sido un gran esfuerzo no dejarme convencer por tus insinuantes y atractivas ofertas.

Con una tímida sonrisa en los labios, se acercó a él para colocar los cubiertos y servirle una copa de vino de Rioja.

Marcos aspiró el olor que desprendía Marina. El de una mujer saciada sexualmente mezclado con la poderosa esencia a azahar que la caracterizaba. Los colmillos protestaron en sus fundas, enfebrecidos y doloridos. Casi no pudo contenerlos.

—Anda, come —replicó ella, apartándose de su alcance—. Siento no poder ofrecerte nada más, me has pillado baja de reservas.

—Esto está bien —dijo partiendo un succulento trozo de filete y metiéndoselo en la boca.

Ella se sentó enfrente, al otro extremo de la mesa, con un vaso de café con leche entre las manos.

—¿No vas a intentar convencerme de que me quede un rato más, Marina?

—¿Lo conseguiría si lo hiciera?

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Me quedaría si pudiera, pero mis obligaciones me reclaman.

—Lo siento, pero puedo superarlo; no te preocupes por mí. Ya contaba con tu marcha cuando empezó todo.

—Esto no debería de haber pasado nunca; sin embargo no me arrepiento —dijo llevando una de sus largas manos hasta el rostro de la muchacha.

—Tampoco yo.

El silencio se alargó entre ellos durante unos instantes.

Marina cerró los ojos y disfrutó la caricia.

—Tengo una reunión muy importante. Volveré en cuanto pueda, pero mientras, toma todo tipo de precauciones. Los *mutatos* parecen estar haciendo movimientos raros.

—¿Corro peligro inminente? —preguntó alarmada.

—No lo creo. Dudo que lo que está ocurriendo tenga nada que ver contigo, pero por si acaso ten mucho cuidado. ¿Recuerdas la noche que casi te atropellé con mi coche?

—¡Claro!

—No fue una casualidad. Necesitaba apartarte de la escena de aquel crimen que querías

investigar. El hombre que apareció muerto en aquel parque tenía unas bonitas marcas en el cuello que te hubieran dado entonces demasiadas pistas.

—Oh.

—Después de aquélla, se han producido dos muertes más y varios intentos de asesinato. Todos siguen las mismas pautas y llevan la misma firma.

—Pero... aquel chaval había muerto por sobredosis de una sustancia psicotrópica —rebatí la información con un cierto tono de duda en la voz.

—Sí. Por eso sabemos que es un ataque *mutato*. Precisamente, cuando los hombres del Linaje sucumben a la Tentación Oscura, su sistema hormonal se altera generando exceso de una sustancia que posee la misma composición molecular que la metanfetamina. Esa sobrecarga es lo que les permite paliar los síntomas de su mutación, ya que la transformación afecta al sistema nervioso central y reduce el nivel de sangre del cerebro. Gracias a esa hormona vuelven a disponer de suficiente capacidad de resistencia

física y pueden prescindir de alimentos y descanso durante varios días. Con ella aumentan, además, las sensaciones de placer que pierden tras el cambio.

—¿Y eso es lo que les convierte en seres malignos y peligrosos?

—No exactamente. No es la sustancia en sí lo que es dañina, sino la cantidad que necesitan de ella para mantenerse y la forma de conseguirla. Necesitan cantidades realmente altas para sobrevivir como lo han hecho hasta entonces, y sólo pueden conseguirla con el consumo de energía negativa. Ello les lleva a un comportamiento altamente violento y persecutorio; un círculo vicioso que no acaba nunca y que termina sumiéndolos en un estado permanente de esquizofrenia paranoide.

—Entonces, aquel chico del parque, ¿era un *mutato*?

—Ojalá. El único *mutato* bueno es el *mutato* muerto. Pero no, aquel chico era un mortal. Cuando un *mutato* ataca, sus colmillos introducen una elevada cantidad de esta droga natural en el

torrente sanguíneo de su víctima, quien inmediatamente se siente embargado por un aumento de euforia y placer muy altos. Así es como *esclavizan* a sus sirvientes: provocándoles una adición a la que no pueden resistirse pero que, tarde o temprano, da origen a una especie de sobredosis que termina matándolos por aumento de la presión arterial y parada cardiorrespiratoria. Esto les deja un rastro de la hormona en el cuerpo, especialmente cuando su *amo y seño*no puede controlar su maltrecho sistema nervioso, víctima de la sobreexcitación.

—Ya entiendo —dijo ella, asumiendo la explicación—. Entonces, parece que la cosa no va conmigo, ¿no?

—Ya te he dicho que no lo creo. Además, tú ahora estás segura, así que quédate tranquila; dos de mis hombres están fuera vigilando, ¿de acuerdo? —Ella aceptó con la cabeza—. De todas formas, dame tu móvil. Voy a grabarte en él mi número de teléfono y no dudes en llamarme a la más mínima sospecha.

La muchacha subió a buscarlo mientras él

terminaba el almuerzo. Cuando regresó, la esperaba al pie de la escalera. Hizo ademán de acercarse a ella pero luego cambió de opinión. No estaba muy seguro de poder apartarse si lo hacía.

Volvía a estar excitado y eso que no hacía ni media hora que se habían levantado de la cama. «¡Siglos entre una vez y la siguiente!», había dicho el día anterior. Se reiría si estuviera de humor para hacerlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras introducía los números en el sistema de marcación rápida del móvil de Marina.

—¿Físicamente? ¡Estupenda!

¿Anímicamente? No lo sé. Aún no he tenido tiempo de asimilar todo lo que me has contado.

—Tómate tu tiempo, pero no lo olvides, toda precaución es poca. No dejes entrar a ningún desconocido y tampoco aceptes nuevas identidades en el ordenador; la prudencia es el mejor seguro. Te pediría que no te movieras de casa, pero sé que no vas a hacerme caso. Si lo haces, prefiero que lo hagas de día.

Ella sonrió.

—¿Por qué de día?

—Porque es un seguro añadido. Otras de las causas de la mutación es que, al tener *tocado* el sistema nervioso central, se agrava nuestra ftofobia natural y, además, se desarrolla una fotosensibilidad muy acusada que produce graves lesiones en la piel, como quemaduras, picores o ronchas que no pueden evitar ni tapándose con ropa o con protector solar de pantalla total, así que huyen a toda costa de la luz diurna.

—O sea, he ahí el origen de la leyenda.

—Sí. Pero al resto no nos ocurren esas cosas, *cara*. Basta con que nos pongamos gafas oscuras para poder hacer una vida normal. —Se rió—. Volveré en cuanto pueda y seguiremos ampliando tus conocimientos vampíricos. Y también me explicarás tú a mí unas cuantas cositas —le aseguró.

Retomando sus pertenencias de la silla donde las había depositado, se despidió de la joven con un ligero beso en los labios.

—¡Y mira por la mirilla antes de abrir la puerta!

—Siempre lo hago.

—Ayer no lo hiciste.



La casa estaba en silencio.

Con un suspiro de resignación, Marina se dejó caer sobre el sofá del salón, agotada y a la vez llena de euforia. Necesitaba unos minutos para asimilar todo lo que había pasado la noche anterior.

Llevaba puesta la camiseta publicitaria que usaba para batallar con las labores del hogar y no pudo dejar de hacer una mueca irónica al leer el *slogan*. ¡Y tanto que había puesto un vampiro en su vida!, no sabía si echarse a reír o a llorar, porque dudaba si aquello era una frase premonitoria o el epitafio de su tumba; desde luego, privarse, lo que se dice privarse, no se había privado ni pizca.

Se había lanzado a la conquista del mundo vampírico como un elefante en una cacharrería; porque la cuestión no pasaba por haberse llevado a la cama a un vampiro, no; el tema estaba en que se había beneficiado al jefe de todos los vampiros,

o por lo menos eso parecía, a tenor del trato que los demás le profesaban.

Y a pesar de ello no se sentía mal, más bien todo lo contrario. Seguramente porque él era el primer hombre con el que había mantenido relaciones sexuales después de muchos meses y la había dejado pletórica y ahíta como no recordaba haberlo estado nunca.

Aún así tenía los pies en la tierra. Era consciente de que, casi con toda probabilidad, no volvería a tener una noche semejante en toda su vida, pero estaba más que complacida con los hechos. Desde luego no se hacía ilusiones sobre el mañana, ni en la cama ni fuera de ella, pero podía decir con toda tranquilidad que, al menos, moriría satisfecha.

En cuanto al futuro, casi prefería no pensar en él. Se presentaba tan negro que no sabía cómo digerir la información que Marcos le había proporcionado. Asumir que existía un mundo paralelo al suyo ya había sido bastante duro, pero aceptar que formaba parte de él desde el mismo día de su nacimiento era algo para lo que no estaba

preparada.

Pessaro había sido claro y cruel en su exposición. No podía llamarse a engaños. Le gustaría poder hacer oídos sordos a todo lo que había descubierto, pero era imposible. No obstante, de momento prefería no pensar en ello.

Se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Allí estaban ellos, los dos vampiros que se suponía velaban para que ningún *mutato* la alcanzara. ¿Durante cuánto tiempo seguirían protegiéndola? Antes o después terminarían aburriéndose y dejándola a merced de su propio destino. No servía de nada dar vueltas al asunto. Sólo tenía una cosa clara, y es que no pensaba vivir en un estado de paranoia perpetua. Sería lo que Dios quisiera que fuera, por lo tanto retomaría su actividad habitual y actuaría como si nada —o casi nada—, hubiera cambiado en su vida.

Y sería a partir de ese mismo momento, aprovechando que los vapores del maratón sexual que acaba de disfrutar hacían que no pudiera permanecer parada mucho rato. Se sentía revitalizada y llena de energía. Tenía que canalizar

toda aquella explosión de emociones o iba a volverse loca, y desde luego no iba a hacerlo dándole vueltas a la cabeza. Lo primero: asearse, vestirse, comer algo y recoger la habitación.

Cuando entró en ella, el olor dulzón y picante del sexo provocó que sus músculos abdominales se tensaran involuntariamente. Tenía que hacer algo más, pero no sabía qué y, dado que había decidido no encender el ordenador para evitar problemas y que no tenía intención de pasarse el resto del día evocando las últimas horas u olisqueando, como si fuera un sabueso, el aroma masculino que Marcos había dejado a su paso, dudaba entre ponerse a limpiar o a cocinar para hacer acopio de menús congelados.

El sonido del teléfono decidió por ella. Bajó corriendo las escaleras y cogió el inalámbrico de la sala.

—¿Estás bien, Marina? —dijo Belén Peláez desde el otro lado de la línea telefónica—. Llevo cuatro días intentando localizarte...

«Todo lo bien que se puede estar en mis

circunstancias.»

—Sí, claro que estoy bien. ¿Pasa algo? —
contestó en cambio.

—A mí no, ¿y a ti?

«Tantas cosas que me tacharías de loca.»

—Tampoco.

—¿Entonces por qué no me has cogido el
teléfono?

«Porque te hubieras dado cuenta de que no
estaba bien.»

—He estado liada, Belén. Han sido unos días
complicados.

—Joer, Marina, ¿tanto que no has tenido ni
cinco minutos para contestar a mis llamadas?
¡Estaba asustada!

«¡Malditas las ganas que me quedaban! Yo sí
que estaba asustada.»

—Vale, no seas pesada. Siento haberte
asustado sin motivo, es que... «No sabía qué
excusa poner»

—Es que, ¿qué?

—Me he echado un amante

«¡Coño, ¿por qué he dicho eso?!»

—¿Un amante? ¡Venga ya!

—Es cierto —confirmó con voz de resignación.

—Marinaaaa —alargó el nombre de forma admonitoria—. Te conozco lo suficiente como para saber que si de algo pecas es de no volverte loca por el primer tío que te dice «ole». En todo este tiempo no sé de nadie que te haya hecho perder el norte.

«Es que no es un tío, es un vampiro»

—Pues es cierto. Al parecer éste me lo ha hecho perder —repuso, acompañado de una risa nerviosa.

—Oye, no te habrás liado con Marcos Pessaro, ¿verdad?

«Pues sí, ¿y...?»

—¿Con Marcos Pessaro? ¿A qué viene eso?

—A que la última vez que hablamos ibas a verle.

—Pero eso fue el miércoles, Belén.

—Claro, justo desde que no sé nada de ti. ¿No habrás cometido ninguna tontería, verdad? Espero que no se te haya ocurrido acercarte a él.

«Tanto que todavía llevo su olor impreso en la piel.»

—Sabes que no nos llevamos bien, Belén.

—Bueno, pues mejor. Tú, por si acaso, no te acerques mucho a él.

«¡Eh! ¿qué sabes tú de Marcos Pessaro?»

—¿Qué sabes tú de Marcos Pessaro? — repitió en voz alta.

—Nada, ¿qué quieres que sepa? Lo que tú me has contado y poco más, pero está claro que es de ese tipo de hombres que es mejor mantenerse alejada. Dudo que te convenga como amante.

«¿A qué tipo de hombres te refieres?»

—No he dicho que Pessaro sea mi amante, Belén.

—No sé por qué me da que no hace falta que digas nada... ¿Estás sola ahora?

—Sí, claro.

—Bien, entonces voy para tu casa. Prefiero que hablemos de esto cara a cara.

«No tenemos nada de qué hablar.»

—No, mejor vamos al cine. No estoy de humor para tus regañinas de Mamá Pitufa. —«Al

menos en el cine estarás calladita».

—¿De verdad quieres salir? ¿No estás cansada?

—¡Pues claro! ¿Por qué no voy a querer salir? —«¿Qué piensas que me ha hecho?»— ¿Por qué voy a estar cansada?

—Pues... porque si llevas cuatro días en la cama con un tío estarás como unos zorros, digo yo...

«No han sido cuatro días, sólo ha sido una noche»

—Creo, Belén, que necesitas una aventura. Te recuerdo que después de una buena sesión de alcoba, lo que estás es pletórica, hija, no tirada por los rincones.

—Bien, no sabes cómo me alegra escucharte decir eso. ¿Entonces, paso a recogerte en media hora?

«¡No!, no puede ser. Es policía. Se va a dar cuenta de que nos sigue la Guardia Pretoriana antes de salir del barrio...»

—No. Mejor nos vemos allí. ¿Te parece que nos encontremos en las taquillas del Diversia de

Alcobendas? Así no tienes que venir hasta aquí.

—Bueno, vale, como quieras. Nos vemos a las siete allí.

Marina colgó el teléfono y se quedó mirando hacia el oscuro hueco de la chimenea. «¡Joder, a las siete ya empieza a anochecer! Tendría que haber dejado que viniera ella, Marcos va a enfadarse muchísimo», pensó. Pero bueno, ya era demasiado tarde. Y para algo tenía servicio de guardaespaldas...

Encendió un cigarrillo con movimientos mecánicos mientras pensaba en la conversación que acababa de tener. Sin duda Belén había actuado de una manera extrañísima. ¿Qué sabía ella de Marcos? ¿Tendría conocimiento de los vampiros y por eso pensaba que estaría cansada? ¿O sería ella también vampira?

¡Estaba perdiendo la cabeza!

Claro que no sabía nada, Belén era su amiga. Ella hubiera dicho las mismas palabras de estar en caso contrario. La conocía hacía tiempo y, desde luego, era tan normal como ella misma. Aunque, ¿acaso ella era «normal»? No, era un híbrido

asqueroso.

—¡Joder, Marcos! —gritó a la nada— ¡Has conseguido que me vuelva paranoica!



El monótono bipbip del GPS que Sergei había puesto en los bajos del coche de Marina no había alterado el ritmo de emisión en las últimas cuarenta y ocho horas, señal inequívoca de que la muchacha no había movido el coche en todo ese tiempo. Sin embargo, en esos instantes, la cadencia del sonido cambió y empezó a pitar de manera continua. ¡Por fin, la chica iba sola a algún lugar!

Se levantó de la cama, donde estaba tumbado viendo un programa de la televisión, y se asomó a la pantalla del ordenador que indicaba que el vehículo enfilaba la salida norte de la ciudad. Después de poco más de diez minutos la señal se debilitó ligeramente, lo que significaba que, o bien había entrado en un túnel o en un aparcamiento subterráneo, por lo que Sokorov esperó unos instantes para ver si se rehabilitaba el pitido; pero la señal luminosa se había detenido. El ruso marcó

las coordenadas en el mapa.

Aún no había anochecido, pero lo haría en breve. El sol se pondría un minuto antes de las siete de la tarde, así que a partir de esa hora podría salir sin miedo si se cubría con cuidado y usaba gafas de sol, aunque todavía no fuera de noche.

Se preparó con urgencia y bajó al garaje, donde le esperaba su monovolumen alquilado. A pesar de que cada minuto era vital, no se apresuró mientras conectaba el ordenador a su propio GPS para que le indicara el camino.

Cuando llegó al aparcamiento del centro comercial, tardó poco en localizar el A3 de la joven, así como el todoterreno de sus guardianes, en cuyo interior sólo estaba uno de ellos.

Evidentemente, el otro estaría siguiendo a la muchacha.

La suerte estaba de su parte. Enfrente de donde estaba el Volkswagen había una plaza de aparcamiento libre, así que puso el intermitente y empezó a hacer las maniobras oportunas.

Pero, en mitad de una de ellas, puso la

marcha atrás y aceleró a toda velocidad colisionando contra el 4 × 4.

Como esperaba, el ocupante del otro vehículo bajó de inmediato para ver qué había ocurrido y comprobar los daños de la chapa. Él se limitó a bajar la ventanilla y a esperar que el vampiro se acercara. Cuando éste se aproximó para pedir explicaciones, se limitó a mirarle fijamente a los ojos a fin de acaparar la atención de su oponente sobre su cara y, aprovechando la confusión originada por tan absurda situación, sacó a toda velocidad una mano enguantada. En su interior, camuflada lo mejor que podía, guardaba una jeringuilla que clavó, de un solo golpe, en la yugular de su oponente según se agachaba.

Con un único movimiento había clavado e inoculado una fuerte toxina extraída de una letal medusa llamada «avispa marina», uno de los pocos venenos que causan efecto inmediato en el organismo de un vampiro, produciendo una parálisis general del sistema nervioso y del corazón y que, si bien no solía provocar la muerte, al introducirse en el torrente sanguíneo resulta

fulminante y, a veces, incluso irreversible según qué dosis.

Se había tomado la molestia de preparar varios de esos viales con dosis realmente elevadas y, aunque desconocía las repercusiones fatales que podría ocasionar la inyección, éstas le preocupaban muy poco. Si sus víctimas morían, no solo no se produciría ninguna pérdida importante para él, sino que además sería un triunfo en su particular guerra contra los *plumbum cruor*.

Los movimientos habían sido rápidos y efectivos, al amparo de la oscuridad y parapetado por otros vehículos, y puesto que había tenido la suerte de que en esos momentos ningún otro coche ni peatón transitara la zona, cuando el hombre cayó inerte, se limitó a salir de la furgoneta y cargar el cuerpo introduciéndolo, sin miramientos, en el portaequipajes del 4 × 4.

Luego, poniendo de nuevo en marcha el motor de su propio vehículo, se alejó todo lo que pudo de aquella zona para aparcar en otra plaza más alejada. ¡Ya estaba en igualdad de condiciones con sus oponentes! Sólo quedaba otro guardián. La

localización de la *pieza a cazar* no sería complicada.

Cuando entró en el ascensor que subía hasta el centro comercial, el olor de la chica impregnó sus fosas nasales. Dejándose guiar por su fina pituitaria no tardó demasiado en encontrar a Marina paseando frente a las taquillas del cine. Miraba continuamente el reloj que llevaba en la muñeca, lo que le hizo pensar que debía de estar esperando a alguien. Tenía que actuar con premura.

Y tampoco tardó en avistar a su guardaespaldas. A sólo unos metros de distancia, la seguía mientras simulaba estar contemplando la cartelera.

Preparó otra de sus jeringuillas y se aproximó por detrás al vampiro. Su ejecución fue tan rápida y letal como la vez anterior, aunque antes se había preocupado de que en el momento de dar su golpe de gracia no hubiera mirones no invitados a la fiesta que pudieran relacionarle con aquello.

Cuando estuvo seguro de que nadie los miraba, ni siquiera Marina, actuó. Inmediatamente después, mientras el cuerpo del guardián caía laxo

e inerte, rebotando contra el suelo, lo depositó en un rincón, como si estuviera dormitando, y abandonó con tranquilidad la zona arrastrando los pies con desidia y aburrimiento.



Marina se había percatado, desde que llegó al centro comercial, del atractivo y musculoso tipo que continuamente le andaba a la zaga. Aunque hubiera querido no hubiera podido pasar por alto aquella presencia desafiante y escultural que, sin embargo, no la atemorizó en ningún momento sino que, al contrario, la tranquilizó. Un par de veces cruzaron las miradas y el guapísimo mozo de pelo castaño y almendrados ojos dorados se permitió, incluso, dedicarle una sonrisa de complicidad que ella respondió con simpatía.

No obstante hacía algunos minutos que no conseguía verle por mucho que le buscara entre la gente. Había empezado a inquietarse cuando reparó en la presencia de aquel otro hombre; otra aniquiladora fuente de testosterona pero, esta vez, algo más mayor, rubio y de ojos azules, que la

observaba insistentemente y que, al contrario que el otro, cuando ella le miraba directamente él giraba la cabeza. Aquella actitud esquivada la hizo sospechar. Además, ninguno de los dos muchachos que la habían seguido a corta distancia desde su casa en el todoterreno tenía el aspecto de éste que ahora parecía vigilarla.

Pocos metros más atrás se estaba formando un tumulto y cada vez había más gente arremolinada en torno a alguien que se había caído al suelo. Sólo el rubio no prestaba atención al barullo y ella empezó a ponerse nerviosa.

Marcos le había dicho que no dudara en llamarle si sospechaba de algo o alguien y, aunque suponía que él estaría ocupado en una importante reunión que le había hecho abandonar su cama antes de lo que a ella le hubiera gustado, cogió su móvil y marcó el número de teléfono que él había grabado.

La línea se estableció y sonaron varios timbrados antes de ser respondida, pero cuando escuchó el clic, empezó a hablar sin esperar que del otro lado preguntaran. Si sus temores eran

ciertos, y no tenía duda de que el rubio era un vampiro, estaría al acecho y oiría toda la conversación; así que no le interesaba que supiera con quién estaba hablando. Quizá se estaba volviendo paranoica de verdad, pensó, pero más valía prevenir.

—Hola Natalia, guapa, soy Marina —saludó sin resuello—. Ya sé que no me vas a responder porque siempre dejas saltar el contestador automático, pero espero que escuches mi mensaje con atención porque me estoy poniendo un poquitín nerviosa. ¿Qué haces que no vienes ya? Tus amigos estaban por aquí hace un rato, pero de pronto han desaparecido y no los veo —continuó sin dejar de hablar en ningún momento.

»Llevo un buen rato esperándote en las taquillas del Diversia de Alcobendas y, como tardas, quería saber qué película quieres ver, para ir cogiendo las entradas. Hay varias de acción, de esas que a ti te gustan, de *malosmalísimos*—dijo imprimiendo a la palabra el mismo tono sarcástico que había usado él la noche anterior para denominar a los *mutatos*.

»Tendré el teléfono cerca por si llegas en algún momento, que espero sea breve, o me temo que tendré que dejarte plantada; porque... bueno, hay por aquí un tiarrón de esos con los que últimamente yo me relaciono; imponente, rubio y con ojos azules que no deja de mirarme. Si tardas, lo mismo no me queda más remedio que irme con él —terminó riéndose como si hubiera hecho una broma—. Ahora en serio, niña, ven pronto, que me estoy poniendo muy nerviosa. —Y colgó.

Marcos no daba crédito a lo que estaba escuchando. Estaba muy claro que era una llamada de auxilio hecha con toda la picardía e inteligencia que sólo una mujer como Marina podía llevar a cabo. Haberle llamado Natalia había sido todo un golpe de efecto. Enseguida se dio cuenta de que ella no quería que hablara y, a medida que la voz de la muchacha se iba filtrando en su cerebro reconoció la cautela que de ella emanaba. No le extrañaba, sobre todo si pensaba que aquel vampiro rubio y con ojos azules que la perseguía era un *mutato*, por lo que siguió sus instrucciones e hizo una seña de silencio absoluta a todos los

que estaban a su alrededor, que fue automáticamente acatada.

Todas sus alarmas saltaron de inmediato y, en cuanto se cortó la comunicación, se levantó de la mesa de reuniones, sin pedir permiso para abandonarla, bramando al mismo tiempo una orden a Lucas, que esperaba en la habitación colindante.

—¡Rivero, llama al equipo que debería de estar haciendo guardia a Marina Miralles! ¡Algo está pasando! —ordenó tajante mientras se volvía hacia el resto de la concurrencia—. Era la *fatum*, con una llamada que pretendía ser en clave y que supongo que habréis escuchado todos, así que no es necesario que os explique. —Se excusó por su actuación.

—Bien, se levanta la sesión por el momento —dijo WebenSenu, el presidente del Consejo, poniéndose en pie—. Retiraos todos a vuestras habitaciones hasta nueva orden.

En ese preciso instante, Lucas Rivero entró en la sala como una tromba, sin pararse a llamar a la puerta, por lo que se granjeó una mirada admonitoria de todos los presentes que él ignoró.

—Marcos —comenzó a hablar, atropelladamente—. Ninguno de los chicos responde al teléfono ni reciben mis órdenes mentales. ¡Algo ha pasado!

—Discúlpame, Rúbem —repuso él, dirigiéndose a WebenSenu por la traducción de su nombre árabe—, creo que el enemigo ha contactado con la *fatum*. Voy a organizar una partida de rescate y, si me lo permites, yo mismo estaré en ella; así que, si no te parece mal, creo que deberíamos aplazar esta reunión para otro momento. Sentiros como en vuestra casa —ofreció al resto de los miembros del Consejo.

El Master Supremo se rió socarronamente.

—Veo, Pessaro —contestó— que no te has enterado de nada de lo que he dicho. Esta reunión ha sido dada por finalizada antes de que tú lo propusieras. Estos señores se retiran a sus dependencias ya —expresó haciendo énfasis en la palabra «ya», y abrió la puerta para que todos ellos salieran.

Lucas se aplastó contra la pared para evitar ser arrollado.

—Gracias Master.

—Bien, ahora vayamos a socorrer a esa muchacha antes de que se hagan con ella los *mutatos*.

—Rúbem —se quejó Marcos—, no es necesario que tú y los otros os involucrés en este tema. Ésta es mi tarea. Mis hombres y yo nos encargaremos de ella.

El vampiro jefe volvió la cabeza, retándole a que continuara en esa línea.

—Yo estaré en la partida de rescate —sentenció—. Ésta es tu misión porque yo te la he encomendado, pero podría dejar de serlo en cualquier momento —replicó, dejando claro quién mandaba allí—. Aunque éste sea tu territorio, la misión nos involucra a todos. El resto de los muchachos partirá cuanto antes hacia sus propias áreas, por si acaso el tema se complica, aunque espero que esto no sea el inicio de nada más serio. ¿Está claro?

Él se limitó a abrir la puerta y dejar que el Master Supremo saliera delante de él. La obediencia a los superiores y el orden jerárquico

eran los pilares del Linaje.

—Lucas —preguntó a su ayudante—, ¿los chicos siguen sin contestar?

Rivero confirmó sus dudas con un rígido movimiento de cabeza.

—¿Qué grupo era el encargado de esa guardia?

—El 11A2 —contestó de inmediato.

Él frunció el ceño. Eran dos de sus mejores subalternos, especialmente entrenados en la lucha cuerpo a cuerpo y en la seguridad personal.

—¡Prepara una partida de rescate inmediata y envíalos al Diversia de Alcobendas! Que investiguen qué ha pasado allí con los chicos. Y que tengan preparado mi Q7. El Master, tú y yo saldremos de inmediato en él.

Capítulo 12

«¡POR DIOS, Belén, ven ya!», rogó impotente Marina.

Luego observó que el rubio sonreía, prueba evidente de que había escuchado la conversación con «Natalia» a pesar de encontrarse a bastante distancia. Aquello confirmaba sus peores sospechas pero, evidentemente, la estrategia había funcionado o no luciría aquella sonrisa tan complacida. Por suerte creía estar segura de que Marcos había percibido la situación y que, si no lo hacía por ella, al menos velaría por el bienestar de sus hombres y acudiría a la llamada.

Pero los nervios empezaban a jugarle malas pasadas y casi no podía contener la ansiedad. El tufo a miedo debía de envolverla como una manta y sabía que el enemigo no tardaría en olerlo. De momento, sentía la mirada de aquel hombre en la nuca atravesándola como una espada.

Intentó escabullirse entre el gentío que

esperaba en la cola de las taquillas del cine, pero no lo consiguió; así que se dirigió hacia la puerta del aparcamiento para interceptar a Belén tan pronto apareciera. Podía haber intentado huir en el coche, pero no quería quedarse sola ni un solo instante y era preferible esperar a que llegara la policía; ella sabría cómo enfrentarse a este tipo de situaciones. Mientras tanto, lo más seguro era buscar las zonas donde hubiera más gente, de modo que al *mutato* le resultara difícil actuar, y rezar porque los hombres de Pessaro llegaran cuanto antes. Tenía la sensación de que los minutos transcurrían mucho más despacio de lo habitual.

De pronto escuchó una voz grave, justo a su espalda. Resistió la tentación de volverse, pero sabía a quién pertenecía con una certeza absoluta.

—¡Marina! —la llamó el *mutato*, con la cadencia de alguien que pareciera conocerla de toda la vida.

No se giró. Actuó como si aquél no fuera su nombre.

Una mano grande y musculosa la tomó del hombro para obligarla a volverse. La fuerza que

imprimió al agarre la hizo agacharse en un acto reflejo, a fin de desasirse, aunque no tuvo éxito. Sin pensárselo dos veces, cerró el puño con fuerza y lanzó el codo hacia atrás. El impacto contra aquel duro estómago hizo que su brazo rebotara como si hubiera golpeado contra un muro de hormigón.

—¡Ay! —gritó—. ¡Suélteme! ¡Me hace daño! —dijo en voz lo suficientemente alta como para atraer las miradas de todos los que esperaban la cola del cajero del parking.

Se alejó en cuanto el acosador retiró la mano. —Marina, ¿qué te pasa? —contestó el hombre con un fuerte acento que no supo identificar—. Sé que llego *tarrrrde* —dijo arrastrando la «r»—, pero tampoco es para que te enfades de esta manera.

—Perdone, caballero, se equivoca de persona. No le conozco de nada. ¡Déjeme en paz! —volvió a gritar.

Se volvió hacia un matrimonio de mediana edad, que parecía seguir la discusión con mucha atención.

—¿Qué le pasa a este hombre? —Se refugió en la atenta mirada de la pareja—. Yo he venido aquí sola, estoy esperando a una amiga y no lo conozco. ¿Qué se habrá creído? Debe de pensar que, porque es guapo y tiene los ojos azules, puede abordar a la primera chica que se encuentre en su camino...

Ambos asintieron con la cabeza reparando en el atractivo joven que, estupefacto por la actuación de la muchacha, no tenía muy claro cómo reaccionar.

Sokorov estaba sorprendido y desconocía cómo podía responder la sociedad española actual ante ese tipo de comportamiento masculino. Mientras decidía qué decir y hacer, intentó entrar en la cabeza de Marina, como ya había hecho momentos antes, para inducirle el deseo de acompañarle. Estaba convencido de que ya era dueño de su voluntad, a tenor de la conversación que ella había mantenido con su amiga pero, al intentar estrechar el cerco, se dio cuenta de que sus pensamientos rebotaban contra una pared de resistencia mental.

—Oiga, joven —le llamó la atención el señor al que Marina se había dirigido—, deje en paz a la señorita.

—Perdón —se excusó él con un falso gesto contrito—, me he equivocado de persona.

Se retiró unos metros, desde donde continuó presionando la mente de la muchacha sin éxito. Una niñata mortal recién destetada no iba a burlarse de él. Frustrado, no dudó en tomar represalias. De ella le habían prohibido alimentarse, pero no del caballero que se había erigido en improvisado adalid. Le haría pagar por aquella osadía y tenía la fórmula para hacerlo al alcance de su mano. Abandonó el cerebro de Marina y empezó a drenar la energía de aquel pobre hombre, con un ansia y fruición inusitadas.

A los pocos minutos, el educado caballero, que todavía conversaba con la muchacha sobre la falta de respeto y el comportamiento de los jóvenes de hoy en día, empezó a sentirse mal y a sudar. Se llevó la mano al pecho al notar las primeras arritmias y comenzó a convulsionarse cayendo redondo al suelo. Él no retiró la presión.

La gente se arremolinó alrededor del hombre que acababa de desmayarse, ignorando a la joven por completo.

Marina miró a su alrededor. En una fracción de segundo se había quedado sola de nuevo y nadie reparaba en su presencia. El miedo la inmovilizó momentáneamente, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que el enemigo se acercaba con paso firme y decidido.

Indefensa y sin saber cómo escapar, echó a correr hacia el aparcamiento, donde suponía que habría personal de seguridad. Aquel mastodonte rubio la persiguió, acortando la distancia con grandes zancadas. No sabía qué hacer. Había tomado la decisión incorrecta.

«¡Gracias, Dios mío, por escuchar mis plegarias!», rezó en silencio cuando vio descender por la rampa de entrada al garaje el Peugeot 206 cabriolet de Belén.

Belén frenó en seco al ver a Marina abalanzarse hacia el coche como si fuera perseguida por todas las furias del Averno. Se

soltó el cinturón de seguridad y abrió la puerta dispuesta a salir del coche para ver qué ocurría. Pero cuando puso el pie sobre el pavimento y se incorporó fuera del vehículo, la sangre dejó de circular por sus venas. Un frío implacable congeló su movimiento. Volvió a caer sobre el asiento y cerró de golpe al tiempo que daba marcha atrás hasta colocarse en sentido contrario a la circulación.

Apretó el pedal a fondo, conduciendo marcha atrás, hasta situarse a la altura de Marina y abrió la puerta del copiloto sin apartar la vista del enorme rubio que corría a la zaga de su amiga.

—¡Corre, sube! —Marina obedeció sin rechistar mientras recuperaba el resuello y se abrochaba el cinturón de seguridad en un acto reflejo.

Aceleró al máximo hacia la rampa de salida. Las barreras estaban levantadas y no había ningún vehículo delante esperando para salir.

«Dios existe», se reafirmó Marina.

El coche volaba, literalmente, cada vez que tomaba uno de los pasos de cebra elevados de la

avenida en la que se encontraba ubicado el centro de ocio.

—¡Ponte el cinto, Belén, que vamos a salir despedidas! —gritó Marina, víctima de la adrenalina que corría por sus venas.

—¡Déjate de cintos y llama a Marcos! ¡Ahora no hay tiempo para tonterías!

—¿Marcos? ¿Qué sabes tú de Marcos? —inquirió Marina anonadada.

—¡Joder! ¡Llama a Marcos! Dile que nos persigue un *mutato* y que vamos echando leches para su casa. Que estén atentos y que tengan las puertas abiertas.

—¿*Mutato*...? ¿Sabes dónde vive Marcos...? ¿Quién o qué eres tú, Belén?

—Déjate de gilipolleces y hazme caso, por Dios. Si salimos de ésta te lo explicaré todo. Ahora concéntrate en salvar el pellejo.

Ella la miró desconcertada. No entendía nada, pero Belén tenía razón, no era el momento de preguntar, sólo de intentar salvar la vida... y lo tenían bastante difícil.

El coche giró en la rotonda y tomó la A1 con

una maniobra de vértigo que sirvió de detonante para sacarla del estado de shock en el que se encontraba. A medio camino entre la incredulidad y la ira, reaccionó por fin y se puso a buscar el móvil en el bolso.

Pulsó la tecla de llamada rápida y esperó la señal.

—Si salimos de ésta, Belén, no dudes que tendrás mucho que explicarme.

En ese momento se escuchó el clic del establecimiento de llamada.

—Marcos —casi gritó Marina—, escúchame.

—¿Dónde estás, Marina? Vamos a buscarte.

—No, no, escúchame... Voy con Belén en su coche. Nos persigue un *mutato*.

—Pon el manos libres, Marina —interrumpió Belén.

Obedeció sin rechistar.

—Marcos, soy Belén. Acabamos de tomar la A1 dirección Madrid. Nos persigue un *mutato*, rubio, con pinta de eslavo. No sé quién es pero, sin duda... —Belén dio un volantazo para esquivar el vehículo que tenían delante y Marina se olvidó

de respirar—, sin duda, es uno de los antiguos. Sé que lo he visto en el anuario. No recuerdo su nombre.

Ella cerró los ojos ante un nuevo volantazo. Estaba segura de que terminarían por estrellarse contra la mediana de la autovía.

—Chicas, tranquilizaos. Vamos a vuestro encuentro. Intentad salir de la autopista, porque no hay forma de interceptar al *mutato* si seguís en ella. No podemos entrar en dirección contraria.

La voz de Pessaro reverberaba por el altavoz.

—¡Belén, ahí viene! ¡Acelera! —urgió ella mirando hacia atrás. Un monovolumen se acercaba a toda velocidad.

—Enchufa el *pirulo*, Marina, y pégalo en el techo del coche.

—¿Dónde? —preguntó con el conector en la mano—. Ah, ya lo veo... —La sirena policial irrumpió en el ambiente y los coches se apartaron hacia la derecha.

—Marcos —continuó hablando Belén—, no podemos salirnos de la autopista. Hay demasiado tráfico y eso sólo beneficiaría al perseguidor.

Vamos a coger la M40 y una vez allí tomaremos el desvío a la M30 por San Chinarro. ¿Podéis esperarnos en la salida de Pío XII?

—Estamos de camino, Belén. Salida de la M30 por Pío XII —confirmó Marcos, demostrando que había escuchado correctamente a pesar del estruendo, al tiempo que hacía partícipes de las instrucciones a los hombres que le acompañaban.

—¡Cuidado Belén! —exclamó ella.

Un fuerte impacto sacudió al Peugeot 206 por detrás y, durante una fracción de segundo, Belén perdió el control del vehículo.

—¡Marcos! ¡Marcos! —llamaron ambas a coro cuando fueron capaces de recuperar el habla tras el susto.

—¿Qué ha pasado?

—Este cabrón nos ha embestido —respondió Belén—. ¡Quiere matarnos!

Otro golpe impidió que siguieran hablando. Belén perdió por completo el volante y a ella se le escapó el móvil de las manos. En ese mismo instante, un disparo rasgó el aire.

—¡Joder, tiene una pistola! —chilló Marina

—. Nos está disparando. ¿Dónde ha ido a parar el móvil?

—Olvídate del móvil, Marina. Saca mi pistola del bolso y dámela.

Cuando se agachó para coger el bolso de Belén del suelo, a sus pies, no llegó a escuchar el siguiente disparo, pero registró el impacto del proyectil que, entrando limpiamente por el cristal trasero, hizo un agujero en el parabrisas, rompiéndolo en mil pedazos.

El destino, una vez más, había obrado a su favor. De no haberse agachado, su cerebro se hubiera convertido en una pulpa sanguinolenta esparcida por el habitáculo.

Belén conducía a ciegas dando bandazos de un lado a otro de la calzada para evitar la siguiente bala.

Por fin encontró la pistola que buscaba y, empuñándola por el cañón, usó la culata para romper el cristal fraccionado, consiguiendo una mejor visibilidad.

Tomaron la curva que las llevaría hacia la M40 a 140 kilómetros por hora.

Iban demasiado deprisa. El coche derrapó y las ruedas chirriaron escandalosamente.

El tipo se aproximó por el carril de la izquierda hasta ponerse a su altura. Dio un volantazo y desplazó el descapotable contra el arcén de la derecha con violencia. Belén se sacudió de nuevo contra el volante y, de pronto, ella fue consciente de que había vuelto a dispararles. Un grito estalló por encima del caos.

La bala había impactado en el omóplato de la conductora.

Se dirigían a toda velocidad contra el quitamiedos. La valla no iba a servirles de nada. Saltarían desde el puente a la carretera inferior.

El olor a sangre inundó el ambiente. Belén había perdido el conocimiento y apoyaba el peso del cuerpo sobre el volante. Intentó moverlo haciendo acopio de todas sus fuerzas y, cuando por fin lo consiguió, apenas había espacio para cambiar de dirección. Dio un fuerte volantazo. No quedaba ni un metro para saltar al vacío. El coche dio un trompo. El *mutato* arremetió de nuevo contra la carrocería del Peugeot y ella intentó

contrarrestarlo. Se desplazaron a toda velocidad en sentido contrario.

Todo comenzó a girar a su alrededor. El coche daba vueltas de campana. Iban a morir.



Marcos estaba fuera de sí.

Estaban prácticamente al final de la avenida de Pío XII.

Ya casi podía ver la salida de la M30 por la que aparecerían en unos minutos las dos muchachas perseguidas por el *mutato*, si todo marchaba bien. Belén no había tenido una gran idea eligiendo aquel punto precisamente. Justo enfrente del lugar donde se suponía que tendrían que interceptarlas había una comisaría de policía. ¿Cómo no lo había recordado antes? Deberían de haber elegido una salida más tranquila; nunca era buena idea ir dando pistas. Aunque pudieran hacerlas desaparecer sin problemas, no había necesidad de complicar las cosas.

De pronto, un latigazo en las cervicales le dejó sin respiración. ¿Qué había sido eso?

Parpadeó con fuerza para deshacerse del pequeño mareo que siguió al dolor de cuello.

—*¡Marcos! ¡Marcos!*—escuchó la llamada angustiada de las muchachas por los altavoces del bluetooth.

—¿Qué ha pasado?

—Este cabrón nos ha embestido—contestó Belén —¿Quiere matarnos!

Se permitió el lujo de suspirar aliviado al escuchar la voz de ambas.

—¿Estáis bien? ¿Os falta mucho para llegar? Ya estamos en el punto de encuentro.

Otro latigazo, menos fuerte en esta ocasión, quizá porque lo estaba esperando, fue la única respuesta.

—*¡Marina!* —Silencio— *¡Marina! ¡Belén!*

Pi, pi, pi, pi... La comunicación se había interrumpido.

Un terrible presentimiento y algo parecido al terror le invadieron. Aunque todavía seguía notando el miedo de Marina, una enorme ola de cólera y frustración aplastó su control por completo. ¡Aquel bastardo pagaría con la vida!

Estaba tan centrado en ello que apenas pudo respirar cuando, de pronto, sintió un dolor tan intenso que incluso tuvo que parar el coche para evitar desmayarse y poder recuperar el aliento. Durante una fracción de segundo, todo giró a su alrededor tan rápido que se dobló en dos.

Apenas fue consciente de las manos de Lucas que le ayudaban a bajar del coche y a sentarse en el asiento del copiloto. Sabía que aquel fortísimo malestar era el que sentía Marina. Iba a volverse loco. Aquello certificaba lo que ya sabía desde hacía horas: su «conexión» con la muchacha era un hecho.

Nadie hizo el más mínimo comentario cuando se retorció de dolor. Rúbem y Lucas supieron de inmediato lo que significaba, pero eran conscientes de que cualquier observación, por pequeña e inocua que pudiera parecer, haría saltar sus resortes.

Todo estaba en silencio. Él ya no podía percibir ninguna de las ondas cerebrales de Marina; ahora la angustia y el miedo que sentía eran propios. ¿Era capaz él de albergar tales

sentimientos? No sabía qué era lo que le daba más pavor de todo, si la respuesta o lo que había dejado de percibir.

—¿Qué hacemos, Master? —rompió el mutismo Lucas.

Marcos volvió en sí.

—Han tenido un accidente. Entra en la N-I y vamos a rehacer el camino que han recorrido hasta que demos con ellas.

—No será fácil, Master. Si han tenido un accidente, estará cortado el tráfico y nos quedaremos bloqueados en el atasco.

Lucas tenía razón. Tenía que pensar con frialdad. Si al menos supiera el punto exacto en el que se encontraban...

«Duele. Duele muchísimo».



Marina apenas podía contener las lágrimas. No sabía el tiempo que había estado inconsciente. El dolor era casi insoportable y le costaba trabajo respirar.

La postura que tenía tampoco facilitaba las

cosas. Estaba doblada en un ángulo de noventa grados y no podía moverse.

Había quedado atrapada en el interior del coche con la chapa de la carrocería.

«¡Belén! ¿Dónde estás?»

El asiento que antes había ocupado su amiga ahora estaba vacío. Un pavor incontrolable se sobrepuso al dolor. No podía ser...

—Belén —susurró con un hilo de voz.

Silencio.

—Belén —llamó un poco más alto, inspirando a causa del dolor que supuso el esfuerzo de hablar—. ¡Belén! —gritó.

«Oh, Dios mío, que esté viva —rezó—. No dejes que se haya muerto, por favor». Ahora lloraba, pero no a causa del sufrimiento físico.

—¿Marina...? —escuchó débilmente.

—¡Belén! ¿Estás bien?

—Aguanta, cielo. Que ya vienen a por ti.

—¡Dime, ¿estás bien?!

—Tranquila. Estoy viva, que ya es... ¿Y tú?

—Tengo las piernas atrapadas, no puedo moverme y todo esto está lleno de sangre. Me

duele...

El silencio fue la única respuesta. Rompió a llorar. Por fin volvió a escuchar un lejano y entrecortado murmullo.

—Aguanta un... poco más... —la voz de Belén era cada vez más lejana y le costaba hilvanar una frase completa—. Procura... no que... quedarte... dormida... Ellos te salvarán... Vienen de... —El sonido se apagó totalmente.

—¡Belén!

No obtuvo respuesta.

Hubiera sido una bendición entregarse al sopor que poco a poco se iba adueñando de todo su ser, pero tenía que ser fuerte. Debía de evitar desmayarse o quizá, no volvería a despertarse. Miró a su alrededor, pero apenas veía los pies de las personas que acudían a ayudar a las víctimas del accidente.

Ellas.

Iba a morirse. Lo sabía. «Yaya, ya voy. Espérame, que enseguida estaré contigo». Siempre había estado convencida de que decir adiós a este mundo sería algo terrorífico, pero no lo sentía así.

Y mientras que con cada latido sentía que la vida se le escapaba, no pudo evitar alejarse de todo aquello como si fuera algo ajeno. Una vertiginosa secuencia de imágenes, que venían a resumir lo que había sido su vida, pasaba veloz ante sus ojos.

Los recuerdos volaban por encima de ella sin que pudiera atraer ninguno al plano consciente para profundizar en aquellos en los que le gustaría detenerse. Algunos ni siquiera era capaz de reconocerlos, debían de estar grabados en el olvido de su memoria. Aquella era la película de su vida.

De pronto todo acabó tan rápido como había empezado, y en su mente quedó anclado el último fotograma. Sin ser invocada, la imagen de Marcos Pessaro se fue haciendo cada vez más nítida. ¡Cómo le hubiera gustado explorar mejor aquel camino...!

Lo cierto es que, aunque seguía sin sentir miedo, no quería morir. Debía intentar dar una oportunidad a su supervivencia y evitar el desmayo. Sin darse cuenta se encontró hablando

con él.

Marcos, sé que no me escuchas, pero necesito aferrarme a mi último aliento y «hablar» contigo es una excusa tan buena como otra cualquiera. Además, ¿quién, si no tú, podría creerme si le contara que estoy a punto de perder la vida por culpa de un vampiro chalado?

Al final, me muero sin saber qué pinto yo en todo este juego que os traéis entre manos los *plumbum crúor* y los *mutatos*. Lo único que sé es que estos últimos no pretendían que yo fuera su yegua de cría, como me hiciste creer, sino eliminarme de la faz de la tierra.

Sospecho que tú tienes alguna idea de los porqués, aunque poco me importan ahora... Tendría que haberte hecho caso y no salir de casa, pero la rebeldía siempre ha sido la tónica de mi

vida. Hice lo que pude por demorar el momento de mi captura intentando que llegaras con tus tropas y me salvaras. ¡Qué romántico!, jajaja. Tienes razón, no tengo remedio... Está claro que lo hice todo mal.

Por favor, intenta al menos salvar a Belén, cueste lo que cueste. No quiero cargar con la culpa de su muerte sobre mi conciencia. Está claro que se ha ganado el dudoso honor de recibir un disparo que iba dirigido a mí. ¡Joder!, si no llega a ser porque se puso en la trayectoria de la bala en esta maldita curva de acceso a la M40, en la que casi aterrizamos sobre los coches que pasaban por la N-I, seguro que al menos ella hubiera salido de ésta.

Eso es suficiente para perdonarla por haberme engañado como lo ha hecho. Sé que, aunque no es una vampira, ha estado todo este tiempo a tu servicio. Debería de estar enfadada con

los dos por vuestros tejemanejes, pero no puedo. A pesar del coste, ha merecido la pena conoceros a ambos.

¡Ay, me duele y tengo un frío horrible!, creo que voy a desmayarme...

Apenas podía seguir hablando. Una garra invisible le desgarraba la carne, aprisionada entre los hierros de la carrocería; el dolor era tan intenso que le impedía incluso respirar. Seguramente tendría unos cuantos huesos rotos, y eso sin contar que un enorme trozo de cristal de la ventanilla se le había clavado en el muslo, a la altura de la femoral, en la otra pierna.

La sangre lo impregnaba todo. Un olor cobrizo inundaba sus fosas nasales. Se estaba desangrando. Si retiraba aquel puñal, todo iba a ser mucho más rápido. «Aún no, unos segundos más, por favor...»

Marcos... Me fallan las fuerzas...

—volvió a centrarse en aquella conversación imaginaria—.

Perdona si desvarío. Lo cierto es que quisiera poder estirar este momento eternamente porque, aunque no tengo miedo, no quiero morirme. Pero no creo que aguante mucho más...

¡Menuda putada! Créeme si te digo que lo más terrible de todo esto es saber que podría haber sido inmortal si las cosas hubieran sido de otra manera. Sin duda, mejor vampira que muerta, ¿sabes?

Creo que habéis tardado demasiado en hacerme ver mis posibilidades... Aún así, gracias por haber perdido tu tiempo explicándome todo esto, aunque ahora ya no sirva de nada...

Me hubiera gustado conocerte mejor, pareces un buen tipo aunque te

empeñes en decir que eres «malo». Y, aunque te pueda tachar de muchas cosas, como mínimo pareces sincero. Sé que te has guardado muchos ases en la manga, pero al menos tuviste la decencia de no apropiarte de méritos ajenos para llevarme a tu cama, pues dejaste muy claro que tu protección obedecía a órdenes supremas. Eso ya te exime de otros cargos...

Ufff... ¿No dicen que desangrarse es una muerte dulce? Pues a mí me está doliendo muchísimo... Además me estoy congelando, claro que ya tendré tiempo de calentarme en el infierno...

¡Menudo desperdicio! ¡Deberías de haber aceptado mi sangre anoche! Al menos hubiera servido de algo.

Eso sí, para mi satisfacción personal, me queda el consuelo de que, ya que no te acostaste conmigo para calmar el hambre, lo hiciste por deseo auténtico; no de ése autoinducido del

que me hablaste.

No tiene sentido pensar que lo hiciste por compasión, porque me da en la nariz que ese proceder no está entre los rasgos de tu personalidad. Y, si no es así, ¡qué más da!, es bueno morir soñando. Nadie me va a despertar...

A propósito, el sexo fue increíble. Nunca había tenido una noche igual en toda mi vida. Ya sé que la experiencia es la madre de la ciencia y tú debes de tener mucha a tenor de tu edad que, por cierto, nunca me atreví a preguntarte cuál era. Ya da igual, aunque tengo que reconocer que tengo una curiosidad morbosa...

Estoy muy cansada... Creo que voy a tirar la toalla...

Gracias... por..., mi primera... y última... noche... de placer absoluto...



Marcos se retorció de nuevo en el asiento del copiloto. Marina había vuelto en sí. Al principio no pudo comprender lo que pensaba, pero el dolor era casi insoportable y notaba cómo la energía la abandonaba con cada latido.

Lucas parado junto a la acera, esperaba en silencio a que su master dijera algo que pudiera ayudarlos.

—¡Se está muriendo! —rugió hecho una furia—. ¡No pares, sigue hacia delante!

Atontado, se sujetó la cabeza. De pronto, los pensamientos de Marina fueron tan nítidos que parecía que estuviera hablando a su lado. El impacto de lo que percibía, quizá por inesperado, era devastador. Aquellas palabras iban dirigidas a él.

—¡En el acceso a la M40! —rugió—. Llama a Solano, que mande a unos cuantos de los nuestros y también al SAMUR.

Lucas aceleró como si le persiguieran todos los diablos del infierno mientras él sacaba de la

guantero el piloto magnético lanza destellos y lo conectaba al mechero. No era la primera vez que se hacían pasar por falsos secretos.

Cada cual iba centrado en sus pensamientos.

Había conseguido anular el dolor que recibía, pero sentía una pena tan profunda que estaba seguro de que si le quedara un mínimo de humanidad se pondría a llorar. Le hubiera gustado poder contestar las preguntas de la *fatum*, incluso lo hacía para sus adentros, pero ella no se había conectado con él y no recibía las respuestas. Era inútil, pero aún así no podía evitarlo.

«Aguanta, Marina, por Dios. Vamos a por ti...», intentaba consolarla.

No tardaron ni cinco minutos en llegar al lugar del accidente, pero a él se le antojó una eternidad.

Abandonó el Q7 antes incluso de que Lucas frenara por completo, y corrió hacia el coche siniestrado apartando a los mirones.

Marina yacía dentro, inconsciente, en una postura complicada. Necesitaba sacarla de allí aunque fuera ya demasiado tarde.

Arrancó de un tirón la puerta del copiloto, que se había quedado bloqueada entre el amasijo de hierros. Una vaharada dulzona le inundó las fosas nasales. La sangre lo impregnaba todo. Por primera vez en muchos, muchísimos años, aquel olor fresco y estimulante le provocó una arcada.

Con dedos temblorosos buscó el pulso de Marina en la yugular. Era muy débil, pero aún sentía el latido bajo sus yemas. Elevó una plegaria de agradecimiento al Cielo.

—Aguanta, cariño. Sólo un poco. Voy a sacarte de aquí —dijo en un susurro.

Miró el pedazo de cristal que Marina tenía incrustado a poca distancia de la femoral. Afortunadamente no parecía haberla seccionado por completo, seguramente por eso todavía estaba viva.

—Marcos —escuchó la voz de Rúbem a su espalda—, haz algo hombre. Restaña esa herida ya o tendré que hacerlo yo...

Se giró y miró a Rúbem anonadado.

—¡Vamos! ¡Cauteriza el corte antes de que sea demasiado tarde! —le exigió el Master

Supremo, perdiendo la paciencia—. Y, si no, quítate del medio y déjame a mí.

No esperó más. Tomó la esquirra que asomaba sobre el muslo de la muchacha y, cuando iba a tirar de ella para sacarla, Rúbem le detuvo.

WebenSenu había desgarrado un trozo de su propia camisa y tenía la mano envuelta con él.

—No podemos correr riesgos. Si te cortas no podrás acercarte a ella —aclaró.

Rúbem tiró con fuerza del mortífero estilete y un chorro de sangre fresca le salpicó en los ojos. Como impulsado por un resorte, se abalanzó sobre el muslo de Marina y empezó a lamer la carne desgarrada.

Retiró con la lengua la sangre que manaba copiosamente de la herida. Tragó. Era ambrosía para sus sentidos, pero la preocupación le impedía deleitarse en un sabor que, en cualquier otra circunstancia, hubiera inflamado su espíritu.

Con cada trago sentía que la conexión era más potente y los lazos cerebrales con Marina se estrechaban hasta límites que nunca creyó posibles. Sabía que aquello le reportaría

demasiados problemas en un futuro no tan lejano, pero ahora su único objetivo era parar aquella terrible hemorragia.

Y para ello tenía que ser especialmente cuidadoso. Tenía que centrarse en lo que estaba haciendo, ya afrontaría las consecuencias cuando se produjeran. De momento debía de conseguir, a cualquier precio, que sus colmillos permanecieran en las fundas, ya que si por error los clavaba, automáticamente introduciría la enzima que impediría la cicatrización.

Los contuvo con un gran esfuerzo.

Limpió la zona con mucho cuidado y cauterizó los pequeños capilares de la piel. Luego, como si fuera un cirujano, introdujo la punta de la lengua en la sección que había abierto el fragmento de cristal, hasta alcanzar la vena sesgada, dejando que las lisozimas de su saliva actuaran como debían. El potente flujo que de allí manaba estuvo a punto de ahogarlo.

Sentía cómo le resbalaba por la comisura de los labios y chorreaba hasta introducirse por el cuello de la camisa. Casi no podía respirar, pero

no podía retirarse para hacerlo. Sabía que su saliva era mucho mejor cicatrizante que cualquier producto químico que la medicina hubiera inventado.

Al poco rato notó que, con cada débil latido del maltrecho corazón de Marina, la sangre brotaba por fin en menos cantidad. Iba a tener un buen dolor de estómago por sobrealimentación más tarde, pero nada que no pudiera soportar.

Después de todo, nunca había estado más agradecido a la alteración genética de su duodécimo cromosoma.

Por fin dejó de sangrar. Era consciente de que la herida era tan grave que su cura no era más que un parche y que cualquier movimiento podría volver a abrirla, pero no se le ocurría nada mejor en esos momentos. Marina estaba a punto de morir desangrada. No podía esperar a que llegaran los médicos y le hicieran una sutura.

Pasó la lengua con mucho cuidado por los bordes de la herida. Primero en sentido vertical y luego horizontal, hasta que quedaron cerrados por completo. Afortunadamente el corte había sido

limpio.

Como en una película de ciencia ficción de serie B, aquel tajo cerraba a una velocidad prodigiosa. En otras circunstancias, hubiera sonreído. Esa tarde nada le provocaba aquel gesto.

Una cálida mano se posó sobre su hombro. Se retiró con cuidado, un tanto mareado por la sobredosis de sangre, y dejó que Rúbem se acercara a Marina para evaluar la situación.

—Bueno, Marcos, has hecho todo lo que has podido. Ahora vamos a intentar sacarla de aquí, sólo está retenida por este hierro —dijo señalando un trozo de chapa metálica del chasis del coche que se había introducido hacia adentro del habitáculo—. Yo lo levanto y tú tiras de Marina, ¿de acuerdo?

Se limitó a asentir con la cabeza. Estaba destruido anímicamente.

—Entonces, a la de tres. ¿Preparado? —Otro cabezazo—. Uno... Dos... y, ¡Tres!...

Él se sentó en el arcén con Marina en el regazo. La miró a la cara y el corazón le dio un

vuelco.

Bajo la luz de la farola de la autovía, la palidez del rostro de la joven, totalmente laxa en sus brazos, era cadavérica. Rúbem se agachó a su lado y acarició el rostro de Marina. Luego suspiró mientras intentaba localizar el pulso.

—Le queda poca sangre en las venas. Necesita una transfusión con urgencia o morirá —añadió, al tiempo que le tendía un trozo de su ya desastrada camisa—. Toma, límpiate esa cara. Parece que acabas de cometer una carnicería —le regañó en árabe.

Obedeció y empezó a limpiarse la cara y las manos. Sabía cómo mantenerla con vida. Iba a hacerlo sin plantearse ningún juicio de valor sobre si aquello era lo correcto o no.

—Le daré mi sangre —dijo mientras se llevaba la muñeca a la boca para taladrarla con su dentadura.

—¡Quieto! —le detuvo Rúbem, sujetándole el brazo en mitad del movimiento—. No lo harás, Marcos. —Una orden que parecía casi una súplica.

—Puede recibirla, yo estoy conectado a ella —aclaró.

—Sé que puede, pero si lo hiciera, habida cuenta de la poquísima sangre que le queda en las venas y tu antigüedad, la traerías al Otro Lado de inmediato. —Se detuvo unos segundos para dejar que aquella información calara en él—. Aún estamos a tiempo si nos damos prisa de llegar al hospital para que la transfundan. Tiene derecho a *elegir*, Marcos, tú no debes hacerlo por ella... Al menos mientras quede una pequeña esperanza —remató, al cabo de otra pausa más larga.

—Ya ha elegido, Rúbem. No quiere morir, prefiere convertirse. Me lo ha dicho antes...

—Da una oportunidad a que lo haga sin presiones; seguro que te alegrarás de ello más tarde. Si de camino vemos que no queda más remedio, yo seré el primero en asistirte —le convenció.

—Bien, pongámonos en marcha entonces. Ahí viene el SAMUR.

Se levantó con ella en brazos. No pesaba más que una pluma. Con mucho cuidado para no

dañarle la pierna fracturada, se dirigió hacia la ambulancia que frenaba junto a él. Dentro iban dos hombres del Linaje, como casi todos los que estaban por allí atendiendo el accidente. Solano había hecho bien su trabajo en esta ocasión.

—Necesita una transfusión urgente —rugió al camillero—. Tiene 0 positivo. ¿Lleváis existencias?

—Sí Master —confirmó el paramédico.

—Bien, entonces no hay tiempo que perder. ¿Vienes, Rúbem? —preguntó mientras entraba en la ambulancia y depositaba a Marina con mimo sobre la camilla.

—No, no es necesario, está en las mejores manos. Lucas me necesita más que vosotros dos. Os veré en el hospital.

Capítulo 13

LUCAS no notó la llegada de Rúbem. Con la espalda apoyada contra el quitamiedos de la autopista y sentado en el arcén, sujetaba el cuerpo inerte de Belén contra su pecho. Estaba desolado. ¿Cómo había ocurrido todo aquello?

Tomó un mechón del largo pelo de la muchacha entre los dedos y lo dejó escapar despacio. Se sentía impotente.

Belén agonizaba en sus brazos. La bala había entrado por la parte externa del omóplato en un ángulo descendente, agujereando el pulmón izquierdo. El ruido sibilante de la errática respiración lo ratificaba. No había forma de parar la hemorragia. No llegaría viva a ningún hospital por muy cerca que estuviera.

Rozó delicadamente con la punta de los dedos la escocedura que la joven lucía en el hombro y el brazo. El asfalto había destrozado el ligero jersey de algodón y había abrasado la

delicada piel. Debía de dolerle. No pudo evitar cerrar los ojos y lamer la herida, dejando que el ácido ascórbico que contenía su saliva le calmara la picazón.

Era absurdo, aquel acto no serviría de nada, pero acallaba a su bestia. De no ser por aquel disparo, Belén estaría prácticamente ilesa a excepción de unas cuantas quemaduras. Había sido una suerte que hubiera salido despedida del coche por el cristal delantero, entre otras cosas porque, de no haber sido así, hubiera muerto al instante. El puesto del conductor había desaparecido por completo en la última voltereta.

Sin embargo, aunque la suerte había estado de su parte, el destino había dicho la última palabra colocándola en la trayectoria de una bala que no estaba destinada a ella. Ahora apenas si le quedaban un par de latidos.

De hecho, ya estaba clínicamente muerta. Sólo había una cosa que pudiera hacer para evitar que el círculo se cerrara. Y lo haría. La convertiría, por arriesgado que fuera intentarlo. Le importaba un comino saber que iba a tener

problemas muy graves.

Hacer pasar a alguien al Otro Lado sin el consentimiento del Consejo, acarrearía un juicio sumarísimo del que muy pocos habían salido indemnes a lo largo de la historia. Hacerlo con Belén conllevaría connotaciones negativas añadidas; era hija de dos baluartes de la sociedad vampírica y hermana de uno de los hombres de Pessaro. Y para hacerlo más complejo aún, todo el mundo sabía que la muchacha se había negado a convertirse en vampira cuando adquirió la madurez y los requisitos necesarios, si bien estaba comprometida con el Linaje hasta el fin de sus días.

Por lo tanto, al no contar con su consentimiento personal ni el de ninguno de sus familiares, que en un caso tan extremo como el que les ocupaba hubieran podido tomar una decisión por ella, lo que había decidido hacer era un pasaporte directo al patíbulo. Pero no le importaba.

Bajo ningún concepto pensaba dejarla morir.

Le daba igual que, en el mejor de los casos,

su puesto como lugarteniente del master español fuera revocado de inmediato. Era lo lógico. Un hombre en su posición tenía que conservar la calma y seguir las Normas, por lo que ni siquiera podría apelar a la tensión del momento.

De nada servía ya negarlo durante más tiempo.

Había visto nacer a Belén. La había visto crecer y convertirse en una mujer y, desde luego, no pensaba verla morir.

Lo sabía desde hacía años, aunque muchas veces se había preguntado cómo podía haberle ocurrido. Se había auto-convencido de que podría superarlo, de que no era más que un capricho; pero no había día que no analizara aquellos sentimientos tan encontrados y el subconsciente le confirmara que el momento de recobrar el sentido común no había llegado aún.

Que todavía seguía enamorado de Belén.

«¿Por qué tenía que pasarle aquello a él? ¿Desde cuándo se podía enamorar un vampiro?»

No iba a pensarlo más. El tiempo de Belén se agotaba, pero no podía hacerlo allí, ante los ojos

de todo el mundo.

Lo haría en la ambulancia que llegaba en esos momentos. Marcos acababa de abandonar el lugar en la otra unidad del SAMUR, con Marina en los brazos, camino al hospital. Él lo haría en la siguiente con Belén, pero jamás llegarían al centro sanitario.

Unas manos grandes, del color de la miel, le arrebataron a la muchacha de entre los brazos. No se la iban a quitar ahora. ¡De eso nada! Quiso rescatarla, pero no podía arriesgarse a hacerla sufrir con un movimiento demasiado brusco. Levantó la mirada y se enfrentó a los oscuros ojos de Rúbem.

El serio rostro del Master Supremo estaba borroso. ¿Cómo podía ser?

«Dios mío, ¡qué bochorno! Que no sean lágrimas, por favor», rogó, pero sabía que sí lo eran. Aunque, llegados a ese punto, le importaba muy poco lo que el jefe de todos los vampiros pudiera pensar de él; al fin y al cabo tenía los días contados.

—Yo me haré cargo de ella —dijo,

poniéndose en pie y volviendo a coger a Belén en sus brazos. Rúbem le dejó hacer.

No era ni el momento ni el lugar de ponerse a discutir. Luego subió tras Lucas a la ambulancia. Ésta se puso en marcha escoltada por el ruido de la sirena.

Rivero miró a WebenSenu. Hubiera preferido estar solo, pero ni siquiera la poderosa presencia de aquel hombre impediría que hiciera lo que había decidido.

Dejó que sus colmillos resbalaran de sus fundas y se los llevó a la muñeca. Un potente zarpazo le retiró el brazo del camino que buscaban sus dientes.

—¡No! —sentenció Rúbem.

—Voy a hacerlo, Master —aseguró—. Es mi decisión.

—¿Vas a desobedecer mis órdenes?

—No. Voy a hacer un trato contigo.

Rúbem le miró, anonadado por la insolencia que acompañaban sus palabras; las de un muchacho que ni siquiera era un antiguo y no formaba parte del Consejo. El Master Supremo

levantó una ceja y dejó que el sarcasmo se filtrara en cada palabra.

—Me gustaría escuchar esa propuesta...

Aquella escueta frase le dejaba muy claro que la negociación no era factible. Aun así, era la única oportunidad que tenía y no iba a dejarla pasar. El tiempo se acababa...

—Te cambio mi vida por la suya.

—Tú ya no tienes vida con la que negociar...

—Aún así, te evitará trabajo, Master.

—¿Cómo? —preguntó BenSenu, incrédulo—.

¿Me estás diciendo que estás dispuesto a sacrificarte para que ella pase al Otro Lado?

—Sí —respondió valientemente—. Te ahorraré los juicios sumarísimos. No quiero reproches, no quiero sermones... Sé que su familia se indignará por haberla traído sin su consentimiento ni el de ella y que pedirán mi cabeza. No será necesario todo eso. La asistiré en su transformación y, cuando sea capaz de valerse por sí sola, me entregaré a quien el Consejo dictamine.

—¿Por qué?

—Por muchos motivos, Master, pero sólo hay uno que encontrarías válido. Te ahorraré los demás y sólo alegaré que porque se lo merece: puso su vida al servicio de la seguridad de una *fatum* y la salvó... Eso te da derecho a ser el único que puedes decidir en este caso.

Rúbem no contestó. Sin embargo, sus siguientes movimientos resultaron ser toda una declaración de intenciones.

Se agachó para levantarse la pernera derecha del pantalón vaquero y la subió hasta poder acceder a la caña de la bota campera. De ella extrajo una extraña daga ceremonial que empuñó con firmeza.

Luego tomó con fuerza su mano y, sin mediar palabra, le hizo un profundo corte en la muñeca.

Le sorprendió la velocidad con la que había ocurrido todo, ya que no fue consciente de lo que había pasado hasta que vio que su sangre goteaba sobre los violáceos labios de Belén.

—Tienes siete días, Rivero. Pasados estos, te presentarás a mí. —Lucas accedió con una sonrisa tan repleta de felicidad, que WebenSenu no pudo

dejar de sentir una punzada de anhelo y el amargo sabor de la envidia en la boca.



Marina despertó despacio. Le dolía todo el cuerpo, pero se sentía algo más fuerte que cuando se desmayó. De cualquier manera no podía moverse. No podía mover las piernas.

Quiso levantar la mano derecha, pero tampoco pudo. ¿Dónde estaba? ¿Estaba muerta? Debía de haber ido a parar al infierno, porque se encontraba fatal y tenía la cabeza embotada.

Abrió los ojos lentamente, con miedo a lo que pudiera descubrir cuando lo hiciera.

Y entonces, gritó. O eso intentó, pero sólo salió de su boca un ruido seco, que pareció más un graznido que una expresión de angustia. El terror se apoderó de todo su ser. El agraciado rostro de Marcos Pessaro estaba a escasos centímetros del de ella.

—*Schssssss*, calla —dijo Marcos en voz baja colocándole la punta de los dedos sobre los labios—. No hables, Marina.

Piensa lo que quieras decirme, yo te escucharé y te responderé en voz alta.

—*¿Qué haces aquí?* —gritó alto y potente en su mente—. *¿No estoy en el infierno? ¿Qué me ha pasado? ¿No me he muerto? ¿Dónde estoy?*—Su cerebro trabajaba a mil por hora, mucho más rápido de lo que hubiera podido hacerlo su lengua, y tenía demasiadas dudas en ese momento.

—Tranquila, *cara*. Todo está bien —respondió—. No, no te has muerto. —Sonrió—. Estás en el hospital.

Miró a su alrededor. Una pulcra y acogedora habitación parecía darle la bienvenida. De su brazo derecho salía una vía por la que pasaba sangre desde una bolsa colocada sobre su cabeza. Había también otras botellas de líquido balanceándose del mismo soporte metálico, pero no estaban conectadas a ella en esos momentos.

—Tengo frío—pensó.

—Enseguida entrarás en calor. Vas a ponerte bien.

De pronto el pavor inundó su cuerpo. ¿Por qué no podía sentir las piernas?

—¿Me han cortado las piernas, Marcos?—

preguntó con una angustia que podría haber destrozado el corazón más pétreo del universo.

—¡No, por Dios! —gruñó en respuesta.

—Pero, no las siento...

—Te han puesto la epidural para colocarte los huesos que te partiste en el accidente. Hicimos todo lo que pudimos cuando te encontramos, pero tienes la tibia y el peroné rotos. Eres una chica muy fuerte y te recuperas rápido. Mira... — Levantó las sábanas para que pudiera ver que no le mentía.

Se incorporó ligeramente. Notó un ligero mareo, pero dejó pasar la oleada y se sobrepuso al malestar. Necesitaba saber.

Tenía la pierna izquierda escayolada hasta el muslo, y se dio cuenta de que en realidad le dolía, sí, pero muy poco. La derecha estaba vendada y atada a un soporte, para que no pudiera moverla. Recordaba el trozo de cristal clavado en aquel lugar. Posiblemente la habrían cosido e inmovilizado para impedir que volviera a abrirse la herida. Tenía un apósito en la zona y no podía

ver los destrozos que habría debajo. Seguro que cuando empezara a recobrar las sensaciones iba a escocerle un montón... Ya no tenía tanto frío como antes de desmayarse, pero aún sentía el hielo en su interior. Se dejó caer sobre la almohada, exhausta por el esfuerzo.

—Estás pálida como la misma muerte, Marina. Anda, descansa —dijo Marcos mientras ajustaba la ropa de cama a su cuerpo y ponía otra manta sobre las que ya aguantaba.

Cerró los ojos y se relajó respirando profundamente. De pronto, otra preocupante idea acudió a su maltrecho cerebro.

—¿Y Belén? ¿Cómo está?

—Está bien. En unos días estará totalmente recuperada.

—¿También está hospitalizada?

—No, está en mi casa. No te preocupes por ella, la verás muy pronto. Está bien, de verdad.

—¿Cómo nos encontraste?

—Tú me dijiste cómo —contestó él—. Escuché tu despedida y, gracias a Dios, se te ocurrió decirme el punto exacto dónde habíais

tenido el accidente.

No era capaz de entender lo que Marcos decía. No recordaba haber hablado con él, pero estaba tan cansada... En el fondo le daba igual, lo único que sabía es que estaba a salvo.

De momento.

—*¿Me habéis convertido?*—preguntó al cabo de un rato, cuando la incertidumbre inundó de nuevo su mente.

—Oh, no. Lo sabrías de ser así —la tranquilizó—. Ahora duerme. Necesitas recuperarte. Te están poniendo transfusiones desde que llegaste y te pondrás bien en un par de días como mucho.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hace unas cuantas horas. No sé... —Miró el reloj de la muñeca—. Cinco, creo.

—¿Cinco horas inconsciente?

Tenía la sensación de que habían pasado, sólo, unos breves segundos.

—Sedada —la corrigió—. Descansa. Ya habrá tiempo para las respuestas. Estaré aquí cuando despiertes.

La máquina de la Unidad del Dolor a la que estaba conectada pitó en esos momentos. Segundos más tarde todo se volvió oscuro de nuevo.

Esta vez, Marcos sonrió.

Cuando volvió a despertar estaba más descansada, pero seguía sintiendo la cabeza embotada, posiblemente debido a los analgésicos y a la medicina que le suministraban por vía intravenosa. Abrió los ojos. La luz de las farolas de la calle entraba por la ventana situada a la derecha, derramando su brillo sobre el sillón que había junto a ella y en el que dormitaba, con un libro entre las manos, un Marcos al que en las arrugas del ceño se le podía leer con claridad la preocupación y la fatiga arrastradas en las últimas horas.

Supuso que, después de que ella recuperó la consciencia, tras lo que debió de ser una cura bastante larga para poder reparar los daños, Marcos se permitió el lujo de relajarse y el sueño había terminado por vencerle, aunque el descanso era, a todas luces, superficial e inconstante.

Pudo observar lo que le rodeaba con más

detenimiento, aunque la iluminación era pobre. Estaba entumecida y se sentía sucia y sudada, pero estaba relajada.

Su mente estaba mucho más lúcida y recordó todo lo que había ocurrido y sentido en los últimos diez días. ¿Por qué sería que se le antojaban, ahora, como si se tratara de diez lustros?

Su vida, hasta hacía poco tranquila y estructurada, se había desmoronado como un castillo de naipes. Había pasado de ser una vulgar ejecutiva con un futuro esperanzador, a ser una elegida de la Madre Naturaleza para traer al mundo seres con unas connotaciones que, ni siquiera en su desbordante imaginación, había creído realmente que existieran. De inventar locas aventuras que animaran su día a día, y a las que daba vida a través de las páginas de un libro, a ser la protagonista de una historia tan espeluznante que incluso la había llevado a las mismas puertas del infierno. De tener una existencia sosegada y anodina, en la que rara vez pasaba algo que no hubiera sido previamente planificado con semanas de antelación, a ser la pieza maestra en un mundo

tan vertiginoso que le daba pavor mirar en su interior.

Hacía tiempo que había renunciado a las aventuras amorosas que no la llevaban a ninguna parte y, sin previo aviso, estaba involucrada en una historia con un vampiro que había dado la vuelta a sus fantasías sexuales y que le había salvado la vida. De pronto la alarma la invadió.

El hombre que dormía a pocos metros notó su inquietud y despertó sobresaltado.

—Estoy bien, Marcos. Vuelve a dormirte — dijo con la voz todavía ronca.

Marcos la miró con sorpresa. Ni siquiera se había dado cuenta de en qué momento había sucumbido al sueño.

Los acontecimientos y la presión de los últimos días habían minado su resistencia física. En situaciones normales, después del atracón de sangre que se había dado, hubiera permanecido alerta mucho más tiempo, pero estar conectado a una *fatum* gravemente herida le exigía un gran esfuerzo.

Ahora mismo podía sentir la punzada de

miedo que se alojó en el corazón de Marina y la preocupación por todo lo que había ocurrido la tarde anterior invadiéndola como una marea negra. La muchacha necesitaba saber...

—¿Conseguisteis capturar al *mutato* que me atacó? —preguntó por fin.

—¡Ojalá! Pero no, cuando llegamos se había dado a la fuga. No pienses en él ahora, ya lo pillaremos...

—Disparó a Belén y la hirió —insistió.

—Sí, pero lo pagará con su vida.

—¿Seguro que ella está bien?

—Seguro. En unos días lo comprobarás con tus propios ojos; en cuanto pueda, vendrá a visitarte.

Marina no insistió en ese punto. Suponía que había sido sólo un rasguño, puesto que ni siquiera la habían llevado al hospital, y que se habrían encargado de ella en lo que fuera que tuvieran como enfermería los vampiros. En todos los libros de ficción se hablaba de algo similar. Seguro que contaban con una instalación de ese tipo a fin de no dar demasiadas pistas a los no iniciados.

—¿Y qué pasó con los hombres que habías puesto para que me guardaran las espaldas?

—No te preocupes, se están recuperando. Una partida de rescate los encontró y llegó a tiempo de salvarles la vida a los dos.

Se quedó pensando durante un rato. Marcos actuaba de una manera muy extraña. Estaba muy serio y parecía que le costara trabajo responder a sus preguntas.

—¿Qué hora es?

—Las seis y pico de la madrugada —contestó él después de consultar el reloj que llevaba en la muñeca.

¡Apenas unas horas! Pero ella no era la única que había cambiado en aquel lapsus de tiempo. Marcos también lo había hecho. Podía notarlo por la tensión que soportaban cada una de las frases que él emitía. Quizá fuera producto del cansancio, o tal vez de su imaginación, pero lo notaba frío y distante. Sus respuestas se ajustaban estrictamente a lo que le preguntaba y eran escuetas y cortantes; casi incitándola a detener por completo el interrogatorio. Se mostraba tan diferente a cómo lo

había hecho cuando la aleccionaba sobre la otra vida que se desplegaba ante sus ojos...

Recordó que veinticuatro horas antes era incluso mucho más cercano todavía. Entonces no sólo atendía las dudas de su mente, sino que también consolaba las necesidades de su cuerpo como ningún otro hombre lo hubiera hecho jamás. Y sonreía mientras lo hacía... ¡Eso! ¡Era eso! Marcos necesitaba poner distancia entre ellos. Lo entendía.

Si tuviera fuerzas le explicaría que no tenía por qué preocuparse. Que ella era consciente de que aquello había sido una relación efímera y que jamás se le ocurriría pedirle explicaciones ni reclamarle obligaciones... Lo haría más tarde, en cuanto descansara.

El silencio cayó como una losa. Al cabo de algunos minutos, Marcos se levantó del sillón y se aproximó a la cama.

—Te pondrás bien, Marina. Estás bien atendida, los médicos han hecho todo lo que estaba en sus manos para que lo consigas. En unos días te darán el alta hospitalaria. —Parecía algo

arrepentido por su actitud.

—Me pondré bien, sí, pero nunca podré regresar a mi vida anterior...

Las palabras que salieron de su boca le dejaron un regusto amargo. Marcos no dijo nada, sólo siguió mirándola con aquellos acerados ojos que parecían taladrarla hasta el más recóndito rincón de su alma.

—¿Éste es un hospital para vampiros? — preguntó para cambiar de tema, ya que no quería pensar sobre ese aspecto en estos instantes. Aunque él no parecía inclinado a la conversación, no deseaba volver a quedarse dormida.

—No. Es un hospital normal y corriente en el que hay algunos vampiros trabajando.

—Espero que esté cubierto por mi póliza de seguro...

—No te preocupes por eso. La Comunidad sufragará todos los gastos.

Iba a protestar, pero lo pensó mejor y se calló. Al fin y al cabo estaba en aquellas circunstancias por culpa de ellos, así que bien podían hacerse cargo de todo. Además, el humor

de su acompañante no era el mejor para enzarzarse en una disputa.

—¿Estás aquí desde que me ingresaron? —le preguntó, haciendo cálculos mentales de las horas que llevaba velándola.

—Sí.

—Deberías ir a descansar. Yo estoy bien y todo lo que necesito por ahora me lo puede dar el servicio médico de la clínica. Supongo que aquí estoy segura.

—Lo estás. Y me iré cuando crea que debo hacerlo —replicó cortante al cabo de varias respiraciones.

Afortunadamente, una enfermera entró en la habitación mitigando la rígida formalidad que se había instalado entre ellos. Un médico alto, de negro pelo ensortijado y ojos como el carbón, entró detrás de ella. El oscuro color de su piel, como el chocolate con leche suizo, resaltaba contra su impoluta bata blanca. Sobre la solapa llevaba prendida una chapa identificativa. «Dr. Lara Sanders», rezaba.

—Bueno, bueno... —dijo el facultativo

cuando vio que Marina estaba despierta—. La señorita Miralles ha regresado al mundo de los vivos —comentó con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor en otras ocasiones... —respondió, intentando parecer despreocupada.

El médico contestó a su réplica con una carcajada.

—Bien, vamos a ver qué podemos hacer por remediarlo —explicó, retirando la sábana que la cubría y dejándola totalmente expuesta a la vista de todos—. Marcos —llamó la atención del vampiro, que había vuelto a acomodarse en el sillón—, ¿puedes salir mientras la examinamos? —ordenó más que pidió.

Pessaro puso cara de pocos amigos, pero acató la petición y salió a la antecámara, donde estaban apostados dos de sus hombres. Aquella habitación era lujosa, tipo *suite*, con una sala de estar independiente que daba a un pequeño jardín y muebles de diseño. Parecía más un hotel que una clínica.



Lucas no podía estar quieto. La incertidumbre le corroía como un perro hambriento. Necesitaba hacer algo. Sentirse útil.

Contemplar a Rúbem junto a la cama en la que yacía Belén en un auténtico estado de catalepsia estaba a punto de hacer que se desmoronara totalmente.

Además, aquel hipnótico estado de trance en el que el egipcio se había sumido desde que llegaron la tarde anterior a las habitaciones que él tenía asignadas en la casa, hacía que la paciencia de la que hacía gala habitualmente estuviera a punto de saltar por los aires. No aguantaba ni cinco minutos más aquel runrún incansable de los versos de plegaria a Seth. «*Iao, iao, iave*», recitaba Rúbem sin descanso mientras sujetaba entre los dedos un *ankh* de plata.

Era una monótona letanía que había sumido el ambiente en un espacio atemporal e irreal. Aquel sonido al principio le había relajado, tanto que incluso su angustia y su miedo parecían haberse

mitigado en parte, sin embargo, con el paso de las horas se había convertido en un sonsonete que le desestabilizaba totalmente. Belén tardaba demasiado en salvar el tránsito.

Era consciente de que su presencia allí, en aquellos momentos tan críticos, no era bien recibida ni tampoco resultaba necesaria. Belén no precisaba aquellas vibraciones tan nocivas. Más tarde, si todo salía bien, sí que iba a ser imprescindible que no se apartara de su lado.

Salió de la habitación sin hacer ruido. Después de ducharse y cambiarse de ropa, se dirigió a la oficina. Tenía que hablar con Marcos y contarle en persona lo que había hecho.

Aunque suponía que ya habría sido informado de todo, él le debía una explicación personal. Pessaro era su superior, pero también era su amigo.

Como había supuesto, el Master había llamado a su secretaria y le había pasado una larga lista de tareas. Afortunadamente, la muchacha se había encargado de todo y ya había comprado lo que necesitaría la *fatum* mientras estuviera

hospitalizada. También había preparado los informes que su jefe había pedido. Sólo faltaba alguien que le hiciera llegar todo aquello al hospital. Él lo haría.

Ésa era una excusa tan válida como cualquier otra. Realmente lo que no podía era permanecer en la casa sin hacer nada, sabiendo que la mujer que amaba se debatía entre la vida y la muerte.

Marina se despertó varias veces en las siguientes horas, aunque la tenían prácticamente sedada durante la mayor parte del tiempo. Sentado en el sofá o en una butaca a su izquierda, hallaba siempre a Marcos enfrascado en sus cavilaciones o leyendo la prensa o algún informe financiero que parecían actualizarle con rigurosa puntualidad. No había vuelto a verlo dormido.

La última vez que ella había despertado había sido tras la última visita del doctor Lara y su equipo, hacía sólo unos minutos. Por fin le habían quitado la bolsa de transfusión después de que los resultados de los análisis hubieran sido satisfactorios, y le habían permitido que bebiera un insípido tazón de caldo, que le había sabido a

gloria bendita después del ayuno forzoso.

Esperaba que pronto la dejaran levantarse, aunque no podría ir muy lejos con tantos kilos de escayola en la pierna. Estaba harta de estar tumbada en la cama, prácticamente en la misma posición. Sus momentos de vigilia cada vez eran más largos y había tenido mucho tiempo para pensar, ya que por el contrario, sus conversaciones con Pessaro, casi inexistentes, cada vez eran más cortas.

Si lo que el vampiro pretendía era establecer una distancia entre ellos, ¿por qué permanecía a la vera de su cama como un terrier, cuando podía dejar aquella tarea en manos de cualquiera de sus hombres?

Dos golpes secos en la puerta la sacaron de su meditación. Lucas entró cuando Marcos dio el permiso solicitado. Se sorprendió al ver que el recién llegado lucía un aspecto preocupado y muy desmejorado.

—¡Buenas tardes, Marina! —saludó—. Me alegra encontrarte despierta. ¿Cómo te encuentras?

—Hola —respondió—. Un poquillo mejor,

pero aburrida como una ostra, porque no tengo gran cosa que hacer, salvo dormir y pensar o pensar y dormir. Tu jefe no está muy dicharachero hoy. —Aprovechó para dedicarle un reproche nada subliminal.

Lucas sonrió al ver la cara de sorpresa del aludido.

—Bueno, supongo que no te habías dado cuenta, pero mi jefe no es un gran charlatán —le defendió—. Yo te traigo algo para que te entretengas —dijo tendiéndole una enorme bolsa de papel—. Es posible que a partir de ahora eches en falta alguna de estas cosas.

Ella recibió el paquete como una niña pequeña el día de Reyes. Aunque estaba incorporada levemente, la postura no le resultaba cómoda. Lucas se acercó para ayudarla a sentarse, pero Marcos se aproximó mucho más rápido y, sin decir palabra, se limitó a levantarle la espalda con cuidado y acomodar tras ella otra almohada. Luego se retiró de nuevo al sofá. Lucas se sentó a su lado.

Con la poca movilidad que le permitía el uso

exclusivo de la mano derecha, ya que en la izquierda todavía tenía la vía intravenosa, aunque ahora ya no estuviera conectada a las botellas, empezó a sacar sobre la cama el contenido de su regalo. Una camisola de algodón verde musgo con unos dibujos de abejitas muy graciosos abrochada al frente; una preciosa bata de seda, color verde botella, que le llegaría hasta los tobillos una vez que pudiera ponerse en pie; unas chinelas del mismo color y un neceser que contenía los enseres básicos para el aseo. Había que reconocer que el vampiro había estado en todo.

No sabía qué decir. Estaba deseando poder usar todas esas cosas, especialmente el gel y el champú, aunque sabía que pasarían muchos días hasta que pudiera meterse bajo la ducha.

Miró la fragancia. Le constaba que los vampiros tenían buen olfato, pero nunca se hubiera imaginado que ninguno de ellos fuera capaz de identificar la marca que ella usaba.

—¿Cómo has adivinado mis gustos? —preguntó anonadada.

—Bueno, yo sólo soy el chico de los recados

—respondió—. Fue Marcos quien elaboró la lista.

—Gracias —dijo mirando con devoción al aludido. Ese hombre nunca dejaba de sorprenderla—. Gracias a los dos.

—En la oficina hemos añadido esto otro a la lista del jefe —contestó entregándole un iphone, cargado y en marcha—. Así podrás llamar a tus amigos y entretenerte.

Marina extendió el brazo sano para tomarlo y se lo agradeció.

—El primer registro de llamada rápida es el del teléfono particular de Marcos, el segundo es el mío —siguió explicando Lucas—, por lo demás es más o menos igual que el que tenías antes, pero éste es más moderno y no se puede rastrear. Aquí tienes el libro de instrucciones por si acaso tienes dudas. —Depositó el manual sobre la mesilla—. Es tu mismo número de siempre, ya que tu tarjeta SIM fue rescatada del accidente.

»También te he traído el bolso. El bolso de mano de una chica es sagrado —bromeó—, no lo soltáis ni para ir al baño, así que supongo que lo querrás tener cerca. —Marcos, por fin, se permitió

el lujo de sonreír—. Bueno Master —dijo dirigiéndose a su jefe y dejando otra bolsa de papel en el suelo para él—, si no necesitas nada más, me marchó. ¿Me acompañas a la salida? Necesito hablar contigo. No estaré disponible estos días...

—Claro —contestó él—. No era necesario que lo trajeras tú, cualquiera podría haberlo hecho. Ya estoy al corriente de lo que ha pasado. Deberías de estar atendiendo el asunto que tienes entre manos.

—Gracias Rivero, has sido muy amable — interrumpió Marina.

—Ah, mira, se me olvidaba —se giró Lucas hacia ella y tomando algo de la bolsa del jefe—, te compré el *¡Hola!* en el kiosco de la recepción, para que tengas algo que leer... ¡Mejórate! —dijo a modo de despedida.

Marcos salió con él hasta el pasillo y cerró la puerta de la habitación cuando abandonaron la estancia. Por un momento, la soledad de su cuarto se le antojó maravillosa. Estaba hasta la coronilla de aquella compañía silenciosa que le coartaba

toda intimidad y no le dejaba llorar sus penas a solas.

Si tan fatigosa le parecía a Marcos la tarea de estar a su lado durante la convalecencia, ¿por qué no se largaba de una vez? En lo que a ella respectaba podía marcharse cuando quisiera con tal de que dejara a alguien vigilando la puerta.

Al fin y al cabo, lo único que pretendía era algo de conversación mientras estaba despierta. Eso es lo que suelen hacer los acompañantes de los enfermos y estaba segura de que a ellos temas no les faltaban, puesto que había cientos de lagunas en su educación vampírica. Habían dejado su última sesión de pupilaje en un tema tan amplio y complicado como la «conexión».

Miró hacia la puerta. Esa última línea de pensamiento había hecho que en su cerebro se filtrara de nuevo la palabra «conexión». De pronto, algo que había pasado por alto hasta ese momento hizo que todas las alarmas de su mente saltaran.

Cuando despertó la primera vez, Marcos le dijo que había escuchado su despedida. Debía de

referirse a los pensamientos que le había dedicado cuando creía que estaba muriéndose.

¿Cómo era posible que Marcos los hubiera captado a más de diez kilómetros de distancia? Una cosa era lanzar pensamientos a la persona que tenía al lado y otra que atravesaran medio Madrid...

«Marcos, ¿te has conectado a mí y por eso estás tan enfadado?», pensó. Y según lo hizo se dio cuenta de que acababa de cometer un gran error.

La puerta se abrió con un golpe tan fuerte que a punto estuvo de salirse de los goznes. Los gélidos ojos que la miraban desde la entrada la hubieran paralizado en la cama si no lo hubiese estado ya.

—Lo siento muchísimo —susurró, con una voz tan débil que hubiera sido inaudible para un oído normal—. Jamás tuve intención de que ocurriera...

—No es algo sobre lo que tú tengas poder de decisión.

Aquella era la voz más gélida que había escuchado nunca.

Pero si le cabía alguna duda de que el tema no era nada agradable para Marcos, un terrible portazo, que resonó todavía durante algunos instantes después, corroboró todas sus sospechas.

En esos momentos no supo qué hacer ni decir, así que optó por callarse y mirar hacia el otro lado; hacia el retazo de cielo que veía desde la ventana, apartándole así de su línea visual. Era la única huída que tenía al alcance, pero lo que realmente deseaba era desaparecer, aunque fuera tragada por la tierra.

No entendía cómo había llegado a ocurrir aquello. Marcos le había dicho que era necesario que él bebiera de ella mientras la poseía físicamente por deseo propio, y si bien era cierto que el sexo entre ellos había sido potente y maravilloso, estaba segura de que no había tomado la más mínima gota de su sangre. De hecho, hasta se había sentido rechazada por ello.

En esos momentos entendió el porqué de su terca privación aunque... ¡para lo que le había servido! Al fin y a la postre, los resultados habían sido idénticos y las repercusiones peores de lo que

podía haber imaginado en un principio.

Su ego femenino, sin embargo, salió fortalecido de ese razonamiento, ya que al menos ahora estaba convencida de que el deseo que él había demostrado durante su primera —y última— noche como amantes, había respondido a un sentimiento auténtico.

Se suponía que debía de sentirse mal por todo ello, especialmente por Marcos; pero que el Cielo la amparara, no se arrepentía de nada de lo que había ocurrido y tampoco lo lamentaba. De haber sido de otra manera, lo más seguro era que a estas alturas estuviera muerta.

Por supuesto, no era nada agradable saberse atada psíquicamente a un vampiro egoísta, pero no había nada que pudiera hacer contra ello. Esperaba que juntos encontraran alguna fórmula que le relevara de aquel peso, pero igual que no hubiera podido hacer nada para conseguirlo, en el supuesto de que ése hubiera sido su objetivo, tampoco ahora estaba en su mano devolverle la libertad. Llevarían la carga juntos mientras no tuvieran otra opción.

Volvió la cara despacio. Callar no eludiría el problema. Era mejor que hablaran sobre el tema ahora que estaba candente.

Siempre había sido una mujer que afrontaba los problemas.

—Marcos, lo lamento, de veras. A mí tampoco me hace ninguna gracia que compartas cada uno de mis sentimientos y mucho menos que alcances mis pensamientos más íntimos —«porque para mí es como una violación mental», pensó—, pero así están las cosas y es mejor que hablemos sobre ello —dijo forzando la conversación.

—No lo lamente —respondió algo menos bruscamente—. Efectivamente, de haber sido de otra manera, seguramente no estaríamos hablando en estos momentos —replicó, reconociendo que había seguido el hilo de sus divagaciones.

Ella sintió una ola de angustia elevándose como un maremoto desde el interior de sus entrañas. Haciendo un esfuerzo supremo de concentración, intentó cerrar su mente a toda intrusión ajena. «¿Tenía la más mínima posibilidad

de ocultarle alguno de sus pensamientos...?» Se sentía desnuda y privada de su más arraigado bien: su libertad. No sólo física, sino también mental. «¿Podría sentirse alguien más despojada y vulnerable...?» «Crees que estar “conectado” es malo, Marcos, pero me gustaría saber cómo te sentirías si estuvieras en mi pellejo», pensó.

—Tengo que reconocer que ésa es la parte que me alegra de todo esto —asumió ella por fin—. Tal vez fue un error despedirme de ti el otro día, te hubiera ahorrado muchos trastornos de no haberlo hecho; pero confieso que no me arrepiento de nada. Tenía mucho miedo y me estaba muriendo. Necesitaba *hablar* con alguien que me comprendiera —se excusó, a punto echarse a llorar—. Ni siquiera sabía que me estabas escuchando porque... —Ya no pudo seguir hablando.

Marcos sintió la pena y la soledad que la embargaron. Un sentimiento fuerte y profundo que le desgarró el alma y traspasó el muro de reserva que había erigido en su interior. Llevaba días batallando contra todo aquello y la única razón era

que tenía miedo de reencontrarse con su lado humano, el que todos ellos poseían pero que relegaban al olvido tan pronto pasaban al Otro Lado.

Los sentimientos les hacían vulnerables, y unos llevaban irremisiblemente a otros, y aunque les fortalecieran en algunos aspectos, la balanza nunca llegaba a equilibrarse. Era peligroso sentir y por eso no era recomendable enlazarse a alguien. Si además ese alguien era una mujer capaz de hacerle perder el sentido de la prudencia, su vida empezaba a valer bien poco.

«De cualquiera de las formas, ¿de qué servía una vida tan larga si estaba tan vacía?», se planteó.

Acercó la butaca a la cama y se sentó en ella, colocando su mano, cálida y elegante, sobre los fríos dedos de Marina.

Ella tenía la cabeza girada hacia el otro costado y su mente era un caleidoscopio de dudas y temores.

—Tranquila. No pasa nada, Marina, ambos nos acostumbraremos a la idea —la consoló—. No soy el primer vampiro enlazado a una mortal y

tampoco seré el último. Te enseñaré a controlar tu mente para que no te sientas... «violada». —Eso le había dolido—. Y te prometo que procuraré quedarme fuera de ella todo lo que pueda. Aprenderás a manejarlo, tu don es muy fuerte, pero ése es un largo camino que no nos queda otro remedio que recorrer juntos.

—No tan largo —respondió volviéndose hacia él—, al menos no para ti. Pronto cumpliré veintinueve años, así que, aun teniendo en cuenta tu especial protección, calculo que como máximo viviré otros cincuenta, sesenta a lo sumo y... ¿qué son sesenta años en la vida de un vampiro?

Él se estremeció ante aquellas palabras. Sesenta años no eran nada, efectivamente, pero ellos incluirían enfermedades y dolores, la vería envejecer y sufriría con ella por cada una de sus penas. En esos momentos le parecieron toda una eternidad de penurias.

—Marina —dijo con suavidad, recuperando el tono de voz grave y cadencioso que ella había conocido en su día—, antes de pensar en morirte tienes que recuperarte. Centrémonos en ello ahora

y dejemos lo otro para cuando llegue el momento. Ahora tienes que descansar, intenta dormir, ¿vale?

Marina cerró los ojos y procuró seguir sus consejos. Sabía, por la conexión, que ella sentía la cabeza como un tambor y empezaba a acusar el cansancio.

Él se permitió el lujo de entregarse a algo que llevaba tiempo deseando hacer, especialmente desde que esa mañana una enfermera le había lavado el pelo en una palangana. Lo acarició con sus ágiles y largos dedos y tomó un grueso mechón de cabellos haciéndolo girar monótonamente sobre el índice y el pulgar.

—Dos mil setenta y seis —dijo de pronto, al cabo de un rato.

—Dos mil setenta y seis, ¿qué?

—Años. Tengo dos mil setenta y seis años. Nací en el año 66 antes de Cristo, en una pequeña localidad de la costa oriental italiana llamada Pisaurum.

—¡Venga ya, hombre!

Él se limitó a levantar las cejas.

—Nadie ha vivido tanto tiempo. ¿Quieres

tomarme el pelo?

—Para nada. Tú me lo preguntaste ¿recuerdas? —Sonrió—. Yo me limito a satisfacer tu «curiosidad morbosa». Si no quieres no me creas, pero nunca te he mentado y no tengo por qué hacerlo ahora.

—Pero, ¿cómo quieres que te crea? ¿Qué pensarías si yo te dijera que tengo más años que Matusalén y que fui amante de Viriato?

—Pues lo primero, que te conservas la mar de bien. Después, que seguramente Matusalén también fue un vampiro. Y por último, que es imposible que sea verdad porque nos hubiéramos cruzado antes a lo largo de nuestra azarosa vida. Somos pocos los vampiros que vivimos tantos años y nos conocemos todos.

—En serio, Marcos. Déjate de bobadas. A ver si ahora va a resultar que te ibas de copas los viernes con Espartaco...

—No, tanto no. —Sonrió de nuevo—. En realidad, cuando yo nací hacía como cinco años que Espartaco había muerto.

Ella guardó silencio durante un rato.

Empezaba a creerle.

—¿De verdad viviste el esplendor de Roma?

—Por desgracia, viví el esplendor y también su caída. Incluso contribuí a ambas etapas.

—¿Qué César era emperador cuándo naciste?

—Ninguno todavía, Marina. En aquella época Roma no era un imperio, era una república. Yo nací durante el consulado conjunto de Craso y Pompeyo.

—Oh, perdona mi ignorancia histórica. Soy una auténtica indocumentada...

—Bueno, también lo son los historiadores y en cambio se dan un montón de aires, así que no te preocupes.

—¿Eras un patricio o un esclavo?

—Anda, duérmete. A los vampiros no nos gusta recordar el pasado —intentó escabullirse.

—¿Me vas a dejar con la intriga...?

Se la quedó mirando y sonrió. Con sólo cinco palabras había abierto las compuertas de la curiosidad de Marina.

—Si cierras los ojos e intentas dormirte, te contesto.

Ella obedeció de inmediato.

—Mi padre fue un vampiro que cayó en las garras de la facción *mutato* sólo un par de años después de mi nacimiento y que murió al cabo de dos siglos. Mi madre era una *fatum* que había recibido el Abrazo unos pocos meses antes de quedarse embarazada y no aceptó de buen grado la llegada de un pequeño *mortal* a su maravillosa vida vampírica recién adquirida. A ella la quemaron en la hoguera, acusada de brujería, en el año 371 d.C., pero yo ni siquiera lo supe hasta mucho tiempo después. Tras mi nacimiento, se deshizo de sus obligaciones maternas dejándome en manos de una patricia de buen corazón que no podía tener descendencia y que estaba casada con un pretor que impartía justicia en lo que hoy se conoce como Pessaro.

—¿De ahí tu apellido?

—Si no te duermes, me callo —la amenazó.

Cerró inmediatamente los ojos de nuevo y él retomó la historia.

—El matrimonio me aceptó de inmediato. Lo normal es que me hubieran tomado como esclavo,

pero ellos prefirieron adoptarme y criarme como el hijo que nunca pudieron tener, así que me dieron su apellido. Marcus Cornelius Pisaurum es mi nombre real. Con ese honor me convirtieron, inmediatamente, en ciudadano de Roma.

—¿Ellos también eran vampiros?

—No, qué va. Ni tampoco se enteraron nunca de las connotaciones sanguíneas de mi nacimiento, ya que mi madre biológica jamás lo confesó. Yo también hubiera muerto en la ignorancia si el destino no se hubiera encaprichado conmigo por algún motivo que aún hoy todavía desconozco.

—¿Fuiste legionario?

—Claro. Ése era mi derecho y mi obligación, como correspondía al hijo de un patricio de una de las más notables familias aristocráticas: *las gens Cornelia*. Fui educado en las letras y las ciencias y, luego, a los diecisiete años, entré a formar parte de las Legiones de Roma, según la tradición de la época.

—¿Luchaste con Julio César?

—No exactamente, pero cuando Décimo Junio Bruto Albino le mató, mi legión fue

convocada por Marco Antonio para participar en la campaña de derrocamiento del asesino.

Marina abrió los ojos de nuevo y le interrumpió en ese punto.

—¿El famoso Marco Antonio? ¿El que se enamoró de Cleopatra?

—Sí, ése —Sonrió.

—Háblame de Marco Antonio. ¿Era buena gente?

—Según lo que entiendas por «buena gente». Tenía unos quince años más que yo y para mí sí lo fue. Éramos amigos y me promocionó. Fuimos algo parecido a lo que hoy llaman «colegas» de marcha... Nos teníamos cariño, pero él era un borracho, golfo y putero jactancioso que se privó de muy pocas cosas en la vida.

—¿Conociste en persona a Cleopatra? ¿Era tan guapa como dicen?

Él no pudo evitar la carcajada.

—Sí, pero antes deambulé un poco por la Roma Imperial. Incluso estuve aquí, en Hispania, como *centurión* de la Legión bajo el mando de Marco Antonio, durante su primer triunvirato.

—¿Tan joven?

—Bueno, tenía veintitrés años, creo recordar.

No era tan joven para la época. Marco Antonio conoció a Cleopatra dos años después.

—Joder, ¡no sólo has vivido el esplendor de Roma, sino también el Egipto de los faraones!

—Sí, pero por hoy se acabó la cháchara. Otro día te contaré mi viaje a Egipto. Ahora tienes que dormir.

Supo que Marina no quería que el sueño le venciera, pero por muchos esfuerzos que hacía para seguir despierta, no podía mantener los ojos abiertos. Aún estaba débil. Había deseado conversación durante días, pero tanta, había terminado por arrullarla y empezaba a sumirse en un profundo sopor.

Sintió la respiración uniforme y profunda de la muchacha. Siguió acariciándole el pelo durante un buen rato hasta que, derrotado por el esfuerzo de recordar, cayó dormido con la cabeza apoyada sobre el colchón, a su lado.

Capítulo 14

—¿QUÉ es lo que ha ocurrido, Sokorov?

La voz baja y letal de Roberto Pérez de Iparraguirre resultó mucho más amenazadora que cualquiera de sus habituales bramidos. El ruso, levantó los hombros.

—Dómine —replicó, utilizando por vez primera el título oficial—, no tuve muchas opciones.

—Siempre hay opciones...

Miró al hombre que permanecía de pie, frente a él, al otro lado del escritorio. La desidia y prepotencia que rezumaban de cada uno de los poros de aquel enorme rubio le sacaba de sus casillas. No parecía nada preocupado por haber fallado tan estrepitosamente en su misión; cualquier otro en su lugar estaría aterrado por las represalias.

No obstante, aquella tarde era la primera vez que veía en él un ligero rasgo de humildad. Al

menos le trataba con la cortesía y la deferencia adecuada a su rango. Aún así, tenía que bajarle los humos a cualquier precio. No podía dejar que aquello se les fuera de las manos. Si ni siquiera Sokorov había sido capaz de llevar su empresa a buen término, realmente tenían un grave problema por delante.

—¡Escúchame, ruso! Este tema es importante y es necesario que neutralices a la *fatum* antes de que los *plumbum crúor* entren en contacto con ella. Si esto ocurre vas a tener un problema mucho más espinoso que el de tener que explicarme cómo casi has conseguido que muera, a pesar de que estabas advertido de que su seguridad era primordial.

Sokorov emitió una irónica carcajada hueca.

—Dómíne, yo no tengo ningún problema. Eres tú quien lo tiene. Y, por lo que veo estás bien jodido, puesto que los *plumbum crúor* ya están en contacto con ella.

—¿Cómo? —rugió Pérez de Iparraguirre, poniéndose en pie como si el rubio hubiera accionado algún resorte con sus palabras.

—Pues el cómo no lo tengo muy claro, pero que ha ocurrido es algo tan seguro como que yo estoy aquí ahora mismo.

—¡No es posible! La pasada semana la chica no tenía ni idea de que nuestra especie existía y dudo mucho que en una semana se haya puesto al corriente de todo.

—Mira, Dómine, no puedo decirte lo que ha ocurrido a ciencia cierta, pero la verdad es que se ha visto varias veces con Pessaro. De eso doy fe y, si no me crees, aquí tienes algunas fotos que lo demuestran —dijo lanzando sobre la mesa un sobre amarillo que sacó del interior de su cazadora de piel.

—Y, ¿cómo es que no he sido informado de esto? —repuso con los ojos inyectados en sangre y una voz tan fría que podía haber helado las calderas del infierno.

Abrió el sobre y miró las instantáneas. Respiró varias veces profundamente y continuó hablando.

—Esto no significa gran cosa. Efectivamente, la *fatum* y Pessaro se han encontrado, vale, pero

estas fotos lo único que demuestran es que él se ha alimentado a placer de ella.

Miró de nuevo la imagen de Marcos con Marina, medio desmayada en sus brazos, subiendo las escaleras de la casa de la joven. No tenía una gran calidad, pero los personajes eran claramente reconocibles. Sintió una punzada de aprensión.

—Eso mismo pensé yo —se defendió Sergei—, pero lo cierto es que ayer, cuando intenté el secuestro, la muchacha demostró estar al cabo de la calle de nuestra naturaleza. Me reconoció casi de inmediato y era consciente de que seres del Linaje la protegían. Se dio cuenta del momento exacto en que dejaron de hacerlo y fue entonces cuando llamó a Pessaro e hizo que él y sus huestes vinieran en su defensa.

—¡Imposible! No hay forma humana de que un no iniciado se haga tan pronto con el control de la situación.

—Imposible o no, es lo que ha ocurrido.

—A Pessaro lo teníamos bien ocupado. Ya me encargué yo de eso, así que dudo que le quedara tiempo para instruir a una inútil florecilla

mortal. Tú sólo tenías que limitarte a que viniera a ti de buen grado. Sabes cómo conseguirlo.

—Dómine, la cosa es más seria que todo eso. La mujer tiene técnicas de control mentales que impiden interferir en su voluntad. No sé cómo ni cuándo los ha adquirido, pero tiene muros cerebrales...

Él sintió que la ira se apoderaba de su maltrecha paciencia.

—¿Qué me estás diciendo, Sokorov? —Se había movido a una velocidad vertiginosa y tenía al ruso cogido por el cuello de la cazadora—. ¡Mientes! Nadie consigue eso en un par de días.

Sergei ni siquiera parpadeó. Sólo dejó que sus labios se curvaran en una sonrisa fría y enigmática.

—Nadie en mi vida me ha llamado embustero. Te sugiero que retires esas palabras...

—¿Qué harás si no lo hago?

No respondió, pero la mirada que lanzaron sus venenosos ojos azules habló por sí misma.

Él analizó en silencio las palabras del sicario dejando que la tensión se apoderara del ambiente.

—Escucha, ruso, voy a darte otra oportunidad. Conseguiré que Pessaro esté realmente ocupado, ya que un rastro de muertes parece no conseguirlo. Tú procura aprovecharlo y tráeme a esa *fatum* cuanto antes.

Sergei dejó escapar otra carcajada repleta de hipocresía.

—Lo haría si supiera dónde está. La muchacha fue rescata del accidente y, a día de hoy, no sé dónde la han llevado.

Él quiso dejarse llevar por su naturaleza en aquellos momentos. Crispó de nuevo los dedos que sujetaban todavía el cuello de la cazadora de Sergei, y que había relajado antes ligeramente, apretando hasta casi ahogarlo.

—Tuve que desaparecer del lugar, Dómine. En cuestión de minutos aquello se llenó de *plumbums cruor*. La mujer que iba con la *fatum*, una mortal que acabó gravemente herida, también ha desaparecido del mapa.

Soltó al ruso y, pensativo, comenzó a recorrer la habitación como un león enjaulado buscando una vía de escape.

Tenía que actuar con rapidez. No podía dejar que aquella oportunidad se le escapara de las manos. Si Pessaro quería guerra, iba a tenerla.

Era un hombre prudente, así que ya había contemplado la posibilidad de que las cosas se torcieran, por lo que hacía días que había estructurado, sólo a falta de que hiciera la llamada telefónica pertinente, una buena campaña disuasoria que mantendría al master de los *plumbum crúor* tan ocupado que no tendría tiempo para otra cosa que no fuera salvar su culo del desastre.

Había movido sus hilos. El contacto proporcionado por su secretario había sido todo un logro, casi sin proponérselo consiguió que el Ministerio de Hacienda aceptara hacer una auditoría oficial a la Fundación Pessaro. La compra del Grupo Arriaga fue el cebo para hacerles creer que la operación no cumplía con los requisitos legales de los estatutos de la fundación. Aquello había sido realmente fácil.

Además, pudo arrancar un compromiso de este mismo organismo para que lo hicieran

coincidir con una inspección fiscal de los últimos cuatro años de todas las empresas que presidía Pessaro a nivel particular. Era el momento adecuado para que la cadena hotelera de lujo que él dirigía, con sucursales en Italia, Francia y la mayoría de países latinoamericanos, sufriera un serio varapalo.

Todo aquello tendría entretenido a Marcos durante una buena temporada. Ahora sólo tenía que poner en marcha la maquinaria del pequeño mecano que había montado para su beneficio personal. Pero, además, se ocuparía de que la prensa se hiciera eco de la operación con una rapidez vertiginosa. Los escándalos públicos eran mucho más nocivos para el Linaje que cualquier otra amenaza.

—Puedes retirarte, Sokorov —dijo por fin, reparando en la presencia del otro hombre, del que se había olvidado momentáneamente—. Quédate en tu hotel y no hagas nada. Yo me ocuparé de reencontrar a la *fatum*. Tendrás noticias mías.

El aludido levantó las cejas, se recompuso la ropa con indiferencia y se giró para desaparecer

de aquel opresivo y añejo despacho.



Marina llevaba un rato mirando al hombre que dormía profundamente a su lado, sentado en el sillón y con la cabeza apoyada sobre la almohada, junto a la suya, mientras mantenía entre los dedos un mechón de su pelo. Pero cuando la enfermera entró en la habitación para hacer la lectura de su temperatura y de las constantes vitales, él despertó como si hubieran accionado un resorte y abrió los ojos, totalmente espabilado y alerta.

Ella sonrió y le dio los buenos días mientras contenía el aliento al sentir el frío contacto del termómetro. Luego tendió el brazo a la enfermera con resignación. En un hospital todo era tan monótono. Era lo más aburrido que le había ocurrido en su vida.

Por fin llegó el servicio de habitaciones de la clínica con dos bandejas de *catering* con el desayuno. «¡Qué asco!», pensó. No tenía hambre, pero como no quería volver a escuchar la consabida monserga de Marcos, obligándola a

comer para recuperarse cuanto antes, bebió con desgana un zumo de naranja natural, comió una pera y dio por finalizado el proceso con un vaso de leche con café soluble y tres galletas insulsas que apenas si fue capaz de tragar.

Él no parecía tener problemas con el sabor de los alimentos. Le miró con envidia, a ella todo le sabía igual. En teoría era un servicio privado y se suponía que tenía una calidad más que aceptable, pero le daba la sensación de que incluso la comida había sido pasada por el autoclave. Oía exactamente igual que la ropa de cama, el horrible pijama que vestía, la toalla con la que se secaba e, incluso, el aire que respiraba. Todo tenía el aroma y el sabor aséptico de un quirófano.

La intimidad de la noche anterior parecía haberse desvanecido, pero al menos la frialdad que se había instalado entre ellos tras el accidente ya no estaba presente. Marcos encendió la televisión con el mando a distancia y, como dos viejos amigos, comentaron las noticias del informativo matinal que emitía *La Primera* y, más tarde, un reportaje sobre la Guerra de Troya que

vieron en el *Canal Historia*. Después de tantas horas de conversaciones casi monosilábicas y un forzado silencio instalado entre ambos, fue una ruptura de la rutina bienvenida y esperanzadora.

Después, cuando llegó la acostumbrada sesión de curas y aseo, Marcos salió antes de que le invitaran a hacerlo. Eran los minutos que aprovechaba para hacer sus gestiones personales en la habitación colindante. En esta ocasión parecía tardar algo más de lo habitual, pero ella no se preocupó en absoluto.

Necesitaba estar a solas para pensar en su futuro, que preveía difícil e incierto. A estas alturas sabía que no le quedaba más remedio que aceptar el empleo que Pessaro le había propuesto, si es que aún estaba dispuesto a mantener la oferta, aunque le asaltaban serias dudas sobre la prudencia de esa decisión.

Aún así, todavía era pronto para analizar las repercusiones que todo aquello tendría en el mañana, por lo que tomó la revista que Rivero había dejado allí la tarde anterior y se dispuso a hojearla. Como siempre, contenía noticias

intrascendentes de gente más o menos importante del mundo de la farándula, la aristocracia y la economía española. Tampoco faltaba algún actor local o de renombre internacional, poniendo al servicio del público sus alegrías y miserias con total falta del decoro. Sabía que muchos habrían cobrado por estar ahí, pero muchos más lo habrían hecho, simple y llanamente, para fomentar y mantener la fama que los alimentaba, igual que la energía vital y la sangre daba vida a los seres que últimamente la rodeaban.

Pasó otra página y su corazón se quedó totalmente paralizado cuando, al girar la hoja, Marcos le devolvió la mirada desde una fotografía tamaño gigante, y otras dos más pequeñas en la siguiente. Una espectacular rubia, con cara de imbécil, estaba colgada de su brazo, vestida de rojo y cuero negro.

El titular, escrito en negrita y versalita, hizo que se le revolviera el café que hacía poco había bebido: «**Marcos Pessaro e Isabel de la Torre, enamorados**».

Un dolor sordo, que empezó en la herida de

la pierna y se fue extendiendo como lava hirviendo por todo el cuerpo hasta alojarse en el corazón, le hizo comprender que aquello no tenía nada que ver con su estado físico ni con un empeoramiento de las heridas. Las lágrimas, que no pudo contener, subieron desde su garganta dejando un reguero de sabor a hiel.

El miedo la inundó. En una décima de segundo lo vio todo con claridad meridiana. ¡Se había enamorado!

Intentó controlarse por todos los medios. Lo último que deseaba en aquellos momentos era que Marcos se diera cuenta de su estado y, menos aún, de sus sentimientos. Tenía que borrar aquel sufrimiento de su corazón y el disgusto de su cerebro.

Además, era consciente de que no tenía ningún derecho sobre el vampiro. Él jamás le había jurado amor eterno y sabía que tampoco lo haría. Su único compromiso era el de protegerla con su propia vida y estaba segura de que lo cumpliría. Él era un ser oscuro, voluble y con muchas necesidades carnales, y no era necesario

apostar para saber que ella no era la mujer que podría concedérselas; así que de nada valía torturarse con imposibles.

Una arcada pugnaba por dejar escapar sus entrañas desde el interior y una sensación helada se le alojó en las venas.

Respiró hondo. Más le valía acostumbrarse a escenas como aquella, porque ahora las estaba viendo impresas sobre el papel *couché*, pero no tardaría en ser testigo de ellas en vivo y en directo. Por mucho que pretendiera ignorarlo, tenía ante sí toda una sucesión de días, meses y años que compartir con él.

Tenía que arrancarse aquel sentimiento del corazón a cualquier precio. O de lo contrario, lo sufriría en silencio; pero nunca haría partícipe de su secreto a Marcos.

En ese momento, él regresó a la habitación.

Marcos sabía que algo iba mal. Algo había trastornado la tranquilidad de Marina, pero no era capaz de llegar al fondo de la cuestión; ella había levantado algún tipo de barrera cerebral. Su humor no era nada halagüeño, después de las noticias

telefónicas que había recibido de sus subalternos, pero estaba dispuesto a enterarse de qué era lo que había alterado de semejante manera a la *fatum*.

Sin embargo, no le hizo falta preguntar. La revista, que se había escurrido de las manos de la muchacha cuando él abrió la puerta, yacía abierta por aquella página.

Se agachó y la recogió. Leyó el titular y revisó por encima algunas de las líneas del texto escrito a continuación. En cualquier otra circunstancia se hubiera limitado a soltar una sonora carcajada y a aprovechar la situación, pero ahora sintió una furia fría y letal. Cerró la revista y la tiró sobre el aparador con desprecio.

—Es mentira —dijo escuetamente.

Marina le miró con una sonrisa. De donde sacaba tanto coraje era algo que ni ella misma entendía, porque lo cierto es que estaba destrozada.

—Marcos, yo no necesito explicaciones. Es tu vida. Que me haya acostado contigo sólo quiere decir que los dos nos dejamos llevar por algo que deseábamos. Creo que en ningún momento nos

juramos amor eterno, ¿verdad? Por mi parte está bien si para ti también lo está. Os deseo lo mejor.

—¡No hay nada que desear, Marina! ¡Es mentira! —se defendió encolerizado—. Esta mujer, a la que cité para alimentarme de ella, llamó a un *paparazzi* para que hiciera las fotos. Ocurrió hace una semana —indicó la fecha, señalando que había sido antes de mantener ninguna relación con ella—. Además, ¡no me acosté con ella!

—Vale, te creo. Sé de qué va todo esto de la prensa demasiado bien. Si tú lo dices no tengo por qué poner tu palabra en duda. —Y lo más gracioso de todo es que realmente le creía; quizá porque tenía necesidad de hacerlo—. Pero, tanto si es verdad como si es mentira, te repito que a mí no tienes que darme explicaciones.

Marcos se sentó en el butacón, buscando las fuerzas que necesitaba para controlar la ira que estaba a punto de desbordarle. Un fuerte golpe dado con los nudillos sobre la puerta relajó el ambiente.

—¡Adelante! —ordenó.

Un hombre altísimo, de casi dos metros, con la cabeza rapada, negros ojos y piel tostada por el sol hizo su entrada con un porte y dignidad indiscutibles. Marcos se puso inmediatamente en pie olvidándose de sus angustias y ella hubiera podido jurar que le había visto hacer una reverencia. Verle adoptar aquella actitud la dejó boquiabierta.

—Marina —dijo a continuación, con solemnidad—, te presento a WebenSenu, Master Supremo de la Comunidad.

Ella comprendió todo de pronto. Sin necesidad de más explicaciones, supo que debía mostrarse respetuosa y agradecida por una visita que nunca esperó recibir y que, pensó, sorprendía incluso al mismo Marcos.

—Es un honor, señor —respondió sin saber en qué términos dirigirse al recién llegado.

—El honor es mío, *fatum*—contestó él con un pesado acento árabe en un correctísimo español.

El uso del tratamiento que el recién llegado le ofreció, en términos casi reverentes, le produjo un escalofrío.

—Me alegro de encontrarte en mejor situación que la última vez que te vi —continuó.

Aquella frase la hizo comprender que él había estado implicado en su rescate. Ella nunca había sido una mujer parca en palabras, y aunque no sabía por qué el jefe máximo de los vampiros se había involucrado en aquella situación y se dignaba a acudir junto a su lecho de enferma, se negaba a mostrarle el temor que le inundaba debido a las repercusiones que todo aquello pudiera acarrear.

Decidió que, como siempre, ante la duda lo mejor era ir con la verdad por delante y lucir un arrojo que no estaba muy segura de poseer.

—Señor —dijo con firmeza—. Bueno... —dudó—, no sé cómo debo dirigirme a usted...

—Llámame Rúbem, como hace tu Master. — Ella estuvo a punto de discutir con él la ascendencia que había otorgado a Marcos sobre ella, pero inteligentemente calló a tiempo—. Y también puedes tutearme si quieres. Todos los vampiros nos tuteamos. Entre nosotros el respeto se demuestra con algo más que la utilización de un

simple pronombre.

Marina estaba sorprendida. A pesar de lo que le había dicho, algo le decía que aquella deferencia no era nada usual, y menos con una mortal.

—Gracias, Rúbem —repuso un tanto cohibida—. Deduzco que estuviste implicado en mi salvamento, por lo que te estoy muy agradecida; al igual que a toda vuestra gente. —De esa manera quería hacer partícipe a Marcos de su reconocimiento, nunca antes verbalizado—. Sin duda no estaría aquí si no hubiera sido por vuestra rápida intervención. Sé que no hay nada que yo pueda ofreceros y que sirva como contraprestación a vuestros esfuerzos, pero si hay algo que pueda hacer para devolveros el favor, lo haré sin dudar.

Rúbem y Marcos no pudieron evitar la carcajada cuando las implicaciones de aquella frase llegaron a sus oídos.

—Niña —dijo el egipcio—, tú no sabes a lo que te estás comprometiendo...

—Sí, Master —le interrumpió dando énfasis

a la palabra y dejando muy claro que lo reconocía como jefe supremo—. ¡Claro que lo sé! Sé que con mis palabras me he cavado una trampa mortal de la que me arrepentiré mil veces a lo largo de mi existencia y, aunque no tengo los suficientes conocimientos para comprender por completo las implicaciones, soy consciente de que al lugar donde me pueden llevar no será adonde a mí me gustaría ir.

Rúbem volvió a reír con aquel sonido profundo con que lo había hecho un momento antes. Marcos, en cambio, estaba blanco como la cal.

—Es lo mínimo que puedo hacer por los que me salvaron la vida —continuó—. Mi abuela me educó en la filosofía de que «de bien nacido es ser agradecido».

—Excelente filosofía. Tu abuela era una mujer muy sabia —aceptó Rúbem.

—No sé por qué me protegéis ni lo que tenéis pensado para mí, pero no dudéis que cumpliré con la parte que me corresponda.

—¡Bien dicho, mujer! —celebró él, al cabo

de algunos segundos, recuperando la seriedad—. Me gusta tu *fatum*, Marcos —dijo dirigiéndose al italiano—. Además, aunque parezca mentira, es sincera —reconoció en voz alta.

Marcos sabía que aquellas palabras habían sido dichas desde el corazón y con total convencimiento de causa, y también que Marina moriría en el intento antes que faltar a ellas. El miedo por Marina se apoderó de él.

—Que conste —se defendió la muchacha—, que lo último que hubiera deseado es verme implicada con un grupo de vampiros a los que posiblemente no entenderé en los días de mi vida, pero a los que serviré por convencimiento propio. Sin presiones y de buen grado. —Ambos estaban mudos de asombro ante aquel discurso que parecía bien ensayado—. Bueno, quizá no siempre de buen grado, tal vez tengáis que aguantarme alguna irreverencia, porque he crecido con una abuela y estoy un poco malcriada —remató con una sonrisa.

Él hizo ademán de cortar aquella perorata. Cada palabra que salía de la boca de Marina la metía en un pozo más profundo. Sinceras o no,

dichas con el corazón o sin pensarlas, eran una red mortífera una vez expresadas en voz alta ante el responsable máximo de la Comunidad. No tendría forma de desdecirse de ellas en un futuro, cuando conociera las implicaciones. Comprometerse a servir al Linaje era una máxima inviolable y ningún error sería perdonado a partir de ahora. Las Normas serían algo que ella tendría que cumplir sin remisión a partir de ese momento.

—No temas, Marcos —le tranquilizó Rúbem antes de dirigirse a Marina con una seriedad imponente—. Niña, te has comprometido ante dos de los vampiros más relevantes de la Comunidad con lo más importante que tiene un ser del Linaje: su palabra.

—Lo sé —le interrumpió—. O lo intuyo, al menos —se corrigió.

Ella no era una insensata. Sabía que sus conocimientos dejaban mucho que desear, pero sintió un nudo de aprehensión cuando se dio cuenta de que Rúbem la había incluido dentro del selecto grupo de «El Linaje» como uno más de todos ellos.

—Bien, me alegro de ello —continuó Rúbem—. Porque acabas de contraer un compromiso definitivo e invulnerable. Nadie te ha obligado a ello, lo has hecho voluntariamente y sin ser siquiera requerida a hacerlo. Por lo tanto, no hay marcha atrás. Te tomo la palabra como Master Supremo del Consejo —dijo haciendo un raro movimiento de manos.

Marcos sintió un temblor que movió cada una de las partículas de su ser.

—Por el poder que ostento, en presencia de testigos —le señaló Rúbem al decir esa frase—, te doy mi palabra de que nunca serás reclamada para realizar algo contrario a la Ley Vampírica ni tampoco a la judicial, ni para llevar a cabo cualquier otro acto deshonroso que tu naturaleza pudiera dictarte. ¡Por Seth! —juró, elevando las manos y volviendo a hacer el mismo signo de antes.

Él, por fin, se permitió el lujo de respirar.

—Bueno —dijo acto seguido WebenSenu relajando el crispado ambiente—, realmente yo no

venía aquí con estas intenciones, pero de haber sabido el resultado lo hubiera hecho antes — continuó haciendo un gesto parecido a una sonrisa —. Vengo a relevarte, Marcos.

Supo que un nubarrón de tormenta se cernía sobre su cabeza. Era cierto que tenía cosas importantes que hacer fuera del hospital, pero era de lo más inusual que Rúbem quisiera ocupar su puesto, aunque podía entender que el Master Supremo quisiera algunas horas a solas con aquella *fatum* en particular. Sin embargo, presentía que los motivos eran algo más que una charla en solitario con Marina, algo a lo que no podía negarse y que no le hacía ninguna gracia.

—¿Ocurre algo grave, Rúbem?

—Grave exactamente, no. Pero sí algo que tienes que atender. Es necesario que te hagas cargo de algunos asuntos de la Comunidad. Además, tienes que descansar.

—Estoy bien, Master.

—De cualquier forma, yo me quedaré con tu *fatum*, chico. —La cuestión no admitía réplicas—. Pero no abandonarás esta sala mientras no te hayas

alimentado como Dios manda —sentenció.

—No. —No era una contestación taxativa, pero implicaba la firmeza de su decisión.

—Sí —replicó el otro vampiro con una orden.

—Aquí no, por favor —pidió el más joven—. Vayamos fuera entonces...

—¡No! ¡Aquí! —decretó—. Ella conoce tu naturaleza —continuó, abriéndose la vena de la muñeca con sus colmillos sin contemplaciones—, y tarde o temprano tendrá que acostumbrarse a esto y a muchas otras cosas inherentes a nuestra especie. Cuanto antes mejor —finalizó, extendiéndole el brazo del que goteaba el líquido vital sobre el pulido pavimento blanco.

Lo cierto era que había consumido mucha energía durante la convalecencia de Marina. Aunque había tomado más sangre de la que pudiera necesitar en algún tiempo, el desgaste había sido terrible y la tentación era insoportable.

No pudo resistirse ni un segundo más. Sentándose en el sofá, se abalanzó sobre la palpitante vena y se perdió en el gozoso placer con

una voracidad inusitada. Aquella sangre y energía, poderosas y antiquísimas, le fortalecían como no podía hacerlo ninguna otra cosa, y bien sabía Dios que en esos momentos lo necesitaba.

Marina se obligó a contemplar la escena sin mover ni un solo músculo de la cara, sabiendo que Rúbem la observaba y analizaba cada una de sus reacciones. Al contrario de lo que pensó en un principio, no sintió repulsa alguna y casi podía decir que estaba excitada.

Sabía que el egipcio la estaba poniendo a prueba y ella quería salir airoso. Aquel ser poderoso la incitaba a sacar lo mejor y lo peor de sí misma. Lo sabía y lo aceptaba, aunque desconocía el porqué de todo aquello. Su orgullo se erigió por encima de toda lógica. Ella también quería apostar en aquel juego.

La sensación de euforia le duró poco. Tan pronto terminó de alimentarse, Marcos se colocó sus oscuras gafas de sol envolventes y se acercó. Ella sintió la presión de un ligero beso de labios fríos y secos en la frente y acertó a escuchar un

sencillo «volveré en cuanto pueda». El tipo de despedida de un amigo querido al que no te une ningún otro sentimiento que no sea fraternal.

De inmediato, su ánimo se volvió tan gris como el cielo que veía a través de la ventana. La lluvia caía incansable sobre la ciudad. Parecía que el Señor de los Cielos hubiera abierto el grifo.

Todo estaba en silencio. Marina mareó en el plato las judías verdes hervidas de su menú de dieta blanda que le habían llevado hacía sólo unos minutos, mientras ellos dos hablaban en la sala exterior; suponía que de asuntos sobre la marcha de la Comunidad que ella no debía, ni quería, conocer.

Rúbem entró de nuevo y se sentó en la butaca, alejado de la ventana, sin hacer ningún comentario. Mejor. Ahora no estaba de humor para conversaciones —ya fueran intrascendentes o no— con un desconocido que parecía poder leer en su alma y la estremecía hasta la médula de los huesos. Y, cuando se aburrió de intentar comer, simuló que se disponía a disfrutar de una ligera siesta.

El egipcio respetó su silencio y se sumió en una abstracción contemplativa que incluso la conmovió.

En algún momento de aquella quietud autoinducida por ambos, ella cayó en la tupida red del sueño pero, en esta ocasión, no contó con la tranquilidad que le reportaba el descanso de los últimos días. Soñaba que un enorme murciélago la llevaba en volandas y la dejaba en las puertas del submundo de los *mutatos*.

Unas manos grandes y fuertes la zarandearon con fuerza, al tiempo que le susurraban palabras al oído que no era capaz de entender. Pero aquéllas no eran las garras punzantes con las que la sujetaba el ladrón de ojos rojos y alas negras de su pesadilla, sino las extremidades amables de un hombre de piel tostada y brillantes ojos como el ébano.

—Tranquila, Marina. Sólo es un sueño — musitaba una voz, como una musical melodía que la envolvía en una conocida tibieza—. Despierta, niña, todo está bien y nada malo va a ocurrirte.

Ella abrió sus grandes ojos verdes y tardó

todavía algunos instantes en ubicarse y reconocer al hombre que intentaba serenarla. Poco a poco su respiración recuperó el ritmo pausado y se relajó sobre la almohada.

—Tenía una pesadilla —se excusó.

—No te preocupes. Suele ocurrir en estos casos —aceptó Rúbem—. *Fóbetor* tiene la mala costumbre de abandonar su cueva del Erebo para arrebatarse a uno de los cómodos brazos de Morfeo.

Ella rió ante el enrevesado discurso del egipcio, críptico y enigmático. Aunque, en esta ocasión y para variar, fue capaz de entender el símil.

—¡No lo sabes tú bien! Suelo ser propensa a pesadillas, Rúbem, pero nunca hasta ahora me había visto cara a cara con un Oniro —volvió a reír—. Dudo que *Fóbetor* pierda su tiempo conmigo, no tengo categoría para ello, aunque de un enorme murciélago se trataba. De todas formas, mis habituales protagonistas nocturnos ya son lo suficientemente inquietantes sin la ayuda de los mitos griegos...

—Bueno, es lo que tiene la peculiaridad de nuestra sangre, pequeña. Los sueños premonitorios es la forma que tiene el destino de mostrarse ante nuestros ojos. Los tenemos desde la infancia y se van haciendo más claros y nítidos a medida que alcanzamos la madurez. Ellos son los que nos empujan a buscar el origen de nuestra naturaleza.

—¿Y no desaparecen nunca?

—Sí, claro. En el momento en que alcanzas el conocimiento del Linaje no vuelven a producirse. Lo de ahora ha sido una simple pesadilla que, por otro lado, no deja de ser normal. Están reduciéndote el tratamiento de analgésicos y sedantes, así que es lógico que empieces a tener episodios similares a estos. Tranquila, lo superarás. Todo lo ocurrido en los últimos días ha precipitado un poco las cosas.

«¿Qué cosas?», pensó alarmada.



Lucas llevaba dos días contemplando cómo Belén se debatía en sueños. En todo aquel tiempo había despertado varias veces, si es que a aquello

podía llamársele estar despierta. Parecía más una posesa semiinconsciente que alguien en la plenitud de sus facultades, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto. Lo único que estaba al alcance de su mano era alimentarla e intentar tranquilizarla para que no se autolesionara. No había tenido demasiado éxito.

La «recién nacida» era lo más parecido a una fiera que había visto en su vida. Irracional, caprichosa y total y absolutamente esclava de su instinto más primario.

Afortunadamente cada vez era más prolongada la espera entre una demanda y la siguiente, lo que significaba que poco a poco el cuerpo de Belén iba haciéndose con los mandos de su nueva naturaleza y él tenía algo más de tiempo para recuperarse entre un asalto y el siguiente.

Pero no podía quedarse dormido por mucho que lo necesitara. No iba a fracasar en su última tarea. Se obligó a abrir los ojos de nuevo. Cuando lo hizo, se vio reflejado en el espejo de la cómoda que había más allá de la cama en la que la nueva vampira dormía.

Estaba ojeroso y macilento. La barba de dos días le daba un aspecto desastrado y tenía rastros de sangre seca por todos lados, fruto de los arañazos y golpes que la joven le había infligido en su lucha por la supervivencia. Necesitaba alimentarse él también, pero todavía no se atrevía a dejarla sola.

Nunca pensó que un cambio pudiera ser tan trágico. El suyo propio no lo había sido, claro está que en su caso había sido algo elegido voluntariamente y, de alguna manera, su subconsciente no se había negado a admitir la evidencia como lo estaba haciendo el de Belén. Para él fue un proceso relativamente cómodo y rápido para el que se había preparado durante largos meses. El día que se sometió al *Ritae*, su familia y buena parte de la Comunidad habían estado a su lado para ayudarle en el tránsito.

Pero con Belén todo había sido diferente y había estado muy preocupado. Mucho. Hubo un momento, poco después de que el tránsito al Otro Lado fuera iniciado, en el que había temido por la vida de la muchacha. Si no hubiera sido por el

Master Supremo, no habría sabido qué hacer.

Y después, a todo aquello lo habían sucedido unas horas frenéticas. Recordarlas ahora le sumía en la misma angustia que entonces.

Quizá no había sido una decisión acertada ausentarse para ir a hablar con Marcos, pero de haberla eludido posiblemente no hubiera sido capaz de afrontar lo que ahora estaba haciendo sin remordimientos. La conversación con Pessaro no había sido agradable, pero como cada cual estaba inmerso en sus preocupaciones, fue mucho más liviana de lo que incluso había esperado.

Y apenas si había estado una hora fuera, aunque aquellos minutos le habían parecido eternos. En todo aquel tiempo no había sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera que tenía que regresar cuanto antes junto a Belén. Había tenido terror de que despertara y no estar allí para asistirle. Por suerte no lo había hecho.

Pero, cuando por fin había regresado junto a la joven, hubo unos instantes en los que creyó que había fracasado en su empeño al ver a Rúbem con la cabeza inclinada, rezando. Algo superior a él

había tirado de sus entrañas porque, el único motivo por el que un sumo sacerdote de Seth oraría en semejante circunstancia, sería por un feliz viaje en la búsqueda de la inmortalidad. Lo más angustioso había sido no saber por cuál de las dos inmortalidades estaba pidiendo WebenSenu en aquellos momentos. ¿Por la que Ra ofrece más allá de la muerte o por la que Seth proporciona en la «Otra Vida»? Le había costado un esfuerzo supremo averiguarlo.

Y, cuando por fin había sido capaz de mirar hacia el lecho, en el que tapada con la sábana a modo de blanco sudario sólo era capaz de vislumbrar la pálida cara de la muchacha que tan valientemente luchaba por su vida, había estado a punto de sucumbir al dolor que reflejaba el rostro de aquella mujer.

Pero, gracias al Cielo, todavía estaba viva.

Entonces, Rúbem había abierto los ojos despacio, regresando del hipnotismo autoinducido en el que le había dejado cuando abandonó la habitación, y se permitió el lujo de sonreír ligeramente; una acción que no creía haberle visto

realizar nunca.

—Despertará por vez primera en un rato —le había advertido—. No será agradable para ti, pero tu instinto te marcará la forma de actuar. Sé valiente y firme, pero gentil y complaciente. Todo remitirá con el paso de las horas y poco a poco se irá estabilizando. Lo que viene a partir de ahora es algo que sólo tú puedes resolver.

Aquél fue el único momento en que se había sentido seguro de sí mismo. No tuvo entonces ninguna duda. Ésa era una tarea que ya había aceptado de antemano, así que se limitó a tomar el consejo con un firme asentimiento de cabeza.

Era un papel complicado, pero él mismo se había presentado voluntario para ejercerlo y sabía, al menos en teoría, lo que tenía que hacer.

—Volveré en cuanto pueda —le había dicho Rúbem—. Hablaré con su familia sobre lo que ha ocurrido, por lo que en ese sentido no tienes que preocuparte por nada; pero, haz que todo salga bien o...

No había terminado la frase. Las repercusiones de un error habían quedado claras.

Él no había temido entonces por su vida ni lo hacía ahora.

Sabía que los días que le había dado el Master Supremo no eran más que una moratoria de lo inevitable, pero había muchas maneras de morir. Si fallaba, la suya no sería nada agradable.

Regresó al presente; no quería seguir torturándose. Cerró los ojos. Estaba realmente agotado, tanto física como psíquicamente. Hacía cuarenta y ocho horas que había vuelto del hospital y algo menos que Belén había despertado por vez primera. Alimentar a una recién traída estaba siendo lo más agotador que había hecho a lo largo de su vida.

Belén despertó de nuevo en ese momento. Todavía tenía las pupilas dilatadas y apenas se distinguía el color miel de sus iris. Alrededor, un halo rojo le daba un aspecto fantasmal.

El grito que surgió de aquellos labios hubiera puesto los pelos de punta a cualquiera. Él ocultó un respingo.

Capítulo 15

LOS días transcurrían con demasiada lentitud. Su cuerpo se fortalecía poco a poco. Marcos no había vuelto a visitarla, pero la llamaba por teléfono con cierta frecuencia.

Marina miró hacia su izquierda y sonrió. Allí estaba Rúbem, como siempre; pegado a ella como un rottweiler. ¡Qué extraña relación habían establecido en sólo unos cuantos días!

Era un tipo amable aunque intimidante; sin embargo, no sabía por qué, a ella no le inspiraba ese temor que parecía embargar a todo el que se acercaba a él. Debía de ser que, a pesar de lo mucho que él insistiera en la «pureza» de su sangre, no pertenecer al Linaje le colocaba una venda en los ojos que, en esos momentos, resultaba muy bienvenida. ¡No necesitaba miedos añadidos, ya tenía ración más que suficiente con todo lo que tenía encima!

Y, de alguna manera se sentía protegida por

él, no amenazada. Era como si el más poderoso de todos los seres oscuros la hubiera tomado bajo su ala, lo que no dejaba de ser una bendición. Rúbem actuaba a veces como un padre exigente y posesivo.

No sonreía demasiado, pero sus comentarios eran divertidos y hablar con él le resultaba fácil. También callar.

Al igual que Pessaro, no eludía ningún tema de conversación, aunque ella ponía especial cuidado en no plantear ninguna pregunta que pudiera comprometerla o hacerla pasar por una simple curiosa. Quizá por eso, Rúbem siempre satisfacía todas sus dudas. Y lo hacía a su particular manera, extendiéndose en las explicaciones. Tal vez con respuestas menos técnicas que las que le había ofrecido Marcos en su momento, pero las fábulas y ejemplos con que él las adornaba, las hacía más esclarecedoras; aunque también resultaban menos creíbles. Estaban llenas de metáforas que a menudo le resultaba imposible seguir.

A veces surgían entre ellos largos períodos

de silencio que ambos respetaban mutuamente. Como el de aquella tarde. Rúbem no tenía muchas ganas de cháchara y ella no la forzó.

Esperando encontrar un paliativo al aburrimiento, sacó fuerzas de flaqueza y retomó la lectura de la revista que había abandonado días atrás.

Rúbem percibió el cambio de humor de Marina al llegar a determinado punto de la inocua publicación. Lo sintió en su ánimo como un latigazo y chispeó entre ambos.

Se enderezó en la silla y miró, sin demasiado disimulo, por encima del hombro de la muchacha, ayudándose de su altura y privilegiada visión. Al descubrir el origen del malestar de la joven, que había detenido su mirada en aquella página, supo que era necesario poner en claro algunos aspectos.

—¿Duele?

—No, no. Estoy perfectamente —contestó ella con educación ante lo que suponía era una simple preocupación por su bienestar físico—. Cada día necesito menos calmantes.

Sonrió, a pesar de lo inusual de aquel gesto,

por la simpleza y la inocencia en la respuesta de la mujer. Precisamente el día anterior le había explicado que notaba sus estados anímicos a través del color de su aura, pero Marina aún no era consciente de que era como un libro abierto ante sus ojos.

¿Acaso pensaba que podía engañarle con un pobre intento de despiste haciendo gala de su agudeza verbal? ¿A él?

—Me refiero a tu alma, niña, no a tu cuerpo—repuso girando hacia atrás la página que ella había volteado a toda prisa, intentando apartarla de su vista.

Desde aquel papel satinado, los ojos de Marcos la miraron con frialdad. El estómago de Marina dio un brinco en su interior.

—¿Ah, esto? —dijo, intentando parecer impasible ante aquella desgarradora imagen, ocultando sus verdaderos sentimientos—. No, para nada. ¿Por qué habría de molestarme la vida privada de Pessaro?

Poner distancia entre ella y el hombre de la fotografía utilizando el apellido se suponía que era

una táctica que daba resultados.

Rúbem se limitó a levantar las cejas sin responder.

—¿Acaso me crees tan tonta como para pensar que, porque él ha venido en mi rescate y es el encargado de instruirme sobre vuestro mundo, existe algo entre nosotros? ¿No pensarás que me he enamorado de él, verdad?

—¿No?

—¡No! ¡Claro que no!

—¡Ja! Miéntete tú si quieres, niña, pero a mí, ni lo intentes...

Sintió un rubor delator que se extendió como un reguero de pólvora desde la raíz del pelo hasta más abajo del escote de su bata de seda. Callarse no le evitaría la vergüenza y cualquier cosa que dijera sería utilizada en su contra en algún momento. Sin embargo, era absurdo negar la evidencia. De alguna manera, el egipcio era tan consciente de sus sentimientos como ella misma.

—Dime, Rúbem, ¿hay alguna posibilidad de que un viejo vampiro sabihondo permita que una simple mortal salga de una situación digamos...

comprometida, con una cierta dignidad? —repuso haciendo acopio de un sentido del humor que en esos momentos no sentía.

BenSenu dejó que la carcajada que se fraguaba en su pecho explotara hacia fuera, sorprendido. Por fin habló, con una sonrisa asomando todavía en los labios.

—Me habían advertido de que tu descaro es casi tan grande como tu imprudencia, especialmente en situaciones que están por encima de tu dominio, pero veo que tu osadía no tiene límites. He de reconocer que, como mínimo, eres valiente y divertida.

—Ya. Y muy poco inteligente...

—Yo no diría tanto. Pero en esta ocasión, tu movimiento disuasorio no conseguirá tus propósitos. Puedes reconocer, o no, que esas fotos te duelen más de lo que pretendes hacerme creer, ésa es tu elección. Mi obligación es hacerte entender que situaciones similares a ésta serán a lo que te enfrentarás el resto de tus días —dijo echando más sal en la herida.

—Lo sé —masculló con un hilo de voz.

—Por eso es importante que lo asumas.

—Y lo asumo. Lo que no significa que tenga que gustarme, ¿verdad?

—Supongo que no. Sé que es duro para ti, pero tienes que entender que ésa es nuestra naturaleza. Marcos necesita alimentarse y no hay otra manera de hacerlo.

—Ya lo sé. Y no me creas tan tonta como para engañarme sobre la situación. Lo superaré. Tarde o temprano me sobrepondré a este absurdo sentimiento y lo veré desde otra óptica. No temas, que no voy a someter a tu muchacho a ninguna escenita.

—¿Crees que temo tus escenitas? —se rió cruelmente—. Te sobrevaloras, muchacha. Ni yo ni ningún vampiro, incluido Pessaro, somos susceptibles a los celos. No conseguirás nada con ellos, salvo sufrir innecesariamente. Lo único que pretendo es prevenirte de ti misma.

—No hay nada de qué prevenirme, Rúbem. Marcos me lo ha dejado muy claro desde el primer momento, y yo así lo he entendido. Primer Mandamiento: «No enamorarse de un vampiro.

Los vampiros no tienen sentimientos...» ¡Recibido!

—¿Y entonces...?

—Entonces, saberlo no ha evitado que mi imbecilidad superara a mi sentido común —asumió con frustración—. Y sí, me he enamorado, pero ésta no es la primera vez que me enamoro de quién no debo y aún no me he muerto por ello. Por lo tanto, mejor deja el tema y evítame la crueldad del recordatorio.

—Marina, no pretendo ser cruel, pero esto es diferente. Tienes que entenderlo. Estás ligada a Marcos para toda tu vida y no podrás hacer oídos sordos a lo que sientes por él. Ni siquiera podrás apartarte lo suficiente de su presencia como para disponer de la distancia suficiente como para que el olvido te ayude en tu propósito...

—Basta ya, Rúbem. Por favor... —pidió, perdiendo la paciencia.

—No, no basta.

—¿Disfrutas con todo esto? —replicó, desmoronándose—. ¿Te produce algún placer oculto poner a la pobre e incauta mortal en su lugar...?

—Marina, detente y no me provoques.

—Ummm. Acabas de darme una gran idea.

¿Qué ocurrirá si te provoco, Rúbem? ¿Perderás la paciencia y acabarás conmigo?

—No me tientes, chica —la amenazó con un gruñido.

—Pues no te prives, Master. Haznos un favor a todos. Líquidame y exime a tu querido segundo de a bordo de la responsabilidad de una atadura indeseada.

—¿Por qué me provocas? —Su rostro era un ángulo cortante mientras contenía la cólera que provocaban aquellas palabras—. ¿Te has vuelto loca?

—Todavía no, pero no sé cuánto tiempo podré seguir soportando esta presión. Toda esta situación me gusta a mí aún menos que a ti... Yo no soy nadie en vuestra complicada y estructurada jerarquía y mi desaparición sólo sería un daño colateral con la que todos saldríais ganando.

—Marina, tus palabras son una clara falta de respeto hacia mi persona y mi linaje. ¿Crees que esto es un juego?

Ella reprimió el exabrupto que se fraguó en su garganta y sostuvo la mirada del poderoso vampiro que tenía enfrente. Su oscura esencia era tan palpable, que estaba segura de que podía incluso olerla. Pero no se arredró.

Estaba destrozada anímicamente y no quería ser el juguete de una partida de machos con exceso de testosterona. ¿Por qué no la dejaban sola, con sus carencias y sus defectos?

¡No los necesitaba! Estaba harta de sus miradas prepotentes de «pobrecita mortal ignorante». Si dejaba que la pisotearan ahora, su futuro sería un perpetuo calvario, más duro incluso de lo que ya había vislumbrado. No quería ser el hazmerreír de nadie y menos de todos ellos. Si ésa era la vida que le esperaba, prefería perderla de una vez por todas.

—¿Un juego? No, Rúbem, ¡ojalá! Lo que creo es que todo esto no es más que el preludeo de una vida penosa. Una vida que no me merece la pena seguir teniendo porque no me gusta. Una vida rodeada de seres que se creen con la potestad de poder decirme lo que tengo que hacer con ella;

cómo tengo que actuar; de quién puedo, o no, enamorarme, y un perpetuo recordatorio de lo culpable que debo sentirme por haber esclavizado a mi servicio a un ser de vuestro ilustre linaje.

Él no respondió y el silencio se extendió como una niebla espesa y opresiva. La batalla visual era encarnizada, pero ella ya tenía poco que perder y, además, era cierto que no le importaba demasiado hacerlo.

Rúbem estaba tan sorprendido de su fortaleza que no pudo dejar de admirarla. Nadie, ni vampiro ni mortal, se había atrevido jamás a retarle de la manera en la que ella lo estaba haciendo. Podía castigarla pero, ¿solucionaría eso el problema?

Marcos tenía por delante una gran complicación que resolver.

—¿No vas a matarme, verdad? —dijo por fin ella, al cabo de unos minutos de silencio sosteniéndose las miradas

En realidad no era una pregunta. Ella sabía la respuesta, pero no estaba dispuesta a perder aquella apuesta.

—En ese caso, creo que te debo una disculpa

por mi insolencia —solicitó con sinceridad—. Pero me hubieras hecho un gran favor, te aseguro que no era un farol.

Él tuvo que hacer un esfuerzo para mantener todos los músculos en la misma posición y no hacer un gesto que delatara que aquella frase le había dejado totalmente estupefacto.

—Podría alegar —siguió ella hablando ante su mutismo—, que mis palabras son el producto de la medicación, pero sabrías que miento. Algo me dice que tú, y sólo tú, puedes leer mis pensamientos por mucho que pretenda impedirlo, así que no voy a molestarme. No sé por qué la situación se me ha ido de las manos, pero sí que lo que tengo por delante no me gusta.

—Lo aceptarás —dijo por fin WebenSenu, aceptando la disculpa con un cabeceo.

Tras unos minutos más de tenso silencio, ella volvió a hablar.

—¿Hay alguna manera de liberar a Marcos de la atadura?

—No. Es irreversible.

Marina sintió que la angustia la sobrepasaba.

Había albergado una mínima esperanza de poder liberar a Marcos de su agarre. Y no sólo por él, sino principalmente por sí misma.

—No sé cómo pudo ocurrir... —Se lamentó—. Marcos me dijo que para que una Ligadura se produjese, era necesario que la persona atada bebiera sangre de su protegido.

«¿Cómo...?»

—¿Cómo pudo ligarse Marcos a ti si no había bebido tu sangre? —terminó Rúbem la pregunta que quedó colgada de sus labios.

—Sí.

—¿Por qué quieres liberarle?

—¡Porque soy mortal, Rúbem! —replicó con coraje, reconociendo su frustración—. Porque le volveré loco del todo con mis problemas mortales. Porque tendré enfermedades y accidentes que él no podrá evitar y que le harán sentir culpable. Porque él no dispone de tiempo para dedicarme. Y, porque, de alguna manera, le haré sufrir...

Ella ya lo había reconocido, pero aunque no lo hubiera hecho, aquella frase era toda una declaración de sentimientos.

—Puedes dejar de serlo cuando quieras y reduciremos los porqués a más de la mitad — repuso arqueando las cejas.

Se quedó helada ante aquellas palabras. Las insinuaciones sobre las connotaciones de su sangre habían sido habituales desde que se enteró de que era una *fatum*, pero nunca antes alguien había expresado sus posibilidades vampíricas tan clara y llanamente. Incluso ella se había reprimido de seguir esa línea de pensamientos.

Que Rúbem hubiera expresado en voz alta aquella posibilidad de manera tan directa hacía que su mundo se volviera del revés, pero se dio cuenta de inmediato que era algo que su subconsciente había asumido hacía tiempo. Algo subyacente que tarde o temprano tendría que afrontar. Pero aquél no era el momento.

—No, Master. La cuestión no pasa por que yo reciba el Abrazo; algo que hoy por hoy ni siquiera me he planteado hacer —aclaró por si él albergaba alguna duda al respecto—, el problema es que hay una persona que está atada a mí y no quiere estarlo. Y yo tampoco quiero que lo esté,

todo sea dicho de paso.

—Este es el origen de todo lo anterior, ¿verdad? —subrayó Rúbem la evidencia—. Lo siento por ti, chica, pero Seth elige cada día el camino a recorrer en su lucha contra Apofis para proteger la barca de Ra. Él escribe los destinos de todos nosotros, sus guerreros, los que, como tú y como yo, portamos en nuestras venas la sangre del dios rojo en mayor o menor cantidad —contestó con uno de sus retóricos discursos críticos.

—Pero vosotros respetáis el derecho de elección...

—Sí, pero por encima de tus derechos hay otras voluntades más poderosas. Tú eres una *fatum*. ¿Conoces la traducción literal y el significado etimológico de la palabra *fatum*?

—Sí, «destino». Marcos me lo explicó.

—Ahí tienes tu respuesta... El destino de alguien desde el mismo día que naciste.

—¡Pero no el de Marcos, caramba! Él, precisamente se negó a tomar mi sangre. ¿Por qué se ató a mí entonces?

La fría carcajada de Rúbem resonó en la sala.

—Podría darte un buen puñado de motivos, pero baste decirte que, aunque Marcos no tomó tu sangre, ¡bebió de ti! —Volvió a reír.

Ella se sonrojó de nuevo. Debía de parecer un faro en el desierto.

—Parece que el chico no puso mucha atención a esta parte de su educación, así que es lógico que no haya sabido transmitir la lección correctamente. Eso es lo que pasa cuando alguien se salta alguna clase o no quiere profundizar en las enseñanzas del profesor. El saber es lo que da el poder. Cuando se rechaza en su debido momento, se termina pagando.

Rúbem prefirió omitir la parte que correspondía al Destino. El Destino siempre tenía la última palabra. Hacía años que sabía que todo eso estaba escrito en las estrellas y que por muchas trabas que ellos dos pusieran en contra de aquella atadura, nada lo impediría. Lo sabía incluso antes de que ella naciera. Por otro lado, echar una mano al porvenir aportaba buen *Ka*, así que había puesto a su pupilo favorito en el camino de aquella *fatum* en particular. Pero eso era algo

que hoy por hoy no podía reconocer todavía. Ni siquiera a Marcos.

Esa parte de la lección era mejor que cada cual la aprendiera por su cuenta. Él lo sabía de buena tinta. Por ese motivo se había limitado a dar la misma excusa a Marcos cuando, al día siguiente del accidente de Marina, él le abordó con preguntas similares tan pronto llamó por teléfono para preocuparse por la evolución de la *fatum*. En aquellos momentos el italiano casi perdió el control. Aún podía escuchar la rabia contenida en sus palabras.

Pero cuando por fin Marcos asumió la culpa, víctima de su propia desidia, comprendió que tenía razón. El muchacho nunca se había visto inclinado a investigar sobre el asunto de las ligaduras; jamás creyó que el tiempo serenaría su espíritu, doblegaría su odio y volvería a sentirse interesado por una mujer en particular. Su cerebro se había limitado a asimilar las nociones básicas: deseo irreprimible y beber de la persona correcta (sangre, interpretó). No pensó en lágrimas ni en ninguna otra secreción corporal emitida en

respuesta de algún sentimiento igual de puro.

Pero él sabía que Marcos era muy capaz de tener sentimientos por mucho que creyera haberlos abandonado en aquel campo de batalla, junto con su vida mortal, en la ardiente arena del desierto africano. Que algún día los recuperaría. Y ese día había llegado.

La atadura había sido terriblemente reveladora. Tanto, como comprender que abrigar lo que otro ser siente es compartir sensaciones y vida que, a la fuerza, abren el dique de contención de los tuyos propios. El muchacho nunca antes había estado atado a una mujer. La vida aún tenía algo que enseñarle después de veintitantos siglos...

Aquella tarde de finales de invierno en la que Marina estaba tan enfadada con su propio destino fue, precisamente, la que eligió Marcos para volver a visitarla en el hospital.

No se molestó en llamar a la puerta, sino que la abrió directamente y entró en la habitación sin solicitar permiso. Ella jugaba con Rúbem una partida de ajedrez en el sofá que había bajo la

ventana, iluminados por la fría luz halógena de los focos del techo. Y ella, como siempre, iba perdiendo; pero presentaba batalla lo mejor que podía.

—*Marcus*, muchacho, con lo mayor que eres ya... ¿todavía nadie te ha enseñado que antes de entrar en la habitación de una dama hay que llamar a la puerta? —le regañó Rúbem.

El aludido se limitó a gruñir.

Ella, que había girado la cabeza al escuchar el ruido, se lo quedó mirando boquiabierta. No es que pudiera decir que ya no recordaba sus facciones, porque cada vez que cerraba los ojos era lo único que veía en su mente, pero reencontrarse con él cara a cara provocaba que su corazón perdiera el ritmo. Estaba guapísimo, con un ceñido pantalón vaquero desteñido y un ajustado jersey de cachemira negro que se pegaba a su fuerte musculatura; calzaba unos mocasines y tenía el pelo revuelto porque, como siempre, acababa de peinarlo con sus largos dedos. Era la imagen de la perfección masculina.

Aquellos ojos gris perla la taladraban hasta

lo más profundo del alma. Pensaba que ya habría superado aquel capricho y que la próxima vez que le viera reaccionaría de manera menos visceral, ya que una semana trabajando contra su enamoramiento tendría que dar resultados, pero en cuanto le miró supo que no había avanzado absolutamente nada en su empeño.

Si habían estado mucho o poco tiempo mirándose el uno al otro sin decir palabra no era algo que ninguno de los dos pudiera contestar en caso de que les preguntaran, pero ambos reaccionaron con un respingo cuando Rúbem se levantó del asiento y se dirigió al armario para coger su chaqueta de la percha.

—Marina, como supongo que Marcos se quedará un rato y te quedas acompañada —comentó, rompiendo el silencio—, voy a dar una vuelta a ver si consigo alimentarme con algo de provecho —guiñó un ojo a la muchacha mientras lo decía—. ¿No os importa verdad?

—No, claro —contestó Marcos.

—¿A qué hora tengo que regresar?

—Cuando quieras, no hay prisa. Tómate todo

el tiempo que necesites —respondió él.

Rúbem se acercó a Marina, le dio un beso en la frente, y salió de la sala con un alegre «¡Que os divirtáis!».

Unos minutos después, el doctor Lara entró en la habitación acompañado por su equipo médico. Una visita diaria que esperaba y temía a partes iguales. Cada tarde anhelaba la noticia de su alta hospitalaria y cada día recibía un nuevo aplazamiento. Empezaba a creer que nunca la dejarían salir de aquel pequeño reducto aséptico de medicina de lujo.

Se sentía fuerte, con ganas de volver a su vida de actividad y páginas de agenda repletas de tareas pendientes. Estaba cansada de permanecer día tras día tumbada en la cama, leyendo o mirando los miméticos programas de televisión que se clonaban de cadena en cadena sin aportar nada nuevo a su vida.

Quería retomar el contacto con sus amigos, a los que no se atrevía a decir que fueran a visitarla para evitar que sospecharan de la gente que tenía a su alrededor. Hablaba con ellos por teléfono, sí;

pero su vida ahora era una mentira perpetua.

La maraña de embustes era una red tupida que la tenía atrapada entre sus hilos. La más dura de digerir fue hacer creer a todos que, un par de días antes del accidente, había aceptado el puesto de directora de Relaciones Externas que le ofreciera el empresario de la industria hotelera más importante del país, Marcos Pessaro. Aquella era la excusa perfecta para convencerles de que tenía un contrato blindado con inmejorables cláusulas que obligaba a su nuevo empleador a hacerse cargo de los gastos hospitalarios de una de las mejores clínicas privadas del país.

Todo era tan creíble... ¡Y tan falso!

A cambio de aquella coartada, firmó un *maravilloso* contrato fechado bastante antes del día que realmente había impreso su rúbrica en él, pero estaba segura que aquel simulacro de legalidad mercantil no le reportaría la normalidad a su vida.

Pensaba en ello cada vez que se quedaba sola, como ahora que Marcos había salido con Rúbem mientras la examinaban. O cuando las

condiciones atmosféricas se lo permitían y podía pasear por el jardín que rodeaba la clínica. Aprovechaba las horas en las que el sol brillaba con fuerza en lo alto del cielo y permanecía sentada al aire libre durante horas, ya que era el único momento en el que se veía apartada de la presencia de algún ser colmilludo a su alrededor.

Esa perpetua vigilancia la agobiaba y la llenaba de ansiedad. Se sentía como un animalito exótico expuesto en la jaula de algún zoológico; exento de peligros, mimado, cuidado y bien alimentado, pero privado de la posibilidad de disfrutar de una vida real y completa.

Para paliar el enorme tedio había terminado por establecer una relación amistosa con todos ellos. Amparada en la seguridad que le confería ser la protegida del jefe y, para más abundar, del Master Supremo de la Comunidad, utilizaba su ascendencia para enterarse de pequeños detalles sobre el Linaje y su forma de vida a través de conversaciones inocuas que, al menos, la entretenían.

Como la del día que le explicaron, durante

una de las escasas ausencias de Rúbem, por qué todos ellos eran guapos y apuestos hasta rayar la perfección. Al parecer la genética de la que hacían gala, unida al poder regenerativo de su sangre, impedía que ninguna imperfección física se impusiera en sus cuerpos inmortales.

Pero incluso esas pequeñas charlas habían terminado por cansarla. En una palabra, el aburrimiento que sentía era mayúsculo y la depresión empezaba a amenazar su espíritu.

Aquella tarde se sometió al reconocimiento habitual con la misma docilidad de siempre y había contestado todas las preguntas esperanzada. Se había dejado extraer la sangre para el pertinente análisis diario sin rechistar y había demostrado que la movilidad de su pierna izquierda era correcta. Por fin ese día le retiraron el apósito que tapaba el corte y dejaron que mirara la cicatriz. Su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que la marca que ella suponía sería terrible, no existía; de hecho en aquel pedazo de piel no había ni un ligero arañazo.

—¡Madre mía, doctor, ni siquiera me ha

quedado un rasguño. Es usted un genio de la aguja!

—Oh no. Mi sabiduría quirúrgica no ha tenido nada que ver en esto. —Se rió—. La saliva de un vampiro es prodigiosa, Marina. ¿No lo sabías?

Se quedó perpleja al comprender lo que el otro hombre le decía.

—¿Me suturó la herida a lametazos, doctor?

Lara soltó una carcajada que podría haberse escuchado en las antípodas.

—¡Por Dios, Marina! Yo tengo mucho aprecio a mi pellejo. Ni se me ocurriría semejante hazaña —contestó, por fin, entre risas—. De haberlo hecho, el Master en persona se hubiera encargado de que mis pacientes tuvieran otro médico.

Marina analizó aquella frase. Si no había sido él... ¿Lo había hecho Marcos?

—Es decir —comentó, para estar segura de que no estaba haciendo falsas conjeturas—, que el propio Pessaro se encargó de que no me desangrara según me rescató, ¿no es cierto?

—¿Quién si no...? —Fue la escueta respuesta.

Cuando Marcos regresó a la habitación después de que el doctor le dijera que todavía no podía darla de alta, se encontró con una Marina que echaba chispas por los ojos.

Estaba preciosa. Llevaba puesta la bata de seda oscura que él había mandado comprarle, que caía como una cascada sobre la pierna escayolada que había apoyado sobre el sofá. Debía de hacer poco rato que se había duchado, porque aún tenía el pelo húmedo y llevaba la melena suelta. Estaba más delgada que la última vez que la había visto de pie, pero el aroma a azahar, fresco y dulce, impregnaba la estancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más mirarla.

—¿Qué no ocurre? —respondió con otra pregunta repleta de rabia contenida y sarcasmo.

—¿Pues qué no ocurre? —insistió él con paciencia.

—¡Nada! —gritó—. Eso ocurre, ¡nada! ¡Que los días pasan y todo está exactamente igual que el primero! ¡Que estoy harta de estar aquí metida sin poder hacer algo de provecho! ¡Que me siento prisionera en una jaula de oro! ¡Y que quiero ir a

mi casa y retomar mi vida en el punto exacto donde la abandoné! —explotó en un tono de voz tres o cuatro puntos por encima del correctamente admisible.

—Para que puedas regresar a tu casa y retomar tu vida, primero tienes que estar totalmente curada y repuesta —intentó tranquilizarla.

—¡Y lo estoy! Estoy perfectamente. No me duele nada, la pierna izquierda me funciona de maravilla y no tengo fiebre. Una escayola no es motivo de hospitalización. Aquí no me hacen absolutamente nada, salvo medirme la temperatura y la presión arterial y sacarme todos los días una jeringuilla de sangre que no sé si es para enviar a analizar al laboratorio o para que el doctor Lara se tome un aperitivo antes de ir a su casa —se quejó.

—Uf, ¡seguro que no! —respondió serio—. Si así fuera, eso sería lo último que hiciera en su vida el doctor Lara —replicó en tono amenazante por el único motivo de barajar esa posibilidad.

—¡No merezco este trato! —insistió— Necesito aire, necesito hacer algo y, sobre todo,

¡necesito salir de aquí!

—¿Y qué quieres que yo haga? Y no me grites —la amenazó—. Yo no tengo la culpa de que aún no estés en condiciones de salir de aquí...

—¡Sí la tienes! —contestó acusadora.

—¿Ah sí? ¿Se puede saber por qué? —continuó haciendo gala de un estoicismo nada habitual en él.

—Porque estoy segura de que me retienen aquí porque tú así lo has indicado —le acusó.

—¿Y por qué tendría yo que hacer semejante cosa?

—Porque no tienes ni puñetera idea de qué hacer conmigo y aquí me tienes segura y a buen recaudo. Porque no quieres que una vez fuera y en mi propia casa, campee a mi aire y se repita la historia.

Sabía que en el fondo ella llevaba razón y, aunque tampoco había hecho ningún movimiento para que la mantuvieran allí, bastaría con que él hiciera una mínima insinuación para que le dieran el alta. Pero desde luego, no estaba dispuesto a admitir la culpa. De ninguna de las maneras.

—¿Y qué te hace pensar que dejaré que vuelvas a tu casa?

—No te quedará más remedio, Marcos. No puedes impedírmelo. Soy una persona libre. ¡No eres mi Master! Ni tampoco mi padre o mi novio, que aún podrían tener una ascendencia limitada sobre mis decisiones, así que no puedes evitar que haga lo que me dé la real gana con mi vida. ¡Cómo si me quiero tirar por un balcón! —volvió a elevar la voz—. Mi vida es mía y, por muy atado que estés a mí, no te quedará más remedio que aceptar que puedo hacer con ella lo que me salga de las narices. ¡Cómo si quiero ir a meterme en la misma guarida de los *mutatos*!

—¡Basta! —replicó con voz fría y letal—. Cuando te den el alta ya veremos a dónde vas y qué haces con tu vida. De momento no hay nada de qué hablar. Son los médicos, y no yo, quienes toman la decisión de cuándo se van los pacientes de la clínica. ¿Entendido? —preguntó lanzando chispas por los ojos.

—¡Y una mierda, Marcos! —explotó—. Mañana, si no me dan el alta, la pido yo.

Legalmente tienen que dármela. Y, en cuanto estampe mi firma, quedarás eximido de lo que pueda ocurrirme, lo mismo que los médicos. ¡Se me ha agotado la paciencia!

Se acercó a ella con un rictus peligroso. Tenso desde el último pelo de la cabeza hasta las uñas de los pies, hacía verdaderos esfuerzos para no perder el control.

—Escúchame, Marina —dijo cogiéndola por los hombros y zarandeándola levemente—, hasta ahora yo no he dicho nada para que te retengan aquí, pero si tengo que hacerlo, te juro que lo haré. Tú no vas a ir a ninguna parte de momento. — Luego la soltó con rabia y se alejó de ella andando de espaldas, hasta que tropezó con la cama, sobre la que se sentó ligeramente. No se sentía muy seguro de sus reacciones si la tenía cerca.

—Oh, sí. ¡Por supuesto que has dicho! —se defendió—. Has dicho desde el primer momento. —No podía contenerse ni un minuto más—. El señorito está jodido porque está atado a mí, aunque podría ser mucho peor ¿verdad...? ¡Pero hasta ahí podían llegar las cosas!

—¿Peor? ¿Estás segura?

—Por supuesto. Pero ya estás tú para evitarlo.

—¿Yo?

—Si Su Excelencia hubiera sido un poco menos egoísta y me hubiera dado su sangre, aunque ahora yo también estuviera atada a él, llevaría una semana dando saltos por ahí todo el día y es posible que me hubieras ahorrado, incluso, esta mierda de escayola, igual que me ahorraste los puntos del corte. Pero... ¿cómo iba él a permitir semejante cosa? ¡Que se joda la mortal y padezca, que así la tenemos controlada! —Paró su diatriba para tomar aire—. ¡Claro que has dicho! —repitió.

Él se quedó pálido. Escuchar aquellas palabras le escocía en su amor propio hasta límites insospechados.

—Mira, en eso tienes razón. Estarías dando saltos por ahí e incluso te hubieras ahorrado también la escayola, ¡cierto!, pero no todo el día, guapa —dijo con desdén—, sino toda la noche, porque a estas alturas serías una preciosa vampira con más hambre que Carpanta.

—Mientes... —insistió con un hilo de voz. Llevaba días dando vueltas a aquel asunto, pero jamás se le había pasado por la cabeza que la sangre de él pudiera convertirla en vampiro—. Hay un rito de conversión. Tú mismo me lo dijiste.

Él creyó que las furias del infierno desatarían el escaso dominio que le quedaba sobre sí mismo.

—¡Escúchame! —elevó la voz por primera vez. Marina sintió que el ímpetu la abandonaba y el temor convertía sus piernas en columnas de paja, aunque consiguió sacar fuerzas de flaqueza y mantenerse erguida—. ¿Cómo te atreves a llamarme mentiroso? —continuó hablando más alto de lo normal—. Estabas casi muerta cuando te encontramos. Apenas te quedaba sangre en las venas. Una sola gota de la mía, pura y antigua, y los colmillos hubieran sido seguros ¿Entendido?

Marina fue a contestar, pero él se lo impidió con un imperioso gesto.

—¡Cállate! Me vas a escuchar hasta el final... —siguió amenazándola—. ¡Ése es el rito! Para que una persona se convierta en vampiro tiene que estar total, o prácticamente, desangrada.

Se detuvo para dejar que ella asimilara las crueles palabras, pero todavía tenía algo que decir al respecto y no tenía intención de que ella volviera a hacerse con los mandos de la conversación.

—¡Y otra cosa más! Ha habido personas que me han tachado de egoísta y han vivido para contarlo porque en verdad lo he sido, pero a ti no te voy a consentir ni una sola salida más de tono, menos aún siendo falso como es. Sólo te estaba ahorrando un montón de problemas pero, ¿quieres estar atada a mí? ¿Quieres mi sangre? —dijo llevándose la muñeca a la boca y desgarrándose las venas con sus poderosos colmillos—. Bien, ¡pues tómala! ¡Ahora tienes fuerzas suficientes para no pasar al Otro Lado!

Dejando un reguero rojo sobre las impolutas losetas del suelo, se acercó a ella y la tomó de la parte de atrás de la cabeza, cerrando los dedos fuertemente entre su pelo, para acercarle la boca a un par de centímetros del tajo chorreante.

—¡Bebe!

Marina hizo presión hacia atrás con toda la

fuerza de la que disponía, que habría sido nula si él hubiera querido. Sus nervios estaban fuera de control. Ella se había extralimitado.

—¡No! —gritó, comenzando a llorar—. ¡Por favor...! —Se le rompió la voz.

Siguió presionando su cabeza, pero la intensidad del agarre disminuyó.

—¡Bebe! —insistió, imperioso.

Pero en cambio la soltó y ella se dejó caer hacia atrás, llevándose las manos a la cara, mientras él sacaba la lengua para detener la hemorragia y cauterizar la herida con saliva. Hubo un momento en el que se dio cuenta que Marina había comprendido que nada ni nadie la impediría aquel trago, pero él no insistió.

Su arranque de furia no había sido premeditado, pero no fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que escuchó su propio grito, que evitó que las reacciones se le fueran de las manos y le confirió la suficiente lucidez como para detenerse a tiempo de no obligarla a hacer algo que hubiera sido irreversible.

Aquella no era la manera y él lo sabía. ¿Qué

tenía aquella mujer que lograba sacar lo peor de él a la vez que podía controlar su furia con una única palabra?

Marina temblaba como un flan, sentada y con la cabeza oculta entre los brazos sobre la pierna sana, en el mismo sitio donde él la había dejado. Seguía llorando, pero no con aquellas lágrimas calladas y calientes con las que lo había hecho en anteriores ocasiones, sino con un llanto desgarrador, agónico y continuo, sólo roto por el hipo incontrolado de sus pulmones.

—Mañana tendrás tu alta —le aseguró Marcos caminando hacia la salida sin girarse a mirarla—. Te traerán ropa de calle y vendrán a recogerte.

Fueron sus últimas palabras antes de cerrar la puerta a su espalda con un movimiento suave y desaparecer de su vista.

Capítulo 16

AQUEL día el sol, lo mismo que la alegría de Marina, había decidido esconderse detrás de un cielo tan nublado como su futuro, que adivinaba dudoso y complicado. No había conseguido pegar ojo durante toda la noche y eso que, por primera vez en todos aquellos días, estaba sola y no tenía que molestarse en ocultar sus miedos y pesares a los sagaces ojos de sus perpetuos vigilantes. La tarde anterior Rúbem no regresó al hospital tras su excursión alimenticia, lo que había resultado ser una bendición.

No habría tenido suficiente fuerza de voluntad para intentar ocultar su estado anímico a aquel hombre tan perspicaz. Además, desde que Pessaro salió de la habitación, no había podido hacer otra cosa que no fuera dar vueltas a su último encuentro.

Sabía que tarde o temprano volvería a verle, porque la atadura, de algún modo, terminaría por

devolverle a su vida; pero era consciente de que pasaría mucho tiempo hasta que eso ocurriera. La despedida había sido devastadora.

Pero claro, ofender a un vampiro del modo en que ella lo había hecho, no era algo banal. Era consciente de que eran pocos los que vivían para contar que habían insultado a un ser del Linaje y habían salido indemnes. Ella había tenido suerte, porque el resultado podría haber sido mucho peor, y aunque debería estar contenta porque finalmente había obtenido lo que quería, lo único que podía sentir en su alma era la soledad más absoluta. Una soledad como nunca hubiera podido creer padecer. Ni siquiera cuando su abuela murió, dejándola desamparada y sin familia, notó un vacío tan grande.

Quería llorar, pero las lágrimas se habían agotado hacía ya muchas horas. Con la frente apoyada sobre el cristal de la ventana, dejaba que los minutos transcurrieran mirando los primeros brotes de los árboles del jardín.

El doctor Lara le había entregado el informe de alta hacía ya un buen rato, junto con la

advertencia de que alguien vendría a recogerla. Por lo tanto, cuando Lucas Rivero llamó a la puerta y entró, ella ya había recogido sus escasas pertenencias y estaba preparada para marcharse; sólo le faltaba vestirse, lo que hizo tan pronto como él le entregó una bolsa de plástico con ropa.

Diez escasos minutos después estaban en la calle.

Por fin había comenzado a llover, y lo hacía torrencialmente, inundando las calles y haciendo que el limpiaparabrisas del coche se empeñara a tope en la tarea.

Todo le daba vueltas y tenía el estómago revuelto, posiblemente porque el hecho de haber permanecido tantos días encerrada entre aquellas asépticas paredes le habría hecho perder el sentido de la realidad exterior. Aunque eran los nervios los que le hacían descontrolarse del todo. Los notaba a flor de piel, junto con la incertidumbre de qué iba a hacer cuando, por fin, se encontrara sola en su casa. Vacía.

Seguro que volverían a ponerle un servicio de guardaespaldas en la puerta para protegerla y

asegurarse de que no le ocurría nada, sin embargo, tanta seguridad no le garantizaba que pudiera retomar su vida en el punto donde la dejó antes de que todo aquello ocurriera.

El vaivén de las escobillas, incesante y monótono, le estaba mareando. Cerró los ojos mientras atravesaban las calles a gran velocidad. No sabía si de esa forma conseguiría evitar el espectáculo que estaba a punto de dar, pero no se le ocurría otra manera. No había comido nada en todo el día y el descafeinado que le habían servido con el desayuno no dejaba de dar vueltas en su interior.

Lucas no había despegado los labios en todo el trayecto.

Lo que fuera que le tuviera preocupado, o las órdenes que le hubieran dado con respecto a cómo tratarla, en el fondo le venía bien. No tenía ganas de charlas.

—Estoy mareada —rompió el silencio, intentando reprimir la arcada que subió desde lo más profundo de su estómago—. Creo que voy a... ¡vomitar!

Lucas se paró inmediatamente junto a la acera, pero no tuvo tiempo de ayudarla. Abrió la puerta y permitió, avergonzada, que sus tripas se dieran la vuelta sobre la calzada.

—Lo siento —se excusó cuando terminó—
¡Qué bochorno!

—No pasa nada —le quitó importancia Rivero—. Han sido demasiados días en el hospital...

Luego no volvieron a hablar. Su acompañante seguía inusualmente silencioso y se limitó a conducir, atento al tráfico de la capital. Ella continuó el resto del camino sumida en un voluntario mutismo, controlando su vergüenza.

De pronto, Rivero tomó una desviación por una de las calles secundarias, paralela a la ruta lógica para llegar a su casa. Ignoraba por qué lo había hecho, pero prefirió no hacer ningún comentario. Unos segundos después, entraban en un garaje cuyas puertas automáticas se abrieron justo cuando ellos llegaron a su altura.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué no me llevas a mi casa? —preguntó, sabiendo que no obtendría

demasiadas respuestas.

—Cumpló órdenes. Aquí es donde me dijeron que te trajera y así lo hago.

—¿Dónde estamos? —insistió en su empeño, para poder ubicarse.

—En la casa del Master, pero también aquí es donde vivimos sus ayudantes y personal de confianza. El resto de las preguntas se las tendrás que hacer a él —dijo, evitando que continuara el interrogatorio saliendo del vehículo para ir a ayudarla.

Marina miró a su alrededor. El edificio era imponente. Parecía mentira que algo tan arquitectónicamente impresionante pudiera estar escondido entre los altos muros de piedra gris de una propiedad en mitad de la capital de España y que jamás hubiera reparado en ello. De hecho había pasado por aquella solitaria y tranquila calle cientos de veces y nunca lo había visto. Incluso había aparcado su coche en las inmediaciones en más de una ocasión.

Era un palacio de mármol de Carrara de estilo neoclásico francés de principios del siglo

XX, edificado a dos alturas, que refulgía tétricamente bajo la pálida luz del ocaso como si tuviera luz propia. La mayor parte de las numerosas ventanas escupían al cuidado jardín la luz amarillenta del interior de la mansión. Parecía el palacio de Versalles en un día de gala.

Precariamente apoyada sobre las muletas, miró hacia el frente. Seguramente habría otro acceso más fácil, porque el principal sería todo lo espectacular que quisiera, pero no sabía si iba a ser capaz de superarlo con éxito. Aquellos diez rectos peldaños, que se dividían en dos rampas que desembocaban en un pórtico semicircular de cuatro columnas, eran elegantísimos e igual de impresionantes, pero no estaba ella de humor para pruebas en las que se podía dejar la crisma, arrastrada por lo que sentía como cien kilos de escayola colgando de su pierna.

Cuando inició la subida, escoltada a pocos pasos por Lucas, que llevaba las bolsas con su escaso equipaje, no pudo evitar sentirse como la protagonista de un cuento de hadas y, de haber sido de otra manera, lo hubiera disfrutado. Ahora sólo

sentía un dolor en las manos que amenazaba con tener que pedir ayuda a mitad del recorrido.

Se detuvo cuando llegó a la bifurcación. Lo único que le apetecía era sentarse un rato y recuperar el resuello, pero el tramo que todavía faltaba hasta llegar a la puerta principal le daba vértigo. Si paraba ahora no sería capaz de continuar. Las palmas de las manos empezaban a quemarle y tenía calambres en los antebrazos. Se tambaleó por el esfuerzo. ¿Es que en esa casa no había entrada de servicio?

Sólo hacía dos días que había empezado a moverse sin necesidad de silla de ruedas y aún no tenía callo ni suficiente fuerza en los brazos para hacerlo.

Sintió la cálida mano de Lucas en su espalda.

—¿Estás bien, Marina?

—Sí, claro. Sólo estaba admirando el entorno, es espectacular —respondió volviendo a ponerse en marcha.

No podía admitir que estaba prácticamente derrotada y que se sentía incapaz de llegar arriba con éxito. Ya había hecho el suficiente ridículo

vomitando en la acera... Pero pretenderlo era más fácil que conseguirlo. Los brazos le temblaban por el esfuerzo y sentía que en cualquier momento iba a caerse rodando escaleras abajo.

Lucas admiró la fortaleza de Marina, pero era consciente de que, por mucho empeño que pusiera, no iba a tardar en dar un mal paso.

—Marina —la detuvo—, ¿puedes aguantar un momento las bolsas?

La muchacha se arrimó a la balaustrada de piedra para sujetarse y tomó las dos muletas con una sola mano. Con la otra cogió el equipaje que Lucas le tendía y que contenía sus magras pertenencias.

Él no esperó más. Tan pronto se vio libre de la ligera carga, se agachó y la tomó en brazos. Ella comenzó a manotear propinándole un par de golpes con las muletas. Una de ellas cayó ruidosamente durante unos cuantos peldaños. Él la recogió sin soltarla.

—¿Qué haces? —exclamó más irritada que sorprendida.

—Evitando un disgusto. Ya tengo el cupo

completo por hoy; si te precipitas escaleras abajo, me va a caer la del pulpo... Y estás a punto de hacerlo.

—¡Bájame! No soy ninguna inútil.

—Vale. —Y lo hizo.

Pero ya habían llegado al último escalón y estaban frente a la enorme puerta doble que, sin necesidad de llamar a ella, se abrió como accionada por un resorte tan pronto Marina recompuso su aspecto y se afianzó de nuevo entre los dos bastones metálicos.

Y su conmoción no disminuyó cuando, al entrar en el enorme vestíbulo, se vio multiplicada en un sinnúmero de Marinas, por obra y gracia de los dos espejos enfrentados a ambos lados de la puerta, bajo los divertidos cientos de pares de ojos de Rivero que, al parecer, esperaba esa primera reacción como un ritual acostumbrado. Un elegante mayordomo vestido de librea, que no cumpliría ya nunca más los setenta, la esperaba para ofrecerle la bienvenida que correspondía a tan fastuosa mansión.

—Señorita Miralles —dijo en un protocolario saludo con la naturalidad que dan los años de práctica—. Sea bienvenida. Si me acompaña le enseñaré sus dependencias privadas.

Miró a Lucas, que le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al tiempo que acercaba hacia ella una silla de ruedas.

—Ve —la incitó—. Nos veremos más tarde en el salón y te enseñaré el resto de la casa y las oficinas.

Ella dejó que todo el peso de su cuerpo cayera desmadejado en el asiento y colocó como pudo las muletas sobre el reposapiés. Se sentía torpe hasta la saciedad, pero su angustia aumentó cuando, al ir a girar las ruedas, para seguir al mayordomo, los bastones volvieron a caer estrepitosamente sobre el mármol del pavimento.

Lucas se agachó para recogerlos y se los entregó. Luego se puso detrás y empezó a empujar el infernal armatoste.

—Me están esperando, pero te acompañaré hasta tus habitaciones.

—No hace falta, Lucas, ya me apaño. Soy tan

inútil... —se lamentó.

—Cogerás práctica enseguida, mujer. No te martirices.

Entraron en un ascensor, oculto tras un panel de madera y subieron al segundo piso. Marina estaba segura que se perdería cuando tuviera que desandar aquel recorrido, ya que no tenía ojos más que para contemplar embelesada la rica y cuidada decoración que supo, sin dudar ni un solo instante, eran auténticas obras de arte de las épocas que representaban: esculturas romanas de factura imperial, muebles de estilo Luis XV o interminables tapices y cuadros que parecían pintados por los más renombrados pinceles de la historia.

Todo aquello reflejaba un lujo y un poderío tan extraordinario que le daba miedo incluso poder hacer un arañazo con las ruedas sobre la pulida tarima de marquetería.

En un alarde de pragmatismo, empezó a calcular lo que podría costar mantener la calefacción de aquel palacio para conseguir la cálida temperatura de la que se gozaba allí dentro,

a tenor de lo que ella pagaba por el gas de su pequeña vivienda y que, a veces, la obligaba a mirar dos veces, alarmada, la factura. Aquel inútil gesto la hizo sonreír por primera vez en todo el día.

Pero si en algún momento se había llegado a sentir amedrentada por la altura de los techos y la ornamentación del lugar, que a primera vista podía resultar frío y poco acogedor para servir de algo más que de museo, toda sensación similar desapareció tras la gruesa y costosa puerta de caoba de lo que se suponía eran sus dependencias. La calidez la envolvió como un guante a medida, haciéndola sentir cómoda de inmediato.

Suaves colores pasteles cubrían las paredes del pequeño vestíbulo, que daba la bienvenida a una gran sala de amplísimos ventanales, rodeada de cómodos sillones tapizados en color crudo y adornados con almohadones. Todo el recinto estaba magistralmente dividido en diferentes ambientes sin paredes delimitadoras.

En la chimenea, sobre la que colgaba un cuadro firmado por Amedeo Modigliani, que

estaba segura de que no se trataba de ninguna copia, crepitaban los troncos de encina desde hacía rato.

Pero lo que más llamó su atención fue que todas sus pertenencias personales estaban dispuestas y colocadas por la estancia. Incluido su propio ordenador portátil, situado sobre un secreter de raíz de nogal junto a una nota manuscrita y un jarrón con una única rosa roja.

Lucas se despidió de ella con un apretón en el hombro y desapareció. Damián, el mayordomo, después de ofrecerse a su servicio, también se marchó con la discreción inherente a su cargo tras darle algunas sencillas instrucciones sobre el uso de las líneas telefónicas interiores.

«Bueno, podría ser peor», pensó mientras inspeccionaba el lugar a su antojo. No se le había pasado por la cabeza lo complicada que hubiera sido la vida en su propia casa, con tanta escalera e imposibilitada como lo estaba.

Lo primero que Marina quería hacer era lavarse para quitarse de encima el olor a hospital, pero no pudo resistirse a la curiosidad de conocer

el contenido de la misiva que, aún sin haberla abierto, sabía quién era el remitente y cuyo contenido, presentía, no iba a gustarle nada.

Tomó el elegante sobre lacrado y extrajo la nota de papel vitela. Era fría y concisa. Escrita a pluma, con una letra grande de trazo firme, grueso y recto. Era una bienvenida tan distante como la personalidad del que la había escrito:

Marina, sé bienvenida a mi casa. Espero que te encuentres cómoda en ella y si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírselo a Damián o a cualquier sirviente. Ellos se encargarán de conseguírtelo.

Me he tomado la libertad de llevarte algunas pertenencias personales que he considerado que echarías de menos en los próximos días. Si necesitas algo más, házmelo saber a través de mi secretaria.

Tu teléfono particular ha sido

desviado a la línea 1. Por supuesto, sigue siendo igual de privado que lo era antes. También recibirás el correo puntualmente.

No es mi intención mantenerte prisionera en mis dominios, por lo que te comunico que tienes total libertad de movimientos para entrar y salir a tu antojo, pero hay algunas restricciones que tendrás que acatar sin paliativos:

Si sales de la casa tienes que ir acompañada de Rivero o la persona que él determine (y cuando digo «acompañada» no me refiero a vigilada a distancia, sino CON él o ellos).

Bajo ningún concepto puedes ir a tu casa, ya que, como supones, está vigilada por los *mutatos*, quienes al parecer te tienen perdida la pista de momento.

Aunque todavía no estás en condiciones de conducir, tu coche está en mi garaje. Si lo usas, toma todo tipo

de precauciones. No obstante, me quedaría más tranquilo si fuera cualquiera de mis hombres quien te lleve allá dónde necesites ir, en uno de los blindados.

Como comprenderás, todo esto no es un capricho. Preferiría que no salieras de casa, pero como dudo de tu sentido común al respecto, te informo de que no intentes contravenir estas normas porque no creo que pudieras conseguir otra cosa que tu frustración y mi enfado. Ten paciencia, esto no será eterno y calculo que en menos de un mes podrás regresar a tu vida normal.

Mientras, procura recuperarte totalmente de tus lesiones.

Si te encuentras con fuerza y quieres incorporarte a tu puesto de trabajo, habla con Lucas.

Saludos,

Marcos Pessaro

Marina sintió que el mundo se venía abajo sobre sus ya de por sí descalabrados cimientos. Había salido de la clínica, sí, pero la diferencia venía a ser mínima; seguía estando prisionera en una jaula de oro. Ciertamente era que aquel lugar que el mayordomo había denominado sus «dependencias privadas» tenía el aspecto de un apartamento de lujo y gozaba de cierta intimidad, sobre todo ahora que había descubierto que disponía de la mayoría de las cosas que pudiera necesitar, como su propio vestuario, su ordenador personal e, incluso, algunos de sus libros; pero lo que más le molestaba eran las formas.

Sabía que en su casa estaría igualmente vigilada, y no era tan irresponsable como para aventurarse sola a la calle, al menos de momento, pero el regreso a la cotidianidad de su hogar y a su vida le hubiera hecho mucho bien a su espíritu, por mal que lo pasara mientras tuviera la escayola puesta. Ahora le daban permiso para salir, pero bajo condiciones. ¡Cómo odiaba las condiciones! Aquello la incitaba a saltarse todas las normas.

Sin embargo, el miedo a las consecuencias, que nada tenía que ver con la reacción de Marcos, sino con que se produjeran hechos similares a los ya vividos, no la incitaban a poner el pie en el exterior. Marcos podría haberse ahorrado las amenazas.

A pesar de todo, y aunque había estado toda la noche y la mayor parte del día dando vueltas sobre cómo afrontaría su nueva vida en libertad lejos de Pessaro, cuando se vio en su mansión se alegró, ya que pensó que al menos esa parte de sus problemas se habían resuelto y el vampiro no se había tomado tan en serio sus palabras. Ahora sabía que habían sido tan ofensivas a sus oídos que ni siquiera se molestaba en darle las nuevas instrucciones cara a cara, sino que lo hacía a través de una insensible carta. Ni siquiera la despedida era cordial, «saludos» rezaba. «Besos» o «un abrazo» le hubieran escocido menos.

Jamás pensó que la relación entre ellos fuese a terminar siendo demasiado estrecha. No solo sus diferentes naturalezas marcaban la distancia, sino también sus respectivos estatus sociales; pero

cuando se produjo aquella indeseada conexión entre ellos, no pudo evitar mantener una pequeña esperanza. Sobre todo, después de que fuera consciente de que se había enamorado de Marcos. La lógica le decía que lo mejor era que se alejara y le olvidara, pero su corazón luchaba por permanecer cerca de él.

La mala suerte la perseguía en los últimos tiempos. Nunca hasta entonces había caído en las redes del enamoramiento descerebrado y había ido a hacerlo eligiendo como adalid de su corazón a un vampiro millonario, frío y desapasionado. Pero no podía quejarse. En primer lugar, nada ni nadie le había incitado a ello y, en segundo, por si las cosas no fueran ya bastante imposibles, ella sola había puesto la guinda al pastel con sus palabras la tarde anterior.

Ahora sabía que tenerle bajo el mismo techo no mejoraría las cosas, habida cuenta de lo que podía interpretarse entre líneas en aquella carta que, sentada frente al fuego, leyó y releyó hasta casi borrar la tinta de tanto hacerlo.

Una vez que se deshizo de los últimos

vestigios hospitalarios y se puso al día con el correo electrónico, Marina recordó que Lucas se había ofrecido para enseñarle el que sería su hogar provisional, así que, puesto que no tenía nada mejor que hacer, se dispuso a intentar localizar el salón en el que él la dijo que le encontraría.

Siempre había gozado de buen sentido de la orientación y, aunque no había puesto demasiada atención en su primer recorrido, no tardó demasiado en encontrar el ascensor escondido junto a la escalera principal, que la llevó hasta el cuerpo principal del edificio, donde suponía que se encontraban los salones.

Cuando entró en lo que parecía una enorme y solitaria sala de baile, tenuemente iluminada, las luces exteriores del jardín ya estaban encendidas y arrojaban alargadas sombras a través de las amplias cristaleras. El tamaño de aquel recinto, unido al repiqueteo de las muletas sobre el piso, la intimidó de tal manera que tuvo deseos de echar a correr a fin de salir de allí lo antes posible. Por suerte no podía hacerlo. Cuando finalmente llegó a las altísimas puertas dobles del otro extremo,

sentía que el corazón estaba a punto de saltar de su caja torácica; si estaban cerradas y tenía que volver por donde había venido, no estaba muy segura de poder hacerlo con la misma fingida tranquilidad.

Afortunadamente, una de las puertas cedió a su empuje sin hacer el más mínimo ruido. La siguiente sala era una enorme biblioteca de caoba, tan escasamente iluminada como la anterior, repleta de oscuras estanterías cubiertas de libros del suelo al techo. Olía a papel vitela y a siglos de cultura encerrada entre aquellas miles de páginas. Y aunque el ambiente no resultaba menos intimidante, la tranquilidad que allí se respiraba la sosegó. El anaranjado resplandor que arrojaba la chimenea sobre los cómodos sillones de piel, en uno de los laterales, la atrajo hacia aquel lugar.

—Hola, Marina —rompió el silencio una voz cadenciosa y profunda.

No pudo detener el grito que se formó en su garganta.

—¡Cristo bendito! —farfulló una vez que reconoció a Rúbem en aquel escueto saludo—. Me

has dado un susto de muerte. ¿Tenéis que ser todos los vampiros igual de tétricos y silenciosos? — replicó con cierto enfado en la voz—. Ya sé que vuestra visión nocturna es fabulosa, pero sería un detalle que encendierais las luces para avisar de vuestra presencia...

Rúbem no pudo evitar reírse en voz alta.

—Perdona si te he asustado, niña. No era mi intención, pero nuestra esencia es tétrica y silenciosa. Aunque no sé quién se ha llevado mayor susto, si tú o yo. El grito que has dado serviría para mover los cimientos de un edificio sólo un poquito menos firme que éste.

—Lo siento. ¿Puedo sentarme?

—¡Claro! Te estaba esperando.

—¿Sabías que vendría? —dijo extrañada.

—No, pero lo esperaba. Quería hablar contigo.

—¿Sobre...?

—¿Qué ha pasado, Marina? ¿Qué ocurrió ayer tarde entre Marcos y tú?

La joven sintió que el suelo se abría a sus pies y la engullía, aunque puestos a elegir casi

prefería la desaparición espontánea y permanente a tener que explicar a aquel hombre el origen del enfrentamiento entre ellos. No tenía la más remota idea de cómo ni por qué se había enterado el Master Supremo de los últimos acontecimientos, pero sin duda sabía que estaría al cabo de la calle en pocos minutos, porque ella no se encontraba con fuerzas ni ganas de mantener otra lucha verbal con él. Le contaría todo lo ocurrido aunque aquello supusiera terminar de cavarse su tumba con Rúbem.

Lo cierto es que necesitaba hablar con alguien de aquel asunto y, aunque quizá WebenSenu no era la persona adecuada, tampoco sabía de nadie que pudiera serlo. Tomaría aquello que el destino había puesto a su alcance, aunque no fuera lo mejor.

—¿Quieres la verdad pura y dura o te sirve un simulacro que pueda salvar mi imagen ante los ojos del Master Supremo? —preguntó con un cierto sarcasmo.

—¿Eso es un reconocimiento de culpa? —respondió Rúbem con su clásico estilo de hacerlo

con otra pregunta.

—Sí.

Él se limitó a levantar una ceja.

—¿Me estás diciendo que asumes toda la responsabilidad de lo ocurrido?

—Ajá.

Rúbem dejó que la sorpresa asomara a su rostro.

—A ver, Marina, cuéntame desde el principio qué paso —la exigió más que pidió.

—¿Qué te ha contado Marcos?

—Su versión, pero ahora me interesa conocer la tuya.

—No hay versiones, Rúbem, hay hechos. Yo metí la pata hasta el fondo y acusé a Marcos de mentiroso y egoísta —confesó—. En realidad, no ocurrió nada para lo que podría haber pasado, salvo que ahora Pessaro está ligado a una *fatum* a la que tiene un motivo más para odiar, además de ser mortal y complicarle la vida.

—¿Cómo? ¿Qué? —preguntó alarmado—. Dime que te has explicado mal. Dime que no le llamaste mentiroso y egoísta de verdad en su cara.

—Claro que lo hice —confirmó en un susurro—. Ojala fuera mentira, pero lo hice y, además, incidí en ello metiendo el dedo en la llaga y diciéndole que era el culpable de todos mis dolores y sufrimientos porque no quería que yo estuviera ligada, también, a él.

Rúbem resopló, lo que la alarmó más aún.

—Escucha, Master —dijo antes de perder el poco arrojo que le quedaba—. Lo siento. Lo siento hasta límites que no puedes ni imaginar, pero lo dicho, dicho está y nada cambiará mis palabras. Asumo toda responsabilidad y te rogaría que le hicieras llegar mis disculpas.

—Yo no soy quién tiene que disculparse, niña.

—Pero él no quiere hablar conmigo. De hecho me ha dejado sus instrucciones en una carta, indicándome que si quiero algo se lo haga saber a través de su secretaria; así que dudo que pueda disculparme personalmente —se quejó—. Si pudiera hacerlo no tengas ninguna duda de que lo haría. Sé reconocer mis errores y pedir perdón por ellos. No tengo ningún problema con eso.

—Me alegro de escuchar lo que dices, Marina. Sé que eres sincera y de verdad lo sientes, pero yo no puedo ayudarte.

Marina cerró los ojos y compuso un gesto de frustración.

—Vale, Rúbem. Lo entiendo —acató.

—No, niña, no lo entiendes.

—Sí, ya lo creo que lo hago. Sé que mis errores disminuyen la estima que pudieras tenerme y lo comprendo, puesto que he ofendido a uno de los vampiros más importantes de la Comunidad y por tanto la ofensa llega a todo el Linaje. Pero qué le vamos a hacer, una es esclava de sus actos y yo acostumbro a asumir los míos.

—Marina —la interrumpió—, no sé de donde te viene tanta sabiduría a veces y tan poca en otras. Efectivamente tus actos contra el Linaje ofenden a toda la Comunidad, pero éste no es el caso. En realidad es todo lo contrario.

—No te entiendo...

—Pues que Marcos será castigado por su actitud ofensiva contra una *fatum* y es por eso por lo que quiero llegar al fondo del asunto. No

pienses que esta conversación es una charla baladí, pero afortunadamente las circunstancias se han dado para que pueda llevarse a cabo bajo unas connotaciones diferentes a las que marcan las Normas.

Ella sintió el hielo del miedo en el estómago ante lo que acababa de escuchar.

—¿Marcos castigado por su actitud? — preguntó, alarmada—. Él no hizo nada malo. Yo estaba harta de estar allí metida y quería el alta clínica, así que le acusé de mantenerme encerrada contra mi voluntad según entraba por la puerta, sin que tuviera siquiera la oportunidad de saludar...

—¿Por qué le defiendes?

—Porque no es culpable, Rúbem. Le culpé de tenerme prisionera porque le molestaba tener que cuidar de mí —explicó entrando en detalles—. Y no le dejé defenderse, continué tachándole de egoísta por dejar que me escayolaran para recomponer mi pierna cuando podía haberme evitado todo esto dándome su sangre. Le dije que no lo había hecho para evitar que yo estuviera atada a él y, además, porque era la excusa perfecta

para que no pudiera retomar mi vida. Le amenacé con pedir el alta voluntaria y luego meterme, si lo deseaba, en la misma guarida de los *mutatos*.

Rúbem no daba crédito a sus palabras.

—Lo que ocurrió después —siguió hablando sin descanso—, no es nada para lo que podría haber pasado. No sé qué te habrá contado él, pero realmente se controló antes de que las cosas se nos escaparan de las manos. A los dos.

—Él ha contado poco, niña. Sólo confesó que te había ofendido y faltado a las Normas obligándote a beber su sangre contra tu voluntad.

—¡Pero eso no es cierto! —le interrumpió—. Yo no bebí su sangre.

—Vi sus heridas, Marina. No sigas defendiéndole o será peor para los dos.

Estuvo a punto de perder el escaso control de las pocas fuerzas que aún tenía.

—Rúbem, créeme —le pidió—. Yo le presioné hasta hacerle perder la paciencia, y bien sabe Dios que ayer hizo todo un alarde de ella, pero yo no quería escucharle. Me dijo que si me hubiera dado su sangre cuando me rescatasteis, me

hubiera convertido en vampiro porque estaba prácticamente desangrada. —Rúbem confirmó la declaración con la cabeza—. Pero a pesar de todo, yo seguí negándolo e insistiendo en que mentía. Sabía que no lo hacía, pero no era dueña de mis actos —se excusó inútilmente—. Entonces fue cuando se abrió las venas, para demostrarme que, ahora que ya estaba libre de un Abrazo indeseado, estaba dispuesto a darme su sangre. Pero al final no me hizo beber...

—Dios, Marina —respiró profundamente Rúbem mientras hablaba—. Puedo ver tu aura y sé que no mientes, pero ¿tú sabes lo que has estado a punto de hacer?

Negó con la cabeza.

—Supongo que jugaba sobre seguro, Rúbem. Ya sé que no es muy digno por mi parte, pero reconozco que le apreté las clavijas sabiendo que él no puede hacerme daño debido a su atadura —se confesó.

—¡Pobre incauta...! Creo que realmente necesitas una lección de qué somos y cómo actuamos. Tu visión sobre nuestra personalidad me

parece que está un poco desvirtuada, Marina. No somos nada de lo que crees. Quizá nos has idolatrado o has visto lo que tu corazón quería que vieras, pero la realidad es bien diferente.

—Tal vez tengas razón...

—La tengo, niña. Marcos te ha avisado y yo he intentado hacerlo en numerosas ocasiones. Somos seres oscuros, malvados y con mucha, mucha, experiencia de la vida. ¡Jamás intentes manipular a un vampiro! No tenemos sentimientos. No tememos a la muerte y convivimos con ella cada día de nuestra interminable existencia.

Ella miró al egipcio a medio camino entre la comprensión y el miedo. Sus ojos eran dos ventanas abiertas a un porvenir que no quería terminar de reconocer.

—No tenemos un alma buena y sensible que preservar de un futuro incierto —continuó implacable—, su lugar lo ocupa una bestia feroz e indomable que rige nuestros actos.

»No somos buena gente; nos aprovechamos del prójimo, lo utilizamos y lo dejamos abandonado en la cuneta cuando deja de servir a

nuestros propósitos. Sólo hay un fin en nuestra existencia: la preservación del Linaje, en primer término, y la nuestra propia en segundo lugar. Sobre todo. Pese a todo. Y si para ello tenemos que matar, matamos.

—Aun así, Marcos no me haría daño —se empeñó en defender su teoría.

—No, no lo haría; pero no por ti, sino por sí mismo. Lo único que un *plumbum crúor* teme es verse atacado por la mutación. Agredir a alguien al que estás atado es un billete directo, sin vuelta, al infierno. Eso es lo único que evita que un vampiro atado, especialmente a un mortal, vulnere las Normas. De lo contrario nos desharíamos de nuestros enlazados, ya que eso nos recuerda la parte humana que hay en nosotros y necesitamos olvidar para sobrevivir. ¿No habrás pensado que Marcos será tu perrito faldero, verdad?

—¡Por supuesto que no! —contestó indignada por la acusación.

—Marcos puede llegar a hacerte daño de mil maneras sin contravenir las Normas, Marina. Y no dudes ni un solo instante de que lo hará en cuanto

le des la más mínima excusa para ello. Si me permites un consejo, la próxima vez ándate con más cuidado y no confíes tanto en tus encantos femeninos, que con nosotros no va esa historia. Lo que ocurrió ayer podría haber sido fatal para ti y, de rebote, también para él. Si de verdad le quieres, como parece ser, límitate a jugar en su equipo, Marina, no contra él.

Ella comprendió que las palabras del Master encerraban una verdad indiscutible.

—¿Qué le ocurrirá a Marcos después de lo de anoche, Rúbem? —preguntó temerosa—. Supongo que su supuesto *ataque* a mi persona le acercaba demasiado a la mutación; por eso ha tenido que confesar su culpa

—Veo que aprendes rápido. Efectivamente así es, pero afortunadamente, según tú misma reconoces, en realidad tal ataque nunca se produjo. Su actitud no habría tenido repercusiones negativas sobre su esencia; aunque él está convencido de que ocurrirá todo lo contrario. Por eso ha confesado. Ofender a una *fatum* es una de las faltas más castigadas. Las Normas le obligan a

poner ese tipo de actos en conocimiento del órgano supremo del Linaje para evitar las consecuencias.

—Rúbem, si alguien ha ofendido aquí, ha sido la *fatum* al vampiro... No al revés.

—Aún así, él estuvo a punto de perder el control.

—Pero no lo hizo... ¡Yo sí lo perdí! Y si para él rigen unas Normas, supongo que las *fatum* no estamos eximidas de su cumplimiento ¿verdad?

—No. No lo estáis. Este asunto debería ser dirimido en un juicio sumarísimo ante el Consejo.

—*Uf*, lo de «juicio sumarísimo» me suena a castigo sí o sí...

Rúbem no respondió, sólo esbozó una delatadora sonrisa.

—¿Qué repercusiones tendrá ese castigo para Marcos?

—¿Te preocupa más el castigo de Marcos que el tuyo propio?

—¡Por supuesto! Él no es culpable de nada... El mío es merecido, pero el suyo será gratuito. Yo no estoy ofendida, Rúbem, sino todo lo contrario.

Lo único que me preocupa ahora es el daño personal que he podido ocasionarle... Necesito saber las repercusiones que todo esto puede tener para él.

—Está bien... Una falta de ese tipo implica, como mínimo, la degradación de su estatus y, posiblemente, el destierro.

Se quedó pálida. Sólo un «oh» salió de su boca, pero no pudo evitar que las lágrimas anegaran sus ojos y, sin que nada en el mundo fuera capaz de detenerlas, rodaran en silencio por sus mejillas. No se molestó en limpiarlas ni en intentar ocultarlas a la escrutadora mirada del Master Supremo.

—Por favor —rogó, al cabo de un rato—, dime qué puedo hacer para exculparle...

—Nada, niña.

—¿Hay alguna fórmula para que yo asuma también su castigo y le deje a él libre del juicio? ¡Castigadme mí, no a él! Quiero ser quien purgue las culpas de ambos y pague ambas sentencias.

—No puedes, Marina. No eres vampira...

—Me someteré al *Ritae* si es necesario...

Rúbem se la quedó mirando. Aquello era demasiado. Una decisión muy noble, pero demasiado cara. Ella no era consciente de lo que podría implicar lo que estaba dispuesta a hacer. Tenía que dejárselo bien claro.

—¿Serías capaz de abrazar el Linaje sólo para exculparle, aún sabiendo que tu sentencia será una muerte horrible una vez que superes el tránsito y te conviertas en inmortal? —Ella fue a contestar de inmediato, pero él la interrumpió levantando la mano—. Piénsalo antes de responder, Marina, y no olvides que estás dando tu respuesta al Master Supremo...

—No tengo nada que pensar. ¿Hay alguna fórmula especial para el empeño de la palabra? ¿O es suficiente con un simple: «Sí, Master»?

—¡Estás loca, niña! Ningún vampiro habría hecho esto por nadie...

—Entonces es una suerte que todavía sea mortal.

Rúbem se levantó del asiento y se dirigió hacia el ventanal. Apoyó la frente contra el frío vidrio y miró hacia el cielo, pidiendo ayuda a los

dioses. Realmente los sentimientos no ayudaban a tomar decisiones coherentes y el amor era el más traicionero de todos ellos. Tanto, que era capaz de convencer a un ser inteligente de pagar un elevado precio por un error que no había cometido.

—Está bien, Marina. Acepto tu palabra. Pagarás por Marcos —dijo haciendo que las palabras rebotaran contra el cristal y le nublaran la visión con el vaho que provocaron a su alrededor.

Marina ni se inmutó. Sólo soltó el aire que retenía en los pulmones mientras esperaba la respuesta.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —quiso saber, atemorizada de pronto por sus propias decisiones.

—¡Callar! —explotó Rúbem, por fin, volviéndose a sentar—. Lo único que tienes, y debes, hacer es callar sobre todo esto. ¡Ya podéis dar gracias ambos a que yo estuviera aquí de visita en vez de en mi sede oficial y que nadie más, a parte de nosotros tres, se haya enterado! Y nadie más lo hará, ¿entendido? —advirtió.

Aceptó con un fuerte y decidido asentimiento

de cabeza. Las lágrimas todavía resbalaban por sus mejillas.

—¡Y escúchame bien! —continuó—.

Abrazarás el Linaje cuando tengas que hacerlo, pero no permitiré que tomes esta decisión llevada por un absurdo sentimiento de culpa.

—Pero... ¿Y Marcos? ¿Qué pasará con él?

—Nada, ya lo has exculpado.

No podía creérselo. «¿Así? ¿Tan fácil?». Se quedó unos minutos pensando en silencio.

—Rúbem, ¿tú eres la persona que dio el Abrazo a Marcos, verdad? —Lo había visto claro, de repente, al observar su lucha interna.

El confirmó aquella suposición con un lento movimiento de su rapada cabeza.

—Soy su *Pater*—dijo—. Estoy atado a él por toda la eternidad, uno de los vínculos más sagrados de nuestra vida. Castigarlo a él hubiera supuesto mi propio castigo, pero no dudes que lo hubiera hecho sin dudar. Ahora bien, me alegro de que hayamos hablado y de que seas tan honrada contigo misma y con los demás.

Ella no pudo evitar levantarse y acercarse a

aquel hombre, de apariencia tan dura e insensible pero, a su modo, terriblemente entrañable. Sin pensarlo demasiado, se acercó a él y le dio un cálido beso en la mejilla.

—Gracias.

Rúbem se quedó callado durante un largo rato, tocándose la piel sobre la que ella había depositado aquel cándido beso.

—No me las des, niña —dijo por fin—. En cierto modo es un acto egoísta por mi parte. Ahora bien, puesto que, como tú misma reconoces, debes ser tú quien reciba el castigo y así lo has pedido —continuó inflexible—, dictaré mi sentencia.

—Adelante —aceptó.

—Yo no voy a explicarle nada a Marcos; de ti depende. Tú serás la encargada de aclarar los hechos y, de paso, ganarte su propio perdón. Mientras no consigas su clemencia, te será retirada la palabra por todos los miembros de la Comunidad —dictaminó, implacable—. Y te garantizo que lo tienes difícil —remató, levantándose del asiento, dispuesto a abandonar la sala.

Ella sintió que sus piernas flaqueaban. Se merecía el castigo, pero desconocía cómo cumplirlo. Marcos no le hablaba y acababa de ganarse la enemistad del único hombre que podía ayudarla a lograr que lo hiciera.

—De acuerdo. Intentaré pagar cuanto antes —acató, poniéndose también en pie en señal de respeto, puesto que él estaba firme a su lado—, pero supongo que tardaré en conseguirlo, aunque te prometo que lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Bien. Entonces, todos de acuerdo —replicó Rúbem, con una seriedad apabullante, dirigiéndose a la salida.

Cuando iba a traspasar aquellas altas puertas de caoba, se volvió.

—Marina —reclamó de nuevo su atención—, él no te habla, pero tú eres inteligente y sabes que tienes otros medios para hacerte escuchar. No olvides que está atado a ti. —Y salió con una sonrisa en los labios que ella no pudo observar.

Capítulo 17

DOS rotundos golpes en la puerta devolvieron a Marina a la realidad. Había regresado a sus habitaciones y llevaba día y medio dando vueltas al castigo que le había impuesto Rúbem.

Aparentemente había sido más liviano de lo que había esperado en un principio, ya que no le importaba demasiado que ningún vampiro le negara la palabra ni tenía intención de relacionarse con ellos, pero a medida que pasaban las horas, aquel silencio sepulcral empezaba a pesarle como una losa.

¿Qué iba a hacer ella en aquella enorme casa, sola y sin poder ir a ninguna parte? Estaba totalmente perdida en un mundo que desconocía por completo y sin nadie que le guiara en su nueva vida. No tenía nada que hacer, nadie con quien hablar. No sabía cómo actuar... Sólo el mayordomo, que acudía a las horas de las comidas con un carrito repleto de exquisitos manjares, le

dirigía la palabra. Él sí; pero poco.

El problema era que no tenía ni idea de cómo hacerse perdonar por Marcos. Llegar a él a través de la Conexión no le parecía que fuera lo adecuado. No quería explotar ese camino. No lo utilizaría a menos no le quedara otro remedio.

La puerta se abrió despacio antes de que concediera el permiso que aparentemente alguien solicitaba.

—Hola, Marina.

Miró boquiabierta a su visitante. Allí estaba Belén, guapísima y rebosando salud por todos los poros de la piel. Pero... Había algo en ella que no encajaba.

Una sensación extraña se apoderó de cada una de las células de su cuerpo y se instaló en la corteza cerebral dando luz a un conocimiento que ni siquiera sabía que poseía.

—¡Eres una vampira!

Belén se quedó paralizada. Había estado elucubrando cómo decírselo, cómo abordar el tema sin asustar a su amiga. Había ensayado

cientos de veces la conversación para poder llevar a Marina a su terreno y, ahora, todo se había reducido a tres palabras.

—¿Desde cuándo? —preguntó Marina tras unos segundos de tenso silencio.

—Desde el mismo momento que casi morí en el accidente.

—Oh, lo siento... —De pronto tuvo un miedo irracional por Belén. Quería compañía, pero no a cualquier precio.

—Belén, no puedes hablarme. Nadie del Linaje puede dirigirse a mí.

—Me han concedido un permiso especial. Me han dado unos minutos para explicarte mi nueva naturaleza.

—Bien, entonces aprovechemos el tiempo...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Qué te has convertido? No lo sabía, acabo de enterarme.

—¿Puedes *sentirnos*?

—Al parecer sí. Eso tampoco lo sabía... —reconoció Marina.

—Entonces, creo que ya está todo dicho. Me

alegro de que estés bien y... espero que algún día puedas perdonarme.

Ella se giró y desanduvo los pocos pasos que había dado hacia el interior de la habitación. Aquella era una triste despedida.

—¡Belén! ¡Espera! Si tienes permiso para hablar conmigo, hazlo. Ven, pasa y cierra la puerta.

Se paró en seco pero no se dio la vuelta. Permaneció de espaldas a su amiga con la mano sobre el picaporte.

—No. Mejor deja las cosas como están. Mi presencia aquí no es segura para ti. Tampoco para mí... —añadió dubitativa después de unos segundos.

—Claro que lo es. Es segura para ambas.

Marina se levantó con dificultad de la silla de ruedas y, ayudada por los bastones, se acercó a la puerta, a pocos centímetros de Belén, y la empujó con uno de ellos hasta que se cerró con un sonoro clic. Luego regresó a la sala y se sentó en uno de los sillones.

—Vamos, ven —dijo, dando palmaditas en el almohadón—. Siéntate a mi lado y hablemos. Creo

que tenemos suficientes temas de conversación.

—Marina, no debería quedarme contigo a solas. Soy una vampira nueva y todavía no controlo a mi bestia.

—Oh, claro que la controlas. No te hubieran dejado venir de no ser así y estoy segura de que todo el mundo en esta casa sabe dónde estás y qué haces en estos momentos.

Belén se dio por vencida. Se acercó al sofá que ella ocupaba y se sentó en el extremo opuesto, lo más alejada que pudo.

—¿Y si algo falla?

—Nada fallará. Yo no soy susceptible a tu *encanto vampírico*, supongo que ya lo sabes. Además, no vas a atacarme, ¡soy tu amiga! —Los vampiros no tenemos amigos. Ni tampoco sentimientos —repuso con una fría e irónica sonrisa en los labios.

—¡Que lo dices tú! Eso no te lo crees ni borracha. Puede que dentro de trescientos años seas capaz de ocultar tus sentimientos, y que después de quinientos hayas aprendido incluso a controlarlos, pero ahora mismo tienes los mismos

sentimientos que tenías hace quince días.

Belén no respondió y ella se creció ante los resultados de lo que había sido una simple apuesta a ciegas.

—Escucha —continuó—, es muy posible que establecieras una relación conmigo porque te lo habían ordenado desde el Consejo... Es más, estoy segura de ello; pero tampoco me cabe ninguna duda que, con el paso del tiempo, te convertiste en mi amiga. Una amiga real y de carne y hueso, con los sentimientos que ello conlleva.

—Las cosas han cambiado ahora.

—Cierto. Pero han cambiado para las dos. Por eso no voy a discutir qué hicimos bien o mal antes de que todo esto ocurriera. Es verdad que al principio me sentí engañada; me habías puesto tantas trabas para negarme el acceso a este mundo... Pero he tenido mucho tiempo para pensar.

—¡Qué suerte!, yo no he tenido tiempo de nada. Ya no soy la persona que conociste. Y sí, tienes motivos para estar enfadada; te engañé todo lo que pude.

—Lo sé. Pero ya da igual. Aunque, tengo una

curiosidad —dijo al cabo de unos momentos de cavilación—, ¿fuiste tú quién llamó a Marcos para que me interceptara el día que íbamos a investigar la muerte de aquel chaval del parque al que atacaron los *mutatos*?

—Sí. Le llamé por teléfono mientras subías a vestirme.

—Pues que sepas que casi me mata...

—No, Marina. Marcos nunca hace nada «casi». Marcos te mata, si quiere, o no lo hace.

—De cualquier forma, me dio un susto de muerte. En estos momentos entiendo tantas cosas... En fin, yo tampoco soy ya la Marina Miralles que conociste hace más de un año. Es verdad que casi nada es igual ahora. Entonces, ambas éramos simples mortales y ahora, tú ya no lo eres y yo no sé ni lo que soy. Lo único que sé es que sigo necesitando a mi amiga Belén.

—Ya. Estoy hecha un lío...

Las lágrimas, calientes y devastadoras, se deslizaron en silencio por el agraciado rostro de Belén. Ella sintió un tirón en sus entrañas. Casi podía notar en carne propia el dolor que asolaba

el corazón de su amiga. Tenía que hacer algo.

Sin pensar en las consecuencias, se acercó como pudo y la estrechó entre sus brazos. Apretó fuerte el tonificado cuerpo de la vampira y, sin darse cuenta, también ella empezó a llorar. No era un llanto compulsivo ni histérico; sólo la expresión de la tristeza que da la impotencia ante un hecho que no puede ser modificado de ninguna manera.

Lloraron en silencio, abrazadas, durante tanto rato que perdieron la noción del tiempo.

—Marina... —rompió Belén por fin el mágico instante—. Esto no debería ser así. Los vampiros no lloran y no se abrazan a las amigas como tiernas adolescentes ante el primer desengaño de su vida.

—Bueno, las cosas son como son. Creo que las dos hemos pasado por demasiadas experiencias nuevas como para no permitirnos el pequeño lujo de llorar a solas sin que nadie nos vea. Tú serás una vampira y yo a algo raro a medio camino de ninguna parte, pero ¡joder,

seguimos siendo mujeres! Nos necesitamos mutuamente y tenemos todo el derecho a desahogarnos.

Una risa nerviosa escapó de los labios de ambas mientras sorbían por la nariz como niñas enrabiadas.

—Yo nunca quise ser vampira...

—¡Ni yo una *fatum*! No te fastidia... Pero ambas somos lo que somos y no podemos evitarlo.

—Se supone que yo sí podía elegir, como puedes hacerlo tú. Pero eligieron por mí...

—¿Y lo sientes?

—¡No! No lo siento, Marina. La verdad es que prefiero que me obligaran a ser lo que soy. De lo contrario hoy sería un cuerpo frío bajo alguna lápida.

—Entonces, alégrate.

—No puedo. Por mi terquedad y mi desatino, alguien va a pagar con su vida, y eso es más de lo que puedo soportar en estos momentos.

—¿Cómo? ¡Explícate!

—*Uf*, es muy largo.

—Ahí tienes toda la Coca-Cola del mundo,

Belén —dijo señalando un pequeño frigorífico encastrado dentro de un mueble—. Tu vicio. Del tiempo no creo que tengas que preocuparte.

—Ése era mi antiguo vicio. Ahora prefiero la sangre... —El comentario sonó mordaz—. Y sí, Marina, del tiempo también tengo que preocuparme. Ahora mismo, Lucas está sometiéndose al veredicto del Master Supremo para enterarse de cómo será su muerte.

—¿Lucas? ¿Lucas Rivero? ¿El lugarteniente de Marcos?

—Sí. Él me dio el paso al Otro Lado a sabiendas de que yo había elegido no hacer la transición nunca. Eso supone un juicio sumarísimo del que es muy difícil salir indemne y cuyo resultado suele acarrear una sentencia de muerte; una muy dolorosa, por cierto. Pero él llegó a un acuerdo con WebenSenu y cambió su vida por la mía a cambio de que le dejaran asistirme en el Tránsito.

—¿Por qué lo hizo si sabía que tú no querías convertirte en vampira?

Belén bajó los ojos un tanto avergonzada y se

entretuvo en la contemplación de las uñas.

—Por amor —susurró.

—¿Lucas está enamorado de ti?

—Sí.

Ella recapacitó durante unos segundos. Quizá debiera sorprenderse, pero no lo hizo. Seguro que había algo que pudiera ayudar a Lucas.

—¿No puedes hablar en su favor?

—Ya lo he intentado. Pero lo que ha hecho es una afrenta contra mi familia. Mi padre y mi madre son vampiros antiguos, Marina. La mía no es una familia unida ni al uso, pero las Normas del Linaje están claras para todos. Y tengo un hermano en el Consejo Nacional, que además es uno de los hombres de Pessaro...

—O sea, que lo tiene crudo...

—Yo me enteré de su *acuerdo* hace sólo dos días. Lucas no me había dicho nada. Hablé con mi familia, pero no hay nada que hacer. Ni siquiera está en la mano de ellos, porque WebenSenu se ha apropiado de la responsabilidad total sobre el tema; cosa de la que tampoco estaba informada hasta anteayer. Al parecer, mi gente ha aceptado

quedarse al margen. En el fondo están felices con mi transición.

—Claro, ¡eras la oveja negra!

—Más o menos. Sobre todo para mi hermano.

Ella analizó las últimas palabras. Belén había intentado ayudar de alguna manera a Lucas, pero... ¿por agradecimiento? ¿O había algún otro motivo que le impulsara a hacerlo?

—Belén, tengo una duda un poco... ¿Cómo te diría...? ¡Indiscreta! ¿Tú estás enamorada de Lucas?

La cara de la interpelada se volvió carmesí, algo suficientemente inusual como para responder por sí mismo. Belén nunca había sido una mujer tímida. De hecho era todo lo contrario y tomaba lo que le ofrecía la vida con una voracidad nada corriente, especialmente en lo que a las relaciones con los hombres se refería. Jamás había sido una mujer enamoradiza; utilizaba al sexo masculino en su beneficio y se olvidaba de ellos a los cinco minutos. Ahora sabía que era algo que llevaba en los genes.

—Bueno —se corrigió acto seguido—, no me

contestes si te incomoda.

—Marina, estoy enamorada de Lucas desde mi más tierna infancia. Siempre lo he estado, pero era algo que jamás he reconocido ante nadie. Era un amor absurdo e imposible. Él es un vampiro... Le conozco desde que nací, es colega de mi hermano. Hicieron la transición y el *Ritae* juntos y siempre han trabajado codo con codo al lado de Pessaro.

—¿Te has acostado con él en alguna ocasión?

—Oh, no, jamás. Ni siquiera ahora, después de mi conversión. Durante años le he evitado a todos los niveles. Lucas a mi también, claro. Ahora me muero por hacerlo, pero él no quiere, por mucho que también lo desea. Dice que es un amargo trago que debe evitarme...

—¿Entonces no estáis enlazados?

—Bueno, yo estoy enlazada a él porque es el que me ha dado el paso y llevo días alimentándome de él; pero él no ha tomado ni una gota de mi sangre. Se niega a hacerlo.

—¿Le has dicho lo que sientes?

—¡No, por Dios! ¿Para qué?

—¡Para que luche por su vida, caramba! Podría pedir ayuda a Marcos, él tiene influencia con Rúbem.

Belén estalló en una ruidosa carcajada que dejaba a su paso la terrible huella de la amargura.

—¡No seas incauta, Marina! Ni Lucas va a pedir ayuda a Marcos ni él se la prestaría jamás.

—¡Pues hazlo tú! Se supone que tú eres personal de Pessaro, ¿no? ¿No fue él quién te nombró mi guardaespaldas?

—Sí, efectivamente. Estoy a su servicio desde que renuncié a la transición pero me comprometí formalmente a servir al Linaje.

—Pues entonces... habla con él. Se supone que te deberá algún favor.

—Para nada. No me debe absolutamente nada, si acaso yo a él.

—¡Pues habla con el Master Supremo! ¡Dile que estás enamorada de Lucas!

—¿Tú te has vuelto loca?

—¡Claro que no!

—Escucha, Marina. Yo no puedo dirigirme a WebenSenu. Aunque quisiera, jamás me daría

audiencia.

—Pero está en la casa... ¡Abórdale!

—No puedo —dijo con resignación—. No tengo categoría para hablarle. Nadie se dirige al Master Supremo sin su autorización.

—Yo hablo con él cuando quiero... Jamás he tenido problemas para hacerlo...

—Vale, Marina. No sé por qué tú puedes acceder a él, pero a mi no se dignaría ni a mirarme a la cara. Incluso mi hermano, siendo quién es, tendría problemas para llegar a BenSenu. ¿Todavía no te has enterado que esta sociedad es jerárquica al cien por cien? El trato del Master Supremo contigo es muy inusual. Ser una *fatum* te da muchos derechos, pero ni siquiera eso te faculta para llegar al más alto estrato social, y menos siendo mortal. ¡Le has debido de caer en gracia, hija!

—Pues no sé... —Marina se quedó pensando—. Supongo que será por mi relación con Marcos.

—No sé, quizá. Pero vamos, tampoco es que tengáis ninguna relación que vaya a mover los cimientos del Consejo... No te hagas ilusiones,

Marina —le advirtió— y, sobre todo, no se te ocurra enamorarte de Pessaro, por favor.

—Uf, ¡demasiado tarde!

—¡No fastidies! No habrás cometido semejante estupidez, ¿verdad?

—Bueno, lo superaré. Todos me decís lo mismo y no es nada que no supiera ya de antemano.

—De verdad, chica, algo falla en tu cerebro.

—Ya. Todo sería mucho más fácil si no se hubiera enlazado a mí...

—¡Venga ya! No me vas a hacer creer que Marcos Pessaro se ha enlazado a ti, ¿verdad?

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Eso es imposible, Marina. El Master no se enlaza a nadie, tiene un corazón hecho de piedra. Un vampiro de veinte siglos de antigüedad...

—Casi veintiuno —la interrumpió.

—Bueno, pues de casi veintiún siglos, no se enlaza a alguien por error. Además, Marcos no comete errores.

—Marcos no es Dios, ¡joder! ¡Claro que comete errores!

De hecho ha cometido éste y es lo suficientemente grave como para que le bajas del pedestal de perfección en el que lo tienes subido.

—No puedo creérmelo... —susurró Belén, rompiendo en una estentórea carcajada.

Un puño golpeó con fuerza la puerta de caoba provocándoles un respingo. Asustada, Belén se separó como si aquella llamada hubiera accionado algún resorte oculto. Parecían una chiquilla pillada comiendo chocolate a escondidas.

—Vamos, límpiate esa cara —le ordenó Marina—. Que nadie note que hemos llorado; éste es nuestro secreto. Y abre la puerta.

Obedeció sin rechistar, pero antes de que le diera tiempo a levantarse, la puerta se abrió y entró Rivero.

—¡Lucas! —exclamó, corriendo hacia el hombre que le esperaba en el umbral para refugiarse en su abrazo—. ¡Gracias a Dios!

—Hola, Belén, no deberías de estar aquí. Lo sabes...

—¡Estás vivo! —dijo ignorando su reprimenda y centrándose en lo único que le

preocupaba en esos instantes.

—Sí, pero no cantes victoria tan pronto, ratita. Sólo es una moratoria...

—¿Ratita? —Rompió el encanto del reencuentro Marina, haciéndose notar.

—Sí, así la llamábamos todos de pequeña; siempre estaba husmeando donde no debía — contestó Lucas.

—¿Moratoria? ¿Qué ha pasado? —siguió preguntando ella, centrada en lo único que le interesaba.

—Sentaos. Os lo explicaré a las dos. Seré breve porque tú tienes que alimentarte, Belén. Todavía no deberías estar a solas con un mortal.

—Tengo permiso para estar aquí, Lucas. Y no te preocupes por mí ahora. Cuéntanos qué ha pasado...

—Bueno, el Master Supremo me ha dado una prórroga de quince días a cambio de un servicio.

—¿Qué servicio? —quiso saber Marina.

—Seré el encargado de tu instrucción durante ese tiempo, o hasta que Marcos regrese —replicó, dirigiéndose a Marina—, a la vez que termino de

encauzar el tránsito de Belén. Por lo tanto, ambas vais a ser unas niñas buenas y aplicadas y me vais a hacer muy fáciles mis dos últimas semanas, ¿verdad?

Marina miró a Belén. Estaba segura que ninguna de las dos tenía intención de poner a Rivero en más aprietos de los que ya se encontraba, pero sabía que ninguna de las dos serían unas alumnas especialmente obedientes.

—¿Hasta que Marcos regrese, Lucas? —preguntó en cambio, al cabo de unos segundos—. ¿Dónde está?

—Aquí no, desde luego. Abandonó la casa antes de que tú vinieras pero no te preocupes por su marcha, mejor céntrate en su regreso. No tienes mucho tiempo. Ya sabes que, mientras, serás ignorada por todos los miembros de la Comunidad, a excepción de nosotros dos.

—¡Qué gran detalle el de Rúbem! —comentó sarcástica—, mirar por mi instrucción y mi compañía...

—No tientes al destino, Marina. Podría haber sido mucho peor y lo sabes —se quejó Lucas—. Y,

ahora, señorita —dijo tomando a Belén de la mano —, usted y yo vamos a retirarnos y a encargarnos de su alimentación. Marina necesita pensar...

Dicho lo cual, ambos salieron de la estancia cogidos de la mano.

Y, efectivamente, necesitaba pensar. No le iba a quedar más remedio que usar la Conexión por mucho que le molestara echar mano de triquiñuelas. Acababa de darse cuenta que un encuentro fortuito con Marcos en cualquier lugar de la casa era algo que no iba a producirse en un futuro inmediato. Y, como muy bien había resaltado Lucas, no tenía tiempo que perder.



Marcos estaba preocupado y su cabeza era una maraña de confusión. Hacía días que vigilaba la casa de Marina, en donde se había instalado la misma noche de su discusión con ella. Tras el alta de la joven, no se sentía capaz de compartir el mismo techo. Necesitaba poner tierra entre ellos.

Miró anonadado el informe que hacía pocos minutos le había entregado un mensajero. Nada

encajaba.

Se acercó al mueble bar y sacó una botella de whisky y un vaso corto. Últimamente no parecía capaz de concentrarse en nada. El alcohol y el tabaco no contribuían demasiado a la labor, pero al menos le mantenían ocupado durante un rato. Necesitaba algo fuerte que le ayudara a pensar. Las dos últimas semanas habían sido una vorágine de acontecimientos.

El lugar tampoco propiciaba su tranquilidad; todo olía a Marina. Para remate, los inspectores y auditores le habían acribillado y no había tenido más remedio que atenderlos para esclarecer sus asuntos financieros. Y para cerrar el círculo, la prensa nacional le había elegido como punto de mira de sus publicaciones diarias y había tenido que dedicar más tiempo del que disponía en dar explicaciones públicas que habría preferido omitir.

Todo aquello le había restado tiempo para estructurar una ofensiva contra los *mutatos*, que se habían empeñado en tejer una red de entretenimiento tan tupida, que apenas dejaba que

entrara el aire. Y era necesario que lo hiciera rápido. Tenía una espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Tan pronto le convocaran al juicio al que tendría que enfrentarse en breve, sus posibilidades de venganza quedarían reducidas a la nada.

No podía quedarse cruzado de brazos. Era necesario que Marina se viera libre de toda amenaza. Sí, ella había sido la culpable de la situación, pero también era su enlazada. La necesidad de protegerla era superior a todo lo demás.

Aún así, todos los esfuerzos por apremiar el desenlace habían resultado infructuosos. Por mucho que sus espías habían estado trabajando sin descanso, no habían conseguido resultados visibles. Seguía siendo una incógnita quién era la cabeza pensante de la facción enemiga, por lo que estaba atado de pies y manos para neutralizar la ofensiva que habían iniciado contra la *fatum*. Las pesquisas siempre se perdían en un laberinto de personalidades que poco o nada tenían que ver con el Linaje, según ascendían en el escalafón social.

Además, mientras Marina estaba hospitalizada, habían forzado su casa y, aunque parecía que todo estaba igual y no se habían llevado nada, habían rebuscado en todos los rincones.

Menos mal que, para entonces, él ya se había llevado de allí el ordenador portátil, todos los discos externos que había encontrado y cualquier tipo de documentación que pudiera parecer importante. La idea había sido ponerlo a buen recaudo en su domicilio para cuando ella pudiera necesitarlo, pero al final había servido de mucho más.

Era lo único que había conseguido para hacer fracasar la misión *mutato*. Porque aquella acción llevaba su firma, ya que desde luego no se trataba de un robo fortuito. El dinero, las joyas y los objetos de valor seguían allí.

Suponía que lo único que buscaban era algo que pudiera devolverles la pista de la mujer, pero tampoco podía asegurarlo. No tenía ni idea de lo que Marina guardaba en aquellos archivos.

Bebió un largo trago, tenía gusto a hiel. Sabía que el Lazo le haría cometer errores, pero nunca creyó que fueran a ser tan importantes. Jamás debería haber bajado la guardia. Había sido un exceso de confianza por su parte.

Y no era un consuelo haber tomado medidas inmediatas ni que el allanamiento hubiera tenido lugar a plena luz del día.

Tendría que haber pensado que involucrarían a mortales, dada la poca, o incluso nula, resistencia del enemigo a la luz solar, y que no era suficiente con mantener la vigilancia desde que el sol se ponía hasta algunos minutos después de que brillara en lo alto del cielo.

Desde entonces había reforzado el equipo de centinelas para que siguieran todos y cada uno de los movimientos sospechosos que ocurrían en torno a la vivienda de Marina. Apuntaban las matrículas de los coches aparcados en un kilómetro a la redonda y seguían cualquier pista que pudiera arrojar dudas sobre sus propietarios. Perseguían a los viandantes y vecinos de la zona, sin tener en cuenta edad o sexo, y averiguaban

cualquier comportamiento ilógico de todos los que pasaban por allí. No había vuelto a dejar ningún cabo suelto; pero en todo aquel tiempo tampoco había encontrado ninguna pista.

Ninguna hasta aquella tarde, en la que había descubierto un hilo que, por fin, parecía poder llevarle hasta la madeja.

Y había sido por pura casualidad.

Poco después del mediodía, frustrado y ansioso, se había asomado a la calle desde el ventanal que daba a la fachada principal. Un joven, que recordaba haber visto unos días atrás, estaba mirando con atención hacia la casa mientras hablaba por el móvil. Una llamada que, paradójicamente, el equipo de seguimiento telefónico no pudo rastrear. Aquello le puso en alerta de inmediato.

Dejándose llevar por un presentimiento, salió del edificio sin ser visto a fin de perseguir a pie a aquel muchacho, cubriéndose con la capucha de una sudadera para no ser reconocido y ocultando sus ojos bajo unas oscuras gafas de sol.

Si no hubiera sido por la necesidad de hacer

cualquier cosa que le alejara del estado de impotencia en el que se encontraba, hubiera abandonado aquella pista. ¡Menos mal que no lo había hecho! Al menos ahora tenía un punto del que partir.

El chaval, un mortal de unos veintitrés años de edad, no coincidía con el perfil de un empleado de los *mutatos*, que pagaban generosamente a sus esbirros. Éste en cambio le había paseado por medio Madrid en transporte público. Tenía que reconocer que había estado a punto de darse por vencido en varias ocasiones, pero el tono opaco del aura de aquel tipo le indujo a continuar persiguiéndole. Era el halo de un adicto a sustancias poco recomendables para la salud.

Después de ocho paradas de metro, que incluía un trasbordo de línea, y la espera interminable de un autobús, cuyo recorrido pensó que no acabaría nunca, se apeó en la misma parada que aquel mortal, que en ningún momento reparó en su presencia. Estaban en la exclusiva urbanización Puerta de Hierro.

Tras una larga caminata manteniéndose a

distancia, puesto que se trataba de una barriada solitaria, se encontró frente a una elegante casa que no ocultaba el nivel social de su propietario. Discretamente ubicada en uno de los callejones aledaños a la arteria principal de la colonia, se parapetaba en el anonimato entre la fastuosa categoría de las mansiones que la rodeaban.

Una vez que aquel muchacho entró en el interior del edificio, él sacó el móvil del bolsillo y llamó a uno de sus hombres para que acudiera a recogerle en un coche. Tres cuartos de hora más tarde, el mortal abandonaba la casa. El brillo vidrioso de los ojos y el olor que emitía su piel, gritaba a los cuatro vientos que el joven era víctima de alguna sustancia psicotrópica. Y apestaba a *mutato*.

Las coincidencias eran demasiado obvias para dejarlas escapar. Fuera quien fuese aquél al que el chaval había ido a visitar, era, sin duda, la persona que le iluminaría el resto del camino.

Jamás pensó que la pista le llegaría de semejante manera.

Miró de nuevo el informe que acababa de

recibir. Todavía estaba perplejo. Era sobre la propiedad de aquel edificio. Apagó el cigarrillo, apuró el vaso y volvió a leerlo con detenimiento.

Estaba totalmente confundido. No lograba hacer que los datos coincidieran con ninguno de los nombres pertenecientes a las altas esferas de *mutatos*, aunque no le cabía duda que algo tenía que ver con todo aquello. La mansión formaba parte del inmovilizado de una sociedad anónima que estaba ligada al patrimonio de un título nobiliario, ahora en manos de un aristócrata de renombre al que no tenía el dudoso honor de conocer personalmente.

La mención de ese ducado sonaba incansable en los círculos de la alta sociedad que solía frecuentar, pero nunca había llegado a conocer el nombre de pila del hombre que lo ostentaba, si bien era cierto que tampoco nunca se había preocupado de investigarlo.

El duque de Navalcarriil no era alguien que le hubiera interesado nunca. Seguía la pauta de un trasnochado parásito aristócrata; sólo se codeaba con personas de su rango y se limitaba a vivir de

las rentas. Un personaje anodino, solitario y excéntrico, con poca vida social que permanecía prácticamente recluido. Ni siquiera tenía peso específico en el mundo financiero.

Pero un sexto sentido le decía que su valoración inicial había estado totalmente equivocada.

Dos días después, Marcos paliaba la frustración que le provocaban sus escasos avances para asegurar la vida de la *fatum* abandonándose en la autocompasión de su situación personal frente a la Comunidad y el Consejo. Sabía que el tiempo se le acababa.

Porque, pese a que su ascendencia sobre WebenSenu era privilegiada, jamás tuvo la más mínima duda de que éste emitiría el informe correspondiente tras su confesión, lo que no presagiaba un futuro halagüeño para él. Y aún así, en ningún momento se planteó la necesidad de hacerla. Su actitud había sido absolutamente imperdonable.

Un vampiro de su talla, antigüedad y rango no podía permitirse semejante infracción, salvo que

tuviera la intención de sumarse a las filas de los *mutatos*; algo que, desde luego, él no tenía ninguna intención de hacer. Las Normas estaban claras.

Todo ser del Linaje las acataba tan pronto se producía el Abrazo y eran aprendidas a sangre y fuego. Por lo tanto, asumiría las consecuencias. La desobediencia a un superior y la falta de respeto a una *fatum*, eran dos de las cláusulas más duramente castigadas. Y conocía cuál sería el castigo: la degradación y el destierro.

Encendió un cigarrillo con el mechero de oro y se entretuvo contemplando la llama durante un largo rato. Cómo había llegado a esa situación le preocupaba más, si cabe, que todo lo anterior.

Saber que nunca había tenido el más mínimo control sobre ello, no era ningún consuelo. Marina lograba sacarle de sus casillas sin apenas proponérselo. Había sido así desde el primer día. Esa mujer provocaba en él reacciones y sentimientos olvidados hacía siglos, convirtiendo su vida en una lucha sin cuartel entre la bestia que se alojaba en su interior y el hombre que había enterrado hacía siglos. Ni siquiera cuando su

contacto era exclusivamente cibernético había sido incapaz de apartarla de su cabeza.

Dio una profunda calada al pitillo y contuvo el humo en los pulmones.

Como colofón al sinnúmero de errores que había cometido en los últimos meses con respecto a aquella mortal, se había atado a ella contra su propia voluntad. Y su mundo, estructurado y controlado, se había venido abajo. Ni siquiera el humo podía abotagar sus sentidos, todo a su alrededor exhalaba el aroma a azahar de Marina. Un olor que inundaba la casa y le mantenía en un estado de excitación física y mental perpetuo.

Se llevó la mano a la evidencia corporal de aquella situación y apretó, dándose por vencido.

Lo único que deseaba era poder abandonarse a las demandas de su cuerpo y sucumbir al deseo como nunca antes lo había hecho. Conseguir que Marina fuera total y absolutamente suya; pero no con la inocente candidez y el comportamiento medido que la caracterizaba, sino con el descarado abandono de la única noche que habían compartido, hacía ya demasiadas madrugadas.

Necesitaba hundirse entre sus muslos, blancos y suaves, y olvidarse del mundo; saborearla, degustarla y exprimir cada uno de los fluidos de su cuerpo, fueran cuales fuesen las consecuencias. Perderse en los brazos de aquella mujer, que a veces se mostraba alegre y chispeante como el agua de un arroyuelo y otras, profunda e insondable como un estanque del color de sus ojos.

Y lo peor no era que sus hormonas se encontraran en continuo estado de alerta y preparadas para el ataque como si fuera un mozalbete recién salido de la pubertad, no; lo que más le aterraba era la certeza de que ese deseo indoblegable no se calmaría con una única noche de satisfacción. Quería hacerla suya para siempre. Y el significado de la palabra «siempre» tenía unas connotaciones muy diferentes para un vampiro y un mortal.

Pero aquello había dejado de ser una posibilidad desde el mismo momento en que perdió el control sobre sí mismo, cediéndoselo a su bestia, en la habitación del hospital.

Llegados a este punto, tenía que alejarse de Marina o no respondía de sus actos.

Finalmente, el insistente timbre del teléfono, al que durante un largo rato había ignorado, le sacó de aquel bucle de pensamientos sobre el que giraba una y otra vez. La conocida voz de Lucas Rivero le hizo aterrizar de golpe en la realidad.

—¡Bingo, Master!, ya tenemos el nombre y su ascendencia.

Marcos no estaba para adivinanzas en esos momentos.

—Escupe, Lucas —ordenó en tono mesurado.

—Tu esquivo duque se llama Roberto Pérez de Iparraguirre, nombre al que en la actualidad responde el antiguo vampiro Bagarok el Íbero.

Sintió que sus entrañas se anudaban en su interior y una fría furia se apoderó de todo su cuerpo.

—¡Imposible! —rugió—. Bagarok el Íbero desapareció de la faz de la tierra hace más de mil ochocientos años.

Capítulo 18

EL duque de Navalcarriil dejó sobre el pulido escritorio el informe que hacía horas le había pasado su secretario. Acababa de terminar la cuarta relectura. Por una vez, estaba satisfecho.

Recibir información sobre los *plumbum crúor* rara vez ponía un rictus amable en su angulosa cara y mucho menos si se trataba del puntual dossier que solían hacerle llegar cada quincena sobre las actividades de Marcos Pessaro y sus hombres.

El Master español había llegado a ser un permanente y enorme dolor de cabeza.

Sin embargo, en esa ocasión tenía motivos de sobra para alegrarse. Sus esfuerzos empezaban a dar los resultados esperados, porque aunque la ofensiva financiera que había lanzado contra él no había supuesto ningún descalabro en la estructura empresarial del consejero español, cosa que ya había asumido de antemano, la campaña de

desacreditación en prensa estaba siendo todo un éxito.

Hasta el punto que Pessaro había tenido que abandonar su búnker decimonónico e irse a vivir a casa de la *fatum* para esquivar a los periodistas, al tiempo que se aseguraba de que la mujer estaba protegida de manera inmejorable.

Todavía no entendía los motivos por los que el propio líder se estaba encargando personalmente de la mortal, pero estaba encantado de que así fuera. De esa forma tenía localizados a los dos en todo momento, ya que suponía que pasarían días hasta que la muchacha se recuperaba por completo del accidente.

Al menos eso había pensado hasta esa noche.

Y por ese motivo había movido los hilos adecuados para que Pessaro no tuviera más remedio que abandonar aquel cubículo. Al forzar a Marcos a salir de allí para acudir a una entrevista ineludible, dejando la seguridad de la joven descubierta, ellos podrían aprovechar el momento para asaltar la pequeña casucha y secuestrarla; que al fin y al cabo era su único objetivo.

Sin embargo, aquella maniobra no había sido tan fácil como había supuesto en un principio. Sortear la guardia que su enemigo había dejado allí había resultado más difícil de lo que esperaba, pero aún así lo había logrado. Tras varios intentos, uno de sus hombres había podido entrar en la casa por el patio interior, desde la vivienda del vecino, haciéndose pasar por un amigo de la muchacha que, dijo, había olvidado las llaves dentro.

Al principio resultó una desagradable sorpresa comprobar que la mujer no estaba allí, como había creído durante todo el tiempo; pero lo que había encontrado, en un informe que Pessaro había abandonado sobre la mesa del salón, había sido lo suficientemente atractivo como para hacerle olvidar el disgusto del momentáneo fracaso. Gracias a él se había enterado del lugar exacto dónde la habían escondido. Y también de algunos datos adicionales que le permitirían dar el golpe de gracia.

Esbozó una sonrisa complaciente y pulsó la tecla del interfono.

—Ernesto, póngame con Sokorov.

—Enseguida, señor duque.

Sólo tres minutos y medio más tarde, el teléfono vibraba sobre la mesa. Había silenciado el timbre, le molestaban sobremanera los ruidos estridentes.

—Sokorov... —dijo levantando el auricular. Sabía que nadie más estaría al otro lado de la línea.

—Sí, Dómine.

—Ya tenemos a la *fatum*.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh?

—Ése no es tu problema. Por lo que gastas en el hotel, parece ser que no debería de preocuparte si decido tardar un mes en darte instrucciones de trabajo —respondió irritado.

Sergei ignoró la queja del duque, que siempre estaba lloriqueando por el dinero que cargaba en la cuenta de gastos. Si pensaba que aquellos lamentos iban a conseguir que él bajara el nivel de vida, lo tenía claro. Más bien incitaban su rebeldía y no dudaba en hacer más dispendios con tal de fastidiarle.

—Desembucha —exclamó en lugar de decir

lo que estaba pensando.

—Sabemos que la tienen en el domicilio de Pessaro. Te enviarán un correo con el plano exacto de situación.

—¿Y qué quieres que haga allí? No pretenderás que entre en la jaula del tigre y me la lleve, ¿verdad?

—No. No es eso lo que pretendo.

Esperó a que el duque terminara de hablar. Si le había llamado es porque tenía algo más que decirle.

—La *fatumha* solicitado un servicio de guardaespaldas para el próximo viernes. Ha quedado con un tal Chavi. Saldrá de casa de Pessaro a las ocho de la tarde, con dos coches de escolta, con destino a una de esas insoportables barriadas de ambiente progre.

—¿Y tenemos la dirección exacta?

—Sí, claro.

—Bien, con eso tengo suficiente.

El duque no tenía nada más que decir. No por dejar que las palabras salieran en voz alta de su boca significaba que no lanzara una amenaza

encubierta y clara, sin embargo, la hizo de todas las maneras.

—Sokorov, no falles esta vez. Tendrás las direcciones en tu email de inmediato.



Era más de medianoche cuando Marcos se permitió, por fin, el lujo de sentarse a recapacitar sobre todo lo que había sucedido en los últimos días.

Estaba agotado como no recordaba desde hacía muchísimo tiempo. La entrevista de esa tarde había sido interminable.

Tomar sangre embotellada no iba a solucionar el problema, pero lo cierto es que no tenía nada mejor a mano y, desde luego, lo último que le apetecía era seducir a ninguna pobre incauta de la lista de *donantes* voluntarias habituales. Acababa de coger una ración de AB positivo de la nevera. Últimamente su sabor favorito era el 0 positivo, pero le recordaba demasiado a su Némesis, y aunque sabía que era un acto de rebeldía inútil, al menos no tendría la esencia de ella en el paladar.

Ya le martirizaba lo suficiente sin necesidad de sensaciones adicionales.

Balanceó la copa de borgoña entre sus dedos para que no se coagulara, con el movimiento rítmico y estudiado que dan los años de práctica, y bebió un largo trago.

Descubrir el nombre y la guarida del jefe supremo de los *mutatos* le había sumido en un torbellino de actividad y llamadas de teléfono. Todo había sido demasiado vertiginoso. En pocos minutos había pasado de estar en la más absoluta ignorancia a tener en sus manos una bomba de relojería a punto de estallar.

La identidad del duque de Navalcarriil había supuesto un *shock* tremendo. Aquel nombre, que era historia desde hacía siglos, de pronto había cobrado tal actualidad que no sabía por dónde empezar a reestructurar la línea de acción. Era increíble que un *mutato* hubiese podido subsistir durante dieciocho siglos y que nadie del Consejo se hubiera enterado. Un hecho insólito en toda la trayectoria de la especie, ya que las connotaciones fisiológicas de la mutación les auguraban una vida

relativamente corta.

Aquello le convertía, también, en un enemigo demasiado poderoso para dejar un solo cabo sin atar y cualquier movimiento en su contra tendría que ser rápido y sin una sola fisura.

Además, seguía siendo una incógnita la identidad de la persona que habían utilizado los *mutatos* para atacar a Marina, algo que tenía que averiguar antes de tomar medidas contra la organización oponente. Por lo tanto, la complejidad de la línea de actuación que había puesto en marcha para dejar toda la trama al descubierto, sin que los *plumbum crúor* pudieran resultar involucrados en el tema, era tremenda.

Aún así, ello no habría supuesto más que una simple desestabilización de su paciencia si, además, no pesara sobre él la amenaza de su precaria situación personal frente al Consejo, la ofensiva fiscal y financiera que aún no había quedado zanjada, la persecución de los medios de comunicación y un desastroso estado anímico personal que iba a dar al traste con sus reservas energéticas.

Sobre todo, esto último. Porque lo que realmente estaba a punto de volverle loco era la impenitente voz que zumbaba en su cerebro desde hacía días. Un runrún continuo que trataba de ignorar sin éxito y le había sumido en tal estado de excitación psíquica y física, que había tenido que optar por la incomunicación total con el resto del mundo, a excepción del contacto telefónico con Lucas.

No obstante, si en algún momento había llegado a pensar que era malo escuchar la angustiada letanía, cadenciosa y melódica, y perder el resuello ante la continua opresión en el corazón, que parecía comprimirlo como una prensa de lagar hasta dejarle sin jugo; lo peor había llegado al percibir el absoluto silencio que sentía desde hacía una hora.

Cuatro días de tortura continua habían desestabilizado sus nervios. Ahora, estaba a punto de perder la razón. Durante días había suplicado el silencio a Seth y a todos los dioses a los que había servido a lo largo de su longeva existencia, pero en esos momentos clamaba al Cielo por el más

mínimo signo de conexión con Marina.

Cerró los ojos y se concentró tratando de oír aquel «Marcos, por favor, no me ignores. Ven a mí. Te necesito». Pero siguió sin escuchar nada. Silencio.

Apuró la copa de un solo trago. ¿Cuánto tiempo más iba a soportar esta situación?

Se necesitaba una fortaleza de espíritu demasiado potente para resistirse a la llamada de una enlazada, incluso mediando imposibilidad física de respuesta, que no era su caso. Le había costado la misma vida conseguirlo, pero no se encontraba con fuerzas para acudir a la convocatoria sin cometer alguna torpeza de la que estaba seguro se arrepentiría más tarde. Al principio lo había conseguido gracias a la urgencia y gravedad de la misión que tenía por delante, después había ayudado la necesidad de mantener la seguridad de sus hombres y, más tarde, sólo su fuerza de voluntad y orgullo desmedido le habían amparado.

Pero ahora que todo estaba en calma y la maquinaria se había puesto en marcha, sólo

quedaba la espera. ¡Y el silencio!

El más absoluto de los silencios.

Al principio creyó que Marina se había quedado dormida. Aquellos lapsus de tiempo le daban un respiro y le permitían una mayor concentración en lo que estaba haciendo, pero enseguida se dio cuenta de que lo que ahora sentía era la desconexión total. Porque, a pesar de todo, era capaz de percibir, mediante un pequeño ejercicio de concentración, las vibraciones del cerebro de su enlazada durante el sueño, pero ahora no sentía absolutamente nada. Sólo un vacío negro y siniestro que amenazaba con engullirle.

—*Marcos, por favor, escúchame. Es necesario que hablemos y afrontemos lo que ha ocurrido juntos*—le pidió la primera vez que se puso en contacto mental con él—. *Necesito explicarte cómo me siento y por qué actué como lo hice, pero ésta no es la mejor manera. Tienes que venir y verme la cara, y el aura, y observar que lo que te digo no son palabras vacías.*

»*Necesito ver en tus ojos el perdón. Sé que te sientes culpable, pero yo te obligué, llevada*

por la ira, a perder la paciencia.

»Te doy mi palabra de honor que, después de nuestra conversación, no volveré a convocarte. Desapareceré de tu mente y de tu vida, recogeré los pedazos de la mía, y reconstruiré una nueva existencia todo lo lejos que la distancia física nos lo permita. Dejaré de ser una carga para ti. Abandonaré el país y procuraré no cruzarme nunca más en tu camino; pero escúchame. Ven a verme. Concédeme esto, para mí es muy importante.

»A cambio haré lo que me pidas.

»No renunciaré a la Comunidad y, si es necesario para la tranquilidad de tu espíritu, tomaré el Abrazo para librarte de la carga que te supone protegerme, al menos en su mayor medida. Puedo pedir asilo al Master Supremo o al templo de las fatums, así sabrás que estaré segura y protegida por el resto de la eternidad.

»Esto es un juramento, Marcos, pero ven y escúchame. Mi eterna tranquilidad mental depende de esta entrevista.

Había sentido que las tripas se le anudaban

tras aquellas palabras. El terror le invadió y, aunque le hubiera gustado hacerla recobrar el sentido de cualquier manera, su orgullo le impidió acudir a la llamada. Sabía que eran palabras salidas del alma, percibía el sentimiento y el convencimiento de las mismas, pero estaba paralizado.

Las mismas frases, con peticiones y alegatos similares, se repitieron día y noche durante los dos primeros días. Con la misma intensidad el siguiente y luego, poco a poco, fueron perdiendo ímpetu y energía hasta quedar sumidas en la pequeña letanía que tenía grabada a fuego en su corazón. Y ahora, desde hacía poco más de sesenta minutos, habían quedado reducidas a la nada. Lo último que había escuchado fue: «Como quieras, Marcos. Pagaré mi sentencia. Algún día, quizá, puedas perdonarme pero mientras, por favor, no me odies. No podría soportarlo porque..., porque..., te quiero.»

Dos palabras que, viniendo de cualquier otra persona, le hubieran provocado la fría y calculada risa de su desapasionada existencia. Éstas, sin

embargo, habían dado la vuelta a su vida como si fuera una prenda usada, sucia y maloliente.

—¡Necesito tu sangre!

La parquedad de la frase formulada por Marcos cuando entró como un vendaval en las dependencias de WebenSenu después de que éste le abriera la puerta, parecía el epitafio de su propia tumba.

Rúbem se limitó a extender el brazo y ofrecérselo sin pronunciar ni una sola palabra. No precisaba explicaciones y las preguntas eran totalmente innecesarias. Aunque no había vuelto a mantener ningún tipo de conversación con Marina, podía llegar a hacerse una idea bastante exacta de lo que estaba ocurriendo gracias a la conexión mental que mantenía con Marcos desde hacía más de dos mil años. Desde el primer día había podido percibir sus temores, sus angustias y carencias.

Hacía años que conocía lo que el destino había estipulado para su *filius cruor*. Por ello le asignó aquella tarea, la de velar por la seguridad de una *fatum*, su *fatum*; aunque ya entonces sabía que el camino por el que Pessaro tendría que

transitar sería duro y escabroso. Y que tampoco sería nada fácil para Marina.

Pero, por dificultoso que resultara y por mucho que él quisiera reducir su espinoso caminar, sabía que no podía intervenir más allá de lo que ya lo había hecho. Sólo ellos dos podrían solventar las pruebas y a solas tendrían que superarlas. Y por pequeño que fuera el trecho que ambos habían cubierto, la experiencia le decía que los primeros pasos siempre eran los más difíciles de dar, así que aquella irrupción en su habitación le devolvía la esperanza que había empezado a poner en entredicho. El maldito orgullo de Marcos era grande y difícil de doblegar, pero nunca había perdido la confianza en su sentido del deber; el motor que había hecho marchar su vida.

Marcos se lanzó sobre aquella vena palpitante con una necesidad tan visceral, que él no pudo ahogar el gruñido. Rezumaba ansia por todos los poros hasta el punto de no poner ningún cuidado en el momento en que clavó los incisivos. Absorbió con fruición, de pie, en el hall de entrada; como si le corriera prisa. Finalmente, la

locura de la necesidad empezó a calmarse y él retiro, poco a poco, los labios.

—¿Dónde está Marina? —preguntó Marcos cuando sació su hambre.

—No lo sé, chico, supongo que en sus habitaciones. Hace días que no la veo.

—Allí no está. Miré antes de venir a verte a ti...

—Pues no tengo ni idea —repuso—. Utiliza la conexión para localizarla, no habrá ido muy lejos.

—No puedo, Rúbem.

—Que no puedes ¿qué? ¿Qué te lo impide?

—Marina se ha desconectado totalmente. ¡No la percibo!

—¡Eso es imposible! —le tranquilizó, riéndose por lo absurdo de la situación que planteaba—. El enlace es irreversible y la muchacha no tiene suficientes conocimientos como para bloquear sus ondas cerebrales. Le falta adiestramiento.

Marcos le sonrió con pesar, con esa típica mueca vacía que no se refleja en el estado anímico

de aquél que la emite.

—Le falta adiestramiento, sí, pero tiene mucha más pericia con sus facultades de lo que puedas suponer, Rúbem. Ya hablaremos sobre el tema, ahora no tengo tiempo. Es imprescindible que la localice y necesito que sea ¡ya!

—Pues no puedo ayudarte. Pregúntale a Rivero, él es el único que podrá indicártelo, puesto que el resto de nosotros no hablamos con la muchacha.

Marcos compuso un gesto de extrañeza y asombro.

—¿Y eso? ¿Por qué motivo no habláis con ella?

—Cumple pena de «mutismo y aislamiento». Hay una sentencia sobre ella por la que, mientras no sean resueltos los términos de su redención, no podrá ser tratada como miembro de la Comunidad. Hay una orden dictada sobre todos los vampiros de la casa a excepción de Lucas y de Belén.

Supo que la alarma se apoderó de Marcos ante la posibilidad de que la joven hubiera

cometido alguna insensatez en su ausencia y nadie le hubiera puesto al corriente de ello. Como su enlazado, tenía derecho a esta información.

—¿Una sentencia? —repuso incrédulo—. ¿Qué ha hecho en estos días y por qué nadie me ha dicho nada?

—Marcos, por Seth, ¿supongo que no habrás pensado que lo que ocurrió el otro día iba a quedar como si nada hubiera pasado...? —La pregunta quedó flotando en el aire—. Si tú has podido continuar con tu vida de siempre, deberías haber sospechado que alguien estaría pagando el peaje, ¿no?

—¿Marina...? —cuestionó ante lo absurdo de una respuesta que ya conocía—. ¡No me jodas Rúbem! Espero que no sea ése el motivo. ¡Sería cojonudo que, encima de tener que padecer mi arrebató, tuviera que cargar con mis culpas!

Percibió el momento exacto en el que Marcos cobró consciencia de que la decisión sobre su sentencia se había desarrollado con una lentitud fuera de los parámetros habituales. Sus ojos estaban desorbitados por la sorpresa y la furia se

elevaba poco a poco por encima de la confusión.

—La verdad es que pensé que simplemente estaba recibiendo un aplazamiento del juicio hasta que quedara resuelto el tema de los *mutatos*—se defendió—. Y no, nunca pensé que fuera a salir inmune de todo esto. ¡No soy tan optimista!

—Bueno, pues al parecer, chico, la suerte es tu más fiel aliada. Está claro que alguien tenía que pagar por ello de inmediato y Marina solicitó sobre sí misma el castigo. Así pues, la sentencia está dictada y aceptada por el penado. Problema resuelto para ti y para mí.

—¡De ninguna de las maneras, Rúbem! —rebatí con furia—. Nunca he consentido que nadie pague mis deudas y, desde luego, Marina Miralles no va a ser la primera persona en hacerlo. Tú eres el Master Supremo, ¡como su enlazado, reclamo oficialmente su sentencia para mí!

—¡Basta! —detuvo la diatriba con un tono de voz que dejaba muy clara quién ostentaba el mando en esa relación—. ¡Esto no es un mercado de subastas! Y si lo fuera, tú no podrías pujar con

nada que igualara su oferta, así que si quieres que la chica deje de pagar, ayúdala; pero desde luego cumpliré lo que he determinado para ella.

Tras una pausa, en la que la tensión entre ambos hombres era tan tangible que podía ser tocada con la punta de los dedos, Marcos le dirigió una mirada cortante que indicaba que estaba suponiendo lo peor.

—¿Qué oferta, Master?

—Si ya te has alimentado y no necesitas nada más de mí, te rogaría que te marcharas —eludió la respuesta, dando la conversación por zanjada.

Marcos no era tan inconsciente como para seguir forzando la situación. No obtendría más información de Rúbem, que no quería continuar hablando y al que debía obediencia, pero sin duda se enteraría de todos los detalles y pondría solución cuanto antes.

Revitalizado tras ingerir la poderosa sangre de WebenSenu, Marcos salió en busca de Rivero sin despedirse. Necesitaba detalles. Suponía que se encontraría en la zona de oficinas, situada en el ala sur del edificio.

Pero allí no había nadie aquella noche a excepción de Alicia, una joven secretaria que todavía era mortal puesto que aún no había alcanzado la madurez para recibir el Abrazo.

—¿Está Rivero en su despacho? —preguntó a la muchacha, asustándola de manera evidente, ya que no le había visto llegar.

—No, Master —contestó de inmediato—. Hace rato que se marchó, pero si lo desea puedo llamarle por teléfono. Hoy todos se han retirado pronto, salvo la señorita Miralles, que aún está trabajando.

—¿Y tú por qué no te has ido? Es tarde, vete a tu casa. No quiero problemas con tus padres. Dile a uno de los muchachos que te acompañe.

Lo que había pretendido ser un gesto amable, resultó una orden brusca. La muchacha la reconoció y se dispuso a cumplirla de inmediato, sin cuestionarse absolutamente nada, mientras él la observaba.

—¿Necesita alguna cosa, señor? —preguntó antes de retirarse.

Él negó despacio con la cabeza.

—Bien, me despediré de la señorita Miralles y seguiré su consejo.

—No le digas que estoy aquí —exigió mientras la seguía al interior del despacho de Marina.

Allí estaba ella, inmersa en el estudio de un montón de expedientes que cubrían por completo la superficie de su enorme mesa lacada. Una pared doble, de cristales blindados del suelo al techo, que hacía las veces de acuario gigante y en el que deambulaban cientos de especies marinas de los más diversos colores, era lo único que los separaba.

En esos momentos Marina consultaba el ordenador con un mohín caprichoso que casi le hizo sonreír. La sentía lejana.

Aunque podía percibir las vibraciones que emitían sus pensamientos, no era capaz de interpretar lo que pasaba por su mente. Era como si realmente se encontrara trabajando en el fondo del océano; una nebulosa opaca interfería sus ondas cerebrales.

Vio que Marina se llevaba un dedo a la sien

inconscientemente, dándose cuenta de inmediato de que alguien intentaba inmiscuirse en sus pensamientos, así que retiró la pulsión.

Al ver a Alicia en el umbral de la puerta debió de pesar que la secretaria tenía cierta capacidad psíquica y se tranquilizó.

Suspiró. Estaba convencido de que su llegada sería demasiado tardía, pero verla allí trabajando consiguió que, por primera vez en toda la noche, pudiera relajarse ligeramente.

Esperó a que la otra muchacha se despidiera y saliera del recinto y, cuando todo quedó en silencio, entró en el despacho.

Marina, más que verle sintió su presencia. Lo supo por la tensión de sus hombros antes de que se girara hacia él dando un pequeño respingo sobre su confortable asiento de cuero y poniéndose de pie. El bolígrafo que tenía entre las manos cayó al suelo repicando en la tarima.

—¿Qué haces aquí? —le abordó con toda la ira de su frustración.

—Me has llamado, ¿no es cierto? Y te recuerdo que ésta es mi casa y mi empresa, así que

no sé por qué te extrañas... —contestó después de unos segundos, utilizando el mismo tono amenazador de ella.

—Te he llamado durante días, pero hoy ya no te necesito para nada. Y aunque ésta sea tu empresa, éste es mi despacho; por lo que te agradecería que, a partir de hoy, tuvieras la gentileza de hacerte anunciar o llamar a la puerta antes de entrar en él —exigió, sin ningún tipo de temor.

No estaba dispuesto a entablar una disputa, ya que a pesar de que se había fortalecido con la sangre de su mentor y se sentía más dueño de sus actos tras haberla encontrado, se sabía tenso y excitado. No tenía intención de ceder el control a la bestia y no estaba por la labor de averiguar lo que ésta tardaría en hacer aparición.

Con paso lento y cadencioso, como una pantera al acecho, siguió acercándose hacia la mesa tras la que la muchacha se refugiaba como si fuera una muralla.

Marina le sostuvo la mirada. Él sabía que tenía las pupilas dilatadas y que apenas si le

quedaba un fino halo de perlado iris, debido a la ansiedad y la furia contenida; la admiró en secreto por su arrojo. Sin duda estaba preparada para aquella batalla visual y no estaba dispuesta a ceder ni un ápice.

No estaba muy seguro de lo que quería con aquella visita, pero sí sabía a ciencia cierta lo que no quería. Así que, apelando al legionario que había en él, para el que una defensa no es una estrategia válida, se dispuso a atacar. Sin escudo. Sin espada. A pecho descubierto.

La muchacha se estremeció cuando observó que bordeaba la mesa y se aproximaba, lenta e inexorablemente, hacia ella; pero se obligó a mantenerse erguida y a no dar ni un solo paso hacia atrás, que era lo que le dictaría el sentido común a cualquiera.

Cuándo sólo quedaban escasos centímetros entre sus cuerpos, y a medida que ella tenía que levantar más la cabeza para no perderle la mirada, él se limitó a levantar la mano y rodearle el mentón, sin forzarla pero imprimiendo la presión exacta para que no pudiera bajar la cabeza. Luego

acercó su cara para depositar un húmedo y caliente beso sobre aquellos labios carnosos.

Ella intentó echarse hacia atrás, pero él se limitó a ejercer un firme empuje en la dirección contraria sobre su espalda con la mano que tenía libre, lo que provocó que tuviera que recostarse, literalmente, en su pecho. Estrechó el abrazo, le deslizó la mano de la barbilla a la nuca y apretó con fuerza la boca sobre la de ella, ejerciendo toda la sapiencia de sus muchos años de experiencia, para provocar que entreabriera los labios.

Marina se resistió e intentó separarse. Los días anteriores se había sentido la mujer más infeliz del mundo, pero ahora había tomado una decisión que no tenía la más mínima intención de modificar. Bajo su femenino —y mortal— punto de vista, le había concedido demasiadas oportunidades y éstas se habían acabado.

Pero aquel beso era firme y arrebatador. Exigente y generoso a partes iguales. Le robaba la seguridad de la decisión que había adoptado y hacía que una pequeña fisura de duda se abriera

como una grieta en el hielo al llegar la primavera. Casi pudo escuchar el crujir de su determinación.

Poco a poco empezó a relajarse entre los brazos de Marcos y se rindió a la intrusión de aquella lengua que le enviaba espirales de deseo por todo el cuerpo. No supo en qué momento empezó a responder a las húmedas atenciones que le acariciaban el sedoso interior de la boca, ni cuando subió sus propias manos hacia el cuello de él, reduciendo la distancia. La danza de aquellos sabios labios duraba ya un tiempo infinito.

¡Había perdido la batalla! Bajó los brazos, dejando una rosada marca con las uñas a lo largo de la musculosa espalda y las clavó en los prietos glúteos de Pessaro. Aquellos músculos de acero se tensaron, envolviéndola en un agarre férreo, y notó la presión de su miembro contra el vaquero. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, aún cuando él se apartó lo suficiente como para mirarla a la cara y llevar ambas manos hacia la parte inferior de su barbilla, ladearle la cabeza y proceder a mosdisquear, metódicamente, los labios.

Ya no tenía fuerzas para oponerse a ninguno

de sus avances, inmersa en una nebulosa de sensaciones que a punto estaba de explotar, cuando le sintió recorrer toda la longitud del cuello, paladeándolo con lentitud, como si fuera manjar de dioses. Las rodillas se le volvieron de gelatina y casi no podían sostenerla, y no porque todavía se sintiera inestable sobre la pierna fracturada, de la que le habían retirado la escayola esa misma mañana.

Trató de recordar que el hombre que la tenía entre los brazos había hecho oídos sordos a sus súplicas durante una semana, dejándola vacía y confusa. Quería apartarse y mostrarle su determinación, pero cuando Marcos regresó a su boca, reclamando con más audacia aún una respuesta, sintió que la sangre le circulaba a mil por hora inundando de fuego líquido todos y cada uno de los rincones de su anatomía.

Abandonando toda precaución, apartó sus remilgos y, por instinto, se sujetó de aquellos anchos hombros que le daban apoyo. Sus cuerpos quedaron alineados, encajando a la perfección, y el palpitante vértice entre sus piernas chocó contra

la dura protuberancia que presionaba tras la cremallera de los pantalones de él. Era una tortura maravillosa que sabía que tenía que parar cuanto antes, a pesar de lo cual siguió colaborando en ella sin hacer nada para evitarlo.

Finalmente él se separó ligeramente dejando que el aire volviera a circular entre sus cuerpos. De inmediato se sintió fría y abandonada, aún cuando Marcos todavía la sujetaba en un estrecho abrazo.

—¡Por los clavos de Cristo! —juró Marcos mientras la cogía en brazos—. Necesito sentirte —murmuró contra sus labios mientras hociaba en el escote de la camisa buscándole los senos—. Quiero besarte por todas partes, saborearte, que culmines en mis brazos y hacerte mía...

Su cuerpo reaccionó temblando contra el de él, con la respiración entrecortada, mientras él abandonaba las dependencias de la oficina con ella en brazos y se dirigía con paso resuelto hacia algún lugar de la casa que, supuso, sería un dormitorio.

—Marcos, bájame por favor.

—No. Si lo hago y tengo las manos libres, no respondo de mis actos —repuso mientras le devoraba de nuevo el cuello y los labios.

Se dio por vencida. El camino se alargaba por pasillos infinitamente largos y tramos de escaleras eternos. Él jadeaba, pero estaba convencida que no era de cansancio, su peso debía resultarle el de una pluma.

Por fin llegaron ante una altísima puerta de caoba, que se abrió sin necesidad de accionar picaporte alguno como respuesta a una orden telepática inducida por el vampiro. Una vez dentro, la dejó de pie, en el suelo, haciendo que el roce fuera casi pecaminoso.

Marcos se apoderó de nuevo de su boca al mismo tiempo que tiraba de las solapas de aquella remilgada blusa de algodón. Los botones saltaron de los ojales en una cascada que repiqueteó contra el suelo de mármol. El ruido la sobresaltó pero, con un deseo tan obvio como el de él, se dedicó a desabrochar lentamente la suave camisa de seda, demorándose en los movimientos y rozando con la yema de los dedos la piel que iba quedando al

aire.

El pecho de Marcos desprendía un fuego que sólo podía estar alimentado por la pasión y que pedía a gritos ser sofocado por la humedad de la boca de una mujer, petición que no dudó en satisfacer mientras retiraba la tela de los hombros, dejándola colgada de la cinturilla del pantalón.

Ambos movían las manos insaciables. Él con premura, ella con lentitud, sorteando cada uno de los obstáculos que encontraban a su paso. En pocos minutos, después de luchar contra las respectivas cremalleras de sus pantalones, estaban en ropa interior, jadeantes como si hubieran corrido una maratón, con los pies enterrados bajo un charco de tela arrugada.

Pessaro se acercó de nuevo, obligándola a salir del montón de ropa diseminada mientras la abrazaba, y continuó avanzando a pesar de que ella estaba firmemente anclada en su posición, esperándole. La inercia del movimiento, unido al empuje constante de aquel enorme cuerpo, la obligó a retroceder una y otra vez para no perder el equilibrio, hasta que tropezó con la parte

posterior de las piernas contra el borde de una inmensa cama con baldaquino que tenía las cortinas retiradas y atadas a los postes.

Con una hábil maniobra, Marcos la hizo caer hacia atrás, sobre las impecables sábanas de lino blanco, recorriendo cada centímetro de piel con un lento trazado de suaves caricias y lánguidos besos eróticos, mientras que, con un movimiento de muñeca, desabrochaba el sujetador de blonda color turquesa haciendo que los pechos quedaran libres de la presión de la prenda.

Intentaba respirar, pero pequeños temblores la sacudían con cada roce de la boca y la lengua de él, impidiéndole hacer cualquier otra cosa que no fuera suspirar de deseo.

Tenía aún los pies en el suelo y la espalda tendida sobre la mullida superficie de la cama, en una posición que le impedía alcanzar cualquier parte del cuerpo de Marcos, arrodillado sobre la alfombra. Sintió unos deseos irrefrenables de acariciarle e intentó incorporarse, pero cuando él le cubrió el ombligo con los labios, succionándolo y enterrando profundamente la lengua en el

pequeño hueco, se olvidó de todo y volvió a dejarse caer en aquella postura que la dejaba totalmente vulnerable.

Marcos no quería que ella le tocara. Estaba tan excitado que apenas podía contenerse y aquella posición le mantenía alejado de su palpitante yugular, lo que era muy conveniente en esos instantes. Marina jadeaba mientras él iba descendiendo con la lengua, más abajo, más abajo, hasta que...

—¡Oh, Marcos, por Dios, para!

Gritó ella, totalmente perdida en el torbellino de placer que le proporcionaba la húmeda y fría caricia, que resbalaba lentamente por su satinado monte de Venus hasta hundirse entre los pliegues de su sexo con golpes suaves y largos.

—Marcos..., Marcos...

Murmuró, mientras instintivamente elevaba las caderas al encuentro de aquella maravillosa tortura que la dejaba floja y a punto de explotar en mil pedazos.

—Oh, no, Marcos. ¡No! Sí, sí, por favor...

—¿Sí o no, cielo?

Preguntó él, haciendo que las palabras resonaran por todo su cuerpo, al haberlas emitido contra su carne.

Temblorosa, Marina se limitó a cogerle la cabeza con ambas manos y hacer que pusiera la boca sobre aquel punto palpitante que necesitaba urgente atención, mientras movía la cabeza contra el colchón en una muda negación que, en realidad, imploraba más y más.

Él satisfizo su petición apoderándose de aquel pequeño y duro brote de deseo, que succionó y lamió con precisión, hasta que ella dejó escapar un grito gutural y ensordecedor cuando el éxtasis amenazó con hacerla perder el sentido, llevándose todo rastro de lucidez.

En algún momento, mientras ella luchaba por regresar a la tierra, la colocó longitudinalmente sobre la cama y se deshizo de los boxers, dejando al descubierto su dura y poderosa longitud. Cuando Marina por fin recobró el ritmo de la respiración, él la acunaba tendido a su lado.

La sintió moverse con una languidez que casi le asustó.

No había tomado su energía pero, ¿por qué actuaba de aquella manera? Su cerebro seguía rodeado de barreras infranqueables que, en teoría, deberían de haber sido derribadas durante el orgasmo. ¿Qué se traía esa mujer entre manos?

Un movimiento perezoso le sacó de sus pensamientos al sentir que le aferraba la mano y se llevaba la palma a la boca, dejando un reguero de lánguidos besos a lo largo de la línea del destino. Luego sacó la punta de la lengua y jugueteó en el hueco de la muñeca para subir después hasta la base del índice. Un lento y húmedo deambular que no parecía dispuesta a detener. Se estremeció en respuesta a las caricias que extendió hasta la yema de cada uno de sus largos dedos. Luego, despacio, deshizo el camino.

Cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un pequeño gemido cuando ella lo mordisqueó suavemente sobre el pulso.

Apenas podía respirar. Si ese dulce tormento no acababa pronto, no se hacía responsable de sus actos. Pero, en algún momento de aquella tortura, con un movimiento rápido y casi brusco, la

muchacha consiguió llevarle el antebrazo hasta sus propios labios jadeantes.

—¡Muérdela! —le pidió con una sola palabra que era más bien una orden imperiosa—. Vamos, Marcos, muérdela —solicitó más despacio, mientras él abría los ojos asombrado y ella se colocaba a horcajadas sobre sus estrechas caderas, al tiempo que restregaba el trasero contra el engrosado miembro, haciendo que éste palpitara con vida propia.

Fue incapaz de controlar la evidencia de su naturaleza. Los colmillos surgieron brillantes sin que él pudiera contenerlos.

—Quiero tu sangre, Marcos. Necesito sentirte completamente cuando te posea, sin muros que se interpongan entre nosotros, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

Sintió que Marina le presionaba la muñeca contra sus sobredimensionados colmillos a la par que se colocaba de manera que él podía hacer poco para evitar que algunos centímetros de esa parte del cuerpo, sobre la que ya había perdido todo el control, se escurrieran dentro del

abrasador y resbaladizo calor femenino.

La sensación resultó abrumadora y una niebla espesa se instaló en su cerebro, convirtiéndolo en una masa gelatinosa en la que rebotaba cualquier vestigio de racionalidad. La voz de Marina, áspera y grave, sonaba inconexa en algún lugar del caos de actividad emocional de su mente y, cuando finalmente fue capaz de identificar el significado de aquellas palabras, algo explotó dentro de él dando al traste con la minúscula parte de lucidez que aún le quedaba en activo.

Un cataclismo no hubiera podido impedir que cerrara las fauces sobre su propia vena palpitante para, acto seguido, situarla sobre la boca de Marina. Lujuria. Sólo podía sentir la lujuria de su cuerpo, incentivada por los sensuales y excitantes ronroneos de la muchacha.

Aquél fue el momento en el que Marina empezó a dudar de su cordura, pero lo único que sabía es que necesitaba más.

Necesitaba todo. No sólo quería aquel cuerpo, también deseaba el alma de Marcos. Y sabía lo que tenía que hacer para conseguirlo.

Pocas veces en la vida se era consciente de algo similar, pero ella supo el momento justo en que había decidido su futuro. Había tomado una decisión y lo había hecho en milésimas de segundo, de manera casi inconsciente, como guiada por un instinto ancestral y atávico.

Sin embargo, mientras él clavaba los colmillos en su vena, la duda se interpuso entre ella y su determinación. ¿Sería capaz de hacerlo? Iba a averiguarlo de inmediato.

Una gruesa y espesa gota aterrizó sobre su lengua extendida. Luego otra, y otra, y otra más... cada vez más rápido, disminuyendo el tiempo de caída entre ellas. Acercó los labios, ya salpicados, a aquel incesante goteo a la vez que cerraba los ojos y llevaba el viscoso líquido a los arrugados pliegues del paladar para forzar el movimiento de la glotis de manera ondulante.

Una arcada espesa emergió desde lo más profundo del estómago, pugnando contra la intrusión de la sustancia que se abría paso por la laringe dejando un rastro caliente, salado y cobrizo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por

contenerla al tiempo que volvía a tragar el incesante flujo que llenaba su boca. Dos arcadas más se sucedieron y, de pronto, cuando parecía que el asco vencería al empeño, algo estalló en su cabeza tiñéndolo todo de rojo. Púrpuras, granas, escarlatas, carmesíes... toda una sucesión de colores que variaban desde el burdeos, casi negro, al pálido rosado de los pétalos de una flor, pigmentaron el entorno velándole la visión.

Y algo en su interior, algo primitivo y salvaje que ella supo que no debía de estar ahí, la invadió para tomar la iniciativa de los actos, anulándole la razón, al tiempo que un hambre voraz, empañada de gula, guiaba su instinto.

Marcos sintió aquella pequeña succión que le absorbió por completo la esencia dejándole el alma desnuda. Un placer como jamás recordaba haber sentido se extendió por todo su ser mientras la joven sorbía, cada vez más profundamente, tragando el líquido espeso y tórrido.

De pronto, la barrera mental de Marina se desvaneció como humo y él pudo percibir cada una de las sensaciones de la muchacha fundidas

con las suyas propias. Un momento antes sólo habían sido dos cuerpos uniéndose en la mágica danza de los tiempos, pero en un parpadeo se fusionaron hasta formar un solo ente. Una sola mente. Un único sentimiento.

Él giró el cuerpo y cambió las posiciones, arrastrando a Marina consigo, de manera que ella quedó con la espalda sobre las sábanas. Y acto seguido, enterró profundamente en ella toda su masculinidad al tiempo que se abalanzaba sobre el cuello de la joven, con una necesidad que no recordaba haber sentido jamás.

Al parecer, ella tampoco era capaz de tomarse aquello con lentitud. Saliendo al encuentro de su empuje, arqueó las caderas e imprimió al acto un ritmo fuerte y acelerado mientras las sensaciones se agudizaban más y más. El sabor cobrizo y vigorizante en la boca les hacía perder toda inhibición. Cuando ella le miró al rostro, no necesitó palabras para saber lo que su mente clamaba desde lo más profundo de su corazón: le amaba. Aquello arrasó la poca contención que le quedaba.

Marina también vio algo que la desestabilizó. Aunque él se contenía físicamente, se había abandonado por completo mentalmente, y supo, con toda certeza, que la necesitaba y deseaba por encima de su propia vida; igual que fue consciente del momento en que un montón de sentimientos oxidados por el olvido arrasaron la mente de Marcos como un huracán.

—¡Marcos!

Maculló sobre la muñeca, que aún goteaba, cuando notó una oleada de placer tan intenso que creyó que se desintegraría en cenizas.

Él ya no pudo resistirse más y emitió un grito ahogado, que se expandió desde su interior como una bomba nuclear, a la vez que la llenaba con su cálida semilla.



Pessaro acarició la abundante cabellera de Marina, inmerso todavía en la languidez del clímax, mientras la estrechaba fuertemente contra su pecho. La respiración de ambos había ido recuperando el ritmo habitual y los dos se habían

relajado y abandonado a sus propias cavilaciones. Ni una sola palabra rompió el tranquilo silencio que se había instalado junto a ellos en los últimos diez minutos, pero aquél no era un mutismo incómodo, sino algo placentero digno de ser disfrutado. Sobraba cualquier tipo de comentario, ya que los dos eran plenamente conscientes de los sentimientos y sensaciones del otro.

Ella observaba el entorno; su habitación. Estaba seguro que ella ya se había dado cuenta de que aquel despliegue de diferentes muebles antiguos, conjugados con utensilios y decoración de última generación, era su reducto particular. Tenía impresa su personalidad, que con el paso de los años había dado lugar a una mezcla de culturas y tiempos pretéritos y presentes.

Él, sin embargo, se había abandonado a la contemplación de la belleza tranquila de la mujer que tenía entre los brazos. Todo era tan nuevo que tenía miedo de romper el hechizo.

Se había creado entre ellos un ambiente tan agradable que casi se sobresaltó cuando escuchó la lánguida voz de Marina sobre su torso. El rumor

de sus palabras le hizo cosquillas y se vio obligado a sonreír.

—¿Por qué suponía que no dormirías en un ataúd...?

Aquel comentario tan intrascendente hizo que explotara en una sonora carcajada.

—¿No crees que es mucho más confortable esta cama?

Hacer el amor en un ataúd no debe de ser nada cómodo ni erótico, ¿no te parece?

Entonces fue ella la que estalló en una alegre y gorgojeante risa.

—Marina, tenemos que hablar —dijo él recuperando la seriedad.

Marina era consciente de la clase de conversación que él quería abordar y la experiencia le decía que acabarían discutiendo. No quería estropear los últimos minutos, tan impactantes y maravillosos, con una disputa. Le miró a la cara y él sonrió. Estaba segura de que sus ojos reflejaban lo vulnerable y sensible que estaba; motivo más que suficiente para no tocar ningún tema espinoso. Quería disfrutar un rato más

de aquel bienestar psicológico y físico que, sabía, no sería eterno. Estaba dispuesta a hacer todo lo posible para aplazar el momento de la verdad.

—Sí, después. Pero antes, ¿por qué no me cuentas cómo te convertiste en vampiro?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. En estos momentos estoy agotada y necesito estar fresca y lozana para la conversación que quieres tener —respondió con un guiño, haciéndole saber que había ocultado poco de sí mismo minutos atrás—. Además, dudo que me cuentes tu transformación en ninguna otra circunstancia. Dado que no sé si tendré una oportunidad como ésta de nuevo...

—Te garantizo que la tendrás —intentó escabullirse, puesto que el tema que le proponía no le atraía nada—. Mi tránsito es un episodio aburrido. Te vas a quedar dormida...

—No creo. Estoy segura de que vas a atraparme en el relato. Además, la curiosidad me mata.

—En ese caso, y teniendo en cuenta que acabo de reencontrarte, no dejaré que te mueras

tan pronto.

Marcos sonrió y besó con ternura la frente de la muchacha, que lucía un pequeño mohín caprichoso. Lo cierto era que él tampoco tenía demasiadas ganas de bronca, así que se dio por vencido. Sabía que tarde o temprano ésa era una pregunta que tendría que responder y aquel momento eran tan bueno como cualquier otro.

Capítulo 19

—SIEMPRE he pensado que los vampiros *buenos* no estabais nada conformes con vuestra inmortalidad, pero a ti te veo completamente satisfecho y feliz con lo que eres.

Marcos soltó una sonora carcajada.

—En general todos lo estamos. Ser inmortal tiene muchos puntos positivos en la balanza contra el aburrimiento. Normalmente es una condición para la que nos preparamos durante mucho tiempo y que elegimos voluntariamente.

—¿Por qué presiento que hay un pero?

—No lo suele haber, pero en mi caso lo hubo. Yo me desperté un buen día siendo un vampiro. Fue traumático, imagínatelo. Hubo un tiempo en el que deseé ser cualquier otra cosa, te lo aseguro.

—Creo que no puedo imaginarlo por mucho que me esfuerce. ¡En aquellos años...! Debiste de pensar que te había poseído el demonio...

—Pues algo así. Las supersticiones y

misticismos de la época estaban bien arraigados en mí. Ten en cuenta que tenía treinta y cinco años, era casi un viejo —Marina le miró escéptica pero no hizo ningún comentario—. Afortunadamente era romano. En Roma nada estaba ni bien ni mal visto, cada cual servía a sus dioses y estaba firmemente convencido de que estos podían bajar del Olimpo cuando les viniera en gana para premiarnos o castigarnos.

—En tu caso, Plutón...

—Pues qué quieres que te diga... Ya por entonces yo tenía un pequeño lío de deidades en mi cabeza. Solía servir a quién más me interesaba. Ten en cuenta que llevaba diez años viviendo en Egipto y antes había estado destinado en Hispania.

—¡Ah, sí, eso! En Egipto, con Marco Antonio y Cleopatra...

Encontraba divertida la actitud de Marina. Jamás pensó que algún día podría reírse recordando aquel tema.

—Bueno, no con ellos, Marina, sólo cerca. Pero sí, me instalé en Alejandría, como comandante en jefe de su guardia pretoriana. En

aquella época Marco Antonio no tenía mucho tiempo para mí. Lo de ellos dos, como cuenta la historia, fue amor a primera vista, y puesto que la felicidad les duró poco...

—¿Poco?

—Apenas un año. Marco Antonio regresó a Roma para casarse con la hermana del cabrón de Octaviano.

Marina frunció el ceño. Acababa de perderse en la historia. Nunca había sido una gran estudiosa de la Roma Imperial, pero creía conocer lo básico.

—¿No fue con la hermana de Octavio, el que llegó a emperador, con la que se casó?

—Claro, mujer. A ése me refiero. Octaviano es el diminutivo peyorativo por el que se le conocía...

—Ah, vale. Entonces —le alentó—, ¿regresasteis a Roma?

—No, yo me quedé en Alejandría con mi cohorte, como apoyo militar de la reina y hombre de confianza de su examante. Fueron unos años tranquilos. No tenía grandes tareas, así que me dediqué a la buena vida.

Estaba anonadada. Parecía que Marcos se tomaba todo aquello como algo que nunca le hubiera ocurrido a él. Algo que no le afectara y fuera la narración de unos hechos carentes de importancia más allá de los albores de la historia. Nada que tuviera que ver con su destino y hubiera forjado el temperamento del hombre que hoy era.

—Bueno, te perdono el relato minucioso de lo que denominas «buena vida».

Marcos volvió a reír.

—¿Celosa, Marinita?

—No. Pero mejor vivir en la ignorancia —repuso con una sonrisa.

—Sí, mejor. Aunque yo era un hombre casado en aquella época, así que tampoco fue para tanto...

—¿Estabas casado? —preguntó sorprendida.

Aquello sí que le había molestado realmente y, por un momento, el mordisco de los celos hizo presa en su corazón.

—Sí —repuso con una sonrisa—, pero vamos, de eso hace demasiado tiempo. Me casé en el 42 antes de Cristo. No tienes nada que temer de Julia Aelia. Además, aunque en su día pensé que

estaba locamente enamorado de ella, se me pasó la tontería bien pronto, así que no es rival para ti.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—¡Que era una hija de p...! —Detuvo la lengua—. Me consuela saber que la justicia divina tuvo para ella una merecida y dolorosa muerte. Ni siquiera tuve la necesidad de vengarme personalmente, aunque durante un tiempo me molestó muchísimo no haber podido hacerlo.

—¿Cómo murió?

—Lo que hoy llamamos sífilis se la llevó apenas dos años después de su traición.

—Uf, ¡qué horror! Pero, ¿qué te hizo, para que te alegres de una muerte tan cruel?

—Era prima segunda, por parte de padre, de la que fuera esposa de Octaviano, y por sus venas corría la misma sangre traicionera y cobarde de todos los suyos. —El desprecio de su voz era patente—. Ella fue la que me puso al alcance de mi destino.

Ella no sabía cómo reaccionar ante aquella confesión. Prefirió callar y dejó deambular la mano sobre el pecho masculino dibujando con la

uña del índice pequeñas espirales sobre la zona del corazón. Marcos pareció agradecerle el silencio con un beso sobre la coronilla y continuó.

—Por desgracia, tuve la mala idea de hacerla venir a mi lado cuando me instalé en Egipto. Aunque llegados a este punto, no sé si haberla dejado en Roma hubiera cambiado algo las cosas. Ahora sé que como a los Destinos se les meta algo en la cabeza, ¡date por jodido...!

—¿Qué ocurrió?

—Pues que, al parecer, Julia no estaba tan enamorada de mí como yo creía ni era tan fiel como la imaginaba. Roma era un nido de víboras entonces y las intrigas se servían con el desayuno, así que se había guardado las espaldas instigando en mi contra en la corte de su tío político. Cuando partí de mi casa para cumplir con mi última misión para el Imperio, ella tardó poco en enviar un mensajero al enemigo informando de mis próximos movimientos.

—Oh, Marcos, ¡lo siento...!

—¿Por qué lo sientes? —preguntó sorprendido—. Tú no tuviste la culpa.

—Lo siento por ti, cariño. A nadie le gusta sentirse traicionado...

Marcos la recompensó con un tierno abrazo.

—A mí, especialmente, no —confirmó insinuante—. Pero, ¿quieres saber cómo ocurrió? ¿O ya te da igual?

—No, no. Por favor, sigue.

—Marco Antonio había regresado junto a Cleopatra en el año 37 a.C., pero las cosas fueron de mal en peor entre él y Octavio, que finalmente le declaró la guerra cinco años después. Aquel período de relajo y borracheras del que te hablaba, nos costó caro. No estábamos en nuestro mejor momento, así que al cabo de un año, la balanza empezó a inclinarse hacia el bando contrario y las arcas de Marco Antonio comenzaron a quedarse vacías.

»Como necesitábamos una inyección económica, tuve que dejar el campo de batalla para reclamar el estipendio de la corona del templo erigido en honor a Seth en Tell el Dab'a, en Avaris; dios al que era adepta Cleopatra. Me trasladé hasta allí con dos contubernios, dieciséis

hombres —aclaró—. Se suponía que sería una misión sencilla: llegar, hablar con el Sumo Sacerdote y largarme con el dinero por donde había venido; pero cometí el error de visitar a mi esposa, antes de continuar camino, a mi paso por Alejandría.

Ella sintió el estremecimiento en el alma de Marcos y notó cómo se le erizaba la piel.

—Cuando llegué al templo de Seth, ajeno al peligro que me acechaba, cumplí con la misión y salí del recinto portando una generosa cantidad. Pero una centuria de Octaviano, es decir, diez contubernios —volvió a aclarar los términos militares—, me esperaba agazapada en las dunas. Luchamos contra ellos con nuestra propia vida, pero la desventaja numérica era demasiado evidente. Al llegar la tarde, yo reposaba en las arenas del desierto con un poderoso tajo en el costado que, aunque no me mató en el instante, provocó mi muerte lentamente.

La voz de Marcos se había vuelto monocorde al llegar a este punto. La historia se había convertido en un relato frío y desapasionado. No

se atrevía a interrumpirle.

—Sobre mi cuerpo inerte —continuó—, fueron apilados con descuido los del resto de los caídos en la batalla, a fin de que fuéramos devorados por los chacales. Allí fuimos abandonados todos, mis hombres y los sacerdotes de Seth, que habían acudido en nuestra ayuda. Quiso el destino que, atravesado sobre mi cara, yaciera el Sumo Sacerdote en situación tan precaria como la mía. La sangre que caía de sus heridas resbalaba por mi cara inundando mis ojos y mis vías respiratorias, lo que me hubiera matado de asfixia si no hubiera estado prácticamente muerto ya.

»Cuando los soldados de Octavio abandonaron la zona, los sacerdotes se fueron incorporando poco a poco, maltrechos pero vivos a pesar de sus mortales heridas. Los soldados no teníamos tanta suerte. Para nosotros aquél había sido el final. Para todos menos para uno: yo. El Sumo Sacerdote ordenó un enterramiento inmediato pero, cuál no sería su sorpresa, cuando el comandante de aquella panda de desgraciados

se abalanzó sobre él luchando con uñas y dientes, sobre todo dientes, intentando saciar su voraz hambre.

—¿Te habías convertido? —preguntó asombrada.

—Claro. Las heridas habían drenado mi cuerpo, por lo que al tragar la poderosa sangre del Sumo Sacerdote de Seth, pasé inmediatamente al Otro Lado.

—¿Y tú no sabías que portabas el gen? — cuestionó, alarmada, en una pregunta que era toda una afirmación.

—No, por eso fue tan duro para mí.

—Uf.—Resopló—. Me temo que fuiste peor alumno para Rúbem de lo que yo lo soy para ti. ¡Debiste hacerle sudar tinta china!

Marcos rió quedamente.

—¿Rúbem? Yo no he mentado a Rúbem para nada...

—Ni falta que hace. Hace días que descubrí que él fue quien te llevó al Otro Lado —aclaró—. Y por si me quedaba alguna duda, el propio WebenSenu me lo confirmó cuando yo se lo

pregunté. Supongo que no es ningún secreto que él es tu *Pater Cruor*... ¿O sí?

Marcos arqueó una ceja en silencio y omitió cualquier comentario. La verdad nunca merece la pena ser negada.

—Marcos, ¡despierta! —le zarandeó Marina—. ¡Me muero de hambre!

Pessaro abrió los ojos sobresaltado. Habían dormido poco o nada durante la noche y ya era más de mediodía cuando sucumbieron al sueño.

—¡Joder, Marina!, pues baja a cenar —se quejó.

Él no tenía hambre, estaba felizmente alimentado. Como no lo había estado en siglos.

Marina no tenía tanta suerte. Su sangre la fortalecía físicamente, la revitalizaba, pero no saciaba su apetito. Más bien al contrario, ya que las continuas tomas que él había hecho de la suya hacían que se sintiera famélica.

—Lo habría hecho si pudiera —respondió ofuscada—, pero te recuerdo que anoche destrozaste mi blusa y no creo que sea una buena

idea hacerlo de semejante manera —dijo señalándose la holgada camisa que la cubría y que, por supuesto, había tomado del guardarropas de él.

Marcos sonrió.

—Pues estás preciosa... ¡Ven aquí! —dijo dando ligeros golpes con la mano abierta sobre el colchón, incitándola a que volviera a acostarse a su lado—. Te voy a demostrar lo bien que te sienta mi camisa.

—¡De ninguna de las maneras! —se quejó—. No pienso volver a ponerme a tu alcance hasta que no haya comido como Dios manda.

—Antes tenemos que hablar, Marina.

—No. Antes necesito reponer mis fuerzas con algo contundente que realmente me alimente. Hablaremos después todo lo que quieras.

—Sería mejor que lo hiciéramos antes.

—No. —La negación no admitía réplica por su rotundidad.

Se dio por vencido. Necesitaba que estuviera receptiva para mantener con ella la conversación que tenía en mente.

—Entonces, ve a vestirme correctamente. —

Aceptó con renuencia.

—¡Marcos, no me toques las narices! — explotó—. A estas horas toda la casa bulle de actividad y yo no tengo ni idea de dónde está mi habitación. Necesito que te vistas y vayas a buscarme algo de ropa. Además, ¡me perdería en este casuplón!

Él no pudo evitar reírse ante la colérica mirada de ella y lo absurdo de la situación. Levantándose, se dirigió al cuarto de baño.

—Tu habitación está aquí, cariño. Éste es el único camino que deberás aprenderte a partir de ahora. Y te garantizo que lo harás cuanto antes, porque no tengo ninguna intención de que entres en ninguna otra. Yo te enseñaré el camino.

Marina escuchó acto seguido el rumor del agua de la ducha, silenciando sus palabras.

Cuando al cabo de unos minutos Marcos regresó a su lado, estaba informalmente vestido con un elegante pantalón negro de pinzas y una camisa de seda del mismo color, con los puños subidos en un par de vueltas sobre los antebrazos. Rebosaba vitalidad y su aspecto gritaba a los

cuatro puntos cardinales el peligro que emanaba de su presencia física.

—Espérame aquí. Enseguida vuelvo —dijo capturando en un posesivo beso los labios de la asombrada joven.

Pasaron algo más de diez minutos hasta que él regresó con un vestido rojo bajo el brazo y unos zapatos de tacón a juego, que balanceaba a su paso colgando de dos de los dedos de su mano derecha. ¿Qué había estado haciendo durante todo aquel tiempo?

Ella lo había aprovechado para ducharse, pero ni los minutos ni el agua tibia le habían servido para reponerse de la impresión recibida al contemplar su calamitoso aspecto en el espejo.

Quizá sí debieran de hablar antes de bajar a cenar, pero su estómago eligió ese momento para emitir un sonoro rugido que hizo que Marcos soltara una carcajada al mismo tiempo que su carga. Luego se sentó en una confortable silla, de estilo Luis XV, para disfrutar del espectáculo.

—Ahí tienes. Vístete antes de que caigas desfallecida.

Miró alarmada el modelo que había elegido. Era sencillo y elegante, algo que hubiera podido ponerse para ir a trabajar a la oficina cualquier día, pero desde luego no era el vestido que ella hubiera escogido esa noche. ¡Rojo!, había tenido suficiente de ese color para toda una vida. Le hacía recordar con suma claridad las experiencias de la noche anterior; algo a lo que todavía tenía que enfrentarse y que no tenía ganas de abordar de momento. Además, al ser de punto, se ajustaba a su figura como un guante y marcaba cada una de sus curvas, por lo que siempre lo acompañaba con la chaqueta larga, en el mismo tejido, que hacía juego y que él había abandonado en el armario.

Estaba convencida de que esa noche su cuerpo sería como un imán para las libidinosas miradas de los habitantes de aquella casa.

A pesar de todos aquellos inconvenientes, eso no era lo que más la echaba para atrás. El mayor problema era que el modelo tenía un generoso escote redondo que dejaría a la vista las numerosas magulladuras de su cuello que, paradójicamente, todavía no estaban totalmente

cicatrizadas. El ataque había sido múltiple y reincidente.

Era consciente de que el mordisco de un vampiro sanaba mucho más rápido de lo que lo estaban haciendo sus propias heridas. Y sin estar segura del porqué ni cómo había llegado a esa conclusión, supo que Marcos había tenido algo que ver en aquella lenta cicatrización.

Si no, ¿cómo es que había curado tan rápido de una herida en la femoral, de la que no había quedado ni huella? ¿Por qué sus huesos rotos habían soldado en tan pocos días que incluso el mismo doctor Lara se asombró y le retiró la escayola antes de tiempo?

El médico le había explicado que por sus venas debía de correr mucha más sangre vampírica de la que nadie suponía y que, además, ésta debía de ser muy poderosa. ¡Pues motivo de más para que desaparecieran unos simples pinchazos! Muchas personas los padecían cada día y a la mañana siguiente ni siquiera se daban cuenta de que se los habían hecho porque no había ni rastro de ellos.

Algo en su fuero interno le decía que Marcos había querido dejar constancia de su supremacía sobre ella frente a todos los demás. Una furia fría le congeló las venas. Sin embargo no hizo ningún comentario. Estaba convencida de que cualquier insinuación en ese sentido, Pessaro la interpretaría como una ofensa a su naturaleza vampírica y, esa tarde, no tenía ganas de discutir con él. No tan pronto.

—¿No has cogido nada más? —le preguntó en cambio.

—¿Cómo qué?

—Como ropa interior —se obligó a contestar con paciencia.

—Pues te juro que he pensado no traerla, pero supuse que te enfadarías si no lo hacía.

Se puso en pie y sacó del bolsillo de los pantalones un tanga y unas medias de seda. Como era obvio, había olvidado el sujetador.

«¡Olvidado!, ja».

Le arrebató las prendas de las manos, malhumorada, y tomó el vestido de encima de la cama. Luego entró en el cuarto de baño y cerró la

puerta tras ella. Marcos se rió de manera gutural y profunda.

No había nada en aquel lugar, tan masculino, con lo que pudiera maquillar ligeramente las marcas, así que se rindió y salió dispuesta a enfrentarse al resto de habitantes de la mansión con toda la dignidad de la que fuera capaz. No tenía ninguna esperanza de que esa noche, como había ocurrido en las escasas ocasiones en las que había entrado en una sala donde había más gente, todos desaparecieran del comedor tan pronto ella hiciera su entrada.

En el fondo, su castigo fue una bendición. Que no pudieran hablarle ni relacionarse con ella era algo que agradecía, ya que no había tenido entonces muchas ganas de conversación. Una vocecilla interior le decía que hoy no iba a tener la misma suerte.

—Vamos, Marina, es tarde —la apremió—. Nos esperan.

Con aquella frase, Marcos había confirmado sus sospechas. Una sensación parecida a cientos de hormigas paseando por su estómago la embargó

de repente. ¡Y no era hambre!

Bajaron las escaleras de la mano, aunque se soltaron un momento antes de entrar en el comedor. No sabría decir quién había soltado a quién, pero lo cierto es que se sintió desamparada tan pronto perdió el agarre.

Todos, a excepción del Master Supremo, se levantaron de sus sillas y esperaron a que Marcos tomara asiento a la derecha del todopoderoso Rúbem.

Como había supuesto, el comedor estaba hasta los topes de comensales. Aquel espíritu gregario de los habitantes de la casa la tenía totalmente desconcertada; estaba acostumbrada a comer en solitario lo que ella misma cocinaba. «Es posible que con el tiempo termine encontrando agradable estas cenas en comunidad, servidas y cocinadas por otros», pensó.

Miró la comida que esperaba sobre los carritos y suspiró.

No estaba tan segura de que, sin embargo, acabase habituándose al menú. Tantos platos

elaborados, típicos de restaurantes de cinco tenedores, y tan pocas comidas caseras. «¡Caramba, cómo echo de menos un buen pote gallego o un cocido madrileño!, no me extraña que con esta dieta los vampiros tengan que recurrir a la sangre...».

Por primera vez en todos aquellos días, se enfrentó cara a cara con WebenSenu. Presidía la mesa, sentado en el lugar que, suponía, ocupaba habitualmente Marcos. Los vampiros utilizaban un protocolo estricto en función de la posición jerárquica.

No sabía cómo actuar, pero como había detectado que se regían por normas muy estructuradas, se quedó rezagada intentando pasar desapercibida mientras buscaba un sitio lejos de la cabecera de la enorme mesa.

Buscó a Belén. Suponía que en aquel extraño orden, ella, una mortal, debería de sentarse justo detrás de la vampira más novata. De pronto escuchó la voz admonitoria de Marcos en su cerebro. La sorpresa fue mayúscula, era el primer signo consciente del enlace que ahora compartían.

—Marina, ¡ni se te ocurra! Mueve tu precioso culo hasta aquí y siéntate donde te corresponde. No me avergüences...

La orden tenía poco de amable y encerraba demasiadas connotaciones que ella no estaba dispuesta a pasar por alto, sin embargo se limitó a dirigirle una fulminante mirada, que prometía una larga discusión sobre el tema, y a seguir caminando hacia la silla que él tenía separada, a su lado, para que tomara asiento.

—*Fatum*, siéntate a mi izquierda—. Le pidió Rúbem en voz alta. Aquella era una petición que, a pesar de la cortesía con la que había sido hecha, sabía que obedecía a varios aspectos. Ninguno de ellos le gustaba.

No le cupo ninguna duda de que, principalmente, la invitación del Master Supremo había sido hecha con la intención de demostrar a todos los asistentes que la pena sobre ella había sido levantada. Teniendo en cuenta que allí nadie cuestionaba los porqués, y que entre Marcos y ella quedaban demasiados asuntos pendientes que habían sido aplazados inútilmente bajo los

vapores del sexo, sentía aquella oferta como una válvula de escape.

Asuntos que ahora se presentaban acuciantes y urgentes de resolución, pero aquella pequeña distancia entre Marcos y ella la beneficiaba. Era la única forma de poder controlar la ira que iba creciendo en su interior.

Desde que había entrado en el comedor se sentía como una res llevada al matadero. Exhibida y analizada por un montón de seres extraños a los que en su mayoría no tenía el gusto, ni el disgusto, de conocer; pero que se tomaban la libertad de evaluarla sin recato, aun sin su permiso. Podía notar las miradas de cada uno de ellos enfocadas en las cicatrices del cuello como algo tangible, y escuchaba los susurros que intercambiaban como si fuera una simple pieza de exposición colocada en la vitrina de cualquier museo y sobre la que pudieran comentar sin reserva. Algo más fuerte que la cautela y el sentido común nubló su cerebro.

WebenSenu no se molestó en ponerse de pie galantemente, ni le sonrió cuando llegó junto a él, como acostumbraba a hacer siempre que estaban a

solas; incluso parecía que ni siquiera se dignaba a mirarla. La situación empezaba a quitarle el hambre y sustituía el vacío del estómago por una sensación de aprehensión.

La tensa escena comenzó a distenderse poco a poco a medida que el resto de asistentes iniciaban diferentes conversaciones con sus vecinos más próximos. Enseguida los camareros, casi todos mortales que aún no habían recibido el Abrazo, empezaron a servir los manjares y, en breves minutos, el recinto era un galimatías de conversaciones y bromas compartidas.

No así en la cabecera, donde el silencio se había instalado, pesado como una lápida.

—Bueno —lo rompió Rúbem en voz baja al cabo de unos minutos—, puedo observar que habéis limado vuestras asperezas.

La mirada del Master Supremo se detuvo significativamente en el hematoma amarillo que lucía ella en el cuello, a la vez que, con un rápido movimiento, tomaba el brazo de Marcos y observaba las huellas de su propia mordedura en la muñeca.

Ninguno de los dos respondió.

Ella, sin embargo, no pudo reprimir el fuerte rubor que le subió al rostro coloreando de forma llamativa sus mejillas; no sabía si de vergüenza o de indignación.

—Espero que hayáis aprendido algo de todo esto... A ambos se os han escapado las reacciones de las manos y las repercusiones pudieron haber sido fatales. Supongo que los dos sois conscientes de ello y de que es inútil luchar contra los imponderables. Os habéis comportado como críos. Quiero creer que a partir de ahora seréis más maduros con vuestras explosiones.

Vio que Marcos aceptaba la reprimenda con mirada escéptica. Suponía que no estaba nada seguro de que en el futuro su comportamiento estuviera a la altura de lo que se esperaba de él siempre que ella estuviera por medio. Sabía que, casi sin proponérselo, solía desestabilizarle por completo.

A ella, sin embargo, la regañina le cayó como un jarro de agua fría. Fue la gota que hizo desbordar el vaso.

—Dime una cosa, Rúbem, ¿significa esto que ya estoy eximida de la pena que me había sido impuesta?

—Ajá.

—Pues me alegro. Sin embargo —dijo en voz muy baja, mirando a Marcos y luego a Rúbem—, quiero que entendáis ambos que puede que vuestras tradiciones y normas sean rigurosas, pero yo soy mortal. ¡Mortal! —repitió—, y no me considero afectada por ninguna de ellas. No tengo por qué medir mis explosiones.

La ira se reflejaba en sus ojos verdes y era tan potente que, incluso, los dos hombres podían olerla.

—Esta vez entré en vuestro juego porque era necesario —continuó, en un susurro colérico—, ya que era mi honor el que me lo dictaba; pero desde luego, mientras continúe teniendo la naturaleza que hoy disfruto, seguirán siendo mis propias normas las que determinen mis actos. No pienso vivir supeditada a no poder hablar, responder, o cabrearme y explotar cuando me venga en gana sólo porque vosotros así lo hayáis decidido. Soy

libre y quiero seguir siendo yo misma, sea cual sea el precio de ello.

Marcos fue a contestar pero Rúbem se le adelantó pidiéndole calma con la mano.

—Sin embargo lo harás.

—¿Sí? —preguntó desafiante.

—Sí —contestó Rúbem con seguridad.

—¡Marina! —interrumpió Marcos la frase que aún estaba prendida en sus labios—. Si vas a desafiarnos, hay dos asuntos importantes que deberías de tener en cuenta: primero, te recomiendo que lo hagas sin espectadores y, segundo, piénsatelo bien antes de hacerlo.

—Pensar es algo inútil llegados a este punto —repuso con algo más de calma—. Debería de haberlo hecho mucho antes.

¿Cuáles serán las consecuencias si no me comporto como vosotros queréis? ¿Me repudiareis? —les retó—. Os aseguro que no respondo bien a la presión.

«¡Dios! —pensó— ¿Por qué soy tan mentecata? ¿Por qué no cierro el pico?». Sin embargo, a pesar de que sabía que estaba

cavándose una tumba, no podía dejar de hacerlo ni retractarse de lo que había dicho.

—Pero tenéis razón. No es mi intención avergonzaros a ninguno de los dos en presencia de vuestros subalternos, así que estoy dispuesta a dejar esta conversación pendiente hasta más tarde.

El silencio era sepulcral y la tensión se podía cortar con un cuchillo. Ninguno de los dos hombres abrió la boca para recriminarla.

Marina bajó la mirada al plato y continuó ingiriendo los alimentos que ponían frente a ella, si bien caían en su estómago como piedras. Estaba segura de que no iba a ser capaz de digerirlos y el hambre que pocos minutos antes no podía controlar, ahora había desaparecido por completo y comía como una autómata.

Una vez que los postres fueron servidos y consumidos por todos, Rúbem solicitó que los dejaran solos con pocos miramientos. Uno a uno, los comensales fueron abandonando la sala en silencio.

—Bien —rompió el silencio Rúbem—, yo también me retiro. Hablaremos más tarde, pero

antes creo que es preciso que vosotros tengáis una conversación a solas.

Marcos se levantó de su asiento y dio la vuelta a la mesa, hacia donde se encontraba Marina sentada. La tomó del brazo y, con una presión superior a la necesaria, la hizo levantar sin emitir ni una sola palabra, obligándola a seguirle hasta una sala colindante que tenía aspecto de salón de té.

—Marina, no pienso permitir esta actitud, y menos en presencia de terceras personas—. Dijo con voz fría y profunda mientras dejaba que la muchacha se soltara de su apretón con un fuerte tirón.

—No se trata de lo que tú permitas, Marcos —respondió ella, un tono de voz más alto de lo correctamente permitido—. Se trata de lo que me permita yo misma. No voy a entrar en vuestro juego de poder y dominación...

—Escúchame... —La interrumpió en voz baja, con entonación fría y calmada—. Los actos de todas las personas, vampiros o no, tienen repercusiones. Los nuestros, por tanto, también.

Bueno —se corrigió—, los nuestros más. Yo me debo a un puesto que, como muy bien dijiste en su día, está muy alto en la pirámide jerárquica de la Comunidad y hay ciertas licencias que ni puedo, ni quiero, permitirme.

Ella quiso hablar pero él la silenció con una única mirada.

—Tú, por tu parte, eres una *fatum* que, en función de tus actos, totalmente voluntarios, ya no puedes someterte a las Normas cuando te interese y, cuando no, decir que eres mortal y pasar de ellas haciendo oídos sordos a tu condición. Anoche cerramos el Lazo Sagrado, lo cual sería suficiente por sí solo, si además no hubieras hecho un juramento y pedido pagar mis culpas.

—¡Eh, eh, para ahí!, que yo no pedí «pagar tus culpas» por ser vos quién sois, ni tampoco por ninguna razón que tu desmesurada prepotencia te pueda hacer pensar —le cortó en seco—. Me limité a explicar la realidad de la situación; realidad que, por cierto, he estado intentando hacerte ver desde hace una semana y tú has pasado olímpicamente de escucharme. Porque sé que me

oías...

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? —preguntó con ironía.

—Porque fuiste capaz de escucharme, alto y claro, durante mi accidente; cuando se supone que entonces yo no pensaba con intención de enviarte mis vibraciones y, además, me encontraba en un estado bastante calamitoso. Esta semana he estado totalmente concentrada en lo que hacía y mi intención era que llegara hasta ti con todo el peso de mi necesidad. Y si no lo he conseguido, es que tenemos una mierda de conexión.

—Lamento contradecirte, Marina, pero ni durante mi ausencia teníamos una «mierda de conexión» ni, por supuesto, la tenemos ahora. Y, por si alguno de los dos teníamos duda al respecto, anoche nos ocupamos de paliar los defectos... —le rebatió con sarcasmo.

Marina sintió que los canelones con *funghi* que acababa de cenar bailaban en su estómago. La última frase parecía llevar impreso al fuego el lema de su porvenir.

—Bien, sí. Supongo que has fortalecido tu

conexión conmigo al tomar mi sangre, lo cual me importa un rábano, habida cuenta de lo que haces con ella.

—¿Con la conexión o con tu sangre? Porque ninguna de las dos son nuevas para mí, Marina. No hace falta que te explique que, gracias a ambas, tú y yo tenemos hoy esta conversación y que ya me atiborré de tu sangre el día de tu accidente. La diferencia está en ti, no en mí.

—Cierto, ahora hay una pequeña diferencia. Ahora tú también estás atado a mí.

—¿Tanto te molesta? Te recuerdo que fuiste tú quién insistió en que eso ocurriera...

—No hace falta que me recuerdes nada. Y no, no me molesta en absoluto. ¡No me arrepiento! ¿Acaso crees que estaba tan enloquecida por tus caricias que no pude resistirme? ¡No! —interrumpió su respuesta—. No me contestes. Te diré algo, era totalmente consciente de lo que estaba haciendo, aunque sé que a lo largo de mi vida me arrepentiré mil veces de ello. Pero aún así, volvería a hacerlo hoy a pesar de todo.

—Por mí no hay inconveniente... ¿Quieres?

—Replicó él, dejando resbalar la evidencia de su naturaleza, dispuesto a clavársela en la muñeca.

—¡Guárdate esos colmillos! Ya he tenido suficiente ración de ellos para una temporada —despreció con un gesto a juego—. Pero no te des tanta importancia, tu sapiencia sexual tuvo muy poco que ver en mi decisión. A pesar de lo que puedas creer, en mi cama manda mi cerebro, no mi cuerpo. Y soy bastante fría en mis decisiones allá donde quiera que estén tomadas.

—¿Fría? —Marcos soltó una cruel carcajada—. ¡Y un cuerno!

Notó que se ponía colorada como una manzana de octubre. Él había sido parco en palabras, incluso hasta si cabe delicado, ya que podía haber sido mucho más directo y haber metido el dedo en la llaga hasta el fondo; pero para ella esa corta frase había tenido idéntico poder aniquilador.

Sabía que se refería a la declaración de sus sentimientos.

La noche anterior no se había reprimido en ningún momento durante su interludio amoroso y

los había gritado mentalmente con cada orgasmo que había tenido. Pero, además, los había *verbalizado*, alto y claro, momentos antes de obligarse a dejar de emitir ninguna vibración hacia él.

—Cariño, tú no eres fría ni bajo una ducha helada. Y mucho menos en la cama... Pero si te hace ilusión engañarte a ti misma con eso, como con otras muchas cosas, ¡adelante!; pero no te olvides que yo sé lo que siente tu alma.

—¡Enhorabuena! Veo que tu comprensión lectora es fantástica, lo que nos devuelve al punto de partida: lo poquito que te importa nuestra conexión.

Marcos compuso una mueca de sorpresa ante la acusación.

—De haber sido de otra manera —continuó, implacable—, al menos me hubieras hecho una llamada de teléfono mientras clamaba por tu presencia. Y puesto que lees tan bien mi alma y parece ser que ya no te guardo ningún secreto, te diré que no te llamaba para que me fo..., para que me metieras en tu cama; sino porque necesitaba

pedirte perdón mirándote a los ojos; humillarme ante ti por mi explosión injustificada y por haberte juzgado mal.

—Lo siento... Nadie me informó de lo de tu sentencia...

—No te enteras de nada, Marcos. ¿Crees que te llamaba para que me ayudaras a salir indemne del castigo de Rúbem? —Negó con la cabeza, llena de frustración—. Pensé que me conocías mejor. ¡No! No te llamaba para nada de eso, porque tampoco esperaba conseguir tu perdón. Lo único que quería era acallar mi conciencia.

—Ya... ¿Y cuál ha sido el precio de esa conciencia, Marina? ¿Qué ofreciste a cambio?

—No sé a qué te refieres.

Marcos frunció el ceño, demostrando el enfado que trataba de controlar con todas sus fuerzas.

—Marina...

—La oferta no importa. Según lo que compres, nada es lo suficiente caro ni barato, Marcos. Cada cosa tiene su valor y en esta ocasión, tú no tenías por qué seguir preocupándote

por una esencia y un futuro que creías en peligro. Yo sabía que nadie te iba a informar de que estabas eximido de responsabilidad y necesitaba que te enteraras de que no ibas a pagar por algo que sólo había sido culpa mía. Que seguías disponiendo de tu puesto jerárquico y tu forma de vida por el resto de los siglos. En fin, sólo pretendía tranquilizar tu espíritu. No quería absolutamente nada más de ti...

—¡Basta, Marina!

Marcos intentó detener su discurso y se acercó a ella, pero Marina se apartó con una rápida finta. Prefirió no presionarla.

—¡No! ¡No basta! —dijo derrumbándose y rompiendo a llorar— ¿Quieres ejercer tu potestad sobre mí? ¿Demostrarme lo poderoso que eres? ¿Dejarme claro que el que lleva los pantalones eres tú? ¿Humillarme? Pues bien, ya tienes mi reconocimiento y humillación sin paliativos; pero abre bien las orejas, porque nunca más volverás a escuchar estas palabras saliendo de mi boca. ¡Ofrecí someterme al *Rita* para poder entregar mi vida vampírica a cambio de tu estatus!

—¿Qué...?

—He sido una imbécil —continuó— y he ido a enamorarme del único hombre al que, haga lo que haga, no tengo ninguna posibilidad de convencerle para que responda a mis sentimientos, pero me importa una mierda. Sufriré cada vez que sienta que estás con otra mujer, cada vez que te alimentes de todas las Isabeles de la Torre que hay sueltas por el mundo, cada vez que tu corazón se salte una palpitación al mirar las curvas a una chica bonita...

»Y también cada vez que te hieran o te ofendan de la forma que sea; cuando tengas hambre verdadera, cuando te sientas solo o confuso y cuando tengas algún pequeño rasgo de humanidad que quieras reprimir porque es «muy poco vampírico» tener sentimientos; pero no me importa.

»Anoche ya sabía todo esto y sin embargo elegí conectarme a ti. Era la única forma que tenía de demostrarte que si en la clínica no tomé tu sangre, fue porque necesitaba que supieras que lo hacía por voluntad propia, sin presiones... Y sí,

Marcos, también por amor.

No pudo seguir hablando. Miró a su alrededor y, cuando localizó una puerta, salió corriendo hacia ella como una exhalación sin reparar siquiera en el rumbo que tomaba. Su vergüenza era tan enorme que le importaba muy poco adónde fuera a parar con tal de escapar de la presión visual de Marcos.

Y la puerta resultó no ser otra cosa que un armario para menaje de hogar.

Asustada, intentó regresar sobre sus pasos para correr en sentido contrario, pero cuando giró tropezó contra el fornido pecho de Marcos, que se había aproximado y esperaba a que se diera cuenta de su error. Rota por la tristeza y la desolación, quiso esquivar aquella masa de músculos y furia contenida, pero sus pretensiones estaban abocadas al fracaso desde el primer instante. Pessaro no iba a dejar que escapara con la última palabra.

—¡No me toques! —gritó al notar que la abrazaba—. Déjame. Ya tienes lo que querías.

—Te equivocas, Marina —contestó con tristeza—. No es esto lo que quería. Ni muchísimo

menos quería un sacrificio absurdo ni que te humillaras ante mí y me pidieras perdón. Tampoco es ésta la declaración de amor eterno que me hubiera gustado escuchar, pero necesito que entiendas una cosa: no puedo consentir que me retes en público, ni que cuestiones mi autoridad delante de nadie. Y por supuesto, lo último que permitiré es que pongas en tela de juicio la supremacía del Master Supremo de la Comunidad.

Marina no contestó ni levantó el rostro. Seguía mirándose la puntera de sus zapatos de tacón rojos mientras hipaba quedamente. Sintió los dedos de Marcos presionándole suavemente el mentón hasta que consiguió que sus ojos chocaran con aquellos pozos del color de la plata bruñida. Con la otra mano, él le retiró las lágrimas que resbalaban por las mejillas.

Los sintió quemándole la piel.

—En lo que a mí respecta —continuó, mirándola fijamente—, si me desautorizas frente a terceros, abres una brecha que no puedo permitirme pero en cuanto a BenSenu, la cosa es mucho más grave. Por el mismo motivo que yo no

puedo admitir una falta de respeto delante de mis subalternos, él no puede consentirlo tampoco. Si lo haces, salvaguardada por tu ignorancia, tus errores pasan a ser míos y yo tendré que pagar por tus culpas.

—No. Todavía no te has enterado... ¡Yo pago por mis errores y mis culpas! —contestó Marina con un sollozo.

Marcos estaba devastado. Aquella niña había minado su fortaleza con unas lágrimas a las que creía ser inmune y una humillación que debería de haberle complacido y sin embargo había tenido los efectos contrarios. Acababa de perder esa batalla. La abrazó y ella se dejó hacer. Luego siguió hablando, dejando que sus palabras cayeran sobre la coronilla de Marina.

—No, Marina. Yo pago por ellos, ya que es imposible que te deje morir. Cuando esta noche te he traído a mi mesa, mostrando a todos las marcas de mi dominio físico sobre tu cuerpo, estaba presentando a mi *fatum*, a mi compañera elegida. La elección de tu vestimenta no ha sido algo improvisado, ni el color ni el modelo; tampoco un

atuendo con el que humillarte.

»En realidad ha sido todo lo contrario. En nuestra sociedad, ser elegida es un honor. Un honor que se da muy pocas veces a lo largo de un siglo, ya que, como sabes, huimos de los compromisos. Por eso me encargué de dejar heridas que en circunstancias normales estarían totalmente sanadas hace horas y por el mismo motivo llevaba los puños de la camisa vueltos, en demostración de nuestra mutua aceptación.

Marina no sabía que decir. Aquella confesión había dado un giro completo al sentido de todo lo ocurrido.

—Oh, Marcos, lo siento...

Aceptó, dándose cuenta del enorme error que había cometido dejándose llevar por los impulsos.

—No. Yo lo siento, puesto que he sido el culpable al no decirte todas estas cosas antes. Debería de habértelo explicado en la habitación, pero estabas tan ansiosa por cenar... Pensé que tu sentido común sería más fuerte que tu orgullo. Te subestimé.

—No, verás... Sabía que te estaba poniendo

en una situación que no podías aceptar, pero estaba tan enfadada... No pensé lo que hacía. Sólo sabía que quería hacerte sentir tan mal como yo lo estaba.

—Lo has conseguido, *cara*. Has estado a punto de cometer el error más grande de toda tu vida. Cabrearme no es la mejor manera de conseguir lo que quieres. Y tratar a Rúbem como si fuera alguien a quien puedes, siquiera, mirar a la cara, es el peor de los deslices. Él no es un osito de peluche, como parece creer; es frío y letal. Tiene cierta debilidad por ti, cierto, y además sabe que eres la única mujer capaz de sacarme de mi ostracismo y yo soy su *filius cruor*; pero no te equivoques. Ni tú ni yo somos nada si cuestionamos su poder. ¡Nada se antepone ante el sentido del deber de WebenSenu!

—Lo sé.

—Además tiene una reputación que mantener. Nadie tiene permiso para llamarle Rúbem y pocos para decirle WebenSenu. Para el resto, sólo es el Master Supremo. El honor que a ti te ha otorgado se merece, como mínimo, tu respeto. Y más en

público.

—Le pediré perdón. Públicamente si es necesario.

—Contaba con ello. Como también cuento con que no volverá a producirse un episodio similar jamás.

Ella aceptó con una serie de firmes y seguras inclinaciones de cabeza. Dispuesta a hacer lo que en justicia creía lo correcto, intentó escabullirse del abrazo para ir al encuentro de su obligación.

—Un momento. —La detuvo Pessaro—. Supongo que te ha quedado claro que lo nuestro es una unión en *gananciales*, para lo bueno y lo malo. Los vampiros pertenecemos a una sociedad arcaica, si la mujer no puede pagar sus deudas, el marido deberá responder con su propia vida si es menester. ¿Lo entiendes? A la vieja usanza... —aclaró.

—¿Me estás diciendo que ahora estamos «casados» bajo tus leyes? —preguntó alarmada.

—No, no lo estamos. Digamos que somos una «pareja de hecho» reconocida públicamente. Todos mis hombres te otorgarán la obediencia y el

respeto debido a la compañera de su Master. Te defenderán con su propia vida. Te honrarán y te servirán sin cuestionarse nada; pero no estamos «casados».

Sin darse cuenta, dejó escapar el aire que detenía. Luego bufó y compuso una cara de disgusto.

—¿Tanto te molesta? Habíamos quedado que estabas enamorada de mi... —replicó Marcos, un tanto ofendido por su reacción.

—Sí, pero eso no quiere decir que vaya a casarme contigo.

—¿Por qué motivo?

—Marcos, el día que me case con alguien, bajo las leyes que sean, quiero saber lo que estoy haciendo. Y quiero poder decir al respecto, como mínimo, «sí, quiero». No descubrir que, de la noche a la mañana, estoy unida a alguien que no sé lo que siente por mí. Una cosa es enamorarme de un hombre que no se va a enamorar jamás de mí, pero otra muy distinta es casarme con él —le aclaró con toda la sinceridad de la que era capaz—. ¡Estoy loca, pero no soy masoquista!

—Ni adivina, Marina. Como pitonisa tienes un futuro oscuro, cariño.

Le miró, confundida por sus últimas palabras. ¿A qué venía cuestionar sus dotes parapsicológicas? No estaban hablando de condiciones vampíricas en esos momentos. Estaban hablando de amor, de matrimonio. ¿Cómo podía ser tan frío con lo que ella sentía?

—A veces, *cara*—continuó hablando al observar la mirada de confusión en los ojos de ella—, pareces haberte dejado la inteligencia en el cajón de la mesilla. ¿Por qué estás tan segura de que yo nunca podré enamorarme de ti?

—¡Bah! Ésta es una conversación absurda... —Intentó escabullirse de una situación que la hacía sentirse insegura y violenta—. Dejemos este tema aparcado para siempre, Marcos. De todos modos, te hubiera estado muy agradecida si, aunque sólo fuera a título nominal, me hubieras consultado si quería ser tu compañera.

—Tu orgullo hubiera respondido por ti, querida. Me hubieras dicho que no, aunque fuera lo que más desearas en tu vida.

—¿Tú qué sabes lo que yo hubiera contestado?

—Sí lo sé. Por eso no te pregunté. No lo hice porque no estaba preparado para darte las respuestas que tú exigirías a cambio de la tuya. Como tampoco estaba preparado para acudir a tu llamada la semana pasada, porque no me sentía seguro de mis propias reacciones. Cielo, dos mil años de vida te dan, como mínimo, paciencia y sabiduría para evitar los actos irracionales que no puedes controlar. ¡Aunque el cómo hacerlo esté teñido de cobardía!, como ha ocurrido en este caso.

Aquel reconocimiento, fruto de un arrebató de sinceridad, hizo que ella abriera los ojos como platos.

—¡Jamás te he llamado cobarde!

—No. Cierlo. Me has llamado otras muchas cosas, pero cobarde me lo llamo yo. Marina, si no te he preguntado ha sido porque no era capaz de asumir la respuesta negativa que recibiría si no te confesaba que estoy perdidamente enamorado de ti hasta la médula de los huesos y, por supuesto, no

estaba preparado para semejante declaración. Sé, desde el primer día, que ésa es la única forma de conseguirte y la única condición que tú pones.

—No lo sabes todo de mí, Marcos...

—Esto sí, Marina. Mírame a los ojos y dime que no estoy en lo cierto.

No pudo hacer lo que él le pedía.

—Marcos, yo no necesito nada de eso. Nunca me has jurado amor eterno ni yo jamás te lo he pedido. No soy tan incauta como para pensar que un vampiro de dos mil años se pueda enamorar de mí —intentó eximirle de su responsabilidad mirando con tristeza los chispeantes leños de la chimenea.

—Sin embargo lo has conseguido...

Marina se volvió como impulsada por un resorte. Debía de haber escuchado mal lo que acababa de oír.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Esto no pretenderá ser una declaración de amor?

—Yo no me caracterizo, precisamente, por mi agudo sentido del humor...

Sintió que la habitación daba vueltas a su

alrededor. Estaba convencida de que era un sueño y todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas no era más que producto de su imaginación.

—Marina —continuó hablando Marcos, antes de arrepentirse de lo que iba a hacer—, te quiero con toda mi alma. No puedo vivir ni un solo día lejos de ti. Te necesito a mi lado y si para ello es preciso que te confiese que te quiero por encima de mi propia vida, lo hago —dijo abrazándola y besándola de nuevo en la coronilla—. Te quiero como jamás he querido a nadie en mi larga existencia.

—Oh, Marcos...

—¿Y ahora por qué lloras? —preguntó limpiándole suavemente las lágrimas con las yemas de los dedos—. Pero puestos a confesar —continuó sin esperar respuesta—, te diré que me da pavor... Sí, ya sé que es un sentimiento muy impropio de un vampiro, pero tú no se lo cuentes a nadie ¿vale? —intentó bromear sin demasiado éxito—. Tengo un miedo absoluto a no saber qué hacer con mis sentimientos y a no estar seguro de

si seré capaz de demostrártelo como tú necesitas. Miedo de abrir mi corazón a las emociones que había enterrado hace tantos siglos. Miedo a olvidarme que tú no eres la mujer que me traicionó hace años. Miedo a que dejes de quererme...

Ella siguió sollozando quedamente, sin poder decir ni una sola palabra.

—Ahora ya sabes por qué no acudí a tu llamada: ¡Miedo! No podía evitar dudar de ti y, por supuesto, de mí mismo. Necesitaba estar seguro. Posiblemente todavía estaría pensándolo si no hubiera sentido tal vacío cuando te desconectaste, que me fue imposible seguir respirando. Fue en ese momento cuando supe que tenía que recuperarte a cualquier precio.

—Por Dios, cariño, cállate ya. He llorado en menos de un mes todas las lágrimas que tenía sin derramar en veintiocho años. ¿Por qué me haces esto? ¡Yo nunca lloro! —dijo impotente.

Marcos se limitó a reír profunda y cadenciosamente.

—Pues aún tendrás que llorar más... ¿No querías escucharme?, pues lo vas a hacer hasta el

final —siguió impenitente—. Nos casaremos por las leyes del estado en cuanto tú me digas que sí estás dispuesta a hacerlo. ¿Quieres que me arrodille y te lo pida formalmente?— Negó con la cabeza contra el musculoso torso de él —Y también elevaremos la petición al Oráculo para que nos permitan celebrar el Lazo Eterno.

—¿El Lazo Eterno? —quiso saber Marina.

—Sí, es una ceremonia complicada. No basta con que nosotros queramos llevarla a cabo. Nuestro compromiso ha quedado sellado anoche por el Lazo Sagrado, cuando mezclamos nuestras sangres en el más puro acto de amor —le aclaró

»Pero el Lazo Eterno es mucho más serio, el Oráculo tiene que consultar, con todo tipo de boato y formalidad, nuestros designios ante los Destinos. Si sale positivo, el rito es algo parecido a una boda religiosa, pero bajo los cánones de nuestra filosofía, claro. Si nuestras aspiraciones no son las correctas, entonces aceptarán que sigamos unidos como «compañeros de sangre», pero no seremos «compañeros eternos». La cosa, además, se complica porque tú eres una *fatum*. Normalmente

las *fatums* no se enlazan a nadie.

—Supongo que para ello será necesario que yo pase al Otro Lado, ¿verdad? —le interrumpió ella.

—No, no lo es. Lo cierto es que no sé de nadie que haya celebrado el Lazo Sagrado sin ser vampiro, pero las Normas son claras al respecto. Si ambos lo deseamos y estamos destinados el uno al otro, el Oráculo y el Consejo aceptarán la unión.

—¿Cuál es la trampa, Marcos? —preguntó, exigiendo sinceridad en la respuesta.

—¿Trampa? No hay trampa.

—¡Oh, sí! ¡Claro que la hay! Suelta eso que me estás ocultando y que percibo en tu mente. Hay algo que no quieres decirme.

Marcos sonrió torciendo un costado de la boca.

—¡Claro!, se me olvidaba que estoy enlazado... —se quejó—. No quería que tomaras una decisión bajo presión. No es ninguna trampa. Es simplemente que si somos aceptados por el Oráculo, nuestro amor será eterno, por los siglos de los siglos. Aun después de la muerte de uno de

nosotros, el superviviente seguirá amando en la soledad hasta su fin, porque el Destino así lo dictamina y no podemos hacer nada para evitarlo.

—Lo que quiere decir que, al ser yo mortal, mis días están contados ¿No es cierto? —Le obligó a confirmar, lo que él hizo con un movimiento de cabeza—. Cuando yo muera, tú seguirás enamorado de mí y sufriendo nuestra separación por el resto de la eternidad... ¡El Lazo Eterno! —repitió, entendiendo de pronto el significado íntegro de la expresión.

—Así son las cosas, cariño. Yo estoy dispuesto y tú no pierdes nada —asumió el vampiro—. No tienes ninguna necesidad de recibir el Abrazo si no quieres. Ésa será una decisión que sólo tú podrás tomar cuando estés preparada para ello. Yo ya he tomado la mía. ¿Me aceptas?

—¡Marcos, por favor, claro que te acepto! —respondió mientras volvían a saltársele las lágrimas—. ¿Tendrás paciencia, verdad? Dame tiempo para decidir si quiero pasar al Otro Lado.

—Tienes todo el tiempo del mundo, mi vida.

Capítulo 20

WEBENSENU esperaba, con ese estoicismo que caracteriza a los seres que no tienen prisa por llegar a ninguna parte, a que Marcos y Marina dieran por finalizada la conversación con la que les había dejado. Sabía que el vampiro haría que la *fatum* se enfrentara a las consecuencias de sus actos por mucho que deseara evitarle el mal trago.

Comprendía la ira de la muchacha y suponía lo difícil que tenía que ser para ella darse cuenta de que, después de haber vivido casi un tercio de lo que normalmente sería su existencia, un día se había despertado sabiendo que sólo conocía la mitad de su propia personalidad. Aceptar una naturaleza totalmente distinta a la que creía poseer era un trago amargo.

Pero lo peor de todo era que, teniendo un carácter explosivo y una fuerte personalidad, y siendo una mujer del siglo XXI —en una sociedad igualitaria que reconoce el papel femenino—,

tener que acatar las órdenes de un macho superior debería de hacérsele bastante difícil de asimilar.

A pesar de todo, las Normas eran claras. Para la chica, el respeto y la posición de poder serían los pilares de su vida a partir de ese momento, por lo que cuanto antes fuera consciente de ello, mejor. Además, en lo que a él concernía, como Master Supremo de la Comunidad, no podía, ni quería, consentir ciertos arrebatos y falta de disciplina.

Bien era verdad que con Marina todo había sido totalmente diferente a lo habitual. Que ella no había tenido tiempo de afrontar las revelaciones que acababa de recibir y que, incluso, carecía de mucha información vital que le permitiera saber cómo manejar lo que tenía entre las manos. Para remate, casi había perdido la vida en su primera incursión en el mundo vampírico y su amor por las ciencias y la literatura paranormal no habían hecho más que confundir sus revelaciones nocturnas con una simple obsesión. En circunstancias *normales* todo ello, por lo general, fluía de manera mucho más tranquila y natural. Para ella todo había ocurrido a destiempo; incluida la manera en que le

había conocido a él y las condiciones en las que lo había hecho. Pero nada de eso la redimiría ante sus ojos ni le concedería ninguna ventaja.

Sería una buena compañera para el líder español, pero antes tenía una lección que aprender.

Cuando las puertas de la biblioteca se abrieron con un susurro y el repiqueteo de los altos tacones de Marina resonaron sobre el mármol, notó la indecisión en los pasos de la chiquilla, pero se limitó a esperar pacientemente a que entraran en el cuadro de luz que arrojaba la pequeña lámpara de lectura encendida en el rincón de la habitación.



Al parecer, aquél era el refugio favorito de Rúbem.

Para Marina, sin embargo, siempre sería el tribunal donde el Master Supremo la sometía al tercer grado por cada uno de sus fallos. Era posible que no pudiera volver a entrar en aquel recinto sin sentir cierta aprensión.

—Master —dijo Marcos protocolariamente

con una ligera inclinación de cabeza.

Ella imitó el gesto de su compañero y esperó que el aludido iniciara la conversación. WebenSenu, sin embargo, no movió ni un solo músculo de su cuerpo y se limitó a mirarlos fijamente a los ojos. Primero a Pessaro, luego a ella.

Notó que las palabras se le atoraban en la garganta mientras que el cerebro hacía funcionar todas las neuronas a velocidades de vértigo. El choque de voluntades entre la razón y el deseo de complacer a ambos hombres le impedían encontrar la frase que sirviera de punto de partida de aquella difícil conversación.

Nunca había tenido problemas para comunicarse; se consideraba buena conversadora. Y tampoco había sido reticente a la hora de ofrecer una disculpa cuando la necesidad lo requería, pero en esa ocasión no sabía por dónde empezar. Quizá se trataba de que en su fuero interno estaba convencida de que tenía todo el derecho a expresar sus quejas y ejercer su propia voluntad, sin dejar que un hombre tuviera

ascendencia sobre ella por el mero hecho de haber nacido varón.

«El respeto no se gana por la fuerza, ni tampoco por los años; es algo que hay que ganarse con hechos», pensó. Bien era cierto que ellos se habían portado generosamente pero... ¿en función de qué? ¿De que era una *fatum* a la que había que proteger según estaba escrito en aquellas implacables Normas que no conocía? Aún así, tenía que hablar y tenía que hacerlo de inmediato. Se lo debía a ambos; pero no sabía cómo.

Sintió la fría y penetrante mirada de los dos vampiros como dagas heladas en el interior de su alma. Cohibida y nerviosa como no recordaba estarlo desde la adolescencia, empezó a mirar de uno a otro, mientras abría y cerraba la boca antes de empezar a hablar.

—Marcos, por favor, —dijo al fin— ¡ayúdame! ¿Cómo se pide perdón a un Master Supremo sin cometer más errores?

El aludido se limitó a hacer un gesto de duda elevando las manos con las palmas hacia arriba, sacudiéndose la responsabilidad como si fuera una

mosca.

—No sé, Marina. Lo mejor es no meter la pata en el fango porque, a veces, aunque consigas sacarla, el barrillo te salpica en la cara.

No podía creer que él se pusiera a hacer metáforas en semejante momento, aunque en cierta manera le comprendía. Sabía que él no podía prestarle ayuda por mucho que lo deseara. Sería un flaco favor el que le hiciera y, de rebote, el que se hiciera sí mismo si tomaba partido.

Le vio apartarse y sentarse en uno de los sillones de cuero que había frente a la chimenea. Deseó poder refugiarse en sus brazos para que la consolara, pero no podía. Se sentía impotente.

La situación era rocambolesca y muy incómoda, así que se dispuso a hacer frente a Rúbem con su mejor y única arma: sinceridad.

Agachándose hasta quedar en cuclillas, con la línea de la visión por debajo de la del hombre que había ofendido, pero sin humillarse a la posición de ruego hincando la rodilla, se acercó al egipcio, que todavía permanecía sentado, y elevó la mirada.

—No sé qué decir, Master. Lo siento.

Una vez dicha aquella frase, el resto salió como un torrente.

—Soy consciente de que las formas que he usado no son las correctas, que debería haber sido más respetuosa, que no tengo derecho a cuestionar tus motivos mientras me acoja a tu protección y a la de tu gente... —Su voz era como el aceite perfumado, suave y oleoso—. Por ese motivo te pido perdón con todo mi corazón, no era mi intención ofenderte. Si es menester estoy dispuesta a hacer esta disculpa pública y espero que la aceptes al mismo tiempo que te ruego paciencia.

Rúbem siguió mirándola sin decir ni una sola palabra.

—Sí, ya sé que mi disculpa no te parece sincera —continuó en vista del silencio de él—, y tal vez no lo sea del todo, porque aunque te puedo jurar por mi vida que lo que digo es cierto y que, realmente siento haberte levantado la voz y cuestionado tu poder frente a los tuyos, la verdad es que eso es lo único que lamento. Sin embargo, no me arrepiento de los motivos por los que lo

hice. Supongo que no son válidos a tus ojos, ni a los de ningún vampiro que se precie de serlo, pero a mí me faltan datos, Rúbem.

»No conozco vuestras normas, no he sido instruida sobre vuestras costumbres, no tengo vuestra naturaleza y, por mucho que lo intento con todas mis fuerzas, no consigo entenderos.

»A pesar de todo, no quiero avergonzarte a ti y, sobre todo, no quiero avergonzar a Marcos. Te doy mi palabra de que si no estuviera locamente enamorada de este saco de años con aspecto de gigoló —dijo señalando a Pessaro—, habría salido corriendo de vuestra presencia hace días.

—¡Marina! —la interrumpió Marcos, alarmado por el cariz que estaba tomando la disculpa—. Ésa no es la fórmula.

—¡Déjala! —habló por primera vez WebenSenu.

Ella se sobresaltó. Ya había hablado de ese tema con Rúbem, así que ahora no le importaba. La verdad y la sinceridad siempre eran la mejor apuesta, especialmente si te jugabas la vida.

—Marcos —se disculpó—, la única fórmula

es que sepáis como me siento. Tengo que ser sincera con vosotros e intentar explicaros mis motivos. Estaba enfadada, muy enfadada, y tú tenías la mayor parte de culpa. Me llevabas, como una vaca al matadero, marcada y expuesta a las miradas de todos para que se dieran un festín visual de mi derrota y humillación.

Marcos hizo ademán de interrumpirla, pero ella le hizo callar antes de que comenzara a hablar.

—Sí, ahora sé que tu intención era diferente, pero no entonces. Sé que debería haberte dejado hablar antes de salir de la habitación, pero no lo hice. Y lo único que sentía es que había tenido que soportar la indiferencia y el desdén de todos esos hombres durante muchos días porque tú no quisiste acudir a mi llamada; que estaba sola como un cordero en una jaula de lobos y que, de pronto, por el mero hecho de lucir mis curvas y tus mordeduras ante ellos, todas mis penas habían sido absueltas de la manera más absurda. Necesitaba vuestra ayuda y comprensión, pero no fui capaz de encontrarlas por ningún lado.

El silencio era sepulcral y ambos la miraban

como si de pronto le hubieran salido dos cabezas.

—Cuando Rúbem me impuso la pena, yo la acepté porque era justa y merecida —siguió hablando sin poder contener más su sufrimiento—, pero creedme los dos si os juro que no entiendo por qué el perdón llega si dejo que tú me claves los colmillos —se dirigió exclusivamente para Marcos.

»¿Sabéis que pensaba mientras me sentía exhibida? —No esperó la respuesta—. Que aquél sólo era un perdón con condiciones porque realmente debería de haber dejado que me mordieras en público. Y, lo siento, pero en mi mundo las cosas son diferentes. Enteraos ambos de que en lo último que pensé anoche fue en redimir mis *pecados*. Sólo quería satisfacer mi deseo. Y el tuyo —señaló de nuevo a Marcos—. Te daba mi sangre y te hubiera dado mi vida si así lo hubieras querido, pero no para que Rúbem volviera a mirarme a la cara o tus hombres se dignaran a decirme buenas noches. Lo nuestro era un acto privado y voluntario. ¿No lo podéis entender?

Miró a Marcos, estaba atónito. Le entendía.

Lo único que tenía que hacer era excusarse sinceramente ante Rúbem y reconocerle como Master Supremo, sin dar tantas explicaciones.

—De todas formas —continuó con el discurso—, quiero que sepáis que agradezco con todo mi ser vuestra protección y que, aunque no tuviera más motivos que ése, que como ya ha quedado claro no es el único, intentaré cumplir las Normas de la Comunidad. Pero, por favor, tened paciencia conmigo y dadme datos. Lo siento, soy pragmática y cerebral, necesito conocimientos para hacer las cosas. Si no tengo motivos, mi voluntad falla...

De pronto se calló y se sentó en el suelo sobre la alfombra. La postura que tenía no resultaba nada cómoda. Al cabo de unos segundos reanudó su alegato.

—Y, si no me consideráis a la altura de vuestras expectativas, no temáis; os juro el más absoluto de los silencios sobre vuestra existencia. Acepto el repudio con dignidad porque soy consciente de que, ante vuestros ojos, como aspirante soy —y miró de nuevo a Rúbem—,

perdóname la expresión, una mierda.

Rúbem se puso de pie, ágil como una pantera, y sorteó su cuerpo con movimientos fluidos y elegantes. Se acercó a la mesa de bebidas que había unos metros más allá y sirvió tres vasos de whisky con hielo. Luego regresó sobre sus pasos e hizo entrega de uno de ellos a Marcos y le acercó otro a ella. Lo tomó con pulso tembloroso y se lo llevó a los labios.

El líquido ambarino le aportó el calor que en esos momentos ansiaba recibir, aunque hubiera preferido que hubiera sido de otra manera más táctil.

—¿Has terminado? —dijo, por fin, Rúbem apoyado sobre el marco de la chimenea.

Su voz era profunda, pero estaba exenta de la sensualidad y musicalidad del acento que le caracterizaba, aunque parecía cordial.

Ella se limitó a confirmar su pregunta con un movimiento de cabeza.

—Bien, te he escuchado con atención y ahora lo harás tú. Tus excusas no son válidas y, sin embargo, puedo llegar a entenderlas. Sé que para

ti todo esto es difícil de asimilar y aún más de asumir, pero quiero que entiendas que esto es lo que hay.

Rúbem se acercó a ella para levantarla del suelo y sentarla en el sofá junto a Marcos, que rápidamente se aproximó a ella y la atrajo hacia él pasándole el brazo por los hombros.

—Creía —continuó el Master Supremo—, habértelo explicado con anterioridad de manera clara y cristalina, pero veo que la enseñanza no caló en tu cerebro. No podemos deshacernos de nuestra naturaleza porque tú no nos entiendas ni dar la espalda a las Normas que nos mantienen vivos desde el principio de los tiempos. Tú eres mortal y nosotros vampiros. La convivencia, aunque difícil, no es imposible; pero entiende que eres tú la que entras en nuestra vida y nuestra comunidad, por lo que también tendrás que ser tú quien acate nuestras costumbres y leyes. Quizá no las entiendas, te aseguro que a veces nosotros mismos tampoco lo hacemos, pero aun así tendrás que cumplirlas.

Ella bebía pequeños sorbos de whisky y

miraba al Master Supremo con los ojos abiertos y temblando como una pluma entre los brazos de Marcos.

—Repudiarte o no, ésa no es la cuestión — siguió diciendo Rúbem—. Enseñarte e instruirte, sí. Ése es nuestro cometido y obligación, pero no podremos hacerlo si tú no pones de tu parte. Y lo primero que tienes que entender, de una vez por todas, y mira que te lo he repetido ya varias veces, es que los vampiros, por regla general no tienen sentimientos; sólo saben de lealtad, poder y sometimiento. Jamás serás tratada como alguien sin linaje en nuestra comunidad, sino como una más de nosotros; para lo bueno y para lo malo.

»En cuanto a lo que respecta a tu compañero, y creo que esto es igual en tu sociedad y en la nuestra, le debes lealtad, orgullo y honra; de igual manera que él te lo debe a ti junto con su protección. Pero además, en público, le debes respeto.

»Lo que ocurra entre vosotros más allá de la puerta de vuestra habitación es algo que sólo a los dos compete y en lo que ni yo ni nadie

interferiremos jamás. Pero delante de los demás, no volverás a avergonzarle nunca. Si tus actos le deshonran, él tendrá que pagar para recuperar aquello que perdió o reparar los daños de la misma manera que si fuera suyo el error.

El egipcio hizo una pausa y la miró para comprobar si había entendido el alcance de sus palabras. Ella volvió a asentir con una cabezada.

—En lo que a mí respecta, ¡soy tu Master!

Sintió que el estómago daba un brinco en su interior. Rúbem acababa de retirarle el favor de llamarle por su nombre.

No le extrañaba.

—Me respetarás y obedecerás por encima de todo. No cuestionarás mis decisiones y acatarás mis órdenes. ¿De acuerdo?

—Sí, Master.

—Marcos continuará con tu instrucción y, en su momento, la completará con las enseñanzas reservadas a las elegidas *fatum* en las condiciones habituales. De momento no hay prisa...

—Sí, Master —volvió a aceptar.

—Y, por último, entiende que tu llegada a

este mundo es, a pesar de lo duro que puede parecerte, mucho más agradable que la de muchos de nosotros. Él, por ejemplo —dijo señalando a Pessaro—, no contó con alguien que le amaba y estaba dispuesto a apoyarle en todo. Si él o yo hemos sido capaces, no entiendo por qué no puedes serlo tú.

»Todos nacimos mortales y en un determinado momento pasamos al Otro Lado. Tú también lo harás algún día, Marina, y lo sabes, pero ésa, ahora, tampoco es la cuestión. Lo único importante hoy es que hemos confiado en ti y necesitamos saber que no nos defraudarás.

—No lo haré, Master.

—Bien, en ese caso, y sin que sirva de precedentes, estás perdonada de todas tus faltas.

—Gracias, Master

Asumió con un sincero suspiro de agradecimiento que fue respondido, como un eco, por otro de alivio por parte de Marcos.

—Puedes retirarte —la despidió—. Marcos y yo tenemos cosas de qué hablar, pero enseguida dejaré que regrese a tu lado, no sufras.

Se deshizo del abrazo de su compañero y, haciendo una reverencia, que en su fuero interno consideró engolada y pasada de moda, se marchó sumisa.

Marina regresó a la habitación de Marcos y se sorprendió al encontrar que todos sus efectos personales habían sido trasladados allí y estaban perfectamente colocados y dispuestos para su uso. Sobre una repisa del cuarto de baño, unas horas antes tan masculino, había un sinnúmero de botes y frascos de cosméticos y los utensilios de maquillaje. El vestidor había sido dividido en dos partes y en la derecha estaba toda su ropa, perfectamente colocada y planchada, dispuesta para su uso inmediato. Los cajones contenían la lencería femenina y el zapatero lucía todo un muestrario de sugerente calzado de altos tacones.

A la sala de estar había sido trasladado el secreter que había usado durante los días anteriores y sobre él estaba su ordenador personal. En una parte de la librería estaban los títulos de los libros que habían sido traídos desde su

domicilio y que la habían entretenido durante las largas horas de angustia de la semana anterior.

«No se puede negar que estos vampiros son rápidos y eficientes», pensó con un suspiro.

Tomó una ducha rápida y se vistió con un coqueto y atractivo camión de encaje azul oscuro. Luego se metió en la cama, agotada y confusa, tras todos los acontecimientos de la jornada. El cansancio y el stress que había soportado en las últimas horas debieron de superarla en algún momento. A pesar de que su intención era repasar los cambios que se habían producido en su vida en menos de veinticuatro horas, cayó en un profundo sueño casi inmediatamente.

Un rato después, Marcos regresó a su lado y, aunque no volvieron a hablar sobre lo ocurrido, en algún momento de la noche había perdido su elegante atuendo nocturno y acababa de despertar enroscada al musculoso cuerpo masculino, totalmente desnuda.

Marcos abrió los ojos al sentir el movimiento. Aquella también era una situación extraña para él, acostumbrado a dormir solo

durante cientos de años.

—¿Qué hora es? —preguntó Marina.

—Las cuatro de la tarde —respondió él mirando la esfera luminosa del reloj. La habitación estaba totalmente a oscuras.

—¡Caramba!, tengo que darme prisa. He quedado para cenar con Chavi en su casa...

—¿Estás segura de que tienes que ir?

—¡Quiero ir, Marcos! Es mi amigo. No puedo recluirme en tu casa... Tengo que continuar con mi vida. Lucas me dijo la semana pasada, cuando le informé de mis intenciones, que tú habías estado de acuerdo con esta salida.

Recordó la petición que Rivero le había pasado en su informe diario días atrás. Había aceptado, sí, pero porque entendía que no podía mantenerla encerrada contra su voluntad.

A Marina, no; quizá otro tipo de mujer se hubiera conformado sin causar problemas. No obstante, tenía el presentimiento de que no era una buena idea.

—¿No podrías quedar con él aquí? Dispondríais de un lugar seguro y discreto.

—Sabes que no, cariño. Todo esto resultaría demasiado chocante para él. Lucas me dijo que llevaría una fuerte escolta.

Finalmente se dio por vencido.

—Bueno, ya sabes que tienes la Conexión. Al más mínimo problema, no intentes hacerte la heroína; límitate a utilizar lo que la Madre Naturaleza ha puesto a nuestra disposición.

—De acuerdo. Te prometo estar en todo momento en contacto contigo. Sólo por esta vez, ¿eh?, porque es la primera vez que salgo sola...

Sonrió y negó con la cabeza, dándose por vencido. Marina era insufrible, pero era su Marina y la quería así.

Marina conducía su coche después de muchos días. ¡Era maravilloso sentirse *libre* de nuevo! Bien es verdad que delante de ella iba un vehículo de la Comunidad y otro detrás, cada uno de ellos con dos hombres dispuestos a dar su vida por defenderla, pero nada le impedía ignorar ese pequeño detalle y hacer como si estuviera sola.

Marcos le había explicado que, cuando recogieron el coche en el aparcamiento del centro

comercial, habían descubierto cómo había llegado hasta ella el *mutato* sin ser interceptado por el equipo de vigilancia. Ahora sabía que ese riesgo estaba fuera de lugar, el coche había estado a buen recaudo desde entonces en el enorme garaje de Pessaro.

Estaba eufórica. Por primera vez en semanas se sentía ella misma.

El tráfico era el habitual de los fines de semana en Madrid, pero por una vez no le importó pillar en rojo casi todos los semáforos del paseo de la Castellana. Encendió un cigarrillo del paquete de la guantera y puso a toda marcha el reproductor de CDs. La música de «Invencible», de Two Steps From Hell, llenó el reducido espacio.

Media hora más tarde, había llegado a su destino a pesar del atasco. En Colegiata, la calle donde vivía Chavi desde hacía siete años, no habría ni un solo hueco libre, ¡y menos tres!, así que entró en el parking público próximo, como hacía siempre que iba a visitarle.

Percibió la mirada malhumorada de los muchachos de Marcos, pero era consciente de que no podía hacer otra cosa. Lanzó la llave a uno de ellos y se disculpó con un gesto.

Luego esperó hasta que dos de sus guapísimos guardianes se pusieron a su lado para escoltarla hasta el portal, tal y como habían acordado.

Presionó dos veces seguidas sobre el botón del segundo derecha del portero automático y la cerradura se abrió con un clic casi de inmediato. Guiñó un ojo a sus guardianes y entró cerrando la pesada puerta a su espalda. «¡Qué peste de guardaespaldas! ¡Ahora entiendo a los famosos!», pensó mientras subía las estrechas escaleras de madera y suspiraba aliviada ante su soledad.

Escuchó los pasos ligeros de Chavi a través de la puerta tan pronto llamó al timbre y esperó a que le abriera luciendo una amplia sonrisa en los labios.

Pero la sonrisa se le congeló en el rostro en el mismo instante en que miró hacia dentro del apartamento de su amigo. Sentado en una silla,

amordazado y atado de pies y manos, estaba Chavi; con la cara tan amoratada por el puñetazo que le habían propinado, que apenas podía abrir el ojo derecho. Tenía un gesto de terror.

El enorme gigante rubio que había estado a punto de acabar con su vida unas semanas atrás, la tomó con fuerza del brazo y la introdujo, contra su voluntad, en el interior de la casa.

—¡Ni una palabra! Un solo movimiento en falso y tu amigo mariquita hace *pluf*—dijo apuntándole con una pistola directamente al pecho—. ¿Entendido?

Confirmó con un asentimiento de cabeza.

—Tu teléfono —ordenó él extendiendo la mano.

«¡Dios mío, esto es una pesadilla! ¡No puede ser real!»

No se planteó nada más. Sabía que el hombre que tenía enfrente no reparaba ante nada. Abrió el bolso y buscó el teléfono entre sus pertenencias. Por fin lo encontró y se lo entregó sin emitir ni un solo sonido.

—Esta vez no me engañas, muchacha.

Se quejó el *mutato* mientras lo abría y dejaba caer la tarjeta SIM al suelo. Luego lanzó el aparato contra el respaldo del sofá. Rebotó y cayó sobre el cojín.

—Perfecto, ahora en marcha —la conminó, haciendo un movimiento con la pistola y apuntando sobre el aterrorizado cuerpo de Chavi.

Estaba a punto de disparar. ¡Iba a hacerlo!

—¡No! —gritó la muchacha—. ¡No le mates, por favor! Déjale tranquilo y no opondré ninguna resistencia. Iré contigo donde quieras y no te causaré problemas. Puedes hacer que él no recuerde nada, ¿verdad?, así que no tienes nada que temer...

—No merece la pena el esfuerzo, chica. Un tiro será mucho más seguro.

—Por favor... Si no le matas, te juro que incluso te ayudaré —pidió con la impotencia reflejada en la mirada.

Notó una presión en la sien. Aquel tipo intentaba comprobar que lo que decía era cierto. Pretendía leerle la mente.

Le dejó entrar y empezó a pensar en

obedecerle a cualquier precio.

El *mutato* aceptó por fin y se acercó al malherido muchacho. Le miró fijamente a los ojos, obligándole a mantenerle la mirada con un tirón hacia atrás del pelo. Al cabo de unos segundos, levantó la pistola y le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata.

—Listo —confirmó.

No se había movido de dónde la había dejado. Casi ni había respirado. Comenzó a hacerlo después de emitir un grito ahogado.

«¡Por favor, Señor, que no le haya matado!», imploró en silencio. Al mismo tiempo se acordó de las palabras que le había dicho Marcos: «No intentes hacerte la heroína; límitate a utilizar lo que la Madre Naturaleza ha puesto a nuestra disposición.»

Le vio acercarse hacia ella de nuevo. Tenía que hacer algo antes de que a ella también la dejara inconsciente.

—*Marcos, por favor... ¿Qué hago? El mutato hijo de puta que trató de matarme la vez anterior me estaba esperando en casa de Chavi.*

¡Ayúdame!

—*¿Qué dices? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?*

De inmediato las palabras de Marcos retumbaron en su cerebro, con una angustia que nunca hubiera podido creer escuchar en la voz de ese hombre. Todavía no se había acostumbrado a esa sensación. Sintió su miedo helándole la sangre en las venas y supo que era incluso más fuerte que el propio.

Percibía su terror en cada respiración.

—*De momento no. Estoy bien. ¿Qué hago?*

—*Nada. ¡No hagas nada! Síguele la corriente. No le llesves la contraria y ve diciéndome lo que hacéis y por dónde vais.*

—Vamos, Marina. En marcha —interrumpió el ruso, cogiéndola de nuevo del antebrazo y presionando con crueldad.

—*¿Dónde?*

—*¡Sin preguntas! ¿O prefieres que mate a tu amigo? Todavía estoy a tiempo —replicó, apuntando de nuevo hacia el cuerpo inerte, abatido sobre la silla.*

—*Obedece, Marina. No preguntes, por Dios...—escuchó en su cerebro a Marcos*
—*Procura cerrarle tu mente, que él no se dé cuenta de que estamos conectados.*

El *mutato* abrió la puerta y miró hacia el hueco de la escalera para asegurarse que ninguno de sus guardianes estaba allí.

—¿Has venido sola?

Supuso que decir «sí» sería un error. Él nunca creería que la habían dejado moverse a su libre albedrío.

—No. Están esperándome fuera.

—Bien, veo que has entrado en razón...

¡Vamos!

Se dejó arrastrar escaleras abajo. Cuando llegaron al portal, en lugar de salir a la calle, el rubio abrió una puerta estrecha y más pequeña de lo habitual situada en una esquina, bajo el hueco de la escalera.

—¡Baja!

La obligó, introduciéndola a la fuerza en la angosta oquedad.

Contuvo el aliento. Un asqueroso olor a

humedad y moho inundó sus fosas nasales. Estaba oscuro.

—No veo nada —dijo en voz alta, abriendo los canales cerebrales de comunicación con Marcos—. Esto está muy oscuro y las escaleras están resbaladizas. Este sótano apesta como el infierno. ¡Debe de estar infectado de ratas!

—Las rrrratas —dijo arrastrando la «r»— no son ahora tu mayor problema, Marina. ¡Baja!

Obedeció. Dejó que el pie resbalara con cuidado y se guió arrastrando la mano sobre la pegajosa pared. Tanteaba cada escalón y podía sentir la presencia oscura y maligna del hombre que tenía a su espalda. Cuando por fin se acabaron los peldaños, frenó en seco. El *mutato* se chocó contra ella.

Luego lo sintió moverse a su derecha y escuchó el ruido de una cremallera al abrirse. A los pocos segundos, la luz de una potente linterna la deslumbró. Al parecer había dejado una bolsa allí, preparada para la huida. Tenía todo perfectamente calculado.

Un terror casi insoportable se instaló en su

interior.

—¡Vamos! —la incitó, señalando hacia delante con la linterna.

Era un alivio que ya no llevara la pistola en la mano derecha. El potente foco de luz era menos mortífero y mucho más útil. Por lo menos permitía que supiera en dónde ponía los pies.

Aquella cueva era opresiva y angustiosa. Las paredes, casi negras y chorreando agua filtrada, no incitaban a permanecer allí ni un segundo. El rubio empujó una puerta desvencijada que, a juzgar por su aspecto, ya debía de haber forzado previamente, ubicada en el extremo opuesto al que habían llegado.

—*¡Marcos!, ¿dónde me lleva este tío?*

—*No sé, cariño, pero déjate llevar. No opongas resistencia. Límitate a obedecer y ve diciéndome por dónde vas. Nosotros ya hemos salido en tu busca. Tranquila, que no estás sola.*

Caminaban por un estrecho pasillo que continuaba hacia abajo en una prolongada inclinación descendente. Toda su obsesión era

permanecer dentro del amarillento charco de luz que arrojaba la linterna. Sabía que el Madrid de los Austrias era un laberinto de pasadizos y catacumbas. Si se perdía allí, nadie podría encontrarla.

—¡Alto! —la detuvo el *mutato*, tras ella, con una imperiosa orden.

Habían llegado a un pequeño ensanchamiento del que salían varios caminos. Ella frenó inmediatamente. El hombre sacó un plano de la pequeña mochila que había recogido unos minutos atrás y lo iluminó con el foco.

—¿No tienes un cigarro? —preguntó ella de pronto.

—No, no fumo.

—¿Puedo coger uno de mi bolso?

—¡Sin trrrrucoss!

—Toma —le dijo tendiéndole el bolso—. Dámelo tú, así estarás seguro de que no hago nada.

El rubio tomó el bolso y rebuscó. Sacó el paquete de Marlboro y el mechero y se lo dio. Luego metió el bolso en la mochila.

—¡Oye, devuélveme mi bolso!

—No vas a necesitarlo para nada. Ya tienes tu tabaco.

Encendió un cigarrillo. La llama del mechero apenas acertaba contra la punta del tembloroso pitillo. No podía controlar los nervios y el miedo. Pero su objetivo no era calmarlos a base de nicotina, sino dejar un rastro para sus rescatadores.

Obviamente, no iba a tragarse la colilla.

—¿De dónde eres? Tienes un acento extraño.

—Ruso. Nací en San Petesburgo. ¿Te interesa mucho?

—No. Sólo quería establecer una conversación.

—Dedícate mejor a andar ligera. ¡Por ahí!

—*Por el túnel de la derecha—informó a Marcos.*

—*Perfecto, mi amor. Te quiero; lo sabes, ¿verdad? —Ella sabía que era sincero, pero también que se lo decía para darle ánimos. Le devolvió una sonrisa mental—. Sigue así. Intenta averiguar cómo se llama.*

Anduvieron durante un rato por aquellos

pasadizos excavados en la roca viva, un paseo que se le antojó interminable. En el trayecto cambiaron tres veces más de sentido, y otras tantas informó a Marcos sobre ello. En una de aquellas revueltas tiró la colilla en lugar bien visible.

Cuando el ruso pensó que ella ya no podría encontrar el camino, la adelantó y empezó a andar por delante apremiando el paso.

—¡Eh, tú, espera! No corras tanto.

—¿Por qué, Marina? ¿Piensas que van a encontrarte si nos entretenemos? —Se rió cruelmente.

—No. No me esperan en un buen rato. Pensaba quedarme a cenar con Chavi. Dudo que me hayan echado de menos todavía.

—¡Hasta el nombre es de mariquita! —se mofó.

—¿Y el tuyo? ¿Es muy masculino? —dijo con sarcasmo.

—Oh, sí. Ya lo creo... Te veo venir, Marina, pero no te servirá de nada saber mi nombre. No tendrás ante quién delatarme.

La cruel carcajada del ruso le puso los pelos

de punta. El terror casi la dejó paralizada.

—*Tranquila, amor. Vamos a salvarte. Lo estás haciendo muy bien. Sigue dándole palique... Déjale que se confíe—la alentó.*

—Bueno, al menos conoceré el nombre de mi asesino para delatarte ante el Juez Supremo...

—Entonces tendrás que esperar para averiguarlo. Yo sólo voy a dejarte en manos de aquél al que tienes que acusar. Pero puedes informar a tu Dios, cuando le veas, que Sergei Sokorov fue el que allanó el camino de tu asesino.

Y prorrumpió en una carcajada tan tétrica y terrorífica que Marina no pudo reprimir un grito de angustia.

—*¡Cabrón hijo de puta! —rugió la voz de Marcos en su cerebro.*

—¡Sube! —La empujó hacia una escalera que se abría en un hueco de la pared—. ¡Vamos, deprisa!

—¿Adónde me llevas? —preguntó reteniendo el aliento.

—¡Ya lo verás!

Marina tropezó contra algo blando y peludo.

Chilló hasta que le dolió la garganta.

—*¡Marina! —La voz de Marcos, empañada de terror e impotencia, le inundó la cabeza— ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo ese cabrón?*

—*No. Tranquilo, sólo he pisado una rata, o algo similar.*

—*¡Oh Dios! ¿No piensas sacarme nunca más a la superficie? Sabía que el Madrid antiguo estaba horadado, pero nunca pensé que pudiera estarlo tanto... ¿Cuándo se acaba esto?*

—*¡Cállate y anda! Ya falta poco.*

Por fin, Sokorov se paró ante una nueva puerta desvencijada y propinó una fuerte patada sobre ella. No estaba atrancada, pero si lo hubiera estado no habría cerradura que se hubiera resistido.

—*¡Vamos, sal!*

Marina asomó la cabeza. Una vaharada de aire fresco le golpeó en la cara. Estaban en un lugar parecido a una cocina antigua. Inmediatamente, salieron a un portal, no sabía de qué calle ni en qué número, pero habían emergido del Madrid subterráneo. «¡Gracias, Dios mío!»,

rezó.

De nuevo sintió la presión de la garra de Sokorov en el antebrazo, que tiraba de ella con fuerza.

—Un solo movimiento en falso ahora y eres mujer muerta... —la amenazó, letalmente, en voz muy baja junto a su oreja—. ¡Hueles a *plumbum crúor* que apestas! —dijo acto seguido, olisqueándola como un felino—. ¿Eres la puta de alguno de ellos?

Ella se obligó a no enfadarse. Sabía que eso era lo que pretendía el *mutato* para poder absorber su energía negativa. No pensaba entrar en ese juego, pero aún así la dolió el comentario.

—¿Qué calle es ésta? —preguntó en cambio.

—No sé cómo se llama, ni me importa; pero aunque lo supiera, tampoco te lo diría.

Marina se giró para mirar el número del portal por el que habían salido.

—*Número veintidós*—*pensó para Marcos.*

Anduvieron unos metros cuesta arriba y cruzaron de acera al llegar a la esquina.

—*Calle de Lope de Vega*—*leyó para Pessaro*

mentalmente, en el cartel cerámico que exhibía la cara del Fénix de los Ingenios.

—Perfecto, cielo. Ya vamos volando... Eres maravillosa y la mujer más valiente que he conocido. Lo estás haciendo de fábula —la elogió.

—Marcos, por favor, ocúpate también de Chavi...

—Tranquila, cara. Los chicos ya le han atendido. Está en su cama y tiene unos nuevos recuerdos: esta mañana tropezó en las escaleras y se cayó, por eso tuvo que anular su cena contigo.

—¡Gracias! ¿Te he dicho que yo también te quiero?

—Sí.—Se rió—. Pero me gusta escuchártelo.
Siguieron caminando a toda la velocidad que ella podía permitirse y, unos portales más arriba, Sergei se detuvo. «Si vuelve a meterme en la barriga de la ciudad, echo la primera papilla», pensó, completamente convencida de que nada impediría que lo hiciera. Nunca podría volver a estar en una cueva mohosa.

Afortunadamente, el ruso sólo se había parado para buscar las llaves del coche en la mochila que llevaba colgada al hombro. Cuando las encontró, abrió con el mando a distancia y la obligó a sentarse en el asiento del copiloto de un monovolumen aparcado en la acera.

—¿Adónde vamos ahora?

Sergei no contestó. Dio la vuelta a la furgoneta, se sentó al volante y bloqueó las puertas.

A continuación, sintió un mareo y la visión se hizo brumosa. Una niebla que parecía emerger de sus propios ojos se fue apoderando del ambiente. Todo daba vueltas.

Se miró el brazo izquierdo. Tenía clavada una jeringuilla en la mitad del antebrazo. La calle se volvió oscura como boca de lobo...

Marcos estaba fuera de sí. Habían llegado a las afueras de la capital siguiendo un tenue rastro odorífero que cada vez se diluía con más rapidez. No había vuelto a tener contacto mental alguno con Marina. La estaban perdiendo.

Sabía que Sokorov la había drogado.

Segundos antes de dejar de percibirla por completo, había sentido un malestar físico y el abotagamiento en el cerebro de Marina.

Se dejó llevar por el olfato, pero en un momento dado, la esencia de la *fatum* desapareció casi por completo. Miró a todos los participantes del equipo de rescate, entre los que se encontraban Rúbem y Lucas, buscando una ayuda muda que nunca llegó. En todos ellos podía palpase la tensión que producía la impotencia de saber que cuanto más tiempo pasara, más difícil sería encontrarla.

Reparó en que todos estaban en la misma situación: no sabían por donde seguir. Marina había desaparecido sin dejar rastro y no tenían ninguna pista para comenzar la búsqueda.

Resultaba de gran ayuda que la muchacha hubiera ido diciéndole por dónde iban pasando. Ellos tres habían partido desde el punto en el que ella y el *mutato* emergieron a la calle y un equipo alternativo había hecho el recorrido subterráneo.

Lucas, Rúbem y él se habían desplegado en abanico, allí donde se suponía que habían subido

al vehículo en el que se habían dado a la fuga, y el ambiente, lleno de olores a gases y aceite de coches, dificultó la posibilidad de captar cualquier aroma de la *fatum* o del *mutato* captor.

WebenSenu, posiblemente gracias a su enorme antigüedad, fue el único capaz de distinguir un pequeño efluvio de azahar, en la esquina con la calle de León, donde el ruso debía de haber bajado la ventanilla de la furgoneta.

Una vez allí, la pista era algo más clara, pero demasiado leve, tanto que en más de una ocasión, cuando las calles se hacían más amplias, tuvieron que parar el Q7 y rastrear la zona a pie como sabuesos.

En todo aquel tiempo no había vuelto a sentir ninguna onda cerebral que proviniera de Marina, salvo un pequeño destello de lo que pareció un regreso de la consciencia que casi hubiera preferido no sentir, en torno a las diez y media de la noche.

En aquellos momentos, lo que percibió de la muchacha fue pavor y una imagen de piedra que parecía un escudo nobiliario. Después, nada más.

Supuso que había vuelto a desmayarse.

La madrugada avanzaba implacable, aunque todavía era noche cerrada. Habían llegado hasta el monte del Pardo, por la M607, donde la profusión de encinas a ambos lados de la carretera purificaba el ambiente diluyendo todo rastro de olor.

Llegar hasta allí les había llevado mucho más tiempo del que aconsejaba la urgencia del caso. Pero al menos la actividad les había mantenido ocupados. Siguieron avanzando, despacio, cada vez más lejos de la ciudad y, aunque eran conscientes de que el captor podría haber tomado cualquier salida de la autopista y volver sobre sus pasos en una operación de despiste, continuaban hacia delante.

De pronto, se retorció sobre su enorme cuerpo en el asiento del copiloto. Marina había vuelto en sí. No podía comprender lo que pensaba, pero el terror era casi insoportable y podía notar cómo la seguridad en sí misma empezaba a abandonarla.

Lucas paró en el arcén y esperó en silencio a que él dijera algo que pudiera ayudarlos.

—¡No pares! —rugió hecho una furia—. ¡Sigue hacia delante, vamos bien encaminados; puedo sentirla mucho más claramente que antes!

Rivero conducía despacio mientras Rúbem olfateaba incansable cada una de las salidas de la autovía. Él continuaba hablando y dando órdenes por el teléfono a los diferentes equipos de rescate.

Sin previo aviso, se sujetó la cabeza. Los pensamientos eran tan claros ahora.

—¡En Cercedilla! —gritó.

Lucas aceleró como si le persiguieran todos los diablos del infierno al tiempo que Marcos dio órdenes para que los soldados disponibles se dirigieran a la zona indicada. Los kilómetros eran devorados por las ruedas del Audi, que parecía volar sobre el asfalto helado y solitario en la oscura noche.

A los pocos minutos, el silencio se volvió atronador en el reducido habitáculo, cada cual envuelto en sus pensamientos.

Él había conseguido dominar la angustia y se

centraba en intentar calmar a su *fatum*.

—*Aguanta, Marina, por Dios. Vamos a por ti. Ya llegamos...*

—*Tengo miedo, Marcos. Les he escuchado que quieren transformarme. Tienen no sé qué teoría de que, si me dan el Tránsito ellos, me convertiré directamente en mutato sin perder mis facultades reproductoras. ¡Seré la primera fatum mutato!*

—*No van a salirse con la suya, amor. Yo estaré allí antes de que puedan conseguirlo. ¡Palabra!*

—*¡Corre, Marcos! Por favor...*

—*Dime exactamente dónde estáis.*

—*No estoy muy segura. Pero cuando hemos llegado y Sokorov me ha sacado del coche, he creído reconocer el lugar. Cuando era pequeña, mi abuela y yo veníamos cada fin de semana. Se llama «El Chalet de Peñalara», una de las residencias sociales para los miembros de un club de montañismo llamado Real Sociedad de Alpinismo Peñalara...*

—*Céntrate, Marina* —*la interrumpió*

Marcos. No había tiempo para divagaciones—. Dime exactamente dónde estás. Ya me contarás los detalles después, cariño.

—En mitad de la nada. Es un edificio precioso de altas paredes de piedra de dos metros de anchura. ¡Aunque está tan cambiado! Si no hubiera sido por el escudo...

—Sí, cielo, pero dime dónde —A Marcos se le estaba agotando la paciencia—. En Cercedilla, sí; pero, ¿en qué parte? ¿Cómo llego allí?

—Tienes que tomar la carretera de las Dehesas. Hasta el final. Esto está casi en el Alto de la Fuenfría, no hay que desviarse; junto a la calzada romana de Vespasiano. Cualquiera del lugar podrá indicarte...

—Vale, tranquila, no te preocupes. Creo que ya sabemos dónde está. Procura aguantar un poco, no hay manera de que te den el Abrazo sin antes desangrarte por completo y eso tarda...

—Marcos, júrame que si no llegas a tiempo y lo consiguen, me matarás. No quiero ser una mutato, por favor...

—¡Cállate, Marina! No vas a convertirte, y

si lo haces, será a mis manos.

—Aún así, júramelo, por favor. Dame una muerte digna.

Él sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—Te lo juro, Marina. Te lo juro por todo lo que alguna vez he respetado...



Cuando ya habían atravesado el pueblo de Cercedilla y se encaminaban hacia su destino por la pequeña carretera bordeada de pinares, perdió el contacto. Seguramente habrían vuelto a inyectarle aquella droga que la dejaba inconsciente.

Al menos ella ya no sufría pero, «Santa Madonna —rezó con devoción para sus adentros —, dame la oportunidad de rescatarla o llévame contigo en el intento, pero no dejes que la conviertan en una *mutato*, porque bien sabe Dios que no sé si seré capaz de cumplir con la tarea que me ha encomendado».

—¡Deprisa! —gritó él al observar que el

coche se había detenido—. Acaban de sedarla de nuevo, quizá por última vez antes de que la conviertan.

—Hay una cadena que atraviesa la carretera —le dijo Rúbem colocándole una mano sobre el hombro, reconfortándolo—. Hemos parado para quitarla. Ya llegamos.

No dejó que nadie hiciera el trabajo. Descendió del vehículo y se acercó a los gruesos eslabones de metal que interferían el paso de vehículos. Tomándolos con ambas manos, tiró con un golpe seco de cada una de ellas en sentido contrario, separando las gruesas anillas como si fueran mantequilla en lugar de hierro fundido. En ese mismo instante, el todoterreno empezó a rodar hacia él. No tuvo ningún problema para subirse en marcha, evidentemente no era la primera vez que hacía algo similar.

La carretera era prácticamente intransitable después de años de desuso y el asfalto había sufrido los rigores del invierno, pero las altas ruedas del 4 × 4 ignoraban los baches y seguían su camino sin oposición. Por fin, llegaron a un claro

del camino y pudieron vislumbrar, a la izquierda, el oscuro edificio.

Ocultaron el vehículo de la vista, entre unos matorrales, y pararon el motor. Tenían que preparar el ataque con cuidado para poder sorprender al enemigo, que parecía estar muy confiado, ya que no había colocado puestos de vigilancia en el exterior ni en los alrededores. Desconocían el número de *mutatos* que podría haber en su interior, pero si Sokorov estaba entre ellos, sería un duro oponente; aunque, bajo su particular prisma, ya podía ir dándose por muerto. Lucas se acercó al edificio para investigar, mientras WebenSenu ponía en marcha sus ancestrales poderes mentales en busca de vibraciones que pudieran darle un cálculo aproximado del número de vampiros que ocupaba el edificio. Él le observó en silencio. Cuando el Master abrió los ojos, tras largos minutos de concentración, le interrogó con la mirada.

—Más de diez y menos de quince. Hay gente poderosa ahí dentro, me ha resultado muy difícil su localización y hay un terrible potencial de energía

negativa.

—Sergei Sokorov está entre ellos —dijo escuetamente—. El maldito ruso es mío —reclamó para sí.

—Todo tuyo, chaval —aceptó el egipcio en árabe—. ¡Estás en tu derecho! —dijo palmeándole el hombro como haría cualquier padre.

Al rato escucharon varios vehículos aproximarse. Tres todoterrenos, ocupados por seis efectivos cada uno, llegaron al claro. Un hombre de cada uno de los automóviles se presentó ante él en un abrir y cerrar de ojos a la espera de órdenes.

En esos momentos, Lucas surgió de entre los árboles.

—Habla —le ordenó.

—Poco que contar, Master. Todo parece tranquilo, pero se nota actividad en el interior. Creo que la muchacha está en una de las alas adosadas del edificio, ya que en la puerta hay apostados dos hombres.

—Un plano —exigió tendiéndole una rama para que dibujara en la tierra humedecida por el rocío de la noche.

Lucas se agachó y empezó a garabatear la silueta del edificio y a explicar la distribución de todas las puertas de acceso al mismo, las ventanas de cada uno de los pisos y la ubicación exacta del ala donde suponían que se encontraba Marina.

Luego hizo aproximarse a sus hombres y empezó a dar órdenes para que rodearan todas las fachadas.

—Sincronicémonos. Cuando yo dé la orden mental, tú y tus hombres —dijo dirigiéndose al jefe de uno de los equipos recién llegados— entráis por la puerta principal; tú y tres de los tuyos por la trasera que da a las cocinas —ordenó a otro—.

Vosotros —dijo señalando a la tercera unidad—, cubriréis nuestra retaguardia en el ala adosada. El resto se quedará fuera para impedir que nadie pueda escapar. ¿Entendido?

Todos afirmaron con la cabeza al unísono.

—¿Alguna pregunta?

Nadie abrió la boca.

—Una cosa más —dijo mientras se enderezaba y borraba el plano con la suela de sus

botas—, algunos de los *mutatos* que están ahí son antiguos y poderosos. Cuidaros las espaldas. Y, uno rubio con ojos azules que responde al nombre de Sergei Sokorov, es mío.

Se cuadraron militarmente en actitud de acatamiento, como un solo hombre.

—Tenéis tres minutos para explicar las órdenes a vuestros soldados. A partir de ese momento entramos en acción.

Los tres se alejaron de inmediato y en silencio. Él no tenía que comentar nada más. Lucas y Rúbem habían escuchado sus palabras.

Capítulo 21

NO eran más que sombras atravesando el claro que rodeaba el viejo edificio, apenas remozado. La pradera, antaño bien cuidada, ahora estaba abandonada y llena de matojos que les servían de parapeto. Afortunadamente, las nubes impedían el paso de los rayos de luna que de vez en cuando se colaba entre los jirones algodonosos dando un ambiente fantasmal a la escena. No hicieron el más mínimo ruido, ni siquiera cuando apoyaron las rudas espaldas contra la fría piedra de los muros.

Los dos *mutatos* que hacían guardia en la puerta del ala sur charlaban tranquilamente, ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor. Se podía palpar la desidia con la que pasaban el rato y la seguridad que tenían de que nadie los localizaría.

Marcos hizo una seña a Lucas y Rúbem, que se aproximaron hacia la puerta, cada uno por un lateral. Y antes de que el enemigo pudiera captar ningún movimiento, como si fueran espectros de la

noche, degollaron a los dos guardianes. Lucas con un machete chileno, un *kurkri* de terrible hoja curva. Rúbem con el *jepesh* que un día robara a un soldado sumerio, una espada con forma de hoz sin punta. Su función no era la de atravesar al enemigo, sino cortarlo; justo lo que hizo con la cabeza del guardián que le había sido asignado.

Él levantó a su compañera de tantas batallas por encima de la cabeza, como hiciera desde tiempos inmemoriales, y se lanzó al ataque enviando su orden mental a todo aquél que no estuviera al alcance de la vista.

Nadie dudó. En un mismo instante, todas las puertas de la mansión reventaron, dejando que las huestes del Master español camparan a su antojo.



El caos entre los residentes se instaló como empujado por un vendaval. De las habitaciones empezaron a salir *mutatos* sorprendidos, más o menos preparados para la defensa. Algunos encontraron la muerte incluso antes de llegar al vestíbulo, donde uno de los equipos estaba

apostado esperando su aparición. Todos estaban despiertos cuando se produjo el ataque, pero la inmensa mayoría ganduleaba en el salón de la planta baja, viendo la televisión junto al fuego del hogar.

Nueve de ellos fueron degollados limpiamente según abandonaban la sala, desarmados, para comprobar el origen del estruendo y sin apenas darse cuenta de que se enfrentaban a su destino final. Cuando el capitán de su guardia y sus subalternos entraron en el amplio recinto, allí no quedaba nadie. Aún así se tomaron el tiempo necesario en comprobar que no había ningún *mutatorezagado* o escondido.

Dos de sus muchachos no tuvieron tanta suerte. En las cocinas había tres enemigos preparándose un tentempié, que se hicieron con los cuchillos de carnicero que estaban colgados en la pared. Quizá no fuera un arma muy limpia, pero sí lo suficientemente mortífera como para ponérselo difícil a los atacantes, especialmente a uno de ellos que recibió una certera puñalada en el plexo solar, a pocos centímetros del corazón, lanzada

desde la distancia. Allí la batalla duró algo más, hasta que uno de los contingentes de *plumbur crúor* que ingresaron por la puerta trasera llegaron para equilibrar la balanza.

El segundo comando de ataque revisaba cada uno de los dormitorios. Sólo dos estaban ocupados; uno por una mujer que leía, recostada sobre la cama, y otro por un hombre que escribía algo en un ordenador portátil. Ambos encontraron la muerte al instante sin que a los asaltantes se les moviera ni un solo pelo ante la duda de lo que tenían que hacer. Eran soldados preparados para este tipo de intervenciones y no reparaban ni en el sexo ni en la edad de sus oponentes.

El hombre que fue a comprobar que el último dormitorio estuviera vacío no tuvo el tanto éxito. Un enorme *mutato*, de casi dos metros de altura y fríos ojos azules como el hielo más antiguo, le rebanó el pescuezo tan pronto puso un pie en la habitación.

La actividad era frenética, y aunque la oposición no era realmente grave, hubo momentos de tensión y lucha entre ambas formaciones.

Él y su equipo entraron en la zona donde suponían que Marina estaba retenida. Dos hombres vestidos con batas blancas que gritaban al viento su categoría de galenos, salieron de una de las dependencias pertrechados con bisturís. Otros dos los seguían mucho mejor equipados, con pistolas último modelo y cortos machetes en su mano izquierda.

La escaramuza fue breve pero cruel. Los guardianes pasaron con rapidez a mejor vida. Los médicos, sin embargo, duraron algo más; tenían información valiosa que necesitaban.

Tomó a uno de ellos del cuello y, haciendo gala de toda su fuerza, lo levantó más de un metro del suelo con una sola mano, golpeándole sin misericordia contra la pared del pasillo, y manteniéndolo en alto durante todo el tiempo que duró el interrogatorio. Al mismo tiempo, presionó la punta de la espada sobre las costillas, a la altura del corazón.

—¿Dónde está Sokorov? —preguntó con un gruñido letal, enseñando los colmillos.

El *mutato* ignoró la pregunta, limitándose a

imitar su gesto arrogante, aunque con un resuello ahogado por la presión de la mano contra su tráquea. Luego esbozó una sarcástica sonrisa en respuesta

—Te mataré igualmente si no me lo dices, ¡cabrón! —insistió él, haciendo que la sangre brotara del costado del matasanos al presionar con pericia su *gladius* sobre las intercostales.

Todo lo que obtuvo a cambio fue el silencio, si bien el vengativo *mutato* intentó cortarle con su afilado bisturí.

Cuando notó el escozor del tajo bajo la tetilla izquierda, apretó su arma con fuerza, sin miramientos. Luego extrajo la espada y lo empujó al suelo, donde lo degolló con el puñal. Su colega yacía junto a él. Acababa de ser enviado al Averno por Rúbem.

El egipcio había tenido más suerte, una simple mirada hacia la puerta le había indicado dónde estaba Marina.

Y aunque él se moría por ver el estado en que se encontraba su *fatum*, no se entretuvo en comprobarlo. Sabía que el Master Supremo se

encargaría de ella. Su sed de venganza tenía necesidades más mundanas que la incertidumbre sobre el bienestar de la muchacha.

Tan pronto recibió la vibración mental del cerebro de Rúbem, que le indicaba que la joven aún estaba viva, abandonó el lugar en busca de Sergei.

Habían pasado demasiados años, pero aún estaba latente el odio que se instaló entre ellos cuando el ruso estuvo a punto de revelar el paradero de su partida de partisanos al enemigo para salvar su propio pellejo. Cinco de sus hombres habían muerto por culpa de aquel chivato. Y aunque ya en aquel momento juró *vendetta* al traidor, órdenes superiores le habían obligado a aplazar su ejecución.

Hoy nada le obligaría a detenerse. El ataque contra Marina había traspasado todos los límites que hubiera estado dispuesto a respetar. Ni aunque el mismísimo WebenSenu se lo prohibiera taxativamente, le haría caso; pero sabía que no lo haría, hacía escasos minutos le había dado sus bendiciones. Algo más arraigado que la

obediencia latía en su interior y necesitaba acallararlo. La bestia había tomado el mando. Él era consciente, pero no le importó. Al contrario, la dio carta blanca.

Sokorov tampoco se hizo esperar. Cuando comprobó que no quedaba ningún *plumbum crúor* en el piso superior, descendió hasta donde sabía que encontraría a su antiguo enemigo. En su camino se topó con uno de los hombres de Pessaro, al que atacó salvajemente reduciéndolo sin esfuerzo. Tras apretar la hoja asesina contra el abdomen, se aseguró del éxito de su empresa aplicando el golpe de gracia y separándole la cabeza del cuello con un machete *gurka*.

El resto de los hombres de Marcos tuvieron mejor suerte; no tropezó con ninguno de ellos. Sabía que podía contar con la victoria aunque cualquiera de aquellos soldados era un potente enemigo. Y a pesar de que él no era un verdadero Antiguo, pues había nacido durante el reinado de Pedro I el Grande, hacía sólo tres siglos, contaba con el poder y la fortaleza vampírica de cualquiera de ellos aunque todavía le faltaran casi doscientos

años para ser considerado uno de ellos.

Cuando se encontró con Pessaro, frente a frente, ambos estaban preparados para la confrontación. Los dos habían percibido su mutua presencia con antelación.



Rúbem entró en la habitación que los *mutatos* parecían haber convertido en improvisada cripta de ceremonias y encontró, tendido sobre la cama, el cuerpo desnudo e inerte de Marina.

Le tomó el pulso. Era tranquilo y constante. Lo que fuera que le hubieran inyectado no parecía alterar su ritmo cardíaco. Posiblemente se trataba de una alta dosis de sedación para evitar que se pusiera nerviosa o, simplemente, no tener que vigilarla. Según podía observar, tal y como la muchacha había explicado a Marcos, el entorno estaba preparado como para celebrar un desfigurado *Ritae*.

No obstante, necesitaba asegurarse de que la muchacha no había sido atacada. Echando mano de sus profundos conocimientos en medicina, como

corresponde a cualquier sumo sacerdote egipcio, procedió a examinarla minuciosamente.

Gracias al Cielo, no había sufrido ningún daño.

Después de taparla con una sábana limpia, se sentó a velar su sueño mientras esperaba el regreso de Marcos, rezando a Seth por su victoria.



Pessaro y Sokorov se miraron fijamente a los ojos.

Los del italiano, dos torbellinos de ira de un gris tan intenso y brillante como las perlas de los mares del sur. Los del ruso, desapasionados y fríos pozos de azul cobalto como las gélidas aguas del Báltico de su San Petersburgo natal.

Un aplastante silencio les envolvía. El aire parecía haberse evaporado para dejar espacio a la ingravidez de la nada.

Ninguno de los dos luchaba por su vida, sino por la muerte del contrario, evaluando al otro con ojo calculador.

Sokorov, había sido entrenado en la ancestral

arte marcial de los monasterios ortodoxos y, con el paso de los lustros, había perfeccionado su técnica con los comunistas y las Fuerzas Especiales Rusas de la Spetsnaz en el *Systema*. Era un especialista en la lucha cuerpo a cuerpo. Sus movimientos eran fluidos, continuados e intuitivos; basados en los cuatro conceptos básicos: respiración, relajación, movimiento y momento.

Con sinuosas oscilaciones y pasos deslizantes, empezó a girar en torno a su oponente.

Marcos seguía los movimientos sin darle la espalda; rotando sobre sus piernas sin moverse del sitio, reteniéndole la mirada. En la mano derecha empuñaba el *gladium* que le diera tantos triunfos como legionario de las huestes de Roma.

De pronto, sin previo aviso, avanzó hacia él, pero los cincuenta centímetros de la espada del italiano no le permitieron progresar demasiado. Poco podía hacer el corto *gurka* que esgrimía contra el tamaño del arma de su oponente.

Marcos se limitó a esquivar la estocada, apartando el filo con la potente hoja de su largo puñal y forzándolo a retroceder. Y antes de que

Sokorov recuperara la posición, atacó. Arremetió con toda la fuerza de su gran corpulencia en un empuje arrasador, dispuesto a clavarle el *gladium* y obtener un buen *pâte de foie* ruso.

Pero Sergei estaba prevenido. Había visto luchar a Pessaro en numerosas ocasiones, así que esperaba el movimiento. Y agachándose hasta quedar casi tumbado, barrió los tobillos de Marcos, derribándole con un contundente golpe que hubiera roto la pierna de cualquier otro hombre.

Sin embargo, antes de que pudiera incorporarse para abalanzarse sobre el recién abatido, el otro giró sobre su espalda poniéndose nuevamente en pie. Pessaro impactó, en el contragolpe, contra un armario situado a su espalda. El silencio se convirtió en el clamor de cientos de cristales al romperse contra el suelo, dando al traste con su concentración.

El despiste fue breve, pero suficiente para que Marcos pudiera tomar la iniciativa y, esquivando la caída de los vidrios, atacó de nuevo. El *mutato* ya estaba en pie, aunque no lo

bastante estabilizado como para ignorar la enorme patada que él le asestó en la rodilla. Desplomándose como un fardo, perdió el puñal en la caída. Él también había perdido su *gladium*. De nuevo estaban en igualdad de condiciones.

Parecía que ninguno de los dos lograba someter al otro y el cansancio por ambas partes empezaba a hacer mella.

Aprovechando la confusión, él se dejó caer sobre su víctima presionando con sus fuertes dedos en torno a la garganta del contrario. Sergei necesitaba algo a lo que agarrarse, e intentó meterle los dedos en los ojos, pero él retiró la cabeza instintivamente quedando fuera del alcance. La mano de Sokorov, en busca de un asidero, resbaló hasta el orificio más próximo, que resultó ser su boca. Mal agarre, ya que él, sin dudar ni un solo instante, cerró las mandíbulas seccionando de un solo tajo dos de los dedos del ruso con sus punzantes colmillos que, en aquellos momentos, y como no podía ser de otra manera, estaban desplegados en toda su infinita longitud. Los escupió.

El dolor, sin embargo, no pareció afectar a Sokorov. La sangre que brotó de aquel tajo lanzó un carmesí chorro sobre sus pálidos ojos azules, y le resbaló a lo largo del brazo, hasta casi nublarle la razón.

A pesar de ello, la desarrollada intuición indicó a Sergei que, en aquella corta distancia, tenía fácil acceso al *pugio* de legionario que el romano llevaba en su cintura. Cuando consiguió aferrarlo, la pegajosa sustancia que ahora impregnaba también su mano sana hizo que se le escurriera de entre los dedos, aunque logró atraparlo por la hoja. Aquel arriesgado movimiento dio como resultado un profundo corte en la palma, pero aún tenía suficientes fuerzas y logró asestar un enérgico golpe en la cara a Marcos con la empuñadura.

Por fin pudo volver a respirar, el impacto había provocado que su enemigo le soltara el cuello.

Pessaro contaba con una pequeña ventaja, que aumentó propinándole un fuerte puñetazo con la derecha en el hígado y otro, con el izquierdo, en el

brazo que sujetaba su propia arma. El golpe hizo que el *pugio* volara por los aires.

A continuación se aferraron en un abrazo asesino y rodaron por el suelo sobre los cristales diseminados a su alrededor, sufriendo diversos cortes de más o menos profundidad.

La sangre que resbalaba de ambos cuerpos, mezclada con la que goteaba de los *mutatos* muertos en el primer ataque y apilados sin misericordia contra la pared, había cubierto con una pátina roja las losetas de mármol del suelo del recibidor del edificio.

Marcos volvió a engancharse al maltrecho gaznate de Sokorov. Éste, que había apresado mientras rodaban un trozo de madera del armario roto, se defendió golpeándole en la cabeza, salvaje y cruelmente.

Cayó inconsciente.

Sergei se deshizo con fuerza del cuerpo muerto que tenía sobre sí y se relajó unas décimas de segundo, seguro de su victoria. Boqueando para recuperar el aliento que le robaba el dolor de sus dedos cortados, recuperó su propio puñal.

Algo mareado se acercó, arrastrándose sobre las rodillas, para degollar a su enconado enemigo, aún inconsciente. Sin embargo, algo paró su empuje en seco.

Sujeto por la empuñadura, y escondido por su propio cuerpo, Marcos esperaba el siguiente movimiento del *mutato* para clavar su *gladium*, sobre la que milagrosamente había caído al recibir el último empujón de Sokorov.

Levantó el brazo con toda la potencia que le quedaba, dispuesto a ensartarla en la primera parte blanda que pudiera alcanzar. La triangular punta de su espada se clavó en el pecho del otro hombre hasta la empuñadura.

Y mientras Sokorov caía contra su verdugo, al escurrirse en la mezcla de humores que encharcaba el piso, él rodó sobre sí mismo, cambiando las posiciones y arrebatándole el *gurka*. Sin darle tiempo a reaccionar, echó hacia atrás la cabeza de Sergei, tirando de aquellos ásperos y rubios cabellos cortados al estilo militar, y forzó un movimiento que dejó al aire su yugular. Acto seguido, con un estudiado giro de

muñeca, seccionó la carne expuesta para después presionar con fuerza hasta hacer que las cervicales se partieran. El filo metálico de la hoja vio la luz de nuevo, al salir por la nuca, separándole la cabeza del tronco.

Marcos se dejó caer en el pegajoso suelo sujetando, todavía, la cabeza del ruso por los pelos de la coronilla. La depositó en el suelo, a su lado, y se llevó las ensangrentadas manos al rostro.

No sentía el más mínimo remordimiento, pero suponía que, al menos, debería notar la euforia del triunfo. Pero eso tampoco atravesaba su dura capa de indiferencia. Estaba vacío. Incluso su bestia estaba callada.

Nada rugía en su interior. Sólo la respiración alterada, que poco a poco iba cobrando un ritmo acompasado y pausado, dejaba claro que todas sus constantes vitales seguían funcionando.

Las heridas sufridas en la refriega empezaban a curarse a velocidad vertiginosa, como correspondía a un ser del Linaje, y la sangre que le cubría comenzaba a convertirse en costra sobre la

piel y la ropa.

Sus hombres empezaron a hacer corrillo en torno a la tétrica estampa de destrucción, pero se limitaron a mirar sin dejar que de sus bocas saliera el más mínimo comentario. Todos esperaban las órdenes que les permitieran ponerse en movimiento. Sabían que el tiempo acuciaba y había que hacer algo para borrar los vestigios de la pelea y salir de allí, a ser posible, antes de que el amanecer los sorprendiera.

Fue Lucas quien vino a sacarles del estupor generalizado.

—¡Gómez!, encárgate de recoger a los nuestros que han caído en el combate o están heridos. Hay que llevarlos al hospital —rompió el silencio, ignorando por completo a Marcos que seguía sentado en el suelo.

»¡Rodrigo!, ponte en contacto con el doctor Lara —continuó abordando a otro de los hombres—. Que tenga todo preparado. Cuéntale cómo está la situación. Dile que tenemos dos muertos y que, quizá, tenga que atender de nuevo a la *fatum*. ¡Y hazte con un equipo que pueda venir a limpiar todo

esto!

La palabra *fatum* sacó a Pessaro de su cataléptico estado mental. No había escuchado nada de lo que se dijo hasta ese momento, ni tampoco lo que vino a continuación. Se levantó despacio, volvió a coger la cabeza de su enemigo por los pelos y echó a andar por el pasillo que comunicaba aquella estancia con el ala donde sabía que encontraría a Marina. No podía percibir ninguna vibración que partiera de ella y no tenía ninguna prisa por encontrarse con la evidencia. Estaba seguro de que no iban a gustarle nada las noticias.

Lo primero que vio al entrar en la fría y desolada sala que habían convertido en capilla ritual, no fue el cuerpo de Marina, sino la fuerte musculatura de la espalda de Rúbem y la rapada cabeza de éste, inclinada hacia abajo en sumisión. Hasta sus oídos llegó el incansable sonido de otros tiempos: «*Iao, iao, iave*».

Una monótona plegaria que le trajo a la mente recuerdos tan lejanos ya, que deberían de estar desterrados de su memoria y que, sin embargo,

tenían más frescura y nitidez que las escenas ocurridas hacía pocos minutos. Una mano de hierro atenazó su estómago con fuerza, y no como producto de los golpes recibidos.

Por fin se atrevió a mirar hacia la camilla en la que, tapada con una sábana, podía ver a Marina.

—*Pater...* —dijo con voz ahogada colocando la mano desocupada sobre el fornido hombro del sacerdote.

Rúbem abrió los ojos, despacio, regresando del característico hipnotismo autoinducido. Miró a Marcos y, tan pronto lo reconoció, sonrió.

—*Marcus*, hijo —respondió, sujetándole la mano con la suya y haciendo una exhalación lenta—. ¡Bienvenido, muchacho!

Se puso en pie y, asombrado, miró un tanto alarmado el desagradable despojo que aún sujetaba el recién llegado con dedos crispados.

—¡Por todos los dioses! Suelta eso —dijo señalándolo con un gesto—. ¡Es esto lo primero que quieres que vea Marina cuando despierte? Tienes el mismo aspecto de un asesino de folletín televisivo...

La imagen de Marcos era horrible, con aquella cabeza chorreante cogida de los pelos y el rastro de sus sangrientos dedos impresos en la cara. Regueros púrpura le cubrían las facciones, a excepción de algunos retazos de piel bronceada, que parecían livianos arañazos allá donde sus manos no habían rozado la carne. Dos blancos y sobredimensionados colmillos, que aún no se había molestado en devolver a sus fundas, remataban la terrorífica visión.

—Dime...

Una simple palabra surgió de los labios de Marcos, pero encerraba tantas cuestiones, que no era capaz de formularlas en esos momentos. Aún estaba como en trance.

—Tranquilo, Marcos. Sólo está durmiendo.

—¿La han llevado al Otro Lado? —dijo temiendo la respuesta.

—No. Todavía no habían empezado a drenarla. Se han limitado a mantenerla drogada. Debían de estar esperando a su Dómine.

Pessaro suspiró de alivio.

—Pongámonos en marcha entonces —

respondió Marcos, tomando a la mujer en sus brazos sin esfuerzo—. Y, por favor, recoge eso.

Señaló la cabeza seccionada que había dejado sobre una mesa, al tiempo que convocaba a Rivero con una orden mental. Un parpadeo después, los tres estaban juntos de nuevo.

Rúbem fue el primero en ponerse en movimiento. Guardó los restos de Sokorov en una bolsa de plástico y buscó una manta con la que arrojar a Marina y protegerla del frío de la noche. Luego encabezó la comitiva hacia el coche que esperaba en el arcén de la carretera.

—¡En marcha! —ordenó Marcos sentándose en el asiento trasero del Q7 con Marina en su regazo, intentando transmitirle todo el calor que su cuerpo fuera capaz de emitir—. Pon la calefacción al máximo —ordenó a Lucas—, ¡y vuela!



—¿Y cómo es que no me he enterado de todo eso hasta ahora?

La voz baja y letal de Roberto Pérez de Iparraguirre resultó para Ernesto, su secretario,

mucho más terrorífica y amenazadora que si hubiera lanzado alguno de sus terribles bramidos.

—Pensé... —inició una respuesta que no pudo terminar.

—¡No te pago para que pienses! Sólo tienes que limitarte a cumplir mis órdenes —le interrumpió—. ¡Aquí el único que piensa soy yo!

—Hablé con Sokorov el domingo por la noche y todo estaba en regla, como le informé en su momento —repuso en una inútil defensa—. Se suponía que no tenía que volver a llamarme hasta el miércoles, fecha que habíamos acordado para proceder al pago de su trabajo. Yo desconocía las órdenes que Su Excelencia había dado a las personas que habrían de hacerse cargo de la *fatum*, ni sus nombres.

—¡Mortal apestoso! ¡Tú no tienes por qué conocer todas las órdenes! —volvió a interrumpirle con voz letal.

Su secretario temblaba de miedo de pies a cabeza. El filoso rostro estaba aún más lívido de lo habitual y sus ridículos ojos de roedor giraban desacompañados, víctimas de un tic nervioso que

no podía controlar.

—Señor..., yo..., ¡yo esperaba sus órdenes! — Intentó eludir su responsabilidad—. Nadie llamaba y usted estaba de viaje en Suiza. Pensé que no había motivo de alarma. El jueves de madrugada, cuando aún no había recibido la llamada del ruso... —continuó con su grotesco alegato.

—Desde el jueves hasta hoy ha pasado día y medio. ¿Por qué no me has informado antes?

—El jueves estuve llamando toda la mañana a Sokorov.

El teléfono daba la señal y ya conoce el comportamiento tan raro que tenía ese hombre... — Él esperó en silencio a que su secretario continuara hablando—. A media tarde, preocupado, me dirigí a su hotel. No le habían visto en varios días, así que me dispuse a comprobar si estaría aún en el lugar donde le habíamos dicho que debía entregar a la muchacha.

Ernesto miró el rostro del aristócrata, que cada vez era más rudo. Las córneas de sus ojos lucían rojas de ira y, aunque tenía la boca cerrada,

estaba claro que tenía los colmillos desplegados en su interior.

—Suponiendo que pudiera pasar por alto tu desidia hasta entonces, ¿no crees que ése era el momento de informarme?

—De... debería de haberlo hecho —reconoció—, pero no quería acudir a usted sin haber cubierto todas las posibilidades o a falta de conocer alguna de las respuestas que me solicitará...

—¿Y?

—Cuando llegué a Cercedilla, el edificio estaba vacío y limpio como una patena. Era como si nadie hubiera pasado por allí en muchos días. Todo estaba en absoluto orden y dispuesto para su uso, tal y como yo lo dejé días atrás. Creí que usted había cambiado las órdenes sin que yo lo supiera —dijo dejando entrever en sus palabras que se había sentido traicionado en su confianza después de cuatro años de efectivos servicios—. Por otra parte, usted no había vuelto a preguntarme sobre el asunto.

—¡Imbécil! —gritó por fin Pérez de

Iparraguirre, enseñando los afilados colmillos—. ¡Sabes que no estaba solo y no podía hablar! ¡De hecho, debería de estar todavía arreglando mis asuntos en Zurich y no aquí!

Sintió la humedad viscosa que descendía por las perneras de sus pantalones al perder el control de sus esfínteres. Su jefe volvió la cara asqueado por el olor que emanó de su cuerpo.

—No hubiera osado molestarle —dijo dejando escapar las lágrimas—, si ayer noche no hubiéramos recibido, en una caja de poliuretano, la cabeza del ruso y el camión frigorífico, que apareció en la zona de servicio y pensábamos que era de suministros para la casa... Fue entonces cuando le hice esa llamada.

Aterrado, no pudo ver el movimiento de su jefe, pero cuando su cerebro comprendió lo que estaba por llegar, ya era demasiado tarde; aunque poco hubiera podido hacer para defenderse. Tenía firmemente anclados en su yugular los potentes colmillos del Dómine.

La muerte le dejó una absurda sonrisa en la cara, que Pérez de Iparraguirre estuvo a punto de

destronar de una potente patada, pero logró controlarse. La enorme expulsión de metanfetamina natural había estado a punto de hacerle perder la compostura, pero años de experiencia y entrenamiento le habían devuelto la razón en el último instante. Sin dirigirle la mirada, giró sobre sus talones y salió del lujoso despacho dejando a su ex secretario allí tirado, sobre la costosa alfombra de Aubusson, a la espera de que algún otro sirviente hiciera la limpieza y depositara su cadáver en algún callejón oscuro.

Momentos después, el pavimento del amplio garaje de servicio de la mansión mitigaba el sonido de sus pasos. Lo recorría una y otra vez, atravesándolo en diagonal con grandes zancadas, como si fuera un león enjaulado. Sus órdenes rebotaban contra los ladrillos de adobe que revestían las paredes y la furia que emanaba de sus palabras era tan patente, que los diez hombres que se encontraban a su alrededor estaban paralizados por un sentimiento muy similar al pánico. Al parecer, ninguno de los allí presentes podía entender cómo había conseguido salir sin ser visto

el conductor del furgón congelador. Aquellos memos todavía no eran conscientes de las repercusiones que todo eso podría tener. Veinte hombres y dos mujeres —decapitados todos—, conformaban la carga de tan tétrico envío, que había sido colocada, en fila, sobre el suelo del garaje. Alguno de ellos aún no había tenido tiempo de descongelarse, pero los que ya estaban adquiriendo temperatura empezaban a descomponerse velozmente. El hedor era tan insoportable en aquella cueva, que hacía que se le revolviere el estómago.

—¡Volved a meterlos en el furgón congelador! —rugió el duque—. ¡Mancharán el suelo e infectarán esto con su olor pútrido!

Había que deshacerse de esa carga indeseada a cualquier precio. Para él no significaban nada. En su día habían sido hombres y mujeres a sus órdenes que le habían servido bien, pero hoy eran simples secuelas de una misión fallida. El producto de una mala planificación y de un peor desarrollo. Y lo que más sentía no eran sus muertes, ya que éstas no le despertaban emoción

alguna, sino haber vuelto a perder a la *fatum* y haber tirado por tierra meses de investigación y trabajo.

Hasta ahora la pérdida sólo le había supuesto mal humor y reportaba algún que otro quebradero de cabeza para gestionar y reestructurar toda la tarea desde el principio, pero sabía que contaba con todo el tiempo del mundo para ello. Sin embargo, las cosas habían empezado a adquirir un cariz preocupante cuando supo que había sido descubierto por los *plumbum cruor*. Si no, ¿por qué habían enviado los cuerpos mutilados a su domicilio particular?

Su ira no tenía límites. Hasta ese mismo día se sabía seguro en el anonimato, respaldado por un título nobiliario obtenido gracias a su matrimonio con una mortal que no pertenecía

a su especie y a la que hacía muchos años que ya había convertido en un despojo humano. Esa tarde, cuando se levantó de su largo sueño diurno, su estructurada vida se había venido abajo como un castillo de naipes en un día de tormenta.

Nadie, entre las filas de sus adeptos, había

sido capaz de informarle de cómo había llegado hasta allí el furgón, pero el caso era que tenía que deshacerse de él y de su cargamento si no quería verse implicado en asuntos legales que poco tendrían que ver con la justicia de los de su especie. ¡Y librarse de veintidós muertos en avanzado estado de descomposición no parecía tarea fácil!

Detuvo su interminable vagabundeo y se entretuvo un momento pensando en el siguiente movimiento. Éste tendría que ser llevado a cabo con prontitud y de manera que significara devolver el favor a la persona que le había hecho tan impresionante regalo, Marcos Pessaro; un hombre que había protagonizado cada una de las pesadillas en sus últimos siglos.

Tomó una decisión. Pessaro contaba, entre sus numerosas propiedades, con una enorme finca en la que criaba caballos cartujanos en Extremadura. Aunque era temerario circular con semejante equipaje por la red nacional de carreteras del estado, se arriesgaría a poder ser interceptado por la Guardia Civil e, incluso,

tomaría medidas para impedir que pudieran llegar hasta él. Para ello utilizaría a mortales a los que previamente manipularía la memoria. Una vez allí, haría que los *esclavos* enterraran los cuerpos en algún lugar solitario y apartado de la propiedad y remataría la operación poniendo en conocimiento de la policía judicial aquella inhumación de restos ilegal.

Ésa sería su jugada estelar. Si aquel insufrible *plumbum crúor* era tan osado como para intentar medirse directamente con él, probaría su propio jarabe. Sabía que el supuesto honor del italiano, unido al respeto y el celo con el que guardaba las Normas de la Comunidad, le impediría atentar contra él en un acto de defensa personal.

Una vez madurada a grandes rasgos la línea de acción de la operación, se dispuso a llevarla a cabo sin más dilación. Los minutos transcurrían implacables y debía de estar todo en marcha antes de medianoche, ya que los días empezaban a ser más largos y cada vez amanecía antes.

Abandonó el maloliente recinto, de vuelta a

la comodidad de sus lujosas habitaciones y su intimidante despacho. A corta distancia, tres de sus subalternos le seguían por los oscuros pasillos de la mansión, con el miedo reflejado en sus púrpuras miradas y la aprensión instalada en sus negros corazones.

—Necesitaré a siete esclavos —pidió al que se suponía que era su segundo al mando—. Siete varones de complexión fuerte. Uno de ellos debe saber conducir ese trasto —dijo refiriéndose al furgón congelador—. ¡Y los necesito ya!

El primero de los hombres se dispuso a acatar la orden con una elaborada reverencia. Esa noche no había en la mansión tantos mortales atados, pero sin duda podría hacerse con el número necesario en muy poco tiempo. Incluso él aportaría a tres de sus esclavos particulares para el sacrificio. Porque sabía que aquello supondría el final de ellos, pero si servía como expiación a su negligente actitud, estaba dispuesto a inmolar todo lo que tuviera en su mano. Especialmente si aquello significaba el perdón de su vida.

—También necesitaremos equipo de

excavación, picos y palas, en número suficiente para cada uno de los esclavos —siguió pidiendo el duque al otro hombre que había quedado al cargo, tras la marcha de su lugarteniente—, y bolsas de cadáveres para cada uno de los veintidós que están en el garaje.

—Sí, señor —aceptó la orden un joven moreno y bien parecido que apenas podía contener la pujanza de sus colmillos debido a la ansiedad.

—Y tú —dijo por fin dirigiéndose al tercer y último de los *mutatos* que le habían acompañado hasta allí—, ocúpate de averiguar el nombre y filiación de cada uno de los caídos en el combate. Será necesario actualizar los informes.

—De acuerdo, Excelencia —respondió el siniestro ser de torva mirada que todavía permanecía en la sala, deseoso de poder abandonarla de inmediato.

Apenas media hora más tarde, todo estaba dispuesto. Siete muchachos de edad indefinida entre los veinte y los treinta años esperaban en fila en la antesala de su despacho, en compañía de Azcárate, su lugarteniente.

Hizo pasar a los siete al mismo tiempo. Llevaría a cabo un único acto de sugestión común, de modo que todos gozaran de los mismos nuevos recuerdos. De ese modo, si eran sorprendidos en la operación, darían idénticas explicaciones y coartadas aunque los interrogaran por separado.

Una vez inducidos a una especie de hipnosis inconsciente, los esclavos recibieron sus nuevas órdenes. Todos ellos fueron recompensados por sus gentiles servicios con una toma de sangre que les inyectó la dosis necesaria de metanfetamina natural, lo que les facultaba de un arrojo y valor que quizá no hubieran tenido en cualquier otra circunstancia. El resto de instrucciones y el lugar donde deberían enterrar los cuerpos se lo haría saber más tarde a través del teléfono móvil.

La operación estaba en marcha, por lo que a partir de entonces sólo cabía esperar, deleitándose en cuestiones más mundanas y mucho menos desagradables. Pasarían días hasta que el olor de los bajos de su edificio se eliminara por completo.

Capítulo 22

EL fuerte golpe de unos nudillos contra la madera despertó a Marcos de su profundo sueño.

Se incorporó de un salto y se dirigió a la puerta mientras Marina se sentaba, sobresaltada, cubriéndose con las sábanas hasta la barbilla.

—Tranquila, cielo, es Rúbem. Querrá comentarme algo. Vuelve a dormirte.

La muchacha le sonrió y se escurrió de nuevo bajo el edredón, aunque sabía que ya no podría volver a conciliar el sueño.

—¿No irás a abrir la puerta así verdad?

—¿Así, cómo?

—¡Desnudo! ¡Es tu Master, no creo que sea forma de presentarte ante él!

Él rió profundamente mientras continuaba su camino, desoyendo los consejos de la pequeña mortal que había dado la vuelta a su vida.

—También yo soy tu Master y no veo que estés precisamente, vestida... —respondió jocoso.

—No es lo mismo... ¡Y aquí no eres mi Master! —replicó de pronto.

Dos carcajadas respondieron su comentario desde la habitación vecina.

—Sin embargo —dijo por fin Rúbem—, creo que tu *fatum* tiene razón, chico. Deberías ir a ponerte algo encima y regresar aquí cuanto antes. Y que venga ella también, quiero que veáis algo.

Acató el consejo mientras WebenSenu se sentaba cómodamente en el sofá de la sala y encendía el enorme y moderno televisor con el mando a distancia.

La música de cabecera del Informativo de La Primera anunció el principio del programa en el momento en que ambos salían del dormitorio, ataviados dignamente. Él con unos pantalones de chándal y una camiseta de manga corta y ella con la bata de seda que le había comprado para su estancia en el hospital y que Rúbem ya conocía.

—Buenos días —saludó ella, cohibida ante la inesperada visita.

Realmente Marina no sabía cómo actuar. No había vuelto a tener la oportunidad de hablar con

el Master Supremo tras el episodio de su primera cena comunal. Tampoco había hablado sobre el tema con Marcos, ya que con el secuestro y todo lo que después éste había conllevado, estuvieron muy ocupados. Nunca pensó que al egipcio se le pudiera ocurrir hacerles una visita, sin avisar antes, tan pronto como abrieran los ojos a una nueva jornada.

—Hola Marina. Ven a sentarte —contestó Rúbem señalando un asiento a su lado—. Venid los dos. Hay una noticia que, creo, os encantará conocer de primera mano.

Ambos hicieron lo que les pedía, mitad intrigados y mitad sorprendidos, aunque Marcos compuso un gesto de comprensión tan pronto se escucharon los primeros titulares del Telediario.

El aristócrata español Roberto Pérez de Iparraguirre, duque de Navalcarril, ha sido detenido la pasada madrugada en su domicilio madrileño como presunto autor de un homicidio múltiple.

Marcos suspiró y miró a Rúbem. Después a ella.

—Bueno, cielo, parece que de momento acabas de quedar fuera de peligro durante una temporadita —explicó Marcos.

—¿Yo? —preguntó extrañada sin entender absolutamente nada—. ¿Qué tengo yo que ver con el duque ése de no sé qué?

—Él es el Dómine de los *mutatos*, algo así como mi homólogo en la facción enemiga —respondió Rúbem.

Ella sólo fue capaz de abrir la boca anonadada y resoplar, en un gesto muy poco glamuroso que hizo que Marcos sonriera a su lado.



Todos callaron cuando el presentador del informativo abrió el bloque nacional con la noticia. La voz del comentarista sonaba en *off* sobre unas imágenes de la operación.

La puerta de acceso a una elegante mansión estaba rodeada de coches de policía deteniendo la

salida de un anodino furgón frigorífico sin rotular. La cámara acercó con el zoom el contenido del interior del camión, revelando un tétrico cargamento. Luego cambió de plano para enfocar de nuevo hacia el camino de acceso a la lujosa vivienda, por el que transitaba un hombre, de aproximadamente cuarenta años de edad, esposado y escoltado por una docena de policías.

—Los cadáveres de veinte hombres y dos mujeres, decapitados y desmembrados, fueron interceptados durante la noche de ayer en una operación llevada a cabo por el Cuerpo Superior de la Policía Nacional, cuando los presuntos asesinos pretendían hacerlos desaparecer en un furgón congelador. Según informes del Instituto Forense de Madrid, donde les ha sido practicada la autopsia, las víctimas habían sido asesinadas cuatro días antes y congeladas para evitar su

descomposición.

»El presunto cerebro de la operación, Roberto Pérez de Iparraguirre, duque de Navalcarriil, junto con quince personas más que, al parecer, se encontraban a sus órdenes y están involucrados en la trama, fueron trasladados hasta las dependencias del Cuerpo Nacional de Policía desde donde han sido puestos, durante el día de hoy, a disposición judicial.

»La titular del Juzgado de Instrucción número 6 de Madrid, ha dictado una orden de prisión incondicional sin fianza para todos los presuntos implicados y ha decretado el secreto de sumario.

—La noticia está saliendo en todos los informativos. Las radios y periódicos ya se han hecho eco de ella —explicó Rúbem—. Al parecer, ambos podéis respirar tranquilos a partir de hoy.

—Me hubiera encantado poder zanjar esta cuestión sin tener que recurrir a la justicia y las leyes de los mortales —se quejó Marcos.

—Sabes que no podías hacerlo, chico —le consoló el Master Supremo—. Yo hubiera podido idear algo si hubiera dispuesto de más tiempo, pero los resultados no estaban nada claros y Pérez de Iparraguirre es demasiado peligroso para arriesgarnos a ello. Tú no podías hacerte cargo del tema y yo necesito regresar a Egipto cuanto antes.

Marcos se levantó y paseó por la sala, pensando en todo lo que acababa de escuchar con la impotencia reflejada en el rostro.

—¿Por qué el muy cabrón tuvo que poner su cuartel general en mi territorio? —se lamentó de nuevo—. Bien podría haberse largado a cualquier otra parte, así las cosas hubieran sido más fáciles. Fuera de aquí tenemos hombres preparados para afrontar el ataque de diferente forma y bajo nuestras propias leyes.

—¡Precisamente por eso, Marcos! —respondió Rúbem—. Porque sabía que aquí estaba mucho más protegido debido a que tú no puedes

atentar de manera directa contra él. Ha sido una suerte que yo estuviera en Madrid y pudiera tomar el control de la operación.

Ella no entendía nada. ¿Qué era lo que imposibilitaba a Marcos a actuar contra el hombre que había estado a punto de matarla y comandaba los ejércitos de *mutatossobre* el territorio que su compañero había reclamado y jurado proteger? Quería preguntar, pero no se atrevía.

Después del último encontronazo con el Master Supremo prefería mantener silencio en su presencia, ya que no sabía cómo sería interpretada su curiosidad e intromisión.

—¿Qué te inquieta? —preguntó Rúbem a Marina al percibir sus dudas—. Puedes preguntar, Marina —la alentó—. Si no fuera así no le hubiera dicho a Marcos que te trajera.

Ella, en realidad, no sabía por dónde iniciar el cuestionario de las cientos de preguntas que se agolpaban en su cerebro, y la primera que salió de sus labios fue la más absurda de todas ellas.

—Los policías que han intervenido en la detención que hemos visto en la tele eran vampiros

¿verdad?

Allí había visto de refilón a Belén, que ya estaba de vuelta a su trabajo habitual después de su corto período vacacional.

—Sí, claro. No todos, pero la mayoría lo son —contestó Marcos—. ¿Crees que hubiéramos podido dejar esta operación en manos de mortales?

—Realmente, vuestros tentáculos llegan a todos los estamentos...

—Por supuesto. No podríamos sobrevivir de otra manera —le aclaró Rúbem.

—Y... ¿por qué no puedes abordar esta operación según tus fórmulas? —Se atrevió a cuestionar por fin a Marcos—. ¿Por qué no puedes atacar bajo tus leyes al Dómine de los *mutatos*? ¿Incluso contra los malvados y renegados del Linaje tenéis Normas?

—No, Marina —respondió Marcos con pesar—. Contra ellos no hay Normas. Pero sí contra la sangre. No puedo atacar a Pérez de Iparraguirre porque... es mi padre —dijo al fin, haciendo una mueca de asco.

La declaración cayó como una guillotina en el cadalso. Lo único que se escuchaba, era el silencio.

—¿Tu padre? ¿No eres tú su padre? —se dirigió a BenSenu.

—Yo soy su *pater cruor*. Él es su padre biológico, niña.

—Pero... pero... ¿No me dijiste que tu padre biológico había muerto dos siglos después de tu nacimiento, convertido en *mutato*? —volvió a preguntar a Marcos.

—Eso creíamos todos pero, como ves, ha sabido engañarnos —respondió dolido—. Por suerte, ahora pasará unos añitos en chirona y nos dejará en paz. Espero que los jueces sean severos con la pena. Las pruebas son concluyentes, desde luego; le han pillado con las manos en la masa.

—Bueno —interrumpió Rúbem—. Creo que podemos dar todo esto por zanjado, de momento. Mi vuelo a El Cairo sale esta misma tarde a las 15,05 h., así que aquí nos despedimos hasta otra ocasión. Ahora podéis ir a celebrar la noticia —dijo con un rictus que pretendía ser una sonrisa en

los labios—. Supongo que no tardaré demasiado tiempo en volver a veros.

—Gracias por tu ayuda, *pater*—dijo Marcos, usando por primera vez el tratamiento familiar en presencia de terceras personas—. No lo hubiera conseguido sin ti. Ha sido un gran placer recibirte en mi casa. Espero que regreses pronto y que la próxima vez se trate sólo de una visita de cortesía, sin trabajo extra. —Sonrió—. Pero quédate, por favor, a desayunar con nosotros —le pidió mientras se dirigía al teléfono interior.

—Sí, por favor, Ru... Master.

Se rectificó ella a sí misma, a punto de olvidar que le había retirado el favor del trato coloquial.

—De acuerdo, compartiré el desayuno con vosotros —aceptó—. ¡Y puedes seguir llamándome Rúbem, Marina! No es necesario que te pongas tan protocolaria a solas. Al fin y al cabo, eres mi... ¡nuera! —y se rió alegremente de su propio chiste.

Pessaro le agradeció el gesto con una sincera mirada.

—Oh, gracias, Rúbem —respondió emocionada—. No sabes cómo reconozco y valoro la deferencia...

—Sí lo sé —contestó—. Pero no te confíes, lo de la otra noche iba en serio, Marina, muy en serio —dijo borrando de un plumazo la alegría de la cara, si bien poco a poco fue relajando el gesto—. Yo ya era mayor de lo que tu compañero lo es hoy en día cuando le otorgué el Abrazo, así que llevo suficientes años dando tumbos por este mundo como para haber visto demasiado y tener tiempo para casi todo. Fui preparado para ser vampiro desde que nací y pocas cosas me sorprenden ya en la vida.

»Nunca tuve que renunciar a los sentimientos, como la inmensa mayoría de ellos —aclaro señalando a su *filius cruor*—, porque apenas si los había descubierto antes de pasar al Otro Lado; sin embargo he ido encontrándolos con el paso de los siglos. Pero la experiencia te enseña a controlarlos. Al contrario que la mayoría de los seres del Linaje, los tengo. Y como todos nosotros, no los muestro; pero tampoco los oculto. Sin

embargo, jamás los antepondré a mi obligación. ¿Has entendido lo que quiero decir?

—¡Claro! —respondió.

—Pues dicho esto —dio por finalizado el tema—, comamos.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —inquirió de nuevo ella tan pronto se sentaron a la mesa.

—A ver...

—¿Qué ocurre con Lucas Rivero? Lleva días esperando que le llames a tu presencia...

Marcos se giró como si le hubieran propinado un puñetazo en el plexo solar que le hubiera dejado sin aliento.

Rúbem se la quedó mirando anonadado, conteniendo a duras penas la sonrisa que intentó asomar a sus labios. Al parecer, Marina no aprendería nunca a tener la boca cerrada.

—Con Lucas Rivero no pasa nada, chica. Ha tenido suerte de que yo esté ocupado y él haya hecho un buen trabajo todos estos días. Puede que sus problemas sean graves, pero no menos que los míos. Ahora no tengo tiempo para él.

—Pero...

—Puedes informar a tu amiga del alma que, de momento y hasta que no decida qué cuernos hacer con ellos dos, pueden disfrutar de su romance —le sonrió por fin—. Y, de paso, dile de mi parte que deje de enviarme a su familia con peticiones de indulto para su amado —continuó antes de que ella pudiera hablar—, o me pensaré dos veces esta decisión.

Marina se levantó de la mesa y se acercó a Rúbem. Antes de que el enorme egipcio fuera consciente de sus intenciones, ella se abalanzó sobre él y le propinó un sonoro beso en la mejilla y le abrazó con cariño.

—¡Gracias *suegro*! —dijo con una luminosa sonrisa en el rostro.



Los días, y sobre todo las noches, se sucedían tranquilos, envueltas en una quietud inusual para Marcos y su gente. Después de que la facción *mutato* hubiera sido reducida prácticamente a la nada, a falta de una voz de mando que los dirigiera, y tras del arresto de Pérez de

Iparraguirre y sus secuaces, el resto de *mutatos* se recluyó en sus dominios por miedo a verse involucrados con el macabro suceso que había llevado a su Dómine al desastre.

Pero poco a poco, la tormenta fue amainando y ellos habían vuelto a salir de sus cubículos y regresado a su ritmo de vida habitual. Con los *mutatos* visitando de nuevo los locales habituales y retomando la caza de su ejército de esclavos, los *plumbum crúor* volvían a tener actividad y, en cierta medida, la tranquilidad de que las cosas habían vuelto por sus fueros.

Marina, por fin, se sentía ella misma por primera vez en muchos meses y podía volver a hacer una vida, casi, normal.

Al principio le había costado muchísimo trabajo acostumbrarse a llevar a otra persona pegada a sus talones durante las veinticuatro horas del día, pero había terminado por asumirlo.

Salía a la calle con tranquilidad y frecuentaba los mismos ambientes que antes de conocer a Marcos. También se había incorporado, totalmente, al nuevo puesto de trabajo.

Ayudaba a Rivero y, a ratos, a Antonio Lago, el hermano de Belén, en la reestructuración de su antigua empresa.

La jornada laboral, tal y como le habían prometido, era bastante flexible, así que también había vuelto a escribir. Pero nada que tuviera que ver con seres paranormales ni fantásticos. Conociendo la existencia de unos, ¿qué le impedía creer que pudieran existir otros? Así que había optado por algo más seguro y estaba centrada en la creación de una novela romántica de género histórico. Documentación, desde luego, no iba a faltarle. En resumen, sus días habían vuelto a ser una cómoda y tranquila rutina.

Pero las noches... Las noches eran bien distintas. Y eran, todas y cada una de ellas, para Marcos.

—Marcos, ¿qué ocurre? Te noto raro —dijo, de pronto, en mitad de una conversación, prácticamente monosilábica por parte de él—. ¿Hay algún problema que yo deba saber? Estás serio y distante.

El la miró con un amago de sonrisa en los

labios. Estar conectados era, realmente, un incordio a veces. Dejaba muy pocas posibilidades a la sorpresa.

—En realidad sí hay algo de lo que debieras enterarte — contestó al cabo de unos segundos—, pero espero que no sea un problema. En cuanto a estar serio y distante, te recuerdo que soy un vampiro y suele ser mi estatus permanente, cielo.

—No conmigo...

—Sí cuando eres tú la causante de mis inquietudes.

Ella sintió algo cercano al pánico. ¿Qué habría hecho ahora? No era consciente de haber vuelto a cometer ningún error desde hacía días. Por otra parte, él solía ser bastante directo. Si metía la pata o hacía algo contrario a las Normas de la Comunidad, no tardaba ni un minuto en dejarle bien claro que ése no era el camino, recriminándola sin rodeos.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó ceñuda y casi rozando el mal humor.

—No es nada que hayas hecho, cariño —se rindió por fin—, sino algo que me gustaría que

hicieras. Y, aunque te parezca mentira, no sé cómo pedírtelo.

—¿Uummm? —gruñó extrañada, preguntando con el gesto.

Marcos tocó con la yema de los dedos el objeto que había guardado esa misma tarde en el bolsillo de sus pantalones.

La superficie rugosa y fría le rastrilló, sin dañar, la piel. Apretó el puño encerrándolo dentro y lo calentó con su temperatura corporal. Definitivamente, estaba nervioso.

Su siguiente movimiento fue abalanzarse sobre Marina para colocarle un brillante de muchos euros en el dedo anular al tiempo que la miraba fijamente a los ojos con algo parecido a la incertidumbre. Había actuado a toda velocidad, antes de perder el valor.

Supo que ella intentaba hablar, pero se lo impidió con un sugerente y casi casto beso en los labios.

—Cásate conmigo, Marina —le pidió, rozándole todavía los labios con los suyos.

—Oh, Marcos... Me has dejado sin palabras.

—Sólo necesitas una. Dí «sí» y yo me encargaré de todo lo demás.

Marina sentía que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y no quería volver a dar un espectáculo. Últimamente se había vuelto una auténtica nulidad ocultando sus sentimientos.

Lo cierto es que en esa ocasión no sabía si eran de alegría o de pena.

—Pero... No quiero que hagas esto presionado por todo lo que ha ocurrido. Ya estamos casados, ¿recuerdas? —preguntó con una sonrisa—. Tenemos un lazo tan sagrado como el matrimonio y, sin duda, mucho más importante para ti. Quedó muy claro aquella noche de hace dos meses. «Somos una pareja de hecho...», dijiste. No tienes que demostrarme nada más, Marcos.

—No, *cara*, no te equivoques. Esto no es por demostrar nada a nadie, ni siquiera a ti. Claro que recuerdo la noche de nuestro enlace sagrado pero, aquel día, te dije que si tú me decías «sí» nos casaríamos también por tus tradiciones y, algún día, si todo sale como espero, también por las

mías. Creo que ha llegado ese momento y, de verdad, simplemente quiero casarme contigo por tus leyes. No olvides que soy un ser tradicional. ¿Tú qué dices?

Ella no respondió. Sus labios temblaban y la imagen de la felicidad se reflejaba en su rostro. Se aproximó a él y le dio un caluroso y húmedo beso a la vez que, con voz inaudible a cualquier ser mortal, repetía en una letanía sobre la piel del hombre que tenía enfrente, «sí, mi amor, sí».

Sin poder evitarlo, notó que él absorbía la enorme cantidad de energía positiva que emanaba de su cuerpo. Luego la separó con cuidado.

—Gracias cariño —dijo sonriendo—. En ese caso, y si no tienes inconveniente, me encantaría que nos casáramos en un par de semanas, tres a lo sumo. El tiempo mínimo que necesites para preparar la boda que siempre has soñado...

—Ah, por eso no te preocupes —se rió Marina—. En realidad creo que nunca he soñado con casarme, o al menos nunca desde que dejé la adolescencia, así que todo estará bien.

—Entonces, ¿me dejas que sea yo quién me

encargue?

De cualquier forma, creo que estarás muy ocupada buscando un espectacular vestido. ¡Quiero que seas la novia más maravillosa de España!

—Oh, oh... —canturreó—. Pensé que lo sería aunque fuera vestida con harapos.

—Y lo serías, pero es que además quiero presumir.

—En ese caso, intentaré estar a la altura de las altas expectativas del señor Pessaro.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

—¿No estarás pensando en una boda multitudinaria, verdad? —preguntó llena de temor, después de meditar durante unos instantes.

—En realidad no. Será lo más íntima que podamos. Un puñado de amigos y compromisos. —*Vampiros, pensó ella*—. En mi finca de Extremadura, para evitar a los curiosos.

—¡Sorpréndeme, cielo! Haz lo que tú quieras, a mí me encantará igualmente.

Le dio carta blanca. Él iba a ocuparse de todo y sabía que lo haría con la efectividad con la que

hacia todas las cosas; así que, puesto que quedaba tan poco, apenas tendría tiempo de preparar su propio ajuar y su vestido de novia. Se limitaría a enviar las invitaciones a los amigos cercanos y a visitar el *atelier* de uno de los modistos más famosos del país. ¡Quería estar espléndida para Marcos ese día!

Extremadura. Tres semanas más tarde.

—¡No, no, no...! ¡Ni se te ocurra entrar! —gritó Marina a todo pulmón al escuchar los pasos de Marcos en la antesala del dormitorio—. Trae mala suerte que el novio vea a la novia antes de que llegue a la iglesia...

—¡No digas chorradas, Marina!

Marcos se detuvo, a pesar de todo, antes de traspasar el umbral.

—Sólo quiero darte tu último beso de soltera.

—¡Guárdate las fuerzas para el primero de casada! ¡No tientes al destino! —replicó, nerviosa como una colegiala.

—No puedo creer que seas tan supersticiosa ¿No quieres guardar también un ajo en el escote del vestido? ¡Dicen que ahuyenta a los vampiros!

—Y se rió de forma descontrolada.

—¡Vete a la porra, Marcos! —gritó fuera de sí.

—Mira cielo, lo único que puede traerte mala suerte es casarte con un hombre que te saque tanta edad. Corres el riesgo de quedarte viuda en la noche de bodas al someter a tu *anciano esposo* a una apoplejía o un ataque al corazón durante una sesión de sexo duro e increíblemente caliente...

—¡Déjame en paz, Marcos! A tu corazón no le pasa nada.

—Ya, pero, la última vez que eché las cuentas, tú y yo nos llevábamos algo más de los cinco o seis años de diferencia que dicta la prudencia. ¿Y si no doy la talla esta noche? Quizá deberíamos practicar también algún sortilegio contra la impotencia...

—¡Tampoco le pasa nada a tu po... potencia!

Él no podía controlar la hilaridad, lo que estaba a punto de hacer que todo el control del que ella intentaba hacer acopio desapareciera en un parpadeo.

—Anda, déjame que te eche un vistacillo...

Tengo curiosidad...

—¡Que no!

—Pero, si estás dispuesta a pasar por alto el pequeño detalle de nuestra escandalosa diferencia de edad, ¿por qué no haces la vista gorda con el resto de convencionalismos?

—Porque me caso contigo, precisamente, por la diferencia de edad. De pequeña quería ser antropóloga y mi pasión secreta son los dinosaurios.

—Oh, cariño, ¡cómo lo siento! —siguió burlándose—. En ese caso te has equivocado de pareja, me temo que yo nací algunos años después del Cretácico. ¡Sólo te saco dos mil cuarenta y cinco años!

—Marcos... —le interrumpió con un susurro amenazante—. Si no te marchas de aquí, ¡ya!, te juro que suspendo la ceremonia...

Finalmente, él se dio por vencido y decidió dejar de martirizarla.

—Bien, en ese caso te esperaré fuera. Sólo venía a decirte que te dieras prisa para que el cura y los invitados no se impacienten. —Salió de la

sala riéndose estruendosamente; carcajadas que resonaron en sus oídos durante un buen rato después.

Marcos resultaba a veces insufrible. Pasaba de ser más serio que un entierro a tomarle el pelo como un quinceañero.

No parecía tener término medio y esa noche estaba de un humor inigualable. Debía de hacerle algún tipo de ilusión aquella ceremonia que, ella hubiera jurado, para él no era más que un trámite social. Bien es verdad que se había tomado todo tipo de molestias para que fuera algo que ella no olvidara mientras viviera.

Pero su verdadero enlace no tenía nada que ver con firmas en el juzgado y alianzas bendecidas por un sacerdote, aunque la verdad era que, mientras se sometía a la sesión de maquillaje y peinado, se había dado cuenta de que, aunque ya se consideraba casada ante Dios, los hombres y los vampiros desde la noche en que Marcos y ella se enlazaron para siempre, estaba emocionada. Y era feliz. ¡Completamente feliz!

Por eso iba a seguir todas las tradiciones, para poder serlo durante mucho tiempo. Se alegraba de haberse hecho el traje más maravilloso del mundo para estar perfecta ante Marcos ese día; con cientos de metros de raso de color blanco roto que Caprile había diseñado especialmente para ella. Un favorecedor y elegante vestido de corte clásico, escote barco y mangas tubo hasta las muñecas. La falda, estrecha y abierta en pliegues a partir de la rodilla, se extendía por detrás en una larga cola de cuatro metros.

No tenía adornos ni bordados y llevaba la cara descubierta. Un larguísimo velo de tul con pequeños racimos de flores de azahar bordados en todo el contorno, arrastraba por el suelo desde el moño bajo al que iba sujeto con un antiguo broche de oro blanco y brillantes que había pertenecido a la madre de Lucas Rivero.

Pensó en los cuarenta y nueve diminutos botones forrados que cerraban el traje a la espalda. Sonrió al imaginar los esfuerzos de su marido para desabotonarlos con sus largos dedos. «Seguro que no. ¡Verás adónde van a ir a parar!

Tendré que recogerlos con escoba mañana», se rectificó.

Marcos la había llamado supersticiosa. Pues vale, sí, pero no había podido renunciar a las tradiciones nupciales: algo viejo que asegurara continuidad, unos largos pendientes de perlas que habían pertenecido a la mismísima reina Cleopatra y que Marcos le había entregado esa mañana en nombre de Rúbem; algo nuevo que mostrara optimismo y futuro, su espectacular vestido de novia; algo prestado que aportara longevidad y buena fortuna, el broche de su pelo, y por último, algo azul.

En un principio había pensado hacerse el vestido de color azul, puesto que simbolizaba el amor, la modestia y la fidelidad, pero al final la venció el pragmatismo y quedó relegado a la siempre recurrente y muy poco original liga bordada que sujetaba una de sus medias de seda.

En la época del Imperio Romano, las novias se vestían de azul para demostrar la pureza y la devoción hacia su amado pero, ¿y si Julia Aulia también había sido amante de las tradiciones? Lo

último que quería era traer, precisamente ese día, aquellos recuerdos a la mente de Marcos.

Estaba nerviosa. Echaba de menos a su abuela en esos momentos, aunque sabía que, esa noche, estaría sentada a su lado frente al altar.

Ya quedaba poco. No tenía ni idea de quién había elegido Marcos como padrino, pero le daba igual; al único hombre que deseaba en aquella ceremonia era a su futuro esposo.

No sabía lo que le esperaba a partir de ahí.

Apoyado en el quicio de la puerta, con un impecable frac negro, chaleco blanco y camisa almidonada del mismo color, al igual que la corbata de pajarita que llevaba anudada al cuello y que hacía resaltar el bruñido bronceado de su piel, estaba el único hombre que no hubiera esperado encontrarse aquel día.

Ni en sus más locas fantasías se hubiera imaginado siendo llevada al altar, a fin de que su unión fuera bendecida por un sacerdote católico, al apuesto y oscuro Sumo Sacerdote del tempo de Seth. Es más, estaba segura de que él no asistiría a una ceremonia tan mundana, que nada tenía que ver

con la religión que profesaba.

Pero, si Marina se había quedado como petrificada junto a la puerta al descubrir su presencia, la expresión de Rúbem no fue muy diferente cuando se vio rodeado por una nube de raso que a punto estuvo de tirarle al suelo al chocar contra él.

—Oh, Rúbem... ¡Gracias! ¡Gracias por venir!
—dijo la muchacha lanzándose contra sus musculosos brazos y colgándose de su cuello en un cariñoso abrazo.

El Master Supremo se limitó a sonreír ante el efusivo ataque de la joven, que le había pillado totalmente por sorpresa. La verdad es que no recordaba los años que hacía que no se sentía igual de querido y bienvenido.

—¡No me perdería esto ni por todo el oro del mundo! —respondió—. Llevo cincuenta vidas esperando ver a Marcos bajar sus defensas...

—No sabes lo que te agradezco que seas mi padrino, Rúbem. Significa mucho para mí.

—No tanto como para mí, hija.

—Como tú bien dijiste la última vez que nos

vimos, ahora eres, como aquél que dice, la única persona de mi familia. ¿Quién mejor que tú para llevarme al altar? A falta de padre biológico, bien puede servir un «padre político» ¿no?

—Vaya... el papel de suegro no me gusta mucho, la verdad. Prefiero el de abuelo...

—¡Quita ya, hombre! ¡De abuelo! Pero si estás guapísimo —le piropeó echándose hacia atrás para verle mejor—. Menudo abuelo tan joven, ¡seguro que querrán ligar contigo todas mis amigas!

—Marina, puedes tacharme de todo menos de joven —dijo muerto de risa—. Pero siéntate cinco minutos. Tengo algo que decirte.

—¿Ahora? —dijo alarmada ante el cariz que tomaba cualquier conversación con aquel hombre—. Me parece que ya llevo más retraso del prudencial... —intentó escabullirse.

—Es tradición hacer esperar al novio —refunfuñó—. Si ha esperado más de dos mil años para volver a casarse, bien puede aguantar media hora más. Se lo merece por ocultarte que sería tu padrino.

—Sí, en eso último tienes razón. Podía habérmelo dicho... En fin, ¿qué quieres decirme? —se resignó.

—Es algo complicado. Quizá debería habértelo contado antes, pero éste es un momento tan bueno como cualquier otro... Tienes derecho a saberlo.

—¡Suéltalo ya, Rúbem! ¡Me estás poniendo más nerviosa de lo que ya estoy!

Él miró a la muchacha. Tenía una personalidad tan vitalista y era tan guapa... No podía evitar recordar otro tiempo y lugar. Por fin habló. Tenía que hacerlo. Retrasarlo no cambiaba las cosas. Y lo soltó a bocajarro.

—En realidad, soy tu abuelo.

Aquella afirmación tan lacónica, dicha con tal seriedad, hizo que Marina no se planteara ni un solo segundo la veracidad de aquellas palabras.

—Estás de broma...

Replicó a pesar de todo, al cabo de unos segundos, aunque sabía que Rúbem jamás había estado más lejos de hacer chistes que en esos instantes.

—No, Marina. No estoy de broma y lo sabes. Tu abuela y yo tuvimos un tórrido romance hace cincuenta años.

Ella se dejó caer en el sofá de la sala sin reparar en el vestido. De repente lo vio todo claro: los poderes psíquicos que poseía y que nadie le había enseñado a manejar, su inquebrantable buena salud, la protección de la que era objeto, el trato especial que recibía del Master Supremo a pesar de ser mortal... ¡Todo!

—¿Qué pasó? —preguntó después de un rato.

—Hablaemos de ello más tarde, largo y tendido si quieres, pero de momento te haré un resumen. Carmen y yo nos conocimos por casualidad en uno de mis viajes y nos enamoramos. Ella era una *fatum*, así que tuvimos una hija, Laura, tu madre.

»Tu abuela, en su día, quiso convertirse, pero por sus venas no corría suficiente sangre vampírica para recibir el Abrazo. El Oráculo no nos permitió celebrar el Lazo Eterno, así que nos limitamos a casarnos por la Iglesia Católica y a celebrar el Lazo Sagrado.

»Fuimos felices durante un tiempo. Vivíamos en Luxor. Allí criamos a tu madre, que heredó el gen de las *fatums* de tu abuela y la potencia de mi sangre ancestral. Con veinte años, Laura conoció a un vampiro, un Antiguo, y se quedó embarazada. No hubiera sido grave si los *mutatos* no se hubieran enterado de su existencia, que vieron en ella lo mismo que ahora han visto en ti. Pocos meses después de su *Ritae*, después de haberte tenido ya a ti, fue secuestrada, junto con tu padre. Ambos fueron asesinados. Fue entonces cuando tu abuela regresó a España, contigo, para criarte y prepararte para lo que eres hoy. Ambos renunciamos a nuestra vida en común, aunque yo nunca os abandoné a ninguna de las dos. No podíamos permitir que la historia volviera a repetirse, aunque a punto ha estado —se lamentó—. Siempre has estado vigilada y protegida, Marina..., pero nadie debía de saber quién eras ni de dónde venías.

—Lo sé. No hace falta que me lo aclares.

—Os mandé a las dos aquí y os puse bajo el cuidado de Marcos, mi *filius cruor*. Él es el único

que conoce tu ascendencia. Ahora es necesario que tú también la conozcas, para que sepas a lo que te enfrentas y el porqué de todo lo que te ha ocurrido.

Ella se quedó mirando a Rúbem. Era su abuelo. Casi no podía creérselo, pero estaba encantada de que así fuera. No podría estar más orgullosa. Era imposible tener mejores ancestros.

—Rúbem, escúchame, por favor. Estoy encantada de que seas mi abuelo. Ha sido el mejor regalo de boda que podías hacerme. Acepto mi pasado y también mi futuro con todo el orgullo del que pueda ser capaz. Espero no defraudarte nunca.

—Sé que no lo harás, Marina. O eso espero —dijo guiñándole un ojo—. Ya sabes que ni siquiera tu sangre se interpondrá a mis obligaciones, ¿verdad?

—Lo sé, Rúbem. También tú sabes que la honraré lo mejor que pueda...

—También lo sé, Marina —dijo dándole un beso en la frente—. Y ahora vámonos, porque estoy seguro de que, si no fuera por su naturaleza, tu futuro esposo habría sufrido un ataque al corazón a estas alturas. ¡Llevas más de media hora

de retraso!

Rúbem la tomó de la mano para ayudarla a levantarse y se la colocó en el arco de su brazo.

—Gracias por los pendientes, Master. Son espectaculares —susurró Marina al oído de Rúbem.

—Los llevó tu abuela el día de nuestra boda. Ahora son tuyos.

Los movió con gracia y juntos, enfilaron la alfombra roja que les marcaba el camino hasta la capilla del antiguo monasterio románico donde esperaban los invitados.

Capítulo 23

HACÍA ya varias horas que habían abandonado la fiesta, aunque todavía se podían escuchar, en la lejanía, los sonidos de la algarabía que seguía celebrando la boda.

Todo había sido perfecto, aun para los exigentes ojos de Marina, acostumbrada a pedir lo máximo de cualquier evento. Aquello debía de haber costado mucho dinero y el esfuerzo de muchísimos profesionales. No podía hacerse a la idea de cómo se había arreglado Marcos para que todo encajara en su lugar y no dejar ni un solo detalle al azar.

Y prometía seguir así durante el resto de la velada, aunque ella ya no tuviera ningún interés por permanecer allí mucho después de abrir el baile con el típico vals, en brazos de su recién estrenado marido.

En esos momentos, sin embargo, mientras todavía se dejaba arrastrar por los acordes lejanos

de la música y los vapores del maratón de sexo que acababa de disfrutar, todavía no sabía cómo hacer entrega a Marcos de lo que sería su regalo.

Sabía que él lo valoraría sobre cualquier otro pero, ¿cómo explicárselo? Ningún momento parecía el adecuado y lo sentía como una bomba de relojería dispuesta a estallar de un momento a otro. Era imprescindible que se lo dijera cuanto antes o la ansiedad por su respuesta acabaría arruinándole la noche.

Estaba segura de que iba a hacer lo correcto, puesto que así se lo habían asegurado las personas que mejor podían asesorarla al respecto. Pero aún así, sus nervios eran incontrolables.

Había estado hablando con Rúbem y Dina, la espectacular belleza que había ejercido de madrina de la ceremonia y que no supo quién era hasta algunos minutos más tarde de que abandonaran el templo. Aquella elegante mujer, que parecía etérea e inalcanzable, con su blanca piel y su vaporoso vestido rojo con apliques de leopardo, que había conseguido acaparar las miradas y despertar la curiosidad de todos los

asistentes, había resultado la mejor aliada de la joven, aunque en un principio se sintió un poco cohibida en su presencia.

Marcos se la presentó tan pronto tuvo oportunidad.

—Marina, quiero que conozcas a MutDina —dijo tan pronto tuvieron un momento a solas—. Ella es la *Dewat Netyer*, Suma Sacerdotisa de Hathor, la encargada de instruir a las *fatum*.

—Llámame Dina, Marina —interrumpió la aludida con un fuerte y gutural acento árabe.

—Encantada —susurró Marina, casi aterrorizada ante su presencia.

—Tranquila, niña —contestó al ver el rictus de alarma de la novia—. No estoy aquí para estropearte el día, sólo he venido porque Marcos me ha invitado y quería conocerte. Ya tendremos tiempo de hablar más adelante, ahora disfruta de tu boda.

Sin embargo, tan pronto tuvo oportunidad, abordó a la sacerdotisa. Su presencia podía resultar de mucha ayuda para sus pretensiones. Después de compartir un alegre bolero con

Rúbem, pudo escaparse con ambos a los jardines, donde satisfizo toda su curiosidad y se aseguró de que tendría a los máximos representantes de la Comunidad de su lado.

—Marcos —dijo por fin después de tomar aire profundamente—, hay algo que aún no he hecho y quiero hacer.

—Bueno, supongo que tendrás que esperar un rato a que me recupere —contestó él haciendo alusión a su momentáneo agotamiento físico.

Ella se limitó a reírse.

—¡Oh, no! No te emociones. No es nada que quiera hacer en la cama.

—¡Ah, no hay problema! Mientras no sea fuera, donde pueda vernos cualquiera de los invitados...

—Que no, Marcos. Es algo que quiero decirte, no hacerte.

—Ah, se trata de eso... No sabía que te gustaba decir frases guarrillas mientras lo hacemos, pero si es lo que quieres, estoy dispuesto. Yo tengo los oídos duros. ¿Quieres que te conteste en los mismos términos? —continuó

bromeando.

—¡Basta! Esto es serio —le interrumpió.

—No, cariño. Esta noche no quiero nada serio, ¿vale?

—Pues lo siento, pero vas a escucharme —aquella frase había sido justo el detonante. Ya no podría aplazarlo ni un minuto más.

Marcos se incorporó envarado y colocó las almohadas contra el cabecero para apoyarse en ellas. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y adoptó un rictus que reflejaba preocupación.

—Supongo que no quieres estropear nuestra noche de bodas, ¿verdad?

—No. No es eso lo que quiero. No te enfades, por favor, pero necesito decirte algo y creo que éste es el momento adecuado.

—Pues si me voy a enfadar, es mejor que lo dejes para cualquier otro...

—Espero que, al contrario de lo que estás pensando, no suponga motivo de enfado, sino más bien de alegría; puesto que es una decisión que afectará al resto de nuestras vidas.

Él temía lo peor. No quería escuchar lo que

Marina iba a decirle. Había visto su cara durante la ceremonia y sabía que la había sorprendido con el giro que había dado a sus votos: «Yo, Marcos Pessaro, te quiero a ti, Marina Miralles. Con este anillo, que representa la inmortalidad, te tomo como esposa. Prometo serte fiel y estar a tu lado en las alegrías y en las penas y te entrego mi vida y mi sangre por toda la eternidad, aun después de que la muerte nos separe.»

Estaba seguro de que quería arrancarle algún tipo de promesa que él no estaba dispuesto a otorgar, el «incluso después de que la muerte nos separe» había sido demasiado explícito, pero lo había dicho porque realmente era lo que sentía y no podía ocultárselo en semejante momento.

Lo que más le extrañó es que ella repitiera, como un papagayo, el mismo juramento; cuando se suponía que su vida sería mucho más efímera que la de él. Sin embargo, él no iba a romper aquellos votos sólo unas horas después de haberlos pronunciado ni iba a comprometerse a unirse a ninguna otra mujer cuando ella se fuera, por mucho que se lo pidiera. Estaba convencido de que su

cándida alma era lo que pretendía.

—Vale, pues suéltalo —la incitó.

—Es algo que tiene que ver con nuestros votos matrimoniales.

Él no dijo nada, sólo se quedó mirándola, taladrándola hasta el alma con aquella acerada mirada, mientras esperaba que continuara hablando.

—Y también con la inscripción de tu anillo

La leyó en voz alta.

—*Tuya gratia totus suus infinitio*. Tuya para toda la eternidad —tradujo—. Preciosa, deseo de todo corazón que así sea.

—Y así será. He tomado una decisión. Quiero que lo tomes como mi regalo de boda, puesto que he esperado hasta ahora para decírtelo aunque lo tengo decidido hace ya algún tiempo. Voy a someterme al *Ritae*—dijo de tirón.

Él se quedó sin habla. Intentó decir algo, pero ninguna palabra salió de sus labios. Sólo pudo cerrar la boca que se le había quedado abierta después de escuchar lo último que ella había dicho.

—He hablado con Rúbem y Dina —continuó, viendo que él no decía nada—. Ellos están de acuerdo, pero necesito saber si tú me apoyas y estás dispuesto a darme el Tránsito.

—Oh, cariño —dijo él por fin—. No tomes ninguna decisión precipitada. No tienes ninguna necesidad, aún tienes mucho tiempo para pensarlo.

—No, Marcos —le interrumpió—, no es una decisión precipitada. Lo he pensado mucho y quiero hacerlo.

—Marina, pasar al Otro Lado no es ninguna tontería. No es algo de lo que te puedas arrepentir después si no te gusta. No hay marcha atrás...

Pensó que iba a estallar de alegría. A pesar de sus palabras, la parte egoísta que había en él estaba encantada. Sabía que no podía presionarla, pero estaba convencido de que se moriría de pena si tenía que verla envejecer y, más pronto que tarde, despedirse de ella para siempre. Había pensado innumerables veces cómo sería su vida después de que ella muriera y, aunque lo había asumido, sabía que no sería fácil. Muchas veces había tenido tentaciones de incitarla al Abrazo,

pero no tenía ningún derecho a hacerlo. Estaba seguro de que convertirse en vampiro no era tan malo si tenías a alguien a tu lado con quien compartirlo en cuerpo y alma.

Pero ésa era una decisión que tenía que tomar ella sola sin que nada ni nadie interfiriera.

—Cariño, me has dicho que seguirás amándome después de que la muerte nos separe, y yo pretendo que no tengas que pasar por ese trago tan desagradable —siguió diciendo Marina.

—Pero las cosas no son así, *cara*—insistió él—. Tú tienes que tomar la decisión por ti misma, no para que yo no sufra el día de mañana.

—Marcos, escúchame. Ésta es una decisión que nunca hubiera tomado si no te hubiese conocido, puedes estar seguro, pero una vez que me he enamorado de ti, creo que sería una tontería no aprovecharlo mientras pueda. ¿Qué amantes no desearían vivir juntos por toda la eternidad?

Él quiso refutar su lógica, pero ella se lo impidió colocando un dedo sobre sus labios entreabiertos.

—Alargarlo sólo es una tontería que no nos

lleva a ninguna parte. Quiero compartir tu vida y ser una más entre vosotros.

Quiero que los hijos que tengamos algún día, si es que los tenemos, sean *plumbum crúor* de pura cepa. Quiero compartir tu naturaleza y, sobre todo, no quiero perderte nunca —alegó—.

Me da igual lo que el Oráculo dictamine, puede que digan que sí o puede que digan que no estamos destinados el uno al otro, pero yo pretendo vivir a tu lado mientras pueda y, gracias a Dios, parece ser que puedo durante mucho, mucho, tiempo.

No creas que soy tan generosa —le eximió de toda responsabilidad—, al fin y al cabo llevo genes vampiros, egoístas; lo hago por mí. No quiero morirme y, sobre todo, no quiero tener que decirte adiós.

Marcos la tomó entre sus brazos y la estrechó con todas sus fuerzas.

—Es el mejor regalo de bodas que podías hacerme, pero creo que deberíamos de hablar sobre ello más tranquilamente.

—No hay nada que hablar, Marcos. Es mi

decisión. Tú dijiste que tenemos libre albedrío para elegir lo que queremos hacer sobre esta cuestión.

—Sí, es cierto.

—¿Entonces...?

—¿Has pensado que algo puede salir mal durante el *Ritae*? —exploró Marcos todos los caminos—. Tus genes vampíricos puede que sean muy lejanos. Algo puede fallar...

—¿Lejanos? ¡Pues si llevar la sangre del Master Supremo en segunda generación no es suficiente, y que mi padre también fuera un Antiguo, tampoco, ¿qué hay que tener para hacer el Tránsito con seguridad?!

Marcos la miró asombrado.

—¿Te ha contado eso Rúbem?

—Sí, por eso he llegado tarde.

—¡Se nos hace viejo el Master! —se mofó.

—No te burles, Marcos. Ha sido difícil para él. Pero conste que esta información no tiene nada que ver con mi decisión, ya lo tenía decidido. Ahora sé que mi Abrazo es más seguro, pero si algo fallara, sería porque el destino así lo ha

determinado y nada podemos hacer contra ello. Y sí, sí he pensado en esa posibilidad, pero deseo arriesgarme.

—Podemos esperar unos años...

—Nunca volveré a tener veintiocho, Marcos.

No quiero ser una vampira vieja.

—¡No seas tonta!

—Seré una vampira antigua, pero nunca una vampira vieja —dijo tercamente.

Él no pudo evitar una sonrisa.

—Como tú quieras, *cara*—concedió por fin—. Estaré a tu lado sea cual sea el resultado. ¡Siempre estaré a tu lado en cualquier decisión! Te quiero, cariño.

—Yo también, Marcos. ¡Para toda la eternidad!

Dendera, Egipto — Seis meses después.

El silencio del templo era atronador. El sol se había ocultado por el oeste y las antorchas habían sido encendidas. Marcos aparentaba tranquilidad, pero una gélida garra de hielo atenazaba su razón y tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas para no exteriorizar lo que sentía. Seguía existiendo riesgo

de que algo fallara...

Marina y él habían pasado por muchas experiencias. Algunas maravillosas y otras no tanto, pero el balance arrojaba un saldo tan positivo que no cambiaría ni un solo segundo de todos aquellos meses. Incluso los malos momentos habían fortalecido la relación que actualmente mantenían. Pero desde que se casaron por las leyes de los mortales, seis meses atrás, sus días habían sido un continuo carrusel de emociones.

A pesar de lo duros que fueron los meses que duró la separación, mientras Marina completaba su educación en Dendera como *fatum* bajo la supervisión de MutDina, *Dewat Netyer* del templo de la diosa Hathor, nada era comparable a lo que estaba a punto de ocurrir. No recordaba haber pasado tanto miedo en toda su vida. Ni siquiera cuando él mismo fue convertido por error en vampiro y despertó a una nueva naturaleza que no sabía lo que le depararía.

«¿Qué bienes tendría preparados Hathor para su amada? ¿Le otorgaría el máspreciado de todos los que tenía a su alcance: la fertilidad? ¿O por el

contrario le negaría aquello para lo que había sido elegida y mantendría a Marina con ella para toda la eternidad?»), pensó aterrorizado. No en vano, Hathor, la diosa con cabeza de vaca, considerada la protectora de las mujeres, el amor, la música y la belleza, también era la diosa oscura de los muertos y la Dama del Sur Sicómoro, el árbol destinado al reparto de bienes entre los fallecidos en el más allá.

Sabía que ya no había marcha atrás. Marina ya había hecho su elección, pero no podía ignorar la impotencia que, por primera vez en muchos siglos, le nublabla la mente. Si algo fallaba no estaba seguro de poder seguir adelante solo.



Las Siete Hathor iniciaron el *Ritae* con la pompa y ceremonia que siempre envolvía a todo recién *abrazado*. Sobre la frente de todas ellas, la serpiente *aureus* se agitaba al paso de la comitiva. El grupo se enlazó por las manos, formando una cadena.

En esos momentos no había ninguna

predicción que hacer, los oráculos habían hablado unas semanas antes y habían sido propicios. Su misión, ese día, mientras el sol se escondía entre las dunas del desierto egipcio, era la de ahuyentar el mal, mantener la armonía y favorecer todo lo relativo al nacimiento del nuevo ser vampírico.

Su música y sus cantos otorgarían la longevidad, la estabilidad, y la salud a la «recién nacida» y serían el vínculo de unión que atraería los favores de la diosa.

Hathor, encargada de conceder la belleza, la juventud y el fuego del amor, la recibiría en su viaje hacia el Otro Lado.

La estaría esperando en la linde del desierto, con la llave de la vida y el tallo de papiro, símbolo del desarrollo eterno del alma de los justos, y le desvelaría el misterio de la muerte y la resurrección. De manos de la mismísima diosa haría Marina su primer recorrido por el camino de las estrellas, bailando con ella al ritmo de la música celestial.

El sistro comenzó a sonar, recordando el susurro de los tallos de papiro mecidos por el

viento, a fin de llamar la atención de la diosa. Y mientras MutDina sacudía un cetro de papiro para ahuyentar a los malos espíritus, las *fatum* comenzaron a bailar al son de la música.

La danza se alargó durante incontables minutos hasta que todas ellas alcanzaron un estado de éxtasis, lo que se suponía que transformaría la energía en fuerza creadora.

Marina, con una vaporosa túnica de hilo blanco semitransparente, sólo atada a la cintura con un estrecho cinturón de oro labrado, inició su entrada en el templo al ritmo de la música que emitía el *Menat* bajo su cadencioso caminar; un collar ceremonial de varias vueltas que se enroscaba en torno a su cuello hasta prácticamente la cumbre de los pechos.

Estaba preciosa y exudaba tranquilidad por todos los poros de su cuerpo, el cual había sido meticulosamente preparado durante toda la jornada.

Las sacerdotisas empezaron a desenrollar los vendajes de hilo rojo que tenían entre sus manos y comenzaron a formar nudos con él. Siete debería

de ser el número de ellos que lograran terminar antes de que Marina llegara a su destino, puesto que siete era el signo benéfico por excelencia.

Él seguía la ceremonia con rigidez, situado junto al ara donde su *fatum* sería convertida. Contuvo la respiración mientras contaba el número de vueltas que ejecutaban las hathores con la tela. Al contrario que Marina, él no estaba nada tranquilo, aunque sabía que todo estaba cronometrado al segundo. Al realizarse la última lazada, dejó escapar el aire que sujetaba en sus pulmones.

Cuando la muchacha llegó al pie del altar ceremonial, del atrio posterior del templo emergió una procesión de *fatums*, algunas de las cuales habían completado su instrucción meses atrás con ella. En sus manos llevaban los instrumentos musicales preferidos de la diosa: arpas, flautas, oboes, panderetas, castañuelas y matracas, las cuales comenzaron a sonar al mismo tiempo en un cadencioso ritmo que inundó la estancia.

Marina se deshizo de la túnica de hilo, quedando vestida con un pequeño corpiño de gasa

y una larga falda blanca, tan finos ambos que dejaban muy poco a la imaginación. Luego comenzó a mover sus caderas y sus manos, tatuadas con henna y ricamente enjoyadas, al son de la música en una antigua danza ritual; algo similar a la danza del vientre, pero de movimientos más refinados y plásticos. Giraba y contorsionaba todo su cuerpo a contra ritmo de las caderas, desplazándose por la sala e hipnotizando a los presentes con sus movimientos.

Él estaba anonadado. Aquélla no era la primera vez que asistía a la conversión de una *fatum*, durante su larga andadura había estado presente en más de una ocasión aunque la ceremonia contaba con pocos invitados, pero jamás hubiera llegado a pensar que tres meses de entrenamiento en aquel templo pudiera arrojar semejantes resultados. Quizá nunca antes le habían calado tan hondo aquellos movimientos ni le habían enfebrecido de la manera que ahora lo estaba haciendo su hada de verde mirada.

La música se detuvo de golpe. Las Siete Hathor se aproximaron a Marina y, entre todas, la

elevaron y depositaron sobre la mesa ceremonial. MutDina inició un cántico, con voz profunda y solemne.

—Para ti, hermosa diosa, son nuestras melodías. Para ti celebramos los ritos, desde el anochecer hasta el amanecer. Pues tú eres nuestra felicidad, tú que alegras nuestros corazones, tú que te muestras atenta y sonriente. Tocamos y bailamos para ti, Señora de la Alegría, Señora del Amor, Señora de la Música, Señora de los Hechizos. Tú, Hathor Divina, Soberana de la Morada de los Libros. ¡Que hermosa y bella es la Dorada! Aquélla a quien los cielos y estrellas dan un recital en su honor, mientras el sol y la luna la llenan de alabanzas. Acoge a tu sierva, ¡oh Divina Hathor! y muéstrale el camino de la resurrección en el Otro Lado.

Marina, sin levantarse del pétreo lecho en el que había sido depositada, contestó con voz firme.

—Gloria sea dada a Hathor, besando el suelo ante Seth, por el *ka* de Marina Miralles, quien te reverencia.

Sin más preámbulos, dos de las sacerdotisas

sujetaron los brazos y las piernas de la muchacha y MutDina se aproximó a ella elevando por encima de su cabeza la daga ceremonial y dejándola suspendida en el aire durante unos segundos.

La luz de las antorchas reverberó en las piedras preciosas de la empuñadura. En un silencio absoluto, la suma adoratriz dejó que la hoja cayera sobre el brazo izquierdo y seccionó la vena de la muñeca, verticalmente a fin de que la herida no cicatrizara, de la que surgió un rojo torrente de sangre que resbaló hacia el recipiente de oro que había sido estratégicamente colocado sobre el suelo. Acto seguido se movió hacia el otro lado del altar, donde llevó a cabo la misma operación. Después ejecutó movimientos similares en cada uno de los tobillos de Marina.

De los labios de la muchacha no salió ni un solo quejido ni su cuerpo se contrajo en ninguna sacudida refleja. Él se hinchó de secreto orgullo ante la entereza de su mujer. Le hubiera gustado poder manipular su mente, ya que sabía que resultaría doloroso, pero estaba prohibido por el *Ritae*, así que se plegó, una vez más, a las Normas.

Pero no pudo evitar rezar. Durante los largos minutos que siguieron a aquel acto, mientras las *fatum* retomaban el ritmo de la hipnótica música, él rezó a todos los dioses a los que alguna vez había adorado. Rezó al dios de los cristianos, sobre el que reposaban sus creencias de los últimos tiempos.

Rezó a Seth, el dios egipcio que le dio la bienvenida en su naturaleza vampírica y al que sirvió durante largos siglos. Rezó a todo el panteón olímpico de sus dioses de la infancia, y sobre todo, rezó a Hathor, la divinidad que había sido invocada para convertir a Marina y en la que ahora creía a pies juntillas. Y al final, se le acabó el repertorio de oraciones y plegarias. Drenar el cuerpo de una mujer adulta llevaba demasiado tiempo.

Cuando el primer recipiente de oro fue sustituido por uno nuevo, Marcos se adelantó y lo tomó en sus manos. Bebió un largo trago y pidió permiso a MutDina para continuar con el resto del ritual. Simulaba serenidad, pero la tranquilidad hacía horas que le había abandonado y el miedo

roía sus entrañas como un perro rabioso.

El cuerpo de Marina temblaba de frío, aunque al parecer no sentía dolor alguno. Tampoco miedo, ella no estaba atemorizada. El color de su aura lo gritaba a los cuatro vientos y su mente estaba calmada. Con paso firme, se dirigió al altar.

—Divina Hathor, amada de los dioses y reverenciada de los *plumbum cruor*, ante ti deposito, en nombre de mi amada, los diez objetos sagrados para que ayudes a mi enlazada a atravesar el tránsito de las estrellas. El collar de la resurrección cuyo sonido recrea el mundo —y dejó un *menat* de rica factura en el ara de las ofrendas—. También te hago entrega de la *clepsidra* de Toth, Señor del Tiempo Sagrado —y puso junto a lo anterior un pequeño reloj de agua de rico alabastro con incrustaciones de lapislázuli—. Los dos *sistros* que ahuyentarán la violencia de la nueva naturaleza de Marina y le procurarán el sosiego, así como las alas de oro que son inherentes a tu divinidad y protegen el cosmos.» Te entrego también la sagrada bebida de la ebriedad divina —continuó Marcos, colocando junto al

resto de ofrendas un cuenco que había rellenado con su propia sangre y los cuatro primeros que contenían la de la muchacha—; el *mammisi*, representación de tu templo; el bol de leche dulce para el Ka de la que desde hoy será tu sierva y que le servirá de iluminación y bálsamo rejuvenecedor; un *aureus* de oro que corone tu frente, Sagrada Madre, y cuya carne sacie tu divino apetito y, por último, la representación de la puerta monumental fundada por el sol femenino que cubre las ofrendas del mundo y que da acceso a tu templo.

Con cada una aquellas ofrendas, hacía una genuflexión y besaba el suelo en sumisión.

Terminada aquella parte de la ceremonia, en la que Marcos, como *pater crúor* de la mujer que solicitaba el *Abrazo*, era el responsable y por tanto el donante; WebenSenu, como sumo sacerdote de Seth, tomó el control de la situación.

Rúbem vestía el atuendo ceremonial: un faldellín blanco, sandalias de cuero y una piel de leopardo con una ancha banda de tela que le cruzaba diagonalmente el pecho. Lucía una

elaborada peluca sobre la cabeza, peinada con múltiples trenzas entrelazadas; una barba postiza, y un complicado collar de significado enigmático. El cuerpo le brillaba, totalmente aceitado con los óleos sagrados.

Elevó las manos al cielo e inició el consabido, monótono e interminable cántico de siempre: «*Iao, iao, iave*».

Al cabo de lo que parecieron interminables horas, por fin el flujo sanguíneo de las heridas de Marina empezó a remitir y las convulsiones de su cuerpo fueron cada vez menos visibles. Por cada uno de aquellos temblores, él hubiera perdido un año de vida si es que los hubiera tenido contados y no fueran, en teoría, infinitos.

El Sumo Sacerdote se aproximó a él y, tomando de manos de MutDina la daga ceremonial, sujetó su brazo izquierdo y le sajó la muñeca en sentido vertical. Con un rápido movimiento, aproximó el corte rezumante a los inertes labios de Marina y dejó que la sangre se colara entre ellos con lentitud.

Los segundos parecían haberse detenido.

Nada ocurría.

La joven no volvía a la vida. Su cuerpo no reaccionaba. Todo quedó en silencio. Él se olvidó de respirar.

Finalmente, del pecho de Marina surgió un pequeño gorgoteo y un estertor provocó una convulsión que se expandió por todo su cuerpo hasta el punto de que tuvo que ser sujeta por las sacerdotisas que la flanqueaban.

De inmediato, él se abalanzó sobre las heridas de su amada para cauterizar los cortes. Luego colocó su todavía sangrante muñeca sobre los fríos labios de la muchacha y dejó que absorbiera con gula. Cerró los ojos y dio gracias al cielo mientras notaba los movimientos de la garganta de la mujer que tenía entre los brazos y a la que susurraba palabras de amor eterno.

Marina se limpió la comisura de los labios y se tocó los puntiagudos colmillos con la punta de la lengua. La muchacha acababa de vivir la experiencia más fantástica y aterradora de toda su vida y él, con la respiración todavía alterada, no podía dejar de mirarla, con los ojos repletos de

amor y deseo.

Era la visión más maravillosa que había tenido en toda su larga existencia. Su mujer, su *fatum*, por fin compartía su misma naturaleza. Ya no había nada que se interpusiera entre ellos y su felicidad a larguísimo plazo.

Hacía apenas un año no hubiera podido imaginarse que podría sentirse el hombre más feliz sobre la faz de la tierra sosteniendo entre sus brazos a aquella chiquilla de inocentes ojos verdes y voluntad férrea. Una mujer que se atrevía a recriminarle su actitud y con la que había trabado una efímera amistad a través de un programa de mensajería en Internet. Su vida como Antiguo había cambiado por completo desde entonces, si bien la de ella se había vuelto totalmente del revés. Parecía que hubieran pasado siglos desde la noche en que la vio, por vez primera desde su infancia, en aquella absurda fiesta.

Marina aún se encontraba débil cuando anocheció al día siguiente de su transformación. Marcos la había estado alimentando durante la mayor parte de la noche anterior, mientras ella

permanecía en una especie de inconsciencia alterada. Cuando el sol se elevó por encima de las cúpulas de la ciudad y el muecín llamaba a la primera oración desde el minarete de la mezquita, por fin se había quedado dormida profundamente.



Había despertado hacía solo un instante, tan pronto el sol se ocultó. Tenía el cuerpo dolorido y lo sentía ajeno. Suponía que se debía a los estragos del cambio. Un hambre voraz rugía en su estómago. Un hambre que sabía no podía ser sofocada con comida, ya que no había forma de que pudiera retraer aquellos incómodos colmillos que tanto había deseado.

El sentido común, sin embargo, le impedía pedirle al hombre que tenía a su lado que satisficiera su necesidad. Sabía que había tomado demasiada sangre de él en las últimas horas y que era necesario que él recuperara fuerzas, pero temía que si él se apartaba de su lado y dejaba de darle calor con su formidable cuerpo, ella pudiera cometer alguna tontería.

Horas antes habían estado haciendo el amor como locos. Las sensaciones eran tan vívidas... Podía notar sensaciones táctiles y escuchar sonidos que nunca había experimentado. Todo era tan nuevo y a la vez tan atemorizante. Por fin, por vez primera, había sido capaz de clavar sus colmillos para tomar la sangre que tanto deseaba sin necesidad de que Marcos se auto infligiera un corte en la muñeca. La experiencia había sido terriblemente erótica y su cuerpo había reaccionado como nunca antes. De no saberse viva, en esos momentos habría pensado que se había desintegrado en una especie de *Big Bang* unipersonal.

—Marcos... —dijo por fin—, necesito...

—Sí, cariño, ya lo sé —e intentó aproximar la boca de ella a su yugular.

Pero ella se apartó con una fuerza que no sabía que poseía.

—¡No! —gritó—. No podemos seguir así. Tienes que recuperar fuerzas o ambos cometeremos alguna idiotez. Absorbo tu energía y tu sangre como si fuera una aspiradora...

—No puedo dejarte sola, Marina. Todavía no, es muy pronto. —Sin embargo, llevaba un rato pensando lo mismo.

Hacía ya algunos minutos que, tras la ventana de la habitación que les había sido asignada en el palacio de Mut Dina, brillaban las estrellas. Marcos llevaba más de cuarenta y ocho horas sin satisfacer ninguna de sus hambres y estaba segura que a estas alturas empezaba a sentirse exhausto. A pesar de ello, seguía manteniéndola abrazada contra su pecho sin atreverse a alejarse de su lado.

Afortunadamente, un golpe en la puerta del dormitorio vino a sacarles de sus problemas. Rúbem entró en la estancia con una sonrisa en los labios sin esperar respuesta, dispuesto a resolverles, una vez más, la papeleta.

—Buenos noches, chicos —saludó con una naturalidad apabullante—. ¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Débil —contestó ella.

—Estoy seguro que agradecéis mi visita, ¿verdad hijo?

—preguntó a Marcos ofreciéndole la muñeca.

El aludido se levantó de la cama y aceptó la ofrenda sin cuestionarse, ni un solo instante, si estaba bien o mal.

Ella sabía que, si quería salir adelante sin que su alma sufriera ninguna fisura, necesitaba la ayuda que generosamente le otorgaban, pero el espectáculo que aquellos dos hombres ofrecían ante sus ojos no era el más apto para una vampira recién transformada.

Sintió a la bestia de habitaba en su recién estrenada naturaleza emerger de alguna parte de su ser, pugnando por hacerse con el control de su cuerpo y su mente. Sabía que debía controlarla. Algo le hacía pensar que aquello era una prueba, la primera de muchas por las que tendría de pasar en esa nueva andadura.

Luchó con todas sus mermadas fuerzas para no ceder al impulso de abalanzarse contra cualquiera de ellos dos y tomar, sin permiso, lo que parecían negarle y ellos se regalaban sin recato.

Quiso aislarse de la situación mirando hacia otro lado, pero no era suficiente, ya que podía

escuchar el rumor de la sangre al salir de la vena de Rúbem y el movimiento de los músculos succionadores de Marcos. No podía pensar en otra cosa por mucho que lo intentara. Ni siquiera concentrarse en que aquella noche, por fin, hubiera podido gestar al bebé que Marcos tanto deseaba, le sirvió de alivio.

Había dejado de tomar la píldora anticonceptiva el día antes de su transformación, ya que no lo había hecho antes porque sabía que debía de estar fuerte para poder superar el *Ritaey* que, además, aquella transición nunca hubiera podido ser superada por el feto.

—Debéis estar locos los dos haciendo esto delante de una recién llegada —gritó cuando creyó que ya no podía soportarlo más—. ¿Por qué no os vais a otra parte donde yo no pueda veros?

Rúbem la miró a los ojos y sonrió. Sus colmillos estaban desplegados y el rictus de su cara parecía cualquier cosa menos amable. Al cabo de unos pocos minutos, que a ella le parecieron eternos, comenzó a hablar ajeno a los rigores de lo que estaba sufriendo su cuerpo.

—Lo siento, niña, pero mi hijo necesita esta sangre y a ti no te queda más remedio que esperar a que él pueda dártela más tarde.

Ella no respondió. Realmente había poco que decir al respecto. Luego Rúbem continuó hablando y lo que dijo, por fin, ocupó la mente de la muchacha y serenó a su bestia.

—Compórtate conforme a tu estatus y te daré a cambio una buena noticia.

La joven sólo levantó una ceja en muda pregunta mientras Marcos elevaba los ojos hacia el rostro de su *pater crúor* sin dejar de beber.

—Mut Dina me ha hecho saber que el Oráculo ha hablado y ha predicho que, efectivamente, «vuestros destinos están unidos desde tiempos inmemoriales en las estrellas, así pues vuestra unión es, y será, bien recibida por los dioses» —citó textualmente Rúbem.

Aquellas palabras, dichas de manera tan informal y en situación tan rocambolesca, hicieron que incluso Marcos interrumpiera la tarea.

—¿Podremos entonces celebrar el «Lazo Eterno»? —preguntó Marina con un hilo de voz.

—Sí. La Suma Adoratriz se ha ofrecido a celebrarlo esta misma semana, si estáis de acuerdo. Así no será necesario que regreséis a Egipto de nuevo para llevar a cabo la ceremonia.

Ella miró a Marcos a los ojos, que había regresado a su alimentación tras la primera sorpresa, aunque no había dejado de mirarla desde entonces. Ella esperaba que fuera él quien emitiera su opinión.

Él por fin dio por finalizada la ingesta de sangre y cerró la herida meticulosamente. Luego respondió.

—Por supuesto. Cuanto antes, mejor.

—Bien, en ese caso prepararemos todo para el domingo.

¿Os parece bien? Supongo que para esa fecha estarás totalmente recuperada, pequeña. —Luego indicó a Marcos que le siguiera con un gesto de su cabeza—. Acompáñame a la puerta, tengo algo que hablar contigo.

El aludido se vistió con una bata que había dejado tirada sobre un sillón y siguió al Master Supremo sin cuestionar la orden.

Pero cuando Marcos regresó a la habitación, sólo unos momentos más tarde, su cara era un mapa, a medio camino entre el sarcasmo y la felicidad. Ella no pudo sustraerse a la curiosidad.

—¿Qué te ha dicho mi abuelo? Tienes un gesto rarísimo...

Él no se hizo de rogar y contestó de inmediato, sonriendo.

—Era algo sobre mi padre biológico. Dice que, ayer mismo, el juez que instruye su juicio por asesinato ha dictado sentencia. Roberto Pérez de Iparraguirre ha sido encontrado culpable de muerte con premeditación y alevosía de veintidós personas, así como de la profanación y ocultación de sus cadáveres; por lo que, en resumen, ya que los cargos son múltiples y por cada uno de ellos ha recibido una pena diferente, ha sido sentenciado a mil trescientos veintidós años de prisión mayor.

—¿Y no estás conforme con la sentencia?

—¿Yo? Sí, sí, a mí me viene bien. Pero, pobre juez, no tiene ni idea de lo que ha hecho ni de lo que el maldito Dómine va a liar en la cárcel. Claro que, me importa un bledo lo que haga con la

población penitenciaria; si están allí no será por nada bueno. Sin embargo, para él, más que un castigo son unas vacaciones pagadas, con tanta energía negativa por allí suelta...

Ella le miró, confusa. No encontraba motivo de alegría en el hecho de saber que el causante de todos sus males iba a quedar impune.

—Entonces, ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

—El sistema judicial. Son unos incautos si piensan que lo van a retener allí todo ese tiempo. Y, aunque lo consiguieran, ¡no saben que el muy cabrón está en disposición de poder cumplir la pena en su totalidad! —Soltó una sonora carcajada.

—¡Menuda porquería de justicia! ¡En cuanto se descuiden, escapará! —replicó enojada, molesta por la actitud de Marcos.

—No lo dudes. Y, precisamente, ésa es la buena noticia. Esa sentencia nos concede el tiempo suficiente para prepararnos y estructurar nuestro golpe de gracia.

—Pero tú sigues sin poder tomar venganza

contra tu sangre, Marcos. El día que esté de nuevo en libertad, nuestros problemas serán aún mayores... —conjeturó, atemorizada.

—No, cielo, no te preocupes; su futura libertad tiene las horas contadas. Es cierto que yo no podré tomarme la justicia por mi mano, pero todo esto nos permitirá aplicar las normas del Linaje, tal y como debería haber ocurrido desde el principio. Rúbem ya ha tomado medidas al respecto. Ahora sí estamos preparados para cuando se produzca su fuga y, desde dentro de la cárcel, nos mantienen informados de cada uno de sus movimientos.

Por fin se permitió respirar con alivio y ver la parte positiva a toda aquella situación. Una sonrisa se fue expandiendo poco a poco sobre su rostro, iluminándolo a medida que entendía las implicaciones de las palabras de Marcos.

—En tal caso, ¡celebrémoslo, cariño! —añadió alegremente, abalanzándose sobre él, con una taimada mirada que reflejaba el deseo de su cuerpo.

Fin

Agradecimientos

A JAVIER, mi hijo, que permitió que dedicara mi tiempo a esta novela, aún cuando la escribí en unos momentos en los que se sentía perdido y me necesitaba a todas horas.

A Juan Carlos, mi marido, con quien he compartido lo mejor de mi vida. Espero que el nuestro también sea un *Lazo Eterno*. Gracias por acordarte de dar de cenar a nuestro hijo cuando yo me olvido de todo mientras invento otras vidas.

A Carlos, mi hermano, que me habló tanto de vampiros que llegaron a formar parte de mí misma. Éste es el resultado.

A mis padres, que cada día me demuestran lo importantes que son en mi vida. Sin vosotros no sería lo que soy.

A mi tía Carmen, por su ayuda y apoyo. No existen palabras capaces de describir todo lo que haces por mí y la familia.

A mi suegra y mi cuñada, mis mejores

embajadoras. Gracias por recomendarme y confiar en mi trabajo.

A María José Losada y Mar Giménez Cuello, que tuvieron la santa paciencia de leer todos los capítulos de cada una de las versiones de esta historia. Sois las mejores correctoras que nadie pueda tener. También a Nieves Calvino, que veló para que la versión definitiva no tuviera demasiados errores.

A Sofía Tineo, que me aportó la seguridad y los consejos que me faltaban para que esta novela viera la luz. Siempre estuviste más segura de ella que yo misma.

A Belén Anguas, por prestarme su nombre, personalidad, profesión y sapiencia sobre el sistema policial español.

A Cristina Álvarez, Alex Rey, Trinidad Palacios, Esther Lancha, Maite Vázquez, Elizabeth Bermúdez y Adelaida Arranz, que impulsan mis sueños hasta el infinito y más allá leyendo todo cuanto escribo sin plantearse siquiera si va a gustarles.

Vuestra confianza es impagable.

A todas las componentes pasadas, presentes y futuras de La Lobera, con Jezz Burning —la loba madre— a la cabeza.

Sin vuestro impulso jamás hubiera escrito ni la primera frase de este libro.

A Ángel Jiménez, mi editor —que como no quiere que le mencione haceros a la idea de que no le he nombrado—. Sin su fe en mí y su ayuda, este libro no estaría en vuestras manos.

Y por último, y al mismo tiempo en primer lugar de esta lista, a todos mis lectores. Sin vosotros yo no sería nadie y esto no sería posible.

¡Os quiero!

Ah, se me olvidaba, y a ti, que has gastado tu dinero y tu tiempo en llegar hasta aquí. Aunque no te conozca, también eres muy importante para mí.

Esta primera edición de Lazo Eterno, terminó de imprimirse el diez de octubre de dos mil doce en los talleres de Safekat, S.L.en Madrid.